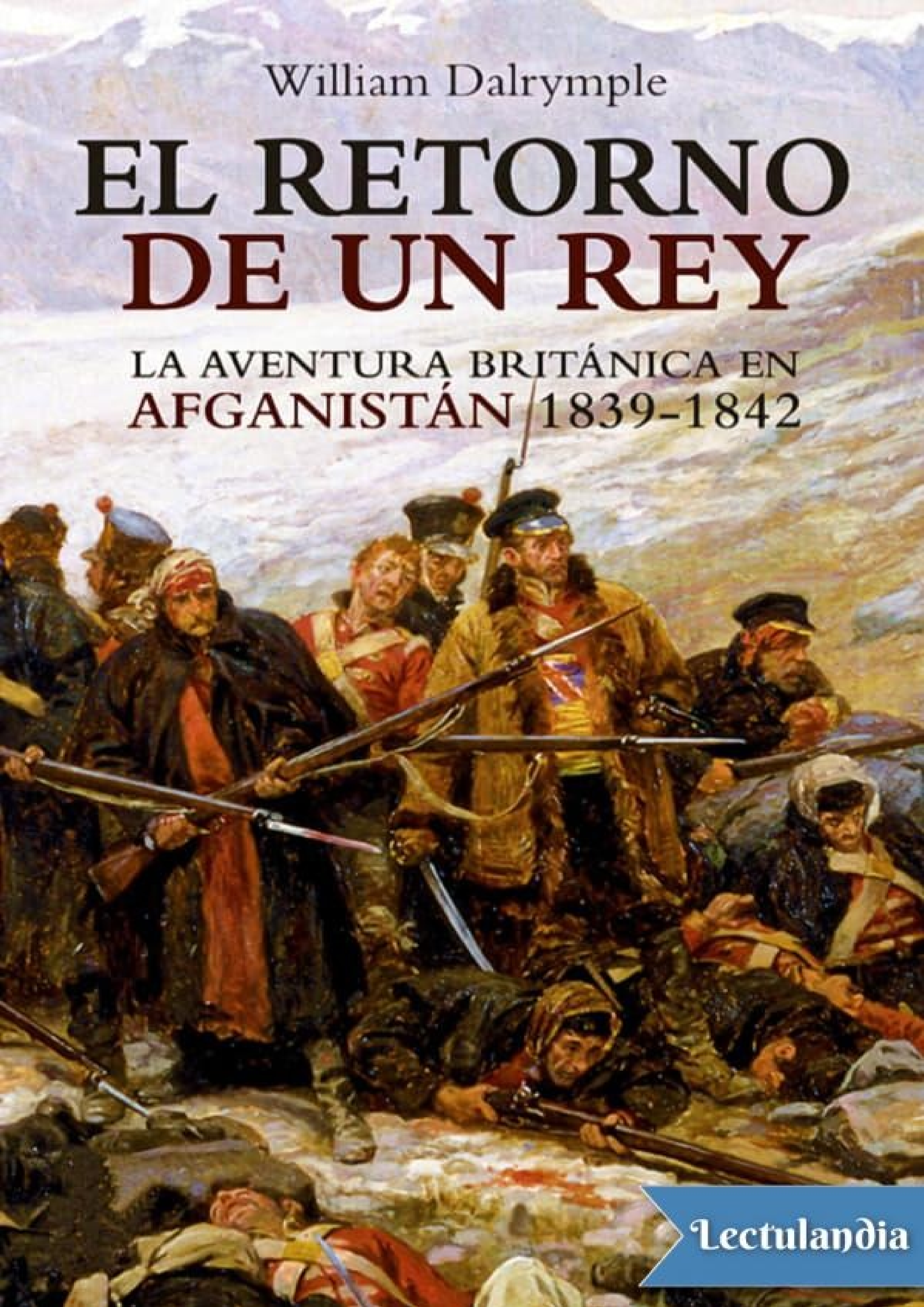

William Dalrymple
EL RETORNO
DE UN REY
LA AVENTURA BRITÁNICA EN
AFGANISTÁN 1839-1842
Lectulandia

En la primavera de 1839, tropas británicas invadían por primera vez Afganistán para exorcizar la fantasmal amenaza rusa sobre la India que angustiaba a políticos incompetentes y entusiasmaba a lobistas sin escrúpulos y que se vino a definir como El Gran Juego. Encabezados por emperifollados lanceros con casacas escarlata y chacós emplumados, cerca de 20 000 soldados de la Compañía Británica de las Indias Orientales cruzaron los pasos de alta montaña y restablecieron en el trono al Shah Shuja al-Mulk, dando comienzo a la Primera Guerra Anglo-Afgana (1839-1842).

La barbarie de la destrucción que siguió y la perplejidad de muchos de los agentes de inteligencia envueltos en estas misiones, tanto de los rusos como de los británicos, cuyas vidas novelescas, plagadas de aventuras y tribulaciones suponen un aliciente más para leer esta obra, reflejan los distintos puntos de vista de los implicados en el Gran Juego y aportan nuevas perspectivas tanto para los historiadores y expertos en el tema como para los legos que deseen conocer algo más de la historia en la región.

Los británicos enfrentaron poca resistencia por el camino, pero tras dos años de ocupación, el pueblo afgano se levantó en respuesta a la llamada a la yihad y el país estalló en una violenta rebelión, como una miríada de incendios. La Primera Guerra Anglo-Afgana terminó en la mayor humillación militar británica del siglo XIX: un ejército entero de la entonces nación más poderosa del mundo emboscado en retirada y totalmente destrozado por remotas y mal equipadas tribus de harapientos montañeses.

El retorno de un rey, contado a través de las vivencias de personajes inolvidables y pintorescos de ambos bandos, es el mejor relato de la Primera Guerra Anglo-Afgana, en el que el galardonado y exitoso historiador William Dalrymple conjuga fuentes persas, urdus y por vez primera afganas para marrar con maestría el mayor desastre de la Gran Bretaña imperial. Un libro que puede leerse como una aguda parábola acerca de la ambición colonial y la colisión cultural, de la insensatez y la arrogancia, en un momento en el que el mundo todavía no era finito ni estaba cartografiado al detalle, en el que los intereses políticos y comerciales se conjugaban con el exotismo, las intrigas diplomáticas y la aventura.

William Dalrymple

El retorno de un rey

La aventura británica en Afganistán 1839-1842

ePub r1.0
Titivillus 15.05.2023

Título original: *Return of a King. The Battle for Afghanistan 1839-1842*
William Dalrymple, 2013
Traducción: Alba María Villar Gómez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Índice de contenido

A mi querido Adam.

Y a las cuatro personas que más me inculcaron
el amor por la historia:

Veronica Telfer;
el padre Edward Corbould, de la Orden de San Benito;
Lucy Warrack
y Elsie Gibbs

(North Berwick, 10 de junio de 1922 - Bristol, 4 de febrero de 2012).

Los grandes reyes siempre han documentado los acontecimientos de sus reinados, en ocasiones escribiéndolos ellos mismos, si poseían ese talento, o, por lo general, confiando dicho cometido a historiadores y escritores, con la intención de que tales obras sobrevivieran al paso del tiempo.

Así fue como este humilde peticionario de la corte de Dios misericordioso, el sultán Shuja al-Mulk Shah Durrani, decidió registrar las batallas y los acontecimientos de su reinado para que los historiadores de Jorasán dispusieran de un relato verídico de los hechos y los lectores sensatos prestaran atención a estos ejemplos.

Shah Shuja, *Waqi'at-i Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja].

Nota de la traductora

En la edición de este libro hemos tenido que optar entre transliterar y transcribir ciertos términos procedentes del urdu, el persa, el hindi, etc. Para ello, hemos elegido, un criterio de transcripción (una representación aproximada mediante el alfabeto latino y la interpretación fonética usual de las letras de la pronunciación del nombre en su lengua original) que nos parece el más adecuado para mantener el respeto a las lenguas de las que proceden estos términos, además de considerar que resulta más enriquecedor para el lector.

Agradecimientos

Seguro que existen lugares en los que es más fácil realizar una investigación para escribir un libro de historia que Afganistán y Pakistán, pero pocos son los que ofrecen tantas distracciones inesperadas mientras uno se encuentra a la caza de textos, cartas y manuscritos. En este camino, he acumulado una deuda enorme con un gran número de amigos que me mantuvieron sano y salvo en el proceso de recopilar la documentación para este libro.

En Afganistán: Rory Stewart me alojó en su fuerte en Kabul, donde todos los miembros de la fundación Turquoise Mountain me cuidaron a las mil maravillas: Shoshana Coburn Clark, Thalia Kennedy y Will y Lucy Beharel. Siri Trang Khalsa me llevó a explorar Istalif y Charikar un fin de semana, y también me puso en contacto con Watan en Kandahar. Mitch Crites me acompañó y ofreció sabios consejos acerca de lo que se podía hacer y lo que no, como también hizo Paul Smith en el British Council.

No todos los días tengo la oportunidad de encontrar a un jefe de la Policía secreta que se haya leído con atención tu trabajo, y estoy agradecido a Amrullah Saleh, del NDS, que era entonces jefe de seguridad del presidente Karzai, tanto por su temible crítica de *El último mogol* (en su opinión Zafar era un pusilánime, digno del mayor de los desprecios, que carecía de fervor patriótico y no merecía ninguna simpatía), como, en especial, por haberme presentado a Anwar Khan Jagdalak, bajo cuya protección pude rastrear la ruta de la retirada. Anwar Khan puso en riesgo su propia vida para mostrarme su aldea natal; siempre estaré en deuda con él.

También estoy inmensamente agradecido a Najibulla Razaq, que vino conmigo a Jagdalak, Jalalabad y Herat. Siempre supuso una fuente inagotable de consejos tranquilizadores frente a los típicos imprevistos afganos a los que nos enfrentamos. Nunca olvidaré el momento en el que, en mi primer viaje, aterrizamos juntos en Herat, donde descubrimos que la antigua terminal de los años cincuenta del

aeropuerto estaba cerrada, ya que el hombre que tenía la llave del edificio se había ido a la oración del mediodía. Esto sucedía después de que, en el momento de facturar, me dieran una tarjeta de embarque donde se leía «Kabul-Riad»; al asegurarles que mi destino era Herat, el empleado de la aerolínea me respondió que no importaba, «te dejarán montar en el avión de todos modos». Cuando un viejo tractor llegó y dejó nuestro equipaje al lado de la pista de aterrizaje, en ausencia de carros, Najibulla encontró rápidamente a dos niños pequeños con carretillas que transportaron nuestras bolsas a la fila de coches marcados por la metralla que formaban la flota de taxis de Herat. Najibulla fue también un excelente guía en el Museo de la Yihad de Herat, una colección de objetos abandonados por los extranjeros que cometieron la torpeza de intentar conquistar Afganistán: desde cañones británicos de la Primera Guerra Anglo-Afgana, hasta tanques, aviones y helicópteros de combate rusos; seguro que, en breve, se sumarán a la colección los Humvee americanos y los Land-Rover británicos.

Sir Sherard Cowper-Coles, el representante especial británico, me invitó a su pícnic de despedida en Panjshir, donde, al abrigo de los sauces a orillas del río, disfrutamos de un almuerzo inglés algo peculiar, bajo la llovizna, con alfombras, sándwiches de pepino y *chardonnay* servido en vasos de plástico. Si no fuera por su falange de guardaespaldas, siempre en alerta, con sus *walkie-talkies* chisporroteantes y los fusiles de asalto cargados, así como por los restos de vehículos de transporte de tropas soviéticos y de los helicópteros de combate derribados, podríamos haber estado perfectamente en los Cotswolds. Allí, Sherard me informó sobre la situación política y hablamos de los paralelismos con la Primera Guerra Anglo-Afgana. También me asesoró en materia de seguridad y me proporcionó un minúsculo aparato de rastreo, por satélite de alta tecnología, por si me secuestraban de camino a Gandamak: al pulsar el botón del pánico, este enviaría mi ubicación y me permitiría grabar unos segundos de audio, en los que se suponía que debía identificar a mis posibles captores. Lo llevé conmigo, y me alegré de poder devolverlo sin haber tenido que utilizarlo.

El general de brigada Simon Levey me ofreció un mapa satelital de la ruta de la retirada muy útil. Jayant Prasad y Gautam Mukhopadhaya,

de la Embajada india, fueron muy hospitalarios. Saad Mohseni y Thomas Ruttig me proporcionaron consejos útiles y contactos por todo Afganistán. Debo también mucho a otros amigos que hice en Kabul, incluidos Jon Lee Anderson, Jon Boone, Hayat Ullah Habibi, Eckart Schiewek y Summer Coish.

El doctor Ashraf Ghani, historiador erudito y exministro de Hacienda, me brindó una ayuda inestimable con las fuentes persas y afganas, mientras que Jawan Shir Rasikh me llevó al bazar de libros de Kabul en Jowy Sheer, donde encontramos la mayoría de ellas. Andy Miller, de la Unesco, me ayudó a obtener acceso al Bala Hisar y me mantuvo alejado de los campos de minas soviéticos mientras lo explorábamos. Sayed Makdoum Rahin y el doctor Omar Sultan me llevaron a los archivos de Kabul, y Ghulam Sakhi Munir me ayudó una vez en su interior. El fabuloso Philip Marquis, de la misión arqueológica francesa (DAFA), me facilitó el acceso a su fantástica biblioteca, así como a su buen humor galo, al *camembert* y al mejor burdeos de Afganistán.

Jolyon Leslie compartió conmigo sus amplios conocimientos y su experiencia; gracias a él pude entrar en la tumba de Timur y en la ciudadela de Herat, ambas maravillosamente restauradas por el aga khan, que movilizó a un número de trabajadores ingente, aún mayor que los que aparecen en las epopeyas bíblicas, para retirar enormes cantidades de tierra y poder así sacar a la luz la fabulosa decoración de azulejos timúridas, que había permanecido escondida durante siglos. Durante la restauración, Jolyon tuvo que deshacerse de los vestigios de la artillería y de los emplazamientos antiaéreos que habían quedado desde la ocupación soviética, así como de una bomba trampa que habían dejado en la ciudad de Herat como regalo de despedida: una cadena de proyectiles conectados con la vieja batería de un tanque en lo alto de una torre de planta hexagonal del siglo XII; de este modo, los bastiones construidos por primera vez para defender Herat de las hordas mogolas seguían siendo utilizados para defender a los rusos de los muyahidines, hace poco más de dos décadas.

La afectuosa e intrépida Nancy Hatch Dupree me acompañó por los acantonamientos de Kabul y la colina de Bibi Mahru, y me ayudó de mil maneras. A sus ochenta y cuatro años, continúa viajando entre sus

residencias de Kabul y Peshawar, en ocasiones conduce ella misma a través del paso Jáiber y otras en los vuelos de la Cruz Roja: «Yo soy su única pasajera regular», me dijo hace no mucho, cuando me la encontré en el aeropuerto de Kabul. Uno de los mejores recuerdos que tengo de mi primer viaje de investigación a Kabul fue una cena con Nancy en el Gandamak Lodge. A mitad del primer plato, resonaron ráfagas de armas automáticas justo afuera. Todos los curtidos periodistas se olvidaron de la comida y se zambulleron bajo las mesas; solo Nancy permaneció indiferente, a la vez que anunciaba desde su asiento: «Creo que voy a terminarme las patatas fritas».

En Kandahar, Hazrat Nur Karzai se hizo cargo de mí, y mis guías fueron Alex Strick von Linschoten (por teléfono) y Habib Zahori (en persona); Mark Acton, William Jeaves y Dave Brow, de Watam Risk Management, me protegieron y acogieron con gran generosidad en su villa Watan: ¿quién iba a pensar que una casa llena de exguardias escoceses, y en unas condiciones tan tensas, podría uno mantenerse a salvo de la bebida durante semanas? Pero les estoy muy agradecido: Kandahar no es un lugar para visitar sin algo de ayuda.

En Pakistán: mientras hablaba con el maravilloso Ahmed Rashid y rebuscaba en su magnífica biblioteca, me di cuenta, para mi sorpresa, de lo similares que son la situación actual y la de 1839-1842. Mohsin y Zahra Hamid me acogieron cuando estaba investigando en Lahore y me ofrecieron entretenimiento por las tardes y una deliciosa *khana* (comida) punyabí. Estoy especialmente agradecido con el padre de Mohsin por haberme cedido su estudio para instalar mi cama plegable. Durante mi estancia allí, Fakir Aijazuddin, Ali Sethi, Sohaib Husain Sherzai y el señor Abbas, de los archivos del Punyab, me aconsejaron con mucha amabilidad, además de facilitarme el acceso a documentos y a nuevas fuentes en farsi y en urdu. Farrukh Husain me ayudó a encontrar la *haveli* Mubarak y me habló sobre la *tykhana* a través de la cual su antepasado había ayudado a Shah Shuja a escapar de su arresto domiciliario.

En la India: mi vecino Jean-Marie Lafont me instruyó en la historia sij y en el papel de los generales franceses del Fauch-e-Khas; Michael Axworthy me ilustró acerca de los kayares; y James Astill compartió conmigo sus valiosos contactos afganos. El ilustre profesor B. N.

Goswamy encontró algunas imágenes muy interesantes en Chandigarh e hizo todo lo posible para enviarme los archivos en jpg y para ayudarme a conseguir los permisos. Reza Hosseini tuvo la enorme generosidad de hablarme sobre su importante hallazgo de una copia manuscrita en persa del *Muharaba Kabul wa Qandahar* [Guerra en Kabul y Kandahar], que encontró en los Archivos Nacionales y, además, me dio una copia de la edición publicada en Kanpur en 1851. Fazal Rahman y Sachin Mulji descubrieron algunos materiales sorprendentes en los Archivos Nacionales. Payam Yazdanjoo me ayudó a traducir el texto del *Jangnama* [Historia de la guerra]. Lucy Davison, de Banyan, logró organizar la logística para realizar un viaje de investigación siguiendo la ruta del desastroso intento de Shah Shuja, en 1816, de invadir Cachemira a través de los pasos montañosos de la cordillera de Pir Panjal.

En el Reino Unido: David Loyn, James Ferguson, Phil Goodwin y mi primo Anthony Fitzherbert me dieron consejos sobre cómo recorrer el moderno Afganistán. Charles Allen, John Keay, Ben Macintyre, Bill Woodburn y Saul David fueron de gran ayuda al compartir conmigo sus conocimientos sobre la historia de Afganistán y ponerme sobre la pista de nuevas fuentes. Farrukh Husain, de la librería Silk Road Books, me envió paquetes y paquetes de informes victorianos sobre la guerra; también me ayudó a sacar a la luz y a transcribir materiales sin publicar que él mismo encontró en los archivos de la Royal Geographical Society y del National Army Museum. Peter y Kath Hopkirk —cuyo célebre trabajo sobre el Gran Juego me introdujo, al igual que a muchos de mi generación, a la Primera Guerra Anglo—Afgana— me ayudaron con la figura de Alexander Burnes; también lo hizo su nuevo biógrafo, Craig Murray, cuyo próximo trabajo parece prometer una importante revaluación de este fascinante personaje. Sarah Wallington y Maryam Philpott encontraron fuentes muy valiosas en la British Library; además, Pip Dodd, en el National Army Museum, Sue Stronge, en el Victoria and Albert Museum, y John Falconer, en la British Library, hicieron todo lo posible para permitirme el acceso a sus colecciones de arte. Tengo un muy grato recuerdo de una tarde en los almacenes del British Museum, en compañía de Elizabeth Errington, revisando las cajas en las que se encontraban, minuciosamente catalogados, los hallazgos más significativos de Charles Masson.

En Moscú, el doctor Alexander Morrison y Olga Berard consiguieron localizarme los informes de inteligencia de Ivan Vitkevitch. Numerosos especialistas me ayudaron cuando me tocó lidiar con las fuentes persas y urdus: Bruce Wannell se alojó en una tienda de campaña en mi jardín en Delhi, durante varias semanas, para trabajar conmigo en el *Waqi'at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], el *Muharaba Kabul wa Qandahar* y el *Naway Ma'arek* [El canto de las batallas]. Aliyah Naqvi aparcó momentáneamente su tesis sobre la corte de Akbar para ayudarme con otro Akbar y con el *Akbarama* de Maulana Hamid Kashmiri. Tommy Wide trabajó en el *Jangnama* [Historia de la guerra] y el *'Ayn al-Waqayi* [Guerra en Afganistán: hechos y fechas], y me ayudó a comprobar la identidad de los ocupantes de las sepulturas sadozais del interior y de los alrededores de la tumba de Timur. Danish Husain y su madre, la profesora Syeda Bilqis Fatema Husaini, trabajaron juntos en el *Tarikh-i-Sultani* [Crónica de los Sultanes] y en las *Cartas* de Aminullah Khan Logari. Estoy especialmente agradecido a Robert McChesney por haberme enviado generosamente su traducción del *Siraj al-Tawarikh* [Historias de luz].

Numerosos amigos tuvieron la gentileza de leer partes del libro y aportar críticas constructivas, entre ellos: Chris Bayly, Ayesha Jalal, Ben Hopkins, Robert Nichols, Alexander Morrison, Ashraf Ghani, Anthony Fitzherbert, Chiki Sarkar y Nandini Mehta —el brillante equipo de Penguin India—, Akash Kapur, Fleur Xavier, David Garner, Monisha Rajesh, James Caron, Jawan Shir Rasikh, Maya Jasanoff, Jono Walters, Sam Miller, Jolyon Leslie, Gianni Dubbini, Sylvie Dominique, Pip Dodd, Tommy Wide, Nile Green, Christine Noelle, Michael Semple, Benedict Leigh y Shah Mahmoud Hanifi. Jonathan Lee pasó semanas realizando minuciosas anotaciones y comentarios en un borrador temprano de este manuscrito, y me ayudó a comprender mucho mejor la compleja dinámica del levantamiento, que, inicialmente, no supe explicar. Algunos de los días más interesantes y útiles para la preparación de este libro trascurrieron durante la visita que le hice en Nueva Zelanda, cuando caminábamos a lo largo de tormentosas playas invernales al norte de Auckland mientras me explicaba la complejidad de la historia tribal afgana.

He tenido la suerte de tener como agente al extraordinario David Godwin y a mis brillantes editores en Bloomsbury: Michael Fishwick, Alexandra Pringle, Nigel Newton, Richard Charkin, Phillip Beresford, Katie Bond, Laura Brooke, Trâm-Anh Doan, David Mann, Paul Nash, Amanda Shipp, Anna Simpson, Alexa von Hirschberg, Xa Shaw Stewart y Diya Hazra, que se aventuraron en este proyecto con enorme energía y entusiasmo; gracias también a Peter James, Catherine Best, Martin Bryant y Christopher Phipps; en Knopf, a Sonny Mehta, Diana Coglianese y Erinn B. Hartman; a Vera Michalski en Buchet Chastel y, en Italia, al inigualable Roberto Calasso, en Adelphi. Estoy también muy agradecido con Richard Foreman por todo lo que ha hecho por mis libros, ya desde *El último mogol*.

Un escritor depende más que nada del amor y de la comprensión de su familia. Olive, Ibby, Sam y Adam han sido unos verdaderos ángeles mientras su marido y padre, cada vez más obsesionado, vagaba por el Hindu Kush y solo volvía a casa para sentarse a aporrear con estrépito las teclas del ordenador portátil, en el rincón al fondo del jardín, alejado mentalmente de la vida familiar y con la cabeza puesta en los problemas y traumas del Afganistán de 1840: os pido disculpas y os doy las gracias.

Este libro está dedicado al más joven de nuestros hijos, que sigue viviendo en Delhi, mi querido Adam.

Dramatis personae

LOS AFGANOS

Los Sadozais

Ahmad Shah Abdali (1722-1772): nacido en Multán, Ahmad Shah llegó al poder al servicio del señor persa de la guerra Nadir Shah. Cuando este murió, Ahmad Shah se apoderó del cofre que contenía las joyas mogolas del sha, entre ellas el diamante Koh-i-Nur, y las utilizó para financiar las conquistas de Kandahar, Kabul y Lahore; posteriormente, lanzó una serie de ofensivas fructíferas en la India. Tras atribuirse el título de *durrani* («perla de perlas»), levantó un imperio después de la caída de otros tres imperios asiáticos: los uzbecos en el norte, los mogoles en el sur y los safávidas de Persia al oeste. En el momento de máxima expansión, su imperio se extendía desde Nishapur —en el moderno Irán— hasta Cachemira, a través de Afganistán, Punyab y Sind, y hasta las mismas puertas de Delhi, la capital de los mogoles. Ahmad Shah Abdali murió por un tumor en la nariz que terminó por afectarle al cerebro.

Timur Shah (r. 1772-1793): hijo de Ahmad Shah Abdali y padre de Shah Mahmoud, Shah Zaman y Shah Shuja. Timur mantuvo con éxito el corazón afgano del Imperio durrani que había heredado de su padre, pero perdió los extremos de la India y Persia. Fue él quien trasladó la capital de Kandahar a Kabul para evitar las tierras turbulentas de los pastunes. A su muerte, su legado fue disputado de manera violenta por su veinticuatro hijos, que llevaron al Imperio durrani a una guerra civil.

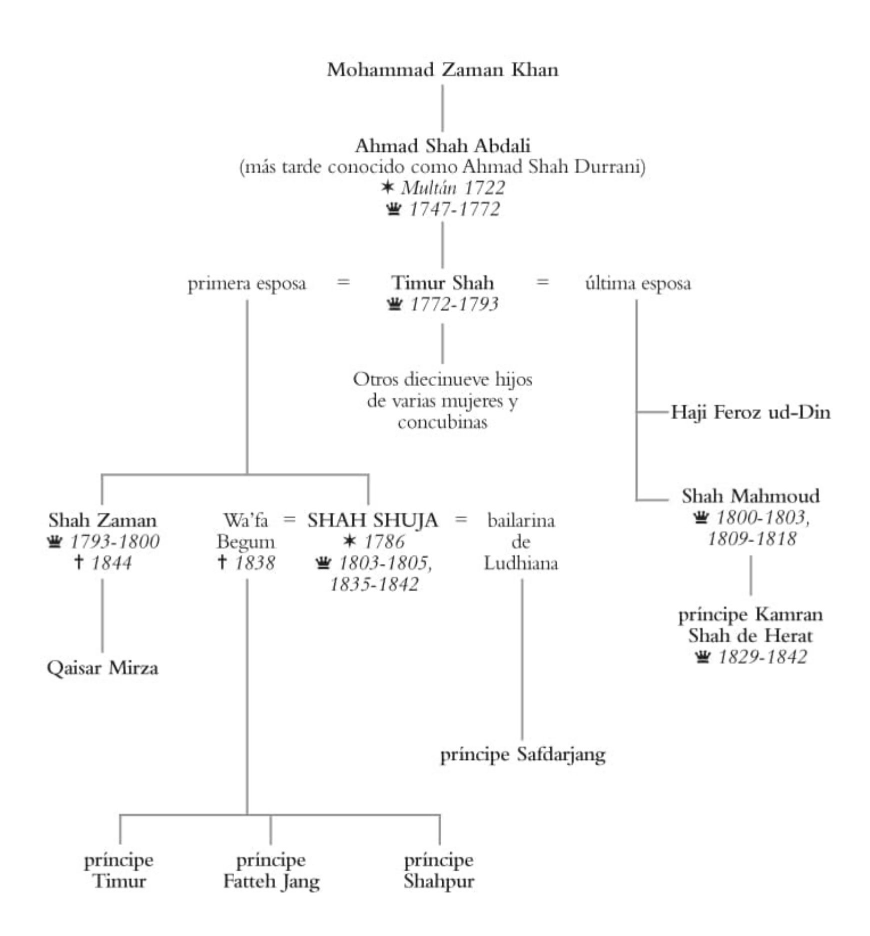
Shah Zaman (r. 1793-1800, † 1844): Shah Zaman sucedió a su padre, Timur Shah, en 1793, e intentó, con poco éxito, salvar del colapso al Imperio durrani fundado por su abuelo. Tras el intento fallido de invasión del Indostán en 1796, en el invierno de 1800 perdió el control de sus dominios y fue capturado y cegado por sus dos principales enemigos, el clan barakzai y su hermanastro Shah Mahmoud. Shah Shuja lo liberó cuando este ascendió al trono en 1803, y vivió en Kabul hasta que se vio obligado a huir a la India tras la derrota de Nimla en 1809. Regresó a Afganistán en 1841 para unirse, brevemente, a Shuja durante el levantamiento en Kabul. Al año siguiente, tras el asesinato de su hermano, abandonó Afganistán por última vez, y regresó al exilio en Ludhiana, donde murió en 1844. Fue enterrado en el santuario sufí de Sirhind.

Shah Shuja (1786-1842): Shuja adquirió relevancia después de que su hermano mayor, Shah Zaman, fuera capturado y cegado por sus enemigos en 1800. Tras evitar el arresto, vagó por las montañas hasta que tomó el poder en Kabul durante los conflictos religiosos de 1803. Su gobierno duró hasta que fue derrotado por los barakzais y por su hermanastro, Shah Mahmoud, en la batalla de Nimla en 1809. Durante varios años erró por el norte de la India como un fugitivo, despojado de su riqueza, y, en 1813, también de su posesión más preciada, el Koh-i-Nur. En 1816 aceptó la oferta de asilo en Ludhiana realizada por la Compañía Británica de las Indias Orientales. Tras tres intentos fallidos, consiguió recuperar el trono en 1839; no obstante, esta vez, como títere de la Compañía, que perseguía con dicha instauración cumplir con sus propios intereses estratégicos en Kabul. Cuando trató de ejercer su soberanía de manera independiente, los británicos lo marginaron y humillaron. En noviembre de 1841, con el estallido del levantamiento en Kabul, Shuja rechazó la oferta de asumir el liderazgo de la insurrección y, al contrario que los acantonamientos de los británicos, consiguió mantener su posición en el Bala Hisar. En febrero de 1842, después de que el ejército británico de Kabul lo hubiera abandonado para marchar hacia su propia destrucción, parecía que Shuja iba a conseguir mantenerse en el trono tras manipular a las diferentes facciones rebeldes; sin embargo, fue asesinado por su propio ahijado el 5 de abril. Con su muerte, terminó el gobierno de los sadozais y los barakzais tomaron el poder.

Shah Mahmoud (r. 1800-1803, 1809-1818; † 1829): Shah Mahmoud consiguió tomar el control de Kabul en 1800, tras cegar y capturar a su hermanastro Shah Zaman. Reinó hasta el año 1803, cuando fue derrocado por otro de sus hermanastros, Shah Shuja. Este decidió encarcelar a Mahmoud, pero no cegarlo, como era costumbre. Cuando huyó del Bala Hisar, en 1808, Mahmoud se alió con los rivales barakzais de sus hermanos y lideró una rebelión exitosa, por la cual derrotó a Shuja en la batalla de Nimla de 1809. Reinó sobre lo que quedaba del Imperio durrani hasta 1808, cuando, tras cegar, torturar y asesinar al poderoso visir barakzai Fatteh Khan, fue expulsado de Kabul por los hermanos indignados de este. Shah Mahmoud residió en Herat hasta su muerte en 1829. Le sucedió su hijo, el príncipe **Kamran Shah Sadozai de Herat (r. 1829-1842)**,quien reinó hasta ser derrocado y estrangulado por su influyente visir **Yar Mohammad Alikozai (r. 1842-1851)** en 1842.

Príncipe Timur, príncipe Fatteh Jang, príncipe Shahpur y príncipe Safdarjang: todos son hijos de Shah Shuja, los tres primeros con su esposa Wa'fa Begum. Ninguno de ellos heredó la ambición de su padre o el ingenio de su madre, y el príncipe Timur era conocido por su falta de carisma. El príncipe Fatteh Jang es recordado, sobre todo, por las violaciones homosexuales que perpetró entre miembros de su propia guarnición en Kandahar. Este reinó en Kabul durante cinco meses tras la muerte de Shuja y abdicó en octubre de 1842, al enterarse de que los ingleses no se quedarían para mantenerlo en el poder. Entregó el trono a su hermano pequeño, el príncipe Shahpur, que permanecería en el poder durante menos de un mes, antes de ser depuesto por sus propios nobles bajo la petición de Wazir Akbar Khan. Tampoco el príncipe Safdarjang, de oscura belleza e hijo de una bailarina de Ludhiana, fue más hábil que los otros. Los cuatro príncipes murieron en el exilio en Ludhiana, sin haber podido conservar el trono tras de la salida de los británicos.

Los Sadozais



Los Barazkais

Haji Jamal Khan († 1771): fue *topchibashi*, o comandante de artillería, de Ahmad Shah Abdali. Rival de Ahmad Shah Abdali tras la muerte de Nadir Shah, aceptó el ascenso al trono de Abdali cuando este recibió la aprobación del ulema, y le dio su apoyo a cambio de un alto cargo en el ejército.

Payindah Khan (r. 1774-1799): hijo de Haji Jamal Khan, Payindah Khan fue el noble más influyente del *durbar* de Timur Khan, y su

apoyo permitió el ascenso al trono de Shah Zaman. Sin embargo, los dos se enemistaron tras las tentativas de Shah Zaman de limitar el poder de la nobleza hereditaria; en 1799, cuando Payindah Khan intentó llevar a cabo un golpe de estado para derrocar a Shah Zaman, el sha lo mandó ejecutar. Lejos de disminuir el poder de los barakzais, la ejecución desembocó, en última instancia, en la caída de Shah Zaman y el ascenso de los veintiún hijos de Payindah Khan, en especial del primogénito, Wazir Fatteh Khan, y de su hermano pequeño y aliado, Dost Mohammad Khan. El asesinato de Payindah Khan marcó el inicio de una contienda familiar entre los barakzais y los sadozais que ensombrecerá la región durante medio siglo.

Wazir Fatteh Khan (1778-1818): Fatteh, el primogénito de Payindah Khan, consiguió huir a Irán tras la ejecución de su padre. En los años siguientes, se vengó de los sadozais, primero al conseguir que Shah Zaman fuera derrocado y cegado por su hermanastro Shah Mahmoud y, posteriormente, con la derrota a Shah Shuja en la batalla de Nimla de 1809. Disfrutó de un enorme poder como visir de Shah Mahmoud hasta su participación en la violación del harén de los sadozais en Herat, en 1817; como consecuencia, en 1818 le arrancaron la cabellera y fue cegado, torturado y ejecutado por Shah Mahmoud. Este brutal asesinato reavivó la contienda entre los barakzais y los sadozais, que dividirá la región hasta la expulsión de Afganistán del último de los sadozais en 1842.

Dost Mohammad Khan (1792-1863): Dost Mohammad Khan fue el decimoctavo hijo de Payindah Khan y de una mujer qizilbash de estatus inferior. En un inicio, su ascenso al poder fue de la mano de su hermano mayor Wazir Fatteh Khan y, tras la muerte de este, su crueldad, capacidad y astucia fueron determinantes. Entre 1818 y su ascenso al trono, en 1826, Dost Mohammad Khan consolidó de manera progresiva su poder y, en 1835, declaró la yihad contra los sijs y se proclamó emir de manera oficial. Alexander Burnes le admiraba profundamente, como muestran los comunicados oficiales en los que alaba su sentido de la justicia y su popularidad. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de Burnes, Calcuta continuó considerándolo enemigo de los intereses británicos. Cuando en 1838 Dost Mohammad Khan recibió al enviado ruso Ivan Vitkevitch, lord Auckland decidió reemplazarlo por Shah Shuja, su principal enemigo sadozai. Tras la

toma de Kabul por parte de los ingleses, estuvo dieciocho meses huyendo hasta que se entregó a sir William Macnaghten el 4 de noviembre de 1840; fue condenado al exilio en la India. Puesto en libertad tras el asesinado de Shah Shuja y la consiguiente retirada de los ingleses de Afganistán, en 1842, le permitieron volver a Kabul. En los veintiún años de reinado que siguieron, logró extender sus dominios hasta lo que son las fronteras actuales del país. Murió en 1863, poco después de haber conquistado Herat.

Nawab Jabar Khan (1782-1854): anglófilo convencido, el séptimo de los hijos de Payindah Khan fue un fiel aliado de su hermano pequeño, Dost Mohammad Khan. A pesar de su interés manifiesto por las costumbres occidentales y del afecto personal que profesaba hacia muchos de los oficiales británicos, permaneció leal a Dost Mohammad Khan y fue decisivo en la resistencia contra los ingleses tras su invasión de 1839.

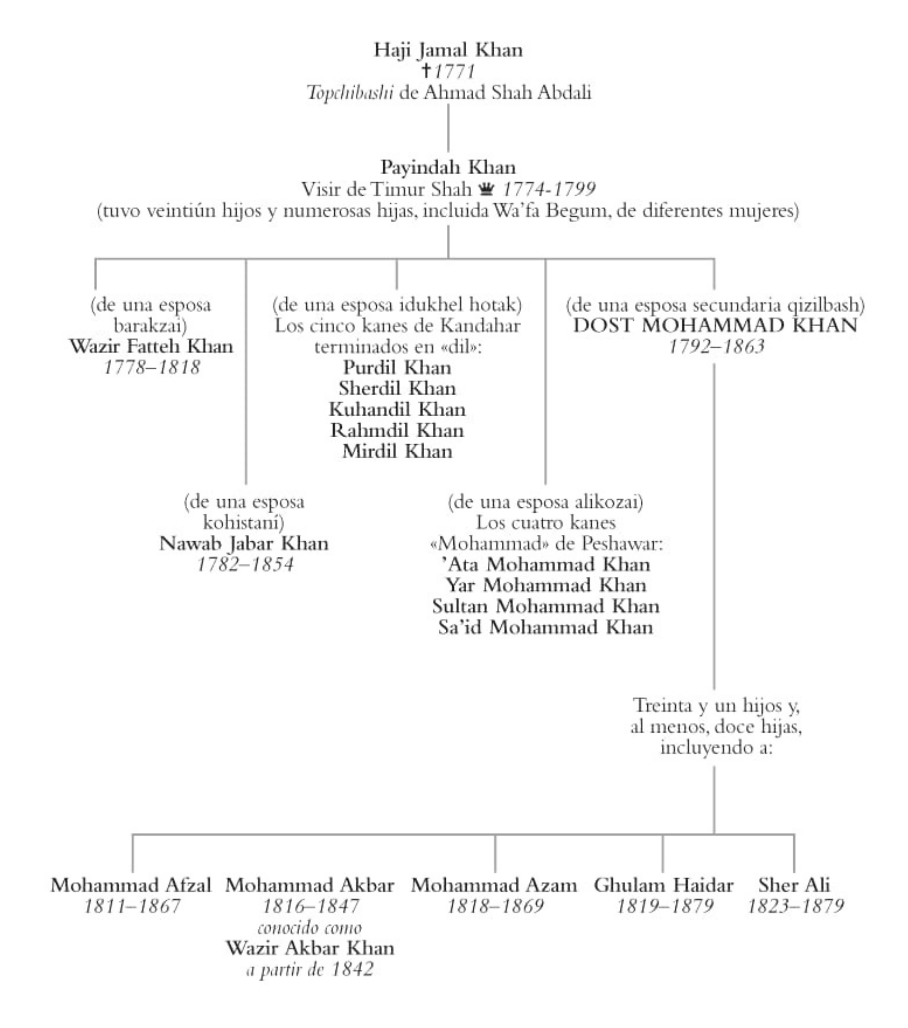
Wa'fa Begum († 1838): hija de Payindah Khan y hermanastra de Fatteh Khan y Dost Mohammad Khan, Wa'fa se casó con Shah Shuja a principios de su primer reinado, poco después de 1803, cuando Shuja intentaba templar la contienda entre barakzais y sadozais. Elogiada por los ingleses debido a su «frialdad e intrepidez», en 1813 consiguió que su marido fuera liberado de su encarcelamiento en Cachemira al ofrecer el Koh-i-Nur a Ranjit Singh; según algunas fuentes, también ayudó a Shuja a escapar en 1815, esta segunda vez, de Lahore. En su llegada a Ludhiana consiguió persuadir a los británicos para que le proporcionaran asilo, con lo que garantizaba así la base de poder desde la cual los sadozais reconquistarían el trono. Murió en 1838, y algunos atribuyen el fracaso de las políticas de Shuja a la ausencia de sus sabios consejos.

Wazir Mohammad Akbar Khan (1816-1847): Akbar, el cuarto y más capaz de los hijos de Dost Mohammad Khan, y nacido de su mujer popalzai, fue un personaje complejo y sofisticado. Era el jefe de la resistencia que despertaba mayor fascinación en Kabul; incluso el *Akbarnama* [Libro de Akbar] incluye una descripción detallada de los placeres de su lecho conyugal. Destacó por primera vez en la batalla de Jamrud de 1837, cuando ayudó a derrotar al general sij Hari Singh; algunas fuentes indican que fue él personalmente quien decapitó al

líder sij. Después de que su padre se entregara a los ingleses en 1840 y él mismo fuera liberado de la prisión de Bujará en la que estaba prisionero, permaneció en el Hindu Kush con el objetivo de liderar la resistencia frente a los ingleses. Su llegada a Kabul el 25 de noviembre de 1841 transformó la naturaleza del levantamiento, y será él quien dirija las negociaciones sobre la retirada de los británicos. El 23 de diciembre, durante un encuentro a orillas del río Kabul, asesinó al enviado británico sir William Macnaghten. Posteriormente, dirigió el asedio a Jalalabad y estuvo al mando de las fuerzas afganas que, el 13 de septiembre de 1842, intentaron evitar la reconquista de Kabul emprendida por Pollock. Tras la retirada de los ingleses, volvió a tomar la capital y se convirtió en la figura con mayor poder hasta la vuelta de su padre, Dost Mohammad Khan, en abril de 1843. Murió cuatro años más tarde, según algunos, envenenado por el propio Dost Mohammad, que lo consideraba una potencial amenaza a su poder.

Nawab Mohammad Zaman Khan Barakzai: Zaman Khan era el sobrino y consejero de Dost Mohammad Khan, para el que desempeñó el cargo de gobernador de Jalalabad entre 1809 y 1834. Huyó de Kabul con Dost Mohammad en 1839, pero Mohan Lal Kashmiri facilitó su vuelta del exilio e hizo que fuera recibido en la corte de Shah Shuja en 1840. Con el comienzo de las hostilidades, parecía estar del lado de los británicos, pero pronto fue persuadido para asumir el liderazgo de la sublevación. A pesar de ser conocido como el «nómada rico» y considerado una persona zafia, fue nombrado emir a principios de noviembre. Marginado por su primo Akbar Khan cuando este llegó, a finales de noviembre de 1841, y, en febrero de 1842, se alió con Shah Shuja, para el que desempeñó el cargo de visir. Dicha alianza se rompió debido a la rivalidad con Naib Aminullah Khan Logari, y fue, precisamente, el favoritismo de Shuja hacia el hijo de Logari, Nasrullah, frente al hijo de Zaman Khan, **Shuja ud-Daula Barakzai**, la razón por la cual este último asesinó al sha, su padrino.

Los Barakzais



Otros líderes de la resistencia

Naib Aminullah Khan Logari: Aminullah Khan era un pathan yusufzai de orígenes más o menos humildes —su padre había sido asistente del gobernador de Cachemira en tiempos de Timur Shah— que había hecho carrera gracias a su inteligencia y a su lealtad a los sadozais. En 1839, era un hombre anciano pero aún influyente y

controlaba cuantiosos recursos económicos y grandes extensiones de tierras estratégicamente importantes, además de poseer su propia milicia privada.A pesar de ser un convencido partidario prosadozai, se opuso firmemente a la presencia de los infieles ingleses en sus tierras; cuando fue insultado por un oficial subalterno británico, el capitán Trevor, y perdió sus tierras por negarse a pagar más impuestos a la Corona, se convirtió en el centro principal de la resistencia junto con Abdullah Khan Achakzai. Después de la matanza de los británicos en Khord Kabul, se reincorporó al servicio de Shah Shuja y solo se unió a los barakzais tras la muerte de este. En 1843, con el regreso de Dost Mohammad, fue encarcelado «por incitar a personas pacíficas a participar en actos deshonestos» y murió en las mazmorras del Bala Hisar.

Abdullah Khan Achakzai († 1841): Abdullah Khan era un joven guerrero y aristócrata de una de las familias más poderosas y distinguidas de la región. Su abuelo había sido rival del abuelo de Dost Mohammad en los primeros días del Imperio durrani, y los achakzais nunca habían mostrado mucho entusiasmo por los barakzais. Sin embargo, al igual que su amigo Naib Aminullah Khan Logari, Abdullah Khan se opuso firmemente a la presencia de las tropas británicas en Afganistán y, después de que su amante fuera seducida por Alexander Burnes y él mismo fuera objeto de burla cuando trató de recuperarla, se convirtió en uno de los dos principales líderes de la resistencia. Fue nombrado comandante en jefe de las fuerzas rebeldes al estallar las hostilidades, en noviembre de 1841, y fue la cabeza pensante en lo militar y el principal responsable de la derrota británica hasta su muerte, en la batalla en lo alto del Bibi Mahru del 23 de noviembre. Con posterioridad, un asesino reivindicó haberlo disparado por la espalda para obtener la recompensa ofrecida por Mohan Lal Kashmiri a los que asesinaran a los líderes rebeldes.

Mohammad Shah Khan Ghilzai: Mohammad Shah era el poderoso jefe de los *babrak khel* ghilzais de Laghman y el suegro de Wazir Akbar Khan. En 1839, con el regreso de Shah Shuja, se unió a la corte y fue condecorado con el cargo honorífico de jefe de los verdugos del rey. Se sumó a la resistencia en octubre de 1841, tras la supresión de los subsidios a los ghilzais llevada a cabo por sir William Macnaghten: todos los reyes habían pagado el *rahdari* a los ghilzais por la

salvaguarda de los caminos y la protección de los ejércitos y comerciantes que se dirigían hacia la India; sin embargo, Macnaghten informó a los jefes ghilzais de que pretendía derogar dicho acuerdo. Con el regreso de Akbar Khan en 1841, fue Mohammad Shah Ghilzai quien supervisó la masacre de los británicos durante su retirada. Al igual que los otros líderes de la revuelta, se vio marginado con el regreso de Dost Mohammad Khan en 1843, y murió exiliado entre los *kafirs* del Nuristán.

Mir Masjidi († 1841) y Mir Haji: estos hermanos eran dos poderosos y respetados jeques hereditarios naksbandíes del Kohistán. Mir Haji fue también el imán hereditario de la mezquita Pul-e-Jishti, la mezquita del viernes, el líder de los ulemas de Kabul y el *pirzada* principal del gran santuario sufí Ashiqan wa Arifan de Kabul. En 1839, tras la promesa de importantes compensaciones por parte de Wade, ambos hermanos dirigieron a sus tribus tayikas contra Dost Mohammad, por lo que tuvieron un papel crucial en la ascensión de Shah Shuja; sin embargo, un año más tarde, al no haber recibido nada del dinero prometido, se levantaron contra Shuja y sus partidarios británicos. Tras haber manifestado su protesta, Mir Masjidi estaba a punto de rendirse cuando, inesperadamente, los británicos atacaron su fortaleza y masacraron a su familia; entonces, sus tierras fueron repartidas entre sus enemigos. Como consecuencia, ambos hermanos se convirtieron en enemigos implacables de los británicos y lideraron a los tayikos del Kohistán contra el régimen anglosadozai, primero desde el valle del Nijrab y luego en Charikar y Kabul. Mir Masjidi fue asesinado en las alturas de Bibi Mahru el 23 de noviembre, pero Mir Haji sobrevivió y continuó instigando al pueblo de Kabul contra Shah Shuja; será precisamente su llamada a la yihad contra los británicos en Jalalabad la que finalmente conseguiría que Shah Shuja saliera del Bala Hisar y lo acechara hasta su muerte el 5 de abril de 1842.

LOS BRITÁNICOS

Mountstuart Elphinstone (1779-1859): Elphinstone era un erudito escocés de las Lowlands elegido en 1809 por lord Minto para dirigir la

primera Embajada británica en Afganistán. Aunque nunca salió de la fortaleza de Shah Shuja en Peshawar, publicó un libro extraordinario, y de gran influencia, sobre Afganistán, *An account of the Kingdom of Caubul*, que se convirtió en la principal fuente, en lengua inglesa, de conocimiento sobre la región durante varias generaciones.

General William Elphinstone (1782-1842): primo mayor de Mountstuart que, antes de ser nombrado comandante en jefe de Kabul a la edad de cincuenta y ocho años, combatió por última vez en Waterloo, al mando del 33.º Regimiento de Infantería. Tras años de recibir solo la mitad de su salario, en 1837, a la edad de cincuenta y cinco años, volvió al servicio activo para poder hacer frente a unas deudas cada vez mayores. Para sus amigos, incluido lord Auckland, Elphinstone era un hombre de gran carisma, pero sin ningún interés o simpatía por la India o por las tropas indias que tenía que dirigir; llamaba a sus cipayos «negros». Llegó a Afganistán con los achaques de un severo ataque gota, y su afección empeoró rápidamente. El general Nott lo calificó de «incompetente», opinión que pronto se demostró acertada, dada su incapacidad para reaccionar al inicio de la insurrección y tras la cual se sumió en una profunda depresión. Fue herido durante la retirada de Kabul y, después de tres meses, murió en Tezin el 23 de abril de 1842 a causa de las heridas, la depresión y la disentería.

Sir William Hay Macnaghten (1793-1841): Macnaghten era un erudito, lingüista y antiguo juez en un tribunal del Úlster, que fue ascendido para dirigir la burocracia de la Compañía: «*nuestro* lord Palmerston», tal y como Emily Eden lo definió, era «un hombre seco y sensato, que lleva unas enormes gafas azules». Fue ampliamente respetado por su inteligencia, pero a muchos les disgustaba su pomposidad; otros ponían en duda la capacidad de este «hombre de escritorio» para desempeñar su nuevo trabajo como consejero jefe del gobernador general. Fue Macnaghten quien convenció a lord Auckland de que Dost Mohammad constituía un enemigo para los intereses británicos y, en colaboración con Claude Wade, presionó para conseguir el cambio de régimen en Kabul que ayudó a Shah Shuja a recuperar el trono. Tras diseñar el plan de la invasión, Macnaghten pidió que lo enviaran a Kabul para implementarlo; sin embargo, su administración no fue tan bien como esperaba y pronto

se encontró enviando comunicados ilusorios en su optimismo a lord Auckland, donde le informaba acerca de la «perfecta calma» de la situación en Afganistán, a pesar de los informes alarmantes que sus oficiales le enviaban desde todos los rincones del país. No supo gestionar de manera efectiva la actuación de sus generales, durante la rebelión de noviembre de 1841, y fue asesinado por Akbar Khan durante las negociaciones a las puertas del acantonamiento británico, el 23 de diciembre de 1841.

Comandante Claude Wade (1794-1861): Wade era un estudiante de persa nacido en Bengala que, durante su periodo como agente británico en Ludhiana, pasó de estar a cargo de las relaciones con la corte sij de Ranjit Singh a controlar una red de inteligencia que se extendía por el Himalaya y Asia Central. De esta manera, Wade se convirtió en el primer jefe de espías del Gran Juego. Wade fue el primero que sugirió utilizar a Shah Shuja para lograr un cambio de régimen en Afganistán, e impulsó la política de restauración de los sadozais en el trono, en parte, debido a una cierta rivalidad con Alexander Burnes, que defendía una alianza con Dost Mohammad. Durante la invasión de 1839, tendría que haber dirigido una fuerza mixta de tropas de la Compañía y de musulmanes punyabíes de Ranjit Singh hasta el Jáiber, pero no logró reunir más que a un puñado de punyabíes. No obstante, atravesó el paso Jáiber el 23 de julio. A la muerte de Ranjit Singh, entró en conflicto con el Kalsa y los sijs pidieron a Auckland que lo sustituyera. Terminó su carrera ocupando un puesto de menor relevancia, el de residente británico en Indore, antes de retirarse a la isla de Wight en 1844.

Sir Alexander Burnes (1805-1841): Burnes era un joven escocés de las Highlands, enérgico y lleno de recursos, cuya habilidad para las lenguas le valió un rápido ascenso. Dirigió dos expediciones de exploración en Afganistán y Asia Central en 1830-1832 y 1836-1838, ambas supuestamente comerciales, pero en realidad con intenciones políticas, con el objetivo de reunir detalladas informaciones estratégicas para la Compañía. En la segunda expedición, el descubrimiento de una delegación rival rusa que también buscaba el apoyo de Dost Mohammad llevó a Burnes a instar a Calcuta a firmar un tratado de amistad; su consejo, sin embargo, fue ignorado, y lord Auckland decidió sustituir a Dost Mohammad por el más maleable

Shah Shuja. Burnes se opuso firmemente a esta línea de actuación, pero accedió a apoyarla cuando se le ofreció el título de *baronet* y ser el segundo del enviado británico sir William Macnaghten. En Kabul, sus múltiples habilidades fueron desaprovechadas, ya que Macnaghten tomó el control exclusivo de la administración. Burnes se dedicó entonces a perseguir a las mujeres de Afganistán, y se convirtió así en el odiado personaje que sigue siendo hoy en Afganistán. Según las fuentes afganas, fue precisamente este comportamiento el que desencadenó el último estallido funesto en Kabul y su truculenta muerte el 2 de noviembre.

Charles Masson (1800-1853): después de fingir su propia muerte y abandonar su regimiento durante el asedio de Bharatpur en 1826, Masson cruzó el Indo y exploró Afganistán a pie. Se convirtió en el primer occidental en dedicarse a la arqueología de Afganistán, localizó los restos de la gran ciudad bactriana de Bagram y excavó algunas estupas budistas. De alguna manera, Claude Wade descubrió la verdadera identidad de Masson como desertor; al poco tiempo, lo chantajeó y obligó a convertirse en informante, con lo que se aseguraba así la obtención de informes regulares y precisos sobre Afganistán. Masson ayudó a Burnes durante sus negociaciones con Dost Mohammad de 1837-1838; sin embargo, a diferencia que Burnes, no desempeñó ningún papel en la invasión y posterior ocupación, a pesar de conocer Afganistán mejor que cualquier otro inglés. Finalmente, regresó a Inglaterra, donde murió sumido en la pobreza, cerca de Potters Bar, de «una afección desconocida del cerebro» en 1853.

General de brigada John Shelton del 44.º de Infantería († 1844): Shelton era un hombre malhumorado y grosero que había perdido el brazo derecho en la Guerra de Independencia española. Era conocido por imponer una disciplina férrea y por ser «un tirano con su regimiento». Al poco de llegar a Kabul, ya era detestado en los acantonamientos británicos, donde se enemistó con rapidez con el gentil y caballeroso general Elphinstone. «Su conducta fue insubordinada desde el día en que llegó», escribió el general más adelante. «Nunca me ofreció información ni consejo, pero siempre se quejaba de todo lo que se hacía». Al inicio del levantamiento, en noviembre de 1841, este par de comandantes desavenidos no

consiguieron ponerse de acuerdo sobre la estrategia a seguir; finalmente, Shelton consiguió que se aceptara su propuesta y el ejército de Kabul salió del acantonamiento el 6 de enero de 1842 para ser aniquilado en los nevados pasos montañosos. Shelton fue tomado como rehén y, más tarde, juzgado por un tribunal militar del que salió absuelto. En 1844, cuando falleció en Dublín a causa de una caída de un caballo, sus hombres acudieron al funeral y lanzaron vítores al aire en tres ocasiones para celebrar su muerte.

Colin Mackenzie (1806-1881): originario de Perthshire, Mackenzie era conocido como el oficial joven más atractivo del ejército indio. En 1841, en calidad de asistente del agente político en Peshawar, fue a Kabul y se topó con el estallido del levantamiento. Fue uno de los pocos oficiales británicos que se distinguió por su inteligencia y por su valor en la lucha, aunque, al final, fue tomado como rehén por Akbar Khan. Sobrevivió a la guerra y continuó su carrera al mando de un regimiento sij en la frontera.

George Lawrence (1804-1884): George era el hermano mayor de Henry y John Lawrence, que serán famosos más adelante por ser héroes del Raj. Un joven brillante, natural del Úlster, pronto fue ascendido por sir William Macnaghten para convertirse en su secretario militar. Como tal, luchó, tanto en la invasión de 1839 como en la persecución de Dost Mohammad, y estuvo presente en la rendición de este último el 4 de noviembre de 1840. Estuvo a punto de perder su vida en tres ocasiones: al estallar el levantamiento en noviembre de 1841, durante el asesinato de Macnaghten el 23 de diciembre y durante la retirada de Kabul, cuando fue tomado como rehén. Sobrevivió a la guerra, aunque cayó prisionero de nuevo en 1846, durante la posterior Guerra Sij.

Eldred Pottinger (1811-1843): Pottinger era el sobrino de sir Henry Pottinger, el responsable de la red de inteligencia de Bhuj y anterior jefe de Burnes. Es probable que su presencia en Herat durante el asedio persa de 1837-1838 no fuera fortuita, ya que garantizó la existencia de un flujo de información imprescindible para los británicos en dicho momento. Las fuentes inglesas le atribuyen el mérito de haber incitado a los habitantes de Herat a defender su ciudad; sin embargo, las crónicas persas y afganas no confirman esta

versión, es más, en ellas, Pottinger destaca por su ausencia. En el estallido del levantamiento de noviembre de 1841, Pottinger fue sitiado por segunda vez en Charikar, al norte de Kabul, y fue prácticamente el único de su guarnición que consiguió llegar con vida a los acantonamientos de Kabul. Tras la capitulación ante los rebeldes —en contra de su consejo—, se convirtió en uno de los rehenes entregados a Akbar Khan y permaneció en cautiverio durante nueve meses, hasta que el general Pollock reconquistó Kabul en septiembre de 1842. Posteriormente, fue juzgado por un tribunal militar y, aunque fue exonerado, no recibió recompensa alguna por su trabajo en Afganistán, por lo que abandonó el servicio de la Compañía. Se fue a vivir con su tío, sir Henry Pottinger, a Hong Kong, donde murió en 1843.

General William Nott (1782-1845): Nott era hijo de un modesto terrateniente galés que había llegado a la India en 1800 y que, poco a poco, se convirtió en uno de los generales de mayor grado de la Compañía. Brillante estratega y siempre fiel a sus cipayos —«los varoniles y excelentes soldados» a los que estaba profundamente unido —, mostró menos talento a la hora de tratar con sus superiores. Lord Auckland lo consideraba una persona antipática y difícil, todo lo contrario a un caballero; por esta razón, Nott fue una y otra vez ignorado para ocupar el puesto de comandante en jefe de Kabul. Finalmente, tomó el mando de Kandahar, ciudad que logró mantener en paz mientras que el resto de Afganistán se veía inmerso en una violenta revuelta. En agosto de 1842, marchó a través de Afganistán, derrotó a todas las fuerzas enviadas contra él y llegó a Kabul el 17 de septiembre, dos días después de que Pollock hubiera tomado la ciudad. Regresó a la India a través de Jalalabad y fue nombrado residente en Lucknow como recompensa por sus servicios en Afganistán.

Teniente Henry Rawlinson (1810-1895): Rawlinson era un talentoso orientalista que ayudó a descifrar la escritura cuneiforme del persa antiguo. Como miembro de la misión militar británica en Persia, en octubre de 1837, alertó a los británicos de la presencia de la misión rusa de Ivan Vitkevitch, tras haberse encontrado accidentalmente con este y su escolta de cosacos en las disputadas fronteras entre Persia y Afganistán. Más adelante, fue enviado a Kandahar como agente

político del general Nott; ambos crearon la administración más eficaz del país. En agosto de 1842, acompañó a Nott en su marcha por Afganistán, donde quedó profundamente horrorizado por los crímenes de guerra cometidos por las tropas británicas en Kabul e Istalif. Regresó por el paso Jáiber a la India, aunque pasó el resto de su carrera en Persia y el mundo árabe.

Sir Robert Sale (1782-1845): Sale era un veterano del ejército de la Compañía y conocido por sus hombres como «Bob el combativo», porque siempre se negaba a quedarse en la retaguardia y se lanzaba al encarnizado combate cuerpo a cuerpo. Participó en la captura de Gazni, y sus violentas expediciones punitivas en el Kohistán, en 1840, fueron determinantes para unir a los tayikos en su oposición al régimen anglo-sadozai. A finales de octubre de 1841, recibió la orden de regresar a la India y de castigar, a su paso, a los ghilzais por la oposición ejercida. A medida que sus tropas se aventuraban en los pasos Khord Kabul y Tezin, quedaron atrapadas en una serie de emboscadas bien ejecutadas y la expedición, que tenía como objetivo inicial castigar a los miembros de las tribus, terminó con una víctima muy distinta: en la estrecha red de pasos montañosos, los cazadores se había convertido en la presa. Con lo que quedó de sus tropas, Sale llegó a Jalalabad el 12 de noviembre. Su brigada permaneció allí, asediada, hasta que por fin consiguió derrotar a Akbar Khan el 7 de abril de 1842. Nueve días más tarde, fueron liberados por el Ejército de Castigo de Pollock y acompañados a Kabul. El 18 de septiembre, Sale se reunió con su formidable esposa, ***lady*** **Florentia Sale (1790-1853)**, que había sobrevivido a la retirada de Kabul y pasado nueve meses como rehén de Akbar Khan. «Bob el combativo» fue asesinado tres años después durante la Guerra Anglo-Sij de 1845. *Lady* Sale emigró, ya viuda, a Sudáfrica y murió en Ciudad del Cabo en 1853.

Sir George Pollock (1786-1872): Pollock era un general de la Compañía meticuloso, implacable y eficiente, que llevaba en la India más de treinta años en el momento en el que se le ordenó socorrer a la guarnición británica sitiada en Jalalabad. Se había labrado una buena reputación gracias a su minuciosa capacidad de planificación y a una logística cuidada hasta el último detalle; por ello, estaba decidido a no verse arrastrado hacia una actuación precipitada. Tras haberse

abastecido a conciencia en Peshawar, atravesó el paso Jáiber con su Ejército de Castigo y liberó Jalalabad el 16 de abril. Después de otro alto para proveerse de municiones y animales para el transporte, avanzó contra Akbar Khan y lo derrotó en el paso Tezin, tras lo cual reconquistó Kabul el 16 de septiembre. Después de destruir Istalif y de quemar gran parte de la capital, se retiró de Afganistán y fue recibido por lord Ellenborough en Firozpur el 19 de diciembre de 1842.

Lord Auckland (1784-1849): George Eden, lord Auckland, era un noble británico *whig*, inteligente y vanidoso. Al llegar a Calcuta, este soltero de cincuenta y un años tenía un conocimiento muy pobre sobre la historia de la India o su civilización, e hizo poco por informarse sobre el tema. Sabía aún menos sobre Afganistán y, en 1838, se dejó persuadir por sus consejeros más radicales y se embarcó en una invasión, del todo innecesaria, de dicho país para sustituir al emir Dost Mohammad por Shah Shuja. Sin embargo, fue reacio a dedicar los recursos necesarios para la impopular ocupación y demostró no estar preparado para las derrotas británicas que siguieron. Con la destrucción completa del ejército de Kabul, como bien señaló Emily Eden, el «pobre George» envejeció diez años en unas cuantas horas; parece que también sufrió algún tipo de apoplejía como consecuencia. Sustituido por lord Ellenborough, Auckland vivió en un estado de práctica deshonra en Kensington y murió a los sesenta y cinco años, en 1849.

Lord Ellenborough (1790-1871): Hijo del abogado defensor de Warren Hastings, era un hombre brillante, pero difícil de tratar y poco atractivo; su apariencia física era tan desagradable que se dice que el propio Jorge IV afirmaba que su sola visión le provocaba nauseas. Ellenborough hizo su carrera gracias a su rusofobia y fue, en muchos aspectos, el padre del Gran Juego, es decir, de la lucha entre los intereses imperiales, los servicios secretos y las aspiraciones coloniales de Gran Bretaña y Rusia, que duró hasta el colapso de sus respectivos imperios asiáticos. En octubre de 1841, fue nombrado gobernador general, sucedió a lord Auckland y llegó a la India a tiempo para atribuirse el mérito del éxito del Ejército de Castigo, que permitió que los británicos se retiraran de Afganistán a la vez que mantenían algo de su reputación militar. Era «un hombre caprichoso

e incontrolable en los asuntos de negocios», escribió un observador, pero «apasionado y entusiasta en todas las cuestiones militares, que parecían ser lo único que era de su interés o que llamaba su atención».

OTROS

Conde Vasily Alekseevich Perovsky (1794-1857): gobernador militar de la guarnición de frontera de la estepa rusa en Oremburgo y homólogo ruso de Claude Wade, Perovsky decidió contrarrestar las operaciones de la inteligencia británica en Asia Central con una actividad propia del contraespionaje. En Ivan Vitkevitch encontró al hombre que esperaba para «desempeñar el papel de Alexander Burnes». Tan pronto como quedó claro que los británicos estaban a punto de invadir Afganistán, Perovsky empezó a presionar para conseguir recuperar el prestigio ruso en la región a través de la conquista del kanato turcomano de Jiva. El ataque ruso contra Jiva terminó tan desastrosamente como lo haría la retirada británica de Kabul: Perovsky perdió a la mitad de sus camellos y casi a la mitad de sus hombres. La derrota retrasó las ambiciones rusas en la estepa durante una generación: Jiva no caería en manos de los rusos hasta 1872.

Ivan Vitkevitch (1806-1839): nacido en Vilna —hoy en día capital de Lituania— con el nombre de Jan Prosper Witkiewicz, era un noble polaco católico que había ayudado a fundar una sociedad secreta llamada «los hermanos negros», un movimiento clandestino de resistencia «nacional-revolucionaria» fundado por un grupo de estudiantes polacos que intentaba combatir la ocupación rusa de su país. Witkiewicz y los otros cinco cabecillas fueron arrestados e interrogados, despojados de sus títulos y rangos nobiliarios y enviados a diferentes fortalezas en la estepa kazaja. En esa época, Witkiewicz acababa de celebrar su decimocuarto cumpleaños. Witkiewicz se resignó a su destino y decidió sacar el mayor provecho posible de la situación. Aprendió kazajo y turco chagatai, cambió su nombre por Ivan Viktorovitch Vitkevitch, que parecía más ruso, y se convirtió en el primer actor ruso del Gran Juego. Realizó dos expediciones a Bujará

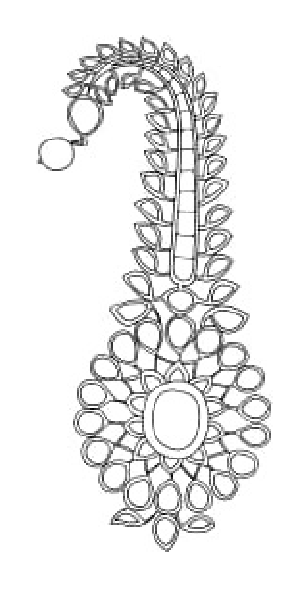
antes de ser enviado a Kabul para hacer una alianza con Dost Mohammad. En esta cuestión fue más hábil que su oponente británico, Alexander Burnes, pero cuando sus superiores no reconocieron las alianzas que él había forjado y los británicos invadieron Afganistán, volvió a San Petersburgo, donde lo encontraron muerto, en una habitación de hotel, el 8 de mayo de 1839. En apariencia, se trataba de un suicidio.

Mohammad Shah II Kayar (1808-1848): fue el gobernante kayar de Persia que, al participar en una alianza prorrusa y tratar de recuperar la disputada ciudad fronteriza afgana de Herat, contribuyó a que los británicos se pusieran en estado de alerta y a que, por consiguiente, procedieran con la invasión de Afganistán en 1839.

Maharajá Ranjit Singh (1780-1839): brillante y astuto gobernante, creó un reino sij poderoso en el Punyab, bien organizado y gobernado. En 1797, durante la caótica retirada afgana, ayudó a Shah Zaman a rescatar algunos cañones atrapados en el fango del río Jhelum; aunque entonces tenía tan solo diecinueve años, se le entregó gran parte del Punyab como muestra de agradecimiento. En los años siguientes, Ranjit Singh arrebató, de manera progresiva, las lucrativas provincias orientales del Imperio durrani a su antiguo señor, hasta ocupar su lugar y convertirse en el poder dominante en el Punyab. En 1813 se hizo con el Koh-i-Nur de Shah Shuja, al que puso bajo arresto domiciliario, aunque este logró escapar al año siguiente. Durante las negociaciones con sir William Macnaghten en 1838, superó en astucia a los británicos y logró transformar lo que iba a ser una expedición sij en Afganistán, en beneficio de los británicos, en una invasión británica muy favorable para los sijs. Murió en 1839, mientras el ejército británico invadía las tierras de su gran enemigo, Dost Mohammad.

Mohan Lal Kashmiri (1812-1877): Mohan Lal era el inestimable *munshi* (secretario) de Burnes, además de su consejero más cercano. Su padre había sido un *munshi* en la misión de Elphinstone, veinte años atrás y, a su vuelta, decidió que Mohan Lal fuera uno de los primeros muchachos del norte de la India en ser educado, según el plan de estudios inglés, en la nueva Universidad de Delhi. Inteligente, ambicioso y capaz de hablar con fluidez inglés, urdu, cachemir y farsi,

Mohan Lal acompañó a Burnes en su viaje a Bujará; después de esto, trabajó durante algún tiempo como espía para Wade en Kandahar. Burnes confiaba ciegamente en Mohan Lal y lo tuvo a su lado, durante la invasión de 1839, como jefe de su servicio de inteligencia; sin embargo, ignoró las advertencias de Mohan Lal acerca de la amenaza de un levantamiento inminente, error que le costaría la vida. Durante el levantamiento, Mohan Lal pidió importantes préstamos a su nombre para ayudar a Macnaghten durante el asedio y, en 1842, prestó más dinero para asegurar la liberación de los rehenes. Nunca le pagaron las 79 496 rupias que calculaba que se le debían; como resultado, las deudas le persiguieron el resto de su vida. Viajó a Gran Bretaña en busca de justicia y, además de los varios intentos para persuadir a los directores de la Compañía, también tuvo tiempo de visitar Escocia; allí entregó los diarios de Burnes a su familia en Montrose. Cuando estuvo en Gran Bretaña, publicó en inglés una memoria de sus viajes con Burnes por Asia Central y una enorme biografía de Dost Mohammad, de novecientas páginas, en dos volúmenes. Incluso la reina Victoria le concedió audiencia. Pero la Guerra Anglo-Afgana lo obsesionó toda su vida y puso fin a su carrera.



Capítulo 1

Un lugar difícil de gobernar

El año 1809 comenzó de manera prometedora para Shah Shuja al-Mulk. Era marzo, el principio de la breve primavera afgana y la vida empezaba a fluir lentamente por las venas de un helado paisaje que llevaba tiempo dormido bajo acumulaciones de nieve que cubrían hasta la cintura. Los pequeños y aromáticos lirios de Istalif se abrían camino a través del suelo congelado, la escarcha helada de los troncos de los cedros del Himalaya comenzaba a fundirse y los nómadas ghilzais sacaban a sus ovejas de cola ancha de los rediles invernales, desmontaban sus tiendas de piel de cabra y preparaban los rebaños para la primera de las migraciones de primavera en busca de las hierbas nuevas en los pastos altos. Fue justo en ese momento, con el deshielo, cuando Shah Shuja recibió dos buenas noticias: hecho bastante inusual en su tormentoso reinado.[1]

La primera estaba relacionada con la recuperación de un bien familiar que se había perdido. El diamante más grande del mundo, el Koh-i-Nur o «montaña de luz», llevaba desaparecido más de una década, pero eran tiempos tan turbulentos que nadie había intentado buscarlo. Se decía que Shah Zaman, el hermano mayor de Shuja y su predecesor en el trono de Afganistán, había escondido la gema poco antes de ser capturado y cegado por sus

enemigos. Un enorme rubí indio conocido como el Fakhraj, la otra joya más preciada de la familia, también desapareció al mismo tiempo.

Shah Shuja mandó llamar a su hermano ciego para interrogarlo sobre el paradero de las joyas más famosas de su padre: ¿era cierto que él sabía dónde estaban? Shah Zaman reveló que había escondido el Fakhraj bajo una roca en un arroyo cerca del paso Jáiber nueve años atrás, justo antes de caer prisionero. Más tarde introdujo el Koh-i-Nur en una grieta en la pared de la celda de la fortaleza donde fue encerrado por primera vez. Un historiador de la corte declaró con posterioridad: «Shah Shuja envió inmediatamente a algunos de sus hombres de mayor confianza para recuperar estas dos joyas, ordenándoles remover cielo y tierra hasta dar con ellas. Encontraron el Koh-i-Nur en casa de un jeque shinwari que, en su ignorancia, lo utilizaba como pisapapeles para sus documentos oficiales. En cuanto al Fakhraj, lo tenía un *talib*, un estudiante, que lo descubrió al ir a lavar la ropa en un arroyo. Incautaron las dos gemas y las llevaron de vuelta a la casa del rey».[2]

La segunda buena noticia, la llegada de una embajada de un vecino previamente hostil, era posiblemente de mayor utilidad práctica para el sha. Con solo veinticuatro años, Shuja se encontraba en el séptimo año de su reinado. El destino había querido que este adolescente, lector y pensador más interesado en la poesía y la erudición que en la guerra o las campañas militares, heredase el vasto Imperio durrani. Este, fundado por su abuelo Ahmad Shah Abdali, había sido levantado sobre las ruinas de otros tres imperios asiáticos: los uzbecos en el norte, los mogoles en el sur y los safávidas de Persia al oeste. Originalmente, se extendía de Nishapur —en el moderno Irán— hasta las puertas de la Delhi mogola, incluyendo Afganistán, Baluchistán, el Punyab, Sind y Cachemira. Pero ahora, solamente treinta años después de la muerte de su abuelo, el Imperio durrani estaba a punto de desintegrarse.

Sin embargo, este hecho no era de extrañar. A pesar de su larga historia, Afganistán —o Jorasán, como los afganos habían denominado a esta región durante los dos últimos milenios— había gozado solo en contadas ocasiones de unidad política o administrativa.[3] Mucho más a menudo había sido una zona entre múltiples fronteras: un vasto territorio fracturado y disputado, formado por tramos montañosos, llanuras inundables y desiertos que lo separaban de sus vecinos, mejor organizados. En otras ocasiones, sus provincias formaban parte de la periferia de imperios rivales beligerantes. Rara vez las piezas del puzle encajaban formando un Estado coherente y autónomo.

Si nos atenemos a la geografía y la topografía de la región, todo había jugado siempre en contra del ascenso de dicho Estado, sobre todo, el gran esqueleto rocoso del Hindu Kush: una cadena de cimas nevadas, esculpidas en el hielo, con pendientes negras y hendidas que dividían el país en dos, como las costillas de una enorme caja torácica de piedra.

Además, las presencia de diversas tribus, etnias y lenguas fragmentaban la sociedad afgana: la rivalidad entre los tayikos, uzbekos, hazaras y los pastunes durranis y ghilzais; el cisma entre suníes y chiíes; las luchas intestinas endémicas entre los clanes y las tribus y, en especial, las cruentas contiendas entre linajes emparentados. Estas luchas, que se transmitían dramáticamente de generación en generación, son el símbolo del fracaso de los sistemas de justicia estatales. En muchos lugares, las venganzas familiares casi se convirtieron en un deporte popular —el equivalente afgano del críquet en los condados ingleses— y las matanzas perpetradas eran a menudo de espectacular envergadura. Con el pretexto de una posible reconciliación, uno de los jefes tribales de Shah Shuja invitó «a comer» a unos sesenta primos suyos con los que estaba enemistado, según un testigo no sin antes: «Haber depositado previamente bolsas de pólvora bajo la habitación. Durante la comida, y tras haberse ausentado con algún pretexto, los hizo volar por los aires». Un país como este solo podía ser gobernado con gran habilidad, estrategia y con unas arcas rebosantes de riquezas.

Por eso cuando, a principios de 1809, llegaron mensajeros del Punyab con noticias sobre la salida de una embajada de la Compañía de las Indias Orientales, desde Delhi, hacia el norte, que buscaba con urgencia una alianza con él, Shah Shuja tuvo razones de sobra para sentirse satisfecho. En el pasado, la Compañía había supuesto un problema importante para los durranis, ya que sus disciplinados ejércitos cipayos habían hecho imposible los lucrativos saqueos de las llanuras del Indostán que, durante siglos, habían sido la principal fuente de ingresos de los afganos. Ahora parecía que la Compañía buscaba su apoyo; los informantes del sha le habían comunicado que la embajada ya había cruzado el Indo y se encontraba de camino a Peshawar, su capital de invierno. Esto no solo suponía una tregua en la tediosa rutina de asedios, detenciones y expediciones punitivas, sino que potencialmente proporcionaba a Shuja un poderoso aliado, algo que necesitaba con vital urgencia. Ninguna delegación británica había visitado antes Afganistán y ambos pueblos eran prácticamente desconocidos el uno para el otro, por lo que la embajada tenía la ventaja adicional de la novedad. «Designamos a algunos servidores de la corte real, reputados por su

refinamiento y buenos modales, para ir a su encuentro», escribió Shah Shuja en sus memorias, «y se les ordenó hacerse cargo de todos los aspectos relacionados con la recepción de los huéspedes y que fueran tratados de manera apropiada, con prudencia y cortesía».[4]

Los informes que le llegaban a Shah Shuja indicaban que los británicos iban cargados de regalos: «elefantes con *howdahs* de oro, un palanquín protegido con una gran sombrilla, fusiles con incrustaciones de oro e ingeniosos revólveres con seis cámaras nunca antes vistos; relojes caros, binoculares, lujosos espejos capaces de reflejar el mundo tal y como era; lámparas adornadas con diamantes, jarrones de porcelana y utensilios con oro incrustado procedentes de Roma y China; un candelabro en forma de árbol y otros regalos de tanto valor y belleza que la imaginación se queda corta para describirlos».[5] Años después, Shuja recordaba un regalo que le deleitó especialmente: «Una gran caja que producía ruidos similares a voces, sonidos extraños en una gran variedad de timbres, armonías y melodías, de lo más agradables para el oído».[6] La embajada había llevado el primer órgano a Afganistán.

La autobiografía de Shah Shuja no se pronuncia sobre si este sospechaba o no de estos británicos cargados de regalos; pero en el momento en que la escribió, ya cumplidos los cincuenta años, era plenamente consciente de que la alianza que estaba a punto de negociar cambiaría para siempre el curso de su propia vida así como el de la historia de Afganistán.



La verdadera razón detrás del envío de esta primera embajada británica a Afganistán estaba lejos de la India y de los pasos del Hindu Kush. Sus orígenes nada tenían que ver con Shah Shuja, el Imperio durrani o siquiera la complicada política de los príncipes del Indostán. En cambio, para seguir el rastro de sus verdaderas causas, hay que dirigirse a la Prusia nororiental y a una embarcación en medio del río Niemen.

En ese lugar, dieciocho meses antes, Napoleón, en el cénit de su poder, se había citado con el zar, Alejandro I, para negociar un tratado de paz. Dicha reunión tuvo lugar tras la derrota de Rusia en la batalla de Friedland, el 14 de junio de 1807, en la que la artillería de Napoleón dejó veinticinco mil cadáveres en el campo de batalla. A pesar del duro golpe, fueron capaces de

retirarse a su frontera sanos y salvos. Ahora los dos ejércitos frente a frente a ambos lados de los meandros serpenteantes del Niemen, con las fuerzas rusas reforzadas por dos nuevas divisiones y otros doscientos mil milicianos a la espera en la cercana orilla del mar Báltico.

El *impasse* se rompió cuando se informó a los rusos de que Napoleón no solo deseaba la paz sino una alianza. El 7 de julio, en una embarcación coronada con un pabellón blanco de estilo clásico decorado con un gran monograma con una «N», los dos emperadores se reunieron en persona para negociar un tratado más tarde conocido como la Paz de Tilsit.[7]

La mayor parte de las cláusulas del tratado se referían a temas sobre la guerra y la paz, no es casualidad que el primer volumen de la gran novela de Tolstói se titulara *Antes de Tilsit*. Gran parte de la discusión se centró en el porvenir de la Europa ocupada por los franceses, especialmente en el futuro de Prusia, cuyo rey, excluido de dicha reunión, recorría preocupado la orilla del río de arriba abajo a la espera de conocer si todavía tendría reino cuando el cónclave concluyera. Pero además de los artículos públicos del tratado, Napoleón incluyó varias cláusulas secretas que no se revelaron en el momento. Estas sentaron las bases de un ataque conjunto franco-ruso a lo que Napoleón consideraba la fuente de riqueza de Gran Bretaña. Se trataba, por supuesto, de la posesión más preciada de su enemigo: la India.

La toma de la India como medio para empobrecer a Gran Bretaña y romper su creciente poder económico había sido una obsesión para Napoleón, así como para otros muchos estrategas franceses anteriores, desde hacía mucho tiempo. Casi exactamente nueve años antes, el 1 de julio de 1798, Napoleón había desembarcado con sus tropas en Alejandría para dirigirse por tierra hacia El Cairo. «Llegaremos a la India a través de Egipto», escribió. «Restableceremos la antigua ruta a través de Suez». Desde El Cairo le envió una carta a Tipu, el sultán del reino de Mysore, en respuesta a la petición de ayuda de este último frente a los ingleses: «Ya le han informado de mi llegada a las fronteras del mar Rojo con un ejército invencible, deseoso de liberarle del yugo de hierro de Inglaterra. ¡Que el Todopoderoso refuerce su poder y destruya a sus enemigos!».[8]

Sin embargo, en la batalla del Nilo del 1 de agosto, el almirante Nelson hundió casi toda la flota francesa, arruinando el plan inicial de Napoleón de usar Egipto como base segura desde la que atacar la India. Esto le obligó a cambiar de estrategia; pero nunca desistió en su intención de debilitar a Gran Bretaña queriendo conquistar lo que consideraba la fuente de su poder

económico, del mismo modo que Latinoamérica —con el oro inca y azteca— lo había sido en su momento para España.

Napoleón comenzó así a planificar el ataque a la India a través de Persia y Afganistán. Ya se había firmado un tratado con el embajador persa: «En el caso de que S.M. el emperador de los franceses tuviera la intención de enviar un ejército por tierra para atacar las posesiones inglesas en la India», declaró, «S. M. el emperador de Persia, como su buen y fiel aliado, le cedería el paso».

En Tilsit, las cláusulas secretas explicaban en detalle todo el plan: Napoleón emularía a Alejandro Magno y marcharía con cincuenta mil soldados franceses de la *Grande Armée* a través de Persia para invadir la India; mientras, Rusia se dirigiría a través de Afganistán hacia el sur. El general Gardane fue enviado a Persia para intermediar con el sha y averiguar qué puertos podrían proporcionar anclaje, agua y suministros para veinte mil hombres, así como para diseñar los mapas de las posibles rutas de la invasión.[at1] Mientras tanto, el general Caulaincourt, el embajador de Napoleón en San Petersburgo, tenía como misión sacar adelante el plan con los rusos. «Cuanto más descabellada parecía la idea», escribió el emperador, «y mayores las intenciones de llevarla a cabo (¿y qué no podrían hacer Francia y Rusia?), más aterrorizados estaban los ingleses; causará terror en la India inglesa y sembrará confusión en Londres; y, desde luego, cuarenta mil franceses a los que Persia había concedido el paso a través de Constantinopla, uniéndose a cuarenta mil rusos que llegaban a través del Cáucaso, serían suficientes para aterrorizar Asia y conquistarla».[9]

Pero los británicos no estaban desprevenidos. El servicio secreto había escondido bajo la embarcación a uno de sus informantes, un aristócrata ruso descontento cuyos tobillos colgaban sobre el río. Desafiando el frío, fue capaz de escuchar cada palabra y enviar inmediatamente a Londres una comunicación oficial con todos los detalles del plan. En solo otras seis semanas la inteligencia británica consiguió saber los términos exactos de las cláusulas secretas, que fueron remitidas a la India de inmediato. A estas se le sumaron instrucciones para el gobernador general, lord Minto, que debía advertir a todos los países entre la India y Persia del peligro en el que estaban sumidos y negociar alianzas con ellos para oponerse a cualquier expedición francesa o franco-rusa contra la India. Del mismo modo, se instó a las diferentes embajadas a recopilar información y datos estratégicos con el propósito de rellenar los espacios en blanco de los mapas británicos de estas regiones. Mientras tanto, en Inglaterra se prepararían refuerzos para zarpar a

la India en caso de que se detectase algún signo de expedición presta a partir desde puertos franceses.[10]

Lord Minto no consideraba que el plan de Napoleón fuese rocambolesco. Una invasión francesa de la India a través de Persia no estaba «fuera del alcance de la energía y perseverancia que distinguían al actual gobernante de Francia», escribió mientras terminaba de planificar las medidas a tomar para contrarrestar la «activa diplomacia francesa en Persia, que buscaba con gran diligencia la manera de extender sus intrigas a los *durbars* del Indostán».[11]

Finalmente, Minto optó por enviar cuatro embajadas separadas, a cual más cargada de generosos regalos, para alertar y ganar el apoyo de las potencias que se interponían en el camino de los ejércitos de Napoleón. Una de ellas fue enviada a Teherán para intentar convencer al sha de Persia, Fatteh Ali Shah Kajar, de la perfidia de su nuevo aliado francés. Otra fue despachada a Lahore para hacer una alianza con Ranjit Singh y los sijs. Una tercera se envió a los emires de Sind. La búsqueda del apoyo de Shah Shuja y sus afganos recayó en las manos de una joven y prometedora estrella de la Compañía, Mountstuart Elphinstone.

Elphinstone era un escocés de las Lowlands que en su juventud había sido un francófilo declarado. Había crecido junto a los prisioneros de guerra franceses del castillo de Edimburgo, del que su padre era gobernador; allí había aprendido sus cantos revolucionarios y se había dejado crecer hasta la espalda, al más puro estilo jacobino, el rizado pelo dorado para demostrar su simpatía hacia sus ideales.[12] Enviado a la India a la temprana edad de catorce años para que no se metiera en problemas, había aprendido farsi, sánscrito e hindustaní y pronto se convirtió en un diplomático ambicioso y en un insaciable historiador y erudito.

Cuando Elphinstone se dirigió a Pune, su primer destino diplomático, un elefante fue reservado exclusivamente para transportar su biblioteca, que incluía obras de poetas persas, de Homero, Horacio, Heródoto, Teócrito, Safo, Platón, *Beowulf*, Maquiavelo, Voltaire, Horace Walpole, Dryden, Bacon, Boswell y Thomas Jefferson.[13] Desde entonces, Elphinstone había luchado junto a Arthur Wellesley, el futuro duque de Wellington, en sus guerras en la India central contra los marathas y ya hacía tiempo que había abandonado sus ideales de igualdad y fraternidad. Escribió: «La corte de Kabul era conocida por su arrogancia y por tener una mala opinión de las naciones europeas, por lo que se decidió que la misión debía caracterizarse por el esplendor y la ostentación».

La primera embajada en Afganistán de una potencia occidental partió de la residencia de la Compañía en Delhi el 13 de octubre de 1808, con el embajador acompañado por doscientos soldados de caballería, cuatro mil de infantería, una docena de elefantes y no menos de seiscientos camellos. La expedición era impresionante, pero estaba claro que este intento por parte de los británicos de acercarse a los afganos no pretendía conseguir la amistad de Shah Shuja sino, llanamente, aventajar a sus rivales imperiales: los afganos fueron tomados por meros peones en el tablero de ajedrez de la diplomacia occidental, dispuestos a ser sacrificados a voluntad. Esta política sembró un precedente que será emulado por diferentes potencias, en numerosas ocasiones, durante los años y décadas siguientes; y en cada una de dichas ocasiones los afganos demostrarían ser capaces de defender su inhóspito territorio con mayor eficiencia de la que cualquiera de sus futuribles manipuladores pudiera haber sospechado.



La fundación del estado moderno de Afganistán, en 1747, suele atribuirse al abuelo de Shah Shuja, Ahmad Shah Abdali. Su familia procedía de Multán, en el Punyab, y estuvo mucho tiempo al servicio a los mogoles. Por lo tanto, no era de extrañar que parte de su poder derivase de las joyas del enorme tesoro mogol que el saqueador persa Nadir Shah había desvalijado del Fuerte Rojo de Delhi sesenta años antes. Tan solo una hora después del asesinato de Nadir Shah, Ahmad Shah consiguió hacerse con estas gemas.[at2]

Al poner dicha riqueza al servicio de su caballería, Ahmad Shah no perdió prácticamente ninguna batalla, pero fue derrotado en última instancia por un enemigo más intratable que cualquier ejército. Este vio cómo su rostro quedaba devorado por lo que las fuentes afganas llamaban «úlcera gangrenosa», posiblemente lepra o algún tipo de cáncer. En el cénit de su poder, cuando tras ocho incursiones sucesivas en las llanuras del norte de la India había conseguido aniquilar a la poblada caballería de los marathas en la batalla de Panipat en 1761, la enfermedad de Ahmad Shah había consumido ya su nariz y, en su lugar, portaba una prótesis salpicada de diamantes. Mientras su ejército crecía hasta alcanzar una horda de ciento veinte mil hombres y su imperio se expandía, también lo hacía el tumor, causando estragos en su cerebro, extendiéndose al pecho y a la garganta e incapacitando

sus extremidades.[14] Buscó la cura en santuarios sufíes, pero ninguno le proporcionó el remedio que tanto ansiaba. En 1772, una vez perdida la esperanza de recuperación, se encamó y, como dijo un escritor afgano, «las hojas y el fruto de su palmera cayeron al suelo y él volvió al lugar de donde venía».[15] La verdadera tragedia del nuevo Imperio durrani fue que su fundador murió antes de poder establecer los límites de su país, de establecer una administración eficaz y de afianzar sus nuevas conquistas.

Timur Shah, hijo de Ahmad Shah, consiguió conservar las tierras del imperio que su padre le había legado. Trasladó la capital de Kandahar a Kabul, para protegerla de las turbulentas tierras de los pastunes, y se apoyó en los qizilbash —colonos chiíes que llegaron por primera vez a Afganistán desde Persia con los ejércitos de Nadir Shah— para formar su guardia real. Como los qizilbash, la dinastía Sadozai a la que él pertenecía era lingüística y culturalmente persa y Timur Shah eligió como referentes culturales a sus predecesores timúridas, «los Médici de oriente», como los apodó Robert Byron. Se enorgullecía de ser un hombre con gusto y dio nueva vida a los antiguos jardines de la fortaleza de Bala Hisar en Kabul, construidos en primera instancia por Ali Mardan Khan, gobernador de Kabul bajo el mandato de Shah Jahan. Para esta empresa se inspiró en las historias que le contaba su esposa principal, una princesa mogola que había crecido entre las sombras de los árboles frutales y los patios repletos de fuentes del Fuerte Rojo de Delhi.

Al igual que su familia política mogola, Timur Shah tenía un talento especial para los despliegues de ostentación. «Modeló su reino inspirándose en los grandes hombres de estado», refleja posteriormente el *Siraj al-Tawarikh* [Historias de luz], una crónica de su corte. «Llevaba un broche con diamantes engarzados en su turbante y una banda enjoyada sobre su hombro. Su sobretodo estaba decorado con piedras preciosas y portaba el Koh-i-Nur en el antebrazo derecho y el rubí Fakhraj, en el izquierdo. Su alteza Timur Shah también hacía lucir otro broche incrustado sobre la frente de su caballo y, como era un hombre de baja estatura, mandó fabricar un taburete enjoyado para montar en él».[16] Aunque Timur Shah perdió los territorios persas del imperio de su padre, luchó ferozmente por conservar el núcleo afgano: entre 1778 y 1779 logró recuperar la ciudad rebelde punyabí de Multán, lugar de nacimiento de su padre, y regresó con las cabezas de miles de sijs rebeldes cargadas en camellos. Dichas cabezas fueron posteriormente expuestas como trofeos.[17]

Timur tuvo veinticuatro hijos varones y la lucha sucesoria tras su muerte —los pretendientes en liza secuestraban, asesinaban y se mutilaban los unos a los otros alegremente— supuso el comienzo de la pérdida de autoridad de la monarquía durrani; bajo el mandato de Shah Zaman, que finalmente sucedió a Timur Shah, el Imperio se desintegró. En 1797, Shah Zaman, como su padre y su abuelo antes que él, decidió reavivar su gloria y llenar sus arcas ordenando una invasión a gran escala del Indostán, solución a la que siempre recurrían los afganos para reflotar sus finanzas. Alentado por una invitación de Tipu, el sultán de Mysore, descendió el zigzagueante paso Jáiber y se estableció entre los viejos muros erosionados por el monzón de la fortaleza mogola de Lahore, desde donde planificó el saqueo de las ricas llanuras del norte de la India. Sin embargo, en 1797, la India había ido poco a poco sucumbiendo ante el dominio de una temible intrusión extranjera en la región: la Compañía de las Indias Orientales. Bajo el mando de su gobernador general más agresivo, lord Wellesley —hermano mayor del futuro duque de Wellington—, la Compañía se estaba expandiendo rápidamente hacia el interior del país partiendo desde sus bases costeras; las campañas de Wellesley en la India conseguirían anexionar más territorio que el conjunto de todas las conquistas de Napoleón en Europa. La India ya no era la fuente de pillaje fácil que una vez había sido para los afganos y Wellesley era un adversario especialmente astuto.

Este decidió boicotear a Shah Zaman, no mediante la fuerza, sino a través de estratagemas diplomáticas. En 1798 envió una misión diplomática a Persia, en la que ofrecía armas y entrenamiento, y animó a los persas a atacar la retaguardia desprotegida de Shah Zaman. Este se vio obligado a retirarse en 1799, abandonó Lahore y confió el gobierno de dicha ciudad a un competente y ambicioso joven sij. Rajah Ranjit Singh había ayudado a Shah Zaman a recuperar algunos cañones que quedaron atrapados en el fango del río Jhelum durante la caótica retirada afgana; este hecho cautivó al sha, que quedó impresionado por su eficiencia, y lo puso al frente del gobierno de gran parte del Punyab, pese a contar solo con diecinueve años de edad.[18] Mientras Shah Zaman hacía y deshacía para intentar mantener su resquebrajado imperio, en los años siguientes, Ranjit Singh fue tomando poco a poco las lucrativas provincias orientales del Imperio durrani de su antiguo señor e imponiéndose como el poder dominante en el Punyab.

Mirza ‘Ata Mohammad, uno de los escritores más perspicaces de la época de Shah Shuja, escribió: «Los afganos de Jorasán gozan de merecida reputación de que siempre que la lámpara del poder arde con brío, ellos pululan a su alrededor como polillas; y cuando se extiende el mantel de la

abundancia, acuden como moscas».[19] Lo contrario era igualmente cierto. Cuando Zaman se retiró, frustrado por el fallido saqueo de la India y rodeado por sijs, británicos y persas, su autoridad se desvaneció y los nobles, su extensa familia e incluso sus hermanastros terminaron por levantarse en su contra.

El fin del gobierno de Shah Zaman se produjo durante el gélido invierno de 1800, cuando los habitantes de Kabul se negaron a abrir las puertas de la ciudad a su desafortunado rey. Entonces, una fría noche de invierno, mientras los tenues copos de nieve se posaban en sus pestañas, se refugió de la ventisca que se avecinaba en una fortaleza entre Jalalabad y el Jáiber. Esa noche fue encarcelado por sus anfitriones shinwaris, que bloquearon las puertas, mataron a su escolta y más tarde le dejaron ciego con una aguja ardiendo: «La punta de la aguja», escribió Mirza ‘Ata, «rápidamente vertió el vino de su mirada desde la copa de sus ojos».[20]

El orgulloso y letraherido príncipe Shuja solo tenía catorce años cuando su hermano mayor fue cegado y derrocado. Shuja fue «el sempiterno y fiel compañero de Shah Zaman» y, tras el golpe de estado que siguió, se enviaron tropas a las cuales se les encomendó su arresto. Sin embargo, consiguió eludir a los equipos de búsqueda y, con unos pocos compañeros, recorrió senderos ignotos en los que dejó atrás los álamos y robles de los valles hacia las nieves cristalinas de los pasos elevados, coronando las fallas y cimas de las montañas, durmiendo a la intemperie y esperando su gran momento. Era un adolescente inteligente, amable y educado, que aborrecía la espiral de violencia que lo rodeaba y, ante la adversidad, buscó consuelo en la poesía. «No pierdas la esperanza cuando te enfrentes a dificultades», escribió mientras se desplazaba de un pueblo de montaña a otro, protegido por los miembros de las tribus todavía leales. «Las nubes negras pronto dan paso a la nítida lluvia».[21]

Como Babur, el primer emperador mogol, Shah Shuja elaboró una bella autobiografía, muy bien escrita, en la que habla de sus días deambulando sin hogar por las nevadas pendientes del Safed Koh, recorriendo las silenciosas orillas de los altos lagos teñidos de jade y turquesa, mientras esperaba y planeaba el momento adecuado para recuperar lo que le correspondía por derecho de nacimiento. «En aquellos momentos», escribió, «el destino nos infligió gran sufrimiento. Pero rezamos para que Dios nos diera fortaleza, porque solo de Él depende el premio de la victoria y de la Corona. Por su gracia, nuestra intención era que, desde que subiéramos al trono, gobernaríamos a nuestros súbditos con tanta justicia y clemencia que estos

vivirían felices bajo la sombra de nuestras alas protectoras. Y es que el objetivo de la realeza es velar por el pueblo y liberar al débil de la opresión».[22]

Su momento llegó tres años más tarde, en 1803, con el estallido de un conflicto religioso: «Los habitantes de Kabul», escribió el sha, «recordaron la indulgencia y la generosidad del gobierno de mi hermano Zaman y lo compararon con la insolencia del usurpador y sus violentas tropas. Era demasiado, por lo que utilizaron el pretexto de las diferencias religiosas con el objetivo de conseguir algún cambio. La pelea entre suníes y chiíes estalló de nuevo y pronto empezaron los disturbios en las calles de Kabul».[23]

La lucha enfrentaría a los chiíes qizilbash y a sus vecinos afganos suníes. Según una fuente suní:

> Un canalla qizilbash sedujo a un joven suní que vivía en Kabul para que fuera a su casa con él. Invitó a otros pederastas para que participasen en la repugnante práctica y juntos abusaron del indefenso muchacho. Tras varios días atiborrándolo de drogas y alcohol, lo abandonaron en la calle. El muchacho volvió a su casa y le contó a su padre lo que le había sucedido. Su padre exigió justicia […]. La familia del muchacho acudió a la mezquita Pul-e-Jishti el viernes con la cabeza descubierta, los pies desnudos y los bolsillos del revés. Pusieron al muchacho bajo el púlpito e instaron al predicador jefe a que reparase el daño que se había hecho. En ese momento, el predicador declaró la guerra contra los qizilbash.[24]

La mayoría de las reyertas afganas de gravedad solían tener como protagonistas a parientes cercanos de una misma familia y, en este caso, «el usurpador» era Shah Mahmoud, hermanastro y rival de Shah Shuja. Cuando este rechazó castigar a los omnipotentes qizilbash, que constituían tanto su guardia personal como la élite de su administración, los miembros de las tribus suníes bajaron de las colinas circundantes a Kabul y sitiaron las murallas tras las que se refugiaban. En medio de este caos, Shah Shuja llegó desde Peshawar como el adalid de la ortodoxia suní y liberó de prisión a uno de sus hermanos —Shah Zaman— para encerrar a otro en su lugar: Shah Mahmoud. Perdonó a todos los que se habían rebelado contra Shah Zaman con la única excepción del jefe del clan shinwari responsable de la ceguera de su hermano: «Los oficiales detuvieron al culpable y a sus partidarios y arrasaron su fortaleza por completo. Saquearon todo y llevaron al hombre ante el tribunal de Shuja. Entonces, para purgar sus pecados, le llenaron la

boca de pólvora y lo hicieron saltar por los aires. Encarcelaron a sus hombres, que fueron brutalmente torturados, como ejemplo para cualquiera que afirmase ser tan valiente como para resistir el exquisito dolor infligido por el torturador».[25] Por último, según Mohammad Khan Durrani, ataron a la esposa y a los hijos del delincuente a la boca de los cañones de Shuja y dispararon.[26]

Sumidos en esta guerra civil fratricida, el Afganistán durrani rápidamente se sumió en la anarquía. Fue en este periodo cuando se aceleró su transformación: pasó de ser un sofisticado centro artístico y cultural —que algunos de los grandes emperadores mogoles habían de considerarlo mucho más ilustrado y elegante que la India— al país destrozado y asolado por la guerra que ha resultado ser durante gran parte de su historia moderna. Ya el reino de Shah Shuja era solo una pálida sombra del que antaño había gobernado su padre. Las grandes universidades, como la de Gauhar Shad en Herat, habían perdido alumnos y reputación; los poetas y artistas, los calígrafos y miniaturistas, los arquitectos y ceramistas que hicieron famoso Jorasán durante la época de los timúridas migraron hacia el sudeste, hasta Lahore, Multán y las ciudades del Indostán y también hacia el oeste, hacia Persia. Los afganos todavía se consideraban sofisticados y Mirza ‘Ata, el escritor afgano más elocuente de la época, emula a Babur al hablar con orgullo de Afganistán como un lugar «mucho más refinado que la precaria Sind, donde no conocen el pan blanco ni las conversaciones cultas». En otra parte habla de su país como «una tierra en la que crecen cuarenta y cuatro tipos diferentes de uvas y muchas otras frutas —como manzanas, granadas, peras, ruibarbo, moras, sandías y melones dulces, albaricoques, melocotones, etc.— y agua helada que no se pueden encontrar en ninguna llanura de la India. Los indios no saben ni vestirse ni comer, ¡Dios me guarde del fuego de su *dal* (lentejas) y de su pésimo *chapatti* (tortas de pan)!».[27]

Sin embargo, la realidad era bien diferente; los gloriosos días de la cultura timúrida y el elegante refinamiento persa desaparecían a marchas forzadas. Prácticamente, ninguna miniatura afgana de este periodo ha sobrevivido, lo que contrasta con el Punyab, donde los artistas pahari produjeron algunas de las mayores obras maestras del arte indio. La que fuera en su día una gran ciudad, Herat, se encontraba ahora sumida en la suciedad y la miseria. Asolada por repetidos brotes de cólera, Herat vio cómo su población caía de cien mil a menos de cuarenta mil habitantes.[28] El Estado durrani, con su grave debilidad institucional, estaba al borde del colapso, mientras que la autoridad de Shuja rara vez se extendía más allá del equivalente a un día de

marcha desde donde su pequeño ejército de seguidores se encontrase acampado. Este caos e inestabilidad generaron crecientes dificultades a las cáfilas —las grandes caravanas que iban y venían de las ciudades de Asia Central— que, en ausencia de una autoridad centralizada, eran gravadas y saqueadas a placer por cualquier líder tribal que lo deseara. A su vez, esto supuso una severa amenaza para la economía política de Afganistán, puesto que las arterias por las que discurría el caudal financiero del Estado quedaron obstruidas.

Afganistán era todavía capaz de abastecer a la región entera con tres lucrativos productos: frutas, pieles y caballos. En Cachemira los telares seguían tejiendo los más exclusivos chales de Asia y su azafrán era el más apreciado. Multán era famoso por sus *chintzes* (telas estampadas) de llamativos colores. En los mejores años también se recaudaban impuestos de los comerciantes de las cáfilas, que viajaban por las rutas comerciales afganas trayendo seda, camellos y especias desde Asia Central a la India y llevando, a la vuelta, algodón, añil, té, tabaco, hachís y opio. Pero con la intranquilidad política vivida durante los reinados de Zaman y Shuja, cada vez menos *kafilabashis* (jefes de las caravanas) estaban dispuestos a correr el riesgo de viajar a través de los peligrosos pasos afganos.[29] En contraste con la arrogancia de generaciones anteriores, cada vez más afganos comenzaron a ver su propio país como un lugar empobrecido y sin porvenir, «una tierra que producía poco más que hombres y piedras», como dijo más tarde uno de los sucesores de Shah Shuja.[30]

Con los escasos fondos provenientes de las recaudaciones impositivas o aduaneras, los únicos bienes con los que contaba Shuja eran la lealtad de su hermano ciego, Shah Zaman, y el consejo de su hábil esposa, Wa'fa Begum, considerada por algunos el verdadero poder en la sombra. La familia real también disponía del cofre de las joyas mogolas que, sin embargo, menguaba a pasos agigantados.

Por lo tanto, una alianza con la Compañía de las Indias Orientales era de suma importancia para Shah Shuja, que esperaba poder emplearla para obtener los recursos necesarios con los que unificar su fracturado imperio. A largo plazo, los británicos lograrían, de hecho, unir a los afganos bajo un único gobernante, pero sería de una forma completamente diferente a la planeada por Shuja.



A finales de octubre de 1808, Elphinstone y su caravana diplomática se dirigían a través de la región de Shekhawati hacia Bikaner, dejando los dominios de la Compañía y adentrándose en la tierra yerma, arrasada por el viento, del desierto del Thar, territorio desconocido para los británicos.

La procesión de caballos, camellos y elefantes, de dos millas de largo, pronto se topó con «dunas de arena que se elevaban una tras la otra como las olas del mar, surcadas por el viento como montañas de nieve […] Fuera de los caminos, nuestros caballos se hundían en la arena hasta por encima de las rodillas».[31] Tras dos semanas de duro viaje «a través de un paisaje completamente desolador, descubrimos las murallas y las torres de Bikaner, una ciudad grande y espléndida en el corazón del desierto».[32]

Más allá de Bikaner se extendían las fronteras de lo que quedaba del Imperio durrani de Shuja y, en poco tiempo, la delegación de Elphinstone se encontró con los primeros afganos, «un grupo de ciento cincuenta soldados en camellos» que se abría paso a través del desierto hacia su encuentro. «Había dos hombres por camello y cada uno llevaba un rifle largo y reluciente».[33] Poco después de pasar el bastión durrani de Dera Ismail Khan, Elphinstone recibió una carta de bienvenida y una vestimenta de gala de parte de Shuja, quien envió también a un centenar de jinetes «vestidos al estilo persa, con ropas de vistosos colores, botas y gorras bajos de piel de oveja». A finales de febrero de 1809, la embajada había pasado Kohat. En la distancia se alzaban las cimas nevadas del Spin Garh; en las colinas más bajas se erigían fortalezas en torno a las que Elphinstone vislumbraba «muchos merodeadores […] pero nuestro equipaje estaba demasiado bien protegido como para que pudieran asaltarlo», lo cual forzaba a los tribales rapiñadores a sentarse «contemplando con melancolía el paso de nuestros camellos».

Aquí los valles eran tan prósperos y acogedores como salvajes las colinas. La embajada pasaba por rectas avenidas de álamos y moreras atravesadas por arroyos y puentes con arcos de enladrillado mogol bajo la sombra de los tamariscos. Ocasionalmente veían alguna partida de caza en la que los hombres llevaban halcones posados en los puños y perros pisándoles los talones, o pequeños grupos al acecho de codornices o perdices. Pronto los emisarios británicos se encontraron con jardines amurallados plagados de plantas familiares: «frambuesas salvajes y zarzamoras […] ciruelos y melocotoneros, sauces llorones y plátanos florecientes. Incluso los pájaros les traían recuerdos de su hogar: «algunos caballeros creyeron haber visto y oído tordos y mirlos».[34]

Peshawar era entonces una ciudad «grande, muy poblada y de gran opulencia». Fue la capital de invierno de los durrani, además del centro principal de la cultura pastún.[35] En el último siglo había sido la residencia de los dos poetas pastunes más importantes, a los que Elphinstone había leído bien. Rehman Baba fue el gran poeta sufí de la lengua pastún, «el Rumi de la frontera». «Siembra flores para que a tu alrededor crezca un jardín», escribió. «No siembres espinas, pues te pincharán los pies. Todos somos parte de un mismo cuerpo; quien tortura a otro, se hiere a sí mismo». Pero fue Khushal Khan Khattak, más mundano, el que despertó la atención del alma ilustrada de Elphinstone. Khushal era un líder tribal que se había rebelado contra el emperador mogol Aurangzeb y que escapó de sus ejércitos mientras lo perseguían a través de los pasos del Hindu Kush. En su diario, Elphinstone lo comparó con William Wallace, el escocés que, en época medieval, luchó por la libertad de su pueblo: «A veces destruyendo con éxito los ejércitos reales y otras vagando en solitario por las montañas». Pero, a diferencia de Wallace, Khushal Khan era también un buen poeta:

De piel clara y rosada son las hijas de Adam Khel […].
Esbeltos son sus vientres, sus pechos llenos y firmes,

Como el halcón he volado sobre las montañas,
y muchas lindas perdices han sido mi presa.

El amor es como el fuego, Oh Khushal,
aunque se oculte la llama, el humo continúa visible.[36]

O, de manera más concisa:

Hay un muchacho al otro lado del río con las nalgas como un melocotón
Pero ¡qué desgracia! No sé nadar.[37]

La embajada se dirigió a Peshawar seis meses después de su salida de Delhi y se alojó en una gran casa con patio cerca del bazar principal. Del mismo modo que el gusto de Elphinstone por la poesía afgana era un reflejo de la educación escocesa ilustrada que había recibido, sus lecturas marcaron la impresión que tenía de la Monarquía durrani antes de su primera audiencia con Shah Shuja. En su camino hacia Peshawar, Elphinstone se había sumergido en el relato de Tácito sobre el conflicto entre las tribus germanas y el Imperio romano y en su diario trasladó dichos eventos a su situación actual:

imaginaba que los afganos eran como las salvajes tribus germánicas, mientras que los «persas decadentes» serían los delicados y disolutos romanos. Sin embargo, cuando finalmente fue llevado ante el sha, Elphinstone se asombró al ver lo diferente que era el sofisticado Shuja del rudo jefe bárbaro de las montañas que él esperaba. Elphinstone escribió:

> El rey de Kabul era un hombre atractivo, de tez olivácea, con una barba negra y poblada. La expresión de su rostro era majestuosa y agradable, su voz clara, su discurso principesco. Al principio pensábamos que llevaba una armadura de joyas; pero, al examinarlo con atención, descubrimos nuestro error, ya que su verdadera vestimenta consistía en una túnica verde, con grandes flores de oro y piedras preciosas, sobre la cual lucía un gran pectoral de diamantes en forma de dos flores de lis aplanadas, en cada muslo un adorno similar, grandes pulseras con esmeraldas en los brazos y muchas otras joyas distribuidas por todas las partes de su cuerpo. En uno de los brazaletes estaba el Koh-i-Nur […] Será difícil de creer que un monarca oriental haga gala de perfectos modales de caballero, conservando en todo momento su dignidad mientras parecía solo deseoso de complacernos.[38]

Sin embargo, el mejor relato, y ciertamente el más completo, de este primer encuentro entre afganos y británicos fue escrito no por Elphinstone sino por uno de sus subalternos; William Fraser era un joven estudiante de persa de Inverness y la carta que escribió a sus padres en las Highlands, asombrado ante la recepción ofrecida por el sha, proporciona la imagen más nítida y palpable de Shuja en el momento más álgido de su carrera. Fraser describió la magnífica procesión que escoltó a los oficiales británicos, con sus engalanadas y entalladas casacas, a través de las calles de Peshawar. Desfilaron frente a una multitud de hombres afganos con mantos largos y gorras de piel de oveja negra, mientras que algunas de sus mujeres, a diferencia de las campesinas sin velo, llevaban burkas blancos de cuerpo entero, algo novedoso para los británicos.

Los ingleses fueron reunidos en los patios exteriores de la gran fortaleza de Peshawar, llamada Bala Hisar, igual que la de Kabul. Pasaron junto a los elefantes y al tigre domesticado del rey, «que era sin duda el objeto más magnífico de lo que podría denominarse el patio del palacio» y se encontraron en el patio principal, que estaba frente a la sala de audiencias. En el centro, tres saltarinas fuentes a diferentes niveles «disparaban el agua a una altura

considerable, formando una tenue neblina». En el extremo más alejado se encontraba un edificio de dos pisos decorado con figuras de cipreses; la parte de arriba, sostenida por pilares, estaba abierta y contaba con un pabellón abovedado en el centro. Bajo la cúpula dorada, sobre un trono poligonal elevado, estaba sentado el sha: «La presencia de dos guardas sosteniendo en sus manos los emblemas universales de la realeza de las monarquías asiáticas, los *chowries* (matamoscas de crin de caballo), convertía la escena en algo similar a las que alimenta la imaginación al leer cuentos de hadas o *Las mil y una noches*», escribió Fraser. «Cuando entramos por primera vez, rendimos los respetos debidos al sha: nos quitamos los sombreros tres veces, entrelazamos las manos tal y como si estuviéramos llevando agua y, colocándolas frente a la boca, susurramos lo que se suponía que debía de ser una oración. Concluimos haciendo el gesto de mesarnos las barbas».

La mitad de las tropas armadas que estaban alineadas a ambos lados de la avenida recibieron la orden de retirarse; salieron al trote y sus abollados petos y espaldares tintineaban los unos contra los otros, «causando tanto estrépito como les era posible con sus armaduras y pateando la calzada». Cuando se retiraron, un oficial de la corte se detuvo frente a Elphinstone y «llamó, en voz alta y mirando al rey, al embajador Mr. Alfinistan Bahadur Furingee, que Dios lo bendiga; después a Astarji Bahadur (Mr. Strachey) y así sucesivamente, uno tras otro en estricto orden jerárquico, aunque cada vez con más dificultades para pronunciar nuestros nombres extranjeros, como Cunninghame, McCartney o Fitzgerald, y, ya casi al final, mascullaba cualquier sonido que se le ocurriera».

Una vez terminaron de decir sus nombres, los diplomáticos permanecieron inmóviles y en perfecto silencio durante un minuto, hasta que Shah Shuja «con voz fuerte y clara» proclamó desde lo alto: «*Khush Amuded*», «sed bienvenidos». Ayudado por dos eunucos, Shuja se levantó de su dorado trono, situado en la parte delantera del edificio, y caminó hasta un *takht* (trono con estrado) situado en el rincón de la sala. Cuando se sentó, los diplomáticos avanzaron por la avenida de los cipreses hasta llegar bajo la arcada de la sala de audiencias. «Al entrar nos alineamos en un lateral de la estancia, donde el suelo estaba cubierto con las alfombras más suntuosas. El rey fue el primero en romper el silencio al preguntar si su británica majestad, el pachá o Angresestan,**[at3]** y su nación gozaban de buena salud y añadir que los británicos y su pueblo siempre habían tenido una excelente relación y que confiaba que esta situación se mantuviera por siempre en los mismos términos. A lo que Elphinstone respondió: «Si Dios quiere».

«La carta del gobernador general fue entregada a Shuja […] Elphinstone explicó las causas y los objetivos de su misión, a lo que el sha respondió complaciente con cordiales y halagadoras garantías». Los emisarios británicos recibieron trajes de gala y, tras ponérselos, se levantaron y cabalgaron de vuelta a sus alojamientos vestidos con ellos.

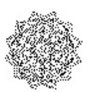
Aquella noche, Fraser escribió a sus padres sobre la impresión que Shuja le había causado: «Me sorprendió especialmente la solemnidad de su aspecto», escribió, «y el respeto reverencial, romántico y oriental, que despertó en mí su apostura, su persona y su majestad». Continuó:

> El rey se sentó sobre sus piernas dobladas, pero en una postura erguida, no reclinada, con las manos apoyadas en la parte superior de los muslos, con los codos hacia fuera. Esta es la misma pose adoptada por ciertos individuos arrogantes y confiados cuando se sientan en una silla inclinados hacia adelante, en dogmático ademán, para intimidar al resto de los mortales, tal y como he visto hacer a (Charles James) Fox en la Cámara de los Comunes al prepararse para erguirse y lanzar sus invectivas contra los ministros corruptos. El lugar en que nos encontramos es el mismo que el de sus súbditos postrándose por primera vez ante su presencia; donde sus exigencias son satisfechas en público y donde la justicia recibe su sanción; donde, quizá, la tiranía consigue una expedita obediencia […]. Mis ojos miraban fijamente el suelo entre mis pies: estaba manchado de sangre.

Cuando el sha bajó del trono para trasladarse a la sala de audiencias, Fraser calculó que medía alrededor de 1,70 m de alto y describió el color de su piel como «claro, pero apagado, sin ninguna rojez. Su poblada barba era negra azabache y había sido ligeramente recortada con tijeras. Sus cejas eran altas pero sin arco y dibujaban una pendiente oblicua hacia arriba que se replegaba un poco en los extremos […] Las pestañas y los bordes de sus párpados estaban ennegrecidos con antimonio, al igual que sus cejas y su barba, que habían sido oscurecidas artificialmente». «Su voz», agregó, era «fuerte y sonora».

> Sus vestimentas eran magníficas, la corona, muy peculiar y adornada con joyas. Creo que era hexagonal y en cada esquina se elevaba un penacho de plumas de garza negra […] símbolo de soberanía y señal del elegido de Dios sobre la tierra. El cuerpo de la corona debía de ser

> de terciopelo negro, pero las plumas y el oro cubrían casi por completo la superficie de tal manera que no pude distinguir con precisión todas las piedras preciosas empleadas, excepto las esmeraldas, los rubíes y las perlas, que eran las más frecuentes y de extraordinario tamaño y belleza.[39]



Las negociaciones entre Shuja y los británicos sobre su alianza continuaron durante semanas.

Shuja deseaba fervientemente formalizar una alianza con la Compañía para que los británicos le ayudasen a proteger las tierras que Napoleón había prometido a los persas. Pero las malas noticias que llegaban a Peshawar desde todos los frentes desviaron su atención. Pese a todo el esplendor de su corte, el control del sha sobre el trono era mucho más frágil de lo que los británicos podían imaginarla. La obsesión de Shah Shuja por escenificar la opulencia de su corte era, en cierta medida, una fachada para ocultar la extrema debilidad de su posición, tal y como Elphinstone y Fraser pronto empezaron a sospechar.

Los problemas de Shuja surgieron en parte de su declarada intención de aportar una nueva dignidad a la política afgana. En 1803, cuando llegó al poder por vez primera y liberó a Shah Zaman de su encarcelamiento, se negó a infligir a Shah Mahmoud, su derrotado hermanastro, el habitual castigo de dejar ciego al enemigo. «Encontramos mayor satisfacción en el perdón que en la venganza», escribió en sus memorias. «Así, siguiendo las recomendaciones del santo Corán, que apela a la misericordia, y los mandatos de nuestra naturaleza indulgente y compasiva y también reconociendo que el hombre es un compendio de errores y negligencias, escuchamos sus disculpas y le concedimos nuestro perdón real, confiando en que un comportamiento tan desleal no volviera a ocurrir».[40]

Fue así como se puso a Mahmoud bajo arresto domiciliario en un palacio en la parte más elevada de Bala Hisar; sin embargo, dicha decisión terminó por volverse en su contra cuando, en 1808, este logró escapar y unir sus fuerzas a las de los mayores enemigos de Shuja, el clan rival de los barakzais. La disputa entre los dos clanes, barakzais y sadozais, de por sí amarga y sangrienta, iba ahora a desembocar en un conflicto que devastaría el país

entero, al enfrentar a las tribus y proporcionar a las potencias vecinas múltiples oportunidades de intervenir. En poco tiempo se convertiría en el principal conflicto afgano de principios del siglo XIX.

Payindah Khan, el patriarca de los barakzais, había sido visir —primer ministro— del padre de Shuja, Shah Timur, y su actuación fue decisiva para la entronización de Shah Zaman tras la muerte de Timur en 1793. En un principio, el visir dio muestras de absoluta lealtad pero, pasados seis años, se produjo un grave desencuentro entre ambos.[41] Un par de meses después, el sha descubrió que su visir había estado conspirando para dar un golpe de estado con el fin de salvaguardar los intereses de la antigua nobleza. Shah Zaman cometió entonces el error de asesinar no solo al visir al que debía el trono sino también a todos los cabecillas del complot, la mayoría de los cuales eran ancianos líderes tribales. Shah Zaman agravó la situación al no poder detener a ninguno de los veintiún hijos del visir. Lejos de desarticular la amenaza barazkai, Shah Zaman destapó la caja de Pandora. Al comenzar la sangrienta contienda entre las dos familias más importantes de Afganistán se abrió una fractura en la clase política que pronto desembocaría en el cisma de una guerra civil.

El mayor de los hijos del visir era Fatteh Khan, que ocupó el lugar de su padre como jefe de los barakzais. Sin embargo, paulatinamente se hizo evidente que el más osado y peligroso de los barakzais era un hermano mucho más joven, hijo de una esposa qizilbash, llamado Dost Mohammad Khan. Este tenía tan solo siete años y trabajaba como copero del visir cuando vio la ejecución de su padre en la corte: este horrible suceso lo dejó marcado de por vida.[42] Creció para convertirse en el mayor de los enemigos de Shah Shuja y con dieciséis años, en 1809, era ya un despiadado guerrero y un estratega astuto y calculador.

Cuando Shah Shuja llegó al poder, en 1803, hizo todo lo posible para intentar dar por zanjada la sangrienta contienda con los barakzais y traerlos de vuelta al redil. Los hermanos barakzai fueron perdonados y bienvenidos en la corte, mientras que, para sellar la nueva alianza, Shuja se unió en matrimonio a una de sus hermanas, Wa’fa Begum. En principio todo parecía ir bien; sin embargo, los barakzais solo esperaban la oportunidad de vengar a su padre y, tan pronto como Shah Mahmoud escapó de Bala Hisar, Fatteh Khan y Dost Mohammad abrazaron su causa y se unieron a la rebelión.

Poco después de la llegada de la embajada de Elphinstone a Peshawar, Shah Mahmoud y los rebeldes barakzais tomaron la capital afgana meridional de Kandahar. Un mes después, el 17 de abril de 1809, mientras Elphinstone y

Shuja ultimaban la redacción de su tratado, los sublevados tomaron el mismísimo Kabul. A continuación comenzaron a preparar el ataque a Shah Shuja en Peshawar. La situación se volvió aún más crítica porque el grueso del ejército de Shuja se encontraba combatiendo otra rebelión en Cachemira y, al mismo tiempo que salió a la luz la noticia de la pérdida de Kabul, comenzaron a llegar informes alarmantes sobre la campaña del norte de la India: los dos nobles al mando del ataque habían tenido un enfrentamiento y uno de ellos se había unido a los rebeldes.

Mientras el rey estaba ocupado con estos asuntos, Elphinstone y su equipo comenzaron a reunir datos sobre el país, interrogando a comerciantes y estudiosos de diferentes partes de Afganistán e informándose acerca de la geografía, el comercio y las costumbres tribales. Se enviaron distintos emisarios: a un tal Mullah Najib le pagaron cincuenta rupias por reunir información sobre los siyah posh de Kafiristán, supuestos descendientes de las legiones griegas de Alejandro Magno. Elphinstone encontró en el *munshi*, o secretario, de Shah Shuja una fuente de información inagotable: «Un hombre entregado a la vida retirada y al estudio que, sin embargo, era un auténtico genio con una insaciable sed de conocimiento. Pese a su dominio de la metafísica y las ciencias morales conocidas en su país, su pasión eran las matemáticas y estudiaba sánscrito con el fin de descubrir los tesoros del conocimiento hindú». La corte contaba con otros pensadores e intelectuales y juntos «acaparaban gran parte de la sabiduría del país […]. Entre los mulás había eruditos, amantes de los placeres mundanos, deístas, estrictos mahometanos y devotos de las doctrinas místicas de los sufíes».**[43]**

El sha permitió a Elphinstone y a su comitiva disfrutar de los jardines de recreo reales y, como solían madrugar para continuar con sus investigaciones, por la tarde hacían descansos en el Shah Zeman Bagh, donde la plantación de árboles frutales era tan densa que «no dejaba penetrar el sol del mediodía, lo que lo convertía en un refugio perfecto […]. Después del almuerzo nos retirábamos a uno de los pabellones, con el suelo del todo alfombrado. Aquí pasábamos el tiempo leyendo los abundantes versos en persa grabados en los muros, la mayoría de los cuales aludían a la inconstancia de la fortuna, lo que los hacía válidos para describir la situación del rey».**[44]**

Aquí era donde Elphinstone se sentaba a garabatear en su diario, donde trataba de captar todos los matices del carácter afgano, tan rico en contradicciones. «Sus vicios», escribió, «son la venganza, la envidia, la avaricia, la codicia y la obstinación; por otro lado, son amantes de la libertad, fieles a sus amigos, buenos con aquellos que están a su cargo, hospitalarios,

valientes, duros, frugales, laboriosos y prudentes».[45] Fue lo bastante perspicaz como para darse cuenta de que el resultado de las batallas afganas raramente se decidía tras una victoria militar, sino por la habilidad para negociar dentro del juego cambiante de las lealtades tribales. «La victoria generalmente se decide con el cambio de bando de algún jefe», escribió Elphinstone, «ya que la mayor parte del ejército o bien sigue su ejemplo o bien termina huyendo».[46][at4]

En este preciso instante, Shuja negociaba por la supervivencia de su régimen. Las cartas que envió William Fraser a su familia desde Peshawar muestran cómo, rápidamente, el optimismo inicial de la embajada fue trocándose en preocupación. «Los informes que circulan hoy son pésimas noticias para nuestro pobre amigo Shuja al-Mulk», escribió Fraser el 22 de abril. «Se dice que Kabul y Gazni han sido tomadas por los rebeldes y que el ejército de Cachemira ha sido derrotado. Estos son los rumores que se extienden por la ciudad, pero suelen darse por ciertos y, me temo que en este caso, lo son. Por ello, no puede seguir considerándose a este hombre como el rey y debe huir, al menos por un tiempo, o bien jugárselo todo en una batalla».[47]

Los británicos empezaban a comprender que Afganistán era un lugar difícil de gobernar. En los últimos dos milenios, solo durante breves periodos de tiempo el país había sido regido por un poder central consistente, durante los cuales las diferentes tribus reconocían la autoridad de un único gobernante, y todavía más breves fueron los momentos en los que se alcanzó algo similar a un sistema político unificado. En cierto modo, más que un estado era un caleidoscopio de principados tribales enfrentados, gobernados por *maliks* o *vakils*, en lo que las alianzas eran meramente personales y dependían más de la negociación que de la imposición. Las tradiciones de las tribus eran igualitarias e independientes y solo se sometían a una autoridad externa bajo sus propias condiciones. Las recompensas financieras posibilitaban la cooperación, pero rara vez aseguraba la lealtad: el soldado afgano debía su obediencia al jefe tribal que lo reclutaba y pagaba y no a los shas durranis de las remotas ciudades de Kabul o Peshawar.

Sin embargo, a menudo, ni siquiera los líderes de las tribus eran capaces de garantizar adhesiones a causa del carácter fluctuante y difuso de la autoridad. Como dice el proverbio: «Tras cada colina se sienta un emperador» —*pusht—e har teppe, yek padishah neshast* (o también: «Cada hombre es un *kan*» *har saray khan deh*)–.[48] En este contexto, el estado nunca tuvo el monopolio del poder, sino que era uno más de los candidatos en liza en

búsqueda de alianzas. «Un emir afgano duerme siempre sobre un hormiguero», dice otro proverbio.[49] Elphinstone lo comprendió mientras observaba cómo el reino de Shah Shuja se desintegraba a su alrededor. «El funcionamiento interno de las tribus cumple con su cometido», escribió, «los mayores desórdenes del gobierno central nunca afectan a sus actividades ni perturban la vida de sus gentes».[50] No es de extrañar que los afganos denominaran orgullosamente a sus montañas Yaghistan, «la tierra de la rebelión».[51]

Durante siglos, muchas de las tribus habían ofrecido sus servicios a los imperios vecinos a cambio del equivalente político del pago por protección: incluso durante el apogeo del Imperio mogol, por ejemplo, los emperadores —desde las lejanas Delhi y Agra— se habían dado cuenta de que era imposible siquiera plantearse imponer un gravamen a las tribus afganas. En cambio, la única manera de mantener abierta una vía de comunicación con la tierra natal de los mogoles en Asia Central era pagando pingües «subsidios» anuales a las tribus: durante el gobierno de Aurangzeb, los mogoles pagaron 600 000 rupias al año a los líderes tribales afganos para asegurarse su lealtad, de las cuales 125 000 fueron a parar a la tribu de los afridi. Aun así, el control mogol de Afganistán fue intermitente, en el mejor de los casos, e incluso el victorioso Nadir Shah, que acababa de saquear Delhi en 1739, pagó a los jefes tribales enormes sumas por asegurarse un paso seguro por el Jáiber en ambos sentidos.[52][at5] Había otras opciones: los afganos podían ser convencidos para aceptar la autoridad de un líder a cambio de cuatro quintas partes del botín de sus saqueos y conquistas, tal y como había sucedido con Ahmad Shah Abdali y Timur Shah.[53] Sin embargo, en ausencia de un gobernante con las arcas llenas o el aliciente de un jugoso botín con el que cementar a los diferentes grupos de poder, Afganistán tendía casi siempre a resquebrajarse: los pocos momentos de concordia se basaron en los éxitos de sus ejércitos, nunca en los de su administración.

Ciertamente, así era la situación en la que se encontraban Shah Shuja y lo que quedaba del imperio de su abuelo. En mayo de 1809, dos meses después de la llegada de la embajada de Elphinstone, la magnitud del desastre que se presentaba comenzaba a ser evidente: «Los caminos no son seguros y todos los clanes y sus jefes, liberados del poco control que, rara vez, se había ejercido sobre ellos, saqueaban, discutían y se peleaban los unos contra los otros», escribió Fraser.

> El ejército del rey ha sido aniquilado en Cachemira […]. De 15 000 hombres, solo 3000 han regresado. Los demás han perecido o se han pasado al enemigo […]. Mientras tanto, Shah Shuja pone todo su empeño en intentar recaudar dinero de cualquier manera: anima a algunos, persuade a otros y aplaca al resto con promesas. También lo intenta con los *sardars* (comandantes) del enemigo y hace todo tipo de sacrificios y todo lo que un hombre valiente y un rey preocupado puede hacer, con las arcas casi vacías, un ejército derrotado y disperso y unos nobles arrogantes e independientes.[54]

En su desesperación, el sha reclutó un nuevo ejército entre las tribus del Jáiber y pasó el mes de mayo adiestrando a todos los reclutas que podía permitirse pagar; a estas tropas se les unieron unos cuantos soldados procedentes de Cachemira, «desmontados, desarmados y casi desnudos».[55] Tal era la tensión en Peshawar que una muchedumbre enfurecida se reunió a las puertas de la sede de la embajada después de que se difundiera el rumor de que los británicos habían tenido contactos con los rebeldes y de que Shuja había ordenado que dicha sede fuera saqueada.[56] El 12 de junio, con la seguridad de la embajada en riesgo y con unos caminos cada día más peligrosos, Elphinstone y sus asistentes se despidieron del sha y partieron rumbo a Delhi y Calcuta por el sudeste.

Mientras tanto, Shuja se preparaba para defender su posición. «Aunque el sha recibía pésimas noticias por doquier y veía cómo la malevolencia y la adversidad se apoderaban de su administración, se mantuvo firme y no permitió que el miedo lo consumiera», reflejaba Sultan Mahmud Durrani en el *Tarikh-i-Sultani* [Crónica de los Sultanes]. «Muy al contrario, marchó con sus tropas para enfrentarse al ataque de Shah Mahmoud».[57]

Menos de una semana después, mientras acampaban en la margen izquierda del Indo —protegidos por las murallas de la gran fortaleza de Akbar en Attock—, los británicos vieron una destartalada caravana real llegar a la orilla norte y prepararse para cruzar el río de manera apresurada. Eran el ciego Shah Zaman y Wa'fa Begum, que dirigían el harén sadozai a una zona segura. «Describiros el efecto que tuvo aquel encuentro en los ánimos de todos nosotros sería tan complicado como triste», escribió Fraser. «Muchos contenían a duras penas las lágrimas. El monarca ciego estaba sentado en un catre bajo […]. Desde una distancia prudencial sus ojos parecían normales, como si tuvieran una mota cada uno y una superficie un poco irregular. Una vez sentados, nos recibió como de costumbre y solo dijo que lamentaba las

desgracias actuales de Shuja y que confiaba en que Dios le volvería a favorecer».[58]

Shah Zaman no pudo traernos peores noticias. La derrota de Shuja había sido absoluta. Su ejército había avanzado desde Jalalabad hacia Kabul y su vanguardia acababa de llegar a los cipreses del jardín mogol de Nimla cuando sus fuerzas sufrieron una emboscada mientras seguían aún diseminadas a lo largo del camino. Armados con lanzas y afilados puñales del Jáiber, los rebeldes a caballo arrollaron a los soldados de Shuja, dando alaridos, atravesándolos con lanzas y aporreándolos con las culatas de sus mosquetes. Los cuerpos golpeados y perforados cayeron como si de repente se hubieran desinflado. Entonces, los jinetes bajaron de sus caballos y destriparon y profanaron los torsos de los caídos, cortándoles además los genitales para luego introducirlos en sus bocas. En cuestión de minutos el general de Shuja estaba muerto y los nuevos reclutas habían huido. Muchos de sus nobles, que habían sucumbido a los sobornos de Fatteh Khan Barakzai, se pasaron al enemigo.[59] Shah Shuja había permanecido en la retaguardia y cuando le llegó la noticia de la emboscada, esta ya había terminado. Su nuevo ejército se había desintegrado y, en el caos de la desbandada, el rey se había quedado solo, alejado incluso de su guardia personal.

Más tarde, al anochecer, una tormenta estalló sobre el desmoronado ejército, su fragor ahogaba el paso apagado de los exhaustos caballos. «El azote del cielo era tal que la lluvia de ese día inundó el río e hizo que fuera casi imposible de cruzar», se cuenta en el *Tarikh-i-Sultani* [Crónica de los Sultanes]. «Pero Shah Shuja, confiando en el Todopoderoso, se adentró en el río con su caballo». Al principio el pecho del semental atravesaba el agua como una quilla y sus patas se apoyaban en el fondo de guijarros del río Kabul. Pero Shuja «solo había llegado hasta la mitad del camino cuando un torrente le hizo resbalar de su montura. Finalmente, él y el caballo consiguieron nadar hasta el otro lado, aunque con gran dificultad; pero el resto de soldados se negaron a cruzar. Así fue cómo el sha acabó pasando la noche solo, abandonado por cada uno de sus cortesanos y servidores».[60] Shuja lo expresó de manera más sucinta: «Nos quedamos solos y desprotegidos», escribió, «como una piedra preciosa en su engaste».[61]

El rey, que había comenzado el año de manera tan prometedora y que tan solo unas semanas antes había desplegado una deslumbrante exhibición de poder absoluto, se convirtió una vez más, tal y como había sucedido durante su juventud, en un fugitivo solitario que galopaba por los rincones más oscuros de la noche afgana.





Capítulo 2

Una mente atribulada

Tras la derrota en Nimla, Shah Shuja sufrió un largo periodo de humillación y exilio. Sus viajes resultaban aún más azarosos por el hecho de acarrear la joya más valiosa del mundo.

Durante meses, Shuja visitó los *durbars* (Cortes) de sus aliados intentando recabar apoyos con el objetivo de lanzar una campaña para recuperar su reino y derrocar a Shah Mahmoud y a los barakzais. Una noche, un antiguo cortesano llamado Atta Mohammad lo invitó a pasar la noche en la gran fortaleza de Attock, guardiana del paso principal sobre el río Indo. Allí, según Mirza ‘Ata:

> […] invitaron a Shah Shuja a una fiesta privada donde sirvieron sandías muy dulces, y lo que comenzó como un juego en el que se arrojaban las cáscaras de la fruta, terminó en burlas e insolencias que le costaron a Shah Shuja el ser arrestado en Attock, para más tarde ser enviado bajo estrecha vigilancia a Cachemira, donde permaneció prisionero en un fuerte […]. Con frecuencia, lo intimidaban acercando el filo de la lanceta a sus ojos; su carcelero una vez lo llevó al Indo, maniatado, y lo amenazó con matarlo allí mismo si no le entregaba el famoso diamante. [1]

Mientras tanto, la fiel Wa'fa Begum trabajaba para conseguir su liberación. Tras la derrota de su marido se refugió en Lahore, donde según fuentes sijs, intentó negociar por su cuenta un acuerdo con el maharajá sij Ranjit Singh, al que le ofreció el Koh-i-Nur si ayudaba a liberar a su marido de la cárcel.[2] Ranjit Singh aceptó su proposición. En la primavera de 1813, el líder sij envió una expedición a Cachemira, donde derrotó al gobernador que retenía a Shuja, y lo liberó de su mazmorra. A continuación, Ranjit Singh se dirigió junto al derrocado sha rumbo a Lahore. Una vez allí fue separado de su harén y condenado a arresto domiciliario hasta que cumpliera con los términos del acuerdo negociado por su esposa y entregara el diamante. «Las damas de nuestro harén fueron alojadas en otra mansión, a la que, para nuestro disgusto, no teníamos acceso», escribió Shuja en sus memorias. «Las raciones de agua y comida se reducían o cesaban de forma arbitraria, y a nuestros sirvientes, en ocasiones se les permitía ir a la ciudad a atender sus asuntos y otras, no». Él consideraba que esta actitud era una violación de las leyes de la hospitalidad. «Era un constante alarde de zafiedad y malas formas», escribía, describiendo a Ranjit Singh, su captor tuerto, como «vulgar y tirano, así como malencarado y vil».[3]

Poco a poco, Ranjit fue aumentando la presión. Como remate a sus infortunios, Shuja fue encerrado en una jaula y, según él mismo relata, torturaron a su primogénito, el príncipe Timur, ante sus ojos hasta que aquel accedió a desprenderse de su posesión más preciada.[4] El 1 de junio de 1813 Ranjit Singh en persona llegó a la *haveli* Mubarak, en el corazón de la ciudad amurallada, y, acompañado de unos pocos miembros de su séquito, fue a presentar sus respetos al sha.[at1]

Fue recibido por Shuja con grandes honores:

> Una vez se sentaron los dos, se produjo una pausa marcada por un silencio solemne y que se prolongó durante casi una hora. Entonces Ranjit, que empezaba a impacientarse, susurró a uno de sus asistentes que le recordase al sha el objeto de su visita. No hubo respuesta, pero este lanzó una mirada a un eunuco que, tras retirarse, volvió a hacer acto de presencia con un pequeño hatillo que depositó en la alfombra justo a mitad de camino entre ambos jefes. Ranjit Singh ordenó a su eunuco que desplegara el hatillo y cuando, tras quedar expuesto el diamante, el sij pudo examinarlo, inmediatamente abandonó sus aposentos con su tesoro en las manos.[5]

El sha había cumplido su parte en el acuerdo negociado por Wa'fa Begum, pero una vez que Ranjit Singh hubo conseguido lo que anhelaba, este incumplió su promesa de liberar a Shuja. Las joyas de Shah Shuja no eran lo único de valor; el derrocado sha era, en sí mismo, una baza potencialmente lucrativa. Por ello, el maharajá lo mantuvo bajo arresto domiciliario, permitiéndole abandonar sus aposentos, de manera ocasional y bajo una intensa vigilancia, únicamente para hacer meriendas campestres en los jardines de Shalimar. «En flagrante contradicción con el acuerdo al que habíamos llegado», escribió Shuja, «resultó que, a partir de ese momento, cada vez que deseábamos tomar el aire y visitar los jardines o los santuarios, nos seguían espías por doquier. No nos dignábamos a prestarles la más mínima atención».**[6]**

Shuja podía, eso sí, reunir a los poetas de Lahore y disfrutar de las veladas literarias que él mismo organizaba. Un célebre vate de la época, Rukn-ul Din Lahori «Mukammal» («el Cabal»), relata en sus memorias que Shuja lo convocó a la *haveli* Mubarak, donde presenció cómo el sha ahogaba entre sollozos las lágrimas auspiciadas por los recuerdos que despertaban sus versos. «Oh brisa, ¿qué has hecho de la larga melena de mi amada?», respondió Shuja con versos en el mismo metro.

> Has perturbado la paz de mi corazón.
> El ave de mi corazón llora el recuerdo de mi patria.
> Este *bulbul* lamenta el exilio de su jardín.**[7]**

Unos meses más tarde, Ranjit Singh decidió apoderarse de lo que quedaba de los tesoros de Shah Shuja. Shuja fue invitado a participar en una ofensiva sij en Peshawar, donde su cuñado y enemigo Fatteh Khan Barakzai intentaba consolidar su reinado. «A pesar de sufrir un fuerte dolor de garganta», escribió Shuja, «dejamos a nuestras damas acampadas en los jardines de Shalimar y partimos a marchas forzadas para unirnos a los sijs». Después de que Shuja cayera en la trampa y abandonara Lahore, la campaña fue misteriosamente cancelada, aparentemente, porque Fatteh Khan se había retirado a Kabul. Durante el viaje de vuelta, un grupo de ladrones armados descendió en medio de la noche a las tiendas reales y saqueó el campamento de Shuja. Uno de los bandidos, al ser capturado por la guardia afgana de Shuja, reveló que él simplemente obedecía órdenes de Ranjit Singh. «Nos quedamos perplejos y horrorizados ante la evidencia de la despiadada traición de estos perros sijs, groseros e ignorantes», declaró Shuja. Luego escribió a

Ranjit: «¿Qué clase de comportamiento es este? Si estás tramando algo, hazlo abiertamente, ¡pero detén este acoso rastrero y solapado! ¡Es indignante!».

Los baúles robados fueron devueltos al campamento la tarde siguiente. «Con un gran alboroto, nuestra escolta sij trajo ante nuestra presencia real los baúles, las bolsas con las alfombras y los cofres: ¡todos vacíos!», se lamentaba Shuja:

> A excepción de unas cuantas prendas de ropa viejas sin ningún valor, había desaparecido todo. Las cajas llenas de lustrosas perlas, las armas otomanas y sindis veteadas de oro, las preciadas espadas persas, las pistolas doradas con joyas engastadas, los cofres con monedas de oro rojo y blanco, los chales de cachemira y seda, ¡todo había desaparecido! Y los malditos hipócritas tuvieron el descaro de espetar: «¡Aquí os traemos vuestras posesiones, que hemos arrebatado a los ladrones con gran coraje! Su majestad, inspeccione a ver si, por casualidad, faltara algo». La indignidad de semejante latrocinio y luego la afrenta de aparentar fidelidad: ¡es repulsivo! ¡Que Dios nos guarde de ellos!

Sabiendo que el propio Ranjit Singh estaba detrás del robo, Shuja añadió:

> Intentamos no pensar en las posesiones robadas, como si todo hubiera sido un espejismo o un mal sueño […]. Después de las sucesivas traiciones, perdimos toda esperanza de recibir cualquier tipo de ayuda de estas alimañas. Pero, dado que nuestras mujeres y nuestro honor estaban cautivos en Lahore, tuvimos que rendirnos, muy a nuestro pesar. Pasamos los cinco meses siguientes bajo la más estricta vigilancia, lo cual fue en extremo desagradable: como llevar ropa demasiado ceñida cuando hace calor. Las olas de nuestro aguante chocaban contra el muro de la opresión, pero solo podíamos darnos golpes en el pecho para aliviar el corazón dolorido.[8]

Shah Shuja, sin embargo, no era el tipo de hombre que permaneciera, sin más, detenido, a merced de la voluntad de sus captores y, en poco tiempo, había pergeñado un plan de fuga. Como ya había sucedido antes tras su derrota, su primera medida consistió en asegurar la seguridad de sus mujeres y, antes de escapar él mismo, decidió sacar a su harén de Lahore de manera clandestina. Lo consiguió con la ayuda de un vendedor de caballos pastún y de los comerciantes de la ciudad que normalmente vendían comida a sus

mujeres. Según los testimonios recogidos en el posterior *Siraj al-Tawarikh* [Historias de luz],

> En secreto, el sha compró algunos carros de caballos a través de unas mujeres indias a las que había conocido porque estas, como era costumbre, frecuentaban las casas de los nobles, donde vendían y compraban diferentes productos. En cuatro viajes, diez personas por trayecto, las mujeres de su harén salieron de la ciudad vestidas con atavíos indios, como si fueran a nadar al río —una costumbre típica de los hindúes— o a una excursión al campo. Sus criados escoltaron a las esposas hasta Ludhiana, justo en la frontera con los territorios de la Compañía, tal y como el sha había ordenado.[9]

Cuando Ranjit Singh tuvo noticias de que Wa'fa Begum y las otras mujeres habían logrado escapar, «mordió el dedo de la perplejidad con los dientes del arrepentimiento» y aumentó el número de guardias a cuatro mil, «infestando cada callejón de la ciudad, vigilando todas las puertas, todas las mansiones, incluso las cocinas y los baños, y especialmente nuestras dependencias […]». Los soldados calentaban aceite y amenazaban con torturarnos diciendo: «¡Entregadnos vuestras joyas o sentiréis en vuestras carnes el calor de este aceite hirviendo!». Por puro capricho, encerraban a Shuja en una jaula de hierro instalada en el patio. «Dondequiera que fuera, incluso al hacer mis abluciones, me observaban. El mundo se iba reduciendo cada vez más para mí y para los míos, y pronto nos cansamos de observar las actividades de estos sijs mal nacidos y sin educación alguna». El sha y su séquito se pusieron a recitar el versículo coránico que reza: «Sálvame, Dios mío, de los pueblos opresores».

> En respuesta a nuestros sollozos de desesperación durante la medianoche, la siguiente idea nos inspiró: justo debajo de la estancia donde dormíamos estaba el guardarropa real, donde vivían algunos servidores leales al rey. Les dimos indicaciones para que hicieran un agujero en el techo de su habitación —justo bajo la cama, para que los guardias no se dieran cuenta— y cavaran un túnel que pasara por debajo de las siete casas vecinas, que habíamos alquilado previamente, atravesando las paredes y removiendo la tierra. En el transcurso de los tres meses siguientes horadaron los siete muros, uno tras otro, hasta que llegaron a un callejón lateral cerca del bazar.[at2]

Dejando a un fiel servidor ocupando su lugar en su cama, Shuja se disfrazó como un derviche errante —«froté mi cuerpo y mi rostro con cenizas y enmarañé mi cabello cubriéndolo con un turbante negro»— y huyó a través del túnel con dos de sus ayudantes. Luego se las arreglaron para atravesar la ciudad a pesar de cruzarse con «guardias infieles y otros individuos malévolos a los que Dios convirtió en sordos y ciegos».

> Por fin llegamos al desagüe principal del fuerte, que en esta época estaba seco. Era oscuro, estrecho y difícil de atravesar, pero estábamos decididos a huir por lo que, encomendándonos a Dios y a su Profeta, nos abrimos camino. Finalmente, alcanzamos la orilla del río, ensangrentados y cubiertos de arañazos. Allí, nos estaban esperando los criados para entregarnos ropa adecuada; estos habían, además, contratado por adelantado el esquife y a los barqueros. Rápidamente embarcamos y cruzamos al otro lado del río. Mientras nos íbamos alejando, a veces a pie, a veces a caballo, en ningún momento nos paramos a pensar en las molestias y en los peligros del camino, ni tampoco en comer o dormir. Fue así como escapamos de Lahore, despojados de todo menos de nuestra pobre existencia. Pero no teníamos ni medios, ni fondos, ni víveres, así que pronto nos sumimos nuevamente en un estado rayano en la desesperación.[10][at3]



A los pocos meses de escapar de Lahore, Shah Shuja hizo el primer amago para recuperar su reino.

Aliándose con los enemigos de Ranjit Singh, entre los que se encontraban los rajás descontentos de las colinas del Punyab, Shuja planeaba reunir un pequeño ejército, hacer una incursión sorpresa en Cachemira y tomar el valle. Era una buena jugada que podría haberle proporcionado una amplia base operativa desde donde comenzar la reconquista de su trono perdido, pues, tal y como afirmaba William Fraser, Shuja seguía siendo «un soberano amado por sus súbditos debido a su afabilidad, misericordia y generosidad».[11] Además, el momento político era inmejorable: después de la incursión de Ranjit Singh para liberar a Shuja, el valle de Cachemira había quedado desprovisto de un líder que fuera indiscutible, por lo que varias potencias se

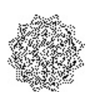
disputaban estas tierras. Pero había algo que siempre faltaba en las intervenciones militares de Sha Shuja, un factor que, según Napoleón, era el más importante para un general: la buena suerte.

El primer desastre ocurrió cuando Shuja, que trataba de poner sus finanzas en orden, envió a uno de sus hombres a Lahore para traer las ciento cincuenta mil rupias que había dejado en depósito a los cambistas de la ciudad. Ranjit Singh descubrió el plan a través de sus espías, interceptó el dinero y lo ingresó en sus propias arcas.[12] La búsqueda de otras fuentes de ingresos provocó mayores demoras, lo cual proporcionó al gobernador de Cachemira el tiempo suficiente para acuartelarse y reforzar todas las posibles rutas de invasión de Shuja. Cuando el sha consiguió finalmente recaudar el dinero para financiar un ejército —gracias a las joyas que Wa'fa Begum había logrado traer a hurtadillas a Ludhiana—, así como para reclutar y entrenar a la fuerza mercenaria, la campaña era ya un secreto a voces y el momento propicio para emprenderla se había desvanecido.

Pero Shuja ignoró el consejo de los que le sugerían esperar hasta la llegada de la primavera y partió con sus nuevas tropas por el paso de Jot, encima del valle de Chamba, justo cuando las primeras nieves del invierno empezaban a cubrir los picos del Himalaya. En su intento de llegar al valle de Cachemira por una ruta inusitada y sin fortificar, decidió conducir a sus tropas a través de las alturas del Pir Panjal. Aquí, en una inhóspita cumbre sobre las oscuras agujas de los bosques de cedros del Himalaya, a solo unos días de marcha de Srinagar, su ejército fue sorprendido por una tormenta de nieve. Los hombres de Shuja se encontraron atrapados justo bajo la parte más alta del paso, bloqueados por la nieve y expuestos a los elementos. «No podíamos ni avanzar ni retroceder», escribió Shuja más tarde, «y pronto no quedaba ni comida ni agua. Incapaces de sobrevivir en la nieve, los soldados indostanos empezaron a morir de frío». En muy poco tiempo, el pequeño ejército había desaparecido casi por completo. Solo Shah Shuja y un reducido grupo de supervivientes lograron atravesar el paso y volver a las llanuras.[13] Como dijo un escritor británico cuando conoció la noticia: «La desgracia parecía seguir los pasos de este príncipe […]. Era como si no hiciese otra cosa más que enfrentarse con su destino, que consistía en experimentar una y otra vez dificultades de tal magnitud que en raras ocasiones afectaban a un único hombre»[14].

La situación de Shuja era desesperada. Disfrazado una vez más, tomó una ruta difícil y tortuosa por las montañas con los últimos sirvientes que le quedaban y, finalmente, alcanzó el puesto fronterizo británico de Subbathu en

la época del monzón de 1816. Una pequeña escolta lo esperaba en la frontera y lo trasladó a Ludhiana, donde su harén había encontrado refugio en una modesta *haveli* cerca del bazar principal. «Nuestras preocupaciones ya estaban olvidadas», escribió. «Por primera vez en mucho tiempo pasamos una noche agradable y sin temor alguno, dándole las gracias al Dios Todopoderoso que, habiéndonos liberado de nuestros adversarios, nos había guiado por las nieves intransitables hasta conducirnos a nuestros amigos».[15]



En 1816 Ludhiana era la ciudad donde se encontraba establecida la guarnición británica de la frontera noroeste de la Compañía. La Union Jack que ondeaba en el asta de la Residencia era la última que podía verse entre los territorios indios de la Compañía y la Embajada británica de San Petersburgo.

Antes de la llegada de Sha Shuja, Ludhiana era conocida principalmente por ser un centro de tráfico de seres humanos: las muchachas de los estados de las montañas del Punyab y Cachemira —consideradas las más hermosas de la región por su piel clara— eran vendidas como esclavas en el Punyab y el Indostán controlados por los sijs.[16] La llegada de Sha Shuja con su exiliada corte dio comienzo a la transformación de la ciudad, que pasó de ser mercado de esclavos a centro neurálgico de intrigas políticas y espionaje. Durante las décadas venideras se convertiría en el principal centro de espionaje británico para los asuntos del Punyab, del Himalaya y de Asia Central: un nido de oportunistas y embaucadores, desertores, mercenarios y espías, lugar de encuentro de conspiradores y disidentes de Afganistán, de los dominios de Ranjit Singh, del disputado valle de Cachemira y de los dominios de la Compañía.[17]

El primer agente británico en Ludhiana fue sir David Ochterlony. Nacido en Boston, era fumador de narguile y vestía el tradicional *pyjama* local. Desde dicha ciudad había trazado las fronteras entre los territorios de la Compañía y los de Ranjit Singh, que eran custodiadas por un regimiento irregular de caballería bajo las órdenes de James Skinner, un impulsivo caudillo militar amigo de Ochterlony, mitad escocés mitad *rajput*. Desde sus bases de Hansi y Ludhiana, los «Yellow Boys» de Skinner se convirtieron en la primera fuerza fronteriza de la Compañía en el noroeste y en la primera línea de defensa contra cualquier amenaza que pudiera bajar desde el Jáiber o atravesar el

Sutlej.[18] Con sus turbantes color escarlata, sus fajines plateados, sus escudos negros y sus túnicas amarillo vivo, los hombres de Skinner eran, según un observador contemporáneo, «los jinetes más vistosos y pintorescos que he visto jamás».

En 1812, cuando Wa'fa Begum envió por primera vez a sus eunucos para pedir asilo a los británicos, hubo un desacuerdo entre Ochterlony y sus compañeros sobre la cuestión de acoger a la familia del sha caído. El residente en Delhi Charles Metcalfe, que había negociado el tratado original de la Compañía con Ranjit Singh cuando Napoleón planeaba la invasión de la India, se opuso firmemente a la medida diciendo que pondría en riesgo las relaciones con un importante aliado y reportaría escaso beneficio para la Compañía. Era, escribió, «un suceso cargado de inconvenientes, incomodidades y posibles gastos, por lo que se considera deseable que no se produzca y que sea desestimado por todos los medios posibles, siempre manteniendo el respecto que una dama de su rango, con tantas desgracias a sus espaldas, se merece».[19]

Ochterlony no lo escuchó. Sabía por experiencia personal lo que era ser un refugiado derrotado: su padre era un escocés de las Highlands que había emigrado a Massachusetts y luchado con los lealistas durante la Guerra de Independencia norteamericana. Cuando los patriotas de Washington echaron a los británicos de Boston, los Ochterlony se vieron obligados a huir a Canadá; desde allí, pasando por Gran Bretaña, David había entrado en el ejército de la Compañía en 1777. Ochterlony también conocía mejor que la mayoría de sus contemporáneos el protocolo vinculado a la protección de las mujeres musulmanas: en Delhi se rumoreaba que tenía no menos de trece esposas indias y que, cada noche, durante los años que vivió allí, había llevado a las trece, cada una en su propio elefante, a dar un paseo entre las murallas del Fuerte Rojo y la orilla del río.[20]

Ahora, con la galantería que le caracterizaba, adoptó como si fuera suya la causa de Wa'fa Begum, acusando a Metcalfe de insensible por querer abandonar a su suerte a la reina en desgracia: escribió que la begum «estaba desesperada e indefensa […]. Una mujer de alta alcurnia, extranjera y exiliada, se encuentra hundida en la miseria y por eso ha solicitado la protección de un Gobierno conocido por su humanidad y su generosidad. Como agente de ese Gobierno, estoy decidido a hacer justicia y honrar a su noble persona». Luego añadió, proféticamente: «Hace tiempo que Inglaterra ofrece asilo y apoyo a príncipes exiliados, y las revoluciones más inesperadas los han devuelto a sus tronos en circunstancias mucho menos plausibles que

la restauración de Shah Shuja. En este caso, y aunque la gratitud de los príncipes no sea proverbial, la hospitalidad del Gobierno británico podría asegurarnos un aliado en una región donde algún día podamos necesitarlo». [21] El argumento de Ochterlony persuadió al gobernador general y la begum recibió asilo.

Wa'fa Begum y sus mujeres habían llegado, con muchas dificultades, a Ludhiana desde Lahore el 2 de diciembre de 1814. El único oficial británico que estaba ese día en la ciudad informó de su penosa llegada y de su nerviosismo al cruzar la frontera británica sin pasaportes ni permisos. «Pensé que disiparía sus temores al decirles que su seguridad personal estaba garantizada», escribió. «Lamenté no poder ofrecerles mejor alojamiento que la tienda que les había preparado. Expresaron su gratitud por la amable acogida, pero rogaron que no me preocupara por nada, asegurando que lo único que pedían y que aceptarían era la protección del Gobierno británico». [22]

Sin embargo, al cabo de unos meses, cuando se había difundido la noticia de su llegada, el número de subordinados de la begum había aumentado a noventa y seis, por lo que fue trasladada a una *haveli* semirruinosa que Ochterlony encontró para ella. Como no tenía recursos para mantenerse, inicialmente Ochterlony pagó los gastos de la begum de su propio bolsillo. Más tarde, logró asegurarle una pequeña renta del Gobierno.

Dos años más tarde, cuando Shuja anunció su intención de reunirse con Wa'fa Begum, «por el afecto a nuestra augusta esposa y el deseo de ver a nuestros amigos, los ilustres ingleses», la mezcla de generosidad y previsión estratégica de Ochterlony volvió a suscitar reticencias por parte de Metcalfe. Sin embargo, a Ochterlony se le permitió enviar a su asistente, William Fraser, a la frontera para dar la bienvenida al sha.[23]

Fraser se percató al instante de lo mucho que había cambiado el sha desde su último encuentro en Peshawar. Siete años de derrotas, traiciones, humillaciones, torturas y encarcelamiento le habían pasado factura: Shuja era un hombre demacrado, intratable y deprimido. También estaba obsesionado, de manera casi patológica, por mantener la apariencia de su estatus real, pese a que en realidad no fuera más que un «un fugitivo ilustre», como lo denominaba Ochterlony; un refugiado que dependía de la caridad de sus antiguos aliados. Pero si Fraser esperaba encontrarse a un hombre destrozado, le esperaba una sorpresa. «El sha llegó ayer a la frontera», escribió a Ochterlony. «Lamento evidenciar que sus deseos y expectativas son más que reales. Convocó a su *munshi* (secretario) y le dijo que esperaba que la gente del país se mantuviera a una distancia de medio *kos* de su persona, que era la

práctica habitual ante un soberano». Como ya había sucedido con los últimos emperadores mogoles, tras haber perdido un imperio, para Shuja la corte se convirtió en el centro de sus ambiciones y, cuanto menos poder ostentaba, más insistía en conseguir el reconocimiento público de su estatus real. Sin embargo, a pesar de sus pretensiones, su situación era desesperada:

> No cuenta ni con cincuenta hombres armados y ha cambiado mucho desde que lo vi por última vez, habiendo engordado bastante y adquirido una mirada cansada, casi exánime. Ya ha sido abandonado por la mayoría de los que llegaron con él y, de los pocos criados que le quedaban, no reconocí a ninguna de las personas relevantes de la misión de Kabul, ni siquiera a alguna que hubiera visto antes. La situación fue dolorosa para mí. No tanto por el revés de la fortuna sino por la lamentable visión causada por la ingratitud y el abandono consiguientes. Lo primero es algo que cualquiera puede sufrir y todos deben esperar, pero la naturaleza desoladora de los últimos puede quebrantar los fundamentos de la filosofía más brillante.[24]



Shuja llegó a Ludhiana a finales de septiembre de 1816, casi dos años después que sus esposas. Desde el principio, dejó claro que el alojamiento que se le había asignado era poco adecuado para sus necesidades. Como rey y aliado —ratificado por el tratado—, exigió que los británicos le proporcionaran más que simple asilo y una pensión: quería tener una casa decente, con tapias lo suficientemente altas como para que sus mujeres pudieran estar recluidas sin ser vistas por los hombres que pasaban por la calle encaramados a lomos de elefantes. También dejó claro que no tenía intención de pasar mucho tiempo en la ciudad: como le comentó a Ochterlony en una carta: «¿Qué gano yo quedándome aquí?».[25]

El sha tenía muchos defectos, pero la falta de energía o de autoconfianza no se encontraban entre ellos. Sin inmutarse por sus derrotas, desde los primeros meses de su exilio forzoso comenzó a hacer planes para reclutar otro ejército y recuperar el trono, «albergando el dulce sueño de reconquistar el reino de Jorasán». En sus memorias relató cómo buscó consuelo en el ejemplo de monarcas anteriores que habían perdido sus reinos para después recuperar

unos dominios aún mayores: «Amir Timur (Tamerlán), entre los gobernantes modernos, fue expulsado doce veces de Samarcanda», escribió, «mientras que, entre los antiguos, Afrasyab luchó contra Kai Khusro en setenta batallas, en las que fue derrotado una y otra vez, pero nunca se dio por vencido. De la misma manera, (el emperador mogol) Humayun heredó las provincias de la India, pero fue derrotado por Sher Sha y se vio obligado a huir y pedir ayuda al safávida Shah Abbas en Irán. En realidad, a menos que Dios lo quiera, nada podrá salir bien. Pero cuando Dios lo quiera, triunfaremos, con certeza».[26]

En aquella época Sha Shuja oscilaba de manera incontrolable entre la euforia, el autoengaño y la depresión. Un día diseñaba lo que Ochterlony describió como planes «del todo utópicos», para sorprender a sus adversarios volviendo a Afganistán a través de «las montañas nevadas y el Tíbet».[27] Al siguiente, se hundía en la tristeza a medida que la naturaleza impracticable de sus planes se hacía evidente. «La mente del sha permanece en un estado de intranquilidad y agitación», escribió un oficial de Ludhiana, «y el rey afirma a menudo que la inactividad y la falta de ocupaciones no formaban parte de su temperamento». El oficial añadió:

> Ha sido y será parte de mi deber calmar, en la medida de lo posible, el afligido corazón del sha […]. Utilizo todos los argumentos persuasivos imaginables para disuadirlo de anhelos imposibles: como el de conseguir ayuda británica para la recuperación de su trono, la voluntad de dirigirse a Calcuta o su fuerte deseo de residir en algún otro lugar dentro de los territorios británicos. Incluso he dejado caer, con mucha delicadeza, a los asesores del sha que estos planes son el fruto de una mente agitada, y que ningún lugar, excepto Kabul, podría satisfacer plenamente las expectativas del sha.[28]

No obstante, solo un año después de su llegada, ya estaban preparados planes concretos, y habían comenzado a llegar a Calcuta preocupantes informes que alertaban del número de caballeros que descendían a Ludhiana para prestar servicio al sha. El Gobierno exhortaba a Ochterlony a persuadir a «su majestad de seguir residiendo tranquilamente con su familia en Ludhiana, en función de su asignación».[29] Pero todos tenían la certeza de que esto nunca iba a suceder.

Después del fracaso de la incursión invernal en Cachemira, Shuja eligió con gran cuidado el momento de entrar en acción. En 1817, la sangrienta disputa entre las dos grandes familias de Afganistán, los barakzais y los

sadozais, estalló de nuevo repentinamente, esta vez tras una ofensa perpetrada por los barakzais a una princesa sadozai. Los dos hermanos barakzai más poderosos, Wazir Fatteh Khan y el más joven Dost Mohammad, habían sido enviados por Shah Mahmoud y su hijo, el príncipe Kamran Sadozai, a una misión en Herat, la ciudad más espléndida del oeste de Afganistán. Los hermanos habían de organizar un ataque sorpresa y tomar la gran ciudadela timúrida a un gobernador rebelde que planeaba entregársela a los persas. Cumplieron su cometido pero, durante el saqueo que siguió, Dost Mohammad y sus hombres asaltaron el harén y «se apoderaron del fajín enjoyado que sujetaba los pantalones de la esposa del gobernador».[30] Lo que no tuvieron en cuenta fue que la princesa en cuestión era sobrina de Sha Mahmoud.

Una semana después, cuando el príncipe Kamran llegó a Herat, este recibió a una delegación del harén que exigía venganza para limpiar su honor. Como Sha Zaman antes que él, Kamran había empezado a preocuparse por el creciente poder de los barakzais, por lo que no dudó en aprovechar la oportunidad que la violación del harén sadozai le brindó.

Pocos días después de su llegada a Herat, el príncipe anunció que iba a celebrar una fiesta en los jardines reales al otro lado de la fortaleza, e invitó a Fatteh Khan y a sus hermanos para festejar la toma de la ciudad. «Bailarinas y músicos se reunieron en torno a los árboles frutales, los platos de kebabs y las jarras de vino ya estaban preparadas, y la fiesta *nautch* (de danzas indias) empezaba a animarse», escribió Mirza ‘Ata.

> Cuando el visir y sus hermanos entraron en los jardines, bebieron una copa de vino tras otra, comieron kebabs y quedaron estupefactos con los bailes de las hermosas músicas de Herat. Pronto estaban totalmente borrachos, y el pájaro de la razón había abandonado la mente del visir, dejándolo aturdido. El príncipe Kamran había preparado todo con antelación: a su señal, todos los presentes en la fiesta se levantaron y asaltaron al visir, le ataron de pies y manos y procedieron a cegarlo, acercando la punta de sus dagas a sus ojos para derramar el líquido cristalino en el suelo oscuro de la ceguera.[31]

A continuación, a Fatteh Khan le arrancaron la cabellera y lo torturaron brutalmente. Más tarde, ciego y sangrante, lo condujeron a una tienda donde estaba reunido un grupo de sus enemigos. Le dijeron que escribiera a su hermano Dost Mohammad y le ordenara que se rindiera. Cuando se negó, alegando que él era un mero prisionero ciego sin influencia, sus torturadores

lo rodearon. Uno de ellos —Atta Mohammad, el noble que había encarcelado y amenazado a Shuja con ahogarlo en el Indo y cuyo padre había sido acusado de urdir una revuelta, por lo que fue ejecutado por Fatteh Khan— le cortó la oreja mientras le echaba en cara sus rencores. Un segundo le cortó la otra, expresando otra queja; el tercero, la nariz. Le cortaron una mano, luego la otra. Mientras se desangraba, cada uno de los nobles enumeraba las afrentas sufridas por su causa y por las que ahora reclamaban venganza, «privando así a Fatteh Khan del mayor consuelo que la mente de un hombre torturado puede tener: una conciencia libre de ofensas». El visir soportó la tortura sin quejarse hasta que le cortaron la barba, que rompió a llorar. Tras haberle amputado ambos pies, Atta Mohammad finalmente le rajó la garganta.[32]

Como anteriormente había sucedido con el asesinato del padre de Fatteh —Payindah Khan— perpetrado por Sha Zaman, matar al jefe de los barakzais era una cosa, pero otra muy distinta era capturar a todo el clan. Varios de los hermanos lograron escapar de la fiesta y consiguieron salir luchando de Herat. Otros dos, que aún estaban disfrutando del *hamam*, «oyeron lo que había sucedido, rápidamente dejaron el baño de vapor y huyeron. Echaron mano de dos caballos de unos comerciantes en el bazar cubierto y se dirigieron hacia Kandahar. En la fortaleza de Nad Ali se reunieron con la madre del visir y decidieron vengar la ejecución de su hermano».[33] Fatteh Khan había muerto, pero el resto del clan declaró la guerra a Sha Mahmoud y al príncipe Kamran, lo que incitó a la rebelión en todos sus dominios.

A medida que la revuelta se extendía, comenzaron a llegar a Ludhiana invitaciones de los ancianos de las tribus para que Sha Shuja reclamara su trono y restaurara el orden. Este era el momento que Shuja había estado esperando. Con la ayuda de Wa’fa Begum, se procuró armas y consiguió reclutar a un variopinto grupo de mercenarios, entre los que se incluía el «general» americano Josiah Harlan. Aunque acompañado por un oficial de inteligencia británico, el capitán Ross, y sus dos ayudantes, todos disfrazados de gurkas, el sha se dirigió hacia el centro financiero de Sind en Shikarpur.[34] Allí consiguió un crédito de los prestamistas hindúes,[at4] reclutó con presteza un ejército y marchó hacia el norte: en pocas semanas había logrado recuperar su antigua base de Peshawar.

Su triunfo, sin embargo, fue efímero. El comportamiento arrogante de Shuja y su insistencia por mantener las viejas formas de etiqueta de la corte le hicieron perder el apoyo de los líderes tribales de la zona; de modo que, en poco tiempo, «la ostentación prematura de su exagerada noción de dignidad

real lo llevó a una batalla con los que le habían pedido que volviera».[35] En este momento crítico, un proyectil cayó en el polvorín del sha causando una gran explosión que mató a un gran número de sus soldados; «una enorme columna de humo se alzaba hasta el cielo», recordó Sha Shuja, «y piernas, manos, brazos y cuerpos quedaron esparcidos por doquier. El enemigo intensificó su ataque, y nos vimos forzados a refugiarnos en las montañas del Jáiber».[36]

Shuja tuvo que emprender la retirada una vez más. Los hermanos barakzai, cada vez más poderosos, lo hicieron retroceder, sin dejarle otra opción que la de regresar a los territorios de la Compañía, con lo que perdió aún más hombres en una tormenta de arena durante la temeraria travesía estival por el desierto de esquistos entre Shikarpur y Jaisalmer. Tampoco fue capaz de pagar a los banqueros de Sind, que juraron no concederle un préstamo nunca más. Como dijo Mirza ‘Ata, citando un proverbio persa, «quien ha sido mordido por una serpiente, teme incluso una soga enrollada».[37]

En octubre de 1818, después de una peregrinación al gran santuario sufí de Ajmer y de una visita al emperador mogol Akbar Shah II en Delhi, Shuja regresó a Ludhiana para planear sus próximos movimientos.



El sha no tenía más remedio que aceptar el largo periodo de exilio que tenía por delante y, con más resignación que placer, accedió a establecer su corte exiliada en Ludhiana.

Sin embargo, el sha no hizo ninguna concesión respecto al ceremonial, y su *durbar* mantuvo toda su teatral magnificencia. Es de destacar que, gracias a la intervención de Ochterlony, la Compañía no solo toleró esta pantomima sino que además la financiaba con una suma de cincuenta mil rupias anuales. Shuja y su séquito se trasladaron a una residencia más señorial, y los visitantes de los polvorientos bazares de Ludhiana se convirtieron en el público invitado a esta farsa política: «Su majestad era vista casi todos los días en las cercanías de Ludhiana envuelto en pompa real», escribió el mercenario americano Josiah Harlan. «La multitud congregada en una larga procesión anunciaba la llegada del rey, que clamaba a los cuatro vientos y en los caminos despoblados como si se encontrara entre sus más humildes

súbditos, utilizando un tono profundo, altisonante y suficiente, aunque no hubiera nadie para obedecer sus órdenes».[38]

Un *durbar* un tanto estrambótico se congregó en torno al depuesto sha. El jefe de la casa de Shuja era Mullah Shakur Ishaqzai, «un hombre bajo y gordo», escribió Harlan, «(cuya) corpulencia […] estaba oportunamente rematada por un enorme turbante, característico de las personas de su rango, pero aún más voluminoso por la masa de cabello largo y grueso que le caía sobre los hombros en forma de pesados rizos negros y argentados». Dichos rizos cumplían una función: ocultar la ausencia de las orejas, rebanadas por orden de Shuja como castigo por su falta de coraje en el campo de batalla. Pero el mulá no era el único, ya que, según Harlan, Shuja había adoptado la costumbre de amputar partes del cuerpo de los miembros de su séquito cuando estos cometían algún error: eran muchos los servidores de Shujah que, en diversos momentos, habían perdido orejas, lenguas, narices y genitales, lo que dio como resultado la existencia de «un conjunto de desorejados, mudos y eunucos al servicio del antiguo rey».

Se decía que el desafortunado jefe de los eunucos, un musulmán africano llamado Khwajah Mika, había perdido su virilidad después de que una ráfaga de viento derribara un biombo del harén que protegía a Wa'fa Begum y a las otras esposas del rey; aunque «el verdugo tuvo buen corazón», informó Harlan, «y se limitó a privar a Khwajah Mika únicamente de la parte inferior del órgano». La subsiguiente pérdida de las orejas, por tanto, había supuesto un golpe menor y, a diferencia del mulá Shakur, el jefe de los eunucos se había «afeitado la cabeza y ahora exhibía sin temor la marca del favor real».[39]

Shuja continuaba impresionando a las personas que lo visitaban por su encanto, sus modales y su dignidad. Por ejemplo, Godfrey Vign, uno de los primeros europeos que viajaron por Asia Central, cuenta que Shuja era «bondadoso […] y parecía más bien un caballero que hubiera perdido sus propiedades, que un monarca que hubiera perdido un reino».[40] Además, Shuja era un adelantando a su tiempo, ya que había establecido una escuela para sus subordinados en la que, en 1836, había matriculados, aproximadamente, tres mil varones en edad escolar.[41]

Los registros de la Agencia de Ludhiana, conservados en su totalidad en los Archivos de Lahore, parecen sin embargo confirmar las insinuaciones de Harlan de que Shuja no formaba parte, en muchas otras ocasiones, de los patrones más ilustrados del Punyab: sus esclavas, por ejemplo, huían con frecuencia, quizá para escapar de los castigos de Shuja, pero también, en algunos casos, para «buscar la protección» de los jóvenes y atractivos

oficiales de la guarnición británica de la ciudad. Esto provocó, como no podía ser de otra manera, varios enfrentamientos diplomáticos entre el cuartel de Ludhiana y la corte afgana en el exilio.[42]



Tras la muerte de Ochterlony en 1825, el hombre que pasó a ocuparse de tales disputas era el nuevo agente de Ludhiana, el capitán Claude Martin Wade.

Wade era un estudiante de persa nacido en Bengala, ahijado del aventurero francés Claude Martin, que le prestó dinero a su necesitado padre, razón por la cual recibió tal nombre. Los contactos franceses de Wade le ayudaron a ser el intermediario con la corte sij, ya que el poder de Ranjit Singh residía en un notable ejército de ochenta y cinco mil hombres —el Kalsa— entrenado y dirigido por un pequeño grupo de veteranos napoleónicos franceses e italianos. Todos ellos se habían casado con mujeres del lugar y habían engendrado extensas familias mitad punyabíes. Gracias a Wade, estos ex oficiales napoleónicos se convirtieron, para los británicos, en una fuente de información esencial acerca de Asia Central.[at5] Wade se aseguró de ser amable con ellos, y un viajero francés agradecido lo describió como «el rey de la frontera y un excelente compañero […]. Un hombre inteligente y bien informado, cuya compañía es tan provechosa como agradable».[43] Sin embargo, sus comunicaciones oficiales describen una realidad más compleja: Wade era un hombre afable, cierto, pero también astuto, seco, perspicaz y cínico. Si se le contradecía, podía ser también quisquilloso y dominante, resistiéndose contundentemente a cualquier intento de romper su monopolio sobre el control de las relaciones británicas con los sijs y los afganos.

Desde el día de su llegada a la ciudad en 1823, Wade trabajó para recuperar las extensas redes de información e inteligencia iniciadas por Elphinstone antes de abandonar Peshawar y que, una vez pasada la amenaza napoleónica, fueron descuidadas al considerarse gastos innecesarios. Wade también estableció su propia red de contactos, que se extendía a través del Punyab y Afganistán hasta Jiva, Bujará y más allá, que recolectaba información principalmente a través de «nativos inteligentes especialmente entrenados».[44] Dicha información se recababa, filtraba y analizaba antes de ser enviada a sus superiores en Calcuta. A pesar de que la diferencia entre los

redactores de noticias, los informantes y los verdaderos espías era muy sutil en este periodo, Wade fue, *de facto*, uno de los dos primeros maestros de espías de lo que las generaciones posteriores llamarían el Gran Juego, esa ambiciosa competición entre los intereses imperiales, los servicios secretos y las aspiraciones coloniales de Gran Bretaña y Rusia, que se extendió hasta el colapso de sus respectivos imperios asiáticos, y cuyos movimientos iniciales se comenzaban a desplegar en estos momentos.[45]

El gran rival de Wade en este cometido fue sir Henry Pottinger, un obstinado angloirlandés que, desde la ciudad guyaratí de Bhuj, en el distrito de Kutch, dirigía una operación simultánea en nombre de la Presidencia de Bombay, concentrándose en especial en el delta del Indo, Sind, Baluchistán y Sistán. En su juventud, Pottinger había viajado por Persia y Sind disfrazado de mercader musulmán y, al ser tan experto en el terreno como cualquier otro funcionario de la Compañía, llegó a ser tan dominante como Wade.

Cuando no se encontraba desempeñando su papel en la corte fantasma de Shah Shuja, Wade pasaba los días encajando las piezas de un rompecabezas de noticias y rumores que le llegaban mediante su creciente lista de informantes: oficinistas indios, mercaderes, mercenarios de paso y nobles bien dispuestos fueron reclutados para proporcionar tanto noticias como *gup-shup* (chismes) de bazar. Tal vez su contacto más útil fuera un desertor británico bastante singular, originalmente conocido como James Lewis, que había huido del servicio de la Compañía para instalarse en Kabul con el nombre de Charles Masson.

Masson era un londinense profundamente curioso que, después de abandonar su regimiento y fingir su propia muerte durante el asedio de Bharatpur en 1826, recorrió el norte de la India, cruzó el Indo y exploró Afganistán a pie, viviendo como un derviche errante. Armado con una copia de la *Anábasis de Alejandro Magno* de Arriano, se convirtió en el primer occidental en explorar los restos arqueológicos de Afganistán. Siguiendo los pasos de Alejandro, encontró los restos de Bagram —la gran ciudad griega bactriana— en la llanura de Shomali, mientras que en otros lugares excavó metódicamente las estupas budistas y los palacios del Imperio kushán, enviando con diligencia los resultados de sus hallazgos más importantes a la nueva Sociedad Asiática de Calcuta. De alguna manera, Wade descubrió la verdadera identidad de Masson como desertor y, al poco tiempo, lo chantajeó para que se convirtiera en informante —ya fuera por la amenaza de la pena capital o por el incentivo del perdón real—, asegurándose así por primera vez la obtención de informes regulares y precisos sobre Afganistán.



Esta creciente red de inteligencia se desarrolló en un momento de grandes cambios geopolíticos. La amenaza napoleónica se había desvanecido. En cambio, en la década de 1820, era Rusia la que preocupaba a los halcones de la Compañía.

Desde que derrotaron a Napoleón en 1812, los rusos habían desplazado su frontera hacia el sudeste casi tan rápido como Wellesley había ampliado la de la Compañía hacia el noroeste, y era cada vez más evidente —al menos para los estrategas de los salones de Londres— que los dos imperios habrían de enfrentarse, en algún momento, en Asia Central. Lord Ellenborough, el nuevo y agresivo presidente de la Junta de Control de la Compañía y ministro responsable de la India en el Gabinete del duque de Wellington, fue el primero en dar repuesta política a esta creciente preocupación. «Nuestra política en Asia debe seguir un único rumbo», escribió en su diario, «limitar el poder de Rusia». Más tarde añadió: «Saliendo de Jiva, el enemigo podría estar en Kabul en cuatro meses. Los directores tienen mucho miedo […] (pero) yo estoy convencido de que lucharemos contra los rusos en el Indo y, desde hace mucho tiempo, tengo el presentimiento de que seré yo quien los encuentre y venza en una gran batalla».[46]

Ellenborough, el hijo del abogado defensor de Warren Hastings, era un hombre brillante pero difícil de tratar y poco atractivo, cuya apariencia física —dominada por lo que un observador denominaba «sus horribles bucles grises»— era tan desagradable que se dice que el propio Jorge IV sufría náuseas con solo verlo. Había experimentado momentos muy humillantes cuando su primera esposa, la bella y caprichosa Jane Digby, lo abandonó para enlazar a una serie de amantes: primero el príncipe austriaco Schwarzenberg, con quien Ellenborough se batió en duelo; después, sucediéndose con rapidez, los reyes de Baviera y Grecia y un general albanés; para terminar felizmente casada con un jeque beduino de Palmira. El ridículo que Ellenborough sufrió como resultado marcó para siempre su carácter y lo llevó a encerrarse en un cascarón de orgullo y ambición. Pero, a pesar de toda su arrogancia, era enérgico e inteligente, por lo que se convirtió en el primer político británico en cimentar su carrera en la oposición al imperialismo ruso.[47]

Aunque Ellenborough exageró el alcance de la amenaza sobre los dominios británicos en la India —San Petersburgo en realidad no tenía

planeado atacar a los británicos allí—, era cierto que, hacía poco, Rusia se había mostrado extremadamente agresiva con la Turquía otomana y la Persia kayar. Solo un año después de la retirada de Napoleón de Moscú en 1812, la artillería rusa masacró al ejército persa de Fatteh Ali Shah Kayar y proclamó la «liberación» de los cristianos orientales de Armenia y Georgia. Rusia se anexionó entonces grandes áreas de los actuales Armenia y Azerbaiyán, que habían sido hasta entonces el Imperio persa del Cáucaso. «Persia fue entregada, atada de pies y manos, a la corte de San Petersburgo», escribió el embajador británico en Teherán.[48]

Esta resultó ser solo la primera de una larga serie de derrotas otomanas y persas que marcaron el avance implacable de las tropas rusas hacia el sur.[49] Para empeorar las cosas, los británicos no habían logrado acudir en auxilio de sus aliados persas, por lo que estos tuvieron que enfrentarse solos a los rusos. Después de otra serie de catastróficas derrotas persas en la Guerra Ruso-Persa de 1826-1827, estos perdieron todo lo que quedaba de su imperio caucásico, incluyendo todos los pasos que controlaban la ruta hacia Azerbaiyán.[50]

Si Rusia no hubiera estado luchando también contra los otomanos, los términos de la rendición podrían haber sido aún más duros; pero esta se encontraba, al mismo tiempo, derrotando de tal manera a los turcos que el duque de Wellington pensó que implicaba «un golpe mortal a la independencia de la Sublime Puerta y el presagio del final de su poder».[51] A finales de la década de 1820, parecía solo cuestión de tiempo que los rusos se apoderaran de Teherán y Constantinopla y convirtieran Persia y Turquía en vastos protectorados zaristas. En Chechenia y Daguestán los rusos estaban llevando a cabo una serie de expediciones punitivas, verdaderos genocidios, durante los cuales saquearon pueblos, mataron a mujeres y niños, talaron bosques y destruyeron las cosechas.[52] Más al sur todavía, en Jerusalén, el cónsul británico informaba sobre el aumento de «agentes rusos» preparados para una «conquista rusa de la Tierra Santa». La intención declarada de Rusia de recrear el antiguo Imperio bizantino sobre las ruinas del Imperio otomano hizo que tales planes parecieran perfectamente plausibles, al menos para los estrategas de política exterior.[53]

Esta rápida sucesión de victorias rusas, combinada con los informes de la brutalidad de sus tropas en las tierras que controlaban, fue un duro golpe para los políticos de Londres que, desde la muerte de Napoleón, habían llegado a considerar la seguridad de la India británica como un elemento vital para que Gran Bretaña conservara su estatus de potencia mundial. Cuando en 1823 el explorador del Himalaya William Moorcroft logró interceptar una carta del

conde Nesselrode, el ministro de Asuntos Exteriores ruso, dirigida a Ranjit Singh, se confirmaron los peores temores de los estrategas británicos. Estos miedos, y la paranoia política que generaron, desencadenaron una oleada de rusofobia en la prensa británica e indobritánica donde Rusia era representada, cada vez con más frecuencia, como una amenaza bárbara y despótica para la libertad y la civilización.

Esta visión recibió un gran impulso gracias a la publicación de la obra, profundamente controvertida, del coronel De Lacy Evans, *On the Practicability of an Invasion of British India*. El libro esbozaba un escenario en el cual sesenta mil soldados rusos marchaban a través del Hindu Kush y tomaban Herat, para después presentarse a los pies del paso Jáiber y arrasar con todo lo que encontraran a su paso. En realidad, en estos momentos, esta idea era casi tan descabellada como el plan de Shah Shuja de invadir Kabul a través del Tíbet y la amenaza rusa que presentaba, del todo exagerada: solo había un puñado de rusos en Asia Central y ninguno de ellos se encontraba a menos de mil quinientos kilómetros de Bujará, y mucho menos de Kabul. Sin embargo, el libro tuvo mucho éxito en los círculos políticos de Londres y, aunque el coronel nunca había estado en la India, ni siquiera en la región, su texto alarmista «se convirtió en la Biblia virtual» de una generación de rusófobos.[54] Lord Ellenborough lo admiraba especialmente, sobre todo porque confirmaba todos sus prejuicios al respecto.

La misma noche en la que terminó de leer el libro, Ellenborough fue a su estudio y escribió al duque de Wellington: «Rusia intentará, por conquista o vía diplomática, controlar Persia para continuar hacia el Indo». Al día siguiente, el 29 de octubre de 1828, tras haber enviado copias del libro de Lacy Evans a colegas en Teherán y Bombay, tomó nota de la recomendación que hacía el libro sobre la necesidad de instalar «algún tipo de agente» en Bujará para que diese la voz de alarma en caso de producirse un ataque ruso, y escribió en su diario: «Debemos conseguir toda la información posible sobre Kabul, Bujará y Jiva».[55]

En las semanas siguientes, Ellenborough diseñó las medidas que Gran Bretaña debía adoptar para adelantarse a los posibles avances rusos. «No tememos tanto una invasión real de la India», escribió al gobernador general:

> Como el efecto moral que produciría cualquier acercamiento de los rusos al norte de la India entre nuestros propios súbditos y entre los príncipes con los que estamos aliados […]. Redunda en nuestro beneficio el tomar medidas para prevenir cualquier movimiento por su

> parte más allá de sus límites actuales. Pero la eficacia de tales medidas depende de la prontitud con la que se tomen y de que se le mantenga constantemente informado sobre todo lo que sucede en la frontera rusa. [56]

El comunicado enviado por Ellenborough tendría consecuencias de gran envergadura. A pesar de que la amenaza que intentaba contrarrestar era, en este momento, solo una ilusión producida por la calenturienta imaginación británica, al autorizarse la puesta en marcha de un amplio programa de inteligencia en Asia Central se dio un enorme y nuevo impulso al Gran Juego, que los rusos llamarían posteriormente «el torneo de las sombras», y surgió una rivalidad anglo-rusa en el Himalaya que no había existido antes. También puso inmensos recursos a disposición de Wade, Pottinger y de aquellos que vigilaban las fronteras indias. A partir de este momento, comenzaron a enviarse al Himalaya, al Hindu Kush y al Pamir a una sucesión de jóvenes oficiales del ejército y agentes políticos, a veces de incógnito y otras con «permiso de caza», para aprender las lenguas y las costumbres tribales, cartografiar ríos y pasos y evaluar las dificultades que entrañaba el cruce de montañas y desiertos.[57]

En los años venideros, esta rivalidad entre imperios se convertiría en algo mucho más serio que un simple juego y conduciría a muertes, guerras, invasiones y colonizaciones a gran escala, que cambiarían profundamente la vida de cientos de miles de habitantes de Afganistán y Asia Central. De manera más inmediata, cambió radicalmente la importancia que los británicos concedían a Shah Shuja, que pasó de ser un exmonarca con excesivas pretensiones, aunque mantenido por el sentido del deber hacia un aliado en desgracia, a convertirse, de repente, en un activo estratégico fundamental frente a la invasión rusa y en llave a las esperanzas británicas de tener un aliado en el trono de Afganistán. El mensaje de Ellenborough también provocó el despliegue inmediato de dos operaciones encubiertas de inteligencia.

La primera, dirigida por el teniente Arthur Conolly, pretendía verificar la viabilidad de la travesía a pie desde Moscú hasta la India británica. Conolly viajó a Oremburgo, en la frontera rusa, donde se disfrazó, y empezó su camino a través de Bujará y Afganistán hacia Herat y el Indo. El recorrido resultó ser perfectamente factible —al menos para un individuo decidido— y mucho más fácil de lo que Conolly había imaginado, ya que tardó en completarlo poco más de un año a paso lento.

La segunda fue una operación mucho más ingeniosa y elaborada. Consistía en viajar en dirección opuesta para recopilar información sobre el Indo, ya que Ellenborough creía que este podría convertirse en la principal ruta de transporte británica en Asia Central, del mismo modo que el Ganges, con anterioridad, había abierto el corazón de Indostán al comercio británico.

Ellenborough, al igual que muchos utilitaristas de su generación, creía profundamente en la naturaleza civilizadora de los intercambios y del comercio: «Cada fardo de mercancías que sale de nuestras costas lleva las semillas del intelecto y del pensamiento productivo a los miembros de alguna comunidad menos ilustrada».[58] Él pensaba que los productos manufacturados ingleses eran la primera línea de defensa contra los avances rusos: el *tweed* escocés y el algodón de Manchester ayudarían a transmitir las ideas de Albión y, de alguna manera, reforzarían la determinación afgana de resistir ante la tiranía zarista de San Petersburgo. Por lo tanto, propuso enviar Indo arriba un barco tripulado por un equipo de dibujantes, cartógrafos e inspectores navales y militares de incógnito. Estos trazarían un mapa preciso de las orillas del río, sondearían su profundidad y valorarían la posibilidad de enviar barcos de vapor británicos río arriba. Ellenborough esperaba empezar de esta manera la conquista británica del comercio de Asia Central. Con el fin de ocultar su verdadero propósito, sin embargo, la versión oficial sería que la embarcación llevaba unos regalos diplomáticos para Ranjit Singh, demasiado frágiles como para ser enviados por tierra.

Conociendo la pasión casi obsesiva del maharajá por los buenos corceles, Ellenborough aprobó la estratagema de enviarle unos enormes caballos de tiro ingleses de Suffolk, una raza nunca antes vista en la India. Un pesado carruaje dorado inglés se añadió con posterioridad a la lista de regalos, por si Ranjit Singh ordenara que los percherones fueran enviados por tierra. Más tarde se decidió ampliar la expedición para que un oficial del servicio secreto británico, «disfrazado de comerciante», pasara de Afganistán a Bujará y evaluara las posibilidades de «introducción de manufacturas inglesas en Asia Central». Naturalmente, este oficial debía tomar notas y hacer mapas, con gran discreción, al mismo tiempo que comprobaba el grado de influencia rusa sobre las ciudades de los oasis de Asia Central e informaba sobre la facilidad con la que una tropa de cosacos podría atravesar el Oxus (actual Amu Daria) hasta Afganistán para después continuar hasta la India.[59]

Cuando Ellenborough tuvo que pensar en un «oficial capaz y discreto» para dirigir la expedición, su primera elección fue el hermano de William Fraser, el artista, escritor y espía James Baillie Fraser, que, diez años antes,

había viajado a lo largo de toda Persia, donde había hecho amistad con el sha, y hablaba perfectamente farsi.[60] Pero Fraser estaba ocupado en ese momento tratando de salvar sus propiedades familiares en Inverness, ya que se había endeudado al construir una gran ampliación de su casa para recibir a los príncipes persas, de modo que Ellenborough optó por un desconocido y ambicioso lingüista de veinticinco años, protegido de Pottinger, que acababa de ganar un premio por cartografiar el primer mapa de la desembocadura del Indo desde el célebre realizado por Alexander Dalrymple en 1783. El nombre de este joven oficial era Alexander Burnes.



En el verano de 1830, cinco caballos tordos de tiro procedentes de Suffolk llegaron a los muelles de Bombay después de un viaje de seis meses; de los seis que partieron, una yegua había muerto durante la travesía. Quince días más tarde, después de haber recuperado fuerzas pastando en los verdes prados de Malabar Hill, volvieron a ser embarcados, esta vez hacia el estuario del Indo, acompañados por el gran carruaje dorado.

Mientras esperaban el permiso para atracar, las embarcaciones fueron sacudidas por una tormenta que desarboló dos de los barcos y rasgó las velas de un tercero que era en el que navegaba Burnes. Los caballos, ahora acostumbrados a la vida entre las olas, permanecieron impasibles; pero el carro quedó muy dañado por el agua de mar y nunca volvió a su forma original.[61] La expedición partió en dos ocasiones, pero en ambos casos se vio obligada a regresar después de que los emires de Sind les impidieran continuar.

Los permisos necesarios fueron finalmente recibidos el 4 de marzo de 1831, después de que Ranjit Singh se viera obligado a proferir desagradables amenazas contra los emires. A partir de este punto, la expedición recorrió lentamente río arriba los casi 1200 km que la separaban de Lahore. Burnes esquivaba los disparos sueltos que llegaban desde las orillas mientras hacía anotaciones detalladas sobre el paisaje, los pueblos y la política del país que estaban atravesando. Entretanto, sus compañeros realizaban sondeos, medían el caudal del río y preparaban mapas y diagramas detallados con la mayor discreción. El Indo resultó ser menos profundo de lo esperado, por lo que la idea de Ellenborough de introducir barcos de vapor, como se había hecho en

el Ganges, pronto se descartó por impracticable. Pero la expedición demostró que el río Indo era navegable hasta Lahore si se empleaban embarcaciones de poco calado. Las barcazas podían llevar las manufacturas británicas hasta la capital sij, donde podían ser descargadas a orillas del Ravi, para después ser trasladadas a pie por los pasos hacia Afganistán y Asia Central. Los únicos obstáculos eran de naturaleza política.



Alexander Burnes, el hombre elegido para dirigir esta misión y el cuarto de los hijos del preboste de Montrose, era un joven escocés de las Highlands tenaz, enérgico y muy ingenioso. Tenía el rostro ancho, la frente amplia, los ojos profundamente hundidos y una expresión burlona en su boca que delataba tanto su carácter curioso como su sentido del humor, rasgo que compartía con su primo, el poeta escocés Robbie Burns.[62]

> En la Academia de Montrose, donde él y sus hermanos habían estudiado, Burnes era recordado por «liderar las aventuras más audaces», más que por cualquier logro académico; sin embargo la educación clásica que recibió despertó en él la obsesión por Alejandro Magno que lo llevará a Afganistán y al Indo por primera vez.[63]

Enviado a la India con su hermano mayor James a la edad de dieciséis años, con solo veintiséis, y tras haber pasado una década allí, hablaba con soltura farsi e hindustaní; también había perfeccionado el estilo de su prosa, claro y vivo, y desarrollado su antiguo interés por la historia: su primera publicación —«En el Indo», en *Transactions of the Bombay Geographical Society* — se preocupaba más de los precedentes helenísticos que de la situación política del momento.

Al igual que muchos otros protagonistas del Gran Juego después que él, la inteligencia y la habilidad de Burnes con los idiomas le valieron una rápida promoción; y a pesar de venir de una familia relativamente modesta de una parte bastante remota de Escocia, ascendió más rápido que cualquiera de sus contemporáneos, más ricos y con mejores contactos que él. También contó con las recomendaciones de su talentoso hermano James y con las conexiones que ambos tenían como miembros relevantes de la masonería.[at6]

Con una altura de casi 1,80 m, huesudo, enjuto e ingenioso, «seco y flaco», Burnes era un hombre ambicioso y decidido, que sabía mantener la calma en situaciones de emergencia. Sus amigos admiraban su imaginación y su agilidad intelectual: uno de ellos decía que era «agudo, despierto y rápido en la toma de decisiones, expresivo y perspicaz». Durante este viaje tuvo diversas oportunidades para poner en práctica su inteligencia y su ingenio, sobre todo cuando cruzó la frontera del Punyab y sus pesados caballos de tiro causaron sensación entre los oficiales de Ranjit Singh. «Por vez primera —escribía Burnes— había expectativas de que un caballo de tiro fuera al galope, a medio galope y de que realizara todos los movimientos de un animal más ágil».

Burnes y sus regalos fueron recibidos con gran pompa en Lahore el 18 de julio de 1831. Una escolta ecuestre y un regimiento de infantería fueron enviados a su encuentro. «La carroza, que era un magnífico vehículo, encabezaba la procesión», escribió, «y detrás de los caballos de tiro íbamos nosotros mismos montados en elefantes, en compañía de los oficiales del maharajá. Desfilamos a lo largo de las murallas de la ciudad y entramos a Lahore por la puerta del palacio. Las calles estaban flanqueadas por jinetes, artilleros e infantes que nos saludaban al pasar. La multitud reunida era inmensa; sentados en los balcones de las casas, guardaban un silencio respetuoso». Nos condujeron, a través del patio exterior del antiguo fuerte mogol, hacia la entrada del *Diwan-i-Khas*, la sala de audiencias de mármol decorada con arcadas. «Mientras me agachaba para descalzarme», escribió Burnes, «de repente me vi abrazado con fuerza por un hombre avejentado y de baja estatura».[64]

Era Ranjit Singh, el León del Punyab en persona. Cogiendo a Burnes de la mano, lo llevó al patio donde «todos nosotros fuimos sentados en sillas de plata delante de su alteza». Habían pasado ya más de treinta años desde que Ranjit Singh había llegado al poder tras ayudar a Shah Zaman a salvar sus cañones del barro del Jhelum, y trece desde que Shah Shuja había huido de la hospitalidad forzosa de Ranjit a través de los desagües de la ciudad. Desde entonces, el líder sij había aprovechado la oportunidad presentada por la guerra civil afgana para anexionarse la mayor parte de las tierras al este del Indo del Imperio durrani y levantar en su lugar un Estado sij rico, fuerte, centralizado y bien gobernado. En paralelo a la formación de un potente ejército, Ranjit modernizó la burocracia y organizó una formidable red de espionaje, cuyos informes a veces compartía con Wade en Ludhiana.

Los ingleses se llevaban bien, a grandes rasgos, con Ranjit Singh, pero nunca perdían de vista el hecho de que su ejército era la última fuerza militar de la India que podía enfrentarse a la Compañía en el campo de batalla: en torno a 1830, la Compañía había apostado a lo largo de la frontera del Punyab[65] a casi la mitad del Ejército de Bengala, que sumaba más de treinta y nueve mil soldados. Por lo tanto, era de extrema importancia que Burnes estableciera buenas relaciones con Ranjit.

Un par de meses antes de la llegada de Burnes a Lahore, el viajero francés Victor Jacquemont realizó un retrato muy revelador del maharajá, al que describía como un canalla encantador e inteligente: tan despreciable en el ámbito privado como admirable en sus actuaciones públicas. «Ranjit Singh es un viejo zorro», escribió, «comparado con él, el más astuto de nuestros diplomáticos es todo un ingenuo […]». Jacquemont dio cuenta de una serie de encuentros con el maharajá: «Conversar con él es una tortura. Es quizá el primer indio curioso que he conocido, pero su curiosidad compensa con creces toda la apatía de su nación. Me formuló cien mil preguntas sobre la India, los ingleses, Europa, Bonaparte, el mundo en general y el más allá, el infierno y el paraíso, el alma, Dios, el diablo y mil cosas más […]». Ranjit Singh lamentó que las mujeres «ya no le dieran más placer que el que obtenía de mirar las flores de su jardín».

> Para mostrarme las buenas razones que tenía para estar angustiado, ayer, en medio de toda su corte —es decir, en campo abierto, en cuclillas sobre una hermosa alfombra persa y rodeados por unos cuantos miles de soldados—, quién lo iba a decir, el viejo libertino envió a buscar a cinco jóvenes de su serrallo, las ordenó que se sentaran frente a mí y, sonriendo, me preguntó sobre qué pensaba de ellas. Dije con toda sinceridad que las consideraba muy hermosas, lo cual no era ni una décima parte de lo que realmente pensaba […]

Jacquemont también señaló que el maharajá «sentía verdadera pasión, casi obsesión, por los caballos; había librado las más costosas y sangrientas guerras para hacerse con un caballo que algún estado vecino se había negado a venderle o darle […]. Es también un canalla desvergonzado que alardea de sus vicios, como hizo Enrique III en nuestro país […] A menudo, las buenas gentes de Lahore han podido ver a Ranjit montado en un elefante y dando rienda suelta al menos inocente de los placeres con una mujer pública musulmana […]».[66]

Burnes quedó tan fascinado por Ranjit Singh como le había sucedido antes a Jacquemont, y pronto se convirtieron en buenos amigos: «Nada podía superar la amabilidad del maharajá», escribió. «La conversación se mantuvo sin interrupción durante la hora y media que duró la entrevista: me preguntó, sobre todo, por la profundidad del Indo y sobre la posibilidad de navegar en él». Luego se inspeccionaron los caballos y el carruaje: «La visión de los caballos despertó en él un gran asombro; su tamaño y color fueron de su agrado: decía que eran pequeños elefantes y, cuando pasaron en fila delante de él, llamó a los diferentes *sardars* (señores, líderes sijs) y oficiales para que pudieran admirarlos».[67] De hecho, tal fue la satisfacción de Ranjit con sus presentes, y con la carta de lord Ellenborough que los acompañaba, que ordenó una salva de artillería sin precedentes: sesenta cañones, cada uno disparando veintiuna veces, para que el pueblo de Lahore no dudara de su entusiasmo por su nueva alianza con los ingleses.

Durante los dos meses siguientes, Ranjit organizó una serie de entretenimientos para Burnes: espectáculos de bailarinas, maniobras militares, caza de ciervos, visitas a monumentos y banquetes. Burnes llegó a probar algunos de los infernales brebajes caseros de Ranjit, una ardiente destilación de alcohol puro, perlas trituradas, almizcle, opio, jugo de carne y especias; bastaban dos vasos para dejar sin sentido al más experimentado bebedor británico, aunque Ranjit se lo recomendó a Burnes como cura para su disentería. Burnes y Ranjit, el escocés y el sij, compartían también su gusto por el aguardiente. «Ranjit Singh es, en todos los aspectos, un personaje extraordinario», escribió Burnes. «He oído decir a sus oficiales franceses que no hay nadie como él entre Constantinopla y la India».[68]

En su última cena juntos, Ranjit accedió a mostrar a Burnes el Koh-i-Nur. Burnes escribió: «Es imposible imaginar nada más magnífico que esta piedra; hecha de agua cristalina, es tan grande como la mitad del tamaño de un huevo. Su peso es de tres rupias y media y el valor estimado de semejante joya asciende a unos tres millones y medio».[69]

Entonces Ranjit le entregó a Burnes dos caballos ricamente engualdrapados, vestidos con costosos chales de Cachemira y con los cuellos adornados con collares de ágata y plumas de garza que se alzaban entre las orejas. Mientras Burnes agradecía a Ranjit el regalo, uno de los caballos de tiro desfiló para una última inspección, ahora adornado con una tela cosida en oro y ensillado con un *howdah* de elefante.[70]

Al igual que Ranjit Singh, Burnes tenía un carisma especial. Fue esto lo que, una vez tras otra, le permitió salir airoso de las situaciones más hostiles.

Ranjit, que, por lo general, era de naturaleza desconfiada, escribió al gobernador general al día siguiente de la partida de Burnes para hacerle saber lo mucho que había disfrutado al encontrarse con «este ruiseñor del jardín de la elocuencia, esta ave de palabras aladas que sobrevuela los discursos más agradables». Después de que el gobernador general autorizara a Burnes a continuar su viaje hacia Afganistán, los afganos quedaron igualmente deleitados con su presencia: el primer jefe tribal que se encontró al poner un pie en la orilla afgana del Indo le dijo que él y sus amigos «podían sentirse tan seguros como los huevos debajo de una gallina». Burnes se mostraba igualmente afectuoso con respecto a sus anfitriones. «Pensaba que Peshawar era un sitio encantador», escribió Burnes a su madre en Montrose, un mes después, «hasta que llegué a Kabul: esto es realmente el paraíso […]. Les hablo sobre los barcos de vapor, los ejércitos, las naves, la medicina y todas las maravillas de Europa; y, a cambio, me explican las costumbres de su país, su historia, las distintas facciones existentes dentro del estado, su comercio, etc.».[71]

Él sentía una verdadera simpatía por el pueblo afgano, «que es bondadoso y hospitalario; sus gentes no tienen prejuicios contra los cristianos ni contra nuestra nación. Cuando me preguntan si me gusta la carne de cerdo me encojo de hombros, por supuesto, y afirmo que solo los parias cometen tal ultraje. ¡Qué Dios me perdone! En realidad adoro la panceta y se me hace la boca agua solo con escribir la palabra».

A Burnes le gustaban Kabul y sus habitantes, disfrutaba de la poesía y de sus paisajes, y admiraba a sus gobernantes. Siguiendo con la descripción de la cálida recepción de su anfitrión barakzai, Dost Mohammad Khan, «el hombre más prometedor en los territorios de Kabul», relató con fidelidad la brillantez de su conversación, así como la belleza de los jardines y de los árboles frutales de su palacio, el Bala Hisar.[72] Si Burnes había conquistado a Dost Mohammad y a sus afganos, ellos, a su vez, lo habían cautivado a él.

Sin embargo, hubo un hombre que permaneció del todo inmune ante el atractivo de Burnes, y este era Claude Wade, el jefe del servicio secreto de Ludhiana y protector de Shah Shuja. A Wade nunca le gustó que nadie pisara su territorio, que guardaba tan celosamente como protegería su parcela un mastín afgano. De ninguna de las maneras iba a tolerar que un joven arribista

de veintitantos años le quitara el puesto como el consejero predilecto del gobernador general en Afganistán. Mientras que el memorando de Ellenborough concedía, en teoría, más poder a Wade —aumentando los recursos que la Compañía estaba dispuesta a destinar para el espionaje en el Himalaya y el número de agentes con los que Wade podía contar—, también había autorizado una operación en el corazón de su territorio, sobre la que este no tenía ningún control, que además había partido de la agencia de Pottinger en Bhuj, su competidora, y era coordinada por la rival Presidencia de Bombay. Wade enseguida comenzó a considerar a Burnes como una importante amenaza para su posición, y como el número de informes de Burnes que llegaban de Kabul, así como la calidad de los mismos, iba en aumento, Wade comenzó a anotar en ellos, cuando estos pasaban por Ludhiana, comentarios sarcásticos y condescendientes en los que señalaba de manera maliciosa cada error que encontraba.[73]

Consciente que de repente se había convertido en el gran oficinista experto en la cuestión afgana a pesar de no haber estado nunca en Afganistán, Wade se sintió aún más enojado con su joven rival cuando Burnes empezó a llegar a conclusiones muy diferentes a las propuestas por la agencia de Wade sobre los intereses británicos en la región. Wade siempre había considerado que la relación con Ranjit Singh era la principal alianza de la Compañía en la India septentrional, y creía firmemente que los sijs eran, con diferencia, la fuerza militar más poderosa de la región. De hecho, al haber pasado tanto tiempo en la corte sij durante la década de 1820, Wade se sentía casi partidario de su causa, algo de lo que sus superiores eran conscientes y razón por lo que, a la vez, estaban recelosos. Estaba mucho menos interesado en Afganistán y no le gustaba lo que había oído de Dost Mohammad, además tenía en mente a su amigo y vecino de Ludhiana, Shah Shuja, para ejercer de potencial marioneta de los británicos en Kabul, en caso de que surgiera la necesidad.

Los puntos de vista de Wade, sin embargo, no se habían adaptado a la voluble realidad. Desde el último intento fallido de Shuja por recuperar su trono, Shah Mahmoud había muerto y Afganistán había caído, casi por completo, bajo el dominio de los hermanos barakzai; solo Herat, con el príncipe Kamran, hijo de Shah Mahmoud, resistía como último bastión del gobierno sadozai. A pesar de las circunstancias, Wade seguía viendo a los barakzais en los mismos términos que lo hacía Shuja: como usurpadores ambiciosos y sin principios.

Burnes, que acababa de llegar, veía las cosas de otra manera. Tras despedirse de Ranjit Singh y antes de partir hacia Afganistán, en la parada que hizo en Ludhiana para ver al gobernador general, Burnes pasó a rendir homenaje a Shah Shuja, y su impresión no fue en exceso favorable. A pesar de que Shuja le dijera que «si yo estuviera en posesión de mi reino, ¡cuánto me alegraría ver a un inglés en Kabul y poder abrir el camino entre Europa y la India!», Burnes seguía sin estar convencido. «No creo que el sha posea la energía suficiente para sentarse en el trono de Kabul», escribió en un mensaje, «y si lo recuperase, no posee el tacto necesario para cumplir con las obligaciones requeridas en una situación tan complicada». Más tarde, desarrollará el mismo argumento: «La aptitud de Shuja al-Mulk para ser soberano siempre ha sido puesta en duda», sostenía en *Travels into Bokhara*, una exitosa narración de viajes que recogía sus informes.

> Sus modales y su discurso son ciertamente muy refinados; pero su juicio no se eleva por encima de la mediocridad. De no ser así, no lo veríamos ahora exiliado de su país y de su trono, sin esperanza de recuperarlos, tras una ausencia de veinte años; y antes de cumplir siquiera los cincuenta años de edad […]. El derrocamiento total de la dinastía se atribuye al orgullo y la arrogancia excesivos de los últimos reyes, por lo que su derrota hoy no despierta ningún tipo de compasión entre los afganos. Shuja, de hecho, podría haber recuperado su poder si no hubiera sido por sus precipitados intentos de ejercer la autoridad real antes de estar firmemente instaurado en el trono. Los afganos no pueden controlar la envidia que sienten hacia los hombres que ostentan el poder: durante los últimos treinta años, ¿quién de ellos ha muerto de muerte natural? Para aceptar de buena gana una forma de gobierno, el país debe o bien organizarse en pequeñas repúblicas o bien estar regido por un hombre fuerte y despótico.[74]

En cualquier caso, justo eso, un hombre fuerte y despótico, era lo que Burnes había encontrado en Kabul. Aunque había conocido a todos los hermanos barakzai en sus viajes, no tenía duda alguna sobre quién era el más imponente de ellos. Dost Mohammad Khan era ahora el único gobernante de Kabul y Gazni y estaba a punto de ser reconocido como jefe del clan, a pesar de su juventud y de los celos de sus hermanos mayores por su ascenso. Burnes le admiraba sin ambages: «La reputación de Dost Mohammad Khan es conocida por cualquier viajero mucho antes incluso de entrar en sus dominios», escribió en *Travels into Bokhara*:

> Y nadie más que él merece la elevada consideración que se ha granjeado. Es infatigable en su atención a los negocios, y asiste diariamente a la corte […] Tales actuaciones son muy populares entre sus gentes. Ha estimulado enormemente el comercio […] y la administración de justicia que este jefe ejerce es objeto constante de alabanzas entre todas las clases sociales: el campesino se regocija por la ausencia de la tiranía; el ciudadano, por la seguridad de su hogar; el mercader, por la equidad de sus decisiones y la protección de sus propiedades; y los soldados, por la regularidad con la que sus atrasos son pagados. Un hombre en el poder no puede recibir mayores elogios. Dost Mohammad Khan no ha cumplido aún cuarenta años; su madre era persa (qizilbash), y él fue educado entre personas de esa nación, lo que ha agudizado su intelecto y le ha concedido ciertas ventajas sobre sus hermanos. Es imposible no quedar impresionado por la inteligencia, conocimiento y curiosidad que exhibe, así como por sus modales y su manera de expresarse. Es, sin duda, el jefe más poderoso de Afganistán, y con sus habilidades podría conseguir un rango aún mucho mayor en su país natal.[75]

Burnes dejó constancia de los rumores que había oído sobre la juventud turbulenta y disoluta de Dost Mohammad que, sin embargo, al acceder al poder había dejado atrás. Ya no bebía vino y había aprendido a leer y escribir, abrazando la devoción y la austeridad en cuanto a formas y a vestuario. Estaba disponible para todo el mundo y cualquiera podía acercarse a él para pedir justicia. Burnes no solo pensaba que Dost Mohammad era una persona extraordinaria sino que también tenía claro que era la mejor apuesta de Gran Bretaña para conseguir influencia en Afganistán. En su opinión, los sadozais habían dejado pasar su momento y, como Dost Mohammad tenía tan buena disposición hacia los británicos, era perfectamente plausible formar una alianza «sin grandes desembolsos de fondos públicos».[76]

Esta era una estrategia radicalmente diferente a la que Wade llevaba tiempo sugiriendo a Calcuta, por lo que solo le quedaban dos opciones: aceptar la opinión de un joven que había pasado muy poco tiempo en la región pero que, a diferencia de él mismo, había visto Kabul con sus propios ojos; o bien imponer su autoridad como experto en asuntos locales con veinte años de experiencia y continuar respaldando a Shah Shuja como la mejor baza de Gran Bretaña. Eligió la segunda. «El pueblo está cansado de guerras y bandos», escribió en mayo de 1832, mientras Burnes estaba todavía en Kabul. «Persiguen la restauración de su antiguo gobierno (sadozai) como la única

posibilidad de asegurar una tranquilidad perdurable».[77] Esto difería de lo que Burnes relataba desde Afganistán; pero Wade presentó sus argumentos de tal manera que sabía de antemano que el triunfo en Calcuta era suyo. Esperó a que Burnes se dirigiera hacia el norte desde Kabul, donde debía hacer un reconocimiento de las rutas aún inexploradas del Hindu Kush, para hacer su primer movimiento.

Wade se vio favorecido por la situación del oeste de Afganistán, donde el último bastión del gobierno sadozai en Herat estaba a punto de ser sitiado por los persas. Puesto que los británicos no habían prestado ayuda a los persas durante la Guerra Ruso-Persa de 1826-1827, estos decidieron que era más sabio acercarse a su enemigo ruso que intentar seducir nuevamente a unos ingleses que habían demostrado no estar dispuestos a apoyarlos si con ello se arriesgaban a entrar en guerra abierta con el ejército del zar. Ahora los persas estaban planeando una campaña militar para reconquistar Herat, y los halcones en Calcuta sospechaban que se trataba de una iniciativa rusa encubierta, parte de un viejo plan zarista para establecer un puesto avanzado en Afganistán: un artículo de un tratado firmado cinco años antes había dado a San Petersburgo el derecho a establecer un consulado en Herat en el caso de que los persas capturaran algún día la ciudad. Estos temores eran en realidad infundados; de hecho, en 1832, los rusos estaban tratando de disuadir al príncipe persa Abbas Mirza de seguir adelante con el ataque. Sin embargo, Wade sacó partido de estos temores y escribió al gobernador general: «El convencimiento de que Rusia está detrás de estos acontecimientos va cobrando cada vez más fuerza en las mentes de los hombres […]».[78] Y aún insistió: si no se actuaba pronto y Shuja no era restablecido en su antiguo trono como sha, Rusia tomaría el control de Herat y usaría la ciudad como base operativa ideal para la invasión de la India.

Junto con su carta, Wade envió al gobernador general un manuscrito ilustrado en persa de Sha Shuja en el que este pedía formalmente a los ingleses que le ayudaran en lo que él describía como una oportunidad para frustrar la intromisión rusa en Afganistán. Decía que había enterrado sus diferencias con su viejo enemigo Ranjit Singh y que ahora quería regresar a Afganistán y liderar la resistencia a la nueva amenaza conjunta ruso-persa. Mientras Ranjit Singh llevaba a cabo una maniobra de distracción atacando Peshawar, él y sus tropas se dirigirían hacia el sur para tomar Kandahar. «La conquista de mi país es una cuestión del todo factible», escribió. «Con seis *lakhs* (600 000) de rupias estoy seguro de poder establecer mi autoridad en Afganistán […] El pueblo afgano espera ansioso mi llegada, se aglutinará en

torno a mi estandarte y no reconocerá a ningún otro jefe […]. Los barakzais no son capaces de conseguir el apoyo de los afganos […]. Si puedo obtener un préstamo de dos o tres *lakhs* de rupias, tengo total confianza en que, con la ayuda de Dios, mi objetivo se cumplirá».[79]



El 1 de diciembre de 1832 William Fraser, recién nombrado residente británico en Delhi, comenzó a recibir noticias de sus informantes sobre la presencia de afganos en los bazares de la ciudad comprando grandes cantidades de armas y municiones. Como no estaba claro si dichas ventas eran legales, o cuál era su propósito, Fraser mandó arrestar a los compradores y confiscar las armas. Luego escribió a Calcuta para preguntar qué debía hacer con estos individuos.[80]

La respuesta llegó directamente desde la oficina del gobernador general lord Bentinck a la residencia de Fraser: explicaba que estos hombres eran agentes de Shah Shuja y habían sido enviados a Delhi a comprar mosquetes, uniformes, municiones, piedras de escopeta, distintivos y cartucheras para la reconquista de su reino, planificada desde hacía mucho tiempo; todo bajo el consentimiento y el apoyo encubiertos del gobernador general. Shah Shuja estaba preparando una expedición militar a Afganistán con la sanción directa, aunque secreta, del propio Bentinck.

Poco antes, en el año 1828, el gobernador general se había negado a recibir a Shah Shuja. Pero ahora, con la amenaza persa de Herat y la determinación de Ellenborough de oponer resistencia a los rusos, el equilibrio político había cambiado. Bentinck decidió que, aunque la posición británica oficial seguiría siendo de aparente neutralidad, ayudaría discretamente a Shah Shuja a organizar su expedición, que incluía la concesión de un adelanto de cuatro meses de su pensión, un total de dieciséis mil rupias.[81]

El mismo mes en el que Dost Mohammad Khan recibía cordiales mensajes de Bentinck, en los que le agradecía su hospitalidad con Burnes y expresaba un «profundo deseo de que se estableciera una amistad y un vínculo entre este Gobierno y usted», el nuevo secretario privado de Bentinck, William Macnaghten, ordenaba en secreto a Fraser no solo que liberara a los compradores de armas de Shuja sino también que los eximiera de los

aranceles aduaneros por los bienes adquiridos en Delhi, facilitando así la contrarrevolución sadozai frente al gobierno barakzai.[82]

Macnaghten, el hombre encargado de esta nueva operación secreta, era un erudito orientalista, y antiguo juez en un tribunal del Úlster, que había sido ascendido para dirigir la burocracia de la Compañía. En principio protegido por Henry Russell, el melifluo y ambicioso residente de Hyderabad, era ampliamente respetado por su inteligencia, pero a muchos les disgustaba su pomposa vanidad, mientras que otros ponían en duda si este «oficinista» era el adecuado para desempeñar su nuevo cargo de consejero jefe y secretario personal del gobernador general.[at7] Macnaghten, por el contrario, no tenía ningún tipo de duda sobre sus propias capacidades, es más, alardeaba de su talento para la intriga política. Además, creía conocer Afganistán mucho mejor de lo que en realidad sabía, aunque no había estado nunca en la zona y todos sus conocimientos provenían de lo que había leído en los informes de Wade. Al igual que Wade, Macnaghten pudo haber estado un poco celoso por el rápido ascenso de Burnes: como burócrata innato, que deseaba mantener a toda costa los protocolos existentes, desaprobaba la forma en la que Burnes había logrado acceder al gobernador general y al Gobierno de Londres, ignorando los cauces habituales. También conocía a Wade desde hacía muchos años, lo apreciaba, confiaba en su juicio y aprobaba su forma más tradicional de pensar y actuar.

Es así como nació una política británica hacia Afganistán peligrosamente contradictoria y de doble rasero: con Burnes haciendo amistosas propuestas a Dost Mohammad y a los barakzais mientras otra parte de su gobierno apoyaba secretamente un levantamiento contra ellos. El paso del tiempo demostraría no solo la hipocresía de este planteamiento, sino también el desastre diplomático que supuso y que pronto estallaría afectando a todos los involucrados.



El 28 de enero de 1833, diez años después de su última tentativa y tras haber provisto a sus hombres con nuevas armas compradas en Delhi, Shah Shuja salió de Ludhiana encabezando una pequeña fuerza de la caballería rohilla. Estaba seguro de que alcanzaría en el éxito en su tercer intento de recuperar el trono de Jorasán. «Nunca dudé en afrontar los problemas y las adversidades

que se me presentaron para poder recuperar mi reino», escribió en sus memorias.

> Un cofre lleno de sufrimiento ha sido mi recompensa;
> pero la llave de ese cofre la ostenta el Todopoderoso:
>
> Siempre y cuando haya vida y un caballo, cabalga, ¡oh, Shuja!,
> nunca pierdas la esperanza de soltar las riendas a tu caballo.
>
> Si cien veces tu corazón se rompe,
> sigue adelante, ¡oh Shuja!
>
> Cabalga con la gracia y la grandeza de Dios,
> porque para Dios nada es imposible.[83]

Para dirigir y entrenar a sus tropas, Shuja contrató los servicios de William Campbell, un viejo y tenaz mercenario angloíndio. Nuevamente, su primer destino fue el centro financiero de Shikarpur, en la frontera entre el Punyab y Sind. Los británicos habían adelantado a Shuja solo una parte del dinero que necesitaba para hacer la guerra, y esta vez el sha estaba decidido a ser tan despiadado como fuera necesario para asegurarse la victoria. Mostró sus intenciones tan pronto como abandonó territorio británico al tender una emboscada a una caravana de mercaderes que se dirigía a Sind, apoderándose de sus bienes y de los camellos que los acarreaban.[84] Con dinero para repartir, sus seguidores empezaron a aumentar con rapidez.

Wade, que lo seguía a una distancia prudencial, enviaba informes optimistas sobre los progresos del sha. Shuja ya había reunido a tres mil hombres «de apariencia respetable», escribió, «así como cuatro unidades de artillería a caballo y un tesoro con 2 *lakhs* de rupias». Estaba convencido de que esta vez el sha tendría éxito y, sin mencionar nombres, continuó ridiculizando las ideas de Burnes sobre la popularidad de los barakzais. «Los europeos que han viajado en los últimos tiempos a Afganistán, por lo general, son de la opinión de que los afganos permanecen indiferentes, o bien se oponen, a la restauración de su antiguo rey», observó. «Debe tenerse en cuenta que estos viajeros han sido en todos los casos invitados y personas cercanas a la familia reinante (los barakzais), que tenía especial interés en formar en ellos una opinión favorable sobre su propia reputación».[85]

A mediados de mayo Shuja había cruzado el Indo y entrado en Shikarpur sin encontrar resistencia. Luego gravó a los banqueros de la ciudad, llenó sus arcas con el dinero de estos y comenzó a entrenar a sus tropas. Seis meses

más tarde, el 9 de enero de 1834, las tropas de Campbell repelieron el ataque de una fuerza compuesta por hombres de la tribu baluchi enviados por los emires de Sind para detener a Shuja. «Un grupo de baluchis hizo bailar sus espadas al entrar en combate», escribió Mirza ‘Ata, quien fue testigo ocular.

> Segaron con sus hojas muchas cabezas del ejército real, lanzando sus gritos de guerra hasta que fueron también abatidos. Bravo por su valentía, pero ¡qué ausencia total de estrategia! Desmontaron de sus caballos en medio de la batalla y cargaron a pie cuesta arriba, blandiendo sus espadas y gritando como demonios, solo para ser acribillados por el fuego enemigo antes de llegar a la cima. Así murieron muchos baluchis, grandes y pequeños; y la cosecha de sus vidas fue esparcida por los vientos de la no existencia […].
>
> Con el anuncio de la derrota, Shuja dio la orden de que a nadie se le permitiera cruzar el río y de que todos los barcos fueran incautados. Así, atrapados entre el fuego y el agua, el pánico se apoderó de los baluchis, y aquellos que no osaron volver para enfrentarse a su comandante prefirieron lanzarse al río: mientras se ahogaban, se vio a muchos de ellos rogando por su salvación a los barqueros y marineros, y otros se agarraban a las colas de los caballos hasta que ambos eran, finalmente, arrastrados por la corriente.[86]

Para Shuja, el éxito llamaba al éxito. Un mes más tarde, cuando finalmente puso rumbo al norte, su ejército contaba con treinta mil hombres y el ánimo del sha era excelente. «Pensando en mi gran ejército —explicó en sus memorias—, se me ocurrió la pregunta de si, alguna vez, algún otro gobernante había tenido a su disposición a semejante mar de hombres bajo sus estandartes y, en caso de haber existido, ¿quién habría podido levantarse contra él?».[87] A los emires de Sind, que estaban tratando de reunir un nuevo ejército para enfrentarse a él, les envió un mensaje desafiante que reflejaba su inquebrantable seguridad en sí mismo:

> «¡Perros execrables!», escribió. «Si Dios quiere, os daré tal lección que seréis un ejemplo para el mundo entero. La única manera de tratar a un perro rabioso es ponerle una soga al cuello. Si vais a venir a atacarnos, adelante. No os tememos. Dios proveerá. El país habrá de ser de quien logre conquistarlo».[88]

En abril Shuja marchó con sus tropas a través del paso de Bolán y, como habían acordado, Ranjit Singh se dirigió al noroeste desde Lahore: los soldados sij del Kalsa hicieron una maniobra de distracción al cruzar el Indo en Attock y tomar Peshawar. Las tropas de los barakzais, divididas entre los dos frentes, no podían ofrecer una oposición eficaz frente a ninguno de los dos ejércitos invasores. Por una vez, todo iba según lo previsto. Shuja escribió a Wade en tono victorioso, pudiendo a duras penas disimular su emoción.

Ridiculizó a los emires de Sind, «esta gente corta de miras se olvida de que me encuentro bajo la protección especial de Dios», y expresó su optimismo sobre la próxima victoria frente a los barakzais: «Contando con el favor de Dios, la victoria seguirá abriéndome sus puertas».[89]

Solo en mayo de 1834, cuando las tropas de Shuja finalmente se dirigieron hacia el oasis de Kandahar, su buena suerte comenzó a agotarse. Los barakzais habían tenido tiempo para preparar su llegada y, cuando Shuja se presentó frente a las murallas de la ciudad, habían acumulado provisiones y dispuesto las defensas de la ciudad para aguantar un largo sitio. Además, las tropas de Shuja tenían poca experiencia en la guerra de asedio, e insuficiente formación, artillería y equipamiento en lo que a escalada de murallas se refería. «Las fuerzas de asedio habían atacado la ciudad sin éxito y con importantes pérdidas», escribió Mirza ‘Ata.

> Intentaron entonces trepar las murallas durante la noche con escaleras de asalto. Transportaron las escaleras furtiva y silenciosamente en la oscuridad hasta llegar a la base de las murallas y allí esperaron a que el sueño desarmase a los vigilantes. El plan consistía en levantar las escaleras y asaltar la desprevenida ciudadela. Sin embargo, el sueño atacó primero a los sitiadores reales […]. Al amanecer, el rey, ávido de noticias sobre el ataque y al no oír alboroto en el interior de la fortaleza, hizo sonar la diana. Los sitiadores pronto se despertaron, vieron que el sol estaba saliendo y que los centinelas de las murallas estaban ya despiertos y dando la voz de alarma; pero, por miedo a su majestad, siguieron adelante con el plan y levantaron sus escaleras para consumar el asalto, pero una barrera de fuego los empujaría a la zanja de la muerte.[90]

Tras dos meses, el sitio se encontraba en punto muerto y ambos bandos se mantenían firmes en sus posiciones. Fue en ese momento cuando recibieron la noticia de que Dost Mohammad se aproximaba con veinte mil soldados barakzai procedentes de Kabul para ayudar a sus hermanastros sitiados tras las murallas. Aunque Shuja tenía una gran ventaja numérica —algunas estimaciones decían que su ejército había crecido hasta alcanzar los ochenta mil hombres—, le preocupaba que Dost Mohammad pudiese cortar el suministro de agua a sus tropas, por lo que abandonó su posición segura y atrincherada frente a las murallas de la ciudad para establecerse en una zona de huertos bien irrigada a las orillas del río Arghandab, al nordeste. Al

escuchar la noticia, Dost Mohammad cabalgó por su cuenta para investigar, adelantándose a sus tropas. «Cuando Dost se enteró de la retirada, agradeció su buena suerte y, disfrazado, se dirigió a comprobar que los rumores eran ciertos», explicó Mirza ‘Ata.

> Cabalgó hasta ver a los soldados reales descansando en la sombra, convencidos de que el ejército de Kabul se encontraba todavía a muchas millas de distancia. Dost reunió entonces a 3000 de sus mejores hombres y se precipitaron a atacar rápidamente a las dispersas tropas reales antes de que estas pudieran darse cuenta de lo que estaba sucediendo. En el fragor de la batalla, Shaikh Shah Aghasi, que por orden de Dost Mohammad se había pasado al ejército del rey unos días antes, se quitó rápidamente la máscara del engaño y gritó: «El rey ha huido, el rey ha huido». Utilizó la consiguiente confusión para atacar al ejército real desde dentro. Las tropas de Shuja quedaron estupefactas al escuchar el grito de la derrota y contemplar el saqueo de Shaikh. La cortina de humo formada por las armas y por los cañones alcanzaba el cielo; mientras, Campbell y su sección defendían firmemente su posición. Pero los jóvenes de Kabul no tenían ningún miedo […] corrieron hacia el emplazamiento de la artillería, hirieron y capturaron a Campbell y se llevaron todo. El pánico se apoderó del ejército de Shuja. Pronto todo el mundo había huido y el ejército real estaba disperso, vagando perdido entre colinas y llanuras. El sha, frente a esta derrota absoluta, no tuvo más remedio que huir.[91]

Una vez más, Shuja se vio obligado a retirarse. Entre el equipaje capturado desperdigado por los jardines de Kandahar se encontraban algunas cartas de apoyo de Wade, que probaban la complicidad británica en el fallido golpe de estado. Wade trató de justificarse asegurando que nadie podría haber previsto semejante resultado; pero ahora, más que nunca, parecía que Burnes estaba en lo cierto en lo referente a la popularidad y la eficiencia de los barakzais, y que Wade siempre había estado del lado de un eterno perdedor como Sha Shuja.

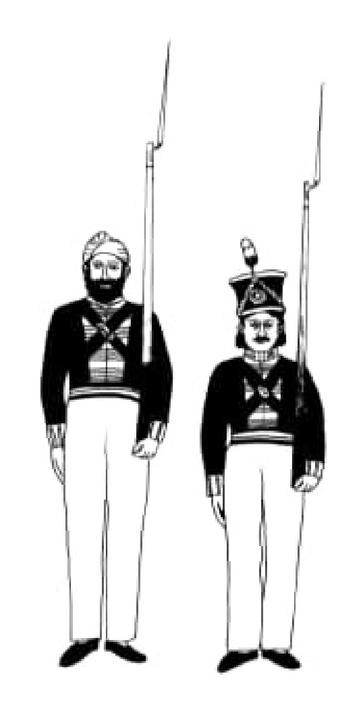
El informe secreto elaborado a petición del gobernador general para analizar el fracaso de la política en Afganistán resumió la situación con una brevedad devastadora. «Sha Shuja ha llevado a cabo diferentes tentativas fallidas de recuperar su trono», declaraba, y enumeraba las cuatro grandes derrotas de Shuja: el primer ejército sufrió una emboscada en los jardines mogoles de Nimla; el segundo se congeló en las nieves de Cachemira; el

tercero saltó por los aires en Peshawar a causa de la explosión de su propia munición; y ahora, el cuarto, ha sido sorprendido en los jardines de Kandahar. «Ha mostrado gran energía y empeño en la preparación y en la dirección de sus expediciones, además de gran fortaleza ante la derrota; pero su valentía siempre le ha fallado en los momentos cruciales, defecto al que se le atribuyen sus desgracias».[92]

Incluso Wade estaba dispuesto a admitir que su protegido parecía estar acabado. No obstante, en una conversación privada con el mercenario americano Josiah Harlan, sugirió una última opción que podría volver a poner a su amigo en pie. «Ahora no hay posibilidad de que Shuja sea restaurado en el trono», dijo, «a no ser que haya indicios tangibles de actividad diplomática rusa en Kabul».[93]

Si los rusos intervinieran directamente en Afganistán con ayuda barakzai, Shuja podría ser de nuevo indispensable para las ambiciones británicas.





Capítulo 3

Comienza el Gran Juego

Las colinas bajas y áridas del desierto que ocupan las zonas fronterizas entre Persia y Afganistán no son un buen lugar para perderse por la noche. Incluso hoy, son tierras salvajes, yermas y remotas, transitadas solamente por los halcones que planean en sus cielos, las manadas de lobos en invierno y los contrabandistas de opio que usan las antiguas rutas caravaneras. Sus siluetas se desplazan lentamente, minúsculas en la inmensidad de un paisaje abrasado por el sol. Hace doscientos años era una zona que los viajeros intentaban evitar incluso durante el día, ya que sus valles y pasos servían de refugio a bandoleros que aprovechaban las disputas territoriales de las potencias de la región para ejercer su actividad.

Era la canícula de octubre de 1837 y el fin de una larga semana para el teniente Henry Rawlinson. Llevaba tres años formando a un nuevo regimiento del ejército persa en un aislado cuartel próximo a Kermanshah, al oeste de Persia. Durante este tiempo, había quedado fascinado por las inscripciones trilingües del cercano Behistán, grabadas por orden del rey Darío y consideradas la piedra de Roseta de la antigua Persia. Cada tarde trepaba por

una pared de roca casi vertical, o incluso hacía que lo bajaran dentro de un cesto, para hacer calcos; luego volvía a su tienda y pasaba la noche intentando descifrar la escritura cuneiforme persa grabada en la pared del acantilado.[1] Sin embargo, tuvo que interrumpir sus estudios cuando fue enviado al nordeste del país para una misión urgente: tan solo seis días después de haber recibido las órdenes del Consulado británico de Teherán llevaba más de mil kilómetros recorridos a caballo. Los caravasares dispuestos en la carretera militar que iba desde Teherán hasta la ciudad santa de Mashhad, en la frontera con Afganistán, contaban por lo general con numerosos caballos mensajeros disponibles para los viajeros en misiones oficiales. Pero el sha de Persia marchaba hacia Herat para sitiar la ciudad, y era tal el volumen de mensajeros que se desplazaban entre el campamento y la corte que Rawlinson no pudo cambiar su montura durante todo el viaje.

En ese momento, tanto sus acompañantes como sus caballos estaban, según el propio Rawlinson, «exhaustos y, en la oscuridad, entre el sueño y la vigilia, desorientados». Fue entonces, al aparecer los primeros rayos de sol sobre la silueta irregular de las montañas del Kuh-e-Shah Jahan, cuando Rawlinson vio a otro grupo de jinetes cabalgando hacia ellos en la penumbra. «No anhelaba cruzarme con extraños», declaró Rawlinson más tarde, «pero al pasar a galope a su lado vi, para mi asombro, hombres vestidos de cosacos, y uno de mis asistentes reconoció entre los del grupo a un oficial de la misión rusa».[2]

Rawlinson supo de inmediato que se había topado con algo importante. No había ninguna razón que explicara por qué un grupo de cosacos armados frecuentaba estos remotos senderos del desierto rumbo a la frontera afgana, y, en aquellos momentos, un oficial de la inteligencia británica tenía muchos motivos para desconfiar de cualquier actividad rusa en esta zona fronteriza crucial. Rawlinson, que había dejado su regimiento en la India para incorporarse al nuevo cuerpo de inteligencia, había sido enviado a Persia con la misión específica de tratar de contrarrestar la creciente influencia rusa en aquellas tierras. Como parte de una calculada estrategia para que Persia volviese al redil británico, Rawlinson llevaba tres años en el país, entrenando al ejército persa y proporcionándoles gran cantidad de armamento británico.

A los pocos meses de su llegada, él y su equipo se dieron cuenta de que estaban siendo vigilados muy de cerca por los rusos. «Un oficial ruso, edecán del barón Von Rosen (el virrey ruso del Cáucaso), ha llegado hoy al campamento», informó Rawlinson en octubre de 1834. «Su general le enviaba a presentar sus respetos al emir. Por supuesto, el verdadero motivo de su

visita era averiguar nuestros vínculos con el ejército persa, el estado de sus tropas y cualquier cuestión que considerasen susceptible de afectar a los intereses de su país».[3]

La guerra fría entre Rusia y Gran Bretaña en la Persia de la década de 1830 se volvió particularmente gélida en marzo de 1833, con la llegada a Teherán del refinado conde Ivan Simonitch. Como los oficiales franceses que habían llegado a la corte de Ranjit Singh, Simonitch era un veterano napoleónico que buscaba ampliar horizontes tras Waterloo y el exilio de Napoleón. Originario de Zara —una ciudad al sur de Trieste, en la costa dálmata de la Croacia moderna—, Simonitch se unió a la *Grande Armée* justo a tiempo para la invasión de Rusia y, como tantos otros, fue capturado por las fuerzas de zar en la desastrosa retirada invernal de Moscú. Cuando fue liberado, su tierra natal había sido absorbida por el Imperio austriaco y decidió cambiar de bando y unirse al ejército ruso. Se le confirió el rango de comandante y fue destinado al Regimiento de Granaderos Georgiano, donde luchó con valentía en las guerras ruso-persas. Tras ser gravemente herido por una bayoneta durante una carga contra la guardia real persa, fue ascendido a teniente general por su valentía al haber mantenido su posición pese a sus heridas. Poco después se casó con una viuda de dieciocho años, la princesa Orbeliani, «la mujer más bella de Georgia», y se convirtió rápidamente en uno de los principales personajes de la administración rusa de Tiflis.[4] Enviado a Teherán como embajador, pronto aventajaría en su misión a su homólogo británico, sir John MacNeill, que era tan declarado rusófobo como Simonitch, tenaz antibritánico.

Desde la llegada de Rawlinson y su delegación militar, Simonitch había conseguido ganarse la confianza del sha y ser más influyente que el impasible MacNeill, el antiguo doctor del Consulado originario de las Hébridas Occidentales, que resultó no ser rival para Simonitch ni en sofisticación ni en estrategia. En 1837, Simonitch persuadió hábilmente al recién coronado monarca para utilizar sus tropas —armadas por los británicos— en otro ataque sobre la disputada ciudad de Herat, y le ofreció un señuelo de cincuenta mil tomanes de oro y la condonación de su deuda a cambio de que le permitiera que se estableciese un consulado ruso en Herat una vez se completase la conquista. Fue una brillante estratagema: estimular sus ambiciones de tal modo que estas amenazasen los intereses británicos en la India y utilizar los regimientos que habían sido formados por los británicos en contra de los propios intereses de sus entrenadores y proveedores. De este modo, Simonitch esperaba utilizar al sha como marioneta del zar; aunque, en

realidad, el nuevo monarca, Mohamed II, llevaba obsesionado desde hacía mucho con la reconquista de Herat —incluso la mencionó en su discurso de coronación— y no necesitaba ningún estímulo ruso para querer tomar la ciudad.[5]

Simonitch también prometió el apoyo ruso a un tratado de defensa mutua entre el sha y los medio hermanos barakzais de Dost Mohammad de Kandahar. Simonitch era plenamente consciente del efecto que esto tendría sobre la paranoia de los británicos. En 1841, cuatro años más tarde, recordó esta victoria en sus memorias y se jactó de haber transformado a Persia en el «fantasma» que quitaba el sueño a los miembros del Gabinete de Londres, que eran conscientes de la facilidad con la que Rusia podría encender la mecha del Indostán desde Herat. «Para que la India ardiera, Rusia solo tenía que desearlo», escribió.[6]

A MacNeill no le quedó otra alternativa que sentarse en su estudio de Teherán y escribir a toda prisa un panfleto alarmista que publicó de forma anónima bajo el título de: «The Progress and Present Position of Russia in the East». «El único país en Europa que trata de ampliar sus fronteras a expensas de sus vecinos es Rusia», declaró tajantemente. «Hasta la fecha, solo Rusia amenaza con derribar tronos, subvertir imperios y reprimir naciones independientes […]. La integridad y la independencia de Persia es necesaria para garantizar la seguridad de la India y de Europa; cualquier intento de subvertir la primera, supondrá un duro golpe para la segunda y un inequívoco acto de hostilidad hacia Inglaterra». Esta pasional diatriba ignoraba el hecho evidente de que la expansión de las posesiones británicas en la India había continuado sin interrupción a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, y que había devorado mucha más tierra y derrocado muchos más tronos que cualquier ofensiva rusa; pero el libro fue igualmente bien recibido y muy leído en Londres, y contribuyó a que Westminster se reafirmara en la certeza de que un gran enfrentamiento con Rusia en Persia y Afganistán era inminente.[7]

Sin embargo, y a pesar de la visión más cauta del zar Nicolás y sus ministros de San Petersburgo, MacNeill tenía razones para afirmar que su rival, el conde Simonitch, sí tenía otras ambiciones estratégicas, entre las cuales se encontraba su deseo de establecer una base rusa en Herat, a solo seis semanas de marcha de la frontera británica en Ludhiana. Los espías de MacNeill, del Consulado ruso de Teherán, le habían enviado unos informes algo confusos hacía poco tiempo: «historias absurdas sobre un príncipe moscovita», al frente de un ejército de diez mil hombres, y al que, decían,

aguardaban en la frontera de Irán para que acudiese en ayuda de los persas en su asedio a Herat. Las informaciones no eran claras, pero parecían indicar la posibilidad de algún movimiento ruso en Afganistán a través de Persia. Rawlinson se dio cuenta de que el oficial de pelo rubio que dirigía la tropa de cosacos con la que acababan de cruzarse «podría ser el hombre en cuestión […]. Por supuesto, esto despertó mi curiosidad. En los momentos previos al sitio de Herat, el mero hecho de ver a un caballero ruso que atravesaba Jorasán era sospechoso. En este caso, además, su deseo de pasar desapercibido era evidente […] y decidí que era mi deber tratar de resolver el misterio».[8]

Rawlinson hizo que su escolta diese media vuelta: «A cierta distancia, seguí el rastro del grupo a lo largo del camino principal, y luego descubrí que se habían bifurcado hacia un desfiladero entre las colinas. Ahí fue donde nos cruzamos con ellos, cuando se encontraban desayunando sentados al lado de un riachuelo de aguas claras y cristalinas. El oficial —que era fácil de distinguir— era un joven de físico delicado, de tez muy blanca, con los ojos brillantes y con expresión vivaz». El ruso, continuaba Rawlinson,

> se levantó y se inclinó a mi llegada, pero no dijo nada. Me dirigí a él en francés —el idioma de comunicación habitual entre los europeos en Oriente—, pero negó con la cabeza. Entonces le hablé en inglés y me respondió en ruso. Cuando probé con el farsi, pareció no entender una palabra; por último se expresó con vacilación en turcomano o turco uzbeko. Yo podía mantener una conversación muy básica en esa lengua, pero no saciar mi curiosidad con tales rudimentos. Y esto era precisamente lo que mi amigo quería, porque cuando descubrió que yo no tenía fluidez con el chagatai, prosiguió en turco lo más rápido posible. Todo lo que pude averiguar fue que era un auténtico oficial ruso y que llevaba regalos del emperador (ruso) a Mohammad Shah (el soberano persa). No quiso decir más; así que, tras fumar otra pipa con él, subí de nuevo a mi caballo.[9]

Kim, la novela sobre el Gran Juego de Rudyard Kipling, contiene una célebre escena en la que el jefe de espías del Raj, el coronel Creighton, entrena la memoria de Kim haciéndole participar en un juego que posteriormente se conocería como «el juego de Kim»: se le da al estudiante un periodo corto de tiempo para memorizar los objetos al azar depositados en una bandeja, luego se apaga la luz, se retira la bandeja y el estudiante

entonces debe escribir una lista completa de los objetos con todo lujo de detalles. Nunca sabremos si Rawlinson fue entrenado en esta técnica, pero la detallada descripción del misterioso agente que más tarde enviaría a Calcuta —«por si intentase entrar disfrazado en la India»— sugiere que sí podría haberlo sido. Escribió:

> El oficial es un joven de mediana estatura, de cuello corto, espalda cuadrada y cintura delgada. Es extremadamente pálido y sin ningún color en sus mejillas. Tiene una frente ancha, los ojos muy brillantes y bastante separados, una nariz bien formada, el labio superior fino y una boca grande, pero la barba, que le cubre la parte inferior de las mejillas y la barbilla entera, es particularmente densa, corta y tupida […]. Llevaba un gorro de cosaco redondo y blanco, un abrigo georgiano de color verde oscuro, unos estrechos cinturones que cruzaban sobre el pecho con decoraciones en plata, *furshungs* o cartuchos en su lado izquierdo —al estilo georgiano— y una espada con una vaina de acero sujeta a un cinturón negro abrochado con una sobria hebilla de plata. Llevaba un *shalwar* largo gris oscuro y unas buenas botas rusas. Tenía dos caballos grises, bonitos y grandes: a uno lo montaba y el otro los seguía […]. Cabalgaba en una sencilla silla de montar persa cubierta de tela oscura y tenía un chabrac corto de color negro. Llevaba pistoleras persas y sus pistolas parecían de fabricación turca, de ébano con incrustaciones de plata. Hablaba farsi con fluidez, pero con un seco y agudo acento extranjero y nunca pronunciaba la «a» abierta y completa, como hacen los nativos. Dominaba el turco chagatai, pero no hablaba ni el dialecto persa ni el de Constantinopla.[10]

Rawlinson llegó al campamento persa de Nishapur entrada la noche y solicitó una entrevista inmediata con el sha. Una vez en la tienda de Mohammad Shah, le habló sobre los rusos que se había encontrado en el camino y sobre la explicación que estos le habían dado acerca de sus propósitos. «¿Me traen regalos?», exclamó el sha estupefacto. «¿Cuál es el motivo? Yo no tengo nada que ver con ese hombre; el emperador (ruso) lo ha enviado directamente a Kabul para ver a Dost Mohammad y a mí, simplemente, me ha pedido que le ayude en su viaje».[11]

Rawlinson comprendió inmediatamente la importancia de lo que el sha le acababa de contar. Era la primera prueba de lo que la inteligencia británica había temido durante mucho tiempo: los rusos estaban tratando de establecerse en Afganistán mediante una alianza con Dost Mohammad y los

barakzais, y pretendían ayudar a estos y a los persas a acabar con el último bastión de la dinastía Sadozai de Shah Shuja en Herat. Rawlinson sabía que tenía que volver a Teherán lo antes posible para transmitir esta información.

Los rusos llegaron al campamento persa poco después. El oficial ruso se presentó a los soldados persas como «un musulmán de confesión suní y declaró que su nombre musulmán era Omar Beg. Nadie en el campo dudó que fuera musulmán». Sin saber que Rawlinson había descubierto el verdadero propósito de su misión, el oficial se presentó ahora como «el capitán Vitkevitch […] de repente se dirigió a mí en un francés correcto y, en alusión a nuestra anterior reunión, se limitó a indicar con una sonrisa que "nunca es buena idea mostrar demasiada confianza con extraños en el desierto"».[12]

Posteriormente, Rawlinson sería famoso por dos razones: la primera, por descifrar la escritura cuneiforme, y la segunda, por acuñar, junto con Arthur Conolly, la expresión «el Gran Juego». Pero ahora era su habilidad como jinete la que le resultaba de mayor utilidad. Era, después de todo, el hijo de un criador de caballos de carreras en Newmarket y había crecido sobre la silla de montar; además, tenía una enorme fuerza física: «con más de metro ochenta de altura, hombros anchos, extremidades fuertes y una excelente musculatura».[13]

Esa misma noche, Rawlinson tomó rumbo a Teherán, recorrió mil trescientos kilómetros de suelo persa en un tiempo récord y, el 1 de noviembre 1837, notificó a MacNeill la existencia de la delegación rusa rumbo a Afganistán. A su vez, MacNeill envió inmediatamente un correo urgente a lord Palmerston, a Londres, y otro al nuevo gobernador general de la India, lord Auckland, a Calcuta. «Los rusos han iniciado formalmente relaciones diplomáticas con Kabul», escribió. «El capitán Vicovich o Beekavitch, alias Omar Beg, un individuo ruso y musulmán suní, ha sido acreditado, según se me ha informado, para entablar contactos con el emir Dost Mohammed Khan». En su informe, MacNeill incluía la detallada descripción que Rawlinson había hecho del oficial, a la que añadió algunos detalles más que su agente había recogido en el campamento persa: «Se presentó a sí mismo como edecán del emperador, pero creo que en realidad lo era del gobernador de Oremburgo […]. Hace dos años pasó algún tiempo en Bujará trabajando de manera oficial para el Gobierno ruso. Aprendió farsi y turco chagatai en Oremburgo y Bujará».[14] Que Rawlinson se hubiera topado con Vitkevitch parecía legitimar todos los temores de su jefe, MacNeill, y de lord Ellenborough y otros políticos británicos que habían temido desde hacía mucho tiempo que los rusos quisieran apoderarse de Afganistán y utilizarlo

como base para atacar la India británica. La descripción que había hecho Rawlison de Vitkevitch fue enviada inmediatamente a los agentes de inteligencia de Peshawar, del paso Jáiber y de otros puntos de acceso a la India, por si el ruso planeaba continuar su viaje hacia la India británica o entablar negociaciones con Ranjit Singh.

Pero el misterioso oficial no se dirigía a la India. Su misión era debilitar los intereses británicos en Afganistán y establecer una alianza entre el zar y Dost Mohammad.



De entre todas las suposiciones que Rawlinson había hecho acerca del oficial, solo una o dos eran correctas. No era ni musulmán ni ruso, tampoco era edecán del gobernador del puesto fronterizo ruso de Oremburgo, y su nombre de nacimiento no era Beekavitch o Vitkevitch. En realidad, era un noble polaco católico nacido en Vilna —hoy en día capital de Lituania— con el nombre de Jan Prosper Witkiewicz.

Cuando aún estaba en el Liceo Krozach, Jan participó en la creación de una sociedad secreta llamada «los hermanos negros», un movimiento clandestino de resistencia «nacional-revolucionaria» fundado por un grupo de estudiantes polacos y lituanos que intentaba combatir la ocupación rusa de su país. En 1823, los hermanos fueron descubiertos tras haber escrito cartas antirrusas al director y a los maestros del liceo y haber fijado lemas y consignas revolucionarias en los principales edificios públicos de la ciudad. Witkiewicz y los otros cinco cabecillas fueron arrestados e interrogados. El 6 de febrero de 1824, en un intento por acabar con cualquier aspiración democrática entre los estudiantes polacos, tres de ellos fueron condenados a muerte y otros tres azotados y exiliados a la estepa de por vida. En esta época Witkiewicz acababa de celebrar su decimocuarto cumpleaños.

En el último minuto, gracias a la intervención del gran duque Pavlovitch, el regente de Polonia, la pena de muerte fue conmutada por cadena perpetua con trabajos forzados en la fortaleza de Bobruisk, donde uno de los chicos perdió la razón y murió encarcelado. Witkiewicz y otros dos fueron despojados de sus títulos y grados nobiliarios y deportados a diferentes fortalezas de la estepa kazaja como soldados rasos, sin derecho a promoción.

Se les prohibió todo contacto con sus familias durante diez años, y fueron enviados, a pie y encadenados, hacia al sur.[15]

Al poco de llegar a la estepa, Jan preparó un plan para escapar. Con uno de sus compañeros de los hermanos negros, Aloizy Peslyak, trazó una ruta hacia el sur, hacia la India, pasando por el Hindu Kush; pero su plan de escape fue descubierto y los conspiradores fueron castigados con severidad.[16] En los años siguientes, Peslyak estuvo a punto de pegarse un tiro en la cabeza, algo que sí hizo otro de sus compañeros polacos exiliados. Pero Witkiewicz se resignó a su destino y decidió sacar el mayor provecho posible a la situación. Aprendió kazajo y turco chagatai, y cambió su nombre por Ivan Viktorovitch Vitkevitch, que parecía más ruso.

Uno de sus futuros protectores escribió sobre él:

> Exiliado a una guarnición alejada frente a Oremburgo, Vitkevitch sirvió como soldado raso durante más de diez años y, aunque estuvo bajo el mando de borrachos y corruptos, consiguió conservar un alma pura y noble, además de desarrollar y educar su inteligencia; aprendió lenguas orientales y se familiarizó con la estepa hasta tal punto que se puede afirmar que, desde que se fundó el distrito de Oremburgo, nadie había conocido a los kazajos mejor que él […]. Todos los kazajos lo respetan por su corrección y por la resistencia que más de una vez había demostrado durante sus salidas a la estepa.[17]

Pronto Vitkevitch había memorizado el Corán y comenzó a invitar a los ancianos kazajos nómadas a su alojamiento, donde les ofrecía té, pilaf y cordero, y aprendía de ellos sus costumbres y modales, así como los ricos giros de su idioma. También coleccionaba libros, sobre todo de la estepa y de misiones de exploración, y fue precisamente esto lo que finalmente impulsó su carrera en las filas del ejército ruso.

El amor de Vitkevitch por la literatura pronto llamó la atención del comandante de la fortaleza de Orsk, sobre el río Ural, que le ofreció ser el tutor de sus hijos. En 1830, el comandante alojó al célebre explorador alemán Alexander von Humboldt, que se sorprendió al ver sobre una mesa de la casa de aquel su último libro de viajes por América Latina, *Tableaux de la Nature*. Cuando le preguntó cómo había llegado allí, le habló del joven polaco y de su completa colección de obras de grandes viajeros, y Humboldt quiso conocerlo. Vitkevitch fue llamado:

> El aspecto agradable del joven —a pesar de su tosco sobretodo de soldado—, su belleza, su modestia y su erudición impresionaron al gran científico. A la vuelta de su viaje siberiano a Oremburgo, informó de inmediato al gobernador, el conde Pavel Suhktelen, de la condición deplorable en la que estaba Vitkevich y le pidió que intercediera por él. El conde citó a Vitkevich en Oremburgo, donde lo ascendió al rango de suboficial y lo nombró su ordenanza, lo transfirió a los cosacos de Oremburgo y, más tarde, le encontró trabajo en las oficinas del departamento kirguís.[18]

Poco tiempo después, Vitkevitch empezó a hacer de intérprete, para luego ser enviado él solo a algunas misiones a través de la estepa kazaja. Había encontrado su camino, pero estaba pagando un precio muy elevado: se había unido a la maquinaria imperial rusa, que tanto había odiado desde joven, y servía lealmente al Estado que había arruinado su vida, lo que seguramente le producía aún un fuerte sentimiento de rencor.

Si Humboldt fue el artífice del ascenso de Vitkevitch, Alexander Burnes se convertiría en quien más hizo para favorecer su carrera, aunque fuera sin saberlo. Al volver de su expedición en Bujará, Burnes publicó *Travels into Bokhara*, merced a la que se convirtió en una celebridad de la noche a la mañana. Fue invitado a Londres para reunirse con lord Ellenborough y con el rey, era idolatrado por los anfitriones de los salones de la alta sociedad y daba conferencias muy exitosas en la Royal Geographical Society, que además le otorgó una medalla de oro. Un tiempo después, la traducción al francés de su libro, *Voyages dans le Bokhara*, se convirtió de nuevo en un superventas y Burnes viajó a París, donde recibió más premios y medallas.

Y fue precisamente esta traducción francesa la que alertó a las autoridades rusas del viaje relatado por Burnes. El objetivo de su expedición había sido espiar la actividad rusa en Afganistán y Bujará en una época —a comienzos de la década de 1830— en la que dichas regiones no despertaban ningún interés en San Petersburgo, cuyas verdaderas ambiciones se centraban en Persia y el Cáucaso. Resulta irónico que fuera la obra de Burnes la que atrajese la atención de los rusos hacia Afganistán y Bujará por primera vez, ya que pretendían evitar intrigas británicas tan cerca de la frontera rusa. Como sucede a menudo con los asuntos internacionales, paranoias belicistas basadas en amenazas lejanas pueden terminar por crear el enemigo más temido. Según el general Ivanin, jefe de Estado Mayor de V. A. Perovsky —gobernador de la guarnición de frontera de la estepa rusa en Oremburgo—, en San Petersburgo estaban tan frustrados por la mediocridad de las informaciones que llegaban

de Asia Central como lo habían estado en Londres anteriormente. «Toda la información obtenida por Rusia era exigua y oscura, suministrada por asiáticos que, por ignorancia o por timidez, no eran capaces de proporcionar datos realmente útiles», escribió, reflejando los mismos prejuicios que sus rivales británicos.

> Teníamos informaciones fiables sobre la presencia constante de agentes de la Compañía de las Indias Orientales en Jiva o Bujará; también nos dábamos cuenta de que esta dinámica empresa contaba con enormes medios a su disposición y de que no solo trataba de establecer su influencia comercial en toda Asia, sino que también pretendía extender los límites de sus posesiones asiáticas […]. En consecuencia se enviaron espías rusos a Asia Central, en 1835, con el fin de vigilar a los agentes ingleses y de contrarrestar su actividad. Con el fin de seguir de cerca la marcha de los acontecimientos en Asia Central, el subteniente Vitkevitch fue enviado allí en calidad de agente […].[19]

Vitkevitch fue enviado en dos ocasiones a Bujará. La primera vez viajó de incógnito con dos comerciantes kirguises e hizo el trayecto, a través de gruesas capas de nieve y sobre el congelado río Oxus, en tan solo diecisiete días. Estuvo allí un mes, pero encontró una ciudad mucho menos romántica que «la casa de las maravillas orientales» descrita por Burnes. «Debo indicar que los relatos publicados por Burnes sobre su viaje a Bujará contrastan de manera curiosa con todo lo que yo he tenido la posibilidad de observar», escribió a Oremburgo. «Él lo ve todo envuelto en un halo de encanto, mientras que lo que yo pude contemplar me pareció simplemente repugnante, feo, patético o ridículo. O bien Burnes deliberadamente exageró y adornó los atractivos de Bujará, o estaba muy predispuesto en su favor».[20] A pesar del desagrado que le causaba el lugar, Vitkevitch consiguió realizar una serie de esbozos de planos de la ciudad mientras mantenía su anonimato. «Nadie, y menos aún los fanáticos habitantes de Bujará, habrían podido darse cuenta de que este hombre, que vestía y hablaba como un kazajo y que había asimilado sus costumbres y modales a la perfección, era europeo y cristiano», escribió uno de sus admiradores. «Además, sus magníficos ojos oscuros, su barba y su pelo corto le hacían parecer asiático y musulmán».[21]

En su segunda visita, en enero de 1836, Vitkevitch se presentó sin ambages como un oficial con la misión de solicitar la liberación de varios comerciantes rusos que habían sido detenidos por el emir de Bujará. Él mismo

nos relata que, al llegar a la ciudad caravanera, de inmediato lo abordaron y preguntaron: «¿Conoces a Iskander? Pensé que se referían a Alejandro Magno, pero en realidad hablaban de Alexander Burnes». Este pronto indicio de la influencia británica no desalentó en absoluto a Vitkevitch, que, sin mayor dilación, intentó revertir la situación; en solo un par de semanas destapó la red de inteligencia que Burnes había establecido para enviar informaciones a la India: «Los británicos tienen un hombre en Bujará», Vitkevitch informó en seguida a San Petersburgo.

> Es un cachemiro llamado Nizamuddin, vive en Bujará desde hace cuatro años y se hace pasar por comerciante […]. Es un hombre muy inteligente, se lleva bien con todo el mundo y recibe a los nobles locales; a través de mensajeros secretos, y al menos una vez a la semana, envía cartas a Kabul dirigidas a Masson, un inglés que, a su vez, se las manda a sus superiores. Lo más curioso es que Dost Mohammed es consciente de las actividades de Masson; el kan incluso ha interceptado algunas de sus cartas, pero deja hacer al espía ya que aduce que un solo hombre no puede hacerle daño alguno. Pudiera ser que Dost Mohammed no quiera manifestar su descontento por respeto a los europeos en general y, por tanto, también tolera a Masson, un hombre que reside en Kabul con el pretexto de recabar monedas antiguas.

Nizamuddin tiene un pariente en Bujará, añadió Vitkevitch,

> que hace todo el papeleo por él. Se alojan en lugares de gran lujo para los estándares locales, en el caravasar del *koosh begee* (el chambelán), donde reciben a la nobleza; Nizamuddin viste ropa elegante y posee una extraña belleza; su compañero es muy astuto, aunque indecoroso, y se comporta como si fuera un subordinado, aunque resulta evidente que es él el que dirige todos los asuntos. Reciben dinero de banqueros indios. Desde que supo de mi llegada a la ciudad, Nizamuddin ha intentado trabar contacto conmigo y, cuando nos conocimos, me hizo muchas preguntas: sobre Novo-Alexandrovsk, la nueva línea, nuestras relaciones con Jiva, etc. Como ya me habían advertido, evité darle ninguna respuesta concreta. Aun así, al día siguiente envió una carta a Kabul.[22]

A Vitkevitch se le presentó una ocasión extraordinaria durante su segundo viaje a Bujará. Por casualidad, su visita coincidió con la de Mirza Hussein Ali, un emisario afgano que había sido enviado por Dost Mohammad Khan a una misión ante el zar Nicolás. Después de derrotar a Shah Shuja a las afueras de Kandahar en 1834, Dost Mohammad había descubierto algunas cartas de Wade animando a los jefes afganos a apoyar la restauración de la monarquía sadozai con Shuja al frente. La ayuda secreta de los británicos al sha había sido un duro golpe para Dost Mohammad, que hasta entonces había creído tener una excelente relación con el gobernador general. Como respuesta, decidió recurrir a Rusia para asegurarse un apoyo diplomático en el caso de una nueva intromisión inglesa en Afganistán. «La independencia de Afganistán se encuentra amenazada por la expansión británica», escribió al zar. «Dicha expansión también representa una amenaza para el comercio ruso en Asia Central y en los países vecinos, situados más al sur. La derrota de Afganistán en su solitaria lucha frente a Gran Bretaña significaría el fin del comercio de Rusia con Bujará».[23]

Vitkevitch y Mirza Hussein Ali coincidieron en el mismo caravasar de Bujará y, aprovechando esta oportunidad, Vitkevitch se ofreció a escoltar personalmente al embajador, primero a Oremburgo y luego a San Petersburgo. «Dost Mohammed Khan, el gobernante de Kabulistán, está buscando el apoyo de Rusia», informó con entusiasmo, «y está dispuesto a hacer cualquier cosa que le pidamos para obtenerlo».

Primero, sin embargo, Vitkevitch tuvo que luchar para poder abandonar Bujará, ya que el emir, de improviso, colocó centinelas alrededor de su residencia, le confiscó los camellos y le prohibió salir de la ciudad. «Cogí mis pistolas», escribió más tarde,

> y las enganché en el cinturón, me puse un abrigo sobre los hombros, me encasqueté el gorro de piel para los viajes y corrí al encuentro del *koosh begee*. En cuanto llegué me di cuenta de que estaban hablando de mí y de mi partida, aunque no puede escuchar bien la conversación. Entré directamente a la habitación […] (y dije:) «Se lo voy a repetir por última vez: no permaneceré aquí de ninguna de las maneras, y cualquiera que se atreva a postergar mi salida o siquiera a preguntarme sobre mi destino —como ya le he dicho a usted y a otro centenar de personas que no han cesado ni un momento de molestarme con el mismo tema—, cualquiera que se interponga en mi camino obtendrá la siguiente respuesta». En ese momento abrí la solapa de mi abrigo y mostré las pistolas. El *koosh begee* se quedó tan asombrado que no

supo qué decir. Le pedí que me hiciera un salvoconducto con su sello personal, así nadie se atrevería a detenerme, pero se negó y exclamó: «¡vete!». Le dije adiós y me fui, no sin antes repetir, una vez más, que cualquiera que se interpusiera en mi camino, aunque fuera de palabra, recibiría una bala como respuesta. El *koosh begee* no fue capaz de mantener por completo su engaño y exclamó: «Eso ya lo veremos». Pero parecía satisfecho de verme partir.[24]



Durante los meses siguientes, Vitkevitch y Hussein Ali atravesaron lentamente la estepa hasta Oremburgo, para luego recorrer Rusia y llegar a San Petersburgo. La disentería atacó duramente a Hussein Ali durante el camino, pero Vitkevitch cuidó de él, le dio ánimos y aprovechó los períodos de forzado descanso para aprender dari de su compañero, con muy buenos resultados. Al fin, llegaron a la capital en marzo de 1837. Hacía catorce años que Vitkevitch había abandonado Europa, encadenado y como prisionero. Esta vez, cuando llegó a la ciudad recibió las felicitaciones del zar Nicolás en persona, que lo ascendió al grado de teniente, y fue conducido sin más dilación a la oficina del conde Nesselrode, el vicecanciller y ministro de Asuntos Exteriores ruso.

Las noticias sobre la misión de Mirza Hussein Ali fueron recibidas con enorme entusiasmo por todos los oficiales implicados en el incipiente Gran Juego. El conde Simonitch había redactado un documento, desde el Consulado de Teherán, en el que instaba a no desaprovechar esta oportunidad: la influencia británica en Persia era cada vez menor, escribió. Ahora tenían la posibilidad de incluir a Afganistán en una triple alianza con Rusia, Persia y «Kabulistán»; de esta manera, el área de influencia rusa se extendería desde Kabul hasta Tabriz. Con los rusos como señores de Afganistán, los británicos estarían contra las cuerdas, luchando por mantener su posición en el Indo, y no tendrían ninguna posibilidad de crear más problemas en el área natural de influencia rusa en Asia Central. Además, la influencia política rusa en Kabul abriría los mercados de Afganistán a los productos rusos.[25]

El gobernador de Oremburgo estaba de acuerdo. Escribió:

> Es absolutamente necesario apoyar al líder de Kabul (Dost Mohammad Khan). Si Shuja, la marioneta de los ingleses, se convierte en el gobernante de Afganistán, el país quedará bajo influencia británica y los británicos, a solo un paso de Bujará. Asia Central estaría entonces bajo influencia británica, nuestro comercio en Asia cesaría y los británicos podrían armar a los países asiáticos vecinos con medios, tropas y dinero contra Rusia. Por el contrario, si Dost Mohammad fuera capaz de mantener el trono con el apoyo ruso, sin lugar a dudas, y como muestra de gratitud, seguiría siendo un buen amigo de Rusia y un enemigo de los ingleses; cortará sus comunicaciones con Asia Central y construirá una barrera en torno a su preciado poderío comercial.[26]

El gobernador también insistió en que se le encargara al propio Vitkevitch la tarea de escoltar al embajador afgano de vuelta a su país, ya que este era «un hombre eficiente e inteligente, que desempeña a la perfección su trabajo, pragmático por naturaleza, más propenso a actuar que a escribir o a hablar y que conoce la estepa y a sus habitantes mejor que nadie vivo o muerto».[27]

A su llegada a San Petersburgo, la carta de Dost Mohammad fue examinada con detenimiento y esta resultó cumplir con todas las expectativas que había generado. Dost Mohammad aseguraba que los británicos estaban a punto de conquistar toda la India y que él era el único capaz de detener su avance, sin embargo, solo podría conseguirlo si los rusos le suministraban armas y dinero del mismo modo que hacían con los persas: «Esperamos que la magnanimidad y la generosidad sin precedentes que llovieron sobre la corte persa fluyan también sobre el gobierno afgano y nuestra dinastía, que, bajo el auspicio de vuestra grandeza imperial, sin duda recuperará su momento previo de esplendor».[28]

Así fue como Nesselrode aconsejó al zar que enviara a Afganistán lo que describiría como una misión comercial y diplomática: «No importa lo lejos que estén de nosotros los países mencionados (Afganistán e India)», escribió, «ni lo limitado que sea nuestro conocimiento sobre ellos, pero es innegable que cualquier ampliación de nuestras relaciones comerciales es rentable».[29] El único problema era que Mirza Hussein Ali no terminaba de recuperarse de su enfermedad. Así, después de muchas reuniones, a la postre se decidió que Vitkevitch partiera sin el embajador, demasiado enfermo para embarcarse en un viaje hacia el sur sin, al menos, haber disfrutado de un mes de repaso.

El 14 de mayo de 1837 Vitkevitch recibió una serie de instrucciones escritas sobre cómo establecer las relaciones comerciales con Dost Mohammad. Según una fuente rusa, también recibió un conjunto de

instrucciones secretas vía oral y en función de las cuales debía comprar el pleno apoyo de Dost Mohammad con una ayuda financiera de dos millones de rublos, para ser usados contra los sijs de Ranjit Singh, y la promesa de suministros militares para que los afganos pudieran reconquistar Peshawar, su capital de invierno, que habían perdido tras la fallida expedición de Shah Shuja en 1834.[30] Además, Vitkevitch intentaría convencer a los hermanastros barakzais de Dost Mohammad, que se encontraban en Kandahar, para que apoyaran esta nueva alianza y unieran fuerzas en torno a su hermano de Kabul. Le dirían que era de suma importancia «lograr la paz entre los gobernantes afganos […] y hacerles ver las enormes ventajas que supondría una relación estrecha y amistosa entre ellos, no solo en su propio beneficio, sino también en el de sus dominios, que podrían así defenderse de manera más efectiva frente a los enemigos externos y a las dificultades internas». Al mismo tiempo, Vitkevitch debía tomar notas detalladas para, a su regreso, escribir un informe completo sobre «el estado actual de Afganistán, de su comercio, sus finanzas y su ejército, y sobre la actitud de los gobernantes afganos hacia los británicos».[31]

En función de dicho plan, Vitkevitch había de atravesar el Cáucaso en compañía del capitán Ivan Blaramberg, que acababa de ser nombrado asistente de Simonitch en la delegación rusa de Teherán.[32] Tras una parada en Tiflis, se disfrazaron y prosiguieron hacia Teherán con el mayor secreto y discreción posibles. «Una vez en Teherán», Vitkevitch debía «informar al conde Simonitch y ponerse a sus órdenes. Él decidirá si enviarlo a Afganistán o cancelar su misión en caso de que la considere incompatible con la situación política en Persia o inviable por cualquier otro motivo. También él será quien tome decisiones acerca de los preparativos del viaje del embajador afgano Hussein Ali».[33] «No es necesario recordarle», escribió el conde Nesselrode al final de sus instrucciones, «que todo lo mencionado anteriormente debe ser estrictamente confidencial, y que nadie, excepto nuestro enviado en Persia —el conde Simonitch— y el barón Von Rosen, debe saber de la existencia de estas instrucciones. En previsión de que alguna desgracia le pudiera suceder, y para que nada desvele el plan de su misión, es necesario que entregue todos los documentos al conde Simonitch antes de dirigirse a Afganistán». Nesselrode advirtió de que era esencial que los británicos no supieran nada de este plan, y avisó a Vitkevitch, de manera implícita, de que podría ser repudiado por San Petersburgo si los británicos lo descubrían.

Las notas tomadas por Vitkevitch durante su viaje hacia el sur fueron quemadas justo antes de su misteriosa muerte, pero las memorias del capitán

Blaramberg sobrevivieron. «Tras dos meses en San Petersburgo y tras haber recibido instrucciones», escribió, «me disponía a abandonar la ciudad, pero primero fui a conocer a mi compañero de viaje, el teniente Vitkevich. Resultó ser un agradable joven polaco de veintiocho años, con rostro expresivo, bien educado y enérgico […] todas las cualidades necesarias para desempeñar en Asia el mismo papel que jugaba Alexander Burnes».[34]

Ambos viajaron hacia el sur en un carruaje cargado de regalos y sobornos para los oficiales persas y afganos y, a su llegada a Tiflis, conocieron al barón Von Rosen, el comandante en jefe, y visitaron a la condesa Simonitch, «que se convirtió en una huésped habitual; sus hijas eran encantadoras, muy parecidas a su extraordinaria madre».

Tras dejar Tiflis, cuanto más al sur llegaban, más idílico se hacía el paisaje. Los dos viajeros dormían bajo las estrellas y pasaban las noches en los campamentos de los nómadas. «El 11 de julio cruzamos la frontera de la provincia de Ereván, y el calor sofocante nos obligó a detenernos en una mezquita en ruinas», escribió Blaramberg.

> Fue aquí desde donde vimos por primera vez el magnífico monte Ararat: sus dos picos cubiertos de nieve resplandeciente se elevaban al sur, sobre la llanura. El día 13 superamos la última cresta montañosa y descendimos al valle del Aras. Era un día hermoso, no había ni una sola nube en el cielo. Nos instalamos a la sombra de un pequeño bosque, cerca de un arroyo que borboteaba, a admirar el magnífico Ararat que se elevaba ante nosotros. Nuestro sirviente armenio hizo un delicioso pilaf y nosotros, de buen humor, nos bebimos una botella de madeira.[35]

El carácter inestable de Vitkevitch se ensombreció al cruzar la frontera persa. «Durante nuestro viaje a través de Persia Vitkevitch solía sumirse en estados melancólicos», recordaba Blaramberg, «y decía que ya estaba harto de la vida». El ánimo de Vitkevitch revivió solo cuando el grupo alcanzó Teherán.

Allí, Simonitch informó a Vitkevitch de dos noticias que le entusiasmaron. La primera, que resultó ser falsa, era que la misión de Mirza Hussein Ali ya había levantado sospechas entre los servicios británicos, que, según Simonitch, habían seguido a los dos viajeros desde que salieron de Kabul. Simonitch le advirtió de que, como resultado, podría ser el blanco de «intrigas y provocaciones por parte de los agentes británicos». Nada de esto era cierto —los ingleses permanecían por completo ajenos a la misión afgana

del zar—, pero con el fin de salvaguardar la misión, la embajada asignó a Vitkevitch una escolta cosaca que debía protegerlo en su viaje a Nishapur y al campamento del sha en Herat. Fue precisamente esta escolta la que finalmente alertó a la inteligencia británica —encarnada por Rawlinson— sobre la existencia de la misión de Vitkevitch.

La segunda noticia era aún más del agrado de Vitkevitch: los espías de Simonitch en Afganistán le habían informado de que Vitkevitch no estaría solo en Kabul; su homólogo británico, Alexander Burnes, se encaminaba, en su segunda misión en Asia Central, en la misma dirección. Al igual que Vitkevitch, su principal cometido era ganarse a Dost Mohammad Khan. El hombre al que Vitkevitch había seguido de cerca y que, en cierta medida, había sido su modelo, se dirigía al mismo destino que él y a cumplir con la misma tarea que a él también le había sido encomendada.

De hecho, los dos hombres tenían mucho en común. Eran casi de la misma edad; ambos procedían de provincias lejanas dentro de sus respectivos imperios y ninguno tenía grandes conexiones con la élite gobernante; además, tras haber llegado a Asia con unos pocos meses de diferencia el uno del otro, los dos habían hecho carrera por méritos propios y gracias a su atrevimiento y, en especial, a su don de lenguas. Ahora, los dos se encontrarían cara a cara en la corte de Kabul, y el resultado de la contienda determinaría en gran medida el futuro inmediato no solo de Afganistán sino también de Asia Central. El Gran Juego había comenzado.



Cuando Alexander Burnes llegó a Peshawar en octubre de 1837, no le gustaron los cambios que había sufrido la ciudad desde su última visita.

En los tres años transcurridos desde que conquistara Peshawar —en el mismo momento del ataque de Shah Shuja a Kandahar en 1834—, Ranjit Singh había trasladado a la mitad de su ejército a la ciudad, convirtiendo así la antigua capital de invierno durrani en un enorme cuartel punyabí. Durante este proceso, el Kalsa sij había destruido muchos de los lugares más bellos de Peshawar. Se había construido un fuerte monumental de ladrillos sobre los delicados jardines de recreo y pabellones de Bala Hisar, donde Shah Shuja había recibido a la embajada de Elphinstone en 1809. Otra nueva fortaleza plagada de artillería acababa de ser erigida en Jamrud, en la entrada del

Jáiber. Burnes señaló que Paolo Avitabile, uno de los antiguos oficiales napoleónicos de Ranjit Singh, era en aquel momento el gobernador de Peshawar «y que los sijs habían cambiado todo: habían convertido muchos de los hermosos jardines de la ciudad en acantonamientos; habían cortado los árboles; y el barrio entero era ahora un gran campamento militar. Las costumbres mahometanas se habían desvanecido, a todas horas y en todos los lugares se oían el alboroto del baile y la música».[36]

Burnes también indicó que, a pesar del enorme ejército de ocupación acuartelado en el valle de Peshawar, a los sijs les había resultado muy difícil gobernar a los rebeldes pastunes que habitaban la región; habían sido tantos los levantamientos tribales, los asesinatos y las insurrecciones en la ciudad y en sus alrededores que la ocupación de Peshawar se había convertido en una importante pérdida de recursos para los sijs. Burnes creía que esto era una buena noticia para su misión, ya que solo podía contribuir a que Ranjit Singh estuviera más dispuesto a llegar a un acuerdo con Dost Mohammad sobre el futuro de la ciudad y, con suerte, permitir que Burnes reconciliara a los dos rivales y consiguiera que ambos entraran en una alianza con los británicos.

La decisión de enviar de nuevo a Burnes a Kabul había sido responsabilidad del nuevo gobernador general, lord Auckland, que se había alarmado al leer los informes de MacNeill sobre la creciente actividad de los rusos en Persia y sus supuestas ambiciones en Herat y el resto de Afganistán. Auckland acababa de llegar a Calcuta y sabía muy poco sobre la región, pero había conocido a Burnes en una fiesta en Bowood dos años antes, durante la exitosa gira de presentación de su libro, y estaba convencido de que se encontraba en buenas manos. Entonces, Burnes fue enviado por segunda vez Indo arriba, ahora con instrucciones precisas de hacer un estudio aún más completo del río, delimitando con boyas y levantando señales para la navegación. A continuación, debía dirigirse a Kabul y obtener información sobre «los lazos, recién creados, entre los gobernantes de los principados afganos y Persia», sobre la actitud de la población afgana hacia Rusia, sobre la actividad rusa en la región y sobre «las medidas que habían adoptado para promover su comercio en Asia Central»; eran órdenes muy similares a las que Vitkevitch había recibido de Nesselrode.[37]

William Macnaghten, el secretario político de Auckland, obsesionado con el protocolo, ordenó que, dada la dudosa legitimidad de los gobernantes barakzais de Kabul —que, según Calcuta, habían usurpado el trono del verdadero monarca de Afganistán, Shah Shuja—, la misión de Burnes debía estar sometida a una «economía estricta» y que debía viajar con mucha menos

pompa y muchos menos regalos que la de Elphinstone: de hecho, Burnes llevaba una sola pistola y un telescopio por toda ofrenda a Dost Mohammad. Con el recuerdo de la opulencia de los regalos llevados a Shah Shuja por la embajada anterior aún presente entre los afganos, tales condiciones no auspiciaban nada bueno para la misión de Burnes. Tampoco lo era la noticia del estallido de una batalla campal entre sijs y afganos al mismo tiempo que Burnes se dirigía hacia la nueva frontera del Jáiber, que separaba a los dos contendientes.

La batalla de Jamrud del 30 de abril de 1837 constituye el punto álgido de tres años de hostilidad creciente entre los afganos y los sijs, que había comenzado tras la ocupación de Peshawar por Ranjit Singh. Tan pronto como Dost Mohammad consiguió rechazar la invasión de Shah Shuja en 1834, pasó a centrarse en tratar de liberar la capital de invierno afgana del control sij. En febrero de 1835, bien fuera por devoción religiosa, por estrategia política, o por una mezcla de ambas, consiguió que los ulemas (el clero) de Kabul le adjudicaran el título islámico de *amir al-muminin*, «el príncipe de los creyentes»: el clérigo más importante de Kabul, Mir Waiz, lo había llevado a la mezquita Id Gah, a las afueras de la ciudad, y había colocado brotes de cebada en su turbante, rememorando la ceremonia en la cual un santo sufí consagró al abuelo de Shah Shuja, Ahmad Shah Abdali, en junio de 1747.[at1] Como relata el *Siraj al-Tawarikh* [Historias de luz],

> Tras haber convocado a todos los hombres de la región para que fueran a Kabul, Dost Mohammad declaró una yihad (guerra santa) y anunció su intención de recuperar el Punyab, Peshawar y las otras regiones.
>
> Los eruditos religiosos que llamaban a la yihad, por ser esta una obligación con Dios, y que consideraban los asesinatos por religión como catalizadores a una era mejor y camino a la vida eterna, se reunieron satisfechos y declararon: «La proclamación de la yihad depende de la existencia de un emir y del establecimiento de un emirato. Los que no acaten sus órdenes o prohibiciones estarán desobedeciendo el mandato de Dios o del Profeta. Para el resto, es absolutamente esencial que se le rinda obediencia y que los que desobedezcan sean castigados». Merced a esta declaración […] Dost Mohammad comenzó a sentar las bases de su emirato. En poco tiempo puso todo en orden, ascendió al trono, acuñó moneda e hizo que el *khutbah* (sermón del viernes) se leyera en su nombre.

En sus monedas se inscribió lo siguiente:

> Amir Dost Mohammad decidió hacer la yihad
> y acuñar monedas; que Dios le conceda la victoria.

Después de su entronización, el emir Dost Mohammad decidió emprender la yihad. Salió de Kabul hacia Peshawar con un ejército de sesenta mil hombres compuesto por caballería e infantería real así como por fuerzas tribales irregulares.[38]

La declaración de la yihad contra los sijs justificaba la toma de poder de Dost Mohammad. Nunca se había atrevido a reclamar el título sadozai de sha y, hasta este momento, su única legitimidad residía en su poder efectivo y en su reputación como hombre justo. Ahora, sin embargo, podía justificar su gobierno apelando a la suprema autoridad coránica y al cumplimiento de su deber, como buen musulmán, de librar una guerra santa contra los infieles, y así — en teoría— inauguraría una edad de oro islámica de pureza y piedad que duraría milenios. Al mismo tiempo, Dost Mohammad utilizó su liderazgo de la yihad para reivindicarlo también sobre todo el pueblo afgano, y escribió al gobernador general: «Estas gentes son las tribus de mi nación y tengo la obligación y el deber de protegerlas y de respaldarlas […]. Reflexione y tome en consideración si los afganos pueden tolerar que se les insulte y se les oprima sin ofrecer resistencia. Mientras que me quede un hálito de vida, no me separaré jamás de mi nación, ni mi nación se separará de mí».[39]

Ese mismo mes, Dost Mohammad hizo un primer intento fallido de tomar Peshawar acompañado de una horda heterogénea de muyahidines: «salvajes de las montañas más remotas», según Josiah Harlan, «muchos de ellos verdaderos gigantes por su tamaño y fuerza, armados indistintamente con espada y escudo, con arcos y flechas, mosquetes, rifles, lanzas y trabucos, todos dispuestos a matar, saquear y destruir a los infieles ignorantes del Punyab, en nombre de Dios y del Profeta». En el campo de batalla, esta muchedumbre no fue rival para las tropas magníficamente adiestradas y disciplinadas del Kalsa, y la masacre de los ciudadanos musulmanes de Peshawar perpetrada por los enojados sijs fue el único resultado que obtuvieron. Pero esta incursión también permitió que Dost Mohammed se anexionara con cierto sigilo las provincias afganas de Wardak y Gazni, que separaban Kabul del Jáiber y la frontera sij; en los once años que habían pasado desde que tomó el control de la región de Kabul, Dost Mohammed había conseguido quintuplicar sus ingresos y se había convertido, sin lugar a dudas, en el gobernante más poderoso del país.

A finales de febrero de 1837, el emir reanudó las hostilidades con los sijs. «Vuestra ocupación de Jamrud, que se encuentra en la frontera del valle del Jáiber y pertenece a sus habitantes, mis súbditos, les ha enfurecido y, por supuesto, harán lo que puedan para ponerle fin», escribió a Hari Singh,

general de Ranjit Singh y líder de las fuerzas sij en Peshawar. «Mi hijo Mohammad Akbar Khan también hará todo lo que esté en su mano para ayudarlos […]. Si usted ejerciera su influencia sobre el maharajá para que este me devuelva Peshawar, no dejaré de enviarle caballos y otro tipo de obsequios manufacturados en mi país. En el caso de que cumpliera con este objetivo, estoy dispuesto a concederle aquello que usted me pida. De lo contrario, ya sabe mi respuesta».**[40]**

Los sijs ignoraron la advertencia. El 30 de abril, dos meses más tarde y poco después de que Ranjit Singh enviara a Lahore a su fuerza de élite europea —los Fauch—e-Khas— para que fueran los guardias de honor en una boda real, veinte mil caballeros afganos descendieron al Jáiber y rodearon a Hari Singh cerca de las murallas del nuevo fuerte de Jamrud. Según el *Siraj al-Tawarikh* [Historias de luz]: «En el furor de la batalla, Akbar Khan se encontró con Hari Singh. Sin haberse reconocido, ambos intercambiaron golpes y, después de muchas estocadas y bloqueos, Akbar Khan venció, tiró al suelo a Hari Singh y lo mató. Con su comandante muerto y el ejército del islam rodeándolos como una inundación, los sijs abandonaron el campo de batalla. Los *sardars* les persiguieron hasta el fuerte de Jamrud, donde se atrincheraron».**[41]** Los Fauch-e-Khas volvieron rápidamente y, quince días después, expulsaron a los sitiadores afganos; pero este acontecimiento aumentó enormemente el prestigio de Dost Mohammad y, al ser la primera gran victoria de su hijo, demostró que Akbar Khan había heredado su talento militar. A partir de entonces, Dost Mohammad se fue transformando en el mejor comandante afgano conocido hasta la fecha.

Cuando Burnes tuvo conocimiento de la batalla, había remontado ya la mitad del Indo. En principio no sabía si las hostilidades iban a bloquear su ruta hacia Afganistán y, por tanto, si tendría que cancelar su misión. De cualquier modo, esta contienda ponía a los británicos en la difícil coyuntura de intentar mantener sus alianzas con los dos bandos enfrentados. Pero cuando Burnes llegó a Peshawar y se percató de las enormes dificultades que estaban teniendo los sijs en la provincia, donde les resultaba «imposible mantener el orden en el país», se convenció de que, al ser la ocupación tan problemática y costosa para los sijs, esto le dejaba un amplio margen de maniobra para negociar una solución. En una carta a John MacNeill, que estaba en Teherán, sopesaba la posibilidad de un acuerdo por el cual Peshawar permanecería bajo el control nominal de Ranjit Singh hasta su muerte, para después volver a manos de los afganos.**[42]**

El 30 de agosto, al atravesar la tierra de nadie que separaba las potencias en guerra, Burnes se dirigió hacia el paso Jáiber con la esperanza de que su misión pudiera lograr algún tipo de mutuo acuerdo entre sijs y afganos. «Partimos de Peshawar», escribió más tarde,

> y fuimos en el carruaje del señor Avitabile hasta Jamrud, escenario de la última batalla entre sijs y afganos […]. La situación no era agradable. La delegación que debía escoltarnos por el paso Jáiber no había llegado aún; y aunque ya habían transcurrido algunos meses desde la batalla, los efluvios de los cadáveres de hombres y caballos eran repulsivos. Algunos camelleros que habían salido de allí el día de nuestra llegada, escoltados por unos cuantos soldados, habían sido atacados por los afridi, una tribu de las montañas: se les echaron encima, ahuyentaron a sus camellos, decapitaron a dos de ellos y trasladaron sus cuerpos mutilados al campamento […] (A mitad de la ascensión del Jáiber) nos mostraron muchos pequeños montículos a los lados del camino; estos marcaban los lugares donde habían enterrado las cabezas de los sijs decapitados después de la última victoria: en algunos de estos montículos se podían ver aún algunos mechones de cabello.

A medida que pasaban del territorio de una tribu al de otra, la embajada, «que se veía obligada a detenerse en cada cruce de carreteras o desfiladero que marcaba las diferentes subdivisiones entre las tribus», entró con cautela en el área controlada por Dost Mohammad. Unos días más tarde, tras dejar atrás los plátanos orientales y cipreses del gran jardín mogol de Shah Jahan, en Nimla —el sitio donde tuvo lugar la primera victoria de Dost Mohammad sobre Shah Shuja en 1809—, Burnes fue recibido por dos hombres que jugarían un papel fundamental en su vida.

El primero que llegó a su campamento, montado a caballo, fue el desertor británico Charles Masson, reconvertido en espía y arqueólogo. Burnes declaró en sus informes el placer que suponía para él reunirse con Masson, un hombre que había tenía cierto renombre en la India gracias a su trabajo arqueológico pionero en los yacimientos griego-bactrianos y budista-kusanos de Kabul y Jalalabad; Burnes describió a Masson en su diario como «el conocido ilustrador de antigüedades bactrianas» y lo elogió por «sus grandes logros literarios, por haber residido tanto tiempo en este país y por sus exhaustivos conocimientos sobre su historia y sus gentes».[43] Pero Masson, que conocía bien Afganistán desde hacía muchos años y que era uno de los confidentes de Dost Mohammad, estaba mucho menos entusiasmado con el célebre visitante,

al que consideraba ambicioso y petulante. Como a muchos otros, a Masson le molestaba la fama de viajero que Burnes se había granjeado gracias a su único viaje a Bujará y, además, tenía grandes dudas sobre sus conocimientos geográficos y sus habilidades diplomáticas. «Debo confesar que no confiaba un ápice en que la misión se llevara a término», escribió *a posteriori*, «tanto por sus formas como por su idea de que "a los afganos había que tratarlos como niños"».**[44]** Sin embargo, había un asunto en el que ambos estaban de acuerdo: la ocupación de Peshawar estaba causando un desastre financiero a los sijs, «era infructuosa y una fuente constante de temor e inquietud para Ranjit Singh», y se presentaba ahora la oportunidad de resolver el conflicto por medio de una alianza, que reuniera a sijs, a afganos y a la Compañía misma, que podría frenar las aspiraciones rusas y persas. «La cuestión afgana podía solucionarse», concluyó Masson, «y la solución estaba en nuestras manos».**[45]**

El segundo hombre en llegar al campamento de Burnes era un personaje de mucho más empaque y llegó esa misma noche a lomos de un elefante y precedido por un «magnífico grupo de caballeros afganos». Se trataba del cuarto hijo de Dost Mohammad, Mohammad Akbar Khan, cuyo camino a la fama había comenzado tan solo dos meses antes, cuando mató a Hari Singh. Akbar Khan era un joven fuerte, de cuerpo robusto y perfil aguileño. Heredó de su padre la valentía, el encanto, la crueldad y el sentido táctico; más tarde, todas estas cualidades lo convirtieron en una célebre figura de las canciones y poesías épicas afganas, en las que se le representaba como el Aquiles, el Roldán o el rey Arturo de la épica dari:**[46]**

Cuando Akbar el Valiente, maestro de la espada
conquistó y derrotó a las fuerzas enemigas

Cuando luchó contra los fieros ejércitos del Punyab,
no era más que un muchacho, aunque poseía el valor de un Sohrab

Poderoso y valiente, se convirtió en una leyenda
y fue tan famoso en su tierra como el poderoso Rostam**[at2]**

Cuando llegó a ser un hombre
era alto y elegante como un ciprés joven

No había ciencia que no dominase
ni arte en el que no sobresaliera

Su radiante semblante brillaba con luz divina
Digno de la corona y del trono

Todo el mundo quedaba fascinado por su rostro,
todos los ojos se volvían hacia él.[47]

De hecho, era tal el atractivo de Akbar Khan que parece haber sido una especie de icono sexual en el Kabul de 1830. Maulana Hamid Kashmiri, autor del *Akbarnama* [Libro de Akbar] —el primer poema épico escrito en su honor —, dedica varias páginas a la descripción detallada de los placeres en el lecho conyugal en la noche de bodas con su hermosa esposa, la hija de Mohammad Shah Ghilzai: «Esta hurí del paraíso, resplandeciente como el sol, eclipsaba a la luna y las estrellas».

El deseo inflamaba a ambas partes,
la pasión se encendía cuando se buscaban

Desecharon sus rostros el velo de pudor
liberaron su cuerpo del velo de las vestiduras

Se aferraron el uno al otro
como el perfume a la rosa y el color al tulipán

Yacieron juntos en inmenso placer y deleite
cuerpo contra cuerpo, mejilla contra mejilla, labio con labio

A veces sus dedos tocaban la luna y las Pléyades
A veces sus manos se apresuraban hacia el almizcle de la conquista

Su deseo aumentaba con la dulzura de los besos de ella
Ambos redoblaron sus esfuerzos en la búsqueda de la dádiva

Resplandeciente, una joya sobre la otra, él depositó la semilla
Una única perla dispersó todos los rubíes de Badajshán.[48]

Sin embargo, además de atractivo, Akbar era también un hombre complejo e inteligente, emocionalmente más inestable que Dost Mohammad, pero más sensible a los placeres estéticos. Él y Masson se conocían muy bien; de hecho, el propio Masson había estado bajo la protección de Akbar Khan, que mostró más interés que ningún otro afgano en las esculturas budistas de apariencia helena de Gandhara, excavadas por Masson en los monasterios de época kusán en torno a Jalalabad. «Estaba cautivado por dos cabezas femeninas», escribió Masson en sus memorias,

> y lamentaba que la belleza idealizada representada en las esculturas no fuera real. A partir de ese momento, cierta familiaridad se instauró entre nosotros, y el joven *sardar* me mandaba llamar con frecuencia. Me convertí en su invitado habitual a la hora del té, y se dirigió a muchos de los *maliks* y jefes tribales para ordenarles que me proporcionaran asistencia en caso de necesitarla para cualquiera de mis investigaciones […]. Me sentí tan complacido como sorprendido por la buena predisposición del joven *sardar* así como por el interés mostrado por la naturaleza y el objeto de mis estudios. Además, se ocupó de recalcar en sus círculos más cercanos el hecho de que no me trataba de un caza tesoros, sino que mi único propósito era el avance científico, que me proporcionaría un merecido reconocimiento de vuelta a mi país natal; y observó que, mientras que los durranis honraban al soldado, los europeos rinden pleitesía al hombre de *illam*, al hombre de ciencia.[49]

Godfrey Vigne, otro viajero europeo, describió a Akbar como el más progresista, curioso e inteligente de todos los nobles afganos. Akbar interrogó a fondo a Vigne acerca del sabor de la carne de cerdo, prohibida para el buen musulmán, y era «tan tolerante que incluso, en varias ocasiones, ordenó a su sirviente que me ofreciera agua de su propia copa», todo esto en un momento en el que la mayoría de los afganos se negaban a comer o a beber junto a un cristiano.[50]

Al día siguiente, Akbar Khan llevó a Burnes a Kabul a lomos de un elefante. «Fuimos recibidos con gran pompa y esplendor», escribió Burnes. «Tuve el honor de ir en el elefante que él mismo conducía, y nos llevó a la corte de su padre, que me dispensó un recibimiento más que cordial. A la misión se le asignó como lugar de residencia un amplio jardín situado cerca del palacio, dentro del Bala Hisar de Kabul».[51]

A la mañana siguiente Burnes fue recibido por toda la corte del emir Dost Mohammad, su viejo amigo. Como ya sucedió en su anterior visita, el carisma de Burnes pronto encandiló al emir. A pesar de que Dost Mohammad acusó a los británicos de hipocresía por la ayuda prestada a Shah Shuja, y por haber guardado en secreto el plan de Ranjit Singh para tomar Peshawar, decidió no dejar que esto interfiriera en su amistad con Burnes. Además, consideraba que la apertura de relaciones diplomáticas con Gran Bretaña era su mejor baza para vencer a los sijs. En poco tiempo la relación entre ambos volvió a ser la de antes y Burnes volvió a sentir tanta admiración por su anfitrión como la que le había suscitado en 1831. «El poder, por lo general, corrompe al hombre», escribió, «pero en el caso de Dost Mohammad, ni el aumento de

este, ni su nuevo título de emir, parecen haberle perjudicado. Al contrario, incluso parece estar más despierto y rebosante de inteligencia que cuando lo vi por última vez». Cuando, al fin, llevaron a Burnes a la sala de audiencias y este presentó formalmente sus credenciales y los regalos, un poco decepcionantes, Dost Mohammad los recibió con educación. «Le informé de que había traído conmigo, como presentes para su alteza, algunas de las rarezas europeas: él respondió con presteza que la rareza que más le agradaba era nuestra propia presencia».[52]

Más tarde, Burnes analizó con agudeza este encuentro:

> Dost Mohammad posee un entendimiento muy ágil, percibe sin esfuerzo el carácter de las personas y no se deja engañar con facilidad. Escucha con paciencia y serenidad a todos los que se lamentan, cualidades aún más valiosas que su equidad y justicia […]. Si sus guerras de religión y su gobierno son el resultado de un verdadero sentimiento religioso o de la ambición es una cuestión que queda por resolver […]. La tendencia innata (de los afganos) hacia la fragmentación política permanece inalterable; y sea quien sea el que ascienda al trono, un sadozai o un barakzai, su permanencia en él solo estará garantizada si no se infringen los derechos de las tribus y las leyes que permiten su autogobierno.[53]

La fascinación mutua entre Burnes y Dost Mohammad parece pues ser una posibilidad más o menos probada, pero, incluso ya en esta época, muchas fuentes afganas constatan que no todos los cortesanos, nobles y jefes tribales veían con buenos ojos la amistad, cada vez mayor, de su emir con el *firangi* (extranjero) infiel. Los más ortodoxos estaban especialmente preocupados por dicha alianza y se preguntaban cómo podría conciliarse ésta con la intención firme del emir de declarar la guerra a los enemigos del islam.

En las fuentes afganas, Burnes es siempre representado como un embustero astuto y encantador, un maestro del *zarang*, de la adulación y la traición: una interesante inversión de los estereotipos británicos sobre el oriental taimado. Mirza ‘Ata, en el *Naway Ma’arek* [El canto de las batallas], habla del recorrido por el Indo que Burnes había realizado

> con el fin de recopilar información sobre la situación en Sind y Jorasán, empresa que llevó a cabo con éxito gracias a su inteligencia casi platónica. Burnes se dio cuenta de que los estados de la región se asentaban sobre cimientos muy inestables y de que solo necesitarían una ráfaga de viento para derrumbarse. En una ocasión, cuando una multitud se agolpó para contemplar a los extranjeros, Burnes salió de su tienda y, bromeando, dijo: «¡Vengan a ver mi cola y mis cuernos!». Todo el mundo rio y alguien le respondió: «¡Tu cola llega hasta Inglaterra y tus cuernos aparecerán en Jorasán!».[54]

Esta imagen fue desarrollada más adelante por Maulana Kashmiri en su *Akbarnama* [Libro de Akbar] de 1844. En este poema, Burnes, el enemigo acérrimo de Akbar Khan, es la demoniaca y carismática encarnación del cristianismo de las Cruzadas, desleal y traicionero:

> Uno de los señores *firangi* de alta talla
> de nombre Burnes, pero llamado Sikandar
>
> Reunió todo lo necesario para comerciar
> y partió con aspecto de mercader
>
> Cuando llegó, de forma apresurada, a la ciudad de Kabul
> buscó amistad entre los hombres más ilustres
>
> Con muchos regalos y un amplio despliegue de favores
> se ganó un lugar en cada corazón, todos quedaron hechizados
>
> El emir, con su bondad y encanto natural,
> lo trató como al más importante de sus invitados
>
> Lo elevó por encima de todos los demás
> y lo colmó de distinciones
>
> Pero Burnes había envenenado la miel
> solicitó grandes cantidades de oro y plata a Londres
>
> Con mentiras y magia negra cavó un foso
> muchos fueron agarrados por el cuello y arrojados a él

Cuando Burnes consiguió atarlos «con cadenas de oro», los kanes «le juraron lealtad». Al final, alguien advirtió al emir:

> ¡Oh, glorioso comandante, asesino de leones!

Este Burnes, que siembra la sublevación, es tu enemigo
Por fuera parece un hombre, pero por dentro es el mismo diablo

Cuidado con este enemigo malévolo
¿No recuerdas el consejo de Sadi (el poeta)?

Es mejor mantener a los extraños a distancia
Puesto que un enemigo es más fuerte cuando está disfrazado de amigo

Has estado alimentando a este enemigo día y noche
Apártate de él antes de que te traicione.[55]

Según varias fuentes afganas, Mohammad Shah, el sha kayar de Irán, también escribió a Dost Mohammad para advertirle sobre los planes maquiavélicos de Burnes. Esta carta es mencionada en el *Siraj al-Tawarikh* [Historias de luz], donde se dice que: «Todavía no se había dicho una sola palabra acerca de establecer una amistad o mantener relaciones cordiales cuando, a través de un emisario al cual se le concedió audiencia, llegó una carta de Mohammad Shah. El sha de Irán describía el doble juego de Alexander Burnes y declaraba que, debido a esta duplicidad, la paz no sería posible hasta que su fraude fuera revelado».[56] Pero es Maulana Hamid Kashmiri quien da el relato más completo sobre esta supuesta intervención del sha:

Un día, el malvado, arrogante y ebrio estaba sentado,
como de costumbre, en un lugar privilegiado de la corte

El bendecido emir, el de la buena fortuna
le entregó en mano una carta ilustrada

Y le dijo: «Léela en voz alta y sin pausa»
Burnes abrió la carta y empezó a leer

Después de las declaraciones de afecto del sha,
la carta advertía: «He oído, oh gran gobernante,

que el diablo malévolo de Burnes
ha llegado y que se sienta en tu corte día y noche.

Le has tratado como a un hijo, con cientos de gestos de cariño,
y se ha convertido en el más estimado de tus invitados.

No tiene rival entre los *firangis*,
ya sea por su malevolencia y descaro como por sus mentiras y perfidia.

Su mano oculta está detrás de muchas muertes
las flechas de su arco han herido muchos corazones

¿Por qué le estás colmando de oro cuando deberías derramar su sangre?
Debes conocer y temer su capacidad para general conflictos

Es incluso capaz de instigar a los muertos a la rebelión
Los *firangis* pueden llegar a perturbar la paz del cementerio

No existe el honor ni la lealtad entre los hombres de *Firang*
Sus ídolos son el fraude y el engaño

Escucha mis palabras y tómatelas en serio
Escucha mi consejo y estate alerta, estate alerta»

Maulana Kashmiri también insinuó que a Burnes le gustaba pervertir, no solo a los hombres de Kabul, sino también a sus mujeres. Él mismo, en una estrofa, hace que Burnes le diga al rey de *Firang*:

«En belleza, las gentes de Kabul
son las verdaderas huríes y *ghilman*[at3] del paraíso.
Las mujeres de esta tierra
son de una belleza tan exquisita
que una sola podría matar a cien *firangis*
con el poder de sus nalgas».[57]

Parece que este hecho no era simplemente fruto de la fértil imaginación de Maulana: Masson también había observado, con cierta inquietud, que Burnes mostraba mucho más interés en las mujeres de Kabul de lo que era recomendable, sobre todo para un diplomático acreditado. Masson escribió que el emir estaba al tanto de las «fiestas» de Burnes con «las exquisitas huríes de Kabul», como las denominaba Maulana Kashmiri, y que quizá «se alegraba de que las intrigas del enviado británico fueran de otra índole y no de naturaleza política». Masson documenta que tales eran los apetitos de Burnes que este no tardó mucho en recibir la visita de Mirza Sami Khan, el ministro de Dost Mohammad. Este propuso a Burnes que debía «seguir el ejemplo de mi ilustre superior y llenar mi casa de damiselas de ojos negros. Yo le comenté que mi casa no era lo suficientemente grande y que, de todos modos, ¿de dónde vendrían las damiselas? Él me respondió que yo podría elegir las que más me complacieran, que él mismo se encargaría de que las tuviera. Le

dije que su bondad no tenía parangón, pero que pensaba que era mejor continuar con mis viejas costumbres de manera más discreta».[58]

Esta no era la única inquietud de Masson: el comportamiento de Burnes no solo carecía «del decoro (con el cual) debería gestionarse una misión británica», también estaba preocupado por sus habilidades diplomáticas y temía que su manera de actuar con el emir fuera excesivamente «complaciente y servil», que sus adulaciones, puesto que «siempre comenzaba sus intervenciones con un *garib nawaz*, "vuestro humilde peticionario"», fueran exageradas.[59] Además, a Masson le preocupaba que Burnes estuviera dando demasiadas esperanzas al emir acerca de la mediación británica para la recuperación de Peshawar, cuando todavía estaba lejos de confirmarse que Ranjit Singh estuviera dispuesto a tal cosa, ni que Calcuta fuera a presionarlo en este sentido o, para empezar, ni siquiera si el joven embajador tenía la autoridad de llevar a cabo dichas negociaciones.

Sin embargo, tan solo diez días después de su llegada a Kabul, Burnes, de buen humor y lleno de optimismo acerca de su misión, decidió hacer una excursión al campo afgano. «Un amplio panorama de jardines se extendía durante cincuenta o sesenta kilómetros y terminaba en el Hindu Kush, blanco por la nieve», escribió desde la llanura de Shomali, al día siguiente, feliz y emocionado por encontrarse de nuevo en el paisaje que tanto amaba. «Todas las vertientes sur de las colinas tenían un viñedo».

Pero aún más gratificante que el paisaje, o que la posibilidad de pasar una semana de descanso en Istalif —el lugar de vacaciones favorito del emperador mogol Babur—, era su firme convicción de que una alianza antirrusa estaba garantizada. «Dost Mohammad Khan está completamente de acuerdo con nosotros», escribió a su cuñado desde Istalif al día siguiente.

> En vista de la situación, creo que nos encontramos en los albores de negociar con el rey Ranjit para que este se retire de la base de Peshawar, que será entregada a un barakzai —en cuanto tributario de Lahore— y que el jefe de Kabul envíe a su hijo a pedirle perdón. ¡Oh! ¡Quién lo iba a decir después de todo lo que se ha hablado (especialmente Wade y Macnaghten) acerca de las extravagantes pretensiones que, supuestamente, iba a exigir Dost Mohammad Khan! Estoy convencido de que Ranjit aceptará el trato. He accedido a ser el mediador entre ambas partes, en nombre del Gobierno, y Dost Mohammad ha roto por completo las relaciones con Persia, se ha negado a recibir a los embajadores del sha que se encuentran ahora en Kandahar y Rusia.[60]

Burnes desconocía que, mientras escribía estas líneas, a varios cientos de kilómetros al sur, su misión estaba siendo saboteada, por lo que su intento de reconciliación de los dos bandos enfrentados iba a resultarle casi imposible. Tampoco sospechaba que el nuevo gobernador general, lord Auckland, el mismo que había enviado su embajada, sería, finalmente, el responsable de hundirla.



Al mismo tiempo que Burnes escribía con tono triunfalista desde Istalif y que Vitkevitch y sus cosacos cruzaban la frontera afgana al sur de Herat, un cordón de caballería en uniforme rojo ceremonial se alineaba entre las puertas del palacio del gobernador en Calcuta y las aguas revueltas que chocaban contra los *ghats*[at4] del Hugli.

Lord Auckland iba a abandonar Calcuta para realizar su primer viaje fuera de Bengala. Su itinerario imperial había sido planificado para permitirle inspeccionar las llanuras del Indostán golpeadas por la hambruna, desde el reino de Awadh hasta las provincias del noroeste, controladas por los británicos. Viajaría primero en un *flat* —una embarcación virreinal remolcada por un barco de vapor— y, desde Benarés, proseguiría por tierra, en carruaje, palanquín o a lomos de un elefante, a través del Punyab y hasta la recién establecida estación de montaña de Simla.

George Eden —lord Auckland— era un noble británico *whig*, astuto y competente, aunque algo vanidoso y distante. De complexión débil, tenía un rostro delgado y juvenil, sus labios eran finos y sus dedos largos y elegantes. Este soltero empedernido de cincuenta y un años —aunque aparentaba diez menos— no se esforzaba en disimular lo mucho que le aburrían los funcionarios burgueses y los serviles rajás indios con los que se veía obligado a tratar. Demasiado reservado para hacer carrera política en Inglaterra y, al ser un pésimo orador, aceptó el cargo de gobernador general por ser este el mejor trabajo administrativo a su disposición, a pesar de que tenía un conocimiento muy pobre sobre la historia de la India y de su civilización, y de que, tras su llegada, tampoco había hecho el menor esfuerzo para informarse al respecto.

La confianza que depositaba en el personal a su servicio lo había hecho popular en el Almirantazgo, su puesto anterior, pero resultó desastrosa cuando se trasladó a la India. Aquí, encargado de gobernar un mundo que desconocía

por completo, muy pronto cayó en las manos de un grupo de consejeros brillantes, pero inexpertos y rusófobos, de línea dura y dirigidos por William Macnaghten —el hombre que había apoyado de manera encubierta la expedición de Shah Shuja en 1834— y por sus dos secretarios privados, Henry Torrens y John Colvin. Como dijo Thoby Prinsep, uno de los miembros de su consejo: «Auckland era un buen hombre de negocios, asiduo lector de todo tipo de papeles y muy meticuloso y correcto antes de aprobar o promulgar cualquier proyecto; sin embargo, carecía de determinación a la hora de tomar decisiones y tenía pavor a la responsabilidad, por lo que sus instrucciones no solían estar a la altura y sus agentes, por lo general, tenían que resolver ellos mismos qué hacer ante cualquier dificultad». Prinsep añadió: «Se decía que había delegado demasiado en John Colvin, su secretario privado, y que, en ocasiones, cuando el gobernador general convocaba a los miembros de su consejo a una consulta privada, era él mismo el que tomaba la iniciativa de la discusión mientras su señoría permanecía sentada y escuchaba con las manos entrelazadas en la base de la nuca; al haber adquirido tales responsabilidades, Colvin se ganó el apodo de lord Colvin entre los funcionarios más jóvenes».[61]

En su apacible viaje «por el corazón del país», Auckland iba acompañado de dos de sus hermanas, Emily y Fanny Eden, unas solteras mordaces pero adorables, de su presuntuoso y quisquilloso secretario político, Macnaghten, y de varios funcionarios virreinales con sus hijos y esposas, entre ellas Frances, la mujer de Macnaghten, famosa por sus exigencias y sus dotes de mando, junto a su séquito, compuesto por un gato persa, un periquito rosado y cinco ayas.

El día de su salida amaneció claro y fresco y Thomas Babington Macaulay, amigo de Macnaghten, se levantó temprano para ir a despedirlos. Emily Eden anotó en su diario —que más tarde se convertirá en uno de los relatos de viaje más famosos de la época— que el personal formó una «preciosa procesión […], dos filas de soldados que llegaban desde la puerta de la residencia del gobernador hasta el río».[62] Fue esa misma noche cuando Emily se apercibió de la sorprendente extensión de la comitiva del gobernador general: «Bajamos de nuestros elefantes para ver pasar la avanzadilla del campamento», escribió en una carta dirigida a su otra hermana, que se encontraba en Inglaterra. «El cielo era de un color rojo oriental, la playa del río, extensa y las aguas, estaban salpicadas de chalanas. A lo largo de la orilla había tiendas de campaña, baúles y los fuegos en los que cocinaban los nativos, mientras que en los barcos esperaban ochocientos cincuenta

camellos, ciento cuarenta elefantes, varios cientos de caballos, la guardia imperial, el regimiento que nos escolta y los sirvientes. En total éramos unos doce mil».[63]

Las dimensiones del séquito de gobernador general evidenciaban la peculiar posición de Auckland. Como dijo su sobrino y secretario militar, el capitán William Osborne: «De todas las situaciones en las que puede encontrarse un hombre, la de ser gobernador general de la India británica es quizá la más brillante, pero también la más anómala. Durante el corto periodo que dura su administración, un caballero inglés al servicio de una sociedad anónima privada (es decir, la Compañía de las Indias Orientales) se convierte, por delegación, en el soberano del imperio más poderoso del mundo, en el gobernante de cien millones de hombres. Nunca ha existido un puesto semejante a este […]».[64]

Sin embargo, a pesar de la espectacular procesión de sirvientes, de la belleza del Ganges y de los verdes campos bengalíes regados por el monzón, los miembros de la comitiva no se sentían demasiado alegres. Emily nunca había querido trasladarse a la India y, desde el momento en el que abandonó Inglaterra, había sentido «una desesperación incontrolable». Desde el día en el que su barco había dejado la bahía de Bengala para entrar a las calmadas aguas del Hugli, detestó su nuevo hogar; se sentía enferma. «Pensaba que a estas alturas ya estaríamos de vuelta a casa con la fortuna que hubiéramos amasado», escribía, irritada incluso antes de llegar a Calcuta, «pero bueno […] al final, a fuerza de mucha paciencia y poco viento, hemos llegado […]. Estamos rodeados de barcas tripuladas por negros que, por alguna extraña razón, parecen haber olvidado ponerse algo de ropa».[65] Más tarde, quedó horrorizada por el estricto protocolo imperante en la residencia del gobernador, así como por el gran número de sirvientes que la seguían a todos lados, y escribía a casa hablando de «la completa perplejidad en la que vivo […] (es como) formar parte de una representación teatral constante […]».[66]

Fanny, por su parte, ya estaba harta de los Macnaghten. En su diario describió al secretario político de su hermano como un pedante con anteojos, fastidioso incluso para los estándares de la administración británica en la India. Cuando Auckland pidió que la embarcación se detuviera en Buxar para poder echar un vistazo al campo de batalla en el que los británicos habían derrotado por vez primera a los mogoles, Macnaghten, según relata Emily, se puso «como loco […] daba saltos enfurecido sobre la cubierta», indignado por la ruptura del protocolo del gobernador.[67] «El señor Torrens y el señor Macnaghten casi se desmayaron en la cubierta cuando, tras el improvisado

espectáculo, George saltó a tierra», añadía Fanny, en consonancia con su hermana. Al día siguiente, en Ghazipur, los Eden «volvimos a escandalizar al señor Macnaghten al saltar de nuevo a tierra sin ningún ayudante de campo o distintivo que indicara que George era el gobernador general. Cuando llegamos al campamento prometemos hacer propósito de enmienda y comportarnos mejor, aunque, en vista de la situación, me parece que no haremos más que navegar envueltos en una nube de plumas de pavo real, bastones de plata y sombrillas doradas».[68] Emily admitía que, a pesar de su rimbombancia, Macnaghten tenía fama de ser un buen asesor; le denominaba: «*nuestro* lord Palmerston, un hombre seco y sensato, que lleva unos enormes anteojos azules […]. Habla el farsi mejor que el inglés y el árabe mejor que el farsi, pero para su día a día prefiere el sánscrito».[69]

Por su parte, la señora Macnaghten se mantenía ocupada tratando de evitar que su gato persa se comiera a su periquito —había un aya dedicada en exclusiva a proteger y alimentar al pájaro— mientras se angustiaba por la posibilidad de que algún asaltante atacara el barco durante la noche: «El año anterior habían entrado en la tienda de la señora Macnaghten y le robaron toda la ropa, por lo que Macnaghten tuvo que envolverla en una manta y e ir con ella a Benarés a renovar su armario».[70]

Fanny encontraba a los Macnaghten especialmente insufribles cuando tenían que asistir, en ocasiones, a los *durbars* protocolarios a orillas del Ganges:

> La única parte entretenida de estas recepciones es la extrema seriedad y el énfasis con los que Macnaghten traduce cada palabra que se pronuncia, sin mover ni un solo músculo de su rostro impasible. «Él dice, mi señor, que vuestra señoría es su padre y su madre, su tío y su tía, su día y su noche, que no tiene otro pilar en el que apoyarse más que en el vuestro». Emplea la misma solemnidad empalagosa en todas las ceremonias que oficia. Nunca vi a un hombre más preparado para este trabajo.

Más tarde, durante una visita a una *rani* (reina) anciana, «Macnaghten, de la manera más solemne, tradujo la siguiente respuesta: “La *rani*, mi señor, asegura que le resulta por completo imposible expresar con palabras la inconcebible felicidad que le embarga al saber que su señoría ha entrado en su morada […]. Se siente como una langosta en presencia de un elefante […]”. La señora Macnaghten, que en realidad no entiende mucho esta lengua, actúa

como intérprete (para Fanny y para mí). Querida, ¡esta mujer va a acabar conmigo!».[71]

Lord Auckland, sus hermanas y sus invitados sufrieron, desde el principio, un enervante e imperial hastío que nacía del desprecio paternalista —aunque también, en parte, divertido— que sentían hacia la distante colonia que se veían obligados a atravesar. El segundo día de viaje, Emily observó que sus invitados «tan aburridos como nosotros, se fueron a la cama a las ocho». Y con respecto a su hermano: «George se muere de aburrimiento», escribió a la semana de emprender el viaje, «está amarillo de la repugnancia que le produce todo».[72] «Avanzábamos mucho más despacio de lo esperado», afirmaba Fanny, «y George, separado de sus papeles y archivadores, así como de “los miembros de su consejo”, se siente como destituido de su cargo de gobernador general, lo que le provoca una constante impaciencia […]. Vivir en una tienda lo está volviendo loco y todas las mañanas me reprocha que la vista no sea más agradable».[73] Lo único que animaba a las hermanas era la perspectiva de las posibles recepciones que las esperaban río arriba: «nos ha llegado una invitación para un baile de parte del brigadier Richards […]. Quiero imaginar que este será el primero de los muchos bailes a los que iremos asistiendo antes de llegar al Himalaya […]. Creo que George debería aprender los pasos del *minuet de la cour*. Emily y yo podríamos turnarnos para bailar con el brigadier del puesto […]». Mientras tanto, surgieron algunos problemas con los víveres: «Esta noche el general Casement y el señor Macnaghten han subido a bordo. Creemos que la gelatina de manzana que tomaron en el desayuno no estaba en buenas condiciones»; el señor Macnaghten hizo una misteriosa alusión al respecto, pero el general Casement lo cortó de raíz al instante.[74]



En medio de tales preocupaciones, lord Auckland se vio obligado a concentrar su atención en los asuntos afganos.

Afganistán era un país que Auckland no conocía y que tampoco le interesaba en absoluto, aún menos si cabe que la India, y desde el principio mostró una fuerte antipatía hacia su gobernante más poderoso, Dost Mohammad Khan. Dost Mohammad, por el contrario, trató por todos los medios de obtener el favor del nuevo gobernador general. Tan pronto como se

enteró de la llegada de Auckland, le envió una carta en la que le escribía: «El campo de mis esperanzas, helado por las frías ráfagas de viento invernal, se ha convertido en la envidia del jardín del paraíso gracias a la felicidad resultante de la llegada de su señoría […]. Espero que su señoría nos considere tanto a mí como a mi país como enteramente a su disposición».[75] Luego le pidió que intercediera en su favor ante Ranjit Singh y que usara su influencia para ayudarle a recuperar Peshawar y así conseguir la paz en la región.

Lord Auckland fue pronto persuadido por Macnaghten para rechazar cualquier tipo de pacto con el emir. «Una alianza ostensible con Dost Mohammad solo daría como frutos la ofensa y los celos de las otras potencias», escribió Auckland en un memorando al poco de recibir la carta del emir.[76] No hubo respuesta durante varios meses y, cuando la envió, esta fue amable pero nada alentadora. Dijo que se sentía muy satisfecho de que Dost Mohammad deseara mantener buenas relaciones con la Compañía, pero que lamentaba no poder intervenir en la disputa entre él y Ranjit Singh y que albergaba la esperanza sincera de que ambos encontraran la manera de resolver sus diferencias. También añadió que deseaba que «Afganistán fuera una nación próspera y unida» y que pudiera beneficiarse de «un mercado más amplio». Y, para concluir, empleó unas palabras que sus acciones pronto negarían: «Amigo mío, es sabido que el Gobierno británico no interfiere en los asuntos de otras naciones independientes y, de hecho, no se me ocurre nada que se pueda hacer para favorecer vuestros intereses».[77]

La causa del *impasse* residía en las diferencias políticas y en las envidias entre los distintos departamentos. Toda la información que recibía Auckland sobre Afganistán procedía de Macnaghten y Wade y ninguno de los dos había visitado jamás el país. Las noticias enviadas por Burnes desde Kabul —que valoraban de una forma más ajustada a la realidad los equilibrios de poder en el país— solo le llegaban al gobernador general tras haber sido doblemente filtradas y distorsionadas, por los resúmenes de Macnaghten y por los comentarios condescendientes de Wade; ambos solían desautorizar todo lo que Burnes sugería. «El poder de Dost Mohammad es en verdad muy débil», escribió Wade en una carta adjunta a uno de los primeros despachos que Burnes envió desde Kabul, en el que alababa la fuerza y la estabilidad del gobierno del emir. «Algunos levantamientos populares le han resultado difíciles de sofocar […]. Mis propias fuentes me informan sobre la escasa popularidad de la autoridad del emir entre sus súbditos […]. La mayoría de sus soldados están insatisfechos y son insubordinados y, aunque están bien

provistos de armas, en general no poseen las cualidades necesarias para ser un buen soldado».[78]

De este modo, Wade y Macnaghten siguieron asegurándole a lord Auckland que Burnes tenía una idea sobre Dost Mohammad equivocada por completo: insistieron en que el emir era un usurpador impopular e ilegítimo y que su poder pendía de un hilo. Al contrario de lo que indicaba Burnes en sus despachos, sostenían que Dost Mohammad era, de hecho, el menos poderoso de los múltiples gobernantes de Afganistán, con menor influencia que sus hermanastros de Kandahar o que «el más respetable de los gobernantes», Kamran Shah Sadozai de Herat, el primo inepto de Shah Shuja. En realidad, nada de esto era verdad y mucho menos en estos momentos: Dost Mohammad había establecido su soberanía desde el Hindu Kush hasta el Jáiber y había conseguido que sus hermanastros de Kandahar aceptaran su liderazgo tras haberlos salvado del asedio de Shah Shuja; además, había sido nombrado emir y líder de la yihad afgana. Burnes estaba en lo cierto: Dost Mohammad era el poder dominante de Afganistán y podría convertirse en un poderoso aliado probritánico al norte del territorio de la Compañía, pero solo si Calcuta cambiaba de rumbo y se decidía a aceptarlo.

Burnes se encontraba sobre el terreno y en mejor posición que cualquier otro oficial británico para sopesar la fuerza real de los diferentes poderes; sin embargo, a Macnaghten nunca le había gustado el joven y ambicioso escocés, a quien consideraba ingenuo e inexperto y del que pensaba que había sido ascendido demasiado deprisa y sin méritos suficientes. Por lo tanto, alentó a Auckland a confiar en el veterano jefe de espías de Ludhiana. «Cuando hay una divergencia de opiniones entre ellos —escribió Macnaghten a Auckland —, tiendo a estar de acuerdo con el capitán Wade, cuyos argumentos y conclusiones se sustentan en hechos constatados, en tanto que los del capitán Burnes suelen apoyarse en la opinión de los demás o en la impresión que le han causado circunstancias que ha observado en persona, pero que pueden no ser tan extraordinarias como para justificar las deducciones que él infiere».[79]

Mientras tanto, Wade seguía animando a Auckland para que incorporara a Shah Shuja de nuevo en el juego. «Sería menos perjudicial, tanto para el pueblo como para el mantenimiento y el buen estado de nuestras relaciones con otras potencias, facilitar la restauración de Shah Shuja que obligar a los afganos a someterse a la soberanía del emir», aconsejó. «Tras el último encuentro con los sijs, las disputas entre las facciones de Kabul se han caldeado tanto que si el sha apareciera en el país, según me han informado, podría convertirse en señor de Kabul y Kandahar en dos meses».[80]

Además de estas tergiversaciones, ni Wade ni Macnaghten habían informado a lord Auckland sobre el hecho de que la ocupación de Peshawar por Ranjit Singh era reciente, ni tampoco de la relevancia de la ciudad para los afganos, que todavía la consideraban su segunda capital. Como resultado, Auckland, equivocado, seguía creyendo que la ciudad estaba en poder de los sijs y que Dost Mohammad estaba siendo irracional y agresivo en su afán de recuperarla. Por esta razón, continuó disuadiendo a Burnes para que este desbloqueara de alguna manera el *statu quo*.

Auckland también empezó a aceptar la opinión de Wade de que, por el bien de los sijs —y, por tanto, de los británicos—, era preferible que Afganistán permaneciera fragmentado antes que ayudar a Dost Mohammad a consolidar su gobierno y aceptarlo como aliado. «La existencia de un estado mahometano muy poderoso en nuestras fronteras podría convertirse en una fuente constante de inquietud o incluso de serio peligro», dijo a Londres. «Por el contrario, una miríada de jefes, que se reparten el poder y que, por su posición y circunstancias, están dispuestos a buscar nuestra amistad, son mucho más seguros y deseables como vecinos». A pesar de las evidencias, lord Auckland no pensaba que Herat estuviera bajo peligro persa y tampoco que los barakzais estuvieran dispuestos a aliarse con el sha de Persia. «Los afganos nunca han mostrado simpatía por el gobierno persa y, si sus territorios están seguros, nunca entablarán una relación estrecha con él», escribió.**[81]** La lectura de la situación era del todo errónea: al menospreciar el poder de Dost Mohammad, Auckland y sus consejeros más radicales malinterpretaron tanto el dominio cada vez mayor del emir sobre el Afganistán al sur del Hindu Kush, como el equilibrio de fuerzas entre los sijs y los afganos. También subestimaron el ingenio del conde Simonitch, que se extralimitó en las instrucciones que recibió de Moscú y estaba maniobrando para englobar en una coalición antibritánica —dirigida por Rusia— a todas las potencias de la región, entre ellas no solo a Persia y a Afganistán, sino también a Bujará y Jiva.**[82]** Estos errores conllevarían a su vez evaluaciones aún más equivocadas.

Otro problema añadido para Burnes era el hecho de que lord Auckland no pensaba que la situación requiriera una actuación urgente. Estaba mucho más preocupado por las vicisitudes de su viaje virreinal y por la hambruna que golpeaba el Indostán, cuyas víctimas flotaban en el Ganges y pasaban al lado de su embarcación cada mañana. Burnes, desde Kabul, era el único que empezaba a apercibirse de que la actitud de Auckland lo iba a llevar de cabeza hacia un desastre diplomático de grandes dimensiones. Era muy

consciente de que si los británicos no actuaban con rapidez para asegurarse la amistad de los barakzais, los persas y los rusos lo harían en su lugar. En ese caso, Afganistán quedaría fuera de la esfera de influencia británica, ofrecido en bandeja a sus rivales. A partir de entonces, y con creciente perplejidad, comenzó a recibir sucesivas cartas del gobernador general ordenándole que no prometiera nada a Dost Mohammad y que se negara a actuar como intermediario en Peshawar.

Hacia finales de noviembre, y con la intención de hacer cambiar de opinión a Auckland, Burnes envió un largo informe a Calcuta sobre «la situación política en Kabul». En él utilizaba argumentos convincentes a favor de la consolidación y la extensión del poder de Dost Mohammad como el método más eficaz para dejar a los rusos fuera de Afganistán. Una vez más, hizo hincapié en que no era necesario elegir entre la larga alianza de la Compañía con Ranjit Singh y la que él proponía con Dost Mohammad: con un poco de imaginación y si actuaban con prontitud en Peshawar, los británicos podrían entablar relaciones con ambas partes. Pero Burnes desconocía que, en Calcuta, y casi al mismo tiempo, Macnaghten mantenía una correspondencia con Wade en la que apoyaba con firmeza su política, completamente opuesta a la de Burnes: una estrategia que abogaba por el apoyo unilateral a los sijs, dejaba Peshawar en manos de Ranjit Singh y que, al norte de esta ciudad, pretendía mantener Afganistán dividido con un débil Shah Shuja reinstalado en Kabul en el lugar del emir.[83]

Por otra parte, la hostilidad irracional y feroz hacia Dost Mohammad se afianzaba cada vez más en Auckland, que escribió a Londres: «Debería estar satisfecho por haberse salvado de una invasión y porque le permitamos vivir en paz. Pero es insensato, taimado y será difícil de controlar […]. Supone un auténtico embrollo de diplomacia e intrigas […]».[84]



Cuando, a principios de diciembre, el invierno afgano trajo las primeras nieves, llegaron malas noticias a Kabul que aumentaron aún más la inquietud de Burnes.

Los informes decían que el ejército persa estaba moviéndose con todas sus filas para asediar los poderosos muros timúridas de Herat. Era de esperar: desde tiempos inmemoriales los persas habían reclamado el oeste de

Afganistán, ocuparon Herat en 1805 y planearon otro ataque en 1832. Esta última ofensiva, que llevaba planificada varios años, no había necesitado ninguna presión o estímulo ruso. Aun así, Burnes quedó sorprendido por el tamaño del ejército enviado para tomar la capital del oeste de Afganistán —más de treinta mil hombres— y por la presencia en el campamento persa de un gran número de asesores militares, mercenarios y desertores rusos que trabajaban para los persas.

Una de las razones por las que Burnes tenía tanta información sobre lo que sucedía en Herat era la presencia en la ciudad de un joven oficial británico, otro protagonista del Gran Juego, que primero se hizo pasar por un comerciante de caballos musulmán y luego por un *sayid* (*teólogo*). El teniente Eldred Pottinger era el sobrino de sir Henry Pottinger, el responsable de la red de inteligencia de Bhuj y anterior jefe de Burnes. Es más que probable que su presencia en Herat durante el asedio no fuera fortuita, ya que garantizó la existencia de un flujo de informaciones imprescindible para los británicos durante el asedio. En las fuentes inglesas, al **«héroe de Herat»** (como Pottinger fue apodado en la novela victoriana ultranacionalista de Maud Diver) suele atribuírsele el mérito de haber incitado a los habitantes de Herat a defender su ciudad, así como el de haber controlado a los persas prácticamente él solo. Sin embargo, las crónicas persas y afganas no confirman esta versión. En ellas, el asedio es visto como una lucha titánica entre dos pueblos, uno sunita y otro chiita, y el coraje de los habitantes de Herat, sometidos a las más terribles privaciones, se convirtió en una epopeya de la valentía y la resistencia afganas. De hecho, dos de los historiadores afganos más importantes del momento dedican casi tantas páginas al sitio de Herat como a la invasión británica que sucedió a continuación. Ambos fueron considerados amenazas igualmente temibles para la independencia de Jorasán.

Según estas fuentes afganas, tan pronto como llegó la noticia de que el ejército persa se dirigía a Herat, Shah Kamran ordenó abastecer la ciudad de cereales y forraje y cortar los árboles frutales de los huertos al otro lado de las murallas. Reclutó nuevas tropas entre sus aliados tribales, los uzbecos y los hazaras, y el masivo muro oriental de adobe de la ciudad fue reparado y reforzado, así como los del Ikhtiyar al-Din, la vasta ciudadela de Herat que ocupaba un área equivalente a dos tercios de la propia ciudad.[85] El 13 de noviembre, la vanguardia del ejército persa había llegado a las afueras de la fortaleza fronteriza de Ghorian. En el *Ayn al-Waqayi*, el cronista heratí Riyazi relató cómo los persas capturaron el poderoso castillo en menos de doce horas, gracias a su cuerpo de artillería, entrenado por los ingleses: «Tantos

cañones fueron disparados contra el Qa'la-i Ghorian que tres de sus lados se derrumbaron por completo». De esta manera, escribió Fayz Mohammad, «la mecha de la guerra se encendió y el ejército de Irán se preparó para el gran asalto de Herat».

Unos días más tarde, las divisiones más avanzadas del enorme ejército persa —de treinta mil hombres— marcharon por el valle del Hari Rud hacia las murallas de Herat, rechazando con facilidad los escuadrones de caballería enviados contra ellos. «Muchos hombres murieron durante una escaramuza», escribió Fayz Mohammad, «pero cuando el grueso del ejército iraní se asomó por el horizonte, los heratíes fueron incapaces de continuar la lucha y se retiraron a la ciudad […]. Sin esperanzas de vencer a los persas en campo abierto, Kamran centró todos sus esfuerzos en las operaciones de defensa. Las fuerzas del sha, como las olas del mar, chocaban una y otra vez contra la ciudad por sus cuatro costados».[86]

En la mañana del martes 19 de diciembre, dos días después de que la inoportuna noticia llegara a Kabul, Burnes y sus ayudantes aguardaban en su residencia de Bala Hisar que un mensajero les hiciera llegar los últimos despachos desde la India. Burnes tenía la esperanza de que Auckland hubiera cambiado de opinión sobre Afganistán tras leer su largo informe y deseaba poder darle buenas noticias a Dost Mohammad. La influencia en la corte de su enemigo, del recién llegado enviado persa, iba en aumento desde la noticia del cerco a Herat y Burnes sabía que potenciar la popularidad y el prestigio de los británicos era indispensable. Solo con el compromiso de la mediación británica en la restitución de Peshawar podría conseguirlo.

En su lugar, Burnes recibió un mensaje de Dost Mohammad en el que este solicitaba verlo. En un *durbar* oficial, el emir le comunicó la peor de las noticas: un agente ruso, enviado por el zar para abrir relaciones diplomáticas con Afganistán, acababa de llegar a Gazni y se le esperaba en Kabul a la semana siguiente. Según Burnes, el agente era el teniente Ivan Vitkevitch.[87]



«Esto es un desastre», escribió Burnes a su cuñado, el comandante Holland, poco después. «Herat está sitiada y podría caer y ¡el emperador de Rusia ha enviado a un emisario a Kabul para ofrecer a Dost Mohammad Khan el dinero necesario para su lucha contra Ranjit Singh! No podía creer lo que veían mis

ojos ni lo que escuchaban mis oídos, pero el capitán Vitkevitch —que es el nombre del agente— ha llegado con una impactante carta de un metro de longitud y me ha presentado de inmediato sus respetos. Por supuesto, lo recibí y lo he invitado a cenar».[88]

La cena entre estos dos grandes rivales —la primera de este tipo en la historia del Gran Juego— tuvo lugar el día de Navidad del año 1837. Los dos agentes reconvertidos en embajadores hicieron buenas migas y descubrieron que tenían mucho en común; desafortunadamente, sabemos muy pocos detalles sobre los atuendos que llevaban para la ocasión, lo que comieron, lo que hablaron o acerca de hasta qué punto Vitkevitch desveló su oscuro pasado. Burnes solamente menciona que el polaco era:

> un hombre caballeroso y agradable, de unos treinta años de edad, que hablaba francés, farsi y turco con fluidez y que vestía el uniforme de los oficiales cosacos, algo nunca visto antes en Kabul. Había estado en Bujará y, por lo tanto, teníamos un tema de conversación común sin tener que entrar en política. Me pareció inteligente y bien informado sobre la situación de Asia septentrional. Me dijo con franqueza que en Rusia no era costumbre publicar el resultado de las investigaciones que llevaban a cabo en países extranjeros, al contrario de lo que sucedía en Francia o en Inglaterra.

Burnes añadió: «Nunca más volví a ver al señor Vitkevitch, aunque sí intercambiamos varios mensajes de “profunda estima”; porque, lamento decirlo, me resultaba imposible entablar una relación de amistad con él, a pesar de que mis sentimientos personales me llevaran en esa dirección, debido a la estricta vigilancia que requería mi servicio público».[89] Esto no era una exageración: Burnes ya había interceptado algunas de las cartas que su compañero de cena había enviado a Teherán y a San Petersburgo, y viceversa.

En las semanas que siguieron Burnes trató de poner buena cara a la situación, cada vez más incómoda, en la que se encontraba. Era muy consciente de que su misión estaba a punto de fracasar, sobre todo porque lord Auckland seguía sin comprender la gravedad de lo que estaba sucediendo en Kabul y lo cerca que estaban de perder tanto Persia como Afganistán frente a los rusos. En semejante situación, Burnes tenía muchas dificultades para igualar las dádivas con las que Vitkevitch colmaba al emir: «El capitán Vitkevitch ha informado al emir de que el valor de los exclusivos regalos con los que obsequia al emperador asciende a 60 000 rupias», escribió el 18 de

febrero de 1838. «Nuestros adversarios no han dejado pasar la oportunidad de comparar sus regalos con las pocas baratijas que yo le entregué y de presentar este hecho como una prueba de la indiferencia de una nación que es conocida, y sobre todo en Afganistán, por su generosidad […]. En tales circunstancias, la ansiedad con la que espero las órdenes del Gobierno acerca de mi proceder está más que justificada».[90]

Sin embargo, debido a las tres o cuatro semanas que tardaba el correo en llegar a la India, con Calcuta sin responder a sus misivas y con las noticias, cada vez más desalentadoras, que llegaban de Herat, Burnes decidió tomar la iniciativa. Ese mismo mes prometió trescientas mil rupias a los barakzais de Kandahar para ayudarles en su defensa frente a los persas si estos tomaban Herat y el ejército del sha se dirigía a Afganistán.

También decidió saltarse el protocolo, sortear a Wade y a Macnaghten y escribirle una vehemente carta directamente a lord Auckland, en la que le rogaba que valorara todo lo que estaba en juego y en la que le animaba, sin rodeos, a considerar la posibilidad de un acuerdo que, todavía, tenía fácilmente a su alcance; este, sin suponer ningún esfuerzo ni ningún gasto, permitiría a los ingleses logar todos sus objetivos y, de un solo golpe, frustraría los planes de Rusia y de Persia. Reprochaba a los sijs su agresión al tomar Peshawar y al construir el fuerte en Jamrud y reiteraba que Dost Mohammad aún anhelaba una alianza con los ingleses, a pesar de haber sufrido múltiples desprecios. También señalaba que el ataque sij de Peshawar era la razón por la cual Dost Mohammad se había visto obligado a buscar otros aliados. Pero, sobre todo, enfatizaba que Vitkevitch representaba un peligro inminente y que la cuestión de Peshawar, «mientras no se resuelva, seguirá provocando intrigas en nuestras fronteras y, si la ignoramos, pronto traerá enemigos, en lugar de mensajeros, a nuestras puertas». Terminaba con la conclusión de que «para contrarrestar la influencia rusa y persa en la región, es necesaria una acción mucho más contundente de la que el Gobierno pudiera desear o haya contemplado hasta ahora. Es indudable que el maharajá Ranjit Singh es un antiguo y fiel aliado, pero tal alianza no mantendrá a raya a estas potencias, ni tampoco nos asegurará la paz y la prosperidad de nuestro país y de nuestras fronteras, en definitiva, el objetivo de cualquier alianza».[91]

Burnes todavía tenía un as en la manga: Dost Mohammad había dejado muy claro que prefería una alianza con Gran Bretaña antes que con Rusia y había hecho todo lo posible por demostrarlo. Vitkevitch estaba, prácticamente, bajo arresto domiciliario en la *haveli* de Mirza Sami Khan, el ministro de Dost Mohammad —un alojamiento mucho menos lujoso que el

que se le había otorgado a Burnes— y aún no había sido recibido por el emir; las comunicaciones entre ambos se producían con intermediación del ministro. Vitkevitch se encontraba además bajo estrecha vigilancia y escribió a Simonitch para decirle que Dost Mohammad estaba comportándose «de manera muy fría» con él. Como Burnes relató a un confidente:

> El emir vino derecho a verme y se ofreció a hacer lo que yo quisiera, a expulsar a Vitkevitch del país o a cualquier otra cosa. Le dije que no era necesario, pero que podía proporcionarme las cartas que este le había enviado; y el emir me las entregó de inmediato. Envié un expreso urgente a lord Auckland con una carta confidencial dirigida al propio gobernador general; en ella le pedía que pusiera remedio a todo lo que habían hecho sus predecesores y le confesaba su desconocimiento con respecto a los acontecimientos que podrían tener lugar en lo sucesivo y que nos encontrábamos ante una carrera muy igualada contra los rusos. [92]

Las órdenes, poco diplomáticas y sorprendentes, que Burnes recibió de lord Auckland como respuesta a sus repetidas súplicas se escribieron el 21 de enero y llegaron a Kabul exactamente un mes más tarde. De un plumazo, Auckland había arruinado todo el trabajo y las esperanzas de Burnes. En su carta adjunta, Macnaghten desestimaba todas las preocupaciones de Burnes: explicó que no creía que Herat estuviera en realidad amenazada por los persas ni por los rusos y, aún más desconcertante, «su señoría daba poca importancia a la misión del agente ruso». A Burnes también se le recordó que no tenía autoridad alguna para ofrecer dinero o proponer una alianza a los barakzais de Kandahar y su iniciativa de intentar comprar su apoyo fue rechazada y revocada.

Auckland continuó mostrando una completa falta de interés por la idea de una alianza con Kabul, algo que dejó muy claro en una carta dirigida a Dost Mohammad. Auckland le comunicó al emir que debía olvidarse de Peshawar y «renunciar a la idea de gobernar ese territorio». Asimismo, debía «cesar cualquier relación con Persia, Rusia y Turquestán». A cambio, los británicos harían «todo lo que creo que puede ser concedido de manera legítima», es decir, persuadir a los sijs para que no invadieran Kabul y así salvar al emir «de una guerra ruinosa». Ranjit Singh, por su parte, «y debido a su naturaleza generosa, ha aceptado mi petición para el cese de las hostilidades si reconducís vuestro comportamiento hacia él. Os conviene reflexionar en profundidad acerca de la mejor manera para reconciliaros con ese poderoso

príncipe —con quien mi nación posee estrechos lazos de amistad— y desechar los deseos que no han de verse cumplidos».

La misiva terminaba con una advertencia: si Dost Mohammad continuaba manteniendo contactos con Persia y Rusia, el gobierno indio apoyaría la expansión sij en Afganistán y «el capitán Burnes […] se retirará de Kabul porque su estancia dejaría de ser provechosa».[93] No había el menor indicio de acuerdo para satisfacer las preocupaciones y aspiraciones, completamente legítimas, de Dost Mohammad. Es más, Auckland había endurecido su postura contra el emir, al que se le impedía tratar con Persia y Rusia sin permiso británico, que debía renunciar a todas sus pretensiones en Peshawar y Cachemira y, lo más difícil de aceptar, que tenía que implorar el perdón de Ranjit Singh.

Burnes lo tenía francamente difícil para poder contrarrestar, de alguna forma, el efecto de esta serie de instrucciones suicidas, en especial cuando Rusia estaba dispuesta a ofrecer todo lo que Dost Mohammad deseaba: no solo amistad y protección, sino también dos millones de rublos en efectivo para ayudar a reclutar un ejército y luchar contra los sijs. En lo que parecía ser un arrebato no demasiado meditado, Auckland había puesto en bandeja a los rusos, de un solo golpe, una amplia franja de territorio que se extendía desde Persia hasta Asia Central y Afganistán; Vitkevitch lo comprendió tan pronto como tuvo noticias del contenido de la carta y, al respecto, escribió: «Los británicos han renunciado a cualquier esperanza de restablecer su influencia en la región por mucho tiempo».[94]

Burnes estaba devastado. Todas sus recomendaciones habían sido ignoradas y su trabajo destruido. Masson informaría más tarde de que, durante un tiempo, Burnes «se dejó llevar por la desesperación. Se enrollaba toallas mojadas y pañuelos en la cabeza y respiraba sales aromáticas. Era humillante presenciar dicho comportamiento y las burlas que este suscitaba».[95] Pero a lo largo de las semanas siguientes, Burnes se recompuso y dirigió una valiente operación desde la retaguardia —extralimitándose en las instrucciones que había recibido— para ver si podía encontrar la forma de mantener a raya a Vitkevitch.

Consultó a los nobles más probritánicos para ver si era posible persuadir a Dost Mohammad de que aceptara una simple promesa de protección británica. Según mencionan todas las fuentes afganas, parece ser que también repartió dinero a diestro y siniestro en un intento de conseguir apoyos. «Burnes comenzó a reunirse en secreto con los grandes nobles y jefes de Kabul», recordaba Mirza ‘Ata, «todos ellos tenían una gran pasión: su amor por el

dinero y por el tintineo de las monedas de oro. Así que Burnes los pervirtió rápidamente y compró su apoyo con sobornos».[96] Pero el resultado era inevitable. Diversos intermediarios —entre ellos Nawab Jabar Khan, el hermano anglófilo de Dost Mohammad que había enviado a su hijo a Ludhiana para que fuera educado por Wade— intentaron reunir a las dos partes, pero tanto el tono insultante y condescendiente de la carta de Auckland como su contenido impidieron que el acuerdo fuera viable. Como el emir aseveraba, lo único a lo que jamás renunciaría era a su *izzat*, su honor. «Ha sido Auckland quien ha abandonado a los afganos», le dijo a Burnes, «y no yo quien ha renegado de los británicos».[97]

Los acontecimientos en Herat fortalecieron la posición rusa, mientras que los británicos debilitaban la suya propia. El asedio a la ciudad se endurecía. Eldred Pottinger escribió a Burnes:

> El campo está arruinado por completo, no hay semillas para la cosecha del año próximo y, en caso de que las hubiera, tampoco hay ganado con el que trabajar. En verdad temo que los pobres chiíes (de la ciudad) sean vendidos en masa como esclavos […]. En la ciudad se percibe una gran preocupación, ya que pocos pensaron que el asedio duraría más de un par de semanas […]. Ya casi no hay ovejas y, con el suministro de agua cortado, los depósitos públicos y las cisternas están tan sucias que casi no se pueden usar.[98]

Además, el conde Simonitch había llegado al campamento del sha y cada vez desempeñaba un papel más activo en la dirección de las operaciones de asedio. Según MacNeill: «La evidencia de un acuerdo entre Persia y Rusia en detrimento de los intereses británicos es clara y la magnitud del desastre al que nos enfrentamos, en mi opinión, inmensa».[99]

Como señal de la dirección que estaban tomando los acontecimientos, el 20 de marzo, Mirza Sami Khan —el ministro de Dost Mohammad— invitó a Vitkevitch a asistir como su invitado de honor a las celebraciones del Nouruz, el Año Nuevo persa. Burnes también fue invitado, pero, de forma deliberada, solo después de que la fiesta hubiera dado comienzo, razón por la que, por tanto, se negó a asistir; sin embargo, solicitó a su asistente indio, Mohan Lal Kashmiri, que fuera en su lugar.

Mohan Lal había sido el inestimable *munshi* (o secretario) y consejero de Burnes desde hacía ya siete años, cuando ambos se encontraron por vez primera en Delhi, en 1831, cuando Mohan Lal tenía solo veinte años. Su

padre había sido *munshi* en la misión de Elphinstone veinte años atrás y, a su vuelta, decidió que Mohan Lal debía convertirse en uno de los primeros muchachos, del norte de la India, en recibir una educación en función del plan de estudios inglés, en la nueva Universidad de Delhi. Inteligente, ambicioso y capaz de hablar con fluidez inglés, urdu, cachemir y farsi, Mohal Lal acompañó a Burnes en su viaje a Bujará; más adelante, trabajó durante algún tiempo como espía para Wade en Kandahar, donde mantenía un contacto frecuente con Masson, que era su homólogo en Kabul. Burnes confiaba plenamente en él, en gran medida porque este se había mostrado dispuesto a pagar el precio más alto por su lealtad y amistad hacia Burnes: en diciembre de 1834 fue excluido de su propia comunidad cachemira *pandit*[at5] como resultado de las abiertas manifestaciones acerca de su escepticismo en cuanto a la religión y de sus frecuentes infracciones de las estrictas normas de las castas. Desde entonces le estaba vetado «beber de la misma copa que ellos […]. Me expulsaron de su sociedad […], de modo que ahora me he quedado sin amigos y sin un lugar donde vivir en mi propia ciudad natal, Delhi».[100]

Mohan Lal escribió en inglés un extraordinario libro de sus viajes y una biografía académica de Dost Mohammad en dos volúmenes. En esta última narra su encuentro con Vitkevitch en la fiesta de Nouruz, organizada por Mirza Sami Khan. A su llegada, se encontró con el ministro y con Vitkevitch:

> sentados un poco más elevados que el resto, en el *nihali* (plataforma), y el primero, por educación, me acomodó al lado del enviado ruso. Mientras la música sonaba, el ministro conversaba sobre política tanto con Vitkevitch como conmigo y me preguntaba acerca del número de soldados ingleses estacionados en Ludhiana, sobre la distancia entre las divisiones de Karnal, Meerut y Kanpur, sobre si eran los mahometanos o los *rajputs* los que constituían el grueso del ejército y, además, quería saber cuáles eran los sentimientos de los nativos de la India con respecto a la dinastía timúrida (los mogoles), ahora en franco declive. Por la forma en la que se me preguntaba, llegué a la conclusión de que cada una de las cuestiones mencionadas había sido planeada mucho antes de que yo me uniera a la fiesta […].

La conversación cambió entonces de rumbo hacia el próspero intercambio comercial entre Rusia y Cachemira y Vitkevitch dijo que esperaba poder ayudar a los afganos a arrebatárselo a los sijs. Vitkevitch afirmó que «estaba autorizado a decirle al maharajá Ranjit Singh que, si no actuaba de manera

más amistosa con los afganos, Rusia no dudaría en enviar dinero […] a Kabul para reclutar tropas para luchar contra los sijs y reconquistar la región […]». Añadió que «50 000 soldados de los regimientos rusos estaban dispuestos a desembarcar en Astarabad […] y desde allí marchar hacia el Punyab; tales movimientos provocarían que todos los jefes descontentos de la India se rebelasen y los ingleses —que no son soldados, sino solo comerciantes en busca de aventuras— no se atreverían a ayudar a Ranjit Singh cuando supieran que los afganos cuentan con la ayuda de la beligerante Rusia».[101]

Vitkevitch estaba a punto de ganar la partida por Kabul. El 23 de marzo, Dost Mohammad visitó a Burnes por última vez. Había perdido la esperanza, le confesó a su amigo. «No deseo más apoyo que el de los ingleses», dijo el emir, «pero me negáis todas las garantías y las promesas y no hacéis el menor intento de interceder en mi favor».[102] Mientras tanto, crecía la certeza de que los persas y sus aliados rusos pronto tomarían Herat, para después adentrarse en Afganistán; en respuesta, los chiíes qizilbash de Kabul —de etnia persa— organizaron una procesión triunfante por las calles de Kabul ya que ahora albergaban nuevas esperanzas. «Un acontecimiento», escribió Burnes, «sin precedentes hasta para los más ancianos y que pronto desembocaría en un enfrentamiento religioso».[103]

Un mes más tarde, el 21 de abril, Dost Mohammad convocó finalmente a Vitkevitch y ordenó que este fuera escoltado por las calles de Kabul con un escuadrón de su propia caballería. Lo recibió en el Bala Hisar con todos los honores. Durante el *durbar* oficial, mientras Burnes permanecía solo en sus aposentos, situados al otro lado del complejo de palacio, Vitkevitch le dijo al emir que Rusia no reconocía las conquistas de los sijs en territorio afgano y que, para ellos, Peshawar, Multán y Cachemira todavía pertenecían a Afganistán por derecho. Declaró que Rusia deseaba un Afganistán fuerte y unificado, al que protegería, mediante la vía diplomática, como un muro infranqueable contra la expansión británica hacia Asia Central. Admitió que Rusia estaba demasiado lejos como para poder enviar tropas a corto plazo, pero prometió ofrecer dinero a Dost Mohammad para luchar contra Ranjit Singh; además, según Mohan Lal, dijo muchas cosas sobre los británicos «pero ninguna fue elogiosa». También prometió que Rusia protegería a los comerciantes afganos en territorio ruso. En respuesta, Dost Mohammad se ofreció a enviar a su hijo, Mohammad Azam Khan, al campamento persa de Herat para conocer al conde Simonitch y ratificar en persona las intenciones del emir de establecer relaciones amistosas permanentes con Rusia.

Todo había terminado para Burnes: Vitkevitch había ganado. Ya no tenía sentido que el escocés prolongase su estancia en Kabul. El 25 de abril, él y Dost Mohammad intercambiaron melancólicos mensajes de despedida. A la mañana siguiente, Burnes, Mohan Lal y Masson partieron de Kabul. Masson escribió que la repentina salida de los británicos «tenía cierto aire de fuga» y Maulana Hamid Kashmiri, en su *Akbarnama* [Libro de Akbar], dijo que Burnes huía para salvar su vida:

Sus mejillas se volvieron amarillas como el azafrán
Estaba preparado para lo peor

El emir dijo: «¡Levántate y vete! ¡Huye de este lugar!
Comienza tu viaje a toda prisa

No sea que por tu ansia de dinero y tesoros
te inflija castigo y sufrimiento

Temo que, al contrario de lo que pueda parecer,
gran aflicción caerá sobre ti

Va en contra de mis principios
matar a alguien después de haberle mostrado mi favor

Nunca perderé mi honor por oro
por entregar a un invitado mío al enemigo»

Sikandar (Burnes), que había perdido la esperanza de vivir
Nunca habría imaginado semejante desenlace

Salió de Kabul hacia la India
como una oveja huyendo de un fiero león

Miraría atrás a cada paso que daba
Por temor a que el halcón lo capturara de nuevo.[104]

En realidad, la situación no era tan terrible como *a posteriori* recogieron las crónicas afganas. Los británicos fueron escoltados fuera de la ciudad por el hijo menor del emir, Ghulam Haidar Khan, y, como último gesto de amistad personal, Dost Mohammad le envió, por medio de Mirza Sami Khan, tres sementales, que alcanzaron al grupo en la aldea de Butkhak, a unos veinte kilómetros de Kabul. Burnes y Dost Mohammad no se volverían a encontrar hasta tres años más tarde y lo harían en unas circunstancias muy diferentes.

Antes de llegar a Jalalabad, Burnes subió a un barco que lo llevaría a Peshawar a través del río Kabul. En estos momentos, Vitkevitch ya estaba a punto de llegar a Kandahar. Esta era la siguiente fase de su misión, en la que debía negociar un tratado con los hermanastros barakzais de Dost Mohammad; estos, tras haber sido rechazados por Auckland, habían aceptado unir fuerzas con Dost Mohammad, los persas y los rusos en el asedio a Herat.

Herat era el objetivo final del viaje de Vitkevitch por Afganistán. Los príncipes barakzais de Kabul y Kandahar lo acompañaron al campamento persa, donde, el 9 de junio, fue recibido con honores por el conde Simonitch. Vitkevitch había logrado para Rusia más de lo que ninguno de sus superiores habría podido esperar. Su victoria sobre Burnes y los británicos era absoluta.[105] Poco después el sha de Persia lo condecoró con la Orden del Sol y el León.[106]

Por aquel entonces, Burnes ya había llegado a Peshawar y estaba a la espera de nuevas instrucciones. Mientras tanto, Burnes expresaba su frustración al comandante Holland. «El juego ha terminado», escribió. «Los rusos me han dado el golpe de gracia y no tenía sentido aguantar más tiempo en Kabul, así que me he vuelto a Peshawar. Nuestro Gobierno no iba a mover un dedo y, en cambio, la legación rusa ofreció directamente ayuda y dinero; como yo no tenía el poder necesario para contrarrestar sus ofrecimientos con una oferta similar, tuve que rendirme».[107]

Las cartas oficiales que envió a Simla fueron, sin embargo, más diplomáticas. Burnes se percató de que, irónicamente, el fracaso de su misión significaba que la necesidad de un experto en cuestiones afganas era ahora mayor que nunca. Sabía que la guerra con Kabul era ahora posible, quizá incluso probable, y, a pesar de todas las dudas que surgían acerca de los derroteros que estaba tomando la política británica, Burnes era lo bastante ambicioso como para querer encontrarse al frente de lo que Auckland estuviera planeado.



Incluso antes de la llegada de Burnes a Peshawar, la maquinaria de la Compañía ya se había puesto en marcha con el objetivo de demonizar a Dost Mohammad y de castigarlo por lo que Auckland interpretaba como un desafío. Auckland informó a Londres, de manera un tanto imprecisa: «Dost

Mohammad Khan se ha mostrado tan hostil y ambicioso que ha resultado imposible entablar una relación satisfactoria con él».[108] Si el emir no cooperaba con los deseos del gobernador general, se hacía pues evidente que debía de ser reemplazado por Shah Shuja: Auckland pensaba que este sería más razonable y que actuaría en función de lo que le indicaran. Pero Auckland aún no había decidido la forma exacta en la que esto iba a suceder.

Auckland y sus hermanas llegaron a Simla al final de su gira por la India, y este resultó ser el primer y único sitio que realmente les agradó. «El clima es similar al inglés y muy revitalizante», escribió Emily. «Realmente todas las dificultades han merecido la pena. Qué lugar tan hermoso […] valles profundos al oeste, con vistas desde el salón, y las montañas nevadas, desde el lado del comedor, donde también se encuentra mi habitación».[109]

La propia existencia de Simla decía mucho de la asombrosa autocomplacencia de los británicos en la India a lo largo de este periodo: durante siete meses al año, la Compañía gobernaba a una quinta parte de la humanidad desde una aldea del Himalaya situada en la frontera con Tíbet y conectada al mundo exterior mediante poco más que un camino de cabras. Aquí, en las dos décadas sucesivas al «descubrimiento» de la región por el capitán Charles Kennedy en 1822, la Compañía había empezado a construir —sobre un largo y estrecho collado de gran altura en el Himalaya— una pequeña Inglaterra de ensueño: una especie de parque temático de principios de Época Victoriana lleno de iglesias góticas, casas con entramados de madera y mansiones señoriales escocesas. Simla era un claro reflejo de la nostalgia que aflige a los que se encuentran lejos de su hogar: era una forma de escapar del calor, pero también, tácitamente, una forma de escapar de la India. Como diría más tarde un oficial en tono sarcástico, «en el resto del país podían estar produciéndose desórdenes, revueltas, o incluso disturbios violentos, pero en Simla solo interesaban las finales de polo, las carreras y los absorbentes torneos de críquet».

Aquí, por fin, lord Auckland se vio obligado a prestar la atención requerida, y que nunca antes había considerado necesaria, a los asuntos afganos. Durante los dos últimos meses había subestimado por completo la amenaza que suponían Vitkevitch y los rusos; ahora, aunque ya era demasiado tarde, se sumió en un estado de profunda inquietud al leer los informes que llegaban de Peshawar y de Herat y parecía que su reacción se inclinaba ahora hacia el lado opuesto de manera excesiva. Una de las razones de su cambio de actitud fue la llegada de una serie de despachos apocalípticos redactados por MacNeill, que estaba a punto de retirarse del campamento

persa de las afueras de Herat en protesta por la forma en la que el sha le ignoraba y humillaba, tanto a él como al personal a su cargo, todo ello para mayor deleite del conde Simonitch. Antes de romper relaciones diplomáticas con Persia y de retirarse a la Turquía otomana, MacNeill hizo una llamada a las armas. «Lord Auckland debe actuar de forma contundente», aconsejó, «y anunciar que el que no esté con nosotros está contra nosotros y que, por tanto, será tratado en consecuencia. Si el sha llega a tomar Herat, no debemos perder ni un momento; en mi opinión, nunca nos hemos jugado tanto […]. Debemos asegurarnos el control de Afganistán».[110]

Como medida preliminar y a modo de advertencia al sha, Auckland envió una flotilla desde Bombay al golfo Pérsico para ocupar la isla de Jark, frente a la costa al sudoeste de Shiraz. Entonces, mientras Emily organizaba obras de teatro *amateurs* en una parte del salón —«seis representaciones cuyos beneficios irían destinados a la hambrienta población de Agra»—, George estudiaba, desde la otra, cómo sustituir al gobernante de Afganistán.

Su primera esperanza era que Shah Shuja o Ranjit Singh pudieran deshacerse por su cuenta del problemático emir, lo cual le evitaría la molestia de tener que hacerlo él mismo. Como señalaba Emily en una carta a su hermana que estaba en Inglaterra: «Siempre que queremos asustar a nuestros vecinos para reconducir su comportamiento disponemos de un recurso seguro: tenemos un amplio número de pretendientes a nuestra disposición. Quizá les arrancaran los ojos, o alguno de sus hijos fuera tomado como rehén, o que el usurpador sea su propio hermano, o hayan sufrido algún agravio similar. Pero, a pesar de todo, siguen ahí. Tenemos a un Shah Shuja listo para atacar a Dost Mohammad, si este no se comporta, y Ranjit está preparado para unirse a nosotros en cualquier acción de ese tipo […]».[111] En una carta a sus superiores de Londres, en la que Auckland explicaba la situación de manera más formal, escribía que estaba explorando la idea de «ofrecer nuestra ayuda, en coalición con Ranjit Singh, para permitir que Shah Shuja al-Mulk restablezca su soberanía en la parte oriental de Afganistán bajo unas condiciones que satisfagan al gobernante sij y obliguen al monarca restaurado a mirar por nuestros intereses».[112]

Fue así como, el 10 de mayo, Macnaghten fue enviado a Lahore acompañado del capitán William Osborne, secretario militar y sobrino de lord Auckland, para tantear al León del Punyab. Tras haber aprendido la lección de no escatimar en dádivas, acarrearon consigo un generoso abanico de presentes: «Una espada cuya elaboración requería de una gran maestría, dos caballos de monta de una raza inglesa muy valorada y dos pistolas,

especialmente escogidas por el comandante en jefe, que consideraba que serían del gusto de su alteza». Además, «Auckland envió varios camellos cargados de alcohol para el maharajá, que, según Emily, había pedido que George le enviara muestras de todos los vinos que tenía, algo que este cumplió con creces, ya que, precavido, añadió además *whisky* y licor de cerezas porque conocía bien los hábitos de consumo de alcohol de Ranjit Singh. Le gustó especialmente el *whisky* y le dijo a Macnaghten que no podía entender por qué el gobernador general se molestaba en beber siete u ocho copas de vino si un vaso de *whisky* lograba el mismo efecto».**[113]** Durante el trayecto, unos asaltantes punyabíes de caminos robaron algunas de las cajas y varios artículos del maletín del médico auxiliar que acompañaba a la expedición: «Los ladrones cortaron en pedazos la bomba estomacal, lo cual supuso una bendición para los cortesanos de Ranjit», escribió Emily cuando se enteró del robo. «Prueba todo tipo de experimentos médicos con las personas que lo rodean. ¡La de lavados de estómago que habrían tenido que sufrir!».**[114]**

El 20 de mayo, Macnaghten entró en territorio sij. Ranjit Singh, como de costumbre, recibió a la embajada en Adinagar, su palacio de verano favorito. Osborne describió cómo fueron recibidos por Ranjit:

> Estaba sentado con las piernas cruzadas en una silla de oro, vestido entero de blanco, sin adornos, solo con un cordel de enormes perlas alrededor de la cintura y con el célebre Koh-i-Nur en el brazo; el brillo de la joya era igualado, e incluso superado, por la mirada de fuego que, en ocasiones, arrojaba su único ojo cuando vagaba incansable sobre todos nosotros. Todos los jefes estaban sentados en cuclillas alrededor de su silla, a excepción de Dheean Singh (su hijo mayor), que permanecía de pie detrás de su señor. Aunque muy lejos de ser un hombre apuesto, Ranjit parecía sentirse orgulloso de estar rodeado de gente bien parecida; y creo que pocas cortes europeas u orientales —quizá ninguna— podrían mostrar a un grupo de hombres tan atractivos como los principales *sardars* sijs.

Como también era costumbre, Ranjit Singh procedió a interrogar a sus visitantes: «Estuvimos casi todo el tiempo respondiendo a las innumerables preguntas de Ranjit», escribió Osborne,

> pero sin posibilidad alguna de satisfacer su curiosidad. Es prácticamente imposible hacerse una idea de la incesante rapidez con la que fluyen sus preguntas o de la infinita variedad de temas que abarcan: «¿Toma vino?»; «¿Cuánto?»; «¿Ha probado el vino que le envié ayer?»; «¿Cuánto ha bebido?»; «¿Qué artillería ha traído consigo?»; «¿Tienen algún proyectil?»; «¿Cuántos?»; «¿Le gusta montar a caballo?»; «¿Qué raza de caballos de monta le gusta más?»; «¿Es usted militar?»; «¿Qué prefiere, la caballería o la infantería?»; «¿Lord Auckland bebe vino?»; «¿Cuántos vasos?»; «¿Bebe por la mañana?»; «¿Cuál es la fuerza del ejército de la Compañía?»; «¿Los soldados son disciplinados?». Después de más de una hora de conversación, Ranjit Singh se levantó y, según su costumbre, nos abrazó y nos despidió tras habernos medio asfixiado con aceite de sándalo […].[115]

La vida privada de los ingleses era un tema que fascinaba especialmente al maharajá y el apuesto capitán Osborne fue sometido de manera intermitente a varios interrogatorios sobre sus preferencias sexuales, a medida que avanzaban las negociaciones:

> «¿Ha visto a mis muchachas cachemiras?»; «¿Qué le han parecido?» «¿Son más guapas que las mujeres del Indostán?»; «¿Son tan bellas como las inglesas?» ¿A cuál de ellas admira más? Le respondí que admiraba mucho a todas y nombré a las dos que me parecieron más hermosas. Él dijo: «Sí, son bellas, pero tengo algunas que lo son más; se las enviaré esta noche y podrá quedarse con aquellas que más le gusten». Expresé mi gratitud por su gran generosidad y su respuesta fue: «Tengo muchas otras». Luego pasó a hablar de caballos.[116]

Las inclinaciones sexuales de lord Auckland tampoco escaparon el escrutinio de Ranjit:

> «¿Lord Auckland está casado?»
> «No»
> «¿Cómo? ¿No tiene ni una sola esposa?»
> «Ninguna»
> «¿Por qué no se casa?»
> «No lo sé»
> «¿Y usted?»
> «No puedo permitirme ese lujo»
> «¿Por qué no? ¿Las esposas inglesas son muy caras?»
> «Sí, mucho»

«Hace tiempo yo mismo deseé tener una y escribí a vuestro Gobierno al respecto, pero no me enviaron ninguna».[117]

Tales charlas eran una cortina de humo para desarmar a los ingleses e intentar disimular la aguda inteligencia política que Ranjit Singh desplegaba siempre en las negociaciones. Osborne era lo bastante perspicaz como para darse cuenta de ello: «Aunque de apariencia enfermiza indudable, el semblante de Ranjit Singh muestra a cualquiera que lo quiera ver que es un hombre extraordinario […] tal inteligencia, asociada al incesante movimiento de su único ojo llameante, suscita tanto interés que uno se ve obligado a admitir, por su rostro, que su intelecto y agudeza son de un grado superior a lo habitual, aunque la primera impresión que despierta su presencia pueda indicar lo contrario».

Las habilidades negociadoras de Ranjit Singh pronto salieron a la luz y, en poco tiempo, el astuto líder sij tenía donde quería al envarado Macnaghten. Uno de sus colaboradores escribió: «El pobre Macnaghten nunca debería haber dejado el despacho de la secretaría. No conoce bien la naturaleza humana, roza incluso la ingenuidad, y es por completo incapaz de tomar medidas administrativas y llevarlas a la práctica. Es probable que le hubiera ido mejor en la carrera judicial, pero solo en un tribunal de apelación en el que tuviera que limitar su actividad, en exclusiva, a las pruebas escritas».[118]

En un primer momento, Auckland no pensaba en asignar a las tropas británicas la misión de derribar a Dost Mohammad: esperaba que fueran Ranjit Singh y Shah Shuja los que combatieran en esa guerra, mientras que, al igual que en la última expedición de Shuja, los británicos se limitarían a proporcionar dinero, material y apoyo moral y diplomático. Pero, debido a los problemas que Ranjit ya tenía para mantener sus nuevas conquistas en Peshawar, este no acogió con mucho entusiasmo la propuesta de lord Auckland de invadir Kabul. Deseaba deshacerse de Dost Mohammad y veía en el proceso la posibilidad de aumentar su riqueza, pero no estaba dispuesto a verse comprometido en Afganistán, por lo que jugó sus cartas con suma habilidad.

A principios de junio, Macnaghten informó desalentado de que Ranjit «no se planteaba marchar con sus tropas sobre Kabul».[119] Sin embargo, poco a poco, el maharajá dejó claro que estaba dispuesto a cambiar de opinión, e insinuó que podría unirse a una expedición de castigo para destituir a su viejo enemigo afgano a cambio del centro financiero de Shikarpur, el Jáiber y Jalalabad. Macnaghten se negó y, durante dos semanas, las conversaciones quedaron en punto muerto. En realidad, para Ranjit estas demandas no eran

más que herramientas para negociar. De hecho, cuando cedió y dijo que a cambio solo quería las posesiones de Peshawar y Cachemira a perpetuidad, veinte mil libras esterlinas de los británicos y una gran cantidad de efectivo de los emires de Sind y, en lo que respectaba a Shah Shuja, que este le pagase un tributo anual —que incluía «cincuenta y cinco caballos de raza, del color apropiado y de paso ágil», camellos cargados de «melones de sabor dulce y delicado» y «ciento una alfombras persas»—, Macnaghten aceptó su oferta de inmediato y prometió presionar a Shuja y a los emires para que cumplieran con su parte del trato. A medida que avanzaban las negociaciones, lo que originalmente se planificó como una expedición sij beneficiosa para los británicos, se fue poco a poco transformando, a lo largo de varias semanas, en una expedición británica provechosa para los sijs.

A finales de junio —cuando las negociaciones se habían trasladado a Lahore y Burnes y Masson, procedentes de Peshawar, se habían incorporado a la delegación británica— se confirmó que Ranjit estaba dispuesto a unirse a una fuerza armada, en gran medida británica, para restituir a Shuja en el trono de Afganistán.

«Su alteza llegó a un acuerdo con Shah Shuja al-Mulk hace algún tiempo (en 1834)», dijo Macnaghten. «¿Cree que sería beneficioso mantener en vigor dicho tratado? ¿Sería de su agrado que el Gobierno británico formara parte de él?».

Ranjit respondió: «Esto sería como añadir azúcar a la leche».[120]



Hasta el momento nadie había pensado en informar a Shah Shuja de su inminente restauración en su antiguo trono. Ni siquiera Macnaghten, que tanto había hecho para sacar a Shuja de su retiro, conocía al hombre al que llevaba defendiendo tanto tiempo.

Shuja llevaba ya treinta años —la mitad de su vida— exiliado en Ludhiana, pero no había renunciado, ni por un momento, a la esperanza de regresar a casa y gobernar el país, que consideraba suyo, por derecho divino. Había perdido a su extraordinaria esposa hacía muy poco tiempo, la formidable Wa’fa Begum, y su dolor se vio acrecentado cuando unos fanáticos sijs *akalis*[at6] profanaron la tumba que Shuja había construido para ella en el *dargah* (santuario) de Sirhind.[121]

Aliviado por haber alcanzado un acuerdo con Ranjit Singh, el 14 de julio de 1838 Macnaghten llegó a Ludhiana. Shuja había sido informado de todo por su propia red de espías e informantes y era muy consciente de que estaba siendo tratado como una marioneta o, como decían los afganos, un *muli*, un rábano. Le pareció especialmente humillante el hecho de que la operación que llevaba tres décadas esperando, finalmente, se hubiera organizado a sus espaldas, sin haber sido consultado siquiera acerca de la manera en la que esta iba a ser llevada a cabo. Tampoco le gustaba la idea de tener que pagar un tributo a Ranjit Singh, el hombre que había torturado a su hijo y responsable del robo de su posesión más valiosa, si bien, en el tratado, el tributo se disfrazaba de «subsidio».

En el *Jangnama* [Historia de la guerra] —el primer poema épico afgano sobre la invasión británica— se describe este encuentro entre los británicos y Shah Shuja como una reunión en la que Macnaghten («cuyo corazón no era transparente sino turbio») y Burnes («ese hombre sedicioso») usaron sus diabólicos encantos y su adulación para vencer los recelos del sha («el vil Shuja») acerca de su regreso a Afganistán como títere de los británicos:

Ellos dijeron: «¡Oh, sha! ¡Somos tus siervos!
Nos postramos humildemente ante tu autoridad».

Cuando el sha escuchó sus historias
apareció la llave del candado de la palabra.

Él les dijo: «¡Oh, compañeros míos!
Causemos problemas en el reino del emir.

Tomaré su país y su corona,
le pondré una soga al cuello.

¿Dónde se podría esconder del destello de mi espada?
Tendrá que darme su trono por la fuerza.

Entonces el reino de Kabul se convertirá
al instante en vuestro, *sahibs* extranjeros».

Este *lat* («señor», es decir, Macnaghten), un hombre sabio y astuto,
cuando oyó estas palabras

embargado por la emoción, exclamó
«¡Oh, sha! ¡Bendita sea vuestra suerte!

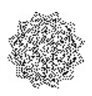
Si así os conviene
Preparaos para dirigiros a Kabul»

«Mi único temor es el siguiente: que a la gente de allí
podría no resultarle agradable mi vuelta.

Pero ahora es el momento de emprender la caza
¿Cuándo volverá a darse tal posibilidad?».[122]

Parece que la realidad fue algo distinta. Macnaghten quedó impresionado por la dignidad del sexagenario y «por la apariencia majestuosa del anciano pretendiente, en especial por su barba negra que descendía de manera fluida hasta su cintura […] mientras aguardaba pacientemente el *kismet* (el destino) que le devolvería su trono».[123] Pero Macnaghten no estaba de humor para aceptar más dilaciones en la ejecución de sus planes a causa de las susceptibilidades de los sadozais que, al contrario que los sijs, no estaban en condiciones de negociar un acuerdo ventajoso. Shuja fue brevemente informado de los planes así como de las nuevas fronteras, truncadas y más reducidas, del reino que le iban a permitir gobernar. Recibió garantías de que los británicos no interferirían ni en su familia ni en los asuntos internos de Afganistán sin su aprobación real, al igual que la promesa de que percibiría ayuda financiera para reconstruir el país y consolidar su gobierno tras la conquista. Respecto al antiguo problema de las esclavas fugitivas de Ludhiana, y según el relato del propio Shuja acerca de las negociaciones, este pidió que se añadiera una cláusula en el tratado que garantizara que «las doncellas que huyan de una tierra a otra sean intercambiadas y devueltas a su propietario, imposible que un rey mantenga su honor y su dignidad sin sus doncellas».[124] También se le aseguró que podría entrar en Afganistán en cabeza de sus propias tropas, utilizando la misma ruta que había seguido en 1833-1834, y que no sería instaurado en el trono, sin más, tras el paso de los regimientos británicos. Por último, se le prometieron fondos adicionales para que pudiera entrenar a su propio ejército, como ya se hizo en la anterior campaña.

El 16 de julio, solo cuarenta y ocho horas después de su primera reunión con Macnaghten, Shuja firmó lo que más tarde se conocería como la «alianza tripartita».



La estancia en Simla, pensaba Emily Eden, había comenzado de manera muy satisfactoria. «Solemos organizar algunas cenas y, en ocasiones, también bailes», escribió, contenta, a su hermana de Inglaterra, «y hemos encontrado un entretenimiento que tiene mucho éxito: nuestra banda toca una vez por semana en una de las colinas de los alrededores y, mientras suena la música, ofrecemos helados y refrescos a los oyentes; pasamos un rato agradable sin necesidad de grandes preparativos».[125] Su única queja era que el Semiramis —un barco de vapor que debía llevar sus cartas a Londres— había zarpado rumbo al Golfo para transportar al escuadrón naval a Jark y su correspondencia, por tanto, aún no había salido de Bombay: «Lo hemos intentado por todos los medios: primero, el monzón estropeó uno de los barcos de vapor y el siguiente trajo consigo todas las cartas que imaginábamos ya en Inglaterra; después, probamos un navío árabe, pero yo estoy convencida de que los barcos árabes navegan de manera salvaje, entre sorbos de café y asaltos a otros barcos […]».[126]

Mientras tanto, en lo alto del Himalaya, su hermano ultimaba los planes de la invasión británica a gran escala de Afganistán. Sin embargo, las dudas le atormentaban todavía y estaba inquieto por las críticas cartas que empezaba a recibir de los empleados más veteranos de la India. Charles Metcalfe, que había desempeñado el puesto de gobernador general hasta la llegada de Auckland —y en el que muchos había visto a un candidato más apto para el cargo—, había expresado sus malos augurios acerca de la política afgana de Auckland. «Nos hemos metido, sin necesidad y con muy poca cautela, en dificultades y aprietos», escribió, «de los que nunca podremos salir si no es mediante una retirada vergonzosa. Nuestra única opción es intentar resistir a la influencia de Rusia, sin embargo, nuestras medidas van encaminadas a conseguir todo lo contrario […]. El único resultado seguro —incluso aunque obtengamos una brillante victoria en un primer momento— será una sucesión de complicaciones y problemas tanto políticos como financieros […]».

El mayor experto británico en Afganistán, Mountstuart Elphinstone, era igual de escéptico: «Si enviáis a 27 000 hombres por el paso de Bolán a Kandahar (como hemos oído que se pretende hacer) y sois capaces de alimentarlos, no tengo duda de que podréis tomar Kandahar y Kabul y de que Shuja será restablecido en el trono. Pero creo que es imposible mantenerlo al frente un país pobre, frío, orgulloso y remoto y de una gente tan turbulenta como los afganos. Si lo lográis, me temo que nuestra posición frente a Rusia se verá debilitada. Los afganos se mantenían neutrales y hubieran recibido de buen grado vuestra ayuda frente a los invasores; ahora se encuentran

descontentos y deseosos de unirse a cualquier otro invasor que pueda expulsaros del país».[127]

Los aliados locales de la Compañía tampoco creían que la invasión fuera a ser nada fácil. El nabab de Bahawalpur, cuyo territorio tenían que atravesar las tropas británicas, expresó su profunda preocupación y la de todos los hombres de su corte. Como informó el oficial británico que fue enviado a negociar con él:

> Insisten en la hostilidad del terreno y en nuestro desconocimiento de los caminos y pasos montañosos y en que lo que al Gobierno británico le parece una tarea fácil entraña, en realidad, una gran dificultad. Con respecto al futuro del sha, su opinión es aún más negativa. Y sobre Dost Mohammad Khan, aquí son de la opinión de que nunca aceptará una capitulación hasta que todos sus hombres lo haya abandonado y todas las puertas se le hayan cerrado.[128]

Cuando Burnes fue llamado a la residencia del gobernador general en Simla, el 20 de julio, para asesorar a Auckland, le advirtieron de que tratara de no confundirlo y de que no intentara hacerle cambiar de opinión. Según Masson, «cuando llegó, Torrens y Colvin corrieron a su encuentro y le rogaron que no dijera nada que pudiera inquietar a su señoría; también le hicieron saber que ya habían tenido muchos problemas para convencerlo de que se embarcara en esta empresa y que, incluso ahora, se alegraría de tener cualquier pretexto para abandonarla.[129] Hasta agosto, Auckland seguía barajando planes alternativos y examinando todas las opciones posibles.

Sin embargo, todas las piezas iban encajando poco a poco y Macnaghten y los hombres de la línea más dura de la administración, a pesar del nerviosismo y de las reservas de Auckland, continuaban, de forma inexorable, con los planes de invasión.[130] La magnitud de la misma y el grado de participación de los británicos aumentaban cada día: con un total de veinte mil soldados ingleses involucrados, esta suponía la mayor operación militar llevada a cabo por las fuerzas de la Compañía en las últimas dos décadas, así como el primer gran conflicto desde la derrota del sultán Tipu, cuarenta años antes.

El 10 de septiembre se dio la orden de movilización: lord Auckland pidió formalmente a su comandante en jefe que reuniera un ejército para marchar hacia Afganistán. Los acantonamientos aletargados de toda la India comenzaron lentamente a despertar. El capitán William Dennie escribió en su

diario, desde Landour: «Estamos en la antesala de un acontecimiento trascendental. Se dice que vamos a luchar contra los rusos o los persas».[131] Ese mismo día, a Burnes se le encargó preparar el itinerario que habría de seguir el ejército a través de Sind. «¡Veinte mil hombres se han movilizado para conseguir ahora lo que una sola palabra podría haber logrado antes», escribió a Holland, «y se van a desperdiciar dos millones en hacer lo que me ofrecí a hacer por dos *lakhs*!».[132] Pese a todo, Burnes no estaba descontento: sus instrucciones habían llegado en un sobre dirigido a «sir Alexander Burnes». Al principio pensó que se trataba de un error, pero al abrirlo descubrió que le habían otorgado dicho título. A pesar de que su misión había sido un fracaso y de que Macnaghten ocupaba ahora el puesto al mando de la expedición que él esperaba dirigir, sus superiores habían sabido apreciar su disposición para apoyar públicamente una política a la que siempre se había opuesto y en contra de un gobernante al que siempre había admirado y de cuya hospitalidad había disfrutado; tampoco protestó cuando, antes de que sus despachos desde Kabul fueran publicados en el libro blanco del Parlamento británico, estos fueron editados de manera que pareciera que siempre había apoyado la restauración de Shuja.[at7] A pesar del cúmulo de frustraciones de los últimos meses, había mantenido la boca cerrada y su discreción había sido recompensada. Su reputación seguía creciendo.

El 1 de octubre, Auckland hizo público lo que más tarde será denominado como el manifiesto de Simla, en el que se declaraba formalmente la guerra y se anunciaba la intención de Gran Bretaña de restablecer a Shah Shuja en el trono afgano mediante el uso de la fuerza. Emily escribió a su tío, el exgobernador lord Minto, que fue quien envió por primera vez Elphinstone a Afganistán: «Mi pobre y querido George, tan pacífico, ha entrado en guerra, lo cual supone una total contradicción con su carácter».[133]

El manifiesto de Auckland no era más que pura propaganda, una tergiversación deliberada y descarada de las informaciones a su disposición y fue rápidamente descrito por la prensa india como «una cínica manipulación de la verdad».[134] Un funcionario indio señaló que el manifiesto utilizaba palabras como «justicia» y «necesidad», o términos como «frontera», «seguridad de las posesiones de la Corona británica» y «defensa nacional», de una forma, por fortuna, nunca antes empleada en lengua inglesa»[135].

En el manifiesto, Auckland acusaba a Dost Mohammad de «presionar para conseguir las pretensiones más inaceptables, de confesar abiertamente sus planes de expansión además de unas ambiciones perjudiciales para la seguridad y la paz de las fronteras de la India», a las cuales «amenazaba

abiertamente […] con solicitar ayuda a todas las potencias extranjeras que podía» y de «haber dirigido un ataque súbito y no motivado contra nuestro antiguo aliado, el maharajá Ranjit Singh». También fue acusado de «haber apoyado abiertamente las aspiraciones persas […] de extender su influencia y autoridad hasta las orillas del Indo, e incluso más allá». La guerra, afirmó, pretendía «establecer una barrera permanente para frenar los planes de agresión en nuestra frontera noroeste». Esto constituía, por supuesto, una auténtica parodia de la realidad, pero ya era demasiado tarde para que Auckland cambiara de opinión, aunque hubiera querido; gracias a los radicales de los que se había rodeado, los acontecimientos habían alcanzado un nuevo impulso.

El documento continuaba afirmando que la popularidad de Shah Shuja «había sido constatada por su señoría merced al testimonio contundente y unánime de las máximas autoridades». Por esta razón, los británicos debían ayudar al legítimo gobernante de Kabul a «entrar en Afganistán rodeado de sus propias tropas». Esto también suponía una distorsión de la realidad. Después de treinta años de exilio llenos de comodidades, el sha —de casi sesenta años— estaba a punto de dirigir la cuarta expedición con el objetivo de intentar recuperar su trono. Sin embargo, esta vez iba a estar en cabeza de un ejército angloíndio, en defensa de los intereses británicos y vigilado de cerca por sus oficiales.

En nada se parecía a la vuelta a casa con la que Shuja había soñado durante décadas. Pero, en esta etapa avanzada de su vida, esto apenas importaba; para él y su corte, aquella no era una invasión injustificada, irracional o innecesaria: se trataba del retorno de un rey.





Capítulo 4

La boca del infierno

El cuarto intento de Shah Shuja de reconquistar su trono —considerado el inicio de la Primera Guerra Anglo Afgana por los historiadores británicos— comenzó de forma tan caótica como los anteriores.

El plan era bueno. Primero se celebraría un acto oficial de despedida en Firozpur, en el Punyab, al que asistirían los tres firmantes de la «alianza tripartita». Después, como había sucedido cinco años antes, durante la última expedición de Shah Shuja, Afganistán sería invadido por dos rutas diferentes: un primer ejército, encabezado por el hijo mayor del sha, el príncipe heredero Timur, y asistido por el coronel Wade y un regimiento de musulmanes punyabíes enviado por Ranjit Singh, se desplazaría hacia el norte desde Peshawar y pasaría por el paso Jáiber hasta Jalalabad; el otro, de mucho mayor tamaño, dirigido por Shah Shuja, bajo la vigilancia de Macnaghten y asistido por las tropas de los ejércitos de las Compañías de Bengala y Bombay, se dirigiría al sur bordeando el Punyab —ya que Ranjit había prohibido que los soldados británicos pasaran a través de sus territorios— hacia el paso de Bolán para atacar el Afganistán meridional desde más al sur de Kandahar y luego proseguir hacia Gazni. Ambas fuerzas convergerían en Kabul y restaurarían a Shuja en su trono del Bala Hisar. Al mismo tiempo, los

numerosos y entusiastas aliados de Shah Shuja en Afganistán se levantarían en su favor y expulsarían al «usurpador» Dost Mohammad. «Casi todos los jefes importantes empezarán a rendir homenaje a Shah Shuja antes de que este haya entrado en el país», aseguró Wade a Auckland.[1] Sin embargo, apenas nada salió como estaba previsto en un principio.

El Manifiesto de Simla especificaba que el sha regresaría a casa «acompañado de su propio ejército». El problema era que Shuja no disponía de tropas en ese momento; de hecho, sus únicos partidarios eran sus mutilados criados domésticos. Por lo tanto, la prioridad se convirtió en reclutar un nuevo ejército: el Contingente de Shah Shuja. Los aspirantes a reclutas llegaron a Ludhiana durante todo el verano de 1838. Algunos de ellos eran afgano-indios de ascendencia rohilla, cuyos antepasados habían emigrado a la cuenca del Ganges en el siglo XVIII, pero la mayoría «eran hindúes locales […] que seguían a las guarniciones militares de la Compañía». Sin embargo, los reclutas eran tan salvajes, inexpertos e indisciplinados, un «tropel de pordioseros», que no fueron considerados aptos para desfilar públicamente en la gran ceremonia inaugural de la expedición en Firozpur.[2] Además, como señalaba un oficial británico en una de sus cartas, «que “el sha pudiera entrar en sus dominios rodeado de sus propias tropas” era pura ficción, ya que el hecho de no contar con un solo súbdito entre sus soldados, ni siquiera un afgano, era demasiado notorio como para pasar desapercibido».[3]

Así que, a finales de agosto, y anticipándose al resto del ejército, Shuja y su contingente salieron discretamente de Firozpur hacia Shikarpur, donde debían comenzar su intensiva instrucción. Pero el contingente se desvió de su itinerario previsto al poco de partir, huyó y saqueó Larkana.[4][at1] Esto reavivó en las tierras de Sind los recuerdos de la violencia y los «grandes excesos» cometidos por las tropas de Shuja en su último paseo por el Indo, e hizo que los emires estuvieran aún menos dispuestos a ofrecerle su ayuda. Para empeorar más las cosas, las primeras tropas de Bombay que llegaron por mar a Karachi confundieron un saludo de artillería del faro de la ciudad con un ataque, por lo que redujeron a escombros la principal fortaleza costera de sus supuestos aliados sindis.

Pero los problemas no terminaron aquí. De manera bastante inquietante, parecía que a Shuja se le estaba subiendo a la cabeza este repentino cambio de fortuna. El sha —cuya naturaleza bondadosa había sido claramente corrompida y endurecida tras largos años de mala suerte— pronto se enemistó con todos sus oficiales británicos, a los cuales ofendía con su arrogancia y su insistencia en exigir que permanecieran de pie en su presencia.[5] También

alarmaba a sus escoltas británicos cuando se refería a los afganos, sus futuros súbditos, como «una jauría de perros, todos iguales».[6] «Debemos intentar», observó un irritado Macnaghten, «que poco a poco vaya construyéndose una imagen más favorable de sus súbditos». Mientras tanto, el príncipe Timur no había salido aún de Ludhiana: «El príncipe es tan estúpido que no se ha movido ni un centímetro», escribió su padre en una de las furiosas notas que enviaba a Wade desde Shikarpur.[7]

Esta fue la razón por la que el acto inaugural de la guerra de lord Auckland no contó con la presencia del hombre en cuyo nombre se enviaba la expedición, ni tampoco con la de ningún miembro de su dinastía. En lugar de los sadozais, los Eden partieron de Simla en medio de unas lluvias monzónicas torrenciales. Emily no estaba nada satisfecha con tener que abandonar su querido retiro en el Himalaya. «Es imposible describir con palabras la tristeza miserable de un día realmente húmedo en el campamento», se quejó poco después de llegar a las llanuras.

> Los criados estaban empapados y tenían un aspecto lamentable, sus cacharros aún no habían llegado del último campamento y las tiendas se calaban por todos lados: por cada una de las costuras caía un chorro de agua […]. Los camellos se resbalan y mueren, y los carros se atascan en los ríos. ¡Por no hablar de la incomodidad! Hay pequeñas zanjas llenas de barro alrededor de cada tienda en las que uno termina por caer […]. Utilizo un paraguas para ir de mi tienda a la de George, y nos llevan en palanquín a la tienda comedor, adonde llega, del mismo modo, la cena […].[8]

De camino pararon en Ludhiana para encontrarse con el príncipe Timur, que aún no había salido hacia Peshawar. «Anoche cenamos copiosamente en casa del comandante Wade», escribió Fanny, «y la ciudad estaba iluminada al estilo local, con largas hileras de farolillos […]. El hijo de Shuja nos acompañó, pero al no tener ni elefantes ni reino, enviaron al mío propio para que lo recogiera».[9] Mientras tanto, los platos y cubiertos de Macnaghten se habían perdido en el caos del traslado, lo cual suponía un motivo de gran preocupación para alguien tan obsesionado con el protocolo como él. «El terror reina en el campamento debido a este incidente», relataba Fanny. «¿Qué pensaría Shah Shujah, que come con los dedos, si Macnaghten hiciera lo mismo?».[10]



El anegado campamento del gobernador general era solo uno de los engranajes que conformaban la vasta movilización de tropas por todo el norte y el oeste de la India en plena temporada de monzones.

Bajo la lluvia de Bombay, los regimientos salían de sus barracones hacia las playas para ser transportados por el tempestuoso mar hasta Karachi, Thatta y otros puntos de desembarque en torno a la desembocadura del Indo. En los acantonamientos situados bajo las colinas de Delhi, los camelleros de las nuevas baterías experimentales de camellos —que consistían en unos sistemas móviles de morteros y de cohetes Congreve sobre el dorso del animal— tenían problemas para sujetar a sus obstinadas bestias. En Hansi, el coronel James Skinner trataba de reunir sus reservas, dispersas por los pastizales inundados de Haryana, mientras que los ordenanzas limpiaban los cascos oxidados y las cotas de malla de los soldados. Los cipayos de la Compañía preparaban sus equipos en los cantones, por completo embarrados, de Meerut y Roorkee, y comenzaban su marcha hacia Karnal y Firozpur por la Grand Trunk Road, seguidos a través del lodazal por sus esposas y amantes.

A la cabeza de uno de los regimientos que atravesaban las ciénagas formadas por el monzón estaba William Nott, el hijo de un modesto propietario de tierras galés. Nott había llegado a la India cuarenta años antes, recién salido de Caernarfon, y poco a poco se había convertido en uno de los generales de más alto rango de la Compañía. Él y sus cipayos —«los varoniles y excelentes soldados» a los que estaba profundamente unido— avanzaban con dificultades hacia Karnal tras haber abandonado su base de Delhi, donde acababa de enterrar a su «amada y difunta Leticia», su esposa desde hacía veinte años. «El camino estaba lleno de soldados, cañones, cureñas, municiones y provisiones», escribió. «Tanto a caballo como a pie, había que armarse de paciencia para abrirse camino entre tantos carros y material de guerra».

Mientras los soldados más jóvenes esperaban que la guerra les trajera gloria, riquezas y ascensos, Nott solo quería que le ayudara a olvidar. «He tenido un día horrible pensando en los tiempos pasados y en las personas a las que amo», escribió a sus hijas la noche en la que llegó a Karnal. Añadió: «Es extraño, pero me sentía en cierto modo aliviado» por tener la distracción de la guerra que iba a tener lugar; aunque él mismo se horrorizaba de sus propios

pensamientos y escribía al margen: «¿Cuándo dejará el hombre de destruir a sus iguales?».[11]

Su ascenso al cargo de general no le sirvió de gran consuelo; este reconocimiento podría haber llegado mucho antes si no hubiera sido por su costumbre de decir siempre lo que pensaba, incluso delante de sus superiores. Nott no era un hombre que se quedara callado ante lo que él consideraba una humillación, y ya estaba preparándose para mostrar su descontento por el trato preferente que recibían los comandantes del ejército británico recién llegados a la India. Estos hombres, por lo general más ricos y con mejores contactos que sus compañeros del ejército de la Compañía, no hablaban hindustaní ni tenían experiencia en luchar en la India o con cipayos. Había escuchado que el comandante en jefe sir John Keane iba a tomar el mando de varios regimientos cipayos ahora controlados por los generales de la Compañía, y se sentía dispuesto a dar guerra en este asunto. «Él es un oficial de la reina y yo lo soy de la Compañía», explicó a sus hijas. «Soy de la firme opinión de que un oficial de la reina, por muy talentoso que sea, está incapacitado para dirigir las tropas de la Compañía».

Para alivio de todos, las lluvias habían cesado ya cuando el nuevo ejército —conocido como el Ejército del Indo— empezó a reunirse en las llanuras de Firozpur a principios de noviembre. Con la intención de levantar la moral de las tropas, Ranjit Singh envió a seiscientos de sus jardineros para que montaran jardines improvisados con tiestos de rosales alrededor de las tiendas de los oficiales. Pero, en lo relativo a la guerra, surgió un nuevo y más serio obstáculo. Para la vergüenza de Auckland, en medio de los preparativos de la invasión llegó la noticia de que los persas, alarmados por la ocupación naval británica de la isla de Jark, habían abandonado inesperadamente el asedio a Herat y se habían retirado a Mashhad. Poco después llegó la confirmación de que el conde Nesselrode, en San Petersburgo, también había cedido ante la presión diplomática ejercida desde Londres por lord Palmerston, el ministro de Asuntos Exteriores británico. El conde Simonitch, artífice de la estrategia diplomática rusa para aventajar a los británicos en Persia y Afganistán, fue sacrificado y destituido de su puesto como embajador en la corte persa por haberse extralimitado en sus instrucciones.[at2] Vitkevitck también tuvo que retirarse a San Petersburgo desde Kandahar, donde había intentado reforzar la alianza ruso-barakzai al prometer a los hermanastros de Dost Mohammad el apoyo militar ruso en caso de una invasión británica.

Los dos *casus belli* originalmente esgrimidos por Auckland habían desaparecido: tanto Rusia como Persia se habían retirado públicamente. Si

alguna vez había existido alguna amenaza real sobre la India británica, ahora se había desvanecido. Este habría sido el momento ideal para retomar las negociaciones con Dost Mohammad y conseguir todos los objetivos que planteaba la campaña militar sin derramar una sola gota de sangre. Después de todo, la gran hambruna que azotaba el norte de la India había acabado con la vida de decenas, es posible que de cientos, de miles de personas —aunque no existen estadísticas oficiales—, y sus horribles consecuencias habían sido agravadas por el impulso que habían dado los británicos al cultivo del opio frente a los cultivos alimenticios. Existía además la probabilidad, cada vez mayor, de que Auckland decidiera empezar otra guerra ilegal en un segundo frente, esta vez contra China, con el fin de proteger el comercio del opio, tan rentable para la Compañía, en los mismos campos de amapolas que otrora habían producido ricas cosechas de grano. Por otro lado, reinaba una incertidumbre absoluta acerca de cómo iba a ser recibido Shuja en Afganistán, y no estaba claro si iba a ser posible mantenerlo en el trono una vez restablecido. Resulta asombroso, sin embargo, que nadie en Firozpur hubiera barajado la posibilidad de retomar las negociaciones con el emir.

En cambio, ahora que no había peligro de enfrentarse a los cosacos o al Ejército imperial persa, se tomó la decisión de retirar varios regimientos del Ejército del Indo y enviar a Afganistán una fuerza menor de la que se había pensado en un inicio. Sin embargo, Auckland declaró públicamente y de manera contundente su intención de «continuar con vigor» según el plan previsto. «No existe la más mínima duda sobre el camino que, en puridad, debemos tomar», afirmó. «Por nuestra propia seguridad, debemos ayudar al legítimo soberano de Afganistán a recuperar su reino». La «alianza tripartita» será respetada y Shah Shuja «devuelto al trono de sus antepasados».

El 27 de noviembre, el ejército sij y las tropas de la Compañía finalmente convergieron en las llanuras de Firozpur. El edecán de lord Auckland, William Osborne, cínico por naturaleza, estaba asombrado ante la magnitud del contingente. «En los *Champs de Drap d’Or* de Firozpur, lord Auckland hizo su aparición con la magnificencia imponente de un potentado indio», relataba Osborne, «y aunque los uniformes virreinales se vieron eclipsados por las joyas y las cotas de malla de los *sardars* sijs, la gran comitiva y la escolta de quince mil hombres del gobernador general no tenían nada que envidiarle a las del monarca del Punyab».[12] Aunque no era lo habitual, Emily estaba completamente encantada con el espectáculo. «Detrás de nosotros había un gran anfiteatro de elefantes de nuestro propio campamento», escribió. Frente a ellos había «miles de seguidores de Ranjit

vestidos de satén amarillo o rojo, con muchos caballos de carga enjaezados con tejidos de oro y plata, todos centelleantes por las joyas. Nunca antes había visto nada tan deslumbrante. Había tres o cuatro sijs que parecían haberse escapado del circo Astley, pero era tal el esplendor del vasto grupo en su conjunto que no resultaba en absoluto recargado».[13]

Otros, sin embargo, no estaban tan impresionados. Sir John Kaye, un joven oficial de artillería por aquel entonces, que se convertiría más tarde en el historiador de la Primera Guerra Anglo-Afgana, recuerda que el primer encuentro entre lord Auckland y Ranjit Singh se produjo «en medio de un tumulto y una confusión indescriptibles». De hecho, entre los barritos de las dos filas de elefantes y el alboroto que se levantó cuando ambos líderes se dirigían a la tienda del *durbar*, el caos fue tal que muchos de los sijs pensaron que un complot británico estaba teniendo lugar con el fin de acabar con su amado líder «y empezaron a cargar sus mosquetes y a empuñar sus armas con una mezcla de desconfianza y ferocidad».[14] Lord Auckland, entusiasmado por el revuelo, «dio una réplica de lo más ostentosa» al discurso de bienvenida de Ranjit «sobre la unidad de sus ejércitos para conquistar el mundo». «Te quedarás de piedra, supongo», escribió Fanny a su hermana en Inglaterra, «cuando marchen de la mano a tomar Motcombe».[15]

Esa noche, Fanny ocupó su lugar al lado de Ranjit Singh en el banquete y quedó fascinada y encantada con su compañero de cena, que apareció vestido con una *kurta* (camisa suelta) lisa de color blanco y con una sola joya que refulgía en su brazo: el Koh-i-Nur, un ornamento poco adecuado para la ocasión si se tiene en cuenta la forma en la que se había hecho con él. El monarca sij pasó la mayor parte de la recepción intentando que Fanny bebiera su licor casero: «el brebaje que él llama vino quema como el fuego y es mucho más fuerte que el brandi», anotó más tarde.

> Al principio se contentó con que George y sir W. Cotton lo probaran. Luego comenzó a rellenar mi copa de oro sin cesar. Durante algún tiempo pude manejar bien la situación y hacía como que bebía, aunque en realidad le devolvía el vaso lleno a su copero. Pero pronto empezó a sospechar, inspeccionó mi copa con su único ojo, sacudió la cabeza y luego me la devolvió. En la siguiente ocasión introdujo el dedo en mi copa para comprobar cuánta bebida me quedaba. Conseguí que el comandante Wade le explicara que en Inglaterra las señoras no bebemos tanto; tras escucharlo, esperó a que George mirara hacia otro lado para volver a pasarme una copa a hurtadillas, ya que creía que mi hermano era un tirano horrible que no me dejaba beber.[16]

Mientras tanto, George intentaba esquivar las persistentes preguntas de su nuevo aliado sobre por qué no tenía, al menos, una esposa. «George contestó que en Inglaterra se podía tener solo una mujer», dijo Emily, «y que si esta resultaba ser mala, no era tan fácil deshacerse de ella. Ranjit exclamó que esa era una costumbre absurda, que a los sijs se les permitía tener hasta veinticinco esposas y que estas no se atrevían a portarse mal porque podían pegarlas si lo hacían. George respondió que esa era una costumbre excelente y que trataría de aplicarla cuando volviera a su país».

A la mañana siguiente, los sijs hicieron algunas maniobras que dejaron impresionados a sus aliados, tanto por su disciplina, como por la precisión de su artillería. Después llegó el turno de los ingleses. «La suma habilidad con la que el jefe británico atacaba a un enemigo imaginario», escribía Kaye, «era solo igualada por la valentía con la que lo derrotaba. Se libró una gran batalla en la llanura; solo faltó un ejército de verdad al que enfrentarse para que la victoria fuera completa».[17]



Dos días más tarde, tras varias demostraciones de destrezas militares y ecuestres, diversos discursos y varios banquetes más, las tropas marcharon finalmente a la guerra. Encabezados por lanceros con túnicas de color escarlata y empenachados chacós, las columnas de caballería y los regimientos de infantería se dirigían río abajo hacia Shikarpur, donde debían encontrarse con las tropas de Bombay y el Contingente de Shah Shuja. Mientras tanto, los sijs se dirigían al norte, hacia Lahore.

El Ejército del Indo estaba formado aproximadamente por mil europeos y catorce mil cipayos de la Compañía —sin contar con los seis mil soldados irregulares reclutados por Shuja—, acompañados por un séquito de al menos treinta y ocho mil no combatientes indios. Más de treinta mil camellos, provenientes de zonas tan remotas como Bikaner, Jaisalmer o Hisar, en Haryana, donde se encontraba el criadero de dichos animales de la Compañía, acarreaban el armamento de estos hombres.

Nadie se planteaba viajar ligero de equipaje. Un brigadier afirmó que necesitaba cincuenta camellos para transportar su equipo, mientras que el general Cotton requirió doscientos sesenta. Trescientos camellos fueron destinados al transporte de la bodega del ejército. Incluso los oficiales

subalternos viajaban con un número de servidores que podía alcanzar la cuarentena, entre ellos cocineros, barrenderos, porteadores o aguadores.[18] Según el general Nott, que durante su carrera nunca había podido sacar partido de los buenos contactos o de su dinero para poder ascender y que, por tanto, veía con malos ojos a los jóvenes y ricos oficiales de los regimientos de la reina, resultaba evidente que el ejército no estaba funcionando con la austeridad militar que debería. Muchos de estos oficiales subalternos se tomaban la guerra como si fuera una batida de caza; de hecho, uno de los regimientos llevaba al frente a sus propios perros de presa. «Muchos oficiales jóvenes habrían preferido dejar atrás sus espadas y sus pistolas de doble cañón antes que sus estuches de viaje, sus perfumes, el jabón Windsor y el agua de colonia», escribió. «Un regimiento tiene dos camellos que llevan los mejores cigarros de Manila, mientras que otros cargan con mermeladas, encurtidos, puros, conservas de pescado, carnes envasadas al vacío, platos, vasos, copas, velas, mantelerías, etc.».[19]

Todo ello no auguraba nada bueno en lo que se refería a la efectividad de la fuerza de combate, y lo mismo sucedía con la falta de comunicación entre los diferentes cuerpos del Ejército del Indo. Se suponía que, llegados a este punto, las negociaciones entre Alexander Burnes y los emires de Sind deberían haber concluido y el ejército tendría que haber conseguido los permisos necesarios para poder atravesar sus territorios y cruzar el río. Pero el ataque a Karachi y el saqueo de Larkana estuvieron a punto de provocar, incluso antes de que la guerra contra Dost Mohammad comenzara, el inicio de una segunda guerra entre los británicos y los sindis. Es comprensible que los sindis no quisieran que un ejército británico cruzara su territorio, por lo que dilataron la concesión de los permisos y se negaron a proporcionar camellos o animales para transportar a las tropas de Bombay, que todavía permanecían donde habían desembarcado, a orillas del pantanoso delta del Indo.

Las cosas iban de mal en peor. La semana siguiente, después de haber acompañado al líder sij a Lahore, donde Fanny y Emily habían visitado a «un selecto número de esposas de Ranjit», Macnaghten partió con presteza a reunirse con el ejército. En el camino se enteró de una noticia que lo horrorizó: el general sir Willoughby Cotton, haciendo caso omiso de las órdenes, había abandonado el lugar fijado para el encuentro y se dirigía rápidamente hacia el sur para lanzar un ataque ilegal contra la capital de Sind, Hyderabad. «Cotton se ha embarcado en una empresa que es un auténtico despropósito», escribió Macnaghten, desesperado, a Simla. «Parece ser que viaja por una ruta campo a través. Me temo que pronto terminará perdido en

la selva. Si las cosas continúan así, ¿qué será de nuestra expedición en Afganistán?». Mirza ‘Ata, que se supone que acompañaba al Contingente de Shah Shuja, informó en el campamento sadozai del rumor de que Cotton estaba tan perdido que habría necesitado de la intervención milagrosa de un santo para devolverlo a la ruta correcta: «El ejército estaba desorientado en medio de la vegetación de la selva y vagó, confundido y alarmado, durante lo que dura un turno de guardia, hasta que un anciano de barba blanca, parecido al profeta Khizr, apareció y los condujo a su campamento junto al río».[20]

Macnaghten envió una serie de notas desesperadas, mediante camellos rápidos, en las que instaba a Cotton a detener su marcha. El general accedió a suspender el ataque, a regañadientes, a pocas horas de que comenzara el asalto y solo después de que los emires se rindieran ante él. Como dijo Mirza ‘Ata: «Cuando estos *mirs* —zafios y subversivos, siempre dispuestos a pelear — vieron cómo se aproximaban a su territorio oleadas de soldados ingleses por tierra y por mar, como la marea o como las nubes negras previas a la tormenta, se sintieron intimidados y se entregaron».[21] Sin embargo, el incidente supuso para el general una importante pérdida de prestigio frente a sus tropas, ansiosas por saquear una ciudad que, supuestamente, contenía grandes riquezas.

El encuentro entre Macnaghten y uno de sus más afamados comandantes no fue nada agradable: «Para sir Willoughby, tanto su majestad como yo mismo somos un cero a la izquierda», se quejó Macnaghten a Colvin. «La más mínima sugerencia por mi parte, planteada con tranquilidad y extrema prudencia, era recibida con arrogancia; y me acusó, directamente, de querer asumir el mando del ejército; también me dijo que él, sir Willoughby, solo tenía un superior, sir John Keane (el comandante en jefe), que no toleraría más injerencias en sus asuntos, etc. Todo esto surgió porque yo había requerido mil camellos para el transporte de las tropas del sha».[22] Esta petición era un reflejo de la carencia, cada vez mayor, de animales de carga; el problema se había agravado después de que la mitad de los camellos del sha hubieran muerto tras comer una planta venenosa de la zona, de la familia de la dedalera, lo cual había dejado al sha y a sus tropas «en la estacada y sin manera de poder avanzar», como los soldados que aún se encontraban atrapados en el sofocante delta del Indo.

Las relaciones entre Shuja y Macnaghten tampoco comenzaron con mucho mejor pie. «Lamento tener que decirlo, pero el sha, cada vez que nos encontramos, no cesa de hablar disparates acerca de lo reducidos que son los territorios que va a recibir», escribió el enviado, «y con frecuencia sostiene

que habría sido mucho mejor para él haber permanecido en Ludhiana. La próxima vez que me aborde con el tema le voy a recordar el siguiente versículo de Saadi: "Aunque un rey conquiste siete regiones, siempre anhelará una más"». Y luego predijo: «No creo que 50 000 rupias al mes sean suficientes para cubrir los gastos del sha».[23]

Además, las tensiones habituales entre Macnaghten y Burnes se agravaron por el hecho de que al primero le habían confiado el trabajo que Burnes anhelaba, mientras que a este le habían concedido el título de sir, que el esnob de Macnaghten habría deseado de todo corazón. Como resultado, Macnaghten trataba a Burnes, por lo general, con suma condescendencia —como si fuera un adolescente al que hubieran ascendido demasiado rápido—, mientras que Burnes consideraba que Macnaghten era «un hombre sin experiencia e incapaz de entenderse con los nativos. También peca de tomar decisiones y ejecutar planes de manera demasiado apresurada».[24]

Por lo tanto, las tropas que convergieron en Shikarpur a finales de febrero de 1839 —tres meses después de la fecha inicialmente prevista para la invasión— estaban descontentas y desunidas. Las únicas personas impresionadas por el Ejército del Indo eran los afganos, que ignoraban su falta de coordinación, disciplina y planificación, así como las disputas entre los comandantes, y solo habían escuchado rumores exagerados acerca del tamaño del enorme contingente que se dirigía hacia ellos. Los hermanastros barakzais de Dost Mohammad, en Kandahar, se sentían particularmente vulnerables: como en 1834, ellos eran el primer objetivo de cualquier fuerza que avanzara hacia Afganistán a través del Bolán y, ahora que Vitkevitch se había retirado y sus promesas de apoyo militar ruso se desvanecían, eran perfectamente conscientes de lo mal preparados que estaban para enfrentarse al moderno ejército colonial, bien adiestrado y equipado. Años más tarde, los poetas épicos afganos recordarán los rumores que circulaban sobre el formidable ejército británico que marchaba hacia sus montañas y valles:

En el día previsto, a la hora prevista,
al completo y numeroso, el ejército partió hacia Kabul

Cuando la horda se puso en movimiento,
la tierra tembló hasta sus cimientos

Acompañaron al sha a través de Sind
ciento cincuenta mil soldados elegidos para la ocasión

Por otra ruta, Timur, Wade y *Daktar* (Doctor) lord

viajaban con otros cinco mil soldados

Dos ríos turbulentos desde dos direcciones diferentes
se dirigían a Kabul desde Ludhiana

Los gobernantes de todas las regiones y provincias
fueron tan dúctiles como la cera con el sello del anillo del sha

Los caballos, con paso firme, alcanzaron las montañas de Sind
y entraron en los desiertos de la India

Camellos sobrecargados y sudorosos
inundaron la ruta de las montañas

Los cañones y los elefantes marchaban juntos
como el limo fértil arrastrado por la fuerza de las aguas del río Nilo.[25]



Una vez establecido el campamento británico y la cabeza de puente en Shikarpur —y debido a la escasez de camellos para acarrear los suministros necesarios para la guerra—, las municiones y los víveres empezaron a enviarse Indo abajo a bordo de una flota de barcazas que habían sido requisadas a toda prisa: «de fondo plano, de bajo calado y con la popa más ancha que la proa, que puede elevarse hasta cuatro metros por encima del agua», describía Thomas Seaton, un joven soldado de infantería responsable de uno de los convoyes de suministros. «Sobre cada uno de estos medios de transporte tan inusuales se construyó una choza de paja de dos habitaciones y, como todos los barcos —unos cincuenta— eran exactamente iguales, evocaban una aldea flotante».[26] A finales de febrero habían llegado a Shikarpur, al fin, tanto el arsenal completo como las últimas tropas de Bombay.

Ahora solo tenían que construir un puente. El río tenía casi un kilómetro de ancho y «un torrente caudaloso» y, en principio, los ingenieros solo disponían de ocho barcazas «y cerca de nosotros no había más que un pequeño pueblo […]. En primer lugar, y con gran esfuerzo, nos hicimos con unas ciento veinte embarcaciones», informó James Broadfoot, un escocés de las Orcadas que estaba al mando de la operación:

> Después talamos muchos árboles y los transformamos en sólidas vigas. No teníamos cuerdas, pero fabricamos quinientas utilizando un tipo especial de hierba que crece a ciento sesenta kilómetros de aquí; las anclas se hicieron con árboles pequeños trenzados y rellenos de media tonelada de piedras. Construimos los clavos allí mismo. Luego anclamos las barcazas en fila en medio de la corriente, dejando tres metros y medio de separación entre ellos, colocamos vigas entre las embarcaciones y clavamos sobre ellas tablones para formar pasarelas. Es el mayor puente militar jamás construido y uno puede imaginarse el esfuerzo que supuso acabarlo en tan solo once días.[27]

El último día de febrero la fuerza invasora cruzó finalmente el Indo. Mirza ‘Ata estaba profundamente impresionado: «Los asombrosos conocimientos técnicos del Ejército británico habrían dado una lección de humildad a los mismos Platón y Aristóteles», escribió. «De hecho, cualquiera que viese la estructura quedaría asombrado».[28] Pero las limitaciones de los británicos se hicieron patentes en los días sucesivos.

Fue en este preciso momento, tras cruzar el Indo y adentrarse en los doscientos cincuenta kilómetros de salinas estériles que separaban Shikarpur del paso de Bolán, cuando Macnaghten y sus generales fueron plenamente conscientes de la empresa en la que se habían embarcado: una campaña militar lejos de sus propias fronteras, a través de un territorio hostil, seco e inexplorado, con unas comunicaciones muy precarias y rodeados por todos los flancos de aliados reacios y poco fiables.

A causa de todos los retrasos que habían sufrido, el verano se acercaba y el desierto empezaba a calentarse por momentos, por lo que las marchas se realizaban durante la noche. La falta de reconocimientos previos en la ruta prevista en busca de puntos de abastecimiento de suministros suponía que nadie supiera con certeza la cantidad de agua y alimentos que iban a necesitar. Además, nadie estaba preparado para el calor. Seaton lo encontró casi insoportable desde un primer momento. «Comenzamos nuestra marcha al atardecer», escribió dos días después de dejar Shikarpur. «Tan pronto como entramos en el desierto, se levantó un viento, suave al principio pero caliente y feroz más tarde, que arrastraba consigo partículas de polvo tan finas como la pólvora, y que se infiltraban por doquier, y que, junto con el calor que todavía irradiaba del suelo, provocaban una sed insoportable». Y continuó diciendo:

> Los cipayos —cada uno con su pesado mosquete, sus sesenta cartuchos de munición, su vestimenta, su macuto con las provisiones básicas y sus cantimploras llenas de agua— iban demasiado cargados para una marcha de este calibre; y a la carga había que añadir la opresión insoportable causada por sus ajustados uniformes de lana. En tales circunstancias, el estado de estos hombres era lamentable y su sufrimiento aumentaba minuto a minuto. Pronto se acabó el agua de sus cantimploras. A medianoche, sus fuerzas empezaron a decaer, entonces comenzaron a escucharse algunos murmullos que pronto se convirtieron en un grito unánime: «¡Agua! ¡Agua!». Muchos estaban medio delirando […]. Uno de los cipayos estaba en tan malas condiciones que, cuando lo hablé, apenas pudo responderme; la lengua le temblaba y tenía el rostro desencajado por la agonía.

Pero no eran solo los cipayos los que sufrían:

> Los civiles del séquito del ejército, pobres y sobrecargados, algunos incluso con niños, se encontraban en un estado aún más lamentable; los gritos de los pequeños eran desgarradores. Hombres fuertes, exhaustos por el peso de su carga, yacían en el suelo gimiendo y golpeándose el pecho […]. Uno de los oficiales nativos del campamento llevaba consigo a su única hija; la madre de la pequeña había muerto. Era una criatura hermosa, vivaracha y parlanchina de unos seis años de edad, que hacía las delicias de todos nosotros. Solía verla todos los días charlando con su padre, ayudándolo a encender el fuego y a cocinar y sus buenos modales de niña eran un placer para la vista. Cuando la vi a las diez de la mañana, esta se encontraba perfectamente, pero a las tres de la tarde estaba muerta y lista para recibir sepultura […]. (Cuando llegaron al campamento al amanecer) de los treinta y dos pozos cavados en el fondo de un barranco, solo seis contenían agua. Uno de ellos estaba contaminado porque un animal había caído en él, mientras que el agua del resto era tan amarga y salobre que hacía que las *lotas* (recipientes de latón para el agua) se ennegrecieran.[29]

También se incrementaron los ataques de los bandidos baluchis. La prepotencia de los ingleses y su falta de diplomacia y coordinación con los jefes locales hicieron que las tribus de la zona consideraran un blanco fácil a las vulnerables columnas británicas. No solían atacar a los soldados, pero robaban y asesinaban a los civiles indefensos a diario.

Para el joven oficial de caballería Neville Chamberlain se trataba de su primera campaña militar y, una semana después de salir de Shikarpur, vio su primer cadáver cerca de un abrevadero: «Una mujer —¡pobre criatura!— yacía al borde del agua, su largo pelo negro flotaba en las ondas de la corriente cristalina». Le habían rajado el cuello de oreja a oreja. Fue solo la primera de muchas muertes. «Los cuerpos sin enterrar se pudrían al borde del camino. Ni un árbol, ni un arbusto, ni una brizna de hierba, nada podía verse en medio de la tenue luz que la luna nos ofrecía. Era todo arena, no había un solo pájaro en la llanura, ni siquiera un chacal: si los hubiera habido, no habríamos encontrado tan a menudo camellos en estado de descomposición. Nuestros camellos estuvieron sin comer durante varios días; cuarenta y cinco de ellos murieron de hambre y agotamiento en una sola noche».[30]

Fue durante una de estas marchas nocturnas a la luz de luna cuando muchos de los soldados tuvieron la oportunidad de vislumbrar, por primera vez, al hombre por el que estaban arriesgando sus vidas. «Shah Shuja es un anciano de unos sesenta años de edad», escribió Chamberlain. «Su barba le llega hasta la cintura y, aunque es blanca, está teñida de negro para hacerle parecer más joven. Va de un lugar a otro en una especie de *tonjon* (litera) transportada por doce hombres y acompañada por jinetes, lacayos a pie, elefantes, caballos y cien cipayos».

Shuja aceptó de buena gana las privaciones propias de la marcha, pero estaba tan alarmado como el resto por la falta de planificación, los crecientes problemas con los saqueadores baluchis y la muerte de los camellos de carga. También le preocupaba la lenta respuesta a sus cartas de sus futuros súbditos, a los que les pedía que se congregaran bajo su estandarte. Desde que Macnaghten le había informado del plan para restaurarlo en el trono, Shuja había enviado abundante correspondencia a los diferentes líderes tribales de sus antiguos dominios para invitarlos «a presentarse ante él y ofrecerle su lealtad, según dictaba la tradición familiar, y así sus antiguos derechos y tierras serían garantizados a perpetuidad». Pero, a excepción de algunos de los jefes ghilzais y del Jáiber, que habían contestado solicitando dinero, la respuesta había sido un silencio ensordecedor.[31]

Mehrab Khan de Qalat, el líder del territorio al que se estaba dirigiendo el ejército en esos momentos, también guardó silencio, lo cual no auguraba nada bueno. En el pasado, el kan de Qalat había sido un seguidor bastante fiel de Shuja, al cual había ofrecido refugio tras su derrota en Kandahar, cinco años atrás. Sin embargo, se mostraba completamente contrario a que Shuja fuera restituido en el trono como una marioneta de los ingleses. Cuando enviaron a

Burnes para intentar ganarse su apoyo —además de llevar diez mil ovejas para las tropas, que habían visto como sus raciones habían sido reducidas a la mitad—, Mehrab Khan fue sincero al declarar que consideraba que la actuación británica era poco diplomática, estaba mal planificada y seguía una estrategia equivocada. «El kan habló largo y tendido, y con mucha franqueza, sobre la empresa en la que los británicos se habían embarcado y declaró que esta era de enorme magnitud y de difícil consecución», informó Burnes.

> Dijo que nuestro Gobierno, en vez de apoyarse en el pueblo afgano, lo había dejado de lado para inundar el país con tropas extranjeras; y que, si nuestro objetivo era establecernos en Afganistán y darle a Shah Shuja la soberanía simbólica de Kabul y Kandahar, habíamos elegido el camino equivocado, ya que todos los afganos estaban descontentos con el sha y todos los mahometanos, alarmados y nerviosos por lo que estaba sucediendo. Dijo que, si no éramos capaces de hacerle ver a Shah Shuja los errores que cometía, terminaríamos por encontrarnos en una situación incómoda; que el jefe de Kabul (Dost Mohammad) era un hombre con capacidad y recursos y que, aunque pudiéramos reemplazarlo fácilmente por Shah Shuja en función del plan que hemos previsto, nunca podríamos ganarnos a la nación afgana.[32]

Se trataba de un muy buen consejo. Mientras Burnes se preparaba para regresar con su ejército, sin haber conseguido ninguno de los suministros que necesitaba ni tampoco el más mínimo apoyo de Mehrab Khan, la última advertencia de su anfitrión también fue bastante premonitoria: «Habéis traído vuestro ejército a Afganistán», le dijo, «pero ¿cómo pretendéis sacarlo de aquí?».[33][at3]



Al pasar las cegadoras salinas blancas de Dhadar, la calima de las planicies del desierto dio paso lentamente a las laderas de las estribaciones montañosas. Estas se extendían hasta los perfiles plateados, parecidos al espinazo de un dragón, que se elevaban en la distancia, por encima de una tormenta de arena estival: eran las grandes montañas del sur de Afganistán. El paisaje era seco, color ceniza y tan árido como antes, pero la pendiente se hacía cada vez más

escarpada y tortuosa hasta llegar al gran embudo del oscuro paso de Bolán, que se abrió de improviso frente a las tropas.

En los primeros seis kilómetros, de los cien que tenía el paso, el desfiladero era tan estrecho que los camellos debían avanzar de uno en uno. Fue entonces, a medida que los cascos de los inquietos caballos traqueteaban por encima de las rocas desprendidas, que bloqueaban el cauce seco del río, cuando las bajas empezaron a multiplicarse debido a los errores de los comandantes: los asfixiantes uniformes de invierno de la infantería daban demasiado calor en las sofocantes temperaturas del verano y en un ascenso tan pronunciado; y, aunque las paredes verticales del acantilado, al principio, protegían a los cipayos de la radiación directa del sol, las rocas reflejaban el calor en sus rostros como si de un horno abierto se tratara. Durante el día, los termómetros de las tiendas mal ventiladas alcanzaron los cuarenta y ocho grados.

Transportar la artillería por esos caminos, que no habían sido debidamente inspeccionados ni acondicionados por los ingenieros militares, era casi imposible. En un primer momento, ocho caballos y una fila de cipayos con sogas tiraban de cada cañón. Luego, cuando el camino se volvió más empinado y pedregoso, los cañones tenían que ser desmontados y cargados a pulso: «Cada cañón, cada carreta, cada carro, etc., debían ser transportados por piezas y a mano», relataba el comandante William Hough. «La subida era tan empinada que algunos no querían hacerla a caballo. Unos cuantos camellos cayeron y bloquearon a los que iban detrás […]. En lo más alto del paso, el convoy del equipaje sufrió un agresivo ataque (de los baluchis); se llevaron cuarenta y nueve cargas de grano portadas por los camellos […]. (La retaguardia) encontró los cuerpos mutilados de muchos civiles del séquito del ejército por el camino».[34]

Por la noche, el aire estaba preñado de gemidos de camellos y civiles moribundos. Muchos cipayos también se derrumbaron: agonizantes, pedían agua, mientras daban boqueadas del aire enrarecido, seco y caliente, solo para que les dijeran que no quedaba más. Además de todo esto, «el hedor de los camellos muertos hizo que nuestras vidas se convirtieran en un infierno», escribió Seaton. «No tengo palabras para describir todos los sufrimientos causados por el calor, el polvo, el viento del desierto y la miríada de moscas. El campamento olía como un osario. Nadie podía dar más de tres pasos sin encontrarse con un hombre o animal muerto o moribundo».[35]

La falta de víveres significaba que la comida de los soldados tenía que reducirse de nuevo: pasaron de medias raciones a cuartos de ración. El séquito

del ejército se tuvo que conformar con comer «las pieles fritas de las ovejas, la sangre coagulada de los animales y las raíces que encontraban en los alrededores».[36] Los incidentes ocasionales de violencia salvaje enervaban a todo el mundo. El 3 de abril, William Hough anotó en su diario: «Dos sargentos de artillería, uno trepanado mientras estaba de caza, el otro mutilado mientras esnifaba una pizca de tabaco».[37] Muchos caballos, demasiado débiles para continuar, tuvieron que ser sacrificados, mientras que gran parte del equipaje fue abandonado y quemado, para evitar que cayera en manos de los baluchis.[38]

«Era la boca del infierno», recordaba el cipayo Sita Ram.

> El agua de los pocos pozos existentes era amarga y todo lo demás, incluso la leña, había de transportarse en camellos. Los baluchis empezaron entonces a atacarnos por la noche y a ahuyentar a nuestros camellos. El calor era tal que muchos murieron como resultado de sus efectos: en un solo día hubo treinta y cinco víctimas. En estos momentos, los cipayos de la Compañía estaban casi decididos a regresar a la India y hubo algunos síntomas de rebelión en varios de los regimientos. Sin embargo, el avance de las tropas, gracias tanto a la promesa de Shah Shuja de ofrecer generosas recompensas, como por el temor a los baluchis, cada vez más numerosos, continuó su curso. Los miembros de las tribus asesinaron a mucha gente. Mataban siempre que tenían oportunidad y arrojaban grandes rocas montaña abajo.[39]

Mirza ‘Ata escribió que los miembros del séquito de Shah Shuja tuvieron la suerte de sobrevivir al conseguir evitar la lluvia de balas que los francotiradores baluchis, escondidos en las fallas y grietas de las rocas, lanzaron sobre ellos. «El ejército entró en los desfiladeros del paso de Bolán», escribió.

> El paso era accidentado y pedregoso, rodeado de cimas montañosas que rozaban el cielo: el ejército lo observaba con consternación y los baluchis de las montañas no tardaron en comenzar los ataques y saqueos. Se perdieron miles de animales de carga, camellos, caballos y elefantes, al igual que sus respectivos cargamentos.
>
> Cruzar el paso fue en extremo complicado: dos meses antes, los ingleses habían enviado dos cañones y miles de asnos, a los que habían tenido que arrastrar con cuerdas, de uno en uno, cargados de pólvora para despejar la ruta; el transporte del resto de los suministros entrañó la misma dificultad y causó la pérdida de un gran número de camellos, caballos y bueyes, así como de soldados, que murieron por falta de agua y comida; todo esto sin mencionar el material militar que fue saqueado. Pasaron tres días y tres noches en aquel desfiladero infernal desprovisto de agua y los suministros eran tan escasos que ni siquiera era posible conseguir medio *seer* de harina por una rupia de oro.[40]

Por su parte, Shuja escribió a Wade desde el paso para comunicarle su intención de castigar a los miembros de las tribus de la zona «por su actitud criminal, a su debido tiempo». También le hizo saber que temía que «los usurpadores» estuvieran utilizando a los intelectuales y a los ulemas para poner al pueblo en su contra «y provocar desórdenes».[41] Tenía razones para estar preocupado: su alianza con los odiados e insurrectos *firangis* seguía siendo su punto débil. La xenofobia religiosa fue siempre el arma más poderosa del arsenal de sus rivales barakzais.

Más allá del Bolán se encontraba Quetta, en aquella época «un pueblo miserable de tan solo quinientas casas». Y más adelante, se extendía el segundo, y también complicado, paso de montaña, el Khojak, que, aunque era más corto y menos empinado que el Bolán, era aún más árido. «Pasaron la noche sin agua», recordó Mirza ‘Ata. «La poca que encontraron estaba sucia y contaminada por los cuerpos de animales muertos que habían caído dentro y cualquiera que bebía de ella de inmediato sufría retortijones y diarrea. Sufrieron tanto por la falta de agua que, durante dos días, tanto las personas como los animales estaban trémulos como sauces».[42] Los civiles que seguían al ejército ya casi no tenían alimentos: algunos de ellos «habían sido vistos rebuscando entre la carroña y recogiendo granos de maíz de los excrementos de los animales», informó un oficial. «Un día vi el cuerpo de un hombre que había fallecido cuando se encontraba mordisqueando el cartílago del cadáver de un buey».[43] El ejército se había desmoronado incluso antes de haber luchado contra afgano alguno.

Pero no estaba todo perdido. Al otro lado del Khojak, el ejército invasor encontró una extensión de pastos ondulados donde la maleza se entremezclaba con chaparros y quejigos. En ocasiones se veían los rebaños de los nómadas kuchi, compuestos por ovejas de cola gruesa y cabras marrones de pelo largo y vigilados por hombres altos, de turbantes blancos y túnicas púrpuras, junto con sus enormes mastines. Aunque el paisaje era aún árido y el viento soplara ardiente, en los lugares donde había agua siempre se podía encontrar refugio bajo la sombra de los álamos, algunos de los cuales tenían parras enroscadas en sus troncos.[at4]

El ejército había cruzado la frontera invisible que separaba el territorio de los baluchis del de los pastunes. Después de la mala experiencia con los furtivos bandidos baluchis, Nott quedó impresionado por la audacia de los miembros de la tribu de los achakzais, que se acercaron decididos al campamento británico para interrogar a sus futuros colonizadores. «Tienen buena presencia», escribió Nott a sus hijas. «Son verdaderos caballeros».

Cuando un afgano le preguntó por la razón de la venida de los británicos, Nott respondió que Shah Shuja había regresado para reclamar su legítima herencia y que Dost Mohammad no tenía derecho alguno sobre el trono. El afgano replicó: «¿Qué derecho tienen ustedes sobre Benarés y Delhi? El mismo que nuestro Dost Mahommad sobre Kabul y él lo mantendrá en su poder». Tras este encuentro, el escepticismo de Nott acerca de la bienvenida que le esperaba a Shah Shuja fue creciendo. «Aunque difiera de lo que opinan el Gobierno y los demás, estoy convencido de que el pueblo afgano no va a entregar su país sin luchar», observó. «Yo tampoco lo haría si estuviese en su lugar».[44]

Otros oficiales tuvieron conversaciones similares. Un pastún que visitaba el campamento le preguntó al ordenanza indio del teniente Thomas Gaisford: «"¿De verdad llamáis *sahibs* (señores) a estos *firangis*?". El tono de su pregunta indicaba que, para él, "perros infieles" habría resultado un apelativo más adecuado».[45] «Nos encontramos con un jinete afgano bien vestido», escribió George Lawrence, un joven del Úlster, brillante, al que Macnaghten acababa de convertir en su secretario militar. «Me dijo que había visitado nuestro campamento y que había visto nuestras tropas y me comentó con desprecio: "Vuestro ejército es de tiendas y camellos, mientras que el nuestro es de caballos y hombres". Añadió: "¿Qué os habrá podido llevar a derrochar millones y millones de rupias en llegar a un país pobre como el nuestro, escabroso y sin madera ni agua, y todo para imponernos como rey a un *kumbukht* (un pobre desgraciado) que, tan pronto como le deis la espalda, será derrotado por Dost Mohammad, nuestro verdadero rey?"».[46] El tiempo demostraría que este jinete estaba en lo cierto y, cuando estalló la rebelión, los achakzais de esta región se pondrían a la vanguardia de la misma.

Si bien Nott quedó impresionado con los afganos, no le sucedió lo mismo con sus propios compañeros británicos. En esta época, el comandante en jefe sir John Keane llegó al campamento y decidió ascender al general Willshire —un oficial de la reina— antes que a Nott, con mayor antigüedad y experiencia, lo cual dejaba a Willshire al mando de toda la infantería cipaya de Bombay de la Compañía. Aunque llevaba tiempo sospechando que algo así podía suceder, y a pesar de estar acostumbrado a que otros lo aventajaran a causa de sus orígenes humildes y debido a la falta de prestigio de los regimientos de la Compañía respecto al ejército regular, Nott estaba furioso. Por ello, acudió de inmediato a la tienda del comandante en jefe para enfrentarse con él. El encuentro fue breve y terminó muy mal:

«Ya veo que he sido sacrificado porque resulta que tengo mayor antigüedad que los oficiales de la reina», dijo Nott.

«¡Se equivoca usted, caballero!», replicó Keane. «Insulta además mi autoridad. ¡No perdonaré su conducta mientras viva!».

«Su excelencia, ya que esta es la situación, solo me queda desearle que pase una buena noche».[47]

Nott pagaría muy caro este enfrentamiento. Aunque era, con diferencia, el general más popular, capaz y experimentado del Ejército del Indo, a partir de este momento se ganó la reputación de insubordinado con sus superiores, además de que Auckland y Keane ahora lo consideraban demasiado problemático y poco diplomático como para confiarle el mando. Estas impresiones sobre Nott, que será ignorado una y otra vez, derivaron en una serie de nombramientos desastrosos en favor de hombres mucho menos capaces, lo cual pronto tendría consecuencias fatales para la ocupación.



El Ejército del Indo se enfrentaba ahora a su primer gran desafío: Kandahar. Había rumores de que las unidades de caballería barakzais se encontraban en las inmediaciones, rodeando al ejército y listas para atacar, y, una noche, debido a unas informaciones falsas que avisaban de un ataque inminente, los soldados se despertaron, salieron ya en guardia de sus tiendas y se colocaron en formación defensiva. Estuvieron así, con los mosquetes preparados, hasta que salió el sol. Solo el desvío del curso de arroyo que abastecía el campamento, durante la noche y la misteriosa desaparición de los dos elefantes de Macnaghten indicaban la presencia de fuerzas hostiles invisibles que rondaban en torno a ellos a la espera de una oportunidad.

Fue una suerte para los invasores que los afganos no se decidieran a atacar entonces, ya que el ejército no se había recuperado de su travesía por los pasos de montaña y estaba roto. «En ese momento éramos incapaces de afrontar una guerra», anotó Thomas Gaisford en su diario. «Todos nuestros hombres requerían con urgencia un periodo de reposo y los caballos no hubieran podido sobrevivir a otra marcha. En cuanto a los civiles que nos seguían, estaban muertos de hambre. Las provisiones de nuestra intendencia se estaban agotando. De hecho, para ser un ejército invasor, nos encontrábamos en unas condiciones deplorables».[48]

En torno a las diez de la mañana del 20 de abril, el Ejército del Indo tuvo por fin un respiro. Un mensajero llegó a la tienda de Mohan Lal Kashmiri, el jefe de inteligencia de Burnes, para comunicarle que uno de los nobles más prominentes de Dost Mohammad aguardaba a las afueras del campamento —junto a doscientos acólitos— dispuesto a jurar lealtad a Shah Shuja.[49] Por fin una de las cartas enviadas por el sha había sido fructífera.[50] Mohan Lal fue el encargado de recibir al noble y escoltarlo hasta la tienda del sha.

Haji Khan Kakar era un personaje taimado, ambicioso y sin escrúpulos, incluso para los estándares de la política afgana del siglo XIX. Sus antepasados habían sido, durante tiempo inmemorial, muy influyentes en la región y, como tales, ejercían en realidad el poder en la sombra. Aunque había ascendido de la mano de Dost Mohammad, quien le nombró gobernador de Bamiyán y, posteriormente, comandante de su caballería de élite, ya había abandonado al emir en dos ocasiones, la más reciente en la batalla de Jamrud de 1837.

Pero siempre había sabido jugar bien sus cartas: se las arreglaba para elegir el momento ideal para cambiar de bando y su poder e influencia aumentaban con cada traición. Maulana Hamid Kashmiri, en el *Akbarnama* [Libro de Akbar], lo describe como: «el intruso, el traidor, el maestro del engaño», que no dudaba en emplear sus encantos y la adulación con el fin de lograr sus arteros fines, «endulzando el veneno con azúcar». Ahora, en este momento crucial, y con la excusa de hacer una incursión en el campamento británico, aprovechó para cambiarse de bando con todos sus seguidores, ya que albergaba la esperanza de hacer fortuna a costa de los ricos e ingenuos extranjeros y deseaba aceptar la oferta que Shuja le había hecho por escrito: convertirse en un alto cargo de su gobierno. Con esta acción, además, iniciaba una sangría de deserciones que minaron la moral, ya vacilante, de los defensores de Kandahar.

Ajenos al estado del postrado y hambriento ejército invasor, en los cuatro días siguientes fueron llegando al campamento de Shuja nobles de Kandahar, en número cada vez mayor, que pretendían jurar lealtad al rey retornado. Hacía mucho que Shuja había perdido la esperanza de que tal milagro sucediera. En Kandahar, a los dos hermanastros barakzais de Dost Mohammad no les quedó más remedio que aceptar, a pesar de la creciente desesperanza, lo que estaba ocurriendo:

> En desbandada, como elefantes enloquecidos,
> les atormentaba una furia ilimitada

Todo lo que querían esos dos feroces leones
era desenvainar la espada de la venganza y del odio

Pero, después de la traición de Haji Kakar,
carecían de aliados y su ejército era demasiado pequeño

En el interior del fuerte cerrado, se sentaron
Sus corazones rotos por el cambio de fortuna sufrido

cuando nació la división en sus propias filas
En especial en la tribu del sha, los popalzai

No vieron otra salida
más que huir a tierra extranjera

Por la noche se reunieron con sus seres queridos
Y partieron camino a Irán […]

Mientras tanto, el corazón de Shah Shuja se regocijaba al ver al diabólico Haji
y se libró del temor al enemigo

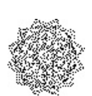
Colmó al siniestro Haji de tantas riquezas
que parecía que deseara cubrirle de oro.[51]

Cinco días después, el 25 de abril de 1839, Haji Khan cabalgaba a la izquierda de un Shah Shuja triunfante por los campos maduros de trigo y cebada y la fértil franja de jardines amurallados y huertos que aún rodeaban las afueras de Kandahar. Por el camino, el sha iba recibiendo una delegación de ciudadanos tras otra, todos ellos deseosos de darle la bienvenida. «Los pobres se agolpaban a su alrededor», escribió Burnes, «hacían ofrendas de flores y cubrían de rosas el camino por el que iba a pasar. Todos, nobles y plebeyos, se esforzaban en mostrar, de la manera más convincente posible, su devoción y deleite ante el regreso de un sadozai al poder».[52] Seguido por Burnes, Macnaghten y solo una pequeña escolta de sus seguidores más cercanos, Shah Shuja cabalgaba a través de las puertas abiertas y las calles de Kandahar, la ciudad que lo había desafiado con éxito solo cinco años atrás.

Kandahar había recuperado sus momentos de mayor esplendor con el abuelo del sha, Ahmad Shah Abdali. Este había levantado la nueva ciudad sobre los restos de la que había quemado y destruido Nadir Shah en 1738; Abdali eligió ser enterrado en una delicada tumba de inspiración mogola en el corazón de la plaza. Lo primero que hizo Shuja fue dirigirse al jardín donde estaba el mausoleo, quitarse las botas de montar y entrar en la cámara

abovedada él solo. Tras haber rezado frente a la tumba y solicitado la *barakat* (bendición) de su abuelo, se dirigió al edificio contiguo, al santuario construido por Abdali y que albergaba la reliquia más sagrada de Afganistán: el *khirqa* o manto de lana que se creía que había pertenecido al profeta Mahoma. Shuja lo sostuvo entre las manos y, mientras las lágrimas le bañaban el rostro, lo apretó contra su pecho.

Dost Mohammad también había visitado este lugar tres años antes, cuando declaró la yihad contra los sijs y recibió el título de *amir al-muminin*, «el príncipe de los creyentes». Ciento cincuenta años más tarde, en 1996, fue aquí donde un ulema pastún concedió el mismo título a Mullah Omar, quien se envolvió en el manto del Profeta para obtener, de este modo, la autoridad religiosa necesaria para someter a todo el pueblo de Afganistán al control de los talibanes. Shuja también se puso sobre los hombros esa misma tela como un gesto simbólico que legitimaba su regreso como rey al trono que pertenecía a su dinastía: a su hermano, a su padre y a su abuelo. Había perdido aquel trono treinta años atrás, después de su derrota en la batalla de Nimla. Sin embargo, jamás había perdido la esperanza de recuperarlo y, aunque había necesitado cuatro intentos para conseguirlo, ahora estaba de vuelta en su país y a punto de derrotar a sus eternos enemigos, los barakzais.



«Este es un lugar muy agradable», escribió Thomas Gaisford en una carta a la semana siguiente.

> El paisaje es muy romántico, el clima bueno y la fruta increíblemente abundante, sabrosa y barata. ¡Los mejores melocotones —algunos de hasta veintisiete centímetros de circunferencia— valen seis centavos! Hay manzanas rosadas, perfectas, por medio centavo. La fruta desecada —melocotones, albaricoques, pasas, ciruelas y moras— se encuentra por doquier y el sorbete helado, las brochetas, el pan, los dulces y otras exquisiteces se venden en cada esquina por un precio ridículo. No existe lugar mejor para un ejército medio hambriento. ¡Todo lo que hemos tenido que sufrir para llegar hasta aquí! Los últimos cuatrocientos o quinientos kilómetros de nuestra marcha a Kandahar

> solo podrían resultar equiparables a la retirada de los franceses desde Moscú.[53]

El Ejército del Indo, contra todo pronóstico, había llegado a Kandahar donde, con algo de buena suerte y merced a los exagerados rumores acerca de su poder y magnitud, que habían puesto muy nerviosos a sus enemigos, había capturado la antigua capital del sur de Afganistán sin disparar un solo tiro. Macnaghten estaba especialmente exultante: había logrado acallar a los que lo criticaban y la acogida que habían dispensado a Shah Shuja suponía para él una prueba de la popularidad del hombre al que llevaba defendiendo cinco años, desde el momento en el que se incorporó al servicio del gobernador general. Macnaghten creía que esto le daba la razón y, a la vez, confirmaba que Burnes siempre había estado equivocado: Shuja era el gobernador legítimo y más popular, mientras que los barakzai eran los odiados usurpadores. Desde el palacio de Kandahar, escribió a Auckland, en tono triunfante, una carta en la que declaraba que era como si las tropas «hubiesen llegado de repente al paraíso […]. Estoy contento de poder informaros de que tanto en la ciudad de Kandahar como en el resto de sus dominios reina una profunda tranquilidad. Teniendo en cuenta la densa y heterogénea población de la ciudad, es realmente extraordinario que no haya ocurrido ningún disturbio grave. La autoridad del sha se está estableciendo gradualmente en todo el país».

Añadió que Shuja había comenzado a relajarse un poco y que se comportaba de forma más distendida y menos arrogante. «También estoy feliz de poder afirmar que la experiencia de haber observado la conducta del sha durante unos cuatro o cinco meses me ha llevado a formarme una opinión muy favorable sobre el carácter de su majestad», escribió.

> Los continuos reveses que su majestad ha sufrido en sus esfuerzos por recuperar su reino habían hecho creer a muchos que su causa era impopular, o que él carecía de carácter o capacidad; pero esas personas no tenían en cuenta las arduas circunstancias en que se realizaron esos intentos. Pocos hombres habrían podido enfrentarse siquiera a las empresas en las que su majestad fracasó […]. Lo menos que puede decirse es que el sha no carece de energía ni de determinación. Por lo que he observado en su naturaleza, podría tildarlo de hombre templado, humano, inteligente, justo y firme. Sus defectos son el orgullo y la mezquindad. El primero de ellos llamaba especialmente la atención de

> los jefes tribales, ya que contrasta con el comportamiento de los usurpadores barakzais que, para conservar el poder, se vieron obligados a ponerse al nivel de sus partidarios.

Macnaghten aseguraba que tenía motivos para creer que «su majestad adoptaría gradualmente una actitud menos condescendiente o que, en todo caso, sus súbditos terminarían por aceptar el carácter ceremonioso de su soberano». Y en cuanto a su mezquindad, «está claramente fuera de lugar en la crisis actual, pero hay mucho que decir en su defensa. Sus medios son muy limitados y las apelaciones a su generosidad son muy numerosas».[54]

Diez días después, el 8 de mayo, cuando las últimas tropas de la retaguardia de la columna de Bombay llegaron finalmente al campamento de las afueras de la ciudad, Macnaghten organizó un gran *durbar* en honor de Shuja. Este debía servir como declaración pública de la reanudación de su gobierno, así como para que la gente de Kandahar pudiera jurarle formalmente lealtad. Un magnífico trono con baldaquino se alzaba sobre una pequeña plataforma de adobe en la mezquita Id Gah, situada extramuros. El trono estaba orientado hacia el «Lomo del camello», donde se encontraban las ruinas de adobe de la antigua ciudad de Kandahar esparcidas bajo los Cuarenta Escalones y la Cueva de Babur, el mismo lugar de la derrota del sha cinco años antes. Shuja fue escoltado, a través de las arcadas timúridas del gran palacio de la ciudadela, por Macnaghten, que aprovechó la ocasión para vestirse por primera vez con sus nuevos atuendos virreinales: «el traje de gala al completo, como el que suelen llevar los oficiales en las recepciones de su majestad en Inglaterra», tal y como indicaba un oficial.

> Sir Alexander Burnes les seguía con un traje más sencillo y rodeado de jefes afganos, con quienes parecía enfrascado en estrecha y amistosa conversación. Su encantadora sonrisa y sus modales sinceros y amables le habían granjeado un grado de consideración del que no gozaba ningún otro europeo […]. Nada superaba el esplendor de los trajes que vestían los jefes, con sus turbantes y armas cubiertos de diamantes y otras piedras preciosas, en tanto que los caballos que montaban constituían ejemplares de una belleza rayana en la perfección.[55]

A continuación de Haji Khan Kakar y los otros jefes tribales que habían declarado lealtad a Shuja, desfilaron Keane, Cotton, Nott y varios comandantes del ejército británico; todos ellos salieron por la Puerta de Herat

y atravesaron una avenida formada por los soldados del contingente del restituido sha. Al ritmo de la fanfarria del regimiento indio, que tocaba el himno inglés —*God Save the King* —, Shuja fue entronizado como rey de Afganistán en un acto de marcado carácter ceremonial, mientras que el Ejército del Indo desfilaba en todo su abigarrado esplendor. Los cañones dispararon una salva de ciento un disparos y se lanzaron saquitos de rupias indias al decepcionante grupo de afganos, bastante escaso, que se había congregado para ver el espectáculo. «¡Todo el mundo se hizo rico!», escribió Mohammad Husain, un comerciante de Herat que se erigió en uno de los más acérrimos seguidores de Shuja además de en su primer biógrafo tras su muerte.

> Su majestad ordenó que se repartieran dos *lakhs* de rupias entre los más desposeídos. Aquellos que en la época de los barakzais eran demasiado pobres incluso para tener un asno en su propio patio, ahora podían permitirse lujosas sillas de montar para sus caballos y camellos; sus bolsillos estaban llenos de monedas de plata y sus corazones, libres de preocupaciones. De hecho, el dinero era tan abundante que incluso los niños jugaban con monedas de oro y plata en los callejones. ¡Así era la benevolencia de su majestad y de los ingleses hacia los soldados y los campesinos![56]

Sin embargo, y a pesar de todo el optimismo reinante entre los partidarios del sha, inmediatamente después de este *durbar* se produjo un acontecimiento que, aunque no se menciona en ninguna de las fuentes inglesas, fue crucial, según todos los textos afganos, para la pérdida de prestigio de Shah Shuja ante sus nuevos súbditos. Mohammad Husain Herati ofrece el primer relato, que también es el más completo, acerca de lo sucedido. «En este momento ocurrió un desafortunado incidente», escribió:

> Una muchacha de buena familia se encontraba enfrascada en sus asuntos cuando un soldado extranjero, ebrio, se cruzó en su camino, la agarró y la arrastró hasta una acequia cercana, donde le arrebató su virginidad. Los gritos de la joven alertaron a los transeúntes, que corrieron a informar a su familia de su triste suerte: una gran multitud, que incluía a *sayids* y clérigos, se congregó y fue a reclamar justicia a su majestad. A pesar de las disculpas y de las manifestaciones de arrepentimiento, los afganos, en extremo sensibles con respecto a la

> cuestión del honor, tenían los corazones llenos de amargura y afirmaban: «Si, ya en los albores de esta ocupación extranjera, se ha consentido tal afrenta a una muchacha de noble linaje y si las cosas continúan como hasta ahora ¡nadie podrá salvaguardar su honor! ¡Es evidente que su majestad es una mera marioneta, un rey solo nominalmente!»

Herati continuó explicando que:

> El pueblo de Kandahar siempre se ha enorgullecido de su valor y dignidad y consideró que este incidente era demasiado serio como para zanjarse con una simple disculpa. Aunque la familia de la muchacha y sus partidarios fueron intimidados por la exhibición de poder de los británicos y, por ello, guardaron silencio, el clan durrani estaba furioso porque su orgullo y su honor habían sido comprometidos. A sus miembros les hervía la sangre. La vergüenza y la humillación se reflejaban en sus rostros. Incluso los aliados leales de los kanes durranis, como Haji Khan Kakar, mostraron su enfado ante el insulto a la tribu y, aunque contenían su ira, demostraron su descontento con sus acciones.[57]

El *Siraj al-Tawarikh* [Historias de luz] lo expresó de manera más concisa: «Las semillas de la venganza anidaban en los fértiles pechos de los afganos, que eran hombres de honor, y estas terminarían por dar sus terribles frutos. Los líderes tribales empezaron a pensar que el *padishah* solo quería gozar del vino de la copa de la autoridad, sin darle importancia alguna a su propia reputación. Los kanes durranis se sintieron traicionados por el sha a causa de este incidente, pero se lamieron en secreto las heridas a la espera de que llegara el momento oportuno».[58]

El terrateniente Aminullah Khan Logari era partidario de seguir esa línea de actuación. Aminullah era un anciano pastún yusufzai, de orígenes relativamente humildes —su padre había sido asistente del gobernador de Cachemira en tiempos de Timur Shah—, que había hecho carrera al servicio de los sadozais. Como muchos otros ciudadanos de Kandahar, no mostró ninguna objeción a la vuelta del rey, pero le horrorizaba que este hubiera entrado en la ciudad a la cabeza de un ejército de extranjeros infieles. Tras el incidente de la violación, se dirigió a Kabul, donde se hospedó en el Nawab Bagh, y allí «estudió las posibilidades de formar una coalición de

muyahidines que pensaran como él con el fin de expulsar a los británicos del país».[59]

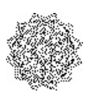
Los primeros actos de resistencia contra los británicos comenzaron al poco tiempo. Dos oficiales del 16.º de Lanceros, que habían ido a pescar a orillas del Arghandab, fueron atacados por una multitud de durranis cuando regresaban; uno de ellos fue apuñalado y murió. Los ataques contra los piquetes británicos en la ruta hacia el paso de Khojak aumentaron, al igual que los ataques al correo y a los mensajeros. Doscientos de los civiles del séquito, que intentaban regresar a la India, «fueron traicionados, desarmados y masacrados uno a uno. Todos los convoyes, con dinero, municiones o provisiones, estaban obligados a atravesar los pasos de montaña con armas en la mano y sufrieron muchas pérdidas, tanto materiales como humanas».[60]

El cipayo Sita Ram percibió cómo cambiaba el ambiente, de manera radical, durante los dos meses que el ejército permaneció descansando en Kandahar. «Al principio la gente parecía contenta con el regreso del sha», documentaba.

> Pero se comentaba que, en realidad, lo despreciaban y que estaban ofendidos porque había regresado con un ejército extranjero. Lo acusaban de haber abierto las puertas de su país a los ingleses y pensaban que estos tardarían poco en apoderarse de él. Lo utilizarían, como habían hecho con el Indostán, e introducirían sus detestables reglas y leyes. Esto fue lo que los enfureció. Decían que todo habría ido bien si el sha hubiera llegado con su propio ejército, pero su ira aumentó cuando vieron que el ejército inglés no regresaba al Indostán […]. Aunque se les aseguró en repetidas ocasiones que los británicos no habían venido a arrebatarles su país, ellos no podían olvidar lo que había sucedido en el Indostán.[61]

Al poco se prohibió que los cipayos y los soldados británicos salieran del campamento «a menos que fueran en grupo y bien armados».[62] Esta medida se mantendría vigente durante el resto de la ocupación. A pesar de que los británicos reivindicaban su presencia en el país, tanto por la invitación de su legítimo soberano como por su misión de restaurar la paz en Afganistán, los británicos eran conscientes de lo impopulares que eran y también de que corrían el riesgo de que les cortaran el cuello si salían de sus acantonamientos, fuertemente custodiados.

Como respuesta al aumento de los ataques, lord Auckland cometió el tremendo error de mantener a las tropas británicas en Afganistán después de que Shah Shuja fuera restablecido en el trono, por lo que escribió a Londres: «Es nuestro deber prestarle ayuda al sha, al menos durante algún tiempo, para que este pueda conservar el puesto en el que lo hemos colocado».[63]



Mientras Shah Shuja se instalaba en Kandahar, Wade y el príncipe Timur no lo tuvieron tan fácil en Peshawar. A pesar de que Wade había desembolsado más de cincuenta mil rupias en sobornos, no había indicios de que las tribus del Jáiber fueran a ceder el paso a las tropas de Shuja. Tampoco parecían estar en absoluto dispuestas a llevar a cabo ninguna de las estratagemas sugeridas por Wade, como tomar el fuerte de Ali Masjid justo bajo la cima del paso o «atacar y tomar Jalalabad y destruir y saquear las propiedades» que los barakzais tenían allí.[64] Un jefe contestó sin rodeos que, ahora que el sha se había convertido en el amigo de los infieles, él «seguiría luchando por su religión aunque todos los barakzais fueran exterminados».[65]

Al igual que Mehrab Khan de Qalat, los afridis y las otras tribus fronterizas habían sido leales seguidores de Shuja, al que habían protegido en repetidas ocasiones en los momentos más difíciles de su carrera; al menos uno de ellos, Khan Bahadur Khan —de la tribu malikdin khel—, era familia política de Shuja. Pero todos ellos desconfiaban de su nueva alianza con los infieles sijs y británicos. Dost Mohammad supo aprovecharse bien de la situación y envió mensajes a cada uno de ellos: «Si queréis más dinero, decidlo, pero recordad que sois afganos y musulmanes y que el sha es ahora un siervo de los *kafirs* (infieles)».[66] Por si las apelaciones a la sangre y a la fe no fueran suficientes, Dost Mohammad se había cuidado de garantizar la lealtad de los jefes al tomar como rehenes a todos los *maliks* más importantes, a los que mantenía cerca, en Kabul.

La falta de carisma del príncipe Timur tampoco ayudaba. El príncipe heredero, nervioso e incompetente, tenía que intentar persuadir a los jefes del Jáiber. Pero Timur no había nacido para ser líder —su aspecto era el de un hombre pusilánime y en tensión— y su torpe comportamiento durante el *durbar* que Wade había organizado para presentarlo en Peshawar no vaticinaba nada bueno. «Al entrar en la tienda del *durbar*», escribió un

observador, «encontramos al pobre *shazada* (príncipe heredero), poco acostumbrado al papel real que ahora debía desempeñar, en pie para hacer las presentaciones […]. Tras un gesto del coronel (Wade), enmendó el error y se subió de un brinco a su *gadi* o trono». Pero pronto perdió el interés y permaneció sentado «mostrando una indiferencia pasmosa y una absoluta apatía por lo que sucedía a su alrededor […]. Como hacía muy poco que había salido de un relativo anonimato y no estaba en absoluto acostumbrado a ser el centro de todas las miradas, no se encontraba cómodo con esta exhibición pública de su grandeza y sintió un gran alivio cuando la ceremonia llegó a su fin».[67]

Las tropas sijs que Ranjit Singh había prometido para la invasión tampoco habían dado señales de vida. Durante los dos meses anteriores se hizo evidente que el astuto maharajá, desde que lord Auckland marchara rumbo a Simla, había estado dando largas para no enviar las tropas y los suministros que había prometido. El 19 de marzo de 1839, Wade escribió al maharajá lamentando «que la creación del ejército musulmán y el nombramiento de un comandante musulmán no se hubieran hecho todavía» y le exigió que «debía prestar atención al asunto de inmediato».[68] Dos días después, volvió a escribir para señalar que hacía ya cuatro meses que el Ejército del Indo había partido de Firozpur y que solo las tropas de dos de los nobles de Ranjit Singh habían respondido a la convocatoria.[69]

Surgió una nueva oleada de quejas con la transición de la primavera al verano: los oficiales sijs de Attock, en el Indo, no estaban cooperando para que las fuerzas del príncipe Timur pudieran cruzar el río; otros oficiales se negaban a proporcionar soldados, refugio, forraje o víveres; y, a pesar de que Wade escribiese una y otra vez requiriendo con urgencia «los servicios de los soldados musulmanes», las tropas seguían sin llegar. Un mes más tarde, se volvió a quejar: «El ejército enviado a Peshawar tiene grandes problemas porque los hombres no han recibido su salario […] el reclutamiento de tropas acordado aún no se ha completado».[70]

Fue a finales de abril cuando finalmente el general Avitabile, el gobernador de Ranjit en Peshawar, recibió la orden de reclutar un regimiento de musulmanes locales para ayudar en la invasión.[71] A mediados de mayo, cuando Shah Shuja y el ejército principal estaban ya ahítos de melocotones, albaricoques y manzanas de Kandahar, había llegado un solo batallón de caballería irregular a Peshawar, compuesto por unos seiscientos cincuenta *sowars* (jinetes).[72] A lo largo del mes, mientras los jefes del Jáiber seguían pidiendo más regalos y pagos anticipados —«He conseguido convencer a las

gentes de mis colinas», escribía uno de los jefes, «y ahora necesito 20 000 rupias»—, Ranjit envió un mensaje al furibundo Wade para asegurarle que no había prisa y preguntarle si podía volver a Lahore para consultarle sobre el ataque que estaban planeando.[73]

Un mes más tarde Wade recibió una noticia aún peor: Ranjit Singh estaba postrado en cama «tras un desvanecimiento». Murió el 27 de junio a la edad de cincuenta y ocho años. Sus últimos actos fueron una serie de generosas donaciones para la beneficencia. «Dos horas antes de morir mandó que le trajeran todas sus joyas», informó William Osborne, «y entregó a un templo el famoso diamante conocido como “Montaña de Luz”, su célebre cinturón de perlas a otro y sus caballos favoritos, con todos sus arreos enjoyados, a un tercero. Sus cuatro esposas, todas muy hermosas, fueron incineradas con su cuerpo, al igual que cinco de sus esclavas cachemiras […]. Intentamos impedirlo por todos los medios, pero resultó imposible […]».[74]

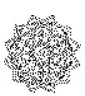
En Simla, Emily Eden, que había estado celebrando la toma de Kandahar —«Nuestro baile de mañana será muy animado y acabo de pedir que instalen un gran letrero en el que se lea “Kandahar” enfrente de las otras iluminaciones»—, estaba ahora horrorizada por el destino de las esposas de Ranjit, a las que había visitado solo unos meses antes. «Nos parecieron tan hermosas y felices», escribió. «El final de estas pobres mujeres es tan triste, eran jóvenes y alegres y han muerto con tenaz valentía». Añadió: «Empiezo a pensar que el “sistema de las cien esposas” es mejor que la monogamia: las mujeres son más fieles y sienten más apego por el marido».[75]

Wade se dio cuenta inmediatamente de las serias repercusiones que iba a tener la muerte del maharajá en la invasión de Afganistán. Si ya resultaba difícil reunir el ejército que Ranjit Singh había prometido cuando este aún vivía, conseguirlo ahora, que había fallecido, iba a ser casi imposible: pocos de los nobles de Ranjit compartían su entusiasmo por una alianza con los británicos y, con la sucesión en el aire y una potencial amenaza de guerra civil, era probable que fuera necesario dejar pasar un tiempo antes de que la diplomacia británica pudiera restablecer su influencia sobre quienquiera que fuera el sucesor del difunto maharajá.

Más graves aún fueron las consecuencias sobre la alimentación y el abastecimiento del Ejército del Indo: ¿qué posibilidades habría de enviar alimentos, armas, dinero y refuerzos a Afganistán cuando era más que posible que las llanuras del Punyab —que separaban al ejército invasor de su base de suministros en la India— fueran a verse envueltas en graves disturbios? El ya solitario Ejército del Indo estaba cada vez más aislado, ya que el Punyab se

cerraba a sus espaldas. Mientras tanto, las tropas se adentraban cada vez más en las montañas de Asia Central, con rutas de abastecimiento más largas y vulnerables y sin posibilidad alguna de recibir ayuda si algo salía mal.

Una expedición difícil, cuyo éxito no estaba ni mucho menos asegurado, acababa de convertirse en una tarea aún más complicada.



El mismo día en que Ranjit Singh moría en Lahore —el 27 de junio de 1839—, el Ejército del Indo reanudó su marcha desde Kandahar hacia Kabul.

La fuerza invasora estaba ahora dividida en tres unidades y avanzaba con paso firme a un ritmo de unos dieciséis kilómetros al día, un poco más rápido que antes, gracias a la decisión de Keane de dejar atrás la vasta artillería de asedio que les había causado tantos problemas en los pasos de montaña. Dicha determinación había sido tomada tras recibir las noticias de que las fortificaciones de Gazni y Kabul no eran en exceso imponentes y de que los miembros del clan popalzai de Shujah tomarían el control de Gazni y les abrirían las puertas de la ciudad a su llegada. En Kandahar se quedó una guarnición de tres mil hombres bajo la autoridad nominal de uno de los hijos menores de Shuja, el príncipe Fatteh Jang, y el control militar efectivo del general Nott. La mayoría de los nobles durranis que acababan de jurarle lealtad a Shuja también decidieron quedarse; solo Haji Khan, que ansiaba conseguir un ascenso, eligió acompañar al ejército.

La estancia de dos meses en Kandahar finalizó tras la llegada de noticias preocupantes desde Herat, al oeste, y Gazni, al este. En Herat, el visir Yar Mohammad Alikazai no estaba mostrando la gratitud que los británicos esperaban en función de la ayuda prestada para poner fin al terrible asalto persa contra su ciudad. Por el contrario, a las pocas semanas de la retirada persa el visir se había peleado con el enviado británico, Eldred Pottinger, que acababa de gastar treinta mil libras esterlinas en obras benéficas para la ciudad, cortó la mano a uno de sus servidores e intentó asesinar al propio Pottinger. Por aquel entonces, el visir ya había iniciado negociaciones secretas con Mohammad Shah, el soberano persa, cuyos ejércitos habían acampado frente a su ciudad hasta hacía muy poco y declaraba: «Juro por Dios que prefiero la furia del “rey de reyes” (el sha de Persia) antes que la benevolencia de un millón de los ingleses».[76]

Macnaghten no sabía si la culpa del incidente diplomático había sido de Yar Mohammad o del inexperto Pottinger, por lo que decidió enviar una embajada para tratar de ganarse de nuevo el favor de Herat. Macnaghten le pidió a Burnes que dirigiera esta misión, pero este, de manera muy astuta, declinó la oferta, pues prefería estar cerca de Kabul, listo para ofrecerse voluntario y reemplazar a Macnaghten cuando este volviera de Herat, ya que sospechaba —con razón— que era una misión con pocas posibilidades de éxito. Así que Macnaghten envió en su lugar a D'Arcy Todd, un antiguo compañero de Henry Rawlinson en la misión militar británica en Teherán y que hablaba farsi. «El joven Pottinger aceptó las disculpas por las amenazas de muerte que había recibido», escribió Burnes a un amigo. «El comandante Todd partirá mañana hacia Herat, pero me temo que no va a poder hacer nada, porque no hay nada que se pueda hacer con ellos».[77]

Las órdenes de Todd eran simples: entablar amistad con Yar Mohammad, convertir Herat en un aliado probritánico en la frontera persa y asegurar la frontera de los territorios de Shah Shuja. Sin embargo, Todd no tardó mucho en escribir horrorizado ante las «exacciones arbitrarias y opresivas» cometidas por Yar Mohammad, el aliado nominal de Gran Bretaña, en sus esfuerzos por sanear las arcas de Herat:

> La víctima elegida era, por lo general, un kan que había gozado de privilegios y al que, por lo tanto, se le suponían ciertas riquezas, o bien un verdugo acusado de haber amasado una fortuna a fuerza de incumplir sus funciones. El acusado era entonces sometido a tortura: el método más común consistía en hervirlo, asarlo o cocinarlo a fuego lento. Las atroces prácticas cometidas en tales ocasiones son demasiado repugnantes como para ser mencionadas. El desgraciado, retorciéndose de agonía, poco a poco se iba deshaciendo de sus riquezas y, antes de morir, era informado de que sus esposas e hijas habían sido vendidas a los turcomanos o repartidas entre los barrenderos y sirvientes de sus asesinos. De entre sus últimas víctimas, una había sido medio asada y luego cortada en pequeños pedazos y la otra sancochada y después horneada.[78]

En Herat los británicos se encontraron con un dilema que iba a convertirse en recurrente durante la ocupación, y al que los colonizadores de épocas posteriores también tendrían que enfrentarse: ¿debían «defender los intereses de la humanidad», tal y como había expresado Todd en una carta a

Macnaghten, y favorecer la reforma social prohibiendo tradiciones como la lapidación de las mujeres adúlteras? Wade dejó clara su postura sobre el tema en el Departamento de Inteligencia: los británicos estaban allí por razones estratégicas, no para reconstruir la nación o promover reformas de género. «No tenemos que temer o preocuparnos por nada», escribió, «excepto por la excesiva confianza con la que acostumbramos a considerar nuestras propias instituciones como excelentes y la impaciencia que mostramos por introducirlas en nuevos y remotos territorios. Tal intromisión siempre desencadenará amargas disputas, o incluso reacciones violentas».[79]

Mientras tanto, los espías de Wade informaban desde Kabul de que Dost Mohammad, fiel a su reputación de hombre eficaz, se había preparado a conciencia para el avance británico mediante el fortalecimiento de su ejército y la reparación de las fortificaciones de Gazni. Envió una gran cantidad de provisiones por el río Kabul a Jalalabad, e hizo que el ulema de Kabul emitiera una fatua en la que declaraba la yihad contra Shah Shuja. También escribió a Teherán para intentar persuadir a Mohammad Shah de que regresara al campo de batalla, «pidiendo a su majestad que le ayudara sin demora» y declarando que esta era la última oportunidad que tenía para impedir que los británicos se establecieran en Afganistán. «Al principio, un alfiler puede conseguir que un manantial deje de fluir», escribió «pero cuando se desborda, ni siquiera un elefante puede detener su curso».[80] Las noticias de toda esta actividad llegaron al campamento británico alrededor del 20 de junio, momento en el que se decidió que lo mejor era atacar a Dost Mohammad cuanto antes.

A lo largo de los trescientos kilómetros que separan Kandahar de Gazni, las tropas atravesaron primero el rico y fértil valle del Arghandab, rico en aguas marrones y sauces plateados, con huertos de granadas y viñedos, rodeados por recintos de adobe y moreras de color rojo oscuro a lo largo de las acequias. Pero más adelante, cuanto más se alejaban de las orillas del Arghandab y de la red de efervescentes riachuelos que hacían posible el cultivo de melones hasta en los límites del valle, el terreno se volvía cada vez más seco. Los pastos blanquecinos que ondeaban al viento en los alrededores de Qalat e-Ghilzai poco a poco dieron paso a un paisaje de cuarzo y esquisto, más rocoso, ondulado y marginal, cubierto de matorral y salpicado de amapolas blancas de opio y cardos púrpuras. El ejército estaba ahora entrando en el territorio de los ghilzais: una tierra estéril, «agreste y montañosa», escribió William Taylor,

> donde los caminos son extremadamente difíciles y a veces casi impracticables. Los ghilzais huían cuando nos acercábamos a los fuertes de adobe, tan abundantes en estas colinas, y rara vez se cruzaban en nuestro camino. En sus casas abandonadas solo encontramos unas cuantas viejas tarascas y perros hambrientos y ambos nos recibieron con una especie de aullido de bienvenida […]. Tuvimos la suerte de encontrar las reservas de maíz y de *bussorah* (forraje) que los nativos habían enterrado cuando se enteraron de nuestra llegada. Estábamos además bien abastecidos de agua, porque ríos y arroyos atravesaban la región por todas las direcciones. Las plagas de langostas eran la contrapartida de todas estas ventajas; oscurecían literalmente los cielos y taladraban nuestros oídos con un zumbido constante. Las langostas parecen ser una de las comidas favoritas de los afganos, que las asan a fuego lento y las devoran con entusiasmo. Pero a pesar de que nuestras raciones no fueran ni variadas ni de la mejor calidad, no fuimos capaces de apreciar este supuesto manjar.[81]

El 18 de julio Keane recibió dos noticias. En primer lugar, el plan de los popalzais de abrirles las puertas de la ciudad había sido descubierto, por lo que los jefes leales a Shuja habían sido reemplazados por miembros de la tribu de los ghilzais, fieles a los barakzais. En segundo lugar, los barakzais estaban preparándose para ofrecer una fuerte resistencia en torno a Gazni. Por cautela, Keane decidió hacer un alto en el camino para esperar tanto a la columna central dirigida por Shah Shuja como a la retaguardia de Willshire.[82] Una vez reunidas todas las tropas, retomó la marcha en formación cerrada. Al amanecer del día 20, vislumbraron sobre los matorrales los minaretes de Gazni y, más allá de ellos, su maciza fortaleza, una de las más grandes e inexpugnables de Asia Central. «Lejos de encontrar un bastión débil e incapaz de resistir, como los informes nos habían hecho creer», escribió Keane, «apareció ante nosotros una segunda Gibraltar: una alta muralla en buen estado, erigida sobre un montículo escarpado, flanqueada por numerosas torres y rodeada por un amplio foso (escalonado) lleno de agua. Nos quedamos sin palabras».[83] El desconocimiento de la existencia de tal fortificación inexpugnable había sido un fallo gravísimo de la inteligencia británica; nadie sabía entonces qué hacer sin la artillería de asedio, que se había quedado con Nott en Kandahar, a más de trescientos kilómetros. Los invasores no podían pasar de largo y dejar atrás la guarnición Gazni porque sus comunicaciones se verían claramente amenazadas. Tampoco tenían provisiones suficientes para una retirada ni para aguantar un largo asedio.

Tal y como se temía, la guarnición opuso una fuerte resistencia tan pronto como los británicos empezaron a avanzar. Su caballería hostigó a las primeras líneas de cipayos y desde las murallas descargaron toda su potencia de fuego sobre los invasores mientras estos intentaban tomar posiciones alrededor de la fortaleza. «El enemigo salió con mucha fuerza», recordó Sita Ram, «y se produjo un intenso fuego cruzado. Los afganos confiaban en la fortaleza de su posición. Los muros eran demasiado altos para ser escalados y nuestra ligera artillería a caballo carecía de utilidad en su contra. Este fue nuestro primer combate en Afganistán».**[84]**

También fue la primera vez que los afganos demostraron la precisión de sus *yezails* de cañón largo, el rifle de francotirador del siglo XIX: una vez tomada la medida, sus tiradores comenzaron a derribar a un gran número de cipayos que habían quedado al descubierto. «Cada una de las balas disparadas desde la fortaleza de Gazni golpeaba a las tropas inglesas como si de un castigo divino se tratara», escribió Mirza ‘Ata. «Los soldados estaban hambrientos y los animales, exhaustos por la gran marcha y por haber tenido que llevar sus cargas hasta el atardecer, cuando, finalmente, se levantó el campamento tras fortificaciones y trincheras provisionales. Un enorme cañón llamado Zuber Zun, “el que golpea fuerte”, fue disparado desde la fortaleza e hizo que camellos, soldados y caballos volaran por los aires como cometas de papel».**[85]**



Aquella noche los británicos vieron señales de luces azules en las murallas. Las señales fueron respondidas por otras luces en las montañas del este. El propósito de estas señales fue desvelado a la mañana siguiente, cuando el ejército fue atacado por la espalda por un grupo de dos mil fanáticos *ghazis* (guerreros santos) a caballo. Aparecieron poco después del amanecer desde las alturas de detrás del campamento, enarbolando las banderas verdes de la yihad. Mientras las cornetas daban la voz de alarma, los primeros muyahidines lograron superar las zanjas defensivas, llegar directamente al sector del campamento de Shah Shuja gritando «¡*Allah hu-akbar*!» y luchar con valentía suicida hasta que fueron rodeados.

Solo cincuenta de ellos se rindieron, e incluso estos, cuando fueron llevados ante Shuja, lo insultaron llamándolo «infiel de corazón y amigo de

los infieles».[86] Mientras el sha observaba enfurecido, uno de los *ghazis* sacó una daga que llevaba oculta y trató de apuñalarlo. Tan pronto como el hombre fue reducido y ejecutado, los guardaespaldas de Shuja decapitaron a todo el grupo de prisioneros ante el horror de Macnaghten. Se decía que los verdugos de Shuja hicieron su trabajo entre risas y bromas, «cortaban y mutilaban a los pobres miserables a golpe de espada y cuchillo, indiscriminadamente», mientras los prisioneros esperaban inmovilizados con las manos atadas a la espalda. «La ejecución de numerosas personas en los alrededores del campamento británico ensombreció nuestra conducta», escribió Mohan Lal. «¿Qué nación toleraría y aprobaría la matanza cruel y bárbara de cincuenta hombres por el delito cometido por un solo individuo?».[87]

En las horas siguientes, la actuación de Mohan Lal sería determinante y salvaría a los británicos del desastre que ellos mismos habían provocado. El día anterior, cuando el ejército invasor se dirigía hacia la fortaleza, Abdul Rashid Khan —un importante príncipe barakzai rival de Dost Mohammad— cruzó las líneas enemigas para entregarse al *munshi* Mohan Lal, a quien conocía desde mediados de la década de 1830, de su época como espía de Wade en Kandahar. Durante el interrogatorio en su tienda, Mohan Lal descubrió que, según el príncipe, la fortaleza tenía un importante punto débil: la mayoría de las puertas de la fortaleza habían sido tapiadas antes de la llegada de los ingleses, pero la Puerta de Kabul se había dejado abierta para permitir un flujo de comunicación continuo con Dost Mohammad. Cuando Burnes transmitió la información a Keane, el comandante en jefe decidió que su única opción era atacar esa misma noche y esperar que la sorpresa compensara la falta de detalles y planificación.

El plan fue ideado a toda prisa. Una descarga de artillería y un ataque como diversión por el sur darían cobertura a un grupo de ingenieros que se acercaría con sigilo a la Puerta de Kabul y colocaría las cargas explosivas para que esta volara por los aires. A esto le seguiría un asalto en masa a la bayoneta. «La operación entrañaba muchos riesgos», escribió Henry Durand, que se ofreció a dirigir el grupo encargado de los explosivos. «Incluso si logramos nuestro objetivo, debemos estar preparados para una gran pérdida de hombres». Cuando Durand le planteó estos riesgos a Keane, el comandante en jefe le respondió que no había otra alternativa, solo tenían comida de intendencia para dos o tres días más.[88]

El resto del día lo dedicaron a tareas de reconocimiento. Keane y los ingenieros recorrieron a caballo el perímetro de la fortaleza, protegiéndose en los huertos vallados de albaricoques y nueces a los pies de esta de las balas

que disparaban los francotiradores con sus *yezails* desde las almenas. Justo antes de la medianoche, los soldados recibieron la orden de reunirse a las cuatro de la noche, sin las fundas blancas de sus chacós, para ser menos visibles desde las murallas. A las dos de la noche, Macnaghten condujo a Shuja a una colina desde la que se dominaba la Puerta de Kabul. Según Mohammad Husain Herati, su biógrafo, «William Macnaghten tuvo el honor de estar en presencia real e invitar a su majestad a dirigirse a la colina donde se encontraba el santuario del santo Bahlul —un sabio sufí—, desde donde el sha pudo observar el asalto de la fortaleza de Gazni. Una vez que su majestad ocupó su sitio, los cañones abrieron fuego».**[89]** Aunque Shuja estaba expuesto al fuego de la artillería pesada de las murallas, permaneció quieto, sin inmutarse, demostrando un coraje glacial que impresionó a sus guardianes británicos, que habían escuchado falsos rumores que hablaban de abandonos prematuros del campo de batalla en ocasiones anteriores.

Sita Ram era parte del contingente de diversión. «Recibimos órdenes de mantener un fuego constante para engañar y atraer la atención de los *ghazis*», escribió. «El viento soplaba con fuerza esa noche y las nubes de polvo en el aire acentuaban la oscuridad. Cuando los cañones abrieron fuego, vimos a los *ghazis* correr con antorchas en la mano, haciendo que el lugar se pareciera a la ceremonia de la *puya* (ofrenda) durante el Diwali (festival hindú de la luz)».**[90]**

En contraste con el estrépito de la cortina de fuego de la cara sur de la fortaleza, la cara norte permanecía en silencio absoluto, mientras que Durand y los otros ingenieros se acercaban con sigilo a la muralla protegidos por la oscuridad. Estaban nerviosos porque Macnaghten había revelado la estrategia al círculo más cercano de Shuja: «el plan de ataque, cuyo éxito dependía de que se mantuviera en secreto, era conocido por todos en el campamento del sha». Pero el plan no llegó a los oídos de los defensores. En la penumbra, antes del alba, Durand avanzaba con sigilo, a menos de ciento cincuenta metros de la puerta, cuando escuchó el aviso de un centinela. «Un disparo y un grito indicaron que el grupo había sido descubierto», escribió más tarde. «La guarnición fue alertada de inmediato; los disparos de sus rifles volaban rápidos y fulminantes desde las murallas y las luces azules que resplandecían en lo alto de las almenas iluminaban el acceso a la puerta. Un fuego graneado desde las fortificaciones exteriores inferiores que barrió el puente a alcance medio de pistola debía haber aniquilado a los ingenieros y a sus hombres, pero, por extraño que parezca y aunque las murallas emanaban fuego por cada una de sus aspilleras, el puente no recibió ni un solo disparo desde las fortificaciones inferiores».

Colocaron los sacos de pólvora y encendieron las mechas «mientras los defensores, frustrados por los límites que les imponían las propias aspilleras, se subían sobre los parapetos y disparaban a los pies de la muralla y arrojaban piedras y ladrillos». Los ingenieros corrieron a ponerse a salvo y se zambulleron en el foso justo antes de que sonara una enorme explosión a sus espaldas; la corneta marcaba el inicio del avance.[91] Las tropas, con William Dennie a la cabeza, se dirigieron hacia la brecha, seguidas de cerca por una columna dirigida por el general Robert Sale, conocido entre sus hombres como «Bob el combativo» por negarse a permanecer en la retaguardia y por querer abalanzarse, siempre que había ocasión, al más encarnizado combate cuerpo a cuerpo.

Mohammad Husain Herati observaba el ataque desde lo alto de la colina junto a Shah Shuja. «Las puertas de la fortaleza saltaron por los aires», escribió, «y los ingleses consiguieron precipitarse en su interior combatiendo cuerpo a cuerpo hasta que los soldados afganos abandonaron las armas y sus gritos de sumisión llegaron al cielo: "¡*al-Aman*! ¡Piedad!". Aquellos a los que les había llegado su hora, se les dio muerte; otros, tanto hombres como mujeres, tomados prisioneros, y todas sus riquezas, posesiones y ganado fueron destinados al saqueo».[92] Mirza 'Ata sintió una profunda y creciente compasión por los defensores. «Cuando prendieron las mechas», escribió,

> la puerta quedó reducida a un entramado de agujeros y se desplomó; la explosión llenó el aire de polvo, como en una tormenta de arena, e hizo que todo se tornara invisible en cualquiera de las seis direcciones. Las tropas del sha se apresuraron a asaltar el fuerte y se enfrentaron a trescientos *ghazis*, luchadores de la fe, que alzaron sus espadas en defensa de su religión y consiguieron expulsar hasta en tres ocasiones a los británicos fuera de las murallas. Las tropas se vieron obligadas a replegarse y a disparar desde una distancia de más de trescientos metros. Pero el general Sale y el comandante en jefe volvieron a formar a sus hombres, que entraron en el fuerte y aniquilaron a los *ghazis*. El Ejército de Bengala cargó una vez más y el comandante de la fortaleza, Nawab Ghulam Haidar Khan (el mismo hijo de Dost Mohammad que había escoltado a Burnes fuera de Kabul un año antes), fue abandonado a traición por sus compañeros, que esperaban salvar sus vidas y ganar un poco del sucio oro inglés. Aceptaron los sobornos de los británicos y, con sus rostros mancillados por la traición, huyeron sin combatir. El resto de los *ghazis* lucharon hasta apurar la copa del martirio, repleta de agua de los ríos celestiales, y ser elevados a los jardines del Paraíso «a

> cuya sombra fluyen dichos ríos», ¡qué Dios tenga piedad de sus almas! Solo tras la muerte de todos los *ghazis*, pudieron los ingleses tomar el fuerte de Gazni y completar su victoria.[93]

Mientras los saqueos se extendían por los barrios bajos de la fortaleza, los últimos resquicios de una resistencia abocada al fracaso seguían luchando en la parte más alta. «Los afganos lucharon valientemente con sus espadas y, aun atravesados por las bayonetas, lograron herir a varios de nuestros hombres», escribió George Lawrence.[94] Su amigo Neville Chamberlain se mostró, por el contrario, bastante menos impresionado por el comportamiento de las tropas británicas. Se cometían atrocidades por doquier y los «soldados entraban en las casas para buscar el botín y masacraban a muchos de los que se cruzaban en su camino […]». No voy a describir las crueldades y las barbaridades que vi aquel día porque solo generarían repugnancia hacia el género humano; pero, al menos, me alegro de poder decir que pocas mujeres y niños fueron asesinados, algo milagroso teniendo en cuenta que cada vez que se oía a alguien moviéndose en una habitación, diez o doce rifles eran disparados de inmediato en su interior, causando así la muerte a personas inocentes.[95]

Al amanecer, la huida de los defensores se había convertido en una desbandada. «Se ha visto a muchos de nuestros enemigos descolgándose por las murallas con la ayuda de cuerdas», comentó Thomas Gaisford.

> A algunos los dispararon mientras se dejaban caer de esta manera, mientras que muchos otros que habían conseguido escapar fueron abatidos a sablazos en campo abierto por la caballería. Incluso después de tener todas las zonas bajo control, algunas bandas de soldados de la guarnición, que permanecían encerrados en las casas, continuaron disparando contra nuestras tropas. Fuimos compasivos con aquellos que se rindieron, pero el portaestandarte y otros tantos, que habían matado a muchos de nuestros hombres mucho tiempo después de que hubiéramos tomado el lugar, fueron disparados en el sitio. Cuando todo había vuelto a la normalidad, un grupo salió de una de las casas y trató de huir a golpe de sable, hiriendo a muchos hombres en el intento […].

La masacre, añadió Gaisford, fue «terrible».

> En una galería que conducía a la muralla a través de una ancha escalinata encontré a treinta o cuarenta cuerpos que yacían juntos, muchos de ellos en llamas y parcialmente quemados […]. Al llevarnos los cuerpos, asistimos a algunas escenas verdaderamente desgarradoras. Un grupo que había sacado un cadáver de una casa vio como este, en cuanto se dieron la vuelta, fue de inmediato arrastrado de nuevo al interior, donde encontraron a una mujer y a un niño llorando sobre él. Todas las casas y los comercios fueron saqueados y eran pocas las familias que no se vieron salpicadas de sangre. Se contaron entre quinientos y seiscientos cuerpos en las fosas, pero es posible que perdieran la vida al menos mil personas en total. Los heridos se encontraban en un estado deplorable y su situación no mejoraría durante el resto de nuestra estancia en la ciudad […] algunos quemados, otros con heridas de bala y de bayoneta, otros con miembros destrozados y trece de ellos que habían saltado por los aires víctimas de la explosión de un cañón. El gobernador del fuerte, Hyder Khan, hijo de Dost Mohammad, fue encontrado en una torre sobre una de las puertas de acceso y, ante la promesa de perdonarle la vida, entregó su espada.[96]

A las nueve de la mañana, la resistencia estaba acabada. Era el momento en el que los oficiales encargados del botín comenzaban a recolectar sistemáticamente todos los bienes incautados para repartirlos entre las tropas. Según Mirza ‘Ata, tardaron cinco días en llevárselo todo de la ciudad. Los ingleses se llevaron: «para sus almacenes, tres mil caballos de raza turca, árabe e iraní; dos mil camellos de Kabul, Balj, Bujará y Bagdad; empuñaduras de espadas iraníes de Isfahán y Teherán; cientos de chales de Cachemira; miles de *maunds* de pasas, almendras, pistachos salados, mantequilla clarificada, arroz y harina; y miles de pistolas». El erudito Mirza ‘Ata estaba especialmente interesado en una parte del botín a la que ninguna fuente británica prestó, al parecer, atención alguna: la biblioteca del palacio de Gazni, «varios miles de libros únicos y de valor incalculable, escritos en farsi y en árabe, que englobaban todas las ciencias, la lógica, la crítica literaria, los principios del derecho, la sintaxis y la gramática».[97]

Fue una victoria espectacular: la inexpugnable fortaleza de Gazni fue capturada tan solo setenta y dos horas después de ser avistada por el ejército por primera vez. Además de los mil muertos, alrededor de trescientos afganos resultaron heridos y mil quinientos, tomados como prisioneros. En cambio, los británicos sufrieron solo diecisiete muertos y alrededor de sesenta y cinco

heridos.[98] Pero, como más tarde señaló Durand, el éxito del asalto se debió en gran parte a la suerte, ya que dejar atrás las armas de asedio y emprender la marcha sin suministros suficientes constituyó «un gravísimo error militar de Keane; pero la guerra, como para burlarse de la prudencia y la previsión humanas, ofrece, en ocasiones, situaciones en las que un error se convierte, por mor de la inescrutable voluntad de la Providencia, en el desencadenante de una victoria brillante y sorprendente: esto es lo que sucedió, en esencia, con este error».[99]

Si bien los británicos habían obtenido una victoria extraordinaria en contra de todo pronóstico, los afganos no habían salido mal parados en absoluto: habían demostrado sus habilidades en combate y la valentía de los defensores —aun cuando todo estaba perdido— alimentaba leyendas que comenzaron a propagarse casi de inmediato. Mirza ‘Ata, que, como tantos otros afganos, comenzaba a cuestionarse su propia lealtad hacia el sha, dio testimonio de que muchos pensaron que los cuerpos de los caídos habían experimentado un milagro. «Los *ghazis* muertos, como los mártires de Kerbala, fueron abandonados en el campo de batalla sin tumba ni sudario», escribió,

> y a pesar de las súplicas de los devotos musulmanes para que estos recibieran adecuada sepultura, los ingleses se negaron. Pero, durante la noche, gracias al Todopoderoso, todos los cadáveres de los mártires desaparecieron y no quedó ni un rastro de su sangre en el suelo. Otra historia curiosa fue la de un *ghazi* que permaneció atrincherado en una torre del fuerte, durante tres días, disparando y matando a todos los que se acercaban —se le atribuyó la muerte de setenta soldados de la Compañía— y que, de repente, desapareció y nadie más supo de él. En el interior de la fortaleza de Gazni hay muchos túneles subterráneos de gran tamaño; los ingleses no supieron de su existencia durante algunos meses, hasta que, según se dice, unas ochocientas muchachas vírgenes y niños, trescientos caballos y quinientos afganos aparecieron de repente y se alejaron sin que un solo soldado de las tropas de ocupación intentara siquiera detenerlos. Fue así como se estableció el control británico sobre la ciudad de Gazni.[100]



La noticia de la caída de Gazni llegó a Dost Mohammad, en Kabul, menos de cuarenta y ocho horas después. Había invertido tres meses en restaurar y reforzar la mayor fortaleza de su territorio y esta había caído ante los invasores *kafirs* (infieles) en tan solo tres horas. En los días siguientes hubo aún peores nuevas que minaron tanto su propia confianza como la resolución de sus partidarios.

La primera y más grave para el emir fue que Akbar Khan, su hijo favorito, el más capaz y en quien había delegado la protección del paso Jáiber y el bloqueo del avance de Wade y el príncipe Timur, había enfermado. Se rumoreaba que Akbar Khan había sido envenenado y durante dos días su vida pendió de un hilo. Según las fuentes afganas, esto fue lo que más afectó al ánimo de Dost Mohammad: «Cuando el emir vio a su hijo, al que quería como a las niñas de sus ojos, el dolor causado por la tristeza rompió su corazón en pedazos y le hizo golpearse la cabeza con las manos de la desesperación».[101]

La enfermedad de Akbar Khan brindó por fin a Wade la oportunidad que llevaba tiempo esperando. En medio de la confusión reinante, y aunque solo había logrado reunir a menos de cinco mil soldados, todos ellos de muy diversa índole, decidió arriesgarse y lanzar un ataque en el Jáiber. El asalto se encontró con la feroz resistencia tanto de los afridis locales como de la tribu de Mohammad Shah Khan, jefe de los babrak khel ghilzais y padre de la famosa y bella esposa de Akbar Khan. Pero, el 26 de julio, Wade capturó Ali Masjid, justo bajo la parte más elevada del paso y, en poco tiempo, emprendió la marcha hacia Jalalabad, de donde tuvieron que evacuar, en una litera y a toda prisa, al debilitado Akbar Khan.

Las capturas de Ali Masjid y de Gazni, con tan solo cuarenta y ocho horas de diferencia, animaron a los miembros de otras tribus descontentas. En Istalif, a unos cincuenta kilómetros más allá de Kabul, los tayikos kohistaníes, encabezados por su líder religioso Mir Haji, el *pir* naksbandí e imán hereditario de la mezquita de Pule-Jishti, se levantaron contra los barakzais y expulsaron a su gobernador barakzai, el *sardar* Sher Ali Khan, primogénito de Dost Mohammad. Lo persiguieron hasta la ciudadela de adobe de Charikar, que asediaron «apretando cada vez más la soga alrededor de su cuello».[102] Cuando Dost Mohammad, en su juventud, gobernaba la región en nombre de su hermanastro mayor Fatteh Khan, mandó ejecutar a muchos de los *maliks* de Kohistán; ahora, Mir Haji, al que Wade había prometido incentivos financieros, alentó a su pueblo a la rebelión y a reclamar la venganza que llevaban veinte años esperando.[103]

Con un ejército que avanzaba desde Gazni, otro, desde Jalalabad y con los kohistaníes en rebelión en la retaguardia, las opciones de Dost Mohammad quedaban drásticamente reducidas. Su primera reacción fue la respuesta tradicional pastún ante una derrota: la negociación. Nawab Jabar Khan era el más probritánico de todos los nobles de Kabul: había recibido a Burnes y financiado las excavaciones de Charles Masson y también había enviado a su hijo a Ludhiana para que este fuera educado a la inglesa en la escuela de Wade. Además, durante el enfrentamiento con Vitkevitch del año anterior, el *nawab* había intentado por todos los medios que su hermano se pusiera de parte de los británicos.

Jabar Khan fue por tanto enviado a Gazni con una propuesta: Shah Shuja podría recuperar el trono con la condición de que, bajo el gobierno sadozai, Dost Mohammad pudiera continuar siendo visir, «un cargo que legítimamente podía reclamar por derecho de herencia». Después de todo, su hermanastro Fatteh Khan había sido el visir de Shah Zaman y su padre, Payindah Khan, fue el visir de Timur Shah, el padre de Shuja. Según los pastunes, esta solución al problema era la más lógica y la que más respetaba sus tradiciones; por eso Jabar Khan se quedó tan estupefacto cuando los británicos rechazaron la oferta de manera contundente. También se mostró consternado tras el rechazo de su segunda petición: «la liberación de su sobrina, la esposa de Haidar Khan». Tal y como observó un joven oficial británico, Henry Havelock, Jabar «sintió, o fingió sentir, la más profunda indignación ante esta negativa».[104] Solo Mohan Lal, que estaba familiarizado con la concepción afgana del honor, comprendió la gravedad del gesto: «era del todo innecesario ofender a un amigo tan valioso como el *nawab* en este momento crítico», escribió. Como resultado:

> (Jabar) perdió por completo la confianza y la esperanza en nosotros. Durante nuestra conversación, el tema principal giró en torno a Shah Shuja al-Mulk, cuyo nombre mencionábamos con el mayor de los respetos; el *nawab* sonrió y le espetó al enviado: «Si Shah Shuja es el verdadero rey y vuelve al reino de sus antepasados, ¿por qué necesita vuestro ejército? Le habéis traído a Afganistán con vuestro dinero y vuestras armas y le habéis dispensado un trato amable y generoso en todos los sentidos. Ahora, dejadlo con nosotros, los afganos, a ver si es capaz de gobernarnos». Tanta sinceridad no fue de nuestro agrado […] y el buen *nawab*, profundamente desilusionado y dolido por nuestra actitud hostil hacia él, abandonó nuestro campamento el mediodía del día 29 de julio. Me pidieron que lo escoltáramos más allá de nuestros

> piquetes y por el camino oímos los gritos de una mujer capturada en la fortaleza de Gazni. El *nawab* se volvió hacia mí e inclinó la cabeza […]. De vuelta a Kabul, el tono empleado por el *nawab* al hablar de nosotros no fue nada amistoso.[105]

Como las negociaciones habían fracasado, a Dost Mohammad solo le quedaba una opción: congregó a sus partidarios en Kabul y convocó una reunión pública en los jardines que rodeaban el mausoleo de Timur Shah. Allí, dio un discurso conmovedor, del que han sobrevivido algunos testimonios. «Habéis comido de mi sal durante estos últimos trece años», les dijo a los seguidores que le quedaban. «Permitidme que reciba una única cosa a cambio de este largo periodo de bienestar y generosidad: permitidme morir con honor. Permaneced al lado del hermano de Fatteh Khan mientras lanza un último ataque contra la caballería de los perros *firangi*; si cayera en el intento, entonces marchad y pactad con Shah Shuja».[106] La petición fue recibida con un silencio absoluto. El relato más completo de lo que ocurrió a continuación es el que dio Maulana Hamid Kashmiri en el *Akbarnama* [Libro de Akbar], que cuenta cómo Dost Mohammad debatió su propia legitimidad con sus seguidores. El emir afirmó ser el representante de la autoridad de la ley y la justicia islámicas, pero sus seguidores, al ver la dirección en la que soplaba el viento, respondieron que su lealtad se debía, por orden de prioridad, a un rey coronado y legítimo antes que a un emir. Por esta razón desestimaron el argumento de Dost Mohammad de que Shuja había perdido la protección de la ley debido a su alianza con los infieles *firangis*. «¿En qué se ha convertido el mundo hoy en día?», preguntó el emir.

> «Cuando de cien amigos no te queda ninguno
>
> Cuando los hombres se vuelven más infieles que las mujeres
> ¿Por qué se vilipendia entonces la lealtad de las mujeres?
>
> Temo que el país caiga en manos de los *firangis*
> Que impondrán sus leyes, su credo y su religión
>
> Nadie mantendrá su honor intacto
> A nadie se le evitará el sufrimiento».
>
> Le respondieron: «Oh, líder de esta asamblea
> en esta guerra no te prestaremos nuestra ayuda […]
>
> Rebelarse contra los reyes está prohibido por Dios

Un emir y un sha son dos cosas muy diferentes

No nos atrevemos a levantarnos en armas contra él
Que suceda lo que tenga que suceder».

El emir respondió: «La obediencia a un rey está bien
Pero solo si este sigue el camino trazado por la *sharia*

pero no a un rey que se ha vuelto desleal
El mundo, debido a su opresión, será un lugar terrible

Ahora, con la ayuda de los infieles,
ha venido preparado con un gran ejército

Los que ayuden a los infieles, por la ley del *hadith*,
Se convierten en *kafirs*, malvados e impuros

El asesinato de un sha tan impuro es justo
Ayudarlo es impío e incorrecto».

Le respondió Khan Shirin Khan, el líder qizilbash. La madre de Dost Mohammad era qizilbash y este esperaba que estos se levantaran y lucharan junto a él, pero, sin embargo, y al igual que todos los demás, ellos también eran conscientes del nuevo sesgo que estaban tomando los acontecimientos.

«¡Silencio! (respondió Khan Shirin Khan). Basta de palabras perversas y desafortunadas
Después de todo, hemos gozado del favor del sha

¡Poned fin a esta inútil palabrería! La era de tus pretensiones ha terminado
Se ha desvanecido la era de tu arrogancia y vanidad».

Cuando cayó la noche, con cien furias y mucha osadía
Los qizilbash y los otros, dignos candidatos a la horca […]

saquearon el tesoro, como ladrones intrépidos,
se llevaron las riquezas y el botín

Entonces, en una sola noche, veloces como el viento
se unieron al ejército *firangi*.

El emir, traicionado por sus propias fuerzas, tenía el corazón roto.

Vio como todos sus amigos se convertían en extraños
Se sumió en el desaliento ante su triste destino

> Como dijo el poeta Saadi: «Cuando veas que tus amigos ya no lo son,
> considera la huida del campo de batalla como una victoria»
>
> Así que se arrancó del corazón todas las ideas de guerra
> de armas, de ejércitos y de todas esas cosas que tanto estimaba
>
> Tomó todo lo que podía llevar consigo, el resto lo dejó
> Entonces tocó los timbales de partida y alzó la bandera
>
> Inició la marcha con mil quinientos hombres
> de su propia tribu y fue hacia Kholm pasando por Bamiyán.[107]

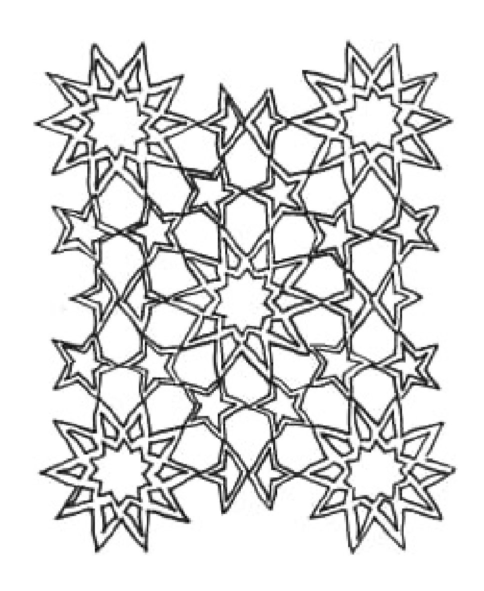


La noticia de la huida de Dost Mohammad llegó al campamento británico el 3 de agosto de 1839. El ejército tardó solo tres días en recorrer los últimos kilómetros que lo separaban de Kabul. El 7 de agosto, ocho meses después de haber dejado Firozpur, el Ejército del Indo entró por fin en la capital afgana con Shah Shuja a la cabeza, «deslumbrante con una pequeña corona, un fajín enjoyado y un brazalete»; Macnaghten no se quedaba atrás, con «un bicornio adornado con plumas de avestruz, una levita azul con grandes botones, espléndidos entorchados en el cuello y en los puños, charreteras que no tenían nada que envidiarle a las de un mariscal de campo y unos pantalones con anchos galones dorados». Habían pasado ya treinta años desde que el sha viera por última vez el magnífico palacio timúrida sobre la montaña rocosa de Bala Hisar, que ocupaba casi un cuarto de la superficie de Kabul. Una multitud silenciosa atestaba las calles y se ponía en pie al paso del sha, mientras que, cuando desfilaban los oficiales británicos que lo seguían, volvían a sentarse; sin embargo, no hubo vítores ni celebraciones de ninguna clase. Según George Lawrence, las gentes de Kabul mostraron «la más completa indiferencia (ante el regreso del sha) y no expresaron señal alguna de bienvenida o satisfacción por su ascenso al trono. Resultaba evidente que sus corazones y afectos estaban con su anterior soberano, que ahora vagaba más allá del Hindu Kush».[108] Otro joven oficial fue aún más lejos: «Más que la entrada de un rey en la capital de su reconquistado reino», escribió, «parecía un cortejo fúnebre».[109]

El sha era el único que mostraba cierta emoción o alegría. «Su majestad encabezaba la marcha hacia el palacio y los jardines», escribió el comandante Hough. «Después de treinta años, estos últimos estaban tan descuidados que el anciano lloró al verlos mientras describía a sus nietos y familiares su antiguo esplendor». Mientras subía la escalinata hacia las dependencias superiores del palacio y veía Kabul extenderse a sus pies, su ánimo remontó al apercibirse de que, por fin, había cumplido su sueño, frustrado durante tres décadas. «Tras ascender la gran escalinata, el sha recorrió con el entusiasmo de un niño cada una de las habitaciones de la residencia real, de la que recordaba cada detalle, mientras se lamentaba en voz alta del abandono y los daños visibles por doquier; en especial de la desaparición de los paneles de espejo del *sheesh mahal*».[110]

Pero, a pesar de todas las quejas, Shah Shuja se encontraba feliz. Por fin, estaba en casa.





Capítulo 5

El estandarte de la guerra santa

En la mañana del 8 de mayo de 1839, al mismo tiempo que Shah Shuja atravesaba triunfal las puertas de Kandahar, una mujer de la limpieza encontraba el cadáver de un hombre, de unos treinta años, en una habitación del último piso de la pensión París, en los bajos fondos de San Petersburgo. Al parecer, el hombre había echado la cerradura por dentro y, luego, se había volado la tapa de los sesos.

Sobre una mesa, al lado del cuerpo, aparecía una nota breve y concisa que decía así:

> El no tener a nadie que se preocupe por mí es razón más que suficiente para explicar porqué hoy he decidido quitarme la vida. Como empleado del Departamento de Asia del Ministerio de Asuntos Exteriores, pido humildemente a dicho departamento que me entregue de la siguiente manera los dos años de salario que me deben por los servicios prestados en el 1.er Regimiento de Oremburgo: que pague la factura del uniforme de oficial, que asciende a unos trescientos rublos; que dé quinientos rublos al sastre Markevitch por el traje que le encargué y que aún no he recogido; y que permita que mi amigo Dimitri se quede con todas mis

> pertenencias. He quemado todos los papeles relacionados con mi último viaje y, por lo tanto, buscarlos resultaría inútil. He pagado el alquiler de mi habitación, al propietario de la pensión París, hasta el 7 de mayo, pero si este tuviera alguna otra petición, suplico humildemente al Departamento que emplee la mencionada suma para satisfacerla. 8 de mayo de 1839, 3 a.m. Vitkevitch.[1]

La muerte de Iván Viktorovitch Vitkevitch, digna de un relato de Dostoievski, no tenía mucho sentido y, casi desde el momento en el que se encontró su cuerpo, el misterioso final del primer agente ruso del Gran Juego se convirtió en objeto de todo tipo de especulaciones. Los británicos veían su suicidio como la prueba de la crueldad autocrática del régimen zarista, el ejemplo de todo lo que despreciaban y temían de los rusos. Al fin y al cabo, Vitkevitch había sido alejado, de forma brutal, de su Polonia natal y exiliado a la lejana estepa a la temprana edad de catorce años. Después, tras haber superado todo tipo de adversidades y, contra todo pronóstico, se convirtió en un brillante agente de inteligencia; sin embargo, en su momento de mayor éxito, cuando se había impuesto a su rival, Burnes, y se había ganado a los barakzais, sus patrones rusos lo repudiaron y apartaron de forma despreciable.

El embajador británico en San Petersburgo escribió a Palmerston: «Se rumorea que la causa del suicidio ha sido la reprobación y la desacreditación de su actuación en Afganistán, en lugar de la recompensa y el ascenso que él esperaba, por parte del Gobierno ruso».[2] Según los «refugiados y emigrantes» rusos con los que sir John Kaye había contactado a finales de la década de 1840 —cuando se encontraba investigando este asunto—, Vitkevitch llegó a la capital «esperanzado, puesto que había cumplido, con admirable destreza, con la misión que se le había encomendado». Pero el conde Nesselrode se negó a recibirlo y, cuando se presentó personalmente en el Ministerio, no lo dejaron entrar. El conde había dicho que «no conocía a ningún capitán Vitkevitch, a excepción de un aventurero con ese mismo nombre que, según algunos informes, en los últimos tiempos había estado involucrado en algunas intrigas no autorizadas en Kabul y Kandahar». Vitkevitch, «que conocía de primera mano de lo que su Gobierno era capaz, comprendió de inmediato el terrible presagio que entrañaba aquel mensaje». Era consciente de que la invasión británica de Afganistán, en apariencia exitosa, implicaba su derrota frente a Burnes y ahora «veía con claridad» que, además, los mismos políticos a los que había servido fielmente y con eficacia «le habían sacrificado».[3]

Nazir Khan Ullah, el agente británico e informante en Bujará, confirmó esta versión de los hechos en un informe secreto que envió desde Asia Central. Vitkevitch se había visto en una situación muy comprometida cuando sus superiores no cumplieron las promesas de apoyo militar, que él mismo había hecho a los barakzais, y los dejaron solos frente a los británicos. «Conozco al agente ruso de aquí», escribió Nazir Khan a Burnes, que era su jefe inmediato. «Me ha dicho que Vitkevitch, en cuanto regresó a Rusia desde Kabul, se dirigió a las autoridades rusas y les recriminó que sus muchas cartas, en las que solicitaba ayuda militar y económica, nunca hubieran recibido respuesta, que este abandono retrasó su misión y le hizo ganarse fama de mentiroso en Kabul y Kandahar. Por esta razón, se sentía desacreditado y, al recibir la respuesta del Gabinete de San Petersburgo, se voló la tapa de los sesos».[4]

En cambio, para muchos observadores rusos, la misteriosa muerte de Vitkevitch y la sospechosa desaparición de sus papeles afganos eran una clara muestra del juego sucio de los británicos. Después de todo, los documentos de Vitkevitch contenían detalles sobre la red de inteligencia británica y sus informantes en Asia Central. Como señalaría poco después en una carta el nuevo director del Departamento Asiático, L. G. Sinyavin:

> En lugar de entregarnos los papeles, los quemó. Esos documentos contenían las notas que iba a utilizar para elaborar su informe sobre la situación afgana, además de las copias de las comunicaciones interceptadas a los agentes británicos y dirigidas a varias personas importantes. En pocas palabras: la valiosa información que, gracias a su extraordinario talento y a sus dotes de observación, suponemos que contenían los papeles, y que ahora nos sería de tanta utilidad, se ha perdido con su muerte. Solo tenemos noticia de lo que él mismo pudo contarme en persona.[5]

Todo esto alimentó la hipótesis de que el suicidio de Vitkevitch fue, en realidad, un asesinato perpetrado por los agentes de inteligencia británicos. Según la versión oficial rusa de los acontecimientos, no había ninguna razón por la que Vitkevitch quisiera suicidarse, puesto que había sido recibido con honores, ascendido, estaba a punto de ser condecorado y, la misma mañana de su muerte, iba a tener una audiencia privada con el zar Nicolás I. ¿Cómo querría alguien quitarse la vida en el punto álgido de su carrera? Sinyavin, por otro lado, estaba muy desconcertado con el asunto y decidió escribir a

Perovsky, el antiguo protector de Vitkevitch en Oremburgo: «Vitkevitch había llegado a San Petersburgo hacía tan solo ocho días. Fue muy bien recibido por el Ministerio, y, el mismo día de su muerte, llegó el informe que autorizaba su traslado a la Guardia y que, además, le premiaba con un ascenso, con condecoraciones y con dinero». Sinyavin añadió:

> Durante la reunión que tuve con él, le transmití el profundo aprecio que usted le tenía y la enorme consternación que sintió al escuchar la falsa noticia de su asesinato durante su viaje a Jiva; también le dije que, antes de su partida, usted me pidió que le recompensara de la manera que merecía por la difícil expedición que iba a emprender. Parecía estar muy contento y satisfecho. Tan solo un día antes de su muerte, lo vi en el teatro, donde se sentó y charló a lo largo de la velada con el príncipe Saltykov. Al día siguiente, lo vieron, de nuevo, al mediodía y también parecía alegre; por la tarde, recibió la visita del conde Simonitch […]. Todo me parece demasiado extraño […].[6]

Según esta versión rusa, Vitkevitch estuvo muy animado durante toda su estancia en San Petersburgo. K. Bukh, un amigo suyo de Oremburgo que había estado con él el día de su muerte, relató que por la mañana fueron «a dar un paseo por las islas» y que, más tarde, asistieron a una obra en el teatro Kamennoostrovsky. Bukh escribió: «No mostraba indicio alguno de tristeza. Fui a visitarlo la víspera de su trágica muerte y estaba entusiasmado porque un artículo de un periódico alemán hablaba de él. Me mostró los rifles y las pistolas, que siempre habían sido la mayor de sus pasiones, que había traído de Oriente. A su regreso al hotel, estaba de buen humor y pidió que lo despertaran a las nueve».

Además, la excesiva brevedad de su nota de suicidio alimentó aún más las especulaciones: ¿por qué no le dedicó ni una sola palabra a su madre, a su hermano o a alguno de sus colegas y amigos? El primero en manifestar públicamente sus sospechas sobre el tema fue el historiador militar zarista M. A. Terntyev, que escribió lo siguiente: «La investigación no arrojó pruebas concluyentes, pero es difícil creer que alguien que había trabajado tan duro, y durante tantos años, decidiera abandonar justo la noche antes de que sus más ansiados deseos se hicieran realidad […]. Muchos sospechaban que los británicos estaban involucrados en este misterioso incidente […]. Excepto ellos, ¿quiénes podían estar interesados en las anotaciones de Vitkevich? ¿Quiénes estaban frustrados por el fracaso de Burnes y enfadados con

Vitkevich? […]. La muerte de Vitkevich hizo que perdiéramos valiosas informaciones sobre Afganistán, entre ellas, el tratado que este había firmado con el emir Dost Mohammad». Esta lectura sedujo también a N. A. Khalfin, el gran historiador soviético de la Guerra Fría experto en el Gran Juego, quien se preguntó: «¿Fue entonces un asesinato cometido en el centro de San Petersburgo por orden de una potencia extranjera?».[7]

Pero existe una tercera versión de los acontecimientos, quizá la más verosímil de todas y también la más aceptada, por lo general, en la Polonia natal de Vitkevitch. Según uno de sus compañeros de Oremburgo, la noche antes de su muerte, Vitkevitch —o, mejor dicho, Jan Prosper Witkiewicz, como todavía era conocido entre sus compatriotas— se encontró en el teatro con un viejo amigo de Vilna. Este hombre, llamado Tyshkevitch, le reprochó que, a pesar de que en su día había estado dispuesto a sacrificarse en nombre de su patria, ahora se hubiera olvidado de todos sus ideales y que, por pura ambición, hubiera abandonado sus más firmes principios.

El testimonio más antiguo de esta versión lo proporcionan algunas de las notas del coronel P. I. Sungurov, que sirvió en Oremburgo durante treinta años y conocía bien a Vitkevitch. Según Sungurov, después de la representación, Vitkevitch volvió a su hotel para echar un último vistazo a sus anotaciones para la audiencia de la mañana siguiente con el zar. Aquella noche, Tyshkevitch fue a verlo a su habitación y, tras llamar a su puerta, lo encontró sentado y rodeado de papeles y diarios. Las historias sobre sus viajes, sobre su «gran aportación» a la causa rusa y su prometedora carrera provocaron la indignación de Tyshkevitch: «Deberías avergonzarte de ti mismo, Pan Vitkevitch […]. Hablas como si tu misión hubiera sido una proeza divina […]. Tú, que no dudaste en sacrificar tu vida, tus riquezas y tus títulos por liberar a tu querida patria de la esclavitud […] ahora ayudas a subyugar a otras naciones independientes. Tú, que despreciabas a los espías y a los traidores, ahora te has convertido en uno de ellos […]». Tyshkevitch sermoneó a su antiguo amigo durante un buen rato y, al final de su discurso, Vitkevitch se derrumbó, humillado y deprimido: «Un traidor», murmuró, «sí, eso es lo que soy, ¡maldita sea!». Tan pronto como Tyshkevitch se marchó, Vitkevitch, presa de los remordimientos, encendió la chimenea y quemó todos sus papeles. Sacó una pistola del baúl que descansaba en el suelo de su habitación de hotel, se lo introdujo en la boca y apretó el gatillo.[8]

La hipótesis que argumentaba que la causa del suicidio de Vitkevitch había sido la depresión —o la melancolía, como la denominaban los victorianos—, provocada por la vergüenza y por el sentimiento de culpa, fue

la que sostuvo también Ivan Blaramberg, su compañero de viaje y la persona que más tiempo había pasado con él en sus últimos meses de vida. «En abril recibimos la triste noticia del suicidio de nuestro amigo Vitkevitch», escribió más tarde en sus memorias.

> Ha sido un final muy trágico para un joven que aún podría haber sido de gran utilidad para nuestro Gobierno; estaba lleno de energía e iniciativa, y sus magníficas cualidades lo convirtieron en el hombre idóneo para desempeñar en Asia el mismo papel que hacía Alexander Burnes. Durante nuestro viaje a Persia y nuestra posterior estancia allí, a menudo se sentía melancólico y aseguraba que ya había vivido suficiente. Una vez, señalando a una pistola Bertran de retrocarga, me dijo: «*Avec ce pistolet-là, je me brulerai un jour la cervelle*» (Algún día me volaré los sesos con esta pistola). Y mantuvo su palabra, ya que fue con esa misma pistola con la que se disparó en un momento de profundo desánimo.[9]



El suicidio de Vitkevitch fue solo una de las muchas, y relevantes, consecuencias del regreso de Shah Shuja al trono de Afganistán.

Desde Oremburgo, el conde Perovsky —el antiguo protector de Vitkevitch— se propuso evitar que las maquinaciones británicas frustraran los planes rusos en Asia Central. Tan pronto como quedó claro que los británicos iban a invadir Afganistán, Perovsky se puso manos a la obra: quería que Rusia recuperara su prestigio en la región mediante la conquista del kanato turcomano de Jiva, una idea que llevaba intentando sacar adelante desde 1835. Los habitantes de Jiva llevaban años comprando siervos rusos a los kazajos, que, a su vez, los secuestraban en sus fronteras para, posteriormente, esclavizarlos. Además, el avance británico en Asia Central proporcionaba a Perovsky la excusa perfecta, que llevaba tanto tiempo esperando, para poder ejecutar su plan de invasión. Un comité reunido en San Petersburgo estudió su propuesta y decidió lo siguiente: «La expedición debe consolidar la influencia de Rusia en Asia Central, terminar con la impunidad de la que han gozado los habitantes de Jiva desde tiempo inmemorial y, en especial, frenar la expansión de la influencia británica en la zona, que tanto perjudica nuestro comercio y

nuestros productos. Teniendo en cuenta estas circunstancias, la comisión está convencida de la necesidad de la intervención».[10]

Mientras tanto, en Londres estaban muy satisfechos por el cómodo triunfo con el que se había saldado la primera expedición militar emprendida durante el reinado de la reina Victoria. Tal era la alegría que, entre las altas capas de la sociedad londinense, se puso de moda un nuevo baile: un *galop* llamado «La toma de Gazni».[11] La joven reina escribió en su diario que la invasión había sido «un avance decisivo para el dominio de Asia Central», y sus políticos le aseguraron que la guerra había resuelto, al menos por el momento, la pugna entre Gran Bretaña y Rusia por «el control de Oriente». Como señaló el primer ministro, lord Melbourne, desde el momento en el que Shah Shuja puso un pie en el Bala Hisar, Macnaghten se convirtió en el verdadero rey de Afganistán.[12] Downing Street le otorgó, al igual que a Wade y a Keane, el título de *baronet*, y a Auckland, el de conde.

En Simla también respiraron aliviados con el desenlace de la campaña. El baile organizado por el gobernador general para celebrar la victoria «fue todo un éxito», escribió Emily Eden: «Auckland no cabía en sí de satisfacción, había daguerrotipos de la toma de Gazni, arcos y verandas de flores, e incluso una mesa de *whist* para su excelencia. Todo Simla estuvo allí».[13]

En Kabul hubo también algunas celebraciones, aunque solo entre los partidarios de los sadozais y entre aquellos que habían obtenido algún tipo de beneficio o ascenso tras la ocupación. Shah Shuja se instaló en el trono del Bala Hisar, restauró su antiguo *durbar* y nombró a Mullah Shakur, su fiel ayudante en Ludhiana, jefe del Estado Mayor; también citó a la corte a su más fervoroso partidario, el coronel Wade, para hacerle entrega de un atuendo de gala. El sha anunció, frente a todos los nobles allí reunidos, un nuevo comienzo para Afganistán: perdonaría a sus enemigos y respetaría los compromisos adquiridos con los británicos, que, al fin y al cabo, habían sido los únicos que le habían ayudado cuando todo parecía perdido. En palabras de su fiel biógrafo Mohammad Husain Herati:

> Su majestad solía decir que, durante los treinta años que había sido huésped de los ingleses, las muestras de generosidad y de respeto que estos le habían dispensado exigían, a cambio, su lealtad absoluta, la de sus herederos y la de las generaciones venideras. Comparaba la su situación con la del emperador Humayun: la corte safávida de Irán le había ofrecido refugio y brindado la ayuda necesaria para reconquistar su reino. Además, en una audiencia pública, el sha prometió a los kanes

> barakzais que habían huido y abandonado sus hogares que, si regresaban a Kabul, se les concedería el perdón y podrían recuperar sus bienes. Algunos de ellos aceptaron la oferta de reconciliación y fueron restituidos en sus antiguos cargos, como en el caso de Nawab Zaman Khan Barakzai, que volvió con sus hijos y hermanos, con sus sirvientes y todos los miembros de su tribu.[14]

Por su parte, los soldados británicos y los cipayos deambulaban despreocupados por los jardines otoñales del palacio y los huertos repletos de fruta de Kabul; además, «algunos hombres cabalgaban de un lado a otro visitando los sitios de interés que les recomendaban».[15] La ciudad que acababan de arrebatar a Dost Mohammad se encontraba entonces en su momento de máximo esplendor. En 1839, y con una población de alrededor de setenta mil habitantes, Kabul era, probablemente, el mayor enclave comercial de Asia Central, así como el punto en el que confluían todas las rutas caravaneras de la región. La seguridad que Dost Mohammad había logrado garantizar en su reino y la tolerancia que había demostrado con las minorías religiosas convirtieron la ciudad en un lugar de paso obligado para los comerciantes hindúes procedentes de Sind, en especial para los que venían de Shikarpur, su capital financiera. Kabul también contaba con prósperas comunidades de comerciantes judíos, georgianos y armenios.[16]

Los estrechos callejones de la ciudad desembocaban en las lujosas mansiones fortificadas de los ricos comerciantes, de los terratenientes y de los jefes tribales; sin embargo, desde fuera, todo lo que se podía apreciar eran los portones de madera tallada, las contraventanas y las celosías de los pisos superiores o las copas de las moreras, que apenas asomaban por encima de los muros de adobe. Pero, cuando las puertas se abrían, los transeúntes podían vislumbrar los grandes patios con fuentes borboteantes, elevadas sobre plataformas, en el centro, donde, bajo la sombra de los árboles frutales, se extendían alfombras y almohadas. Los nichos de las arcadas estaban decorados con intrincados estucos. Y allí, bajo los emparrados, los jefes pasaban las noches ociosos, fumando narguile y escuchando a los músicos tocar sus *rababs* y a los poetas recitar las grandes epopeyas persas.

Entre las hermosas mansiones se extendían kilómetros y kilómetros de bulliciosos bazares construidos en adobe, ordenados en función de los distintos gremios, que separaban por zonas a los comerciantes de chales, a los vendedores de especias y agua de rosas y a los que importaban seda de Bujará, té ruso, añil de Lucknow, pieles tártaras, porcelana china o los

famosos puñales de Isfahán. «Las ventanas de las tiendas están a ras del suelo», observó James Rattray, un joven oficial cuyos fantásticos dibujos de la ciudad se convertirán en uno de los mejores testimonios del Kabul de la época:

> y no existen palabras para describir la enorme cantidad de productos, frutas, presas de caza, armaduras y cuberterías que se pueden encontrar. Las mercancías se apilan en montones que llegan hasta el techo; los artesanos suelen sentarse delante de sus montañas de productos o, también, como los comerciantes, medio escondidos entre las pilas de mercancías, desde donde vigilan a los posibles compradores. Las calles son tan estrechas que una fila de camellos cargados tarda horas en recorrer la densa y variada multitud, siempre en movimiento y que nunca descansa […]. Las mujeres, cubiertas con velos que parecen sudarios, se abren paso como pueden entre la gente, aunque es mucho más sencillo para ellas cuando van a caballo […]. De repente, una columna de infantería se abre paso entre la multitud: era la avanzada de algún jefe importante y cabalgaba con orgullo, seguida por un escuadrón de jinetes resplandecientes, todos ellos engalanados con capas y arreos bordados y blandiendo sus lanzas y mosquetes […]. Después de estos aparecieron los elefantes del sha, balanceándose y derribando a su paso los canalones de agua que sobresalían de los tejados planos y algunas de las tiendas de hielo o fruta del bazar.[17]

Pero, a pesar del alboroto y el gentío, siempre era fácil reconocer un «¡*Ab*! ¡*Ab*!», el grito de los vendedores de agua, con sus recipientes de latón y sus bolsas de cuero, o los lamentos de los de mendigos ciegos, dispuestos en filas y pidiendo limosna, y, al final del verano, el reclamo de los vendedores de ruibarbo, «¡*Shabash rawash*!» («¡Excelente ruibarbo!»).

Después de todas las penurias que habían pasado, los soldados británicos estaban encantados —quizá también un poco desconcertados— con todo lo que les rodeaba: «Se quedaron maravillados con el magnífico bazar cubierto de Chatta», escribió Mirza ‘Ata, en referencia al gran mercado porticado construido en la década de 1640 por Ali Mardan Khan, el gobernador de Shah Jahan, y construido en la misma época que el Taj Mahal de Agra.

> Admiraron los estanques y las cisternas de mampostería fina, los jardines, equiparables en belleza a los del paraíso, los elegantes edificios y las tiendas de la capital, repletas de mercancías […]. Las

tropas inglesas, tan numerosas como las olas del mar, habían pasado enormes dificultades en su marcha hacia Jorasán y ahora, por fin, descansaban en Kabul, donde disfrutaban de carne con arroz, almendras, mazapán, *faluda* (una especie de pudin de fideos), brochetas, multitud de frutas variadas, y uvas *sahebi*, *khalili* y la más exquisita de todas, la *khaya-e ghu-laman* o «testículos de mancebo». También se atiborraban de pasas, con lo que recuperaron todo el peso que habían perdido durante la dura travesía, donde malvivieron a base de míseras guindillas indias, *dal* y *chapati*. Además, los soldados daban rienda suelta a su lujuria, día y noche, lo cual ilustraba a la perfección el famoso refrán: «Del mismo modo que la harina de trigo de Peshawar está siempre mezclada con harina de maíz, todas las mujeres de Kabul tienen amantes».[18]

El reverendo G. Gleig, el desenfadado capellán militar del regimiento, decidió no mencionar en sus memorias este último entretenimiento y ceñirse al resto de actividades con las que los soldados británicos de Kabul ocupaban su tiempo libre. «Dondequiera que vayan los ingleses», escribió,

tarde o temprano, consiguen transmitir a las gentes a las que visitan su pasión por los deportes masculinos. Las carreras de caballos y los campeonatos de críquet organizados a las afueras de Kabul pronto comenzaron a despertar el interés tanto de los jefes tribales como del pueblo. En una ocasión, Shah Shuja ofreció una valiosa espada como premio para el vencedor, y el comandante Daly, del 4.º de Dragones Ligeros, tuvo la buena fortuna de hacerse con ella. Las carreras de caballos tuvieron tanto éxito que varios nobles locales empezaron a inscribir a sus propios caballos. Sin embargo, a los afganos no parecía gustarles mucho el críquet. A pesar de ser grandes aficionados al juego en general, miraban con asombro los lanzamientos y bateos de los jugadores ingleses, pero nunca se animaban a despojarse de sus vaporosos ropajes y grandes turbantes para entrar al campo y competir. Por otra parte, nuestros compatriotas también frecuentaban sus peleas de gallos, codornices y otro tipo de animales y, ganaran o perdieran las apuestas, siempre se lo tomaban con el mejor de los humores.[19]

Más sorprendente era el hecho de que, según Gleig, los afganos también le hubieran cogido el gusto al teatro. «Los oficiales británicos organizaron algunas representaciones», escribió:

> Se construyó un teatro, se pintó el escenario, se preparó el vestuario y se formó una orquesta de acompañamiento. Las obras escogidas eran, sobre todo, comedias del tipo *Irish Ambassador,* que divertían mucho al público. Para estas ocasiones, se adaptaban los nombres y los cargos de los personajes con el fin de que los afganos pudieran entender mejor la historia; mientras, Burnes traducía los diálogos de manera simultánea. Los afganos son un pueblo muy alegre y saben disfrutar del humor absurdo y la sátira, y además, como el intérprete se esforzaba por hacer comprensibles cada una de las bromas de los actores, siempre mostraban su deleite riéndose a carcajadas.[20]

Cuando el verano dio paso al otoño y las noches empezaron a ser cada vez más largas y frías, los soldados recibieron vestimentas de piel de oveja y guantes y mantas calientes. La temporada de caza daba entonces comienzo, y los pocos perros que habían sobrevivido a la travesía por el paso de Bolán, los que no murieron de hambre o sirvieron de alimento para el séquito de civiles, salían todos los días a cazar chacales. Las cacerías de patos y agachadizas eran también muy populares, al igual que, un poco más adelante, el patinaje y la construcción de muñecos de nieve se convirtieron en las diversiones principales. «Fabricábamos nuestros propios patines», escribió Thomas Seaton, «y hacíamos piruetas en el hielo, ante el asombro de los habitantes de Kabul que, como nunca habían asistido a un espectáculo semejante, acudían presurosos a ver nuestra actuación. Disfrutamos cuanto pudimos del invierno: salíamos de cacería, jugábamos con la nieve y hacíamos gigantes muñecos y, como el tiempo, en general, también nos era favorable, celebrábamos pícnics en el lago. ¡Qué claro y azul era el cielo!».

Mientras tanto, Shuja se afanaba en reconstruir el Bala Hisar para intentar devolver al palacio su antiguo esplendor —el que recordaba de su época de juventud— y adecuarlo a la idea tan sublime que atesoraba acerca de la realeza. Los altos muros y baluartes que rodeaban el peñasco estaban en buen estado; sin embargo, los acabados de las edificaciones palaciegas del interior de la muralla no eran de su agrado. Comenzó por la sala del *durbar*, donde Shuja ordenó restaurar y pintar las decoraciones de estuco y reparar las balaustradas y las arcadas; se replantaron los jardines mogoles y se diseñó un nuevo *harem sarai* que pudiera acoger a todas sus esposas cuando estas llegaran de Ludhiana. Al mismo tiempo, el ceremonial de la corte se modificó y adoptó de nuevo el estilo más protocolario de los sadozai que, previamente, habían desechado los barakzais. Se restablecieron los antiguos cargos públicos y, con ellos, reaparecieron los sofisticados uniformes que llamaban

tanto la atención a los observadores británicos: «Los funcionarios de la corte, cuando desfilan en grupos de cientos de ellos, son, en verdad, dignos de ver», escribió el artista James Rattray, «todos vestidos con chaquetas color carmesí y con fantásticos sombreros altos. Estos sombreros, de todos los tipos imaginables, estaban adornados con enormes orejas, como las de los asnos, o con púas, como los puercoespines; otros parecían cuernos de cabra o de búfalo, o tenían forma cónica, de espiral o de campana. Todos, en mayor o menor medida, estaban decorados con figuras y motivos variados, y los que llevaban un emblema con una punta de lanza indicaban el elevado rango de su portador».[21]

Durante el *durbar* oficial, Shuja destacaba sobre todos los demás: vestía una larga *choga* (túnica) que le caía desde los hombros, con las presillas decoradas con joyas, y un sombrero, de estilo ducal, de cuyos bordes pendían colgantes de terciopelo bordados. Mientras recibía a los peticionarios, siempre permanecía sentado en su trono octogonal de mármol blanco y solo se levantaba para recibir a los funcionarios británicos de mayor rango. En tales ocasiones, utilizaba un largo cuerno curvilíneo de antílope como bastón y «la expresión de su rostro solía ser seria y circunspecta».

Entrado el invierno, con los días cada vez más fríos y nubes bajas repletas de nieve que no terminaba de caer, Shuja decidió conceder una nueva condecoración, de creación propia, a algunos oficiales: la Orden del Imperio durrani, posiblemente inspirada en la medalla masónica de la Orden Güélfica, la misma que Burnes había recibido tras su regreso de Bujará.[22] Las órdenes se empezaron a otorgar cuando los primeros regimientos emprendieron la larga marcha de regreso a la India, antes de que la nieve se acumulara y bloqueara los pasos más elevados. George Lawrence, el joven secretario militar de Macnaghten, apuntó: «Los únicos condecorados fueron los oficiales británicos del ejército de ocupación, ya que no consideraba que sus súbditos fueran dignos de recibir tal honor».[23]

Los primeros contingentes llegaron a Simla a finales de noviembre y, según Emily Eden, «tenían muy buen aspecto». «Ahora mismo, nadie podría adivinar que han sufrido tanto como describen los informes. Para haber pasado tantas privaciones, todos parecen inusualmente gordos. De hecho, el capitán Dawkins, de la escolta de lord Auckland, ha vuelto más voluminoso que el mismo Falstaff».[24]



Mientras Shah Shuja se sentaba en el trono del Bala Hisar, su anterior ocupante, Dost Mohammad Khan, huía hacia el norte tan rápido como podía. Como ya le había sucedido a Shah Shuja tras la batalla de Nimla, hacía ya treinta años, la pérdida de poder conllevaría un repentino cambio de fortuna e implicaría una serie de humillaciones que le costarían la ruina y casi la propia vida.

En su precipitada huida, y con los rastreadores británicos pisándoles los talones, los barakzais atravesaron con grandes dificultades los pasos de montaña helados. Sin embargo, Dost Mohammad no podía avanzar muy deprisa, ya que «le acompañaba una multitud de esposas, bebés, hermanos, hijos y siervos».[25]

Además, su heredero, Akbar Khan, estaba aún convaleciente del supuesto envenenamiento que había sufrido en Jáiber, posiblemente ordenado por Wade, y, como no era capaz de montar a caballo, hubo de ser transportado en litera. Los poetas épicos afganos dieron testimonio de la huida de Dost Mohammad con la misma simpatía con la que sus homólogos escoceses idealizaron la de *Bonnie Prince* Charlie tras la derrota de Culloden. «Y así marchó el valiente soberano», escribió Ghulam Kohistani en su *Jangnama* [Historia de la guerra],

> Y con él iban mil jinetes valerosos.
>
> Y, a continuación, marchaba el harén,
> tal y como dicta la tradición
>
> Después, sus bienes y el oro
> custodiados por los centinelas, siempre alerta.
>
> Los que buscaban venganza,
> Les seguían la pista, rápidos como el rayo
>
> Cabalgaron día y noche
> Como las nubes que surcan los cielos.[26]

El grupo que los perseguía estaba dirigido por James Outram y George Lawrence, dos jóvenes oficiales, duros y con iniciativa, guiados y escoltados por Haji Khan Kakar y mil de los jinetes de Shah Shuja. Dada la gran velocidad a la que se desplazaban, parecía que no iba a resultar muy difícil alcanzar a la lenta caravana de los barakzai. Sin embargo, y a pesar de todos

los esfuerzos de los ingleses, el grupo de Outram nunca logró capturar al emir. Pronto se hizo evidente que, como de costumbre, Haji Khan jugaba a dos bandas, alejando deliberadamente a los británicos del camino y haciendo todo lo posible para obstaculizar su búsqueda.

Después de dos semanas de persecución, la expedición encontró el rastro de los barakzais, tras capturar a algunos desertores de la guardia de Dost Mohammad, que les informaron de que los fugitivos se encontraban a solo un día de camino. «A las cinco de la tarde reanudamos nuestra marcha», escribió un agotado Lawrence,

> a pesar de las quejas del *haji*, que, por el aparente peligro que entrañaba tal camino durante la noche, dejó claro que no estaba dispuesto proseguir la marcha.[at1] Era evidente que no deseaba que nuestra misión diera fruto y, por tanto, todas sus objeciones fueron ignoradas. Tomamos un camino muy malo, que atravesaba altas colinas y cauces secos de torrentes montañosos; después de unos quince kilómetros, paramos y nos recostamos junto a los caballos […]. Nos acompañaron menos de cincuenta de nuestros afganos y el resto nos alcanzaron a lo largo del día siguiente. Fue aquí donde recibimos noticias sobre la posición del *dost*: se encontraba en un lugar llamado Youk, a tan solo un día marcha de nosotros. Haji Khan se mostró de nuevo reticente a avanzar y le rogó a Outram que no se moviera aduciendo que al *dost* le acompañaban no menos de dos mil jinetes. Sin embargo, Outram hizo caso omiso y decretó que partirían a las cuatro de la tarde, pero se encontró con que solo contaba con trescientos cincuenta afganos y, encima, mal equipados.[27]

Estas tácticas dilatorias continuaron durante los días sucesivos. El *haji* insistía en que debían esperar refuerzos y, cuando Outram, a pesar de todo, decidió avanzar durante la noche, «ya fuera de manera fortuita o como resultado de una estratagema planificada, la cuestión es que no habíamos avanzado ni siete kilómetros cuando nuestros guías, que eran hombres de Haji Khan, desertaron. Estaba completamente oscuro y, al vernos en medio de interminables barrancos sin un solo sendero que poder seguir, no nos quedó otra alternativa que esperar al amanecer».[28] La noche siguiente, cuando los británicos intentaron continuar su avance, Haji Khan, desesperado, agarró a Outram del brazo: «Me suplicó que no avanzara y llegó casi a amenazarme con retenerme por la fuerza antes que permitir que me precipitara hacia una muerte segura». También le advirtió, con toda sinceridad:

> «Si encuentras a Dost Mohammad, ni uno solo de los afganos levantará sus armas contra él, y yo no podré hacer nada para evitar que se vuelvan en tu contra cuando esto ocurra […]». Como no conseguía hacernos cambiar de opinión, el kan se marchó y se sentó a pocos metros de la puerta de mi tienda, donde estuvo más de una hora, en la oscuridad, hablando entre dientes con tres o cuatro de sus jefes. Estos le reprochaban haber ayudado a los *firangis* en sus esfuerzos por detener a Dost Mohammad y le preguntaban si acaso el emir le había ofendido en alguna ocasión[…]. Haji Khan admitió ser culpable de todo lo que le acusaban.[29]

Al día siguiente, mientras caían los primeros copos de nieve, los afganos se empezaron a amotinar. Outram escribió: «Nos dimos cuenta de que nuestros propios afganos eran unos traidores en los que no podíamos confiar». Entonces, en medio de la tormenta, Outram y Lawrence decidieron emprender una misión, casi suicida, para capturar a Dost Mohammad con la ayuda de tan solo trece oficiales británicos. Esa misma noche, Outram durmió sobre un espeso lecho de nieve, consciente de que podría morir al día siguiente, pero decidido a hacer lo que fuera necesario para arrestar o matar al emir. Más tarde recordó que nunca había estado «tan feliz como aquella noche, a la espera de la gloriosa batalla que se libraría por la mañana». Pero esta batalla nunca tuvo lugar. Outram y sus hombres descendieron el paso a galope y, cuando llegaron al ancho valle de Bamiyán, se encontraron con que Dost Mohammad había huido hacia el norte poco antes, por lo que quedaba fuera de su alcance; había dejado atrás el Hindu Kush y se dirigía hacia Tashkurgan, actual Kolm, más allá de Saighan, hacia el territorio del líder uzbeco independiente Mir Wali, «enemigo de Shah Shuja». En esta ocasión, a Outram no le quedó otra opción que escribir a Macnaghten: «Ante tales circunstancias, no tenemos ni la más mínima oportunidad de dar caza al fugitivo dentro de los territorios del sha, a los que estamos restringidos; además, nuestros caballos no pueden proseguir la marcha por falta de alimento y reposo, por lo que nos vemos obligados a abandonar la persecución».[30]

Esa misma noche, Dost Mohammad y sus seguidores se refugiaron en la fortaleza de Khamard, controlada por el comerciante de esclavos Mir Wali. Mirza ‘Ata escribió lo siguiente al respecto:

> El emir pasó los dos meses siguientes como invitado de honor de los uzbekos. Después, se dirigió hacia Balj, donde el gobernador puso a su disposición una residencia con un hermoso jardín. Durante su estancia en Balj, el emir recibió algunas cartas de Nasrullah Khan, el gobernante de Bujará, en las que le pedía que agraciara a su corte con su presencia. El emir dejó a su familia y dependientes en Balj y cabalgó, junto con su heredero Akbar Khan, a Bujará, la ciudad de las ciencias islámicas, donde fue recibido con honores reales: le proporcionaron un palacio privado como residencia y una pequeña asignación para sus gastos diarios.[31]

No se sabe muy bien qué salió mal en Bujará, pero, después de unas semanas, Dost Mohammad discutió con sus anfitriones. Según Mirta Ata, el comportamiento, a veces irrespetuoso, del malhumorado hijo de emir pudo ser el motivo. Pero también pudo deberse a que Nasrullah, quizá resentido porque, en el pasado, Dost Mohammad había intentado hacerse con el control de la disputada ciudad fronteriza de Balj —y que él mismo reclamaba para sí —, se opuso a que los ulemas de Bujará declararan una yihad en nombre del emir. Fuera cual fuera la verdadera causa, se produjo un cruce de acusaciones muy graves y, tras haber ofendido profundamente a Nasrullah Khan, los barakzais abandonaron la ciudad. El astuto gobernante de Bujará, despiadado y, posiblemente, un poco psicótico trató entonces de asesinar a Dost Mohammad. «El emir de Bujará encargó a la escolta que, con gran secretismo, cuando Dost Mohammad y sus príncipes fueran a cruzar el Oxus (actual Amu Daria), sabotearan su barco para que naufragaran», escribió Fayz Mohammad en el *Siraj al-Tawarikh* [Historias de luz].

> Los afganos fueron escoltados hasta las orillas del Oxus, los embarcaron y, a hurtadillas, sus supuestos guardianes hicieron un agujero en el esquife en el que el emir había decidido sentarse. Cuando los barcos se pusieron en marcha, uno de los hombres del emir de Bujará, sin conocer los planes de su señor, se subió al mismo barco que Dost Mohammad: pensaba cruzar el río con él y luego regresar. Pero otro de sus compañeros, que sí sabía lo que estaba sucediendo, le dijo, en turco, que abandonara el barco para no ahogarse con el emir. Por fortuna para el emir, su madre era turca, hija de uno de los líderes qizilbash de Kabul y, por tanto, fue capaz de entender todo lo que dijeron. Rápidamente, salió del barco y rechazó cruzar el río. Por más que los hombres del emir de Bujará intentaron persuadirlo de que lo

> atravesara, se negó en rotundo y le dijo a su gente: «Prefiero nadar en mi propia sangre que morir ahogado en el río. Si muero luchando, todo el mundo sabrá la flagrante injusticia cometida por el emir de Bujará, pero si muero ahogado, nadie sospecharía siquiera el penoso trato que este me ha dispensado, a pesar de ser, además, su invitado».[at2]

El emir y su comitiva volvieron entonces a Bujará, pero esta vez bajo custodia. «Pero estalló una fuerte tormenta de nieve que les llevó al borde de la muerte. Muchos de los jóvenes príncipes no eran capaces ni de articular palabra por el frío extremo. El emir ordenó a las personas a su servicio personal que tomaran a uno de los príncipes y que exhalaran fuertemente sobre ellos para calentarlos» e intentar así salvar sus vidas.

En resumidas cuentas, solo regresaron a Bujará tras superar enormes dificultades. Ahora, además, ni siquiera iban a recibir la pequeña asignación que el emir de Bujará les había concedido con anterioridad. Pasado un tiempo, unos setenta hombres consiguieron escapar […] pero cuando Nasrullah Khan se enteró de su fuga, ordenó que siete mil jinetes los dieran caza; si los *sardars* decidían resistirse, habría derramamiento de sangre y, sino, volverían encadenados. Alcanzaron a los *sardars* en Chiraghchi, donde los rodearon y atacaron. Al inicio, y mientras tuvieron balas y pólvora, los afganos pudieron resistir e incluso causaron bajas entre las filas de sus atacantes. Pero al final, cuando sus municiones se agotaron, los soldados del emir de Bujará cayeron sobre ellos y los tomaron prisioneros. Afzal Khan y Akbar Khan fueron heridos en combate, mientras que otros tuvieron peor suerte y murieron; el resto sufrió graves heridas. Dost Mohammad y sus hombres fueron llevados de regreso a la ciudad y, bajo orden expresa del emir de Bujará, encarcelados en las mazmorras.[32]



El 2 de noviembre de 1839, con los charcos de los bazares de Kabul congelados y los sauces del cauce del río brillando por la escarcha, Shah Shuja abandonó el Bala Hisar para pasar el invierno en Jalalabad, que, a falta de Peshawar, fue nombrada la nueva capital de invierno. Macnaghten, que lo acompañaba, llegó antes que el sha a la ciudad porque este tuvo que hacer un alto en el camino para enterrar a un joven príncipe entre los álamos de los

jardines de Nimla. Por esta razón, Macnaghten eligió los mejores aposentos de la ciudad para alojarse y dejó para el sha lo que un observador británico definió como «una casucha».[33]

Kabul quedó bajo el mando de Mullah Shakur y Burnes sustituyó a Macnaghten. La última noche del año, cuando el frío era cada vez más intenso, Burnes organizó una fiesta de Nochevieja a la escocesa, Hogmanay, la cual presidió con *kilt* y *sporran*. Neville Chamberlain, que había abandonado Kandahar para pasar una semana en Kabul, fue uno de sus invitados. «La fiesta fue de lo más entretenida», escribió a la mañana siguiente.

> aunque solo hubiera brandi y ginebra para beber. A eso de las dos de la madrugada, movimos las mesas y comenzamos a bailar el *reel*, mientras que el capitán Sinclair, subido sobre una mesa y vestido con el traje típico de las Highlands, tocaba la gaita. Burnes fue muy amable con nosotros. Todos lo aprecian, en gran medida porque, a diferencia de la mayoría de sus compañeros, no es un hipócrita […] (de hecho,) y muy justamente, es el ojo derecho del general, un hombre íntegro, un caballero agradable y divertido al que he tenido la suerte de conocer.[34]

Las celebraciones que siguieron en Kabul a lo largo del invierno no fueron del gusto de todos. El «general» Josiah Harlan, el aventurero americano que había luchado, de manera sucesiva, al servicio de la Compañía de las Indias Orientales, de Shah Shuja, de los sijs y de Dost Mohammad —y que afirmaba haber sido príncipe de Gawr durante un corto periodo de tiempo—, tenía cada vez más prejuicios contra los ingleses, por lo que, aunque a disgusto, terminó abandonando Afganistán. Después de que Burnes lo expulsara de la India al declararle *persona non grata*, escribió lo siguiente desde el barco de vapor que le llevaba de vuelta a casa: «Kabul, la ciudad de los mil jardines, era un paraíso. He visto este país —predestinado a la armonía de una soledad casi sagrada— profanado por la mezquina intromisión de unos extranjeros insensatos, con sus costumbres infames, gustos vulgares y dirigentes sin escrúpulos en busca de sanguinarias e imprudentes conquistas que arruinan los corazones del pueblo y acallan su voz, su risa y su alegría […]». Añadía, en un tono casi profético: «Querer subyugar a una nación entera mediante la fuerza de las armas, cuando todos los que la forman quieren seguir siendo libres, es intentar encarcelar a todo un pueblo; todos los

proyectos de esta índole son temporales, efímeros y terminan en una tragedia […]».[35]

Sin embargo, durante el primer invierno de la ocupación, no había indicios claros que pudieran sugerir que las palabras de Harlan fuesen algo más que las quejas de un viejo veterano amargado que había visto cómo su momento de gloria pasaba. Para sorpresa de muchos, ni siquiera los nobles de Kabul fueron hostiles. El reverendo G. R. Gleig no era el único que pensaba que los afganos mostraban «gran simpatía» hacia algunos oficiales británicos; aunque también recogió lo que uno de los jefes afganos le comentó personalmente: «Esperemos que hayáis venido como amigos y no como enemigos, porque de uno en uno sois buenas personas pero, en conjunto, despertáis todo nuestro odio».[36]

El buen recibimiento se debió, en parte, a que Dost Mohammad había gobernado con mano de hierro, impuesto gravámenes muy elevados y confiscado muchas propiedades para ayudar a financiar su yihad. Esto hizo que el inicio del gobierno de Shah Shuja fuera relativamente tranquilo, y que muchos de los habitantes de Kabul y la mayor parte de la élite durrani concedieran el beneficio de la duda a su restaurado rey. Según Mirza ‘Ata: «En los primeros meses de la ocupación de Kabul, la mayoría de los jefes de la ciudad y sus alrededores rindieron obediencia a los ingleses; los pocos que se resistieron fueron encarcelados, y sus fortalezas y propiedades, confiscadas por el gobierno de la Compañía».[37] Por otra parte, Macnaghten optó sabiamente por un acuerdo político bastante generoso: los principales nobles durranis del sur recibieron sobornos y los jefes ghilzais del este, importantes subvenciones, al igual que los ulemas. Esta política supuso un duro golpe para las arcas públicas de la India, y pronto resultaría evidente que la ocupación de Afganistán no iba a salir barata; sin embargo, la estrategia fue exitosa y logró mantener la paz durante el primer otoño y el invierno del reinado de Shah Shuja.[38] Por tanto, y con gran satisfacción, Auckland informó a Londres: «El país está tranquilo, las rutas son seguras, el comercio ha revivido y la monarquía y el nuevo gobierno siguen siendo populares entre los afganos […]. El coronel Roberts me ha escrito lo siguiente: “He conocido a muchos de los jefes tribales. En general, están deseosos por confraternizar con el *sahib* Loge y, cuando regrese a Kabul, abriré las puertas de mi residencia a todos ellos. Están encantados de poder comer con nosotros y visitar nuestras casas”».[39]

Este ambiente optimista solo se veía enturbiado por el escepticismo generalizado respecto a la reacción que tendrían los barakzais que habían

vuelto a Kabul, por saber si aceptarían la rama de olivo que Shuja les tendía y pondrían fin así al enfrentamiento sangriento que mantenían con los sadozais desde hacía ya dos generaciones. «Muchos nobles sadozais se mostraron reacios a aceptar la política de conciliación propugnada por Shuja», informó Mohammad Husain Herati. «De camino a la corte, se quejaban los unos a los otros: “Ahora que el clan de los barakzais, en tan alta estima, ha recuperado su rango y sus viejos privilegios, no tardaran en reavivar las llamas de la discordia. ¿Cómo han podido los ingleses, con sus supuestos conocimientos, tan racionales y con tanta experiencia política, creer que todo acabará aquí, cuando lo único que han hecho ha sido favorecer a los enemigos de sus aliados? ¡Todo terminará con dolor y remordimientos!”». Un viajero que acababa de llegar de Peshawar informó:

> El general Avitabile, el gobernador sij de la ciudad, al recibir noticias sobre la situación de Kabul y escuchar que todas las facciones, incluidos los barakzais, estaban siendo favorecidas por igual, se dirigió a su séquito y murmuró: «¡Dios, ayuda a Shah Shuja y perdónalo!». Los presentes se quedaron sorprendidos por esa expresión, ya que, normalmente, se utilizaba en relación a los difuntos, y preguntaron: «¿Es que el rey no sigue vivo?». Avitabile respondió: «Sí, pero cualquiera que dé cobijo a sus letales enemigos y los acoja con los brazos abiertos no durará mucho tiempo. Como dijo el poeta Ferdousí:
>
> Si matas a un padre, siembras las semillas de la venganza
> ¿Cuándo encontrarán la paz aquellos que vieron a su padre asesinado?
> ¡Matar a una serpiente que está criando a su prole es una insensatez!
>
> Llegará un día en el que los frutos del odio madurarán. ¡Pronto escucharemos que Shuja al-Mulk ha sido asesinado por estos mismos barakzais!».[40]

Pero había más nubes en el horizonte: de regreso a la India, al descender el paso Jáiber, la retaguardia de un regimiento sufrió una emboscada en la que todos los hombres fueron masacrados y donde se perdieron ciento cincuenta camellos de carga; poco después, la guarnición de Ali Masjid tuvo que ser evacuada y trasladada a Peshawar.[41] Al mismo tiempo, un oficial veterano, el coronel Herring, era asesinado por un grupo de afganos mientras paseaba por Vardak. Había desobedecido las órdenes y se había desviado del camino para charlar con algunos locales en una colina: estos lo cortaron en pedazos.

«Tuvimos la mala suerte de encontrar su cuerpo», escribió Thomas Seaton. «Fue una escena terrible; había sido mutilado de la manera más espantosa y, excepto por los puños de su camisa, toda su ropa estaba hecha jirones. El cuerpo estaba prácticamente cortado en dos a la altura de los riñones, tenía una incisión muy profunda sobre el pecho y las costillas. Contamos un total de dieciséis o diecisiete heridas, a cual más letal».[42] A pesar de todo, el país estaba en calma. Una vez que los jefes ghilzais recibieron los subsidios de Macnaghten, cumplieron su parte del trato: según relata el *Tarikh-i-Sultani* [Crónica de los Sultanes], «la ruta entre el paso Jáiber y Kabul estaba infestada de bandidos y ladrones que amenazaban a todos los caminantes y viajeros. Sin embargo, cuando los kanes ghilzais asumieron el control de la zona, desaparecieron las amenazas y reinó la paz durante el resto del invierno».[43]

Más preocupantes resultaban, sin duda, las noticias que llegaron desde Bujará, en las que Khan Nazir Ullah informaba de que los rusos habían finalizado ya con los preparativos para invadir Jiva: «Han reunido un gran número de camellos, carros y barcos a la orilla del mar Caspio», escribió. «Van a transportar su ejército y provisiones por mar hasta los alrededores de Kir, a unos tres días de distancia de Jiva».[44] Sin saber que Dost Mohammad se encontraba arrestado en Bujará, Macnaghten temió que los rusos estuvieran conspirando de nuevo con el emir con el fin de instalarlo en Herat, que ahora se encontraba «relativamente indefensa».[45]

Burnes fue el único en darse cuenta de que el movimiento ruso era simplemente una respuesta directa a la agresión británica sobre Afganistán. «Rusia ha desplegado sus tropas para contrarrestar nuestra política», escribió a su amigo el capitán G. L. Jacob. «Nuestro avance sobre Kabul va a acelerar el inicio de una nueva crisis». Ya en estos momentos, y de forma muy intuitiva, Burnes comprendió lo fugaz que sería una ocupación, fuera rusa o inglesa, de un pueblo tan independiente como los afganos: «Inglaterra y Rusia se repartirán Asia», escribió proféticamente, «los dos Imperios se expandirán, como círculos en el agua, hasta que se desvanezcan; las generaciones venideras buscarán sus restos en estas regiones como ahora hacemos con los de Alejandro y sus griegos».[46][at3]

Muestras de realismo como esta brillaron por su ausencia durante el invierno de 1839-1840. Incluso en algunos círculos se debatía la idea de anexionar Afganistán de manera permanente; se hablaba de trasladar la capital de verano del Raj de la inaccesible Simla —en la cordillera del Himalaya— a los ricos jardines del valle del Kabul, como ya hicieron los

mogoles en su día: cada mayo, abandonaban Delhi y Agra por Cachemira y los hermosos jardines de Nimla, cerca de Jalalabad.[47] Tal exceso de confianza pronto los llevó a cometer una serie de errores estratégicos de gran calado.

En primer lugar, en vez de centrarse en consolidar el frágil gobierno de Shah Shuja en Afganistán y proveer a la ocupación de los recursos necesarios para que fuera viable y segura, lord Auckland dio por concluida la conquista de manera prematura —como también harían otros invasores en fechas más recientes— y decidió lanzar otra guerra de agresión en un escenario diferente: China. Más o menos en torno a esta misma época, su hermana Emily escribió a este respecto en una carta muy reveladora y con un tono bastante frívolo: «China promete entretenernos. Los chinos se están armando, intentando involucrar a pequeñas embarcaciones americanas y reuniendo juncos para la guerra; y son tan engreídos que se creerán capaces de idear una estratagema —por ejemplo, utilizar fuegos artificiales azules y rojos— para volar por los aires todos nuestros cañones, capturar a nuestros marineros y soldados y ponerlos a esculpir bolas huecas de marfil».[48] Al retirar de Afganistán gran parte del ejército de Bombay y desviar hacia su nueva Guerra del Opio recursos que habrían sido necesarios para afianzar la ocupación del país, Auckland privó a Macnaghten de las tropas y de los medios necesarios para garantizar el éxito del régimen de Shah Shuja.

Los limitados fondos de los que disponían Shuja y Macnaghten se tradujeron, por ejemplo, en la negativa de Auckland a la petición del comandante en jefe de construir una nueva ciudadela en Kabul y un nuevo fuerte en Kandahar. Este argumentó lo siguiente: «Antes de realizar un desembolso tan grande para construir edificaciones de tal magnitud, preferiría saber, con mayor certeza de la que tengo ahora mismo, hacia dónde se dirige el futuro del país».[49] Esta decisión puso al ejército en un dilema. Con el invierno apretando cada vez más sobre el valle de Kabul, algunas tropas fueron acantonadas en el Bala Hisar, mientras otras se encontraban esparcidas en diversos alojamientos dentro de la ciudad amurallada o tiritaban de frío en tiendas en el campamento en la ruta de Kohistán. Además, Shuja presionaba a Macnaghten para que retirara las tropas de palacio —que no necesitaba mayor protección de la que ya tenía— y alegaba que para él supondría una deshonra que los soldados británicos siguieran allí cuando su harén finalmente llegara de Ludhiana, algo que además lo desacreditaría ante los ojos de los afganos. Como Auckland había prohibido al ejército construir un nuevo fuerte para alojar a sus soldados, los generales decidieron levantar un acantonamiento

escasamente fortificado que, aunque menos era nada, era más adecuado para los pacíficos arrozales de Bengala que para las hostiles montañas de Afganistán.

No está claro quién fue el que tomó la decisión de construir el cantón en una fértil llanura delimitada por todos sus lados por canales de irrigación y jardines amurallados y dominada por las fortificaciones de varios nobles afganos. Como comentó un observador: «Es del todo descabellado que, en un país a medio conquistar, algún político o militar, al que se le presupone cierta experiencia o sentido común, haya decidido concentrar todas sus tropas en un sitio tan ilógico». Incluso Gleig —que no era un experto en táctica militar— se dio cuenta de que se trataba de un lugar muy difícil de defender, en el que, según escribió, nadie esperaría encontrar un acuartelamiento:

> Los fuertes y torres de alrededor dominaban cada uno de los bastiones circulares que protegían las líneas británicas […]. Además, para intentar convencer al pueblo de la buena predisposición de los conquistadores, de que no debían temer ni recelar de ellos, el almacén principal, tanto de víveres como de municiones, no se encontraba dentro del campamento, sino en un viejo fuerte; este, indefendible, lejos del cantón y del Bala Hisar y que contenía todo lo necesario para sostener al ejército, estaba protegido por solo un centenar de cipayos comandados por un oficial subalterno. Desde un campamento rodeado por superficies elevadas y atalayas no se puede pretender ni controlar ni mantener el orden de una ciudad, y menos de una de la que se está separado por un río.[50]

Pero no solo eligieron el peor lugar posible, el diseño fue también nefasto. Gleig sabía que algo no cuadraba en la apresurada planificación: el muro perimetral, de casi tres kilómetros, era demasiado extenso como para que la guarnición pudiera protegerlo de manera efectiva, y sus únicas defensas eran una muralla baja y fácil de escalar y un estrecho foso.[51]

Incluso algunos de los oficiales, a pesar de estar más centrados en las cacerías de chacales y sus debuts teatrales que en otros asuntos, también se percataron de estos fallos. El capitán James Skinner —del escuadrón de caballería que llevaba su nombre—, un joven angloíndio encargado de la intendencia, señaló que los almacenes debían estar dentro del recinto del campamento; la respuesta que recibió de sir Willoughby Cotton sirvió de poco: «dicha petición no podía satisfacerse, ya que se encontraban demasiado

ocupados construyendo barracones para los soldados como para pensar en los almacenes de las provisiones». Otro hombre que cuestionó esta planificación fue el coronel Abraham Roberts, el comandante del Contingente de Shah Shuja. A medida que el acantonamiento tomaba forma, se dio cuenta de que no solo su localización les hacía completamente vulnerables, sino que el diseño de los caminos de ronda —sin aspilleras— hacía imposible su defensa frente a un ataque externo. Él mismo se lo comentó por carta al teniente John Sturt, del cuerpo de ingenieros de Bengala, que fue quien diseñó el campamento, pero recibió una respuesta cortante diciendo que no se podía hacer nada al respecto: «Su recomendación llega demasiado tarde, puesto que ya se han levantado la mitad de los cimientos. Mi opinión sobre la idoneidad del proyecto es irrelevante; yo le presenté los planos a sir W. Macnaghten y desconozco si estos llegaron a sus consejeros militares o no, pero como no supe nada más al respecto, interpreté su silencio como un consentimiento y nos pusimos a trabajar. Ahora hay que hacerlo lo mejor posible, ya es inútil cuestionar su conveniencia».[52]

Para empeorar la situación, los amoríos entre los soldados ingleses y las mujeres afganas, cada vez más numerosos, empezaron a ofender sobremanera a los afganos. El caso más notorio fue el matrimonio entre el capitán Robert Warburton y la hermosa Shah Jahan Begum, una sobrina de Dost Mohammad, en el que Burnes y el teniente Sturt actuaron como testigos.[at4] También fue delicada la relación que mantuvieron el teniente Lynch, el agente político de Qalat, y la bella hermana de Walu Khan Shamalzai, el jefe local ghilzai. Pero, sin duda, el entramado de prostitución que surgió en Kabul para satisfacer las necesidades de los soldados solteros alojados en sus alrededores constituyó la parte más visible del problema.[53] Como escribió Mirza ‘Ata: «Los ingleses bebieron del vino de la desvergüenza sin ningún control y olvidaron que todos los actos tienen consecuencias, de modo que, al cabo de un tiempo, el jardín primaveral del régimen del sha se marchitó con el otoño de los acontecimientos menos agradables que vinieron […]. Los nobles se quejaban los unos a otros: “Todos los días, por culpa de los ingleses, convivimos con el engaño, la mentira y la vergüenza. Las mujeres de Kabul darán pronto a luz a monos mestizos, ¡es una vergüenza!”. Pero no se ha hecho nada para evitarlo».[54]

En este sentido, Alexander Burnes fue uno de los que más aprovechó las oportunidades que Kabul ofrecía a los soldados ingleses. Se trasladó a su antiguo alojamiento del centro de la ciudad que, gracias a unos espejos rusos que había comprado en el bazar, y a los que había quitado la capa de azogue

del dorso, se convirtió en la primera casa de la capital con ventanas de cristal. Como Macnaghten, desde Jalalabad, asumía cada vez más funciones de gobierno, Burnes tenía mucho tiempo libre. «Me he convertido en un desocupado muy bien pagado», escribió a un amigo.

> Doy mi opinión en los informes, pero nunca tengo que ponerla en práctica […]. Mi lema es: pasa desapercibido y llena tu bolsillo. Hacer lo estrictamente necesario es satisfactorio para todos […]. Por lo demás, llevo una vida muy agradable. Si la salud se mide por la corpulencia y la jovialidad de uno, me encuentro entonces sanísimo. Desde hace mucho tiempo, mis desayunos se han convertido en comidas públicas: la mesa se pone para ocho personas; media docena de oficiales disfrutan de un excepcional desayuno escocés, con pescado ahumado, branquias de salmón, platos picantes y gelatinas, para terminar fumando cigarros hasta las diez […]. Una vez a la semana, organizo una cena para ocho y, como el río Indo es una vía excelente de transporte de productos de lujo, puedo ofrecer a mis comensales —por solo un tercio más que el precio de Bombay— champán, vino blanco, madeira, jerez, oporto, burdeos, etc., sin olvidar el salmón y el *hotchpotch* traídos directamente desde Aberdeen. Todo está delicioso […].[55]

Pero, por lo que se comentaba en las calles de Kabul, sus placeres no se limitaban a «picantes y gelatinas». El siempre leal Mohan Lal aseguraba que Burnes tenía a sus propias mujeres cachemiras «a su servicio» y que, por tanto, no se relacionaba con mujeres afganas; aun así, las habladurías no cesaron.[56] Para Mirza ‘Ata, «Burnes era especialmente descarado»; según él, «en sus aposentos privados, se bañaba con su amante afgana en el agua ardiente de la lujuria y el placer, se frotaban el uno al otro con alegría vertiginosa en el talco de la intimidad. Otras dos *memsahibs*, también sus amantes, solían unirse a ellos».[57]

Tales rumores comenzaron a enfriar las relaciones entre las gentes de Kabul y el ejército de ocupación, que habían sido buenas en un inicio. Kabul tenía un discreto «barrio rojo» cerca de los muros del Bala Hisar, con músicas y bailarinas indias. Pero no había suficientes *rundis* indias para satisfacer la demanda de los cuatro mil quinientos cipayos y quince mil quinientos civiles del séquito, por lo que cada vez más mujeres afganas se pusieron a disposición de los soldados extranjeros. De hecho, esta práctica se hizo tan

común que los británicos comenzaron a componer rimas sobre la reputación de fáciles de las mujeres afganas:

> En Kabul no hay mujer con burka,
> a la que un amante no le surja.[58]

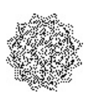
Mohammad Husain Herati escribió:

> Se informó a su majestad, con la mejor de las intenciones, de que, día y noche, existía un tránsito continuo de prostitutas transportadas a caballo al campamento Inglés. Estas llevaban ropa elegante, joyas y maquillaje, y entraban y salían sin miedo alguno y sin que nadie las parara, por lo que era imposible saber si eran mujeres de noble linaje o vulgares rameras; todo esto socavaba la moral pública y los propios pilares del estado. Fueron los hipócritas barakzais los que favorecieron inicialmente esta corrupción y luego culparon a su majestad de ella, con la esperanza de despertar así la indignación del pueblo. Su majestad habló del problema con Macnaghten, que tenía poca experiencia en traiciones de este tipo y con gente tan mezquina; este simplemente contestó: «Si prohibimos a los soldados mantener relaciones sexuales, los pobres enfermarán». Su majestad le respondió lo siguiente: «Puede que esto sea cierto, pero, al menos en este reino, hay que disciplinar a los soldados y respetar las apariencias y la moralidad».[59]

Fayz Mohammad explicó más tarde en el *Siraj al-Tawarikh* [Historias de luz] que la principal causa de la desafección que sentían los afganos hacia su nuevo gobierno sería, precisamente, este creciente desprecio por el honor.

> Los partidarios del sha, que eran defensores de la *sharia* del Profeta y sabían que estas actividades indecorosas rasgaban el velo de la piedad religiosa […] se quejaron a Shuja, quien habló con Macnaghten: «Lo mejor es que pares este tráfico con un castigo adecuado. De lo contrario, este árbol de la perversión dará frutos muy dañinos». Sin embargo, sir William Macnaghten no hizo caso a las palabras del sha y se olvidó del tema […]. Hasta entonces, casi nadie se imaginaba que el sha no tenía influencia alguna en los asuntos de estado ni del ejército. En cambio, ahora, los barakzais se encargaron de difundir cuál era la situación real: «El sha es rey solo nominalmente y no tiene ninguna capacidad de decisión». Además, con su propio beneficio siempre en

> mente y la idea de una posible sublevación, estos exageraban las actuaciones y el papel jugado por los ingleses, e incluso recurrían a la burla: «Ya ni siquiera os pertenecen vuestras mujeres».[60]



En marzo de 1840, Shah Shuja volvió a Kabul desde su residencia de invierno y reunió a su corte en medio de los pabellones del Bala Hisar. Con Dost Mohammad prisionero en Bujará, Shah Shuja y sus aliados tenían una oportunidad de oro para consolidar su régimen conjunto. En cambio, el deshielo de primavera fue testigo de la lucha por el control del país entre las dos administraciones rivales, los británicos y los sadozais. La población también empezó a ser consciente de que era Macnaghten, y no Shuja, quien realmente dirigía el nuevo gobierno.

La causa de la discordia no fue una cuestión de egos o personalidades, puesto que Macnaghten seguía tan prendado del sha como el primer día. «Cuanto más conozco el carácter del sha, más me convenzo de que no existe un hombre mejor o más capaz que él en todos sus dominios», escribió a Auckland tras su regreso de Jalalabad.

> Excepto los jueves, su majestad se sienta cada mañana dos horas en el *durbar*, donde escucha pacientemente las demandas de sus jefes. Reserva un día para atender las quejas de todos aquellos que no están satisfechos con la forma en la que autoridades competentes han tratado sus casos. Aunque es firme impartiendo justicia —como se vio el otro día en el caso de un asesino para el que muchas personas pedían el perdón—, su majestad es también misericordiosa y bondadosa en extremo. Si las cualidades personales de un monarca pudieran asegurar su popularidad, Shah Shujah no podría ser más querido.[61]

No obstante, había muchas más cuestiones en juego —tanto políticas como derivadas de la propia división de poderes— que alejaban paulatinamente al sha de sus aliados británicos. Como comentó Mohan Lal: «No tomamos las riendas del Estado, pero tampoco se las dimos a Shah Shuja al-Mulk. Aunque, en apariencia, éramos neutrales, a escondidas y en secreto

interferíamos en todos los asuntos, lo que vulneraba los términos de nuestro acuerdo con el sha». Esto molestaba a Shuja y decepcionaba al pueblo. «El sha recelaba de nuestro poder e influencia que, según él, aumentaba día a día en nuestro propio beneficio y en contra de lo acordado en el tratado. Además, comenzó a sospechar que todo el pueblo nos veía como los verdaderos soberanos del país».[62]

El primer desacuerdo se produjo a causa del ejército. Ya consciente del enorme coste que suponía la defensa de Afganistán, y de que un pequeño ahorro podía evitarle una gran pérdida a las finanzas de la Compañía de las Indias Orientales, Auckland recibió órdenes estrictas desde Londres de reclutar y formar a un ejército nacional afgano para Shah Shuja. Esto permitiría a la Compañía retirar sus tropas a la India y asegurar a Shuja en el trono, proporcionándole una herramienta eficaz para defenderlo. El gobernador general escribió: «He transmitido a Macnaghten la extrema importancia de garantizar la eficacia del ejército de Shah Shuja y la popularidad de su gobierno para consolidarlo en el poder, ya que nuestras tropas regulares no pueden permanecer en el país pasada esta temporada».[63] Auckland fue igual de sincero con el sha: «Estoy dispuesto a permitir que nuestras tropas permanezcan en Afganistán mientras existían amenazas concretas, pero vuestra majestad es consciente de mi deseo de retirarlas tan pronto como sea seguro; vuestro ejército debe estar bien organizado, debemos estar seguros de poder confiar plenamente en sus hombres para mantener la legítima monarquía afgana».[64]

Aunque en Simla les parecía un plan excelente, no sucedía lo mismo en Kabul: Shuja sabía que la estrategia de Macnaghten de desviar recursos de las antiguas levas de caballería tribales hacia un ejército de infantería, permanente y profesional, le dejaba sin su principal instrumento para conseguir la lealtad de los jefes. Era un sistema corrupto: el sha estaba obligado, por tradición, a dar dinero, tierras y propiedades a dichos jefes a cambio de que estos le proporcionaran un cuerpo de caballería; pero por medio de falsos alistamientos, los líderes tribales reclamaban dinero por un número mayor de hombres de los que realmente aportaban. A pesar de todo, este sistema era la fuerza centrípeta que atraía la lealtad de los líderes tribales locales y regionales hacia el régimen. Y con el objetivo de crear una fuerza moderna y bien entrenada en detrimento de este sistema, Macnaghten estaba privando a Shah Shuja del único método efectivo para recompensar el apoyo de la nobleza, y debilitaba el poder y la riqueza de los partidarios más poderosos del sha.

Sin embargo, Macnaghten siguió adelante con la reforma, alegando que los beneficios económicos compensarían con creces los posibles riesgos. Los pagos a los jefes se redujeron solo una cuarta parte —de un millón trescientas mil rupias en 1839 a un millón en 1841— y la mayoría de los recortes afectaron a las tribus orientales ghilzais, que eran precisamente las que controlaban y vigilaban los pasos entre Kabul y el Jáiber. Para empeorar las cosas, los jefes esperaban que los ricos *firangis* aumentaran sus subsidios, nunca que se los redujeran; sus altas expectativas hicieron que su percepción de la traición fuera mayor, más aún cuando supieron que los nuevos reclutas de los regimientos janbaz y hazirbash —uzbecos y hazaras respectivamente— no eran nobles sino, como decía Mohan Lal, «personas insignificantes, de bajo estatus». Cuando los jefes se quejaron al respecto, el capitán R. S. Trevor, el protegido de Burnes —un joven impopular y sin excesivo tacto a quien Macnaghten había delegado la aplicación de las reformas—, escribió de manera cortante: «En unos dos años se debe prescindir de todos los jefes tribales al servicio militar del sha, y toda la ayuda económica que reciban hasta entonces debe ser considerada como un acto de caridad». Este asunto era de extrema gravedad. Al querer alterar por completo el orden tradicional y privar de sus ingresos a los líderes tribales afganos, Macnaghten consiguió que muchos de los partidarios naturales del sha, que hasta ese momento estaban muy contentos con el regreso de los sadozais al poder, le retiraran su apoyo. Sin lugar a dudas, esta política no tenía como objetivo ganarse la simpatía de aquellos que tenían los medios para desestabilizar el gobierno de Shah Shuja.**[65]**

Dos de estos nobles —de ascendencias muy diferentes pero que habían sido de los más fieles partidarios del sha— se mostraban especialmente furiosos por la forma en la que los británicos estaban minando lo que ellos consideraban sus derechos tradicionales. El primero era Abdullah Khan Achakzai, un joven aristócrata y guerrero de una de las familias más poderosas y distinguidas de la región. Su abuelo se había disputado el puesto de visir con el abuelo de Dost Mohammad durante los primeros momentos del Imperio durrani, bajo el reinado de Ahmad Shah Abdali; por esta razón, los achakzais nunca mostraron demasiada simpatía hacia los barakzais. No obstante, Dost Mohammad siempre había intentado ganarse su apoyo, ya que, desde su impenetrable fortaleza de Killa Abdullah, al sur de Kandahar, Achakzai controlaba una gran extensión de territorio. En comparación con Achakzai, el segundo de los nobles, el anciano Aminullah Khan Logari, era un hombre hecho a sí mismo: su padre había sido un alto funcionario del

gobernador de Cachemira en tiempos de Timur Shah y, gracias a su inteligencia y lealtad a los sadozais —bajo los gobiernos de Shah Zaman, Shah Mahmoud y Shah Shuja sucesivamente—, consiguió controlar grandes áreas de las importantes regiones estratégicas de Logar y Kohistán —al sur y al norte de Kabul respectivamente—, así como el vital paso de Khord Kabul, que dominaba las rutas que llegaban a la capital afgana desde el sur. Aunque ya muy anciano, era un hombre todavía poderoso, que controlaba cuantiosos recursos económicos y poseía su propia milicia privada.

Ambos estaban comprometidos con la causa sadozai y, naturalmente, preferían el gobierno de Shah Shuja al de Dost Mohammad; pero se opusieron con firmeza a la presencia de los británicos infieles en sus tierras y a que una novedad introducida por los *kafirs* les privara de su derecho a servir a su monarca o a recompensar a sus seguidores. Según Mohan Lal, cuando fueron a quejarse al capitán Trevor por la reducción de sus retribuciones, este los insultó y los echó de muy malos modos.**[66]** Para unos hombres de tal categoría y estatus, el hecho de ser sometidos a tal humillación por un joven oficial era algo completamente inaceptable, una ofensa a su honor. El sha comprendió su queja a la perfección y los envió a ver a Macnaghten, que, por el contrario, no quiso ayudarlos. Poco después, se le pidió a Aminullah «que renunciara a la jefatura de su provincia o que aumentara la suma de sus contribuciones».**[67]** Como se negó, perdió el control de su territorio.**[68]** Desde aquel momento, tanto Abdullah Khan Achakzai como Aminullah Khan Logari se convertirían en los oponentes más activos contra los británicos en Kabul, y conspirarían en espera del momento perfecto para vengarse.

El propio Shuja tenía igualmente sus razones para desconfiar del nuevo ejército afgano de Macnaghten. En primer lugar, se preguntaba si un ejército entrenado y dirigido por oficiales británicos iba a obedecerle a él. Como comentó a Auckland, incluso el Contingente de Shah Shuja parecía poco dispuesto a aceptar sus órdenes: «No conozco personalmente a muchos de los oficiales de mi ejército, ni sé las funciones que desempeñan. Muchos ni siquiera sospechan que son mis soldados. Deseo de todo corazón que, tanto los mandos como los batallones que usted pondrá gentilmente a mi servicio, sepan que están bajo mis órdenes; así, los afganos también sabrán que la gente que me rodea son mis fieles servidores». El sha añadió: «Este país lleva veintinueve años sin una autoridad real, lo que lo ha llevado a la rebelión y a que cada familia se gobernara a sí misma […]. Por lo tanto, espero que todos los oficiales y soldados estén enteramente bajo mi mando: ellos mismos se

sentirán mejor y, así, de un plumazo, desaparecerán las dudas que tienen las gentes de este país sobre mi autoridad».[69]

El sha consideraba que no poder controlar a su propio ejército era una clara señal de su impotencia, lo que le llevó a sumirse en una profunda depresión. «A menudo miraba por las ventanas de su palacio, sentado, distraído, observando la ciudad y su llanura», escribió Durand. «En una de estas ocasiones, después de una larga y silenciosa pausa, Shah Shuja se lamentó de que "todo le parecía marchito, pequeño y miserable, y que el Kabul de su vejez no se correspondía en absoluto con los recuerdos de su juventud"».[70] Incluso Macnaghten, generalmente insensible y poco observador para estos temas, percibió que «su majestad tenía muy baja la moral en los últimos tiempos».[71]

Por mucho que Shuja quisiera controlar sus nuevos regimientos y demostrar así su soberanía, era dolorosamente consciente de que, sin el apoyo financiero de los ingleses, no contaba con los medios suficientes para mantenerlos. Como siempre había sucedido en Afganistán, era muy complicado encontrar fondos para pagar el enorme ejército necesario para asegurar un país tan pobre, fracturado e ingobernable. El ejército del antiguo Imperio durrani solía financiarse con los impuestos recaudados en regiones prósperas como Sind o Cachemira; pero, ahora, puesto que esas zonas ya no estaban bajo control afgano, los sucesivos gobernantes habían luchado para intentar pagar a las tropas sin imponer cargas fiscales inaceptables sobre las regiones que aún les quedaban y que, en comparación, eran estériles e improductivas: «En tiempos de los sadozais, cada familia, cada tribu, contaba con un solo hombre de alto rango, y el coste de su caballería se cubría con los ingresos procedentes de las provincias tributarias de Punyab, Sind, Cachemira, Multán y parte de Jorasán», explicó Shuja a Auckland. «Hoy en día, de cada familia, de cada casa, han surgido diez o veinte individuos que exigen ser considerados jefes y tratados como tales. No tengo más remedio que pedir ayuda a vuestra señoría, mi amigo». También añadió:

> A pesar de los métodos opresivos y las extorsiones, Dost Mohammad Khan no fue capaz de cubrir sus gastos con sus propios ingresos. Todos sus hombres estaban descontentos y lo abandonaron porque estuvieron seis meses sin recibir su salario y porque, cuando lo cobraron, fue en lana. Si pretendo tener un ejército igual que el de Dost Mohammad, tendré los mismos problemas que él. Si mantener las tropas me cuesta más que los ingresos del país —que de por sí no pueden cubrir tal gasto

> —, no habrá suficiente dinero para alimentarlas. Si empleo una fuerza menor que la de Dost Mohammad, los que me son leales en el país, que cada día aumentan en número y que solicitan unirse a mi servicio, se verán decepcionados. Estas preocupaciones me quitan el sueño y, a la hora pagar a mis soldados, la única solución que me queda es recurrir a la buena voluntad de su señoría.[72]

La reforma del ejército causó el primero de los conflictos entre Macnaghten y Shuja, pero también existía un problema entre Burnes y Macnaghten con Mullah Shakur, el fiel jefe de Estado Mayor de Shuja que se oponía, cada vez de manera más contundente, a todas las propuestas de los primeros. «Todo el dinero que ganaba, por medios públicos o privados, lo destinaba a las arcas del sha», escribió Mohan Lal,

> por lo que contaba con toda su confianza. Sin embargo, Mullah Shakur era muy mayor y no estaba en condiciones de desempeñar ninguna función de mayor relevancia. Había perdido la memoria por completo. No reconocía a nadie aunque solo hubiera pasado un día sin verlo; sin embargo, entendía a la perfección lo que suponía nuestro tratado con el rey y sabía que no teníamos derecho alguno a hacernos cargo de la administración del país.[73]

Mucho antes de que Shah Shuja perdiera la paciencia por las continuas intromisiones de Macnaghten y Burnes en los asuntos internos del país, Mullah Shakur ya trataba de evitar que los invasores británicos se inmiscuyeran demasiado en las cuestiones cotidianas, así como de mantener la apariencia de que Shuja era el que tomaba todas las decisiones. «Mientras Mullah Shakur conservó su cargo, se mantuvo la ficción de que su majestad participaba activamente en la administración del reino y del ejército», escribió Mohammad Husain Herati.

> Por ejemplo, si se fijaba el precio del grano y algún comerciante no lo respetaba, este era castigado por Mullah Shakur como ayudante del gobernador de Kabul; sin embargo, cuando Alexander Burnes enviaba a su mensajero *chaprasi* para protestar y decir que el comerciante en cuestión estaba bajo su protección, el infractor salía absuelto. De este modo, Mullah Shakur intentaba mantener la apariencia de legitimidad del gobierno. Pero a Burnes y a Macnaghten no les gustaba que les

> llevaran la contraria, tampoco se interesaban por las complejidades que entrañaba el gobierno y su hostilidad hacia Mullah crecía cada día.[74]

A finales de la primavera y principios del verano de 1840 se dieron ciertas circunstancias que minaron aún más la popularidad de Shah Shuja y la eficacia su gobierno. Ahora muchos se quejaban de la actitud distante y altanera de Shuja, que contrastaba enormemente con el enfoque más igualitario de Dost Mohammad. Esto se había convertido ya en una constante en el comportamiento de Shuja: cuanto menor era su prestigio, mayor era su deseo de realizar demostraciones públicas de su estatus. De este modo, en 1840, cuando empezó a sentir que el poder se le escapaba de las manos, las fuentes hacen referencia a los discursos grandilocuentes del rey y los miembros de su corte en Kabul y sus alrededores. «La pompa desmesurada» del cortejo de Shuja «es imposible de describir», escribió el artista James Rattray tras toparse con dicho espectáculo. A la cabeza de la procesión iban los dromedarios reales, «con campanas que les colgaban de los arneses y que resonaban al compás de sus andares de ensueño, y con sus largos cuellos decorados con borlas y todo tipo de adornos. Había cientos de ellos», y muchos llevaban pequeños cañones con banderas verdes y de color escarlata que eran disparados al azar y «volaban las plumas de los sombreros y achicharraban los bigotes de los presentes, para el deleite de los tiradores». Las ensordecedoras baterías de camellos dieron paso a la caballería, «resplandeciente con sus telas doradas y armaduras enjoyadas». Después fue el turno de los oficiales de la casa real:

> Los verdugos y los portadores de bastones, espadas, timbales y estandartes, con sus gorros de color escarlata con cuernos, se abrían camino atascando la calle, pretendían poner orden pero creaban confusión. Los seguía un ruidoso grupo de jinetes afganos, armados hasta los dientes y con llamativos penachos, que marchaban al sonido de los timbales y del tintineo de sus arreos profusamente decorados; junto a ellos, un grupo de mozos de cuadra de pelo largo y piernas descubiertas. Después, entre cabriolas, apareció un escuadrón de la escolta del enviado británico, con vestimentas azules y plateadas, y, finalmente, su majestad en persona.
>
> La imagen del sha a caballo, con pose erguida y espléndidamente montado, era propia de un verdadero rey. La corona imperial de terciopelo, con adornos de esmeraldas en forma de hojas que caían desde arriba, se ceñía en la parte alta de su frente con una banda de piedras preciosas de gran valor. Vestía una ajustada túnica de seda púrpura, bordada en oro y piedras preciosas y, del hombro a la muñeca, llevaba imponentes brazaletes con joyas. Su atuendo lo completaban unas botas de cuero, de puntera alta y con espuelas, y un fajín estrecho confeccionado a partir de un chal de Cachemira, del que colgaba una magnífica cimitarra de Isfahán. El sha era un hombre apuesto y en el que no se apreciaba el paso del tiempo. Su semblante indicaba excesiva arrogancia, aunque mezclada con cierta melancolía; expresión que se agravaba al observar sus cejas muy marcadas, sus grandes ojos oscuros y su barba negra azabache.

Rattray estaba ensimismado y constató que la gente de Kabul tampoco permanecía indiferente: «Mientras el cortejo real avanzaba por las estrechas y sinuosas calles de la ciudad, todas las ventanas, puertas y tejados se llenaron de espectadores». Pero estos no aclamaban al que denominaban «el rey de los *firangis*»; tampoco hacían gestos «de aprecio o lealtad», simplemente se limitaban a «observar en silencio, inmóviles, pasando las cuentas de sus rosarios y con los brazos cruzados sobre el pecho. Este silencio solo era interrumpido por el grito de algún peticionario que se dirigía el rey, por los pateos de los caballos o la voz del oficial que proclamaba el poder, la excelencia y la majestad del sha de shas, el rey de reyes, de la perla de la dinastía durrani». Lockyer Willis Hart, otro oficial convertido en artista, fue más allá en su apreciación: «Este aparato ceremonial, tan odiado por los afganos, era una de las manías del sha y, en ocasiones, rozaba lo absurdo».[75]

No era solo la gente de la calle, muchos de los jefes se sentían humillados y menospreciados por el estilo distante y excesivamente formal de Shuja: «El anterior gobernante se preocupaba por los nobles, con él gozaban de gran influencia e incluso eran tratados como sus iguales», apuntó el *munshi* del coronel Wade, Shahamat Ali; «ahora, en cambio […] les resulta muy difícil tener una audiencia con el sha, y, los pocos que lo consiguen, están obligados a permanecer a cierta distancia de su majestad, a unir sus manos en un gesto de humildad y, a menudo, abandonan el *durbar* sin que se les permita siquiera dirigirse al rey».[76] Fue esta misma actitud la que hizo que los oficiales británicos del Contingente de Shuja no quisieran estar bajo las órdenes del sha. Como Burnes trató de explicarle al propio sha: «Tendría que buscar una solución a la ausencia de oficiales británicos en su *durbar*, por ejemplo, podría fijar un día en la semana para recibirlos, puesto que muchos de ellos suelen venir, pero se marchan, cansados de esperar y sin que se les haya concedido una audiencia».[77]

Pero el mayor de todos los problemas, como Macnaghten reconocía con total sinceridad, fue la pérdida de reputación de Shuja, causada por su alianza con los británicos infieles y por la convicción, cada vez más extendida, de que no era más que un mero títere en sus manos. «Su majestad se encuentra en una situación muy difícil y delicada», escribió Macnaghten a Auckland,

> debido esencialmente a su conexión con nosotros. Lo hemos restaurado en el trono, pero pasará algún tiempo hasta que nuestros verdaderos motivos para hacerlo sean comprendidos, ya que muchos los malinterpretan de forma deliberada. La religión es la causa principal de

> la antipatía que este pueblo siente hacia nosotros. Los afganos son una nación de fanáticos. Además de la intolerancia religiosa, también odian nuestras costumbres, lo que nos obliga a ser muy cautos en nuestros intentos de innovación; no debemos olvidar que un sistema, por muy bueno que sea en teoría, podría no serlo aplicado a este país, puede que ni siquiera fuera apreciado. Debemos ser muy prudentes para no alentar los prejuicios del pueblo pero, por otro lado, tampoco debemos dejar el gobierno en el mismo estado retrógrado en el que lo encontramos.[78]

Macnaghten se dirigió a Colvin en términos muy similares: «Usted predijo muy sabiamente que los barakzais eran como una bomba de relojería. De todas las cualidades morales del hombre, la avaricia, la credulidad y el fanatismo son las peores, y los afganos tienen de las tres». Si bien Macnaghten estaba en lo correcto al señalar las diferencias religiosas como el eje en torno al que giraba la férrea oposición afgana al nuevo régimen —encabezada por los ulemas—, se equivocaba al tacharlo de simple «fanatismo». En un inicio, los mulás habían sido incorporados al régimen anglo-sadozai, que desde el principio pagó buenos salarios a los ulemas que mostraban su apoyo al sha. Pero los mulás empezaron a tener buenas razones para estar disgustados con un régimen que rara vez financiaba sus instituciones o ayudaba a restaurar sus mezquitas, y que, además, se había apropiado de gran cantidad de sus *waqfs* para aumentar así sus propios ingresos fiscales: los británicos «fueron demasiado lejos cuando se hicieron con el control de las dotaciones del gran santuario sufí de Ashiqan wa Arifan, que había sido su prerrogativa desde tiempos inmemoriales». Esta fue una actuación especialmente desafortunada, ya que dicho santuario —antes un monasterio budista— era el centro de culto más antiguo e importante del viejo Kabul y el lugar de enterramiento de los barakzais durante generaciones. Estaba controlado por los hermanos Mir Masjidi y Mir Haji, dos poderosos y respetados jeques hereditarios naksbandíes de Kohistán; Mir Haji era además el imán hereditario de la mezquita Pul-e-Jishti, la mezquita del viernes, y el líder de los ulemas de Kabul.[79] Eran personajes enormemente influyentes y el régimen anglo-sadozai debería haber hecho todo lo posible para mantenerlos dentro del círculo de confianza del sha. En cambio, parecía estar haciendo todo lo posible para ponerlos en su contra.

Para agravar más aún las cosas, los británicos decidieron inmiscuirse en la forma de impartir justicia de los mulás. Y era comprensible que al ulema no le gustara que el presuntuoso Macnaghten le diera lecciones sobre la *sharia*; este

hablaba así sobre el tema: «He ganado la batalla a los mulás y han admitido abiertamente que mi conocimiento de la ley mahometana es superior al suyo».[80] Pero lo que más les molestaba de los «lascivos infieles» era cómo corrompían su ciudad, el espectáculo que ofrecían, a diario y sin pudor, los soldados británicos e indios que bebían y fornicaban en la calle.

La nobleza compartía estas mismas objeciones conservadoras con respecto a la presencia británica. En el verano de 1840, los británicos interceptaron la carta de un importante líder barakzai, Sultan Mohammad Khan —el exgobernador de Peshawar—, a su hermanastro, Dost Mohammad, en la que aquel le expresaba su disgusto en estos términos: «No tengo palabras para explicarte la tiranía perpetrada por los *firangis*. Algunas personas se han convertido al cristianismo y otras se han entregado a la prostitución. El precio del grano es muy alto. Que Dios eche a estos malditos de nuestro país, ya que su presencia ha provocado el abandono de la religión y el pudor».[81]

Estas tensiones llegarán a su punto álgido en julio de 1840, cuando, a instancias de Mir Haji, el ulema empezó a omitir el nombre de Shah Shuja en las oraciones del viernes al considerar que los verdaderos gobernantes del país eran los *kafirs*. Según Burnes, el sha lo convocó inmediatamente al Bala Hisar para decirle:

> Que en la ciudad de Kabul le paraban, día y noche, los mulás y otras gentes que definían el gobierno del momento como cualquier cosa que no fuera un reino mahometano, y que le preguntaban por qué el sha, si estaba de acuerdo con ellos, no se levantaba contra los ingleses. Sobre esto, su majestad añadió: «Por supuesto, intenté rectificar las opiniones erróneas de estos hombres, asegurándoles que los ingleses y yo somos como dos corazones en un solo cuerpo. Sin embargo, es muy difícil hacerlos cambiar de parecer cuando las tropas de la capital no me pertenecen y actúan a mis espaldas […]». Su majestad también puntualizó que era una mera ficción llamar a los oficiales y a los hombres del gobernador general los suyos propios: ninguno de ellos se le habían acercado jamás, tampoco le habían mostrado lealtad en forma alguna. Por tanto, no era de extrañar que sus súbditos lo consideraran un títere (la palabra que empleó fue «un *muli*», un rábano) y que no fuese respetado ni en su propio país […].[82]

Fue más o menos en esta época cuando los británicos más perspicaces de todos los presentes en Afganistán comenzaron a percatarse de la naturaleza

tan delicada de su posición y la fragilidad del régimen que habían instalado. Abraham Roberts empezó a preocuparse por las extensas líneas de comunicación, el reducido tamaño de la guarnición británica y la forma en la que se dejaban pequeños grupos de soldados en enclaves urbanos importantes, completamente vulnerables ante una insurrección. Al poco, escribió a Auckland para transmitirle sus preocupaciones por la existencia de «numerosas formaciones, esparcidas por el país, sin ningún control militar y administradas por políticos con poco sentido común y sin experiencia militar».**[83]** Mientras tanto, el general Nott, desde Kandahar, culpaba a Macnaghten y a sus asesores políticos de la situación: «Solo beben burdeos, ganan muy buenos salarios y andan por ahí con una muchedumbre pegada a los talones que les halaga de manera incesante», se quejó a sus hijas.

> Todos están bien pagados por John Bull o, más bien, por los agricultores oprimidos de Indostán. El tesoro de Calcuta se ha quedado sin rupias, pero el bueno de lord Auckland sigue aprobando todos los gastos. Mientras tanto, por aquí todo va mal. La gente nos odia […]. Eso supone estar bajo las órdenes de hombres elegidos a dedo. Las decisiones de mil y un políticos han arruinado nuestra causa y han puesto en bandeja, ante las espadas y cuchillos de los vengativos afganos, el cuello de todos los europeos que nos encontramos en el país; a no ser que recibamos el refuerzo de varios regimientos, ni un solo hombre quedará en pie. Solamente el uso de la fuerza los hará someterse al odiado sha.**[84]**

Incluso el optimista de Burnes empezó a estar nervioso. «Se cambia de plan cada dos días», se quejó en privado a su amigo Jacob, «no hay una línea política, ni externa ni interna, que dure más de una semana. Prima la improvisación, nada de pensar a largo plazo […]. Empiezo a creer que Wade (que se había retirado a Ludhiana) es el más afortunado de todos nosotros, porque se encontrará muy lejos cuanto esto estalle; a no ser que se cambie el rumbo de manera radical, la situación nos reventará en la cara».**[85]**

Los primeros signos de una resistencia armada coordinada tuvieron lugar en mayo 1840, cuando una columna que marchaba de Kandahar a Gazni fue atacada por dos mil jinetes ghilzais. Aunque fueron rápidamente repelidos y sufrieron doscientas bajas entre sus filas, aprendieron la lección de que un ataque frontal en campo abierto no era la mejor manera de enfrentarse a los británicos. Más tarde, a mediados de agosto, menos de un año después de que

Shah Shuja entrara triunfal en Kabul, recibieron la noticia que más temían: Dost Mohammad había huido de su celda de Bujará. Mirza 'Ata escribió: «Los ingleses de Kabul descansaban en los brazos del placer y la pereza cuando, de repente, llegó la noticia de que el emir Dost Mohammad Khan se había escapado de Bujará con la ayuda de un comerciante privado, que había sobornado a los guardias que custodiaban al emir por una suma de alrededor de diez mil rupias».

Los primeros informes aseguraban que el emir había vuelto al norte de Afganistán donde enarbolaba el estandarte de la guerra santa. A finales de agosto, las tropas de la pequeña avanzada británica de Saighan, en la frontera del territorio de Mir Wali de Kunduz, donde el valle se abre a las llanuras septentrionales, se vieron obligadas a retroceder treinta kilómetros hasta la posición más defendible de Bamiyán. Fue aún peor que un contingente de las tropas de Shah Shuja, enviado para atacar al emir, se amotinara y se uniera a la rebelión. Casi al mismo tiempo, llegó la noticia de que una nueva revuelta había estallado en Kohistán, a solo unas horas al norte de Kabul: los tayikos consideraban que el sha no les había recompensado como se merecían por su ayuda en la toma de Kabul en 1839 y que había traicionado todas las promesas que les habían hecho.[at5]

Los afganos habían tardado solo en año en sublevarse: la yihad contra los británicos había comenzado.



Los poetas épicos ofrecen el relato más completo de la fuga del emir de Bujará. Maulana Hamid Kashmiri cuenta cómo un famoso comerciante de Kabul, Khan Kabir, llegó a Bujará con su caravana y escuchó que el emir había sido encarcelado. Como estaba muy agradecido por los favores que había recibido de Dost Mohammad cuando este estaba en el poder,

> Se dedicó en cuerpo y alma a la liberación al emir
> Noche y día buscó una vía de escape
>
> Para ayudar al emir, extendió su generosa mano
> y le proporcionó oro para que su carcelero se convirtiera en su prisionero
>
> Tanto apretaba la soga del emir en el cuello del guardián

Que le sirvió como un esclavo comprado con oro

Cuando el emir supo que la puerta estaba abierta
una noche vio su oportunidad y se apresuró a escapar.[86]

Akbar Khan también huyó, pero, al contrario que su padre, fue capturado antes de que pudiera salir de la ciudad. Con la ayuda de Khan Kabir, Dost Mohammad se hizo pasar por un faquir sufí, igual que había hecho Shah Shuja treinta años antes en Lahore para escapar de Ranjit Singh. Al inicio, el emir tomó una ruta equivocada y, presa del pánico, cabalgó por las áridas montañas hasta que su caballo murió de extenuación. Cuando vagaba solo y perdido en el desierto a gran altura, a punto de tirar la toalla, fue recogido por una caravana de camellos que se dirigía a Balj. «Proporcionaron al emir un camello que llevaba cestas a ambos lados», escribió Mohan Lal, que más tarde se convertiría en el primer biógrafo de Dost Mohammad

y, tras alegar que estaba indispuesto, se echó sobre una de las cestas. En Chiraghchi (donde había sido capturado un año antes), algunos funcionarios del gobierno de Bujará, que habían sido informados de la fuga del emir, sospechaban que este podía estar escondido en la caravana. Examinaron todos los camellos, pero no lo descubrieron puesto que, de manera muy astuta, había teñido su barba plateada con una tinta que él mismo había conseguido para este propósito; el informante fue castigado por poner en ridículo a los oficiales con un soplo falso.[87]

Durante las semanas siguientes, el emir permaneció con la caravana, pero, al no tener dinero, vivía solo de lo que pudiera mendigar. La tradición oral afgana está llena de anécdotas sobre los sufrimientos y calamidades del emir en sus viajes; Fayz Mohammad recogió algunos de ellos en su obra. «El emir paró en Shahrisabz, delante de una destartalada pensión frecuentada por derviches», escribió. Encontró a unos cuantos hombres sentados bebiendo té con leche.

El emir estaba hambriento y esperaba poder beber un poco de té, por lo que se sentó cerca de la puerta de la posada. Pero, aquellos desconsiderados, que se llaman a sí mismos *qalandars* (santos locos), a pesar de que su carácter nada tenía que ver con la divinidad, no le dirigieron la palabra ni le ofrecieron comida o bebida. Con el estómago

> todavía vacío, se dirigió a la ciudad y preguntó por un comerciante llamado Mullah Kabir, que era de Kabul y tenía familia en Shahrisabz […]. Cuando Mullah Kabir vio al emir, besó su mano y lo acompañó hasta su hogar. Al entrar en la casa, Mullah sintió compasión al ver al emir vestido de derviche y, con lágrimas en los ojos, se puso a su entera disposición y le prometió hacer todo lo que estuviera en su mano para ayudarlo.

Después de descansar, el emir envió a Mullah Kabir para que informase de su llegada al gobernador de la ciudad.

> Tan pronto como escuchó la noticia, el gobernador se dirigió a la casa de Mullah Kabir, presentó sus respetos al emir y lo invitó a alojarse en la residencia real para invitados. Después de cumplir con las labores de todo buen anfitrión, habló del comportamiento vergonzoso del emir de Bujará y ofreció enviar a su ejército como represalia. Aunque Dost Mohammad agradeció su oferta, la rechazó y, a cambio, le pidió que le proporcionara setecientos jinetes para cruzar el Oxus. El gobernador accedió, preparó las provisiones y el equipo necesarios y le asignó una escolta de setecientos soldados.[88]

A partir de este momento, la suerte del emir empezó a cambiar. Atravesó el Oxus y llegó sano y salvo a Balj. En el camino, al pasar por las aldeas del norte de Afganistán, se dio cuenta de que las tornas habían cambiado durante su encarcelamiento y que el descontento con el régimen anglo-sadozai era ahora generalizado. «Por el camino interrogó a los viajeros con los que se cruzaba», escribió Maulana Kashmiri en el *Akbarnama* [Libro de Akbar], con el fin de obtener alguna información sobre la situación en Kabul y Bujará.

> Un día reconoció, entre los viajeros,
> a un joven que venía de Kabul
>
> Le preguntó: «¿Cómo van las cosas en el reino de Kabul?
> ¿Qué opinan sus gentes del sha y los jefes *firangis*?
>
> ¿Qué piensan hacer durante la guerra y durante la paz?
> ¿Y los kanes? ¿Siguen como antes? […]».
>
> El joven respondió: «¡Oh, poderoso gobernante de la buena ventura!
> Shuja no es el Shuja de antaño, su espíritu ya no es lo que era

Como si fuera un rey, lo han sentado en el trono
pero él no dirige el país ni controla el tesoro

Sufre para sus adentros, su alma está agotada
más que un rey, es un centinela».[89]

El emir consiguió finalmente regresar a los dominios de su antiguo anfitrión, Mir Wali de Khamard, donde se reencontró con su hijo Afzal Khan. El líder uzbeco le brindó de nuevo su ayuda —Mir Wali debía su poder y su posición a la protección de Dost Mohammad—, pero también le dio malas noticias: el hermano del emir, Nawab Jabar Khan, que había perdido la esperanza de que este fuera liberado, se había entregado a las autoridades británicas arrastrando consigo el harén del propio emir. Dost Mohammad mantuvo la calma y decidió que su única opción era luchar, por lo que declaró públicamente una yihad contra los *firangis*. Para los poetas afganos, este momento fue épico:

Se preparó para combatir contra el enemigo
y reunió a su ejército disperso

Reunió a quinientos jinetes
capaces de blandir la espada

En Kabul, *Laat Jangi* Macnaghten escuchó la noticia
de que las fuerzas del valiente emir se acercaban

más que dispuestas para la batalla
venían a la guerra con batallones de uzbekos

Laat Jangi, Macnaghten, el Señor de la Guerra, ordenó a *Daaktar* (Dr. Percival Lord)
tomar a cuarenta mil de sus hombres y a cuarenta comandantes

Como a un tigre salvaje, le siguieron la pista
para intentar dar caza al valiente león

Rugiendo y llenos de pasión,
marcharon rumbo a Bamiyán.[90]

Dost Mohammad contaba con un pequeño ejército de menos de mil jinetes uzbecos. En su avance hacia el sur, logró expulsar a los cipayos del primer puesto británico que encontró. Poco después, la guarnición afgana de

Bamiyán, al mando de Saleh Mohammad, desertó y se unió al ejército del emir.

Los informes sobre el agravamiento de la crisis llegaron rápidamente a Kabul: «La noticia infundió temor entre los soldados ingleses», escribió Mirza ‘Ata, «y aún más en el propio rey. El sha estaba tan alarmado por el acercamiento de las tropas del emir que no podía dormir; pasaba las noches en vela en los jardines reales del Bala Hisar, e hizo cavar un túnel bajo la plataforma del trono como posible vía de escape». Fuera o no cierto, muchos oficiales británicos enviaron a sus familias —con sus equipajes y todas sus pertenencias— a refugiarse al Bala Hisar. Además, Macnaghten se negó en un primer momento a enviar refuerzos a Bamiyán por considerar que estos podían resultar necesarios en Kabul. Fue entonces cuando envió una serie de mensajes, en tono agitado y paranoico, a Simla: «Los afganos son como un barril de pólvora», escribió, «y Dost es el fósforo que encenderá su mecha […]. Estamos rodeados de espías».[91]

Pero, a pesar de todos estos miedos, la fuerza de caballería reunida por el emir era todavía insuficiente para poder enfrentarse al disciplinado ejército de la Compañía. Cuando los refuerzos británicos fueron finalmente enviados a Bamiyán, a las órdenes de William Dennie, los dos contingentes se encontraron el viernes 18 de septiembre. Dost Mohammad controlaba el conjunto de fortalezas que dominaban la entrada al valle, y formó a sus jinetes en el centro. Encargó a su hijo Afzal Khan el mando del ala que controlaba las alturas de la parte izquierda del valle, mientras que Mir Wali se posicionó en el altiplano del lado opuesto.[92] Pero los afganos aún aprendían a base de errores, por lo que concentraron a sus tropas en una llanura sin tener en cuenta que los británicos estaban armados con cañones modernos. La artillería a caballo británica arrasó con la caballería afgana antes de que sus jinetes pudieran siquiera acercarse a los cañones:

> Frenético y rabioso, el ejército de *Firang*
> se lanzó al combate de inmediato
>
> De repente, la horda
> atacó como una nube pestilente
>
> Con sus balas de cañón y sus disparos
> hicieron que la tierra y el cielo temblaran
>
> Los *firangis* aparecieron entre las llamas
> como demonios entre el azufre del infierno.

Dado el cariz que estaba tomando el enfrentamiento, Dost Mohammad, herido de gravedad en el muslo, decidió retirarse; aunque dejó un centenar de muertos en el campo de batalla, la mayoría de sus fuerzas se salvaron. Sin embargo, en lugar de huir, el emir permaneció impávido y se dirigió hacia Kabul por las montañas —por caminos de cabras y cauces secos— con la intención de reunirse con los tayikos insurgentes de Kohistán.

Era una estrategia valiente a la par que arriesgada. Macnaghten había enviado a Burnes y a «Bob el combativo» —sir Robert Sale— con dos regimientos a intentar ocupar el cuartel general del distrito de Charikar, y estas mismas tropas estaban bloqueando la ruta principal que separaba al emir de los rebeldes. Además, Dost Mohammad tenía muchos enemigos en Kohistán. Solo un año antes, cuando los británicos avanzaban hacia Kabul, los kohistaníes se habían levantado contra él. Pero el emir sabía que esta era su única esperanza y deseaba que el odio mutuo hacia el gobierno *kafir* superara sus enemistades previas. Envió emisarios a los jefes tayikos y delegó en su aliado, Safi Mir de Tagab, la tarea de persuadir a los jeques y *mirs* de Kohistán y Ghurband para que se coaligaran bajo su liderazgo. Por ello, sintió un inmenso alivio cuando sus propuestas recibieron una rápida contestación. Ghulam Kohistani, el autor del *Jangnama* [Historia de la guerra], era natural de aquella región y así constató los recuerdos que tenían los locales sobre la llegada y acogida de Dost Mohammad en Tagab:

> El primero que se presentó fue el triunfante guerrero de Parwan
> Sabio y astuto, Rajab Khan era su nombre
>
> Dijo: «Usted es el emir y nosotros somos sus siervos,
> nos inclinamos ante su autoridad
>
> Nuestras humildes chozas, esta tierra de roca y cardos
> han sido dignificadas con su presencia».
>
> A las órdenes del emir, esos valientes rebeldes
> condujeron sus caballos a través de las regiones montañosas
>
> No había tiempo para el descanso o las vacilaciones
> ya que temían en lo más profundo de sus corazones el ataque de los *firangi*
>
> Con miedo a que él los golpeara:
> ese miserable de Burnes en Charikar.[93]

Durante las siguientes semanas se libró una guerra de guerrillas marcada por los ataques sorpresa de Dost Mohammad sobre los puestos de avanzada del Gobierno; aunque causaron bajas en las filas enemigas, sus tropas no poseían la fuerza suficiente como para hacer frente al imponente ejército de la Compañía. Mientras tanto, el general Sale devastó de manera sistemática las aldeas de los rebeldes, arrasando sus árboles y cultivos, y sitió sus fortalezas en torno al Koh Daman, al mismo tiempo que Burnes trataba de sobornar a los jefes de Kohistán para que traicionaran al emir y lo entregaran. A finales de septiembre, Burnes había logrado que Mir Wali y sus uzbekos se alejaran de Dost Mohammad, con lo que el emir quedaba tan solo con el apoyo de algunos centenares de partidarios kohistaníes; aun así, evitó ser capturado. «La lucha entre el emir y los ingleses duró dos meses», escribió Mirza ‘Ata. «Hubo trece enfrentamientos y escaramuzas, y los ingleses no salieron triunfantes de ninguna de ellas. Más bien fue el emir el que emergió del campo de batalla victorioso. Finalmente, los ingleses abandonaron su búsqueda y regresaron a Charikar, no sin afrontar grandes dificultades, medio moribundos y dejando atrás gran parte de sus provisiones y equipos».

Según Mohan Lal, muchas de estas luchas y destrucciones fueron erróneas e innecesarias: los jefes de Kohistán habían dejado claro que estaban dispuestos a poner fin a la insurgencia si los británicos cumplían con las promesas que les habían hecho un año antes. Uno de los jefes de mayor relevancia, Mir Masjidi Khan —el admirado *pir* naksbandí y líder más influyente en la zona—, estaba a punto de rendirse y había dado su palabra de que iría a Kabul y «se refugiaría en el mausoleo de Timur Shah, para después mostrar sus respetos al sha y al enviado británico». Burnes aceptó, pero Sale y el príncipe Timur decidieron, «en contra de lo acordado previamente», asediar la fortaleza de Mir Masjidi. Al inicio, la ciudadela resistió estoicamente el asalto y Mir Masjidi, herido y resentido, logró escapar hacia Nijrab. En su ausencia, su fortaleza fue destruida, su familia, asesinada y sus tierras, repartidas entre sus enemigos. La brutalidad de dicha actuación horrorizó a los kohistaníes. «Demolieron sus muros», escribió Ghulam Kohistani,

> En cada casa decorada con lentejuelas doradas,
> engalanada como un jardín en primavera,
>
> prendieron fuego a las puertas y a los techos
> Su mensaje llegó hasta los cielos
>
> Destruyeron el arco central
> Convirtieron todo en un erial

No quedó ni un solo rastro de vida
No, nadie había escuchado nunca una historia tan devastadora.[94]

Por lo tanto, como concluyó Mohan Lal, «conseguimos que el *mir* fuera nuestro enemigo para siempre».[95] A su debido tiempo, Mir Masjidi volvería a Kohistán, lograría expulsar a los británicos y perseguiría a los últimos supervivientes de la guarnición hasta Kabul: ganárselo como enemigo fue uno de los errores más graves cometidos por los británicos durante toda la campaña.

A mediados de octubre, las cosas empeoraron aún más cuando todo un escuadrón de soldados kohistaníes entrenados por los británicos en Charikar cambió de bando y se unió a las filas de Dost Mohammad.[96] Para Mohan Lal, esta fue una de las amenazas más peligrosas a las que se tuvieron que enfrentar los británicos durante su ocupación de Afganistán: con el emir en libertad, Kohistán en llamas y el resto de tribus esperando a ver quién salía victorioso, «el pueblo y los jefes estaban también descontentos porque no cumplíamos con los compromisos y las promesas que les habíamos hecho».[97]

Cuando los dos bandos finalmente chocaron, ninguno se lo esperaba. El 2 de noviembre de 1840, el emir había atraído, con gran habilidad, a Sale y a Burnes al Panjshir, lejos de su base militar de Charikar. Cuando se desplazaban por el valle arbolado de Parwan Darra —con sus hileras de fuertes de adobe y sus ricas huertas de albaricoques— para atacar una fortaleza rebelde remota, les llegó la noticia de que Dost Mohammad estaba cerca y cabalgaba con presteza hacia ellos. En cuestión de minutos, el emir y sus cuatrocientos jinetes aparecieron sobre una elevación del terreno frente a los británicos. Los cañones de Sale estaban en la retaguardia, por lo que, los que encabezaban la columna —incluido el doctor Percival Lord, un buen amigo de Burnes y conocido en la épica afgana como *Daaktar* — decidieron atacar sin esperar a que estos fueran transportados a la primera línea. Los oficiales británicos se lanzaron a la carga con sus caballos, pero se dieron cuenta demasiado tarde de que sus propios escuadrones de caballería indios habían huido. Según los poetas afganos, lo que sucedió a continuación constituye el momento supremo de gloria de Dost Mohammad.

Entonces el *Daaktar* se elevó como el humo
con toda la caballería de guerra que le acompañaba

El emir observó al *Daaktar*,

ese perro miserable,

y de un salto se subió a su caballo
a toda velocidad, rápido como el fuego

descendió de las colinas de granito
seguido por su caballería

Con la espada del rencor desenvainada
avanzaron sin demora

Se abalanzaron sobre los cristianos,
el campo de batalla hervía con la sangre *firangi*

El clamor de los valientes se elevó hasta los cielos
El polvo llenó los ojos del Sol y Júpiter

Pronto la tierra «se tiño de rojo con la sangre de los héroes».

Los héroes masacraron a los hombres de *Firang*
Ese día de guerra semejaba el apocalipsis

Afzal sacó el arma de su montura y disparó
El disparo penetró en el cuerpo de *Daaktar*

le atravesó el pecho y la espalda
Su cuerpo se desgarró y su alma huyó

Los británicos comenzaron la retirada, «con los valientes de Kabul pisándoles los talones».

Entonces Burnes, en una decisión rápida, les ordenó
que introdujeran la artillería en el combate

Sus cañones rugieron y retumbaron como un cielo de tormenta
El sonido hizo que la tierra temblara

Los corazones de los creyentes se estremecieron
El mundo se había oscurecido

Tomaron conciencia de que no había nada que hacer
¿Cómo puede una gota de agua superar a un río en plena crecida?

Así que Afzal y el emir
abandonaron el campo de batalla y se dirigieron a las altas montañas

> Allí eligieron un lugar para levantar el campamento
> Descansaron y olvidaron sus problemas y su rabia.[98]



Dos días más tarde, la tarde del 4 de noviembre, un preocupado Macnaghten salió, como era su costumbre, a dar su paseo vespertino por las afueras de Kabul en compañía de su secretario militar, George Lawrence, y de una pequeña escolta de caballería. La noticia de las muertes del doctor Lord y de otros oficiales británicos había llegado el día anterior y, esa misma tarde, recibieron un informe apocalíptico de Burnes en el que instaba a los británicos a abandonar todas sus posiciones al norte de Kabul y a concentrar sus tropas en la capital. La jornada había estado marcada por acaloradas discusiones: ¿Debían retirar algunas tropas? ¿O sería mejor enviar refuerzos al norte? En ese caso, ¿era prudente privar a Kabul de parte de sus soldados? «Cuando volvíamos de camino a la residencia», recordaba Lawrence, «nos cruzamos con un jinete que, para nuestra sorpresa, interpuso su caballo entre el del embajador y el mío y me preguntó "si aquel era lord *Sahib*"».

> Cuando contesté que sí, agarró entre sus manos la brida de sir William y gritó: «¡El emir, el emir!». El embajador, sorprendido y agitado, le preguntó: «¿Quién, quién? ¿Dónde, dónde?». Al dirigir la mirada hacia mis espaldas, vi como otro jinete se acercaba hacia nosotros; este bajó de su caballo y cogió el estribo del embajador, luego le agarró la mano y se la acercó a la frente y a los labios en señal de sumisión. Sir William rápidamente desmontó y le dijo al emir: «Sed bienvenido, sed bienvenido»; a continuación, lo condujo por el jardín de la residencia a sus dependencias privadas. Dost Mohammad, al entrar, se postró a la manera oriental y, quitándose el turbante, tocó el suelo con la frente. Al incorporarse, entregó su espada como símbolo de su rendición y dijo que «ya no le iba a ser de ninguna utilidad». El enviado le devolvió la espada al instante, a la vez que le aseguraba al emir que, a pesar de haberse opuesto durante tanto tiempo a la autoridad británica, iba a ser tratado con todos los respetos. El emir le respondió que «este era su destino y no podía cambiarlo».

Dost Mohammad era «un hombre robusto y poderoso, con una prominente nariz aguileña, cejas muy arqueadas» y barba y bigote descuidados. «Él mismo […] nos confesó que ya antes de su acción en Parwan Darra había decidido rendirse y que su éxito pasajero no le hizo cambiar de opinión […]». Lawrence añadió: «Se montaron tiendas para la recepción del emir, el cual quedó encomendado a mi cargo. No pude apenas dormir durante las dos noches que permaneció bajo mi vigilancia; me levantaba constantemente para comprobar que seguía en su tienda. Todo parecía un sueño del que solo despertaba tras las visitas a su tienda: *por fin* teníamos al emir».[99]

Si bien hubo sorpresa entre las filas británicas, que suponían que el emir no era consciente de lo cerca que había estado de la victoria, Dost Mohammad, desde su punto de vista, solo estaba siendo fiel a la forma tradicional de rendición de turcos y persas. No era extraño que los gobernantes de los estados derrotados se rindieran ante las potencias regionales vencedoras con la esperanza de convertirse en sus feudatarios: los durranis y los hotakis ghilzais habían accedido al poder como gobernadores safávidas a finales del siglo XVII, y, durante la fase de expansión del Imperio durrani, a menudo se solía nombrar a gobernantes locales derrocados como gobernadores. Este sistema ofrecía continuidad y estabilidad, y además garantizaba que los líderes derrotados, además de salvar la vida, tuvieran la posibilidad de volver al poder si las circunstancias cambiaban.

En palabras de Mohammad Husain Herati: «Mientras el ejército inglés avanzaba como las olas del océano, una detrás de la otra, se hizo saber que quien capturara y entregara a Dost Mohammad Khan recibiría una recompensa de dos *lakhs* de rupias. El emir entonces pensó: "En un país donde la gente se mata por una sola rupia, donde por cinco rupias se asesina a cinco personas, ¿qué posibilidades tengo de no ser traicionado con ese precio tan elevado que han puesto a mi cabeza?"». Al haberse entregado a Macnaghten bajo sus propias condiciones, el emir reconocía, al menos por el momento, que la partida estaba perdida y que se había impuesto una nueva fuerza en la región. En el fondo, esperaba que los ingleses, tarde o temprano, lo volvieran a instaurar en el trono, o que, en un futuro, su derrota le brindara la oportunidad de tomar el poder por sus propios medios. Fue una jugada brillante, de gran astucia, como pronto se demostraría.[100]

Los ingleses comenzaron pronto con los preparativos del traslado del emir a la India. Se le concedería una pensión generosa y se reuniría con su harén, que se encontraba recluido en la fortaleza de Gazni. Muy pronto se acordó que se alojaría en la residencia que había ocupado Shah Shuja en Ludhiana,

ya que el harén del sha iba a partir en breve hacia Kabul. Entre tanto, y de forma completamente inesperada, en los nueve días que el emir estuvo en Kabul, Macnaghten y él se hicieron amigos; como bien observó Mirza ‘Ata, «la chispa de la afinidad y la conversación prendió entre ellos».[101] El propio Macnaghten llegó hasta el punto de interceder por el emir ante Auckland: «Confío en que el emir sea tratado con toda generosidad», escribió. «Su caso ha sido equiparado al de Shah Shuja y, aunque se ha dicho que no debería recibir un trato mejor que el dispensado a su majestad, no creo que ambas coyunturas sean equiparables. Nosotros no estábamos en deuda con el sha, no habíamos jugado ningún papel en su caída, mientras que sí hemos derrocado a Dost Mohammad —que nunca nos había ofendido— para conseguir nuestros objetivos políticos, de los que él ha sido mera víctima».[102] Esto fue lo más cerca que estuvo Macnaghten de admitir que «el anciano y noble emir», que siempre había sido amable con los ingleses, había sido privado de su trono y de su reino de una manera injusta.

El emir estaba tan complacido como aliviado con su honorable rendición, además de por la forma en la que previamente había sido capaz de demostrar su valentía en el campo de batalla de Parwan Darra; incluso estaba dispuesto a perdonar a Burnes, a quien todos en el campamento barakzai consideraban un retorcido y escurridizo *namak haram* (literalmente «desleal a la sal», un insulto grave que aludía a alguien que traicionaba a su anfitrión). Como escribió Burnes a un amigo,

> Mi encuentro con Dost Mohammad fue muy interesante y cordial. No me hizo ni un reproche, incluso me dijo que yo era su mejor amigo y que había decidido entregarse gracias a una carta que yo le había enviado. Esto último no me lo creo, puesto que tuvimos que perseguirlo casa por casa (por todo Kohistán) hasta que se vio obligado a entregarse. Con esa carta, sin embargo, espero haber conseguido que su estipendio anual de un *lakh* de rupias ascienda a dos. En nuestra despedida, le regalé un caballo árabe, y ¿qué crees que me dio él a cambio? Su propia espada, la única que le queda, manchada de sangre […] y partió hacia la India […] a vivir a Ludhiana. En Kohistán fui testigo de la incapacidad de nuestra artillería para abrir una brecha en las filas enemigas, de la de nuestros soldados europeos para conquistar un fuerte y de la de nuestra caballería para cargar, y, contra todo pronóstico, Dios nos dio la victoria […] Si ahora mismo pudiéramos empezar de nuevo, aún podríamos hacer de Afganistán una barrera.[103]

Solo hubo un asunto en el que el emir se negó a cooperar con los británicos. Macnaghten le había animado en numerosas ocasiones a que visitara a Shah Shuja, pero Dost Mohammad se negaba en redondo, e incluso devolvía las bandejas de comida que el sha le había enviado, un insulto imperdonable según el código de honor afgano. Según Mirza ‘Ata, «el emir respondió enojado a las súplicas de Macnaghten: “Creo que es más que suficiente que me haya entregado y vaya a ser deportado al extranjero. ¿Qué gano yo reuniéndome con la persona que ha traído todas estas desgracias a mi país? Sin el rey, ustedes, los ingleses, nunca habrían podido entrar por sus propios medios en Afganistán”».[104] Fayz Mohammad puso en boca del emir un discurso muy similar: «No quiero tener nada que ver con Shuja. No he venido a jurarle lealtad», le comentó a Macnaghten. Este insistió: «Por respeto al estado que él dirige, sería apropiado que lo visitara». El emir contestó: «Han sido ustedes los que lo han puesto en el trono, no la gran masa de aquellos que “atan y desatan”. Si esto es cierto, entonces deberían dejar de apoyarlo. Cuando lo hagan, verán con claridad, al igual que cualquier hombre con cierta inteligencia, quién merece ser soberano y a quién rendirán pleitesía los líderes tribales y las gentes del país. Si él tiene algo que decirme, que venga a hacerlo en vuestra presencia».[105]

Shuja consideró la negativa de los británicos a entregar a Dost Mohammad a los sadozais, para que este fuera ejecutado, como una gravísima ofensa. Durante semanas, presionó a Macnaghten para que mandara asesinar al emir y ahora, cuando menos, esperaba que su viejo enemigo fuera cegado. Pero Macnaghten se negó incluso a hablar del asunto. «Su majestad estaba muy consternada y no entendía la insolencia de Dost Mohammad Khan, que ni siquiera le había presentado sus respetos en la corte», escribió Mohammad Husain Herati. «¡Todos los seguidores y simpatizantes del emir, así como los parientes barakzais que permanecieron en Afganistán, siguieron con sus negocios en total libertad, como si fueran infieles recién convertidos al islam y, por tanto, redimidos de todo pecado! La excesiva consideración y el favor con los que los ingleses habían tratado a la facción y al clan de Dost Mohammad Khan desencadenaron la pérdida absoluta del prestigio de su majestad: fue como si este hubiera caído de golpe del cielo a la tierra». Mientras tanto, continuaba Herati, «los esfuerzos de Macnaghten por complacer a su huésped y el menosprecio a los derechos del sha firmaron su propia sentencia de muerte; una vez más, como decía el poeta: “Si colmas de favores a los hombres malos, haces daño a los buenos y virtuosos”».[106]

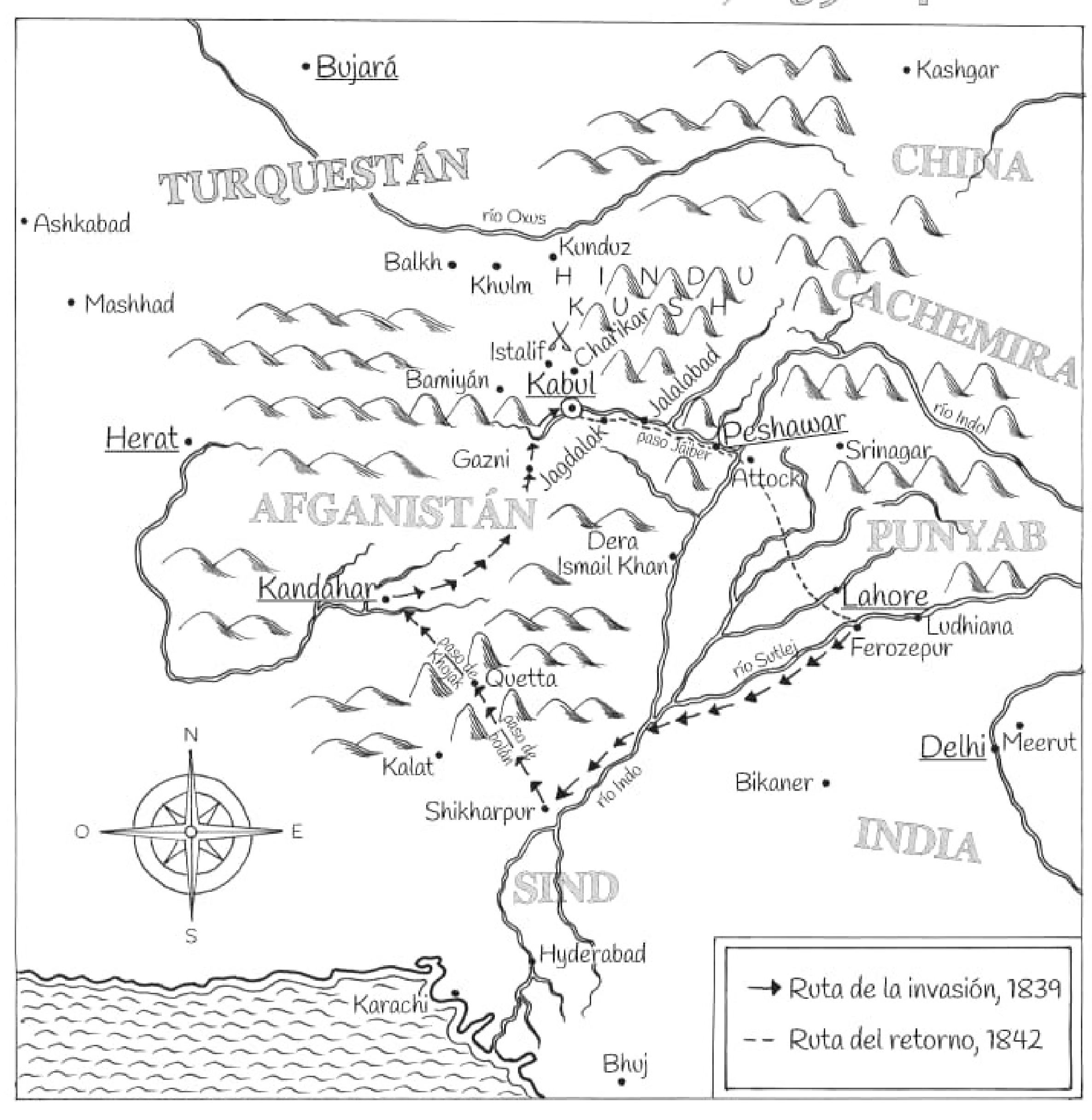
El 13 de noviembre, Dost Mohammad Khan salió de Kabul acompañado por su hijo Afzal Khan, al que había escrito con anterioridad para hacerle saber «la amabilidad y el respeto con los que había sido recibido» e instarle a seguir su ejemplo y que se rindiera. Los dos se reunieron en Jalalabad con el resto de su harén: las nueve esposas de Dost Mohammad, sus veintiuna nueras, ciento dos esclavas y otros doscientos dos esclavos y sirvientes que, junto con sus numerosos nietos y parientes, sumaban un total de trescientas ochenta y una personas.[107] A medida que la noticia del buen trato dispensado al emir se extendía, dicho número aumentó de manera sensible y, según Mirza ‘Ata, cuando el grupo alcanzó Ludhiana, «había llegado toda la familia y los dependientes del emir: veintidós de sus hijos, trece de sus sobrinos y otros veintinueve parientes, así como cuatrocientos sirvientes y trescientas sirvientas. En total, mil ciento quince personas se unieron al emir en el exilio».[108]

Cuando los barakzais llegaron, por último, a Ludhiana a finales de diciembre, tanto en Kabul como en Simla respiraron tranquilos. Incluso sir Willoughby Cotton, que fue el encargado de escoltar al emir a su nueva residencia justo antes de retirarse como comandante militar británico en Afganistán, escribió a su sucesor para decirle: «No tendrás gran cosa que hacer. Aquí reina la paz».[109]

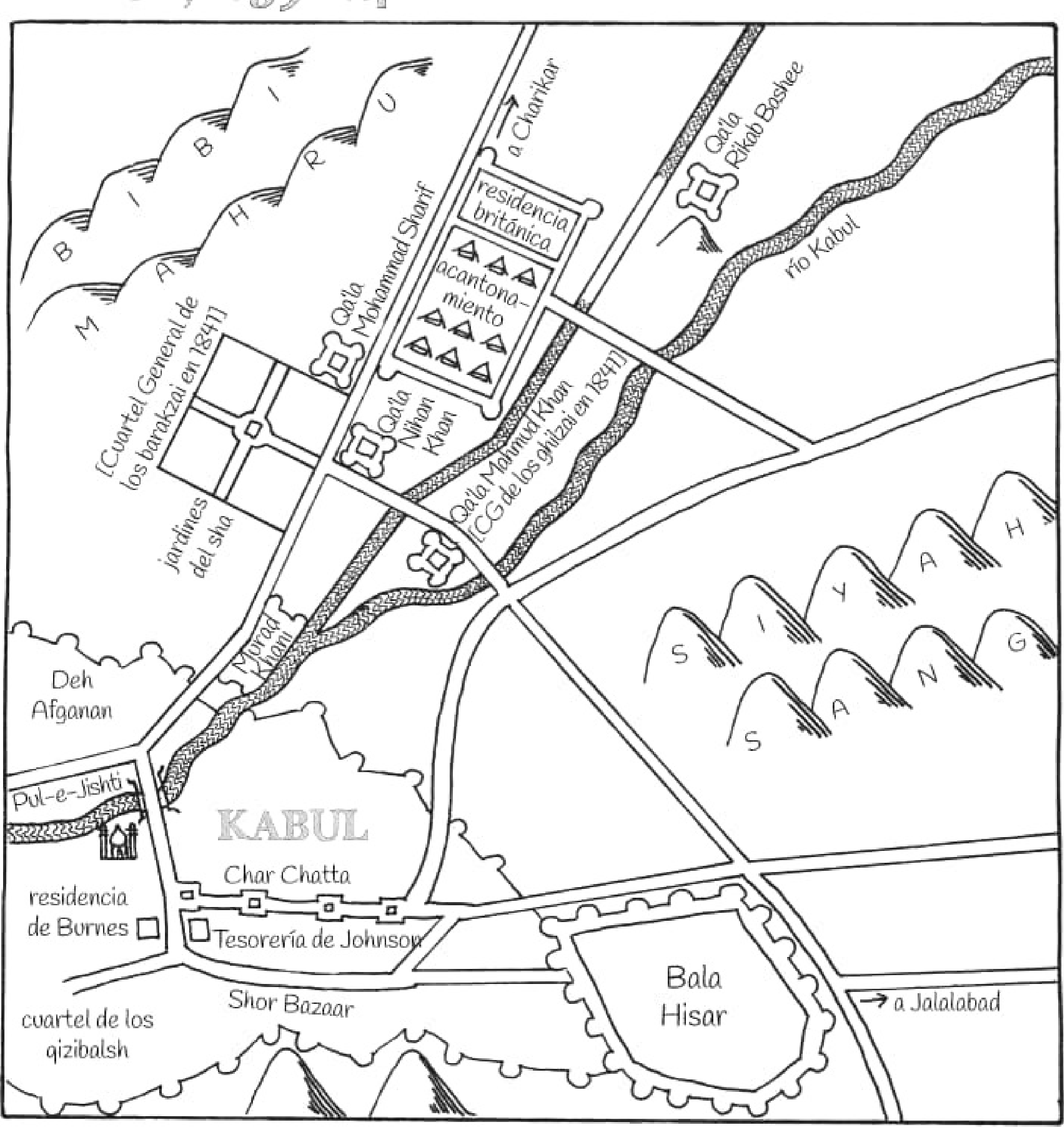
Pero la insurgencia no había terminado. Akbar Khan, el hijo más combativo de Dost Mohammad, había logrado escapar de Bujará y pronto demostraría ser un nuevo y poderoso foco de resistencia, mucho más violento, despiadado y eficaz que su propio padre.



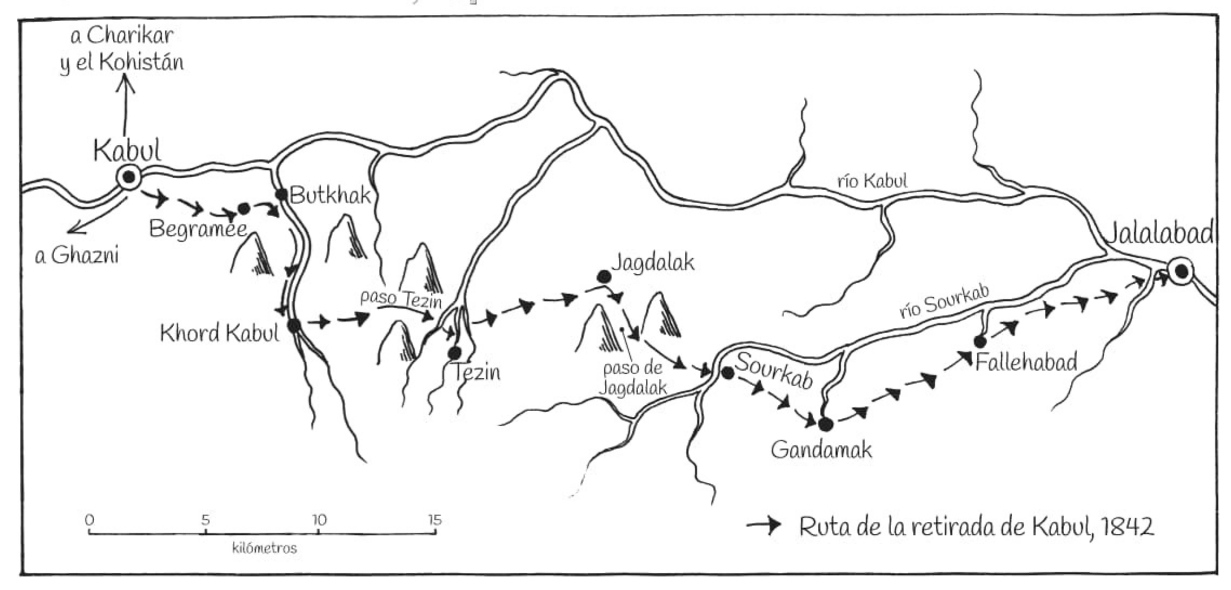
LA INVASIÓN DE AFGANISTÁN, 1839-1842



KABUL, 1839-1842



RUTA DE LA RETIRADA, 1842





Capítulo 6

«Fracasamos por nuestra ignorancia»

A principios de febrero de 1840, los Eden, que partían de Simla para dirigirse a Calcuta, se toparon con un viejo conocido: el teniente general escocés William Elphinstone, primo de Mountstuart Elphinstone. Sus dos familias eran amigas y la última vez que el viejo general —un hombre afable, pero torpe e incompetente— había visto a los Eden había sido en su finca de Carstairs, allá por tierras escocesas. Mientras maniobraba para poder bajarse de su palanquín, Elphinstone parecía un poco molesto por la idea de tener que esperar para ver a Auckland, su amigo de la infancia. «Me resulta un poco extraño llevar sin ver a (lord) Auckland desde que cazábamos urogallos juntos», le dijo a Emily, «y ahora tener que solicitarle audiencia para pedirle un empleo».[1]

Este sentimiento de decepción fue mutuo. Si bien Elphinstone estaba levemente irritado por el ascenso social de los Eden, estos parecían alterados por la mera presencia de Elphinstone. Desde aquellos días de inicio de la temporada de caza, cuando ambos recorrían los brezales escoceses con sus armas bajo el brazo, la salud de Elphinstone había caído en picado. Ahora «sufría un grave ataque de gota, llevaba un brazo en cabestrillo y estaba muy

débil ¡Pobre hombre!»; además, era incapaz de caminar sin ayuda o sin usar un bastón. De hecho, estaba tan desmejorado que Emily no fue capaz de reconocerlo en un primer momento: «Entonces solíamos llamarlo “Elphy Bey”, pero solo me di cuenta de que se trataba de la misma persona hace una semana, cuando de repente me vino a la memoria su recuerdo»[2]. También comentó: «Es el peor (caso de gota) que jamás he visto».[3]

George estaba todavía más preocupado por Elphinstone, pero, en su caso, el nerviosismo se lo causaba el ámbito profesional, y no el personal, puesto que este era el hombre al que había elegido para asumir el control del ejército en Afganistán. Se anunció su nombramiento tras de la salida de sir Willoughby Cotton y, de nuevo, el general Nott —al que Auckland consideraba una persona difícil, hosca y todo lo contrario a un caballero— vio cómo se le escapaba otro ascenso; Auckland escribió al respecto que «el propio general era el único culpable de esta situación». Nott, por su parte, vio como todos sus temores sobre los prejuicios de lord Auckland hacia él se confirmaban al descubrir que iba a ser desbancado por «el más incompetente de todos los oficiales con rango suficiente para ocupar el cargo».

Nott también era plenamente consciente de que la salud de Elphinstone no era su único punto débil. Como les sucedía a muchos oficiales de la reina de su generación, llevaba más de veinticinco años sin combatir, desde que comandó el 33.er Regimiento de Infantería en Waterloo. Y tras años cobrando la mitad de su paga, en 1837, a la edad de cincuenta y cinco años, volvió al servicio activo para poder hacer frente a unas deudas cada vez mayores. Su padrino y el hombre responsable de enviarlo a la India fue Fitzroy Somerset, lord Raglan, quien más tarde será conocido por haber ordenado la carga suicida de la Brigada Ligera.[4] Elphinstone no tenía ningún conocimiento o interés por el mundo al que Raglan le había confinado. «No soporta estar aquí», señaló Emily, «se siente desdichado porque nadie entiende sus anécdotas sobre Londres ni conoce a la gente de la que habla, y solo encuentra consuelo en una larga carta que le envió lord Wellington […]. Por supuesto, ni él ni su edecán hablan una sola palabra de hindustaní: “No conseguimos que los porteadores nos entiendan”, se quejaba, “y aunque tengo un negro que habla inglés, no he podido traerlo conmigo”. Imagino que se refería a un nativo, ya que dudo mucho que hubiera encontrado a un negro que hablara hindustaní».[5]

A pesar de haber comprobado que Elphinstone estaba prácticamente inválido y no tenía ninguna simpatía por la India o los indios cipayos de los que iba a estar al mando, lord Auckland no pareció cuestionarse en ningún

momento la idoneidad de su amigo para el cargo. Todo lo contrario, intercambiaron correspondencia de manera muy afectuosa durante todo el año y, cuando en diciembre de 1840 finalmente se confirmó su nombramiento —poco después de la rendición de Dost Mohammad—, incluso le confesó sus temores sobre la ocupación. «Aunque estoy impaciente por poder retirar nuestras tropas de ese país», escribió, «creo que, antes de hacerlo, la nueva dinastía debería estar más asentada en el poder de lo que está ahora mismo y debe haber una mayor seguridad de la que existe hoy en día».[6]

Al igual que le sucedía a Auckland, Elphinstone no era famoso ni por su carácter ni por su determinación, y también había pasado gran parte de su carrera dependiendo de las opiniones de sus colaboradores. No obstante, mientras que el destino de Auckland cayó en las manos del militarista de Colvin y del pedante —aunque, sin duda, brillante— de Macnaghten, Elphinstone tuvo peor suerte: su ayudante era uno de los oficiales más inútiles, desagradables e impopulares de todo el ejército.

El general de brigada John Shelton, del 44.º Regimiento de Infantería, era un hombre irascible, grosero y tosco, que había perdido el brazo derecho en la Guerra de Independencia española; parece ser que, como resultado del dolor constante que esto le provocaba, su carácter se había agriado. Era conocido por imponer una disciplina férrea y por ser «un tirano con su regimiento». Cuando el capitán Colin Mackenzie lo vio por primera vez desfilar con sus tropas en el país, anotó en su diario que Shelton era «un pésimo brigadier. La monstruosa confusión que se produjo al atravesar los ríos, causada por su falta de organización, fue vergonzosa y habría sido fatal de haberse producido en un país enemigo».[7] Más tarde, Mackenzie se cruzó en su camino por segunda vez y escribió: «Como me esperaba, Shelton hizo marchar a su brigada hasta la extenuación […]. Los caballos de la artillería están exhaustos, los de la caballería igual y muchas de las bestias de carga, los camellos, etc. […] han muerto, y seguirán muriendo, por el sobresfuerzo realizado […]. Las dificultades innecesarias a las que ha expuesto a sus hombres, especialmente durante su paso por el Jáiber, han causado un enorme descontento; incluso parte de la artillería montada se amotinó en una ocasión».[8]

En el acantonamiento todos lo detestaban. El cirujano John Magrath, que ya le había conocido en la India, pronto afirmó: «ahora es más odiado que nunca».[9] Shelton tampoco se llevaba bien con el amable y caballeroso Elphinstone. «Su conducta fue insubordinada desde el día en que llegó», escribió más tarde el teniente general. «Nunca me daba informaciones ni consejos, pero siempre se quejaba de todo lo que se hacía y cuestionaba y

criticaba todas las órdenes delante de los oficiales, hasta el punto de hacer que su ejecución se demorara hasta hacerlas inefectivas. Parecía que todo lo que hacía era porque estaba resentido conmigo.»[10]

Elphinstone tampoco tenía mucha afinidad ni con los agentes políticos ni con el monarca al que tenía que servir. En abril de 1841, casi al final de su viaje desde Meerut, llegó a Jalalabad, la capital de invierno a la que Shuja se había vuelto a retirar para escapar de los rigores de dicha estación en Kabul: «Mi puesto no me parece nada envidiable», escribió a su primo poco después de conocer a Macnaghten.

> Conlleva grandes sacrificios, responsabilidades y preocupaciones […]. No hay muchos oficiales que me puedan ofrecer buenos consejos, puesto que la mayoría de ellos, como yo, acaban de llegar a este país. Los agentes políticos, generalmente oficiales jóvenes, suelen proponer estrategias en cuya ejecución ellos no tienen ninguna responsabilidad. Por ejemplo, hace poco plantearon al Gobierno una posible captura de Herat: una marcha de unos mil kilómetros desde Kabul, a través de un país inmerso en enormes dificultades, y para la que se requerirían cuatro mil camellos para transportar suministros […].
>
> (Macnaghten) es frío y reservado, pero muy inteligente […]. He conocido a Shah Shuja hace dos días y me ha parecido un hombre corpulento y consumido por las preocupaciones. Me recibió en un jardín miserable, y su casa parecía incómoda y maltrecha, aunque aquí son todas así; excepto sir W. Macnaghten, nadie posee mucho más que una choza de barro. El rey abandonará la ciudad el mismo día que yo, el día 10, por lo que me veré obligado a viajar con su séquito de granujas, que seguro que me arruinarán el camino.[11]

Una semana más tarde, Elphinstone llegó a Kabul, que le pareció aún más deprimente que Jalalabad. «La capital es enorme, está sucia y llena de gente», observó. «Para defender el acantonamiento se necesita un mayor número de hombres, ya que los atacantes tienes demasiados puntos de acceso; sin embargo, en caso de que se necesitaran tropas en otros lugares del país, esta cuestión se convertiría en un grave inconveniente. La verdad, no sé muy bien cuál sería la mejor solución al respecto».



Elphinstone no era el único que estaba desconcertado por el futuro, bastante incierto, de Afganistán. Incluso Macnaghten, el más optimista de todos los británicos, reconoció que, a pesar de la rendición de Dost Mohammad, la situación no marchaba bien.

Al sudeste, el Punyab derivaba hacia una anarquía hostil: se habían sucedido tres gobernantes sijs del Kalsa en tan solo dos años. Como resultado, un régimen militar, sin liderazgo e imprevisible, se interponía entre el ejército de ocupación en Afganistán y su intendencia de Firozpur. «El Punyab es tan inestable que todas nuestras tropas de reserva permanecen en sus fronteras», escribió Emily en abril de 1841. «La desafortunada muerte de Ranjit ha sido como la de Alejandro u otros grandes conquistadores de la Antigüedad que conocemos por los libros. Mientras él pudo ejercer el control, su ejército y su reino fueron de primer orden, pero en cuanto murió, todo se sumió en el caos: sus soldados han asesinado a los oficiales franceses e ingleses que los dirigían y ahora saquean el país entero. Aunque no es un asunto que nos incumba directamente, sí que afecta a nuestras comunicaciones con Afganistán […]». [12]

En realidad, esto no era una exageración, sino más bien todo lo contrario. A menudo, los trenes de abastecimiento que atravesaban los pasos hacia Afganistán sufrían emboscadas e intentos de robo de los animales de carga; además, un número creciente de informes bastante fiables hacía referencia a que los *sardars* sijs más importantes de Lahore y Rawalpindi estaban protegiendo activamente a los rebeldes barakzais y durranis, y a otros líderes afganos insurrectos, a los que les ofrecían una base en el Punyab y las colinas de los alrededores de Peshawar desde donde poder atacar con facilidad a las tropas británicas de la frontera con Afganistán. Las autoridades de la India se enfrentaban a una difícil situación, ya que los *sardars* sijs seguían siendo, en teoría, sus aliados, pero, sin embargo, muchos de ellos estaban haciendo todo lo posible para debilitar el poder de los británicos en Afganistán. En poco tiempo, Auckland comenzó a coquetear con la idea de anexionar el Punyab —sugerida por el militarista Colvin— con el fin de destruir las bases de los insurgentes y facilitar el tránsito de suministros hasta el frente. Él mismo escribió: «Creo que si el gobierno sij vuelve a diluirse, su restauración no debe considerarse como algo factible. Aunque ahora mismo no estamos atravesando ninguna crisis, todo parece indicar que nos dirigimos a marchas forzadas hacia una».[13]

Mientras tanto, en el oeste de Afganistán, crecían las inquietudes por la posibilidad de que Teherán estuviera tramando algo cerca de la frontera persa. D'Arcy Todd, el oficial al que se le había asignado la difícil tarea de ganarse la confianza del visir de Herat, Yar Mohammad Alikozai, había fracasado de manera estrepitosa: la predicción de Burnes se cumplió y fue imposible detener el creciente acercamiento entre heratíes y persas. La gota que colmó el vaso fue cuando Yar Mohammad decidió embolsarse, sin más, una gran

suma de dinero que Todd le había proporcionado para financiar un ataque a la fortaleza fronteriza de Ghorian, ocupada por los persas. Cada vez más convencido de que el visir pretendía aliarse con Persia y encabezar una coalición islámica contra Shah Shuja y sus partidarios británicos, el 10 de febrero de 1841, Todd abandonó —sin previo aviso y sin permiso— Herat y puso rumbo a Kandahar, lo que supondría la ruptura oficial de las relaciones diplomáticas. A su debido tiempo, Yar Mohammad mandaría arrestar y estrangular a Kamran Shah Sadozai, el primo de Shuja, y asumirá el control completo de la ciudad, para, a continuación, establecer una alianza antibritánica con Mohammad Shah de Persia.[14]

Aún más preocupante era la situación al sur y al oeste de Kandahar, donde tanto los durranis como los temibles ghilzais tokhis y hotakis se habían levantado contra los británicos en Helmand y Qalat. Aunque el desencadenante de esta rebelión fue la decisión de convertir a los miembros de la tribu de los tokhis, tradicionalmente exenta, en tributarios, una vez más la retórica empleada por los rebeldes —que se hacían llamar «los soldados del islam»— giraba en torno a los preceptos islámicos de la yihad.[15] A diferencia de casi todos los demás oficiales británicos en Afganistán, el general Nott estaba demostrando ser un comandante bastante eficiente en la lucha contra la insurgencia: formó una columna de cinco mil efectivos que podía desplegarse rápidamente en cualquier dirección. Sin embargo, en cuanto sofocaba el levantamiento de una región, uno nuevo surgía en otra; Nott estaba convencido de que esto era debido «al odio que nos profesaban los durranis, tanto por infieles como por conquistadores. Akhtar (Khan Durrani, el líder de los rebeldes en Helmand) describe a su facción como un “grupo de musulmanes y ulemas”, y su causa como “la gloria del islam”. Cree que los “*firangis* quieren destruir y deportar a toda la población mahometana”».[16]

El asistente político de Nott en esos momentos era Henry Rawlinson, un tipo inteligente y muy capacitado que había descubierto a Vitkevitch cuando este se dirigía a la frontera afgana, cuatro años antes, y cuya épica vuelta, a caballo, a Teherán había dado pie a los acontecimientos que, más tarde, desencadenaron en el inicio de la guerra. Aunque Rawlinson acababa de ser condecorado con la Founder’s Medal de la Royal Geographical Society, por sus exploraciones en Persia y su trabajo al descifrar la antigua escritura cuneiforme persa de las inscripciones trilingües de Behistán, ahora se encontraba destinado en Kandahar, donde se dedicaba a traducir, casi a diario, las llamadas a la guerra santa que hacían los *ghazis* de Kandahar y Helmand.

Uno de los documentos que Rawlinson envió a Macnaghten comenzaba así: «Que Dios bendiga a todos los hombres santos y a los verdaderos creyentes».

> Tengo que informarles de que los musulmanes y los ulemas hemos reclutado un cuerpo de infantería de cinco mil hombres y dos mil jinetes bien armados y equipados, y que, con la bendición de Dios y trabajando de manera coordinada, vamos a defender la gloria del islam. Al recibir esta carta deben reunir a sus hombres y a los de los otros *ghazis* y unirse a nosotros. El ilustre visir (Yar Mohammad) nos ha escrito desde Herat y, si Dios quiere, cuando nuestras fuerzas puedan marchar juntas, el visir habrá capturado Gereshk. No desconfíen de nuestra santa causa y vengan de inmediato a luchar contra los ingleses. **[17]**

Rawlinson comenzó a darse cuenta de la verdadera magnitud de la resistencia a la que se tenía que enfrentar el ejército de ocupación cuando empezó a ver que se acumulaban en su despacho los informes de este jaez. «Estaré mucho más tranquilo cuando el 43.er Regimiento vuelva a la ciudad», escribió, inquieto, a Nott, «porque no es nada halagüeño constatar síntomas de oposición al gobierno en todos los distritos y, mucho menos, saber que, si llegara el momento, no podríamos disponer de dichos efectivos para mantener la autoridad real (hasta vuestro regreso)». Rawlinson volvió a escribir a Nott tan solo un día después, pero esta vez en un tono más insistente: «Lamento comunicarle que la situación al oeste está adquiriendo un cariz muy alarmante; me temo que podríamos necesitar con bastante urgencia el uso de nuestras tropas regulares para mantener la autoridad de nuestro gobierno».**[18]** Por el contrario, la respuesta de Macnaghten a los angustiosos despachos enviados por Rawlinson fue tan condescendiente como absurda: le acusó de «tener una visión inadmisiblemente pesimista de la situación en la que nos encontramos, además de intentar propagarla mediante rumores. Tenemos ya suficientes problemas como para añadir otros nuevos sin aparente justificación […]. Me consta que tales rumores son rotundamente falsos, tanto en lo que respecta a esta parte del país como a la zona en la que usted se encuentra».**[19]** En una carta posterior, volvió a poner en tela de juicio la opinión de Rawlinson acerca de la posibilidad de un levantamiento inminente. «Estoy en total desacuerdo con usted», escribió.

> Es más, estoy convencido de que nuestras perspectivas de futuro son prometedoras y de que no vamos a tener que enfrentarnos a ninguna dificultad de relevancia […]. Las gentes de este país

> son muy inocentes y se creen cualquier cosa que se diga en nuestro perjuicio, pero pronto comprenderán que no somos los caníbales que les han hecho creer […]. Es cierto que nuestras tropas, tras haber tenido que expulsar a la mitad de los habitantes de la ciudad para poder procurarse alojamiento, no son vistas con muy buenos ojos; sin embargo, me atrevo a asegurar que, en Inglaterra, cualquier pueblo en una situación similar habría reaccionado del mismo modo […].
>
> Los afganos son como niños y deben ser tratados como tales. Si castigamos a un crío travieso en una esquina, los demás aprenderán la lección. Se quejan porque hemos quitado a los jefes durranis su juguete favorito: el poder. No sabían utilizarlo, era un arma dañina incluso para aquellos que lo detentaban, y por eso nos hemos visto obligados a ejercerlo nosotros mismos, que tenemos mucha más experiencia en la materia. El pueblo y los mulás se instigan los unos a los otros, pero todo esto es pasajero.[20]

Lo mismo ocurría en Kohistán, al norte de Kabul. En el verano de 1841, Eldred Pottinger, el antiguo «héroe de Herat», llegó con una guarnición de gurkas a Charikar, donde se encontró con una posición británica tan difícil de defender como el acantonamiento de Kabul: los gurkas tuvieron que acampar en tiendas de campaña y desechar los barracones, pésimamente diseñados —con muros de adobe y sin puertas—, que además estaban dominados por una segunda fortaleza cercana, más poderosa, sobre un terreno más elevado. Para más inri, y a pesar de que existían signos claros del creciente descontento de la población de los alrededores, no tenían artillería. Cuando un faquir, al que uno de los asistentes de Pottinger había dado limosna, advirtió a este de que, en el bazar, se discutía abiertamente la masacre de sus tropas, por lo que le «recomendó, encarecidamente, pasar el invierno en Kabul», el mismo Pottinger se convenció de que otra revuelta importante estaba a punto de estallar.[21] Pero Macnaghten, como de costumbre, se negó a escuchar sus inquietudes y a enviar los refuerzos o la artillería necesarios para que Pottinger pudiera mantener su posición. Por esta razón, este último dedicó dos semanas a recopilar todo tipo de informaciones para enviar un segundo informe, aún más detallado, a Macnaghten. En él explicaba que los jefes de Kohistán, que inicialmente habían apoyado a Shah Shuja, vieron como los rigores de la administración anglo-sadozai «la convertían en enemiga de sus intereses y de su poder, que les había impuesto a un gobernante que, en vez de pasar por alto sus excesos, les exigía total obediencia». Pero había muchos más motivos para la rebelión: «El rechazo a la dominación extranjera, el fanatismo, el libertinaje de nuestras tropas y, en especial, la impunidad con la que nuestros hombres seducían a las mujeres de un país conocido por los desmesurados celos de sus habitantes […]». Continuó:

> Los enemigos de los británicos están multiplicando sus esfuerzos para desprestigiarnos, volver a la población en nuestra contra y alentar actos vandálicos. Durante los meses de julio y agosto, cuando no se habían recogido aún las cosechas, la quema de pacas y la destrucción de los canales de riego estuvieron a la orden del día; la autoridad real no fue capaz de atajar esta situación, a pesar de que muchos conocían a la perfección la identidad y las correrías de los culpables […]. Casi cada hora llegan nuevos rumores que apuntan a una nueva y extensa conspiración en marcha […]. Me veo en la obligación de sugerir que exijamos algunos rehenes a los jefes tribales de Kohistán.[22]

La resistencia frente los británicos se afianzaba en todo el país. El régimen anglo-sadozai mantenía solo algunos de sus apoyos en Kabul, pero, incluso allí, la popularidad de Shuja se desmoronaba. Según Maulana Kashmiri:

> El pueblo estaba oprimido por la violencia de los *firangis*
> El pueblo sufría la arrogancia de los *firangis*
>
> No quedaba ni un ápice de honor en la ciudad
> No había ley ni orden
>
> Los kanes habían caído en desgracia
> Como la tierra mezclada con el agua
>
> Cuando Kabul fue golpeada por el terror y las adversidades
> Manchada de sangre y apaleada
>
> En cada hogar recordaban la justicia del emir
> Día y noche anhelaban la vuelta del emir.[23]

En estos momentos, la mayoría de los oficiales británicos reconocía que el régimen anglo-sadozai estaba fallando —eran muy pocos los que adoptaron una actitud tan desdeñosa y presuntuosa como la de Macnaghten—, aunque ninguno se ponía de acuerdo en las decisiones que había que adoptar para dar un vuelco a la situación. Desde Londres, John Cam Hobhouse —presidente del Consejo de las Indias y amigo íntimo de juventud y compañero de viaje de lord Byron— argumentó que era indispensable incrementar drásticamente el número de tropas: o se renunciaba al control de Afganistán, o se aseguraba su dominio por la fuerza. Adujo que, para lo segundo, había que reforzar la ridícula guarnición a la que se habían visto reducidos tras la rendición de Dost Mohammad Khan; también debían aumentarse el gasto y la inversión, así

como ejercer un mayor control sobre el gobierno afgano. Era esencial dejar claro que «los británicos son los dueños del país», y Shuja debía obedecer todas las órdenes que se le dieran. Para él, una retirada era inaceptable.[24]

Burnes era uno de los partidarios de apartar a Shuja del poder y reformar su gobierno corrupto. En agosto de 1840, justo antes de que Dost Mohammad se entregara, escribió un memorándum a Macnaghten en el que expresaba su opinión sobre el gobierno del sha, al que consideraba ineficaz, impopular y muy costoso, y donde apuntaba que una mayor injerencia británica en la administración era la única manera de salvar el régimen. Si bien él no estaba a favor de la anexión completa del país y tenía claro «que nunca pacificarían Afganistán a punta de bayoneta», también señaló que muchos de sus colegas barajaban la incorporación del Punyab y Afganistán al Raj como la mejor solución posible.[25]

En su correspondencia privada, Burnes era bastante más cáustico y apuntaba a Auckland y a Macnaghten como los principales culpables de la situación. «Aquí reina una estupidez absoluta», escribió a su cuñado Holland.[26] Casi al mismo tiempo, le comentaba a su hermano mayor lo siguiente: «Controlamos las ciudades, pero no nos hemos ganado ni las áreas rurales ni a sus gentes; tampoco hemos hecho nada por consolidar nuestro poder en Afganistán. En estos momentos, si lord A quisiera, podría tomar Peshawar y Herat, restaurar la monarquía afgana y dotarla así de recursos para sus gastos —y aliviar las arcas de la India—, pero no va a hacer nada. Su lema es: "*Après moi le déluge* (Después de mí, el diluvio)". Quiere volver a casa, pero tiene miedo de que todo lo que ha hecho se vuelva en su contra».[27]

Macnaghten, mientras tanto, optaba por una tercera vía: seguía dándole vueltas a la idea de reafirmar la autoridad de Shuja, quizá solo para irritar a Burnes. Sin embargo, al igual que este, quería expandir las fronteras del régimen y atacar Herat, porque creía —y esta vez estaba en lo cierto— que Yar Mohammad estaba incitando a las tribus a levantarse contra los británicos. También deseaba anexionar y «macadamizar» el Punyab, así como avanzar hacia el norte, más allá de Bamiyán, y controlar los territorios uzbekos de Mir Wali; de este modo, la frontera de los dominios de Shuja se fijaría a orillas del Oxus, lo que permitiría frenar cualquier avance ruso sobre Asia Central.[28]

Pero todos estos ambiciosos planes, que implicaban aumentar el control británico sobre la región mediante una mayor presencia militar, se vieron frustrados porque las arcas de Calcuta estaban casi agotadas. La ocupación de Afganistán estaba siendo muy costosa: en 1841, los gastos anuales

ascendieron a la colosal cifra de dos millones de libras esterlinas, mucho más que lo presupuestado en un inicio y que los beneficios que a la Compañía de las Indias Orientales le granjeaba el comercio de opio y de té.

En febrero de 1841, el responsable del departamento de cuentas encargado de las finanzas de Calcuta se vio obligado a enviarle a Auckland malas noticias: en seis meses las arcas de la India estarían completamente agotadas.[29] Auckland empezó a ser consciente de la magnitud del problema en marzo. «Dinero, dinero y más dinero; esa es nuestra primordial y única preocupación», escribió a Macnaghten. «No puedo asegurarle cuánto tiempo podremos soportar este nivel de gastos; si seguimos a este ritmo, tendremos que declararnos en bancarrota».

Cuando sir John Keane, el comandante en jefe, recibió la contabilidad, se sintió igualmente abatido. «Estamos metidos en un buen lío», anotó en su diario el 26 de marzo de 1841. «Ese país nos cuesta más de un millón al año y, en realidad, solo podemos contar con la lealtad de sus gentes hasta donde alcanzan nuestras armas y caballería […]. Todo se va a venir abajo porque no podemos asumir un coste tan enorme tanto en tropas como en dinero». Unos días más tarde añadió: «No es sostenible sangrar 1 250 000 libras anuales a la India para mantener una simple frontera rocosa que requiere de 25 000 hombres y cuantiosos gastos».[30]

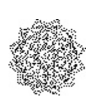
A pesar de toda la confusión, y de que las arcas del estado se estuvieran agotando, la ocupación se afianzaba día a día y las más valerosas e importantes *memsahibs* atravesaban el peligroso Punyab para llegar al acantonamiento de Kabul. Una de las primeras en llegar fue Frances, la ambiciosa esposa de Macnaghten, junto con su gato, su periquito y sus cinco ayas. Al menos, esto suponía un descanso para las hermanas Eden, que habían intentado evitar su compañía desde que su marido la dejara con ellas en Simla. En el verano de 1841 también llegó Florentia Sale, la indomable esposa de «Bob el combativo», india de nacimiento, acompañada por su adorable hija pequeña, Alexandrina, y por su piano de cola.

No todos estaban entusiasmados con la llegada de las mujeres. John Magrath, el cirujano cascarrabias del acantonamiento, pensaba que tanto *lady* Sale como *lady* Macnaghten eran «vulgares y escandalosas» (aunque, por desgracia, no explicaba las razones de tal aseveración) y menospreciaba las escasas habilidades domésticas de la segunda. «Cené en casa de los Macnaghten hace unos días», escribió en mayo de 1841, «y los diez kilómetros que cabalgué para llegar fueron recompensados con una pésima

cena». Alexandrina Sale, añadió, era «ignorante y analfabeta», aunque admitió que parecía tener «buen carácter».

A pesar de su supuesto analfabetismo, Alexandrina pronto sería cortejada por la mitad de los oficiales del acantonamiento. Magrath explicaba esta situación de la siguiente forma: «Es la única soltera de los alrededores y […] está decidida a casarse […]. Un punto a su favor es que no tiene rival con la que compararse».[31] A *lady* Sale no le convencían la mayoría de los barbilampiños pretendientes de su hija, y mostraba su desaprobación con eufemismos como este: «Las palabras bonitas no dan de comer». En cambio, sí le gustaba el apuesto teniente John Sturt, el ingeniero que había diseñado los indefendibles barracones de Kabul y que, en poco tiempo, se puso a la cabeza de la larga fila de enamorados, para mayor envidia de todos sus colegas solteros.

Lady Sale había sido previsora y tenía consigo suficientes semillas de su jardín de Karnal como para llenar de flores inglesas los parterres de Kabul. «He plantado unas flores que provocan el entusiasmo de los caballeros afganos», escribió un poco después. «Mis alverjillas y geranios son muy admirados y todos quieren conseguir la semilla del guisante, que ya ha florecido. Las patatas de la huerta crecen a muy buen ritmo».[32]



Pero las *memsahibs* no fueron las únicas en llegar a la capital. Al ver a Macnaghten reunido con su esposa, Shuja tomó la decisión de hacer llegar desde Ludhiana a su hermano ciego Shah Zaman y a los harenes de ambos. Esto no solo se debía al hecho de que los echara de menos, sino que además pretendía evitar que un Punyab cada vez más peligroso —y que incluso podría volverse intransitable en un futuro no muy lejano— lo alejara de su familia.

La tarea de escoltar a los harenes desde Ludhiana a Kabul, un trayecto que en tiempos más tranquilos podría haberse realizado en dos o tres semanas, pero que, ahora, con el Kalsa inmerso en el caos y muchos de sus regimientos amotinados, se había convertido en una empresa arriesgada e incierta, fue asignada a dos jóvenes oficiales escoceses. Para hacer aún más complicada la misión, Shuja decidió enviar junto con sus mujeres gran parte de sus ahorros,

además del célebre cofre de joyas del tesoro mogol, noticia que pronto corrió como la pólvora.

George Broadfoot, el responsable de la expedición, era un pragmático escocés de las Orcadas, altísimo y pelirrojo, cuyo padre había sido el pastor de la catedral de San Magnus de Kirkwall. Le acompañaba su amigo Mackenzie, un joven apuesto y barbado, originario de Perthshire, conocido por ser el oficial más atractivo del ejército indio. Al poco de llegar a Calcuta, Mackenzie ya había conseguido la mano de la mujer más bella de la ciudad, Adeline Pattle, que era parte de una familia de seis hermanas de origen inglés, bengalí y francés y que había heredado los deslumbrantes ojos oscuros y el tono de piel de su abuela de Chandernagore. Las jóvenes habían sido criadas entre Bengala y Versalles, donde su abuelo francés, el *chevalier de L'Etang*, había sido paje de María Antonieta; por esta razón, entre ellas hablaban hindustaní, bengalí y francés. Una de las hermanas más jóvenes de Adeline se casó con el consejero de lord Auckland, Henry Thoby Prinsep y, aunque Emily Eden lo describió como «la persona más aburrida sobre la faz de la Tierra», esto implicaba que Mackenzie tenía acceso directo al consejo de lord Auckland sin necesidad de pasar por Elphinstone o Macnaghten, algo que más tarde le resultaría de gran utilidad.

Los dos hombres salieron de su cuartel de Aligarh y se dirigieron a reunirse con el harén de Shah Shuja, no sin antes visitar el Taj Mahal y tras hacer una parada en la selva cercana a Mathura, para cazar guepardos. Cuando llegaron a Ludhiana, descubrieron la magnitud de la caravana, formada por «el ciego y anciano Shah Zaman, una multitud de *shahzadas* (príncipes) y un gran número de damas de todos los rangos y edades, entre ellas, alrededor de seiscientas procedían de los (dos) *zenanas* (harenes); todos ellos iban acompañados por numerosos sirvientes y portaban consigo una enorme cantidad de equipajes y tesoros». En total, el grupo estaba formado por casi seis mil personas, que, junto con todas sus pertenencias, necesitaron quince mil camellos de transporte. Sin embargo, los dos jóvenes oficiales esperaban poder proteger este convoy —tan valioso como vulnerable— con solo quinientos hombres. Y, para empeorar más las cosas, como informó Broadfoot, en la frontera les recibió otra «escolta formada por tropas del ejército sij, que, inmersas en el espíritu de pillaje que reinaba en el país, eran más un peligro potencial que una protección. Cuando empezamos nuestro viaje, el Punyab estaba al borde de la anarquía; cada día que pasaba, la confusión iba en aumento. Los regimientos insurgentes se dirigían hacia Lahore desde todas las direcciones y, en ocasiones, nuestros caminos se

cruzaban. Antes de empezar la marcha ya habían asesinado o expulsado a sus oficiales […]».[33] La comitiva avanzaba con lentitud pero, gracias al reconocimiento minucioso del terreno, así como al trabajo de los servicios de inteligencia, lograron atravesar de forma segura los dos primeros tercios de los dominios sijs.

La situación dio un giro inesperado justo antes de cruzar el Indo en Attock, cuando recibieron la noticia de que se había producido un motín de gran magnitud en Peshawar. Y lo que era aún peor, al oír hablar de la llegada de la caravana, los cuatro batallones desafectos —que sumaban un total de unos cinco mil hombres— bloquearon el paso con toda su artillería desplegada e «intenciones de saquear la cáfila». Para evitar tener que luchar en dos frentes distintos, Mackenzie destruyó el puente flotante sobre el Indo justo después de haber atravesado el río, de este modo, al menos estarían protegidos de su propia escolta sij. Durante varios días la situación estuvo en punto muerto, hasta que Broadfoot capturó a los líderes rebeldes en una emboscada y pudo negociar con éxito el paso seguro del grupo. A continuación, bordeó Peshawar, se enfrentó a un segundo grupo de guardias fronterizos amotinados en Jamrud, «que se apoderaron de gran cantidad de sus bienes e hicieron un intento de inspeccionar los *palkis* (literas) de las begums», y, finalmente, atravesó el paso Jáiber. Todo sin haber tenido que disparar ni un solo tiro.[34]

A medida que avanzaban hacia Kabul vía Jalalabad, ambos oficiales quedaron horrorizados al ver el estado en el que se encontraba Afganistán y se dieron cuenta de que un levantamiento importante estaba a punto de estallar. Broadfoot pronto percibió la impopularidad de los británicos, pero también se dio cuenta de que el contingente actual era insuficiente para mantener el control del país. «El ejército de ocupación se ha visto reducido», escribió, «parte de las tropas han sido devueltas a la India, y las que quedan en el país, en vez de concentrarse en uno o dos enclaves estratégicos, se encuentran divididas en pequeñas unidades esparcidas por el vasto territorio afgano».[35] Además, Broadfoot estaba asombrado ante el absoluto desconocimiento de los británicos sobre Afganistán, el país que, en apariencia, estaban tratando de gobernar. «Nuestra apatía a este respecto es vergonzosa», exclamó,

> Al igual que nuestra ignorancia de sus instituciones y costumbres. Cuando se invade un país, lo normal es que sus recursos sean utilizados por el ejército de ocupación y que sea su líder el que asuma el gobierno. Lord Wellington dirigió la administración civil del sur de Francia:

> recaudó impuestos y nombró a cada uno de sus funcionarios. Después de cuatro años de ocupación, estamos igual de mal preparados para gobernar de manera efectiva Afganistán que en 1838; diría incluso que peor, puesto que el deseo por aprender ha menguado y ahora todos creen que pronto abandonaremos el país […]. No parece que se le haya dado la más mínima importancia a la necesidad de recopilar datos concretos sobre los recursos reales del país, las formas de recaudación o las relaciones de las diversas clases sociales con el Estado y entre sí […]. En consecuencia, fracasamos por nuestra ignorancia.[36]

Poco después de su llegada a Kabul, los dos oficiales fueron invitados a un encuentro con Macnaghten y Burnes, a quienes transmitieron algunas de sus impresiones sobre el país. Pero «el enviado no tuvo en cuenta ninguna de nuestras advertencias», escribió Mackenzie, «y Burnes no quiso entrometerse: excepto en pequeños detalles, sus opiniones eran iguales que las de Macnaghten, y estaba casi tan ciego como él con respecto a todo lo que sucedía a su alrededor».[37] Por el contrario, Macnaghten, un gran aficionado a las ceremonias, sí organizó para ellos una pomposa recepción con Shuja en el Bala Hisar, con la excusa de que el soberano quería agradecerles que le hubieran traído a sus mujeres y tesoros sanos y salvos y entregarles «un caballo, una espada y atuendos de gala» a cada uno.[38]

Mackenzie, estupefacto por toda esta farsa, escribió a su familia política en Calcuta para explicarle a Thoby Prinsep que creía que la ocupación era insostenible, tal y como se estaba llevando a cabo, y que la situación interna era de lo «más alarmante […]. Si no reciben refuerzos, nuestros valientes compañeros perecerán en Afganistán».[39]



En espera de la llegada de sus begums, Shah Shuja decidió desplegar todos sus encantos ante otra mujer joven: «la reina más sagrada, con el Sol como estandarte», así se refería Shuja a la reina Victoria en uno de sus mensajes. «Mi querida e ilustre hermana ¡Que Dios todopoderoso la proteja! Tuve el placer de recibir la carta de felicitación que su majestad, con suma amabilidad y entregada amistad, me envió, y en la que me transmitía las buenas nuevas

de su salud y prosperidad. Esta hizo que el jardín de mi afecto diera deliciosos frutos».

Nunca había sentido tanto afecto por Gran Bretaña, escribió el sha, como el día en el que recibió la carta de la reina: «En ese momento, las rosas multicolores y perfumadas de la concordia y las flores aromáticas del amor florecieron en el parterre de mi afectuoso corazón». Continuó el texto asegurándole a la reina que en el trono de Kabul siempre tendría a un leal seguidor y, además, lo mucho que admiraba su «espíritu resplandeciente como el Sol, su poderosa majestad, excelsa como el cielo y la Luna, sabia como Mercurio, alegre como Venus, con el Sol como estandarte, afortunada como Júpiter, cuya mano es Marte, gloriosa como Saturno, emblema de la sala de la justicia y de la victoria, el esplendor del trono de la igualdad y la protección, la luna llena que resplandece en el cielo de la exaltación y la gloria y la refulgente estrella de la soberanía y la buena suerte».[40]

Pero, cualesquiera que fueran los sentimientos de Shah Shuja hacia la joven reina, o de que hubiera descrito a Macnaghten en alguna ocasión como «el de exaltado rango, el santuario de la excelencia y la valentía, el germen de la sabiduría y la discreción, el de gran valor y alta consideración, el ilustre y respetado consejero», cada día sentía menos afecto por los ingleses de Kabul. Además, el sha «consideraba que su posición era más segura que nunca y sentía que podría mantenerse en el poder sin nuestra ayuda, por lo que empezó a manifestar cierta impaciencia por nuestra presencia en el país», como observaba el secretario militar de Macnaghten, George Lawrence. «Mostraba su irritación ante las restricciones que le imponía el enviado sobre el pleno ejercicio de su autoridad […] y expresó lo alegre que estaría sin la supervisión de este».[41]

Al mismo tiempo, la postura de Burnes comenzaba a ganar terreno dentro de la administración británica: era necesario aumentar el control sobre Shuja reemplazando al leal e influyente Mullah Shakur por alguien más afín a los ingleses. Las injerencias en la administración del sha habían ido en aumento a lo largo de los últimos dos años y, en aquel momento, con la decisión de deshacerse de Mullah Shakur, el verdadero gobierno de Afganistán pasó por completo a manos británicas.[42] Según Mohammad Husain Herati, Burnes favoreció al rival de Mullah Shakur, Uthman Khan, que era conocido por haber sido fiel seguidor de los barakzais: «Este hombre, por puro interés y aunque nunca había apoyado a su majestad, se alió con los ingleses, por lo que se reavivaron las llamas de la discordia. Su padre había sido ministro de Shah Zaman (el hermano de Shuja) y, debido a su hostilidad hacia los kanes

durranis, había contribuido a la caída del mismo. A pesar de todo, Macnaghten insistió en instaurarle en el cargo que había ocupado su padre sin siquiera valorar sus capacidades o su carácter». Burnes continuaba así:

> En ese momento, Mirza Imamverdi, uno de los hombres más cercanos a Dost Mohammad Khan —famoso por sus engaños y manipulaciones, y por haber escapado de Bujará tras pretender estar loco y desgarrarse la carne a mordiscos—, regresó a Kabul. Como sabía que no tenía ninguna posibilidad de encontrar un aliado en Mullah Shakur, se puso en contacto con Uthman Khan, que ocupaba un puesto irrelevante al servicio de su majestad, y, en pocos días, montó una campaña de propaganda y difamación contra Mullah Shakur tan efectiva que hizo que los kanes durranis y el pueblo mismo fueran a presentarle sus quejas al sha; entonces, Macnaghten y Burnes se pronunciaron al respecto: «El mulá no está a la altura del cargo ¡Debe irse!». Sin embargo, su majestad argumentó que Mullah Shakur era un hombre piadoso, recto y desinteresado, y que no había un gobernador mejor. Pero no lo escucharon y Uthman Khan fue nombrado *nizam al-daula*, primer ministro, con autoridad suficiente para decidir sobre asuntos que afectaban a todo el país. Mullah Shakur fue despedido y sometido a un estricto arresto domiciliario.

Ignorante de la «bajeza moral» del *nizam al-daula*, Macnaghten le favoreció de tal manera que, en cuestión de meses, «su ego estaba tan inflado que empezó a dispensar un trato autoritario e insolente a todo el mundo». Herati añadió: «Era incapaz de mantener el decoro ni siquiera en presencia de su majestad. Desautorizaba a los cortesanos más respetables, fueran durranis o no, presentando a Macnaghten informes desfavorables sobre ellos para después reducir o abolir sus pensiones. Por mucho que protestaran, y por mucho que su majestad apoyara dichas reclamaciones, fue todo en vano».[43]

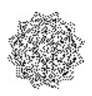
El hecho de que Nizam al-Daula no se llevara bien con Shuja y de que su poder dependiera en su totalidad de los británicos confirmaba lo que todos —incluso los más fieles seguidores de los sadozais— sospechaban: Shah Shuja ya no estaba a cargo de su propio gobierno y eran los británicos los que tenían las riendas del poder real. Como explicaría más tarde Fayz Mohammad, «sin el consentimiento del *nizam al-daula*, la voluntad del sha no servía de nada; si un soldado o campesino que hubiera sido agredido u oprimido se dirigía al sha para reclamar justicia, sin la aquiescencia de Nizam al-Daula, no recibiría más que palabras. Esta evidencia fue igualmente

utilizada por los barakzais, que le dirían al pueblo: “Excepto por su título, el sha no tiene ni voz ni voto en los asuntos de Estado”».[44]

Para Shah Shuja esto constituía una humillación pública sin precedentes. Consciente de su deuda con los británicos, deseaba mostrar gratitud y ser un aliado leal, pero era un hombre demasiado orgulloso como para aceptar ser reducido a una mera marioneta. «El rey me ha vuelto a convocar esta tarde», escribió Burnes poco después del cese de Mullah Shakur. Según su parecer, el sha sentía «unos celos terribles del (nuevo) visir».

> El rey me ha hablado largo y tendido sobre sus sentimientos y sufrimientos. Me dijo que no existía un solo hombre en el que pudiera confiar en todo el país; todos se empeñaban en ponerlo en contra de nosotros, y a nosotros en su contra; a sus enemigos se les había permitido continuar en el poder; nunca había percibido su asignación; sus partidarios estaban descontentos; tenía que acatar todas nuestras decisiones, aunque era obvio que no estaban funcionando; una peregrinación a La Meca era la única alternativa que le quedaba (en otras palabras, la abdicación); y, en comparación, en Ludhiana tenía mucho más poder que en su propio reino.[45]

Pero Burnes nunca había sentido simpatía hacia Shuja, ni tampoco lo consideraba un gobernante capaz, y no estaba de humor como para cambiar de opinión ahora. Es más, su superior comenzaba —aunque quizá ya era demasiado tarde— a estar de acuerdo con él. «Hoy Macnaghten ha afirmado, entre otras tantas críticas, que Shah Shuja era como una señora mayor, en absoluto apto para gobernar a este pueblo», escribió Burnes en una carta. «¡Pobre de mí!, tendría que haber leído mis diarios de viaje (a Bujará) en 1831, hace ya diez años. En cualquier caso, considero que su idoneidad o sus carencias resultan ahora irrelevantes: estamos aquí para gobernar en su lugar y eso es lo que debemos hacer».[46]



Las consecuencias de la pésima gestión de las relaciones con la nobleza afgana por parte de Nizam al-Daula salieron pronto a la luz. A finales de agosto de 1841, Macnaghten recibió un despacho con el que Auckland le

informaba de que la quiebra financiera era ya una realidad: para pagar los salarios, la Compañía se había visto obligada a solicitar a los comerciantes indios un préstamo de cinco millones de libras esterlinas a un interés desorbitado.[47] Macnaghten debía recortar los gastos de manera drástica y de inmediato. Además, en Londres, un gobierno *tory* se había hecho con el poder por un solo voto de diferencia, y el nuevo primer ministro, sir Robert Peel, no mostraba ninguna intención de querer seguir sufragando lo que él y sus colegas consideraban una de las más costosas e innecesarias guerras *whig* de lord Palmerston. Auckland, que había sido designado por los *whigs*, estaba planteándose renunciar muy seriamente.[48] Macnaghten estaba aterrado por las posibles consecuencias de las decisiones de los *tories*: «Sería un error político sin precedentes privar al sha de nuestro apoyo». No solo hablamos de la violación de un tratado, sino de una «traición en toda regla».[49]

Macnaghten le escribió a Auckland una carta de protesta un poco peculiar: «No puedo más que manifestar mi sorpresa ante los continuos mensajes (pidiendo más recortes), a sabiendas de las muchas explicaciones que he ofrecido acerca del miserable estado de las finanzas de este país y de las numerosas y complicadas dificultades con las que he tenido que enfrentarme […]. No puedo hacer nada más de lo que ya he hecho». La carta prosigue exponiendo los problemas que estaba teniendo con un Shuja cada vez más angustiado: «Últimamente he tenido varias entrevistas muy preocupantes con su majestad y puedo afirmar, con total seguridad, que los esfuerzos que he estado haciendo para reducir el gasto público no solo han sido la principal causa de su desasosiego, sino que también nos han valido la hostilidad de todos los hombres de cierta influencia en el país». No obstante, Macnaghten, como buen funcionario que era, se dio cuenta de que debía aceptar lo inevitable. «Las exhortaciones constantes de vuestra señoría no me dejan otra alternativa que imponer una austeridad férrea. Soy plenamente consciente de que el enorme desembolso realizado hasta el momento requiere ahora de una economía sobria. Pero ¿qué se puede hacer en un reino cuyos ingresos netos son solo de quince *lakhs* (1 500 000) de rupias al año?».[50]

Macnaghten decidió no tocar demasiado el ya reducido presupuesto familiar de Shuja, tampoco el destinado a los nuevos regimientos del ejército nacional afgano del sha. En su lugar, eligió concentrar los recortes en la periferia más que en el centro. Convocó a los jefes ghilzais y del Jáiber a un *durbar* en Kabul, donde les comunicó que sus subsidios iban a ser reducidos en ocho mil libras esterlinas; la peor parte recayó sobre los ghilzais orientales y su líder, Mohammad Shah Khan, el suegro de Akbar Khan, a quien se le

había otorgado el sobrecogedor título de «verdugo jefe» tras unirse al servicio de Shah Shuja. A Macnaghten esta decisión le parecía completamente razonable: creía que, como sucedía en la India, los días de la vieja nobleza estaban contados; él se limitaba a acelerar la inevitable desaparición del sistema feudal y a doblegar a las tribus nómadas más bárbaras, que habían hecho poco para merecerse las generosas sumas de dinero que recibían del Gobierno de Kabul a cambio de protección.

La realidad fue muy distinta: esta decisión resultó ser el más craso error de toda su carrera y, en pocas semanas, consiguió que los cimientos de la ocupación se desmoronaran. De hecho, los ghilzais habían trabajado muy duro para ganarse su subsidio y creían que habían sido llamados a Kabul para ser recompensados por su apoyo al régimen del sha. «Habían impedido que nadie levantara ni un dedo contra nuestras posiciones, nuestros correos o destacamentos», escribió Henry Havelock. «Convoyes de todo tipo habían atravesado los terribles desfiladeros —las barreras montañosas más imponentes del mundo— sin ser apenas molestados por las agresivas tribus locales. Además, las comunicaciones por correo entre nuestras provincias eran tan regulares como entre Calcuta y cualquier centro de operaciones de Bengala». Colin Mackenzie estaba totalmente de acuerdo, e hizo hincapié en que los ghilzais habían interpretado estas medidas como una grave traición: «Aunque sir William informó de que los jefes "habían aceptado que los recortes eran justificados", en realidad fue todo lo contrario, y supuso una pérdida de confianza evidente. Aunque el déficit total era solo de 40 000 rupias, este intento de austeridad sería la causa principal de la insurrección y de todas las desdichas que siguieron».[51] Mohan Lal ofrecía un análisis más sucinto de la situación: «Por ahorrarse unos pocos *lakhs* de rupias, nos pusimos a todo un país en contra».[52]

En parte, el problema se debía a que, durante el otoño de 1841, los jefes y las personas a su cargo, simplemente, no podían asumir dichos recortes. La reforma del ejército ya había sido un duro golpe para sus ingresos, cuyo valor real estaba cayendo en picado debido a la hiperinflación: los cuatro mil quinientos soldados y once mil quinientos civiles de los campamentos de Kabul habían supuesto una enorme carga para la economía afgana, poco equilibrada, y el flujo repentino de rupias de plata y cartas de crédito en el país hizo que se produjera un fuerte aumento de precios en los bienes de primera necesidad; según Macnaghten, en junio de 1841 algunos productos básicos habían aumentado su coste en un 500 %.[53][at1] Esto afectó especialmente al grano, por lo que los pobres afganos se vieron al borde de la

inanición. Mohan Lal se percató de las nefastas consecuencias de esta política y trató de advertir a Burnes: «La compra de cereales por parte de nuestra intendencia ha elevado los precios hasta tal punto que, ahora, ciertos productos están totalmente fuera del alcance de la población. El forraje para el ganado, la carne y las verduras, es decir, los bienes indispensables para la subsistencia, también han sufrido un aumento de precio considerable. El grito del hambre se extendía por todos lados: muchos no podían siquiera mendigar un pedazo de pan en un país donde, de no haber sido por nuestras actuaciones, habría habido abundancia de todo».[54]

Por si esto no fuera suficiente, Macnaghten confío los detalles y la implementación de los recortes al poco diplomático e impopular Nizam al-Daula. No solo redujo los subsidios de un modo que resultaba ofensivo para muchos de los más fieles partidarios de Shah Shuja, sino que, el 1 de septiembre, obligó a aquellos de mayor rango a volver a solicitar los puestos militares que ya desempeñaban y a jurarle lealtad al sha. Cuando los nobles se negaron en rotundo, alegando que este era un acto sin precedentes e impropio de su dignidad y «que no era costumbre que los reyes desconfiaran de sus servidores y les exigieran firmar un contrato de tal naturaleza», fueron todos amenazados con el exilio.[55] Los primeros signos de una oposición seria al régimen se manifestaron en el siguiente *durbar*. Mohammad Husain Herati se encontraba por aquel entonces en el Bala Hisar y recordaba: «Un día»,

> Cuando todos los cortesanos estaban presentes en la sala de las audiencias reales, dispuestos acorde a su rango, Samad Khan, el nieto de Zal Beg Khan Durrani Baduzai, se lamentó: «No estoy recibiendo mi subsidio». Su majestad señaló al *nizam al-daula*, para que este diera una contestación, pero este se limitó a responder: «¡Mientes!». Samad Khan le contestó a su vez: «¡Eres tú el que miente! Has humillado a todos los que aman y son leales a la familia real». Nizam al-Daula, al oír estas verdades, perdió los estribos y gritó: «¡Haré que te saquen los ojos!». Al escuchar tal desfachatez, con el sha delante, Samad Khan respondió: «Si no estuviéramos en presencia de su majestad, ¡te cortaría la lengua con mi propia espada! Ambos hemos vivido en este país mucho antes del regreso de su majestad y nos conocemos, mientras mi familia ha ocupado ininterrumpidamente cargos públicos importantes y honorables, ¡tú solo eras el encargado del orinal de Mohammad Zaman Khan Barakzai!».

En aquel instante, continuó Herati, el sha se levantó y salió de la sala de audiencias como señal de respeto a Samad Khan, que era uno de los nobles durranis más distinguidos. Nizam al-Daula «se apresuró a contar su versión de los hechos a Macnaghten, quien rápidamente escribió a su majestad: “Samad Khan no merece permanecer en la corte, debe marcharse”. El sha acataba cada orden de los ingleses como si de un mandato divino se tratase, por lo que expulsó a Samad Khan de la corte. Los durranis se sumieron en la más absoluta desesperación, mientras los barakzais alardeaban del triunfo», exultantes por esta prueba irrefutable de la impotencia del sha.

Macnaghten siguió el consejo de Nizam al-Daula y redujo especialmente las subvenciones de los kanes ghilzais, en los que, según él, «gastaban miles de rupias de manera innecesaria: si se cancelan sus pagos, nadie se atrevería a protestar». Sin embargo, «los ghilzais sí protestaron, y lo hicieron con ganas», informó Herati. «Nunca antes un gobernante había recortado o suprimido nuestro subsidio: lo ganamos con creces, protegemos las carreteras y puestos de seguridad y devolvemos los bienes que han sido robados; ¡no se nos ha concedido sin motivo y no aceptaremos ninguna reducción!». Los ghilzais tenían razón. Desde la época de los mogoles, tanto los ghilzais como las tribus del Jáiber y Peshawar recibían el *rahdari* a cambio del mantenimiento de los caminos y la protección de los ejércitos y comerciantes en su ruta a la India. Los khattaks mantenían abierto el camino desde el Indo hasta Peshawar, y los afridis, desde Peshawar hasta Jamrud. Todos los reyes había pagado este subsidio, pero ahora, en contra del derecho tribal y de los pactos que habían firmado, Macnaghten comunicó a los jefes que el acuerdo quedaba anulado. Para empeorar aún más las cosas, como Herati señaló, «Nizam al-Daula se negó a escuchar las quejas de los jefes y los trató con desprecio; estos se retiraron de la corte y, por la noche, huyeron de Kabul hacia sus colinas para abrir de par en par las puertas de la sedición, incitar a la rebelión, saquear las caravanas y bloquear las carreteras».**[56]**

Maulana Kashmiri en su *Akbarnama* [Libro de Akbar] describió la salida de los kanes de Kabul, más que como un acto de protesta y enfado, como una estrategia muy medida. Según él, los *sardars* afganos decidieron pasar a la acción, temerosos de que a la pérdida de sus ingresos le siguiera un exilio forzado a la India, o incluso a Londres. Se reunieron y juraron, sobre el Corán, levantarse en armas con el fin de atraer a la mayor parte de las tropas británicas fuera de Kabul para, a continuación, abalanzarse sobre los indefensos líderes británicos de la capital:

Cuando cayó la noche, todos los kanes de Kabul se reunieron
En la casa de Abdullah Khan Achakzai para sentarse y deliberar

Ahora la solución está en nuestras manos, dijeron
El arco está tensado y la flecha está en nuestras manos

Las aguas de esta tormenta no nos han llegado al cuello
Debemos estar preparados para actuar

Morir en el campo de batalla
es mejor que vivir en las celdas de *Firang*

Como el mismo diablo, Burnes es el instigador de todo el mal
a escondidas, susurra a cada alma

Así que esta misma noche, Mohammad Shah Khan Ghilzai debe marchar el primero
con sus valientes y feroces hombres

Prenderán el fuego de la batalla
y arrojarán azufre sobre las llamas

Se sentarán agazapados entre los valles de las montañas
y asaltarán a todos los comerciantes y viajeros

Entonces el sha enviará a su ejército a hacer la guerra
y cuando el ejército parta, nos ocuparemos de Burnes […].[57]



Por casualidades del destino, el comienzo de la rebelión de los ghilzais coincidió con un nuevo ataque de gota del general Elphinstone.

Un mes antes, el médico de Elphinstone, el doctor Campbell, había examinado a su paciente y quedó horrorizado con lo que vio. Según su informe confidencial: «El general Elphinstone lleva enfermo de gravedad desde que llegó a Afganistán. Su dolencia ha afectado a todas sus extremidades, convirtiéndolo en un despojo humano. Lo vi no hace mucho, pero su aspecto ha empeorado tanto que me he quedado estupefacto. Estaba en los huesos, con ambas manos metidas en harina y agua y las piernas envueltas en franela, afligido y desmoralizado, además de incapacitado por completo para prestar atención a cualquier asunto de importancia. En mi modesta opinión, me temo que su salud está tan debilitada que hay escasas

posibilidades de recuperación»[58]. Elphinstone envió este informe a Auckland y le solicitó ser relevado de su cargo; ahora se encontraba ultimando los preparativos de su regreso a la India, desde donde quería volver a Escocia a pasar su jubilación entre sus queridos urogallos.

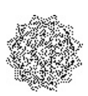
Como parte de la nueva política de austeridad, Macnaghten también decidió reducir el número de tropas británicas que quedaban en Afganistán y enviar de vuelta a la India al general Sale —«Bob el combativo»— y su brigada. Sin embargo, a Sale se le ordenó desviarse en su ruta de regreso para atacar algunos de los fuertes de los ghilzais y reprimir cualquier signo de la rebelión que se cruzara en su camino: las tribus, escribió Macnaghten en un tono muy tranquilo, «han sido muy amables al rebelarse justo en este momento, así nuestras tropas les darán su merecido en su trayecto de vuelta a la India».[59]

Cuando el ingeniero militar escocés de Sale, George Broadfoot, fue a ver a Elphinstone para recabar información y concretar algunos detalles sobre el plan para «castigar» a las tribus ghilzais del este del país, encontró al general «en un estado de salud lamentable y absolutamente incapacitado», y tan «perdido y confuso» que llegó a plantearse si no habría perdido la cabeza por completo.[60]

> Insistió en levantarse y ser llevado a la sala de invitados. Este esfuerzo lo agotó de tal manera que transcurrió media hora antes de que pudiera atenderme; de hecho, varios intentos fallidos lo pusieron tan nervioso que incluso me arrepentí de haber ido […]. Me comentó que no sabía el número o la potencia de los fuertes (de los ghilzais), y se quejó amargamente de la manera en la que había sido privado de toda autoridad (por Macnaghten) y convertido en un cero a la izquierda […]. (Más adelante) volví a verlo y lo encontré en la cama, absolutamente agotado […]. Me volvió a decir lo mucho que Macnaghten lo había atormentado desde el principio y «degradado», para usar sus propias palabras, de general a un mero agente de policía. Me pidió que volviera de nuevo a visitarlo antes de partir y, que «si ocurriese cualquier cosa durante el viaje, por el amor de Dios, despeje los pasos lo antes posible para poder huir. Porque, si sucede algo malo, no estaría preparado para afrontarlo, ni física ni moralmente, como ya le he comentado a lord Auckland». Esto último me lo repitió dos o tres veces, y añadió que dudaba mucho poder volver a casa, incluso si lograra salir vivo del país.[61]

Antes de marcharse, Broadfoot le confesó al general algunas de sus preocupaciones: le había pedido a los herreros y armeros de la ciudad que fabricasen herramientas de minería para utilizarlas en el asedio de los fuertes ghilzais, pero «todos se habían negado a trabajar para los *firangis*. Mientras, estos mismos hombres estaban ocupados forjando armas y, aunque Burnes aseguró que estas eran para las tribus nómadas a punto de emigrar, su destino era otro muy distinto, como descubrimos poco después».**[62]**

Macnaghten, se había mostrado, como de costumbre, completamente impasible ante la marcha de su comandante en jefe, las noticias sobre la alarmante fabricación de armas en los bazares o, incluso, la furibunda salida de Kabul de los jefes ghilzais, sobre la que escribió a Auckland en estos términos: decía que, simplemente, estaban «a la gresca por la reducción de sus pagas» y que serían «puestos en vereda por este incordio […]. Estos tipos van a necesitar muchos palos antes de convertirse en ciudadanos pacíficos». **[63]**



La vanguardia de la brigada de Sale, formada por unos mil hombres, salió de Kabul la mañana del 9 de octubre en dirección a Butkhak, una población a veinticuatro kilómetros del acantonamiento en la ruta de Jalalabad. Al anochecer, y con las tropas acampadas cerca de la entrada del paso, los centinelas oyeron un extraño ruido que resonaba sobre sus cabezas desde las oscuras laderas y los riscos rocosos. Entre los oficiales más jóvenes estaba Thomas Seaton, deseoso por volver a disfrutar de los placeres de la India.

> Justo al terminar de cenar, los oficiales nativos encargados de la protección del cuartel enviaron a un cipayo para informar al coronel de que un gran número de personas estaban reunidas en la colina que había encima de nosotros y que los había oído cargar sus *yezails* […]. Se introduce la bala desnuda en el arma y se necesita una baqueta de hierro y mucha energía para colocarla correctamente. Ese martilleo hace un fuerte ruido que se puede escuchar a una distancia considerable, un tintineo inconfundible para todos aquellos que alguna vez hayan sido sorprendidos por este peculiar sonido. «Señores», dijo el coronel, «es mejor que vayan de inmediato a avisar a sus respectivas compañías, y

> háganlo lo más silenciosamente posible. Aparecerán sobre nosotros en cualquier instante».

El coronel envió a diferentes destacamentos alrededor del campamento para apagar todas las luces y ordenó a Seaton llevar al pie de la colina donde se concentraban los afganos a dos de las compañías «con instrucciones estrictas de mantener a mis hombres tan callados como tumbas; estos debían esperar agazapados y sin disparar un solo tiro» hasta que el enemigo descendiera la colina. «Me dirigí al frente de mis hombres y, sin tener apenas tiempo de alcanzar mi puesto, la cima de la colina pareció incendiarse por la descarga simultánea de cientos de *yezails*. Gritos de “*Yelli*, *yelli*, *yelli*” (forma abreviada de *Ya Allah*) desgarraron el aire en ese preciso instante, acompañados de aullidos propios de mil chacales». La ofensiva se alargó durante más de una hora.

> La completa oscuridad y el silencio sepulcral de nuestro campamento desconcertaron a los afganos, sobre todo porque no intentamos responder a su ataque. Se imaginaron que habíamos huido o que su fuego feroz «había enviado a Yahannam (el infierno) a todos los hijos de los infieles» y fue entonces cuando descendieron la colina en dos grupos para saquear el campamento y matar a los heridos, siempre gritando como animales […].
>
> (Finalmente) vimos sus siluetas emerger entre las sombras. Los soldados de mis dos compañías estaban sentados en el suelo, con sus mosquetes apoyados en sus rodillas, y a mi orden de «¡Listos!» se arrodillaron; con un simple «¡Fuego!», la descarga de ciento setenta hombres abatió al enemigo con consecuencias letales […]. Tuvimos cuarenta víctimas, entre muertos y heridos, y si no llega a ser por el buen juicio y la previsión del coronel, nuestras bajas se habrían triplicado.**[64]**

Cuando Macnaghten oyó hablar de la emboscada, se puso furioso. «Mira la impudencia de estas sabandijas», escribió. «Apostaron a cuatrocientos o quinientos de sus hombres en el paso Khord Kabul, ¡a tan solo veinticinco kilómetros de la capital!». El 12 de octubre «Bob el combativo» fue enviado con el resto de su brigada —unos mil seiscientos en total— a socorrer a la vanguardia y reabrir los pasos.

La primera noche que pasaron en la entrada del paso fue tranquila, y la mañana siguiente, al amanecer, emprendieron la marcha por las estrechas y sinuosas alturas de Khord Kabul. «No encontraron oposición hasta bien entrados en el paso», relataba el reverendo G. Gleig, el capellán del ejército que planeaba regresar a la India con la brigada.

> Entonces, rodeados de peñascos y acantilados por doquier, comenzó una lluvia de fuego procedente de las alturas, ocupadas por una gran

> fuerza enemiga. Además, los afganos eran tan hábiles en el arte de las emboscadas, que, salvo por los destellos que emitían sus mosquetes, era imposible saber dónde se encontraban los tiradores. Rocas y piedras, algunas poco más grandes que una granada de trece pulgadas, parecían ofrecerles un refugio excelente. Estaban colocados de tal manera que solo se veían los cañones de sus fusiles y la parte de arriba de sus turbantes; y sus disparos eran tan certeros que nuestros hombres, tanto en la vanguardia como en el cuerpo de la columna, comenzaron a caer.[65]

Como señalaba un informe oficial enviado a Calcuta, era más que evidente que, en lo que respecta a los pasos montañosos, «nuestras tropas regulares europeas e indias luchan en clara desventaja respecto a los afganos, quienes combaten en las montañas en las que han nacido y crecido. La superior agilidad de estos les permite esquivar nuestras persecuciones, y la gran precisión de sus *yezails* de cañón largo los convierte en armas mortales a una distancia desde donde nuestros mosquetes resultan inofensivos».[66] La capacidad de los afganos para camuflarse con el paisaje también inquietaba a los británicos; tal y como Sale contó a su esposa, «hasta que no empezaron a disparar, nadie se había percatado de su presencia».[67] Uno de los heridos fue el propio «Bob el combativo», que tenía una pierna destrozada por una bala de un *yezail* que le había alcanzado justo al inicio de la emboscada. «El aplomo del viejo Sale es digno de admiración», se asombraba su jefe del estado mayor de su brigada. «Se volvió hacia mí y me dijo: “Wade, me han dado”. Luego se quedó en su caballo dirigiendo a nuestros escaramuzadores hasta que se vio obligado a ceder el mando a Dennie por haber perdido mucha sangre».[68]

A pesar de todo, la fuerza de Sale consiguió abrirse paso por el Khord Kabul gracias a los refuerzos procedentes de la capital y, aunque sufrieron numerosas bajas en el camino, Sale fue capaz de retomar el mando de las operaciones, esta vez desde un palanquín. Las peores pérdidas se produjeron durante otro ataque nocturno, tan solo una semana después, el 17 de octubre. Alrededor de las cinco de la madrugada, uno de los jefes de Tezin envió un mensaje a los británicos «en el que decía que habían llegado al Tung-i-Tareekhi (la garganta oscura) y que en dos horas nos atacarían. Respondimos, de manera muy educada, que estaríamos encantados de recibir a sus jefes y que nos esforzaríamos por darles la bienvenida que se merecían».[69] La advertencia resultó ser una estratagema: mientras los ingleses esperaban un ataque frontal —que también fue lanzado—, los ghilzais lograron

sorprenderlos con el ataque de su contingente principal a la retaguardia, donde algunos de los recién reclutados jinetes hazirbash de Shah Shuja habían sido sobornados para dejar entrar a los ghilzais en el campamento: «Pertenecían a la misma tribu y, mientras los demás luchaban, estos diligentes caballeros realizaban otro tipo de trabajo: abatieron a los *surwans* (camelleros) y desjarretaron a los camellos».[70]

Esa noche, la brigada de Sale perdió a otros ochenta y nueve hombres, así como gran parte de su equipamiento y municiones, que fue transportado por noventa de los camellos de la propia Compañía a la fortaleza ghilzai de Tezin. La expedición que, en origen, debía castigar a los ghilzais tuvo al final una víctima diferente a la que se pretendía: en la estrecha red que formaban los pasos de montaña, la araña se había convertido en la mosca, los cazadores, para su sorpresa y desasosiego, eran ahora la presa.

En la mañana del 23 de octubre, la maltrecha columna continuó su avance a través de un tramo especialmente estrecho del paso, justo antes de Tezin. Al bordear dos enormes rocas, de repente, «las colinas que delimitaban el valle por todos sus lados se vieron infestadas de afganos». Entre los francotiradores a cubierto y los ataques, calculados con precisión, al convoy de suministros y a la retaguardia, «abatieron de nuevo a muchos de nuestros hombres y se llevaron una parte considerable de botín; sería difícil decir si nuestras gentes lamentaron más la pérdida de las nueve tiendas médicas a estrenar, y todo el mobiliario del que se apropiaron, o la de los barriles que contenían no menos de treinta mil cartuchos de mosquete».[71] Estas municiones robadas serían más tarde utilizadas, con consecuencias letales para los ingleses, contra el resto del ejército de Kabul.

Al día siguiente, los británicos volvieron a verse rodeados y, esta vez, su avance fue asimismo bloqueado por una inmensa fuerza de caballería que les cortaba el paso sobre Tezin. Después de un breve *impasse*, Sale aceptó recibir a una delegación afgana que llegó en son de paz al campamento. Más tarde, las negociaciones se reanudaron en territorio ghilzai, desde donde George MacGregor, el oficial político de la columna, informó de que «los jefes lo habían recibido con extrema amabilidad y les alegró la confianza mostrada al ir a su encuentro acompañado solamente por un *sawar* (soldado de caballería). Parecía ser un grupo coordinado y numeroso, formado por unos setecientos hombres y cuyo número crecía día tras día».[72]

MacGregor accedió, al fin, a pagar a la tribu la suma que pedían. «Recibirán las cuarenta mil rupias, que han sido la causa de que comenzara este enfrentamiento», dijo *lady* Sale, «y han prometido devolvernos a cambio

todos los bienes que puedan recuperar; así, reanudaremos nuestro camino donde lo dejamos, salvo por los muertos y heridos, los gastos realizados, las municiones y el equipaje perdidos y la molestia causada por la detención —o quizá la pérdida definitiva— de todos nuestros *daks* (correspondencia)».[73] Pero la situación era más grave de lo que *lady* Sale podía imaginarse. Muy pocos pensaban, a estas alturas, que la negociación serviría para nada más que ganar algo de tiempo, mientras que para otros, como Henry Durand, se trataba de un error garrafal: «Era el momento de actuar», escribió; en su opinión, «Bob el combativo» debería haber «atacado, no dialogado».[74] No obstante, el pago a los ghilzais permitió que Sale pudiera enviar a los heridos de vuelta a Kabul con una escolta armada, con el fin de advertir, asimismo, a las autoridades de la magnitud del levantamiento, y que el resto de la columna avanzara hacia Jalalabad a toda velocidad. Por otra parte, John Magrath, el malhumorado médico del regimiento, escribió: «Me alegro de que no haya más enfrentamientos; aunque será cuestión de tiempo, puesto que todo lo que se traen entre manos Sale y Dennie termina mal».[75]

Quizá se tratara de un signo de mal agüero, ya que, tras dos días de calma, los ataques se reanudaron. «La retaguardia es atacada a diario», informó Sale al final de la semana, «y el vivac sufre el fuego enemigo todas las noches».[76] Cada mañana, «con el toque de corneta, grupos de afganos aparecen como por arte de magia, detrás de cada peña, loma, arbusto o matorral, en el radio de un kilómetro del campamento, donde forman un vasto semicírculo de enemigos».[77] El número de afganos continuaba creciendo. *Lady* Sale, desde el acantonamiento, observaba: «Todos los fuertes de Kabul están vacíos y (según se rumorea) los *juwans* (jóvenes) se han unido a la lucha contra nosotros en Tezin». Fue el 2 de noviembre cuando, finalmente, la brigada de Sale salió del paso para adentrarse en la llanura y llegar a la pequeña y fértil aldea de Gandamak, cerca de los jardines de Nimla de Shah Jahan, donde el Contingente de Shah Shuja mantenía un pequeño cuartel.

Sale y sus oficiales se detuvieron en este enclave durante diez días para descansar y recuperarse; aunque, como el capellán no tardó en subrayar, fue un alto en el camino marcado por la sobriedad y donde «nadie incurrió en el consumo desmesurado de alcohol». Fue también aquí donde, lo que quedaba del nuevo regimiento afgano de Macnaghten, los janbaz, «se amotinaron e intentaron matar a los oficiales ingleses […]. Ahora resultaba más que evidente que todo el país se había sublevado contra nosotros y que no se trataba de un mero levantamiento de los jefes ghilzais para conseguir recuperar sus subsidios».[78] Hasta ese momento, la brigada había perdido a

más de doscientos cincuenta hombres en tan solo unos días, y la situación se deterioraba a marchas forzadas. Empezaron a llegar rumores acerca de los fuertes enfrentamientos que tenían lugar en los pasos que quedaban a sus espaldas y en los alrededores de Kabul, por lo que se convocó un consejo de guerra para determinar el rumbo a seguir: en lugar de continuar hacia la India o regresar a Kabul, Sale y sus oficiales decidieron dirigirse a Jalalabad, a unos cincuenta y cinco kilómetros de distancia, para reforzar las defensas de la ciudad y esperar a ver qué pasaba después. Aunque nadie fue entonces consciente de ello, esta decisión cambiaría el curso de la guerra.

Las brigadas de Sale llegaron a Jalalabad el 12 de noviembre y lograron apoderarse de la ciudad sin tener que enfrentarse a una oposición seria. Las bajas murallas de adobe se estaban desmoronando, y las tropas encontraron en Jalalabad «una ciudad pequeña y sucia», pero fértil y con un buen suministro de agua —al menos en uno de sus lados— gracias al río Kabul; las tropas hambrientas también descubrieron que este estaba repleto de deliciosas truchas y del *shir maheh* local, que los soldados cocinaban a la brasa. Como comentó Gleig, «aunque poco atractiva para cualquier viajero ordinario, ante los ojos de unas tropas valientes, pero extenuadas por completo, esta ruinosa ciudad […] tenía muchos y grandes atractivos».[79]

Broadfoot empezó a reconstruir las fortificaciones la misma tarde de su llegada. Se repararon las brechas de los muros, se construyeron parapetos y aspilleras y se dispusieron en los baluartes diez cañones listos para disparar. Varios grupos fueron a recolectar alimentos y forraje, y también se empezaron a demoler los obstáculos que bloqueaban la línea de fuego fuera de las murallas. Las reparaciones se hicieron justo a tiempo: a la mañana siguiente, un gran contingente mixto de ghilzais y shinwaris apareció «en las colinas bajas al sur de la ciudad y, a medida que avanzaba el día, llegaron a cubrir, casi por completo, las rocosas cumbres».[80]

Las puertas de la ciudad se cerraron justo después de que Sale enviara un último mensajero urgente, con la esperanza de que este atravesara el Jáiber y llegara sano y salvo a la residencia británica de Peshawar: «Hagan el favor de informar al comandante en jefe», garabateó en un trozo de papel

> De que estamos rodeados de insurgentes por todos lados. Solo a duras penas pueden encargarse dos regimientos y un cuerpo de zapadores de estas extensas murallas, y eso, a costa de un esfuerzo ímprobo. Necesitamos dinero de inmediato, además de 20 000 cartuchos de munición para nuestros mosquetes. De hecho, solicitamos refuerzos de

> todo tipo y de manera urgente: tropas, dinero, provisiones y municiones. Las medidas han de tomarse con presteza para que nos sean de alguna utilidad. Las tropas están alimentándose con medias raciones, no tenemos *atta* (harina) y solo nos queda arroz para seis días. [81]

El asedio a Jalalabad había comenzado.



Una insurrección a gran escala se avecinaba en el sur de Afganistán.

En Kandahar, según Rawlinson: «La animadversión hacia nosotros crece día tras día, y temo que se sucedan los disturbios […]. Sus mulás predican contra los británicos de un extremo a otro del país».[82] Su homólogo militar, el general Nott, tenía la misma opinión al respecto, y escribió a sus hijas desesperado: «Este país se encuentra en un estado lamentable […]. Los errores de sir W. Macnaghten y su débil administración empiezan a pasar factura; o se produce un cambio, o tendremos que abandonar esta parte del mundo […]. Harían falta años para poder deshacer los entuertos que ese hombre, Macnaghten, ha cometido. ¿Cómo ha podido permitir lord Auckland que un hombre así, que ha ensuciado el buen nombre de los ingleses, permanezca al mando?».[83]

En Gazni, el comandante de la guarnición local, el coronel Thomas Palmer, estaba igualmente nervioso, como mostraba en una carta a Nott: «La región está cada vez más agitada […]. No sé cómo va a abandonar el país la brigada del general Sale. Por supuesto, podrían abrirse camino por la fuerza, pero el enemigo se cerraría en la retaguardia y cortaría nuestras comunicaciones con la India por completo, como ha sucedido durante la última quincena».[84] El más alarmado de todos era Eldred Pottinger, que se encontraba en Charikar, y estaba tan convencido de que su pequeña guarnición de gurkas iba a ser masacrada que cabalgó él solo hasta Kabul para poder hablar con Elphinstone y Macnaghten en persona. Elphinstone asistió a la reunión, con aspecto de estar aterrorizado, y luego vaciló y farfulló, sin llegar a ofrecerle ninguna ayuda concreta y, menos aún, la caballería y la

artillería que Pottinger le había solicitado con auténtica desesperación, ya que alegaba que todas las tropas de Kabul eran necesarias en la ciudad. Mientras tanto, Macnaghten adujo falta de tiempo para evitar reunirse con Pottinger, e incluso se burló del informe que este había redactado:«Pottinger escribe como si estuviera a punto de ser invadido por los habitantes del valle del Nijrab (con Mir Masjidi a la cabeza), pero no creo que dicho alarmismo esté justificado, seguro que estos tipos vuelven huyendo a sus madrigueras en cuanto les llegue la noticia de que los ghilzais vuelven a estar en calma».[85]

Macnaghten parecía empeñado en evitar que ninguna noticia, por desagradable que fuera, pudiera enturbiar su autocomplacencia. Esto era más sorprendente todavía si consideramos que los desórdenes se multiplicaban incluso en Kabul, donde los británicos eran abiertamente insultados en las calles por los comerciantes y, como observó Colin Mackenzie, «sus habitantes se comportaban como si ya hubieran derrotado a los ingleses». Hubo numerosos ataques y asesinatos: un soldado fue abatido por un afgano mientras dormía en su tienda; a otro soldado raso lo encontraron degollado en una zanja; el capitán Waller fue herido por un mercenario; y un hombre golpeó con su espada al doctor Metcalfe cuando este cabalgaba de la ciudad al acantonamiento. *Lady* Sale estaba horrorizada, y así lo constataba en su diario: «La sensación general es que el enviado está tratando de engañarse a sí mismo, de convencerse de que el país está en calma. El papel que debe desempeñar es complicado y no posee la fuerza moral suficiente para detener el curso de los acontecimientos».[86]

Una de las razones por las que estaba siendo tan obstinado era que acababa de recibir la noticia de que lord Auckland le había recompensado, por sus servicios en Afganistán, con el puesto más atractivo que la Compañía de las Indias Orientales podía ofrecer a sus funcionarios: ser gobernador de Bombay, que además conllevaba el uso y disfrute de la bella residencia de estilo paladiano en Malabar Hill. Por lo tanto, le interesaba salir de allí lo antes posible y dejar la impresión de haber hecho un buen trabajo; lo que sucediera después sería culpa de su sucesor. «Es un honor del todo inesperado», escribió a lord Auckland, lleno de agradecimiento, «y su recibimiento es aún más bienvenido porque sé que, en puridad, dejo el país en un estado de tranquilidad y progreso, encaminado a mejoras todavía mayores en el futuro».[87]

El hombre que más posibilidades tenía de tomar las riendas del gobierno tras la marcha de Macnaghten era Alexander Burnes. Durante meses, el enviado le había ido dejando cada vez más de lado, por lo que dedicaba su

tiempo a estudiar a sus autores favoritos. «Esta es, sin duda, una de las etapas más ociosas de mi vida», escribió a su familia en el mes de agosto. «No hago nada por mi país, excepto dar consejos, y mi único deber es cobrar 3500 rupias al mes […]. (Mientras tanto), estudiar a Tácito es tan agradable como redactar informes».[88] Cuando se enteró del nuevo nombramiento del enviado, Burnes afirmó que «tenía grandes esperanzas» de suceder a Macnaghten; no obstante, ahora que tenía al alcance de la mano el premio que tanto había deseado, comenzó a sopesar si en realidad lo quería. «Tengo la impresión de que, cada hora que transcurre, pierdo más y más interés por el poder y por el puesto», le decía a su hermano James en su última carta. «Me pregunto si, después de todo, estaré a la altura para asumir el control supremo de Afganistán. A veces pienso que no, pero es verdad que nunca he fracasado cuando he podido ejercer mi autoridad con plena libertad […]. Espero que se despeje pronto la incógnita, puesto que la incertidumbre es muy dolorosa. Uno de los rasgos de mi carácter es la absoluta seriedad con la que asumo todos mis compromisos; de hecho, si contraigo una obligación, nunca pierdo el interés».[89]

En verdad, muchos de los talentos de Burnes habían sido en gran medida desaprovechados durante la ocupación. Conocía Afganistán mejor que cualquier otro oficial o viajero británico, con la única excepción de Masson, que amaba y comprendía el país a partes iguales, y cuyo instinto político era tan incisivo como su criterio, por lo general, impecable. Su talón de Aquiles era la ambición, que le había llevado a involucrarse en una invasión del todo innecesaria y en una ocupación mal gestionada, ambas dirigidas por un tirano ignorante que ni escuchaba ni respetaba sus ideas. Como su rival Vitkevitch, Burnes era un joven valiente y capaz, un intruso que, a fuerza de trabajo, terminó desempeñando un papel clave en la mayor lucha geopolítica de su época; pero ambos, cada uno a su manera, acabaron descubriendo que habían sido meros peones en un escenario imperial mucho más amplio. Cuando Vitkevitch se dio cuenta de que el trabajo de su vida había sido ignorado, en balde por tanto, en un ataque de hastío y depresión se voló la tapa de los sesos. Por el contrario, la respuesta de Burnes fue entregarse por entero a los placeres terrenales, lo cual lo llevó a convertirse en el aborrecido personaje que, incluso hoy en día, continúa siendo en Afganistán. Y, según las fuentes afganas, fue, en concreto, este comportamiento el que desencadenó en Kabul el estallido fatal de la violencia. Mirza ‘Ata es el autor afgano que ofrece el relato más completo de cómo Burnes provocó esta situación.

La irritación de los nobles de Kabul por la ocupación inglesa, escribió, había ido aumentando progresivamente a causa de los recortes de las asignaciones de los jefes ghilzais, de la marginación de Shah Shuja y del despido de su visir, Mullah Shakur. Fueron las quejas del propio Shuja en relación a su falta de autoridad las que, en última instancia, terminarían por «despertar en los *sardars* más fieles un sentimiento incontenible de ofensa al honor y exaltada fe religiosa» contra el ejército de ocupación; según Mirza ‘Ata, «cada uno se retiró a su casa y, al atardecer, cuando se puso el sol y la luna se alzó en todo su esplendor, se reunieron para discutir la estrategia a seguir y juraron mantener la unidad sobre el Sagrado Corán». Maulana Hamid Kashmiri refleja cómo algunos líderes proponían realizar acciones rápidas para aprovechar que las fuerzas de Sale se encontraban todavía lejos del paso Khord Kabul:

> El rey no tiene ejército, y *Laat Hay Jangi* (Macnaghten) está borracho
> siempre de juerga, cantando y con una petaca en la mano.
>
> El arrogante de Burnes se limita a vivir la buena vida.
> ¿Cuándo vamos a tener una oportunidad mejor?
>
> El tiempo se agota, no podemos demorarnos más
> No podemos permanecer sentados, tenemos que hacer planes
>
> Antes de que la liebre desconfíe
> y la presa se nos escape de entre los dedos
>
> Apresurémonos en atacar al malvado Burnes
> y solucionemos el problema antes del alba.[90]

Al final, sin embargo, se acordó que se esperaría a que los ocupantes cometieran una afrenta a su honor para justificar el comienzo de la insurrección. Y en la tarde del 1 de noviembre, en la primera semana del Ramadán, a los líderes *sardars* se les presentó la oportunidad que estaban esperando. «De este modo, por voluntad divina, esa noche una esclava de Abdullah Khan Achakzai escapó de su casa para dirigirse a la residencia de Alexander Burnes», escribió Mirza ‘Ata. «Cuando se supo que la esclava había huido, el kan, furioso, envió a su ayudante a buscar a la estúpida joven; el inglés, henchido de orgullo, jurando y blasfemando, mandó dar una paliza al asistente del kan para después echarlo de su casa». Esta vez la provocación había ido demasiado lejos. Según Mohan Lal, «Abdullah Khan Achakzai y sus familiares acudieron a ver a Aminullah Khan Logari, con el Corán en la

mano, y le imploraron que se uniera a ellos para desatar un alzamiento en la ciudad. Una vez llegaron a un acuerdo, los otros jefes desafectos fueron convocados a la residencia del jefe achakzai».[91] Cuando la *jirga* estuvo reunida, Abdullah Khan se dirigió a los nobles:

> «Ahora tenemos la justificación perfecta para liberarnos del yugo inglés: la mano de la tiranía británica deshonra tanto a nobles como a plebeyos; follarse a una esclava ni siquiera merece el tradicional baño ritual a continuación, pero tenemos que poner fin a esto, aquí y ahora, o, de lo contrario, los ingleses harán pastar al burro de sus deseos en el campo de la necedad, nos arrestarán a todos y nos deportarán a una prisión extranjera. Con toda mi confianza puesta en Dios y con el estandarte de nuestro profeta Mahoma en alto, marchamos hacia la batalla: si logramos vencer, el éxito será nuestra recompensa y habremos visto cumplidos nuestros deseos; y si morimos en combate, ¡será mejor que vivir con la vergüenza y el deshonor!». Los otros *sardars*, sus amigos de la infancia, ciñeron sus cinturones y se prepararon para la yihad, la guerra santa.[92]

Cuando los informantes de Mohan Lal le hicieron llegar las noticias acerca de la reunión de los conspiradores, este se dirigió inmediatamente a casa de Burnes para advertirle de lo que se estaba tramando. Burnes había pasado el día inquieto por su futuro: era el vigésimo aniversario de su primera visita a la India y sentía que iba a ser una jornada clave en su vida. «¿Qué me deparará este día?», se preguntaba en la última anotación que hizo en su diario. «Me imagino que la gloria o el final. Antes de que se ponga el sol lo sabré».[93] Pero el levantamiento de los ghilzais había bloqueado los pasos montañosos, por lo que ningún correo llegó a Kabul ese día.

«La noche del 1 de noviembre de 1841», escribió Mohan Lal,

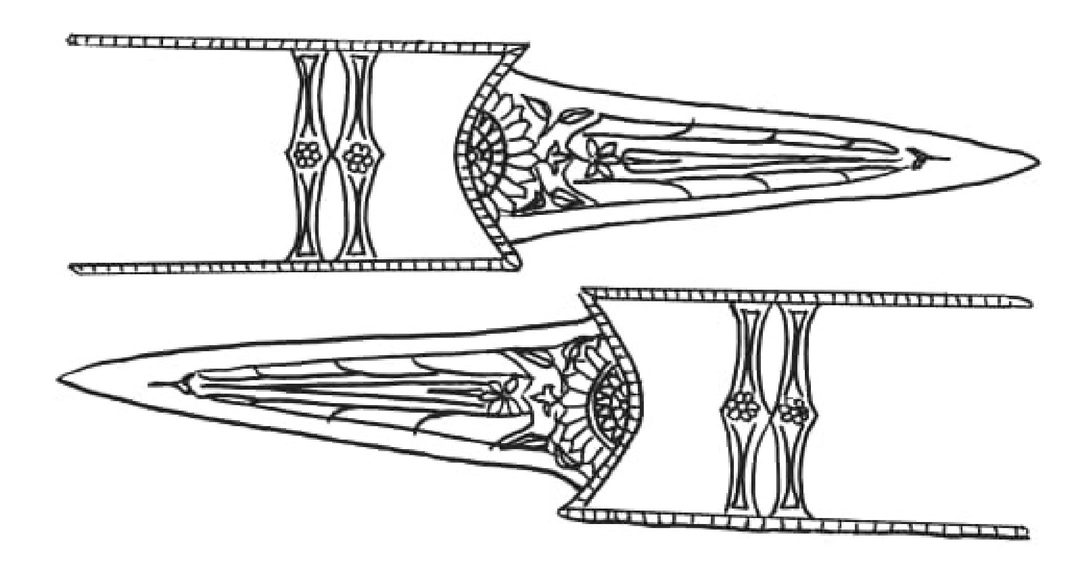
> Visité a sir Alexander Burnes y le dije (lo que se estaba fraguando) […]. Respondió que no le gustaba entrometerse en las decisiones del enviado y que, cuando este partiera en unos días a Bombay, entonces él (Burnes) buscaría la reconciliación con los jefes y restablecería las alianzas previas. Volví a insistir en que iba contra las reglas del servicio permitir que tales amenazas crecieran sin intentar cortarlas de raíz antes de que los enemigos causaran serios daños. Cuando oyó esto, se levantó de su silla, suspiró, luego se volvió a sentar y me dijo que había llegado

> la hora de que dejáramos este país, que ya solo nos quedaba lamentar su pérdida.[94]

Mientras Mohan Lal regresaba a su casa, cerca del bazar Pul-e-Jishti, los conspiradores se preparaban para la acción. Esa misma noche, escribió Mirza ‘Ata,

> antes de que amaneciera, fueron a casa de Burnes y mataron a todos los soldados que allí se encontraban con sus implacables espadas. La noticia del enfrentamiento se extendió por la ciudad y los hombres de Kabul, fuertes combatientes, la acogieron como si fuera el regalo de Dios que tanto habían esperado. Cerraron sus tiendas, tomaron las armas y corrieron hasta el lugar al grito (de batalla de los durrani y los ghilzais): «¡*Ya Chahar Yar*! ¡Los cuatro amigos, los califas bien guiados del islam!». Cuando comenzaba a amanecer, salieron a las calles como si fueran una plaga de langostas y se concentraron todos alrededor de la casa de Alexander Burnes.[95]





Capítulo 7

Y reinó el caos

La mañana del 2 de noviembre de 1841 amaneció clara y fría. En los jardines que bordeaban las murallas de Kabul, la luz oblicua invernal proyectaba las sombras largas y afiladas de los pinos y cipreses afganos. Más allá de los jardines, en el acantonamiento recién terminado, el capitán Hugh Johnson, tesorero de las tropas de Shah Shuja, se despertó temprano. La noche de antes había asistido a una cena con su regimiento y, debido a la situación, cada vez más insegura, sus compañeros oficiales le habían persuadido para que pasara la noche en el acantonamiento, a pesar de que en su lecho del Shor Bazaar, en el centro de la ciudad, lo esperaba su amante afgana.

«Al amanecer, antes de levantarme», escribió en su diario aquella misma noche, «uno de mis sirvientes vino a informarme de que los obreros, que trabajan desde hace unos días en la residencia que he adquirido en el complejo de la misión, se habían negado a abandonar sus casas porque temían que estas fueran saqueadas; al parecer, durante la noche, se había corrido la voz de que iba a estallar una revuelta en la ciudad».[1] Johnson pensaba que esto no resultaba probable: la ciudad no presentaba síntomas de problemas inminentes cuando había salido la noche anterior y, como su casa estaba justo enfrente de la de Alexander Burnes, estaba seguro de que su amigo le habría

avisado si hubiera habido indicios de algún tipo de disturbio. Sin embargo, «una media hora después de que mi sirviente marchara de vuelta a la ciudad, tres *chaprasis* me informaron de que una multitud estaba reunida delante de mi casa y de la tesorería. Estaban tratando de entrar por la fuerza, mientras Burnes intentaba calmarlos». El relato de Johnson continúa así:

> Me levanté. Ordené que prepararan mi caballo pero, antes de montar, fui a informar de lo que me habían contado al capitán Lawrence, el secretario militar del enviado. Este último ya había recibido un mensaje de Burnes sobre esta cuestión y se dirigía a ver al general. Otro de mis sirvientes llegó y me comunicó que la calle en la que vivíamos Burnes y yo estaba completamente tomada por la multitud. Algunos intentaban forzar mi puerta, y el guardia de la tesorería había abierto fuego sobre ellos. Al ver que mi caballo estaba ensillado, me advirtió de que sería imposible llegar a mi casa, que el número de insurgentes aumentaba a cada minuto y que estaban asesinando a cualquier europeo o indostano que se cruzaba en su camino. En el caso de que el general ordenara enviar un destacamento para suprimir el tumulto y salvar la tesorería y la vida del residente sir Alexander Burnes —de quien acababa de llegar otra carta implorando ayuda inmediata—, mi caballo estaba listo para acompañar al grupo. Subí a las murallas para ver si había señales de disturbios en los alrededores de la ciudad, y, no habían pasado ni cinco minutos, cuando vi levantarse un humo denso: por la dirección, estaba completamente convencido de que los rebeldes habían prendido fuego a mi casa. También escuché ráfagas de disparos de mosquetes.

Comenzaron a llegarle «informes aterradores […] de asesinatos y saqueos».

> Y para nuestro asombro, todavía no se había enviado ningún destacamento a la ciudad. Las horas pasaban y no se tomaba medida alguna para sofocar la insurrección. Mientras tanto, corría el rumor —que más tarde se confirmaría— de que los insurgentes se habían apoderado de la tesorería haciendo un agujero en la pared y prendiendo fuego al portón de mi casa, así como de que habían asesinado a toda mi guardia, formada por un *subadar* y veintiocho cipayos, además de a nuestros oficiales (europeos) y a todos mis sirvientes —hombres, mujeres y niños—; también saquearon las arcas, cuya suma ascendía a un *lakh* y setenta mil rupias, quemaron todos los registros de los tres

> últimos años de mi oficina, que comprenden partidas sin cuadrar de cerca de un millón de libras esterlinas, y se hicieron con todos mis bienes, valorados en más de diez mil rupias.[2]

Johnson no daba crédito; no podía creer que no se estuviera haciendo nada para salvar a Burnes, el Tesoro y a su personal, e intentó averiguar en repetidas ocasiones cuál iba a ser el plan de actuación. Parece que el problema tenía su origen en el general Elphinstone. Cuando llegaron los informes sobre los disturbios en la ciudad vieja, el enfermo general intentó montar en su caballo por primera vez desde su llegada, pero se cayó al suelo y el caballo, sobre él; según el capitán Vincent Eyre, después del accidente, «Elphinstone, que imagino que nunca fue demasiado fuerte o decidido, se encuentra en un estado casi senil».[3]

El único hombre del acantonamiento que estaba tratando de movilizar las tropas era George Lawrence, el joven y enérgico secretario militar de Macnaghten. Como Johnson, Lawrence se había levantado temprano para descubrir que la insurrección estaba en marcha: «Un mensajero, al que había enviado a la ciudad para hacer algunas compras triviales, regresó sin aliento y en estado de gran ansiedad, y me informó de que todas las tiendas estaban cerradas y multitud de hombres armados abarrotaban las calles […]. Me levanté de inmediato y busqué al enviado, a quien encontré reunido con el general Elphinstone alrededor de las ocho de la mañana […]».[4]

Lawrence propuso enviar de inmediato a los cinco mil soldados británicos del campamento a la residencia de Burnes, con el fin de arrestar a los dos cabecillas del levantamiento, Aminullah Khan Logari y Abdullah Khan Achakzai: «¡No podemos perder ni un minuto más!». Pero, como escribió *a posteriori*, «mi propuesta fue, sin más, descartada, tachada de alocada y, en esas circunstancias, absolutamente inviable». Sin embargo, se decantaron por una segunda proposición: el recién casado teniente Sturt, el ingeniero de la guarnición, cabalgaría en busca del general de brigada Shelton, que se encontraba acuartelado al otro lado de la ciudad para custodiar la ruta de entrada a la capital desde el agitado paso Khord Kabul, en Siyah Sang. Sturt debía informarle de los saqueos en los alrededores de Pul-e-Jishti e instarlo a marchar hasta la fortaleza de Bala Hisar; desde allí, podría controlar la ciudad amurallada y tomar las medidas pertinentes. Mientras tanto, Lawrence se dirigió al Bala Hisar para que Shah Shuja aprobara el plan.

Lawrence abandonó el acantonamiento a las nueve de la mañana, acompañado de una pequeña escolta de cuatro soldados a la que ordenó «que

se mantuvieran cerca de mí en todo momento, que usaran sus espuelas si fuera necesario, pero que en ningún caso se detuvieran».

> Cerca de la fortaleza de Mohammad Khan, un afgano que blandía una enorme espada a dos manos salió de repente de una zanja y se interpuso en nuestro camino; arremetió furiosamente contra mí, pero pude evitar su embestida lanzándole mi bastón, desenvainando mi espada y haciendo que mi caballo arremetiera contra él. Uno de mis escoltas lo abatió con su carabina […]. Apenas volvimos al camino, fuimos sorprendidos por un grito y el nutrido fuego de la mosquetería de un segundo grupo de hombres escondidos en otra zanja. Nuestro ritmo era rápido y el fuego, demasiado alto, por lo que pudimos salvar la vida.

Cuando llegó a la fortaleza del Bala Hisar, llevaron a Lawrence ante la presencia del sha, «que caminaba agitado por el palacio».

> Su majestad exclamó: «¿No es esto lo que siempre advertí al enviado que sucedería si no seguía mi consejo?». Entonces informé al rey del objeto de mi visita y le pedí que me autorizara a ordenar al general de brigada Shelton que condujera a sus soldados al Bala Hisar. «Espera un poco», replicó el rey. «Mi hijo Fatteh Jang y el primer ministro, Usman Khan (Nizam al-Daula), han entrado en la ciudad con algunas de mis tropas. No tengo ninguna duda de que sofocarán el tumulto».[5]

Para Lawrence esta situación resultaba en extremo irónica: durante meses, los británicos habían descrito a Shuja como perezoso e incompetente, pero, cuando la crisis se desencadenó, fue el único en tomar medidas inmediatas para reprimir el levantamiento antes de que este se les fuera de las manos. Había enviado al leal William Campbell, el comandante angloíndio de su guardia personal, a la cabeza de mil soldados y dos cañones, con Fatteh Jang en representación de su autoridad. De hecho, Shuja fue la única persona que hizo un esfuerzo para tratar de salvar a Alexander Burnes, a pesar de que este había sido su mayor crítico durante más de una década. Mientras Lawrence esperaba junto a Shuja, comenzaron a llegar informes sobre los avances de Fatteh Jang, que ya había logrado pacificar los diferentes barrios de la ciudad.

Sin embargo, a media mañana los acontecimientos dieron un giro inesperado. En primer lugar, el teniente Sturt entró en el *durbar* «espada en mano, sangrando en abundancia y anunciando a gritos que habían intentado

asesinarlo. Explicó que, justo en la entrada, cuando desmontaba de su caballo, había sido apuñalado en tres ocasiones en la cara y la garganta por un hombre que salió de entre la multitud». Entonces llegaron noticias de que los reclutas de Campbell y Fatteh Jang había caído en una emboscada en las angostas calles de la capital, donde habían sufrido más de cien bajas a causa de los tiradores escondidos en las casas del Shor Bazaar; también habían perdido sus dos cañones y se encontraban acorralados a poca distancia de la casa de Burnes. Shuja estaba cada vez más preocupado por su hijo y, a pesar de la insistencia de Lawrence, «influido por el amor paternal y tras sopesar la situación, ordenó a su hijo y al primer ministro que se retiraran. Este último, un hombre atrevido, honesto e intransigente, llegó, jadeante y excitado por el combate, y se dirigió enojado al rey: «Al retirarnos justo ahora, en el momento de la victoria, las tropas de su majestad serán derrotadas y la desgracia se abatirá sobre todos nosotros».[6]



Después de solo tres horas de sueño, poco antes del amanecer, una sirvienta despertó a Mohan Lal y le comunicó, asustada, que, frente a la residencia de Burnes, unas pocas casas más adelante, al final del bazar, se congregaba una enorme multitud: «Agá» le dijo, «mientras usted duerme, la ciudad está sumida en el caos».

Mohan Lal salió a su jardín y vio como las gentes trasladaban sus mercancías a un lugar seguro lejos del vecindario.

> Los comerciantes sacaban los productos de las tiendas; toda la ciudad estaba conmocionada. Mirza Khodad, el secretario de Sultan Jan (uno de los principales rebeldes barakzais que había estado con Dost Mohammad en Bujará), que era un viejo conocido mío, vino a mi casa para advertirme del peligro que corría si permanecía allí y si no me llevaba todos mis bienes conmigo. Naib Sharif (uno de los jefes qizilbash y viejo compañero de parranda de Burnes) envió también a su suegro para que me acompañara al barrio persa con todos mis objetos de valor. No obstante, me negué a aceptar sus amables consejos por temor a que el abandono de mi residencia pudiera aumentar la ansiedad ante el peligro inminente. De modo que envié, por medio de mi

> sirviente, un mensaje para sir Alexander Burnes, que vivía a pocos metros, con las noticias que había recibido […]. Este me respondió, muy escueto, que debía permanecer en mi casa, que ya había solicitado la ayuda de refuerzos y que pronto estarían en la ciudad. Media hora después, mi criado me informó de que el Nizam al-Daula había sugerido a Burnes que abandonara su casa y se dirigiera con él al Bala Hisar, puesto que su seguridad personal estaba en riesgo.[7]

Burnes estaba tan seguro de su invulnerabilidad y popularidad que solo contaba con doce guardias a su servicio. Aunque había decidido marcharse con el visir, en el último minuto, su viejo *jamadar* (el jefe de su guardia personal) le persuadió para que se quedara, tras recordarle que acababa de enviar un mensaje a Macnaghten y que era conveniente conocer la respuesta del enviado antes de actuar. De este modo, Nizam al-Daula partió solo, no sin antes hacer la promesa de que regresaría con un batallón de tropas de Shah Shuja. A medida que se alejaba, lo disparaban desde las azoteas, pero logró llegar sano y salvo al Bala Hisar.

Fue entonces cuando los jefes rebeldes —un grupo heterogéneo formado por partidarios descontentos del sha, *sardars* barakzais, aristócratas furiosos por las reformas militares, antiguos burócratas desempleados y ulemas de rango medio que no se encontraban al servicio de Shuja— llegaron al santuario de Ashiqan wa Arifan, en una esquina del Shor Bazaar. Dirigidos por Abdullah Khan Achakzai, que había asumido el mando militar del levantamiento con celeridad, tomaron posiciones en el jardín junto a la residencia de Burnes. Como consignó Colin Mackenzie en su diario, estos «odiaban a Burnes como si hubiera sido él mismo el que llevara a los británicos a Afganistán. Alegaron que les había faltado al respeto. Aunque Burnes se creía popular entre las clases bajas, resulta bastante dudoso, de hecho, en vista de que los jefes lo consideraban el artífice de la instauración del nuevo régimen que tanto les repugnaba».[8] Cuando Burnes envió a dos mensajeros para averiguar cuáles eran las quejas de los jefes rebeldes, con el fin de intentar llegar a un acuerdo, la respuesta de estos fue decapitar al primero de ellos, aunque dejaron al segundo vivo para que pudiera informar a Burnes de la atrocidad cometida. A continuación, ordenaron a sus hombres que subieran a las azoteas y trataran de entrar en la residencia de Burnes por la parte trasera. No tenía escapatoria. «Unas doscientas personas rodearon su residencia», escribió Mohan Lal, «y sir Alexander Burnes, desde una ventana del piso de arriba, pidió a los insurgentes que se calmaran y les prometió una

generosa recompensa». En el balcón se encontraban el capitán William Broadfoot, el hermano menor del ingeniero pelirrojo del general Sale, y el del propio Burnes, Charles, que acababa de llegar a Kabul.

> Mientras Burnes se dirigía a la multitud, el capitán Broadfoot recibió un disparo (de mosquete) justo debajo del pecho, y sir Alexander y su hermano Charles lo llevaron a un cuarto del piso inferior. La guardia (cipaya), sometida ahora al fuego intenso de los rebeldes, trataba de impedir que estos avanzaran. Algunos de los sirvientes de sir Alexander le rogaron que, para poder escapar con vida, se dejara envolver en una tienda que ellos mismos se cargarían sobre los hombros, de la misma manera que muchos otros que estaban cometiendo actos de pillaje, pero Burnes se negó alegando que no podía abandonar a su propio hermano ni a su amigo herido, el capitán Broadfoot.

En aquel momento, la turba prendió fuego a la entrada de la casa de Burnes, «las llamas se extendían hasta la habitación donde estaban sir Alexander y su hermano, que observaban a la muchedumbre y pedían clemencia. El capitán Broadfoot murió en el incendio y el teniente Charles Burnes salió al jardín y pudo matar a seis personas antes de que lo lincharan».

Mohan Lal estaba en su azotea, desde donde observaba horrorizado mientras las balas de los mosquetes procedentes de la casa de Burnes impactaban en las paredes de su alrededor y destrozaban las ventanas. Tras ser descubierto por los tiradores de las otras azoteas, hubo de huir a toda prisa a través de un agujero en el muro exterior de su residencia, que había ordenado preparar ex profeso para su escape. Su plan consistía en dirigirse hacia el amurallado barrio qizilbash de Murad Khani y allí solicitar al líder chií probritánico Khan Shirin Khan ayuda urgente para Burnes. Sin embargo, mientras corría por las calles de Kabul, fue capturado por un grupo de insurgentes que iban en dirección opuesta. La multitud lo rodeó y, cuando estaban a punto de decapitarlo por ser un espía *kafir*, tuvo la suerte de que el grupo se encontrara con Mohammad Zaman Khan, un anciano jefe barakzai —primo hermano de Dost Mohammad—, al que Mohan Lal había facilitado, un año atrás, la rendición e integración en la corte de Shuja:

> El nabab salió de su casa y reprendió a los que me habían apresado. Me libró de sus garras, me llevó con él y me dejó con sus mujeres, que, como agradecimiento a la ayuda que les había prestado tiempo atrás,

me trajeron un suntuoso plato de pilaf para desayunar. En otras circunstancias, disfrutar de tal hospitalidad de mano de tan bellas mujeres afganas habría sido un acontecimiento del todo inesperado y agradable, pero, en este momento catastrófico, sentía que me ahogaba con cada grano de arroz. Después, estuve encerrado en un cuarto oscuro y el gentil nabab me pidió que me despojara de los anillos y los ocultara en alguna parte, para que su hijo no tuviera la tentación de cortarme los dedos para hacerse con ellos. Mientras tanto, mi casa era saqueada en su totalidad.[9]

Puesto que Mohan Lal —el testigo directo más cercano— se encontraba por aquel entonces escondido en un *zenana*, no hay ningún otro que pueda dar cuenta de los momentos finales de Burnes, y las muchas versiones existentes se basan, en mayor o menor medida, en simples rumores. La menos probable de todas ellas, aunque ciertamente la más imaginativa, es la de Mirza ‘Ata. En su narración, cuando los *ghazis* entraron en la residencia,

se dice que, en aquel momento, Burnes se encontraba en sus aposentos privados dándose un baño con su amante en el agua caliente de la lujuria y del placer […]. Los guerrilleros *ghazis* irrumpieron en la estancia y se abalanzaron sobre ambos, los expulsaron del vestuario de la vida, los mataron con sus espadas y arrojaron sus cadáveres a la fosa de las cenizas de la muerte. La casa fue saqueada; los combatientes abrieron las arcas y llenaron los faldones de sus ropas con monedas de la Compañía, que tintineaban con estruendo: «¡Clin, clin!». A continuación, atacaron la casa del *bakhshi* (tesorero), el capitán (Hugh) Johnson, y saquearon todas sus provisiones y dinero. Todos los ingleses de Kabul trataron de escapar y refugiarse en el acantonamiento.[10]

Munshi Abdul Karim ofrece un relato diferente en el *Muharaba Kabul wa Kandahar* [Guerra en Kabul y Kandahar], pero, al igual que Mirza ‘Ata, también sitúa el origen de la crisis en el insaciable apetito sexual de Burnes. En opinión del *munshi*, el punto de inflexión no lo marcó el incidente con la esclava de Abdullah Khan Achakzai, sino que «Burnes se encaprichó de una mujer afgana e hizo que encarcelaran a su marido».

Se dice que, un día, mientras hacía una inspección por la ciudad, de repente, vio a una joven afgana de inigualable hermosura de pie en la azotea de su casa. En ese mismo instante, Burnes se obsesionó con ella, por lo que olvidó sus deberes o cualquier sentimiento de religiosidad o

> vergüenza, y, tan pronto como regresó a su oficina, llamó al *kotwal*, al jefe de la policía, y le mandó que fuera a buscar al dueño de la casa. El agente cumplió las órdenes de inmediato y regresó con un joven soldado afgano, honesto y piadoso, dueño de la casa y esposo de la mujer de belleza simpar. Burnes dijo: «Tengo un trabajo para ti: si haces lo que te digo, te convertiré en un oficial, te haré rico y serás uno de mis hombres de confianza».
>
> «¿Y en qué consiste ese trabajo? ¿Qué he de hacer para satisfacer tus deseos?», inquirió el joven soldado.
>
> «Tienes una esposa hermosa como la luna llena, la he visto de pie en la azotea de tu casa y no puedo quitármela de la cabeza. ¡Dámela! ¡Deja que dé rienda suelta a mi pasión! ¡Cualquier cosa que pidas te será concedida!».
>
> El joven soldado temblaba de indignación, y, sumido en la furia de su honor ultrajado, murmuró entre dientes: «¡Sucia alimaña! ¿No sientes temor alguno a Dios? ¿Acaso crees que soy un proxeneta, que vendería a mi esposa por dinero? ¡Ten cuidado! ¡Una sola palabra más y la hoja de mi espada será mi respuesta!».
>
> Burnes, para evitar el escándalo, le puso unos grilletes y lo encerró en el calabozo, como si fuera un vulgar asesino.

En la versión de Munshi Abdul Karim, los que asestan el golpe de gracia a Burnes son los familiares del soldado:

> Doce parientes del joven irrumpieron en el cuarto de Burnes. Dos de ellos lo agarraron, lo tiraron al suelo y se sentaron sobre su pecho, mientras gritaban: «¡Animal! ¿Cómo te atreves a deshonrar a muchachas de noble estirpe? Se supone que tú eres el jefe de los tribunales de justicia, así que, dinos, ¿qué castigo le espera a una escoria como tú? ¿Qué dicen las leyes de los judíos, los cristianos o los parsis al respecto?». Burnes suplicó por su vida y pidió perdón, pero los afganos permanecieron impasibles. Lo asesinaron, descuartizaron su cuerpo, le afeitaron la barba y exhibieron su cabeza por las calles de la ciudad tras haber saqueado y prendido fuego a su casa; también mataron a todo aquel que acudió en su ayuda. Los alborotadores corrieron a la cárcel, redujeron y asesinaron a los guardias y liberaron al joven soldado y a los otros prisioneros. Otro grupo atacó la tesorería del *bakhshi*, abatieron con sus espadas a todos los guardias y oficiales que allí encontraron y saquearon el contenido de las arcas.[11]

Una tercera versión —sin duda la preferida por sir John Kaye, el gran cronista victoriano de la Primera Guerra Anglo Afgana— cuenta con la presencia de un «misterioso musulmán cachemiro» que, supuestamente, se ofreció a salvar a Burnes en tanto que las llamas engullían su casa. Este enigmático personaje, que no se menciona en ningún otro relato, parece que se dirigió al balcón donde los dos hermanos Burnes desafiaban a la multitud y, jurando sobre el Corán, se ofreció a llevarlos a un lugar seguro a través del

jardín de la parte de atrás. Como ya resultaba obvio que Macnaghten no tenía intención alguna de salvar a su joven asistente,

> los dos hermanos Burnes «se vistieron con atuendos locales» y siguieron a su guía hasta el jardín con la esperanza de poder escapar. Pero, solo habían avanzado unos cuantos pasos cuando «el Judas cachemiro proclamó a voz en grito: “¡Mirad, amigos míos! ¡Este es Sikander Burnes!”. En menos de un minuto la muchedumbre masacró a los pobres desdichados».[12]

Mohan Lal da una cuarta versión, quizá la más creíble de todas y, sin duda, la más conmovedora. Este afirmaba que, después de pasar una hora encerrado en el armario del *zenana*, suplicó a su anfitrión que le dejara subir a la azotea. Cuando Mohammad Zaman Khan accedió al fin, todo había terminado: Burnes, su compañero de viaje e íntimo amigo desde hacía diez años, había sido asesinado, y su casa, reducida a cenizas. Según lo que le contaron los guardias del nabab, que habían visto el desenlace desde su parapeto,

> tras la muerte de Charles Burnes, y una vez que el fuego hubo consumido por completo la habitación, sir Alexander Burnes se vio obligado a asomarse a la puerta del jardín. Desde allí, imploró por su vida a la multitud, pero (en cambio) recibió un torrente de insultos […] y todas sus esperanzas de salir vivo desaparecieron. Se despojó del pañuelo negro que llevaba al cuello y se lo ató alrededor de los ojos con el fin de no ver de dónde llegaría el golpe mortal que lo abatiera. Una vez hecho esto, salió por la puerta y fue despedazado por la furiosa turba en menos de un minuto.[13]

«Las espadas afiladas de doscientos valientes afganos redujeron su cuerpo a jirones de huesos», escribió Maulana Kashmiri.

> Los colgaron para que todos lo vieran
> de cada esquina fluía un río de sangre.
>
> Como botín se llevaron todos sus bienes y riquezas
> igual que el viento de otoño despoja a un árbol de sus hojas.[14]

Poco después, los rebeldes enviaron una proclama a los jefes de todo el país: «En la mañana del tercer martes del mes santo del Ramadán, asaltamos la vivienda de Sikander Burnes, junto con otros heroicos combatientes, desenfrenados como leones. Por la gracia de Dios todopoderoso, el más santo entre los santos, los valientes guerreros tendieron emboscadas por doquier y mataron a Sikander Burnes, a otros *firangis* de gran relevancia y a casi quinientos soldados; a todos los pasamos por el filo de nuestras espadas y a todos ellos los condenamos a la perdición eterna».[15]

El cuerpo decapitado de Burnes quedo abandonado en la calle para que se lo comieran los perros de la ciudad. Durante casi una semana, a nadie se le pasó siquiera por la cabeza el tratar de salvar lo poco que quedaba de él. Al final, el amigo de Burnes, Naib Sharif, con quien había compartido animadas veladas, envió a un sirviente para recoger sus restos putrefactos del suelo y enterrarlos en el jardín de la que había sido su casa en Kabul.[16]

En el momento de su muerte, sir Alexander Burnes, soldado, espía, viajero, diplomático y adjunto frustrado del enviado, tenía tan solo treinta y seis años.



Con la casa de Burnes y la tesorería de Johnson en llamas, y tras haber asesinado a los ocupantes de ambas residencias, la enfurecida turba fue abandonando, poco a poco, el bastión suní de Ashiqan wa Arifan y el Shor Bazaar, pasaron por delante de la mezquita el Pul-e-Jishti de Shah Zaman y atravesaron el puente en búsqueda de nuevos objetivos. Al mismo tiempo, a medida que se corría la voz del fructífero negocio de los saqueos, comenzaron a llegar a la ciudad miembros armados de las tribus del interior rural del país: «Los habitantes de las regiones circundantes escucharon la noticia del asesinato de Burnes», escribió Fayz Mohammad. «Al poco tiempo, mientras Shah Shuja y los oficiales ingleses seguían tratando de diseñar una estrategia, se concentró mucha gente en la capital […]. Los ghilzais se incorporaron a la multitud sin dudar un instante, ni siquiera pararon en la ciudad para deshacer sus equipajes: la infantería llevaba sus bolsas de comida a la espalda y la caballería, en las alforjas».[17]

Ya el día anterior, bien entrada la noche, *lady* Sale había visto desde su azotea a un gran número de jinetes kohistaníes armados que se dirigían a la

ciudad; ahora, el reguero de hombres armados de las tribus rumbo a Kabul procedía de todas las direcciones y formado por todas las etnias se convirtió en un torrente. «Abdullah Khan Achakzai y Aminullah Khan Logari dieron la bienvenida a los voluntarios armados que llegaron danzando alegremente al ritmo de los tambores desde todas las partes del país», escribió Mirza ‘Ata. «Los reunieron fuera de las murallas, bajo el estandarte de guerra del islam, y les dieron órdenes de atacar».[18]

En la mañana del asalto a la residencia de Burnes había unos trescientos rebeldes; en cambio, solo cuarenta y ocho horas más tarde, tres mil combatientes se reunieron en la ciudad y, tres semanas después las cifras aumentaron a casi cincuenta mil hombres. Este hecho sin precedentes movilizó a un abanico muy heterogéneo de grupos, con motivos y reclamaciones muy dispares, pero con un objetivo común: enfrentarse a los ingleses. Al haber llegado por separado, cada uno de los grupos —a veces rivales entre sí— levantaron campamentos diferenciados: en realidad, y sobre todo al principio, los insurgentes no conformaron la fuerza unitaria que los británicos imaginaban. Los partidarios de los barakzais tomaron el control del Shah Bagh, los vestigios de uno de los deteriorados jardines de recreo de Shah Jahan; los tayikos de Kohistán se establecieron en Deh Mazang; los ghilzais orientales, en el fuerte de Mahmud Khan; mientras que los fieles a la monarquía sadozai, como Aminullah Khan Logari, dominaban la ciudad vieja. La mayoría de los recién llegados no pertenecían a la élite durrani, sino más bien a grupos relativamente marginales: algunos eran pastunes preocupados procedentes de los valles y pasos montañosos del sur y el este de Kabul, de Koh Daman y Logar; pero, sin duda, el grueso de los recién llegados lo formaban los siempre levantiscos tayikos kohistaníes, muy afectados por las brutales campañas punitivas de Burnes y Sale del año anterior y alentados en gran medida por los *pirs* naksbandíes, en especial por Mir Aftab, un pariente de Mir Masjidi, que marchó con un gran contingente en la tarde del 3 de noviembre. Algunos, como los logaris, llegaron acompañados de sus propios jefes; otros, en cambio, se presentaron a título individual, por mor de la llamada a las armas de los ulemas suníes radicales y alentados por los rumores del rico botín que podían conseguir. Más tarde, Shuja escribió: «Estos hombres no se mueven por convicciones religiosas, simplemente dan su vida por la riqueza terrenal y no temen a la muerte».[19] Pero los rebeldes sí usaron la retórica de la guerra santa para reclutar y justificar su levantamiento, algo en cierta manera novedoso para la historia de los pueblos afganos, puesto que la mayoría de los conflictos previos se habían

producido entre musulmanes.[at1] «Todos los ciudadanos, grandes y pequeños, ricos y pobres, civiles y militares, fueron obligados a jurar su apoyo a la causa sobre el sagrado Corán», añadió Mohammad Husain Herati.[20]

Los primeros blancos de los rebeldes recién reforzados fueron una serie de fortines y torres defensivas diseminadas entre la ciudad y el acantonamiento y utilizados por los burócratas militares británicos como almacenes. «Todos estos fuertes estaban cerca de la ciudad», escribió Herati, «una red ininterrumpida formada por los recintos amurallados de las huertas y los canales de riego y cubiertos por árboles frondosos, lo que facilitaba que los guerrilleros pudieran acercarse sin ser vistos».[21] La elección de los objetivos no fue fruto del azar: los líderes rebeldes eran muy conscientes de que los suministros de los ingleses no estaban bien custodiados y de que no se almacenaban dentro del acantonamiento, sino en los fuertes de Jafar Khan, Nishan Khan y Mohammad Sharif.

> Se dieron cuenta de que si lograban destruir o capturar estos fuertes, los británicos morirían de hambre o se rendirían por falta de municiones; quizá ambas cosas. Así que, tras el asesinato de Burnes, se dirigieron a las afueras de la ciudad para destruir los fuertes y saquear las provisiones allí almacenadas. En cuestión de minutos, derribaron el fuerte Jafar Khan y lo prendieron fuego. Después, tomaron rumbo al fuerte Mohammad Sharif, adyacente al acantonamiento, donde los *ghazis* se centraron en derrumbar los muros y, como topos, empezaron a desenterrar los cimientos.[22]

Esa mañana, el capitán Colin Mackenzie se despertaba en el tercero de los recintos amurallados escogido como objetivo para el ataque, el Qal’a Nishan Khan: la fortaleza de la intendencia reservada para el abastecimiento de las fuerzas del sha. Esta fortaleza —que almacenaba provisiones de trigo y forraje para nueve meses, así como todos los suministros médicos de los británicos— se encontraba a menos de dos kilómetros del cuartel general británico y estaba flanqueada por el canal y el barrio qizilbash de Murad Khani, por un lado, y por el Shah Bagh, por el otro. Mackenzie había oído rumores sobre la existencia de ciertos problemas en la ciudad, pero permanecía absorto en la contabilidad del regimiento, con la que quería finalizar antes de acompañar al enviado británico a Peshawar al día siguiente.

> De repente, se detuvo ante mí un hombre desnudo y cubierto de sangre, con dos profundos cortes de sable en la cabeza y cinco heridas de mosquete en el brazo y por el cuerpo. Era un *sawar* (caballero) que sir W. Macnaghten había enviado con un mensaje para nosotros, pero que había sido interceptado por los insurgentes. Este resultaba ser un indicio bastante evidente del estado de la situación, por lo que al momento ordené que se cerraran todas las puertas. También mandé abrir aspilleras en las paredes de las plantas superiores de la casa del capitán Troup (que se encontraba a poca distancia), donde estaban posicionados un *naik* (suboficial) y diez cipayos. Mientras tanto, los habitantes de Deh-i-Afghanan, armados, se abalanzaron sobre nosotros a través de los jardines y comenzaron a disparar […]. Uno de mis hombres murió y otro resultó gravemente herido.

Los atacantes ocuparon todo el Shah Bagh y no fue posible desalojarlos a pesar de los repetidos ataques de los hombres de Mackenzie desde el fuerte, que continuaban sufriendo bajas.

> El paso al canal estuvo bloqueado durante todo el día, y la vigilancia era tal que uno de los civiles recibió un disparo mientras intentaba conseguir un poco de agua; no obstante, por fortuna, encontramos un viejo pozo de agua potable. A mediodía, sin más municiones que las que aún les quedaban a los propios soldados, me puse en contacto con al capitán Trevor y le pedí que nos hiciera llegar, al menos, munición; pero nunca recibimos dicha ayuda. El valeroso ofrecimiento del capitán Lawrence para acudir en nuestro auxilio si le concedían dos compañías también fue rechazado (por Elphinstone y Macnaghten). Por la tarde, no tuve más remedio que distribuir las provisiones de los almacenes del Gobierno. Los ataques continuaron intermitentemente durante la noche y albergábamos la terrible sospecha de que el enemigo estaba socavando nuestra torre noroeste.[23]

Esa misma tarde, mientras Mackenzie arriesgaba su vida, los líderes rebeldes valoraban sus opciones desde la ciudad. Hasta bien entrada la madrugada, habían mantenido sus caballos ensillados por si se producía el esperado contrataque británico a sus campamentos.[24] Sin embargo, estaba cada vez más claro que los ingleses seguían tan sorprendidos que eran incapaces de responder de una manera coherente, y varios jefes, que al principio les habían ofrecido sus servicios, tras ver la falta de arrojo de los

británicos, comenzaron a alejarse de estos y a posicionarse al lado de los insurrectos.[25] Como comentaba Vincent Eyre: «El asesinato de nuestros compatriotas y el expolio de la propiedad pública y privada fueron perpetrados con total impunidad a menos de dos kilómetros del acantonamiento y a los pies de las murallas del propio Bala Hisar. Tal muestra de debilidad por nuestra parte puso de manifiesto la fuerza del enemigo; además, aquellos que hasta entonces se habían mantenido al margen se volvieron en nuestra contra. Al final, la nación afgana se unió como si de un solo hombre se tratara para aniquilarnos».[26] El primer paso que dieron los líderes rebeldes consistió en organizar un gobierno provisional, en lugar de prepararse para una retirada rápida, y en elegir un líder, sin el cual no era lícito declarar la yihad.

Como la mayoría de los nobles que lideraron la sublevación habían sido fieles al sha, su primera iniciativa fue ofrecer a Shah Shuja la oportunidad de expulsar a los infieles que le habían restaurado. Sin embargo, y aunque Shuja no escondía el sentimiento de frustración que le provocaba la administración de los británicos, según Herati, las propuestas de los rebeldes fueron recibidas con una firme reprimenda del sha.

> Los jefes del levantamiento enviaron una delegación a su majestad: «Vos sois nuestro monarca y buscamos vuestro apoyo en nuestra lucha contra esta ocupación extranjera: ¡Os rogamos que os desentendáis de esta tribu de extranjeros!». Su majestad respondió: «Nuestro gobierno va unido al de los ingleses, que nos acogieron como invitados de honor durante treinta años; y aunque su imposición del inútil Uthman Khan como *nizam al-Daula* y visir nos ha causado mucho dolor, no les guardamos rencor: ¡Que lo que les suceda recaiga también sobre nosotros! Ante la negativa de su majestad, los rebeldes lo declararon un infiel, un *kafir*.[27]

En ausencia de un sadozai para dirigirlos, los insurgentes se dirigieron a los barakzais. Desde hacía unas semanas circulaba el rumor de que Akbar Khan, el inteligente e implacable hijo de Dost Mohammad, por fin había escapado de Bujará. Pero en su ausencia, los rebeldes se vieron obligados a recurrir al más anciano de sus primos barakzais, Mohammad Zaman Khan, el hombre que ese mismo día había salvado la vida de Mohan Lal. Cuando escuchó la primera noticia de los desórdenes, Zaman Khan había enviado a su hijo Shuja, ahijado del sha, para que le ofreciera al capitán Trevor sus

servicios.[28] Ahora, tras comprobar la nueva dirección en la que soplaba el viento, aceptó asumir el liderazgo de la revuelta y escribió una cortés misiva a Macnaghten en la que le explicaba que había aceptado la oferta «no por voluntad propia, sino para evitar males mayores». Le dijo que estaba preparado para convertirse en el visir de Shuja y en negociar una retirada pacífica de los británicos. «Eligieron a Mohammad Zaman Khan Barakzai como su líder», escribió Herati con tono de desaprobación, «y el que antes era por todos conocido como el "nómada rico", un pueblerino, se convirtió ahora en el hombre más poderoso de Kabul».[29]

No obstante, no se olvidaron de los dos verdaderos líderes del levantamiento: Aminullah Khan Logari fue elegido su *naib* o asistente (un título que conservó con orgullo durante el resto de su vida) y Abdullah Khan Achakzai, comandante en jefe del ejército rebelde. Se emitió la siguiente proclama: «Nawab Mohammad Zaman Khan Barakzai, *ghazi*, la flor atemporal merced a su bondad y maravilla de nuestra era por gracia de su devoción religiosa, ha sido elegido, por los musulmanes de todas las tribus, emir de los fieles e imán de los guerreros santos, y como tal es reconocido por todos».[30] Poco después, los mulás y *malangs* (derviches) se lanzaron a las calles de la ciudad golpeando sus tambores y proclamando formalmente el inicio de la yihad.

Mientras tanto en el Bala Hisar, Shah Shuja, que era muy consciente de la importancia vital de una respuesta inmediata antes de que la insurgencia cobrara más ímpetu, se sentía cada vez más desconcertado por la incapacidad de contratacar de Macnaghten: no solo era una actitud del todo contraproducente para sus intereses, sino que además contrastaba con su forma de actuar en tiempos de paz, siempre deseoso por controlar hasta el más mínimo detalle de la administración de Afganistán. Además, frente a la actividad frenética de la ciudad, el mando británico del acantonamiento permaneció, de forma inexplicable, tranquilo, como si se hubiera quedado atenazado por el miedo. Utilizando las palabras del propio Herati: «Su majestad decidió, finalmente, enviar a su secretario jefe al acantonamiento con un mensaje para Macnaghten: "¡No es momento para la pereza o las dilaciones! Envíe tropas a la ciudad, tómela por todos sus flancos y sofoque este disturbio antes de que alcance proporciones incontrolables; detenga a los líderes para evitar que se organicen del todo ¡Aún estamos a tiempo!"». Herati prosiguió:

> Macnaghten, por desgracia, pensó que su majestad estaba demasiado nervioso y decidió enviar un solo pelotón de *tilingas* (cipayos) con artillería a la fortaleza Bala Hisar con el fin de calmar los nervios del sha. Su majestad volvió a enviar un mensaje urgente: «Por ahora, en la fortaleza de Bala Hisar estamos seguros; lo que apremia es la seguridad de la ciudad, que debe ser restaurada de inmediato o, de lo contrario, ¡sus habitantes sediciosos nunca podrán ser controlados!». La única respuesta de Macnaghten fue: «¿Por qué tanta prisa?». Solo con que Macnaghten hubiera seguido el consejo de su majestad, si hubiera mandado las tropas inglesas necesarias para asediar la ciudad por todos sus lados y quemar las casas de los líderes insurrectos como castigo ejemplar se habría instalado el temor a Dios entre los alborotadores y restaurado el orden. Pero tal y como se desarrollaron los acontecimientos, Macnaghten continuó dando largas, mientras que su majestad, que solo disponía de su reducida guardia personal, tuvo que aceptar su voluntad.[31]

Los testimonios de algunos de los británicos del acantonamiento demuestran que estos también constataron el craso error en el que incurría Macnaghten al desdeñar la gravedad de la situación, a pesar incluso del impactante asesinato de su segundo de a bordo. «Desde el inicio, Macnaghten restó importancia a la insurrección», recordó Vincent Eyre, «y con su errónea percepción de los sentimientos generales del pueblo afgano hacia nosotros no solo se engañó a sí mismo, sino que indujo al general al error. Pero muy pronto todos fuimos conscientes de la cruda realidad».[32] Es más, al principio de la tarde, en vez de contratacar, Macnaghten decidió replegarse: abandonó el complejo de la misión, que se encontraba en la periferia del acantonamiento, y transfirió su cuartel general civil al interior de este. Mientras tanto, Elphinstone ordenó que se doblara la guardia alrededor de las murallas del cantón. A pesar de que los afganos contaban con cinco mil soldados armados, una amplia artillería a caballo y un almacén repleto de municiones a su disposición, fueron estas las únicas decisiones que tomaron los comandantes británicos. «Veremos qué nos depara el nuevo día», escribió Elphinstone a Macnaghten, «y más adelante ya decidiremos».[33] La extraordinaria *lady* Sale estaba horrorizada. «La confusión e indecisión reinaban», escribió. «El enviado montó en su caballo y se dirigió a la entrada, para luego darse la vuelta […]».

Pero pronto *lady* Sale tendría otros asuntos más graves por los que preocuparse; habían traído al teniente Sturt, su nuevo yerno, en camilla desde

el Bala Hisar, «cubierto de sangre e incapaz de articular palabra. Las heridas de la cara y el hombro le afectaron el sistema nervioso; estaba pálido y débil a causa de la pérdida de sangre y no abría la boca, ya que su lengua estaba hinchada y paralizada. No podía tumbarse porque la sangre lo asfixiaba. Con dificultad y gran dolor, lo llevaron al piso de arriba, donde lo acostaron en la cama, y cuando el doctor Harcourt examinó sus heridas —causadas sobre las diez de la mañana—, a la una del mediodía, ya estaban frías y con coágulos». [34]

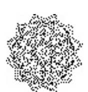
Mientras esto sucedía en el acantonamiento, el general de brigada Shelton condujo sus tropas —con cierto retraso— al Bala Hisar desde el otro lado de la ciudad, aunque no tenía claro qué debía hacer al llegar allí. Alrededor de las tres de la madrugada, George Lawrence regresó al *durbar* de Shah Shuja e informó de que se había encontrado al obtuso Shelton

> abriendo fuego sin ton ni son sobre la ciudad con dos de sus cañones. No encuentro palabras para describir la reacción del general de brigada Shelton frente a esta crisis […]. Estaba fuera de sí, no sabía cómo actuar y cada expresión de su rostro reflejaba su impotencia. En ese instante, me preguntó qué debía hacer, a lo que le respondí: «Entra en la ciudad lo antes posible». Me reprochó con brusquedad: «Mis fuerzas son insuficientes, parece que no sepáis lo que conlleva combatir casa por casa […]». El rey me preguntó en más de una ocasión la razón por la cual las tropas no intervenían y parecía estar, con toda la razón, profundamente molesto por nuestra inactividad. Shelton sabía que el rey se encontraba muy nervioso porque él no tomaba medidas activas para sofocar el levantamiento, pero se sentía en extremo bloqueado […].[35]

Fue justo esta inercia la que permitió que un movimiento de protesta espontáneo de algunos jefes descontentos —que se podría considerar un gesto desesperado de ira, pero nunca como el comienzo de una gran revolución— uniera a todo un pueblo bajo el estandarte del islam, en uno de los desafíos más peligrosos a los que el Imperio británico se tuvo que enfrenar durante todo el siglo XIX. «La indecisión e incompetencia reinaron en nuestros consejos militares y paralizaron los corazones de aquellos que debían actuar con energía y determinación», concluyó Lawrence. «Por su vergonzosa cobardía, un simple disturbio, que podría haber sido sofocado rápidamente con el empleo de un pequeño contingente, se convirtió en una insurrección

incontrolable que, en última instancia, provocaría la destrucción de un valeroso ejército».[36]

Por la noche, al ver que sus aliados se encontraban cada vez más alicaídos, Shah Shuja trató de animar a los desanimados oficiales con un banquete; pero la respuesta de estos fue desoladora. ¿Cómo podían asistir a una cena —replicaron— cuando habían dejado sus uniformes de gala en el acantonamiento?[37] Incluso en estos momentos, con Kabul en llamas y su posición cada vez más debilitada, los británicos seguían decididos a respetar los protocolos y la etiqueta.



En la mañana del 3 de noviembre, Eldred Pottinger comenzaba a ponerse nervioso. Se encontraba estacionado con solo un centenar de tropas en un pequeño recinto fortificado —un antiguo caravasar reconvertido— en Laghmani, en la cima de una colina a unos cien kilómetros al norte de Kabul y a corta distancia del cuartel británico de Charikar, que albergaba la administración de Kohistán. En esos momentos, un número cada vez mayor de kohistaníes fuertemente armados se reunían alrededor de su torre defensiva. Se suponía que los miembros de las tribus estaban allí para intentar mediar entre la administración de Pottinger y algunos jefes descontentos del distrito de Nijrab, que se habían rebelado en 1840 y, como consecuencia, sufrieron las graves represalias de las expediciones punitivas de Sale ese mismo otoño. Pero Pottinger tenía un mal presentimiento: «Me alarmé al ver que sus filas continuaban creciendo», escribió más tarde,

> y por su negativa a atacar los castillos de los jefes (insurgentes) que formaban el ejército de Mir Masjidi (el líder rebelde de Kohistán). Este presentimiento me llevó a tomar algunas precauciones para evitar que mi posición se viera comprometida por sorpresa. Sin embargo, me pareció poco prudente expresar abiertamente mis sospechas, por lo que me limité a tomar medidas parciales […]. El 3 de noviembre, el aumento de hombres armados alrededor de mi residencia era tan alarmante que me vi forzado a defender las torres (del fuerte). Por la mañana, los jefes que habían acompañado a los de Nijrab se mostraron muy ansiosos de que recibiera a sus amigos, y los que ya estaban aquí

exigieron regalos y se indignaron al no conseguirlos. Envié varios mensajes a estos últimos indicando que si hacían lo que les pedía, no solo recibirían regalos, sino que les procuraría atuendos honoríficos en nombre del rey.

El ayudante de Pottinger, el teniente Charles Rattray[at2], se dirigió entonces a saludar a los recién llegados, que estaban sentados en un campo de rastrojos adyacente al fuerte, a unos treinta metros de distancia. Según el relato de Mole Ram, un *havildar* (suboficial) gurka: «Convencieron al señor Rattray, que dirigía uno de los contingentes afganos, para que, supuestamente, saliera a examinar a algunos nuevos reclutas que querían unirse al servicio. Eran hombres a caballo que, mientras el teniente pasaba revista, lo rodearon y abatieron a golpe de pistola».[38] Entre tanto, Pottinger conversaba con algunos de los jefes de Nijrab cuando uno de sus reclutas afganos «corrió hacia él para informarle de la traición».

No fui capaz de entender lo que me quería decir, puesto que me hablaba solo mediante indirectas, pero pronto los sonidos de los tiros nos alarmaron. Los jefes que estaban conmigo se levantaron y huyeron y yo escapé hacia el castillo, entré por la puerta trasera, la aseguré y subí a lo alto de la muralla. Desde allí observé cómo el señor Rattray yacía gravemente herido a unos trescientos metros de distancia y vi a los supuestos nuevos reclutas correr por doquier con el botín obtenido en el campamento del destacamento hazirbash. Al ver al señor Rattray, un grupo de enemigos que cruzaban el campo corrieron hacia él, uno de ellos le puso el revólver en la cabeza y lo remató, mientras los otros lo disparaban por todo el cuerpo. Nuestros guardias, ya en posición, cargaron sus mosquetes y abrieron fuego, despejando rápidamente los espacios abiertos. Pero el enemigo siguió atacándonos refugiado detrás de los numerosos muros y cursos de agua circundantes.[39]

A la noche siguiente, cuando las municiones empezaron a agotarse —debido a que habían salido de su base principal de Charikar con poco «más que lo que los soldados llevaban en sus cartucheras»—, Pottinger y su escolta gurka abandonaron su posición al amparo de la oscuridad. Tras haber abandonado su arsenal y la tesorería, además de a todos los rehenes afganos que habían tomado a los jefes de Kohistán, consiguieron llegar hasta el cuartel británico principal al fondo del valle, donde estaba estacionado un

destacamento completo de setecientos cincuenta gurkas con sus familias, unas doscientas personas entre mujeres y niños. También poseían tres cañones, aunque ningún cuerpo de caballería. Aquí, Pottinger tuvo que enfrentarse a un nuevo problema: en el cuartel, aún a medio terminar y sin puertas, todavía no se había excavado un pozo, por lo que la guarnición sitiada se quedó sin agua al poco tiempo.[at3] Por la noche, cada vez que un grupo de voluntarios salía a buscar agua al canal cercano, sus miembros resultaban capturados o muertos. Y la poca cantidad de agua que conseguían acarrear al campamento «la acababa rápidamente el primero que se hacía con ella».

«Por la noche, los hombres iban a hurtadillas», recordaba el *havildar* Moti Ram,

> a un manantial cercano al que los afganos habían desviado el curso. Los que tenían cantimploras, las llenaban, y los que solo contaban con *lotas*, las llevaban escondidas entre la ropa para que el brillo del metal no los delatara. Aquellos que no tenían ni *lotas* ni cantimploras recurrían al uso de paños: los sumergían en la fuente y se los llevaban de vuelta empapados. Cuando alguno de estos valientes aventureros regresaba a la fortaleza, todos se arremolinaban a su alrededor para conseguir un sorbo. Los afganos, sin embargo, descubrieron esta práctica y empezaron a disparar a todos aquellos que se acercaban al cauce. No quedaba ni una sola gota de agua en el fuerte y los hombres enloquecían por la sed.[40]

Mientras tanto, los miembros de las tribus kohistaníes llegaban a raudales: en cuarenta y ocho horas, se congregaron unos veinte mil tayikos para asediar a Pottinger y sus gurkas en sus cuarteles a medio terminar. «Parece como si todos los hombres del país se hubieran reunido para luchar contra nosotros», escribió el teniente John Haughton, un compañero dublinés de Pottinger.[41] Al día siguiente, los sitiadores se hicieron con el control de la fortaleza más cercana, que sobrepasaba en altura a los barracones ingleses, y «el fuego empezó llover sobre nuestra plaza». Poco después, Pottinger fue herido de gravedad en el muslo por una bala de mosquete, y su comandante militar, el capitán Christopher Codrington, recibió una herida mortal en el pecho.

En los días siguientes, la desesperación se apoderó de los ingleses. «(Las últimas reservas de) agua se repartieron, exclusivamente, entre los soldados», informó Haughton, «había, más o menos, la mitad de una taza de té para cada hombre, aunque gran parte de lo que quedaba era barro […]. Muchos

chuparon la carne cruda (de las ovejas) para calmar su sed. Combatir es siempre duro, pero hacerlo sin agua es casi imposible. El sufrimiento era atroz […]. Pronto nos quedamos sin voz, nuestros labios se agrietaron, nuestras caras estaban llenas de polvo y humo y nuestros ojos, inyectados en sangre». A finales de semana, toda la guarnición comenzó a sufrir alucinaciones. «Hacia el mediodía», escribió Haughton,

> se me hizo saber que un grupo de hombres se acercaba desde Kabul. En seguida salí a comprobarlo y pude confirmar la noticia, pero ¿eran refuerzos o enemigos? Sentí un enorme alivio al reconocerlos con el telescopio. Los primeros eran jinetes, nuestro 5.º Regimiento de Caballería, reconocibles por sus tocados blancos. Todos nos alegramos y lágrimas de felicidad bañaron mi rostro. Pero, por desgracia, nuestra alegría duro poco: todo había sido un espejismo, un rebaño de ovejas pastando nos había jugado una mala pasada.[42]



La situación era muy similar al este de Afganistán. De un día para otro, todas las aldeas se volvieron en contra de los ingleses.

En el paso Jáiber, el piquete británico de Pesh Bulaq fue atacado y sus tropas se vieron obligadas a replegarse a Peshawar.[43] El 3 de noviembre, al sur de Kabul, un pequeño contingente de cipayos al mando del teniente Crawford conducía a un grupo de jefes rebeldes afganos capturados de Kandahar a Gazni. «Marchamos durante toda la noche y al amanecer llegamos a Mushki», recordaba uno de esos cipayos, Himat Baniah, cuando fue interrogado durante el subsiguiente consejo de guerra.

> Los habitantes de Mushki y de las aldeas adyacentes se reunieron en torno a las ocho de la mañana y, de repente, unos quinientos hombres nos atacaron. Estaban armados con mosquetes y espadas, llegaron montando un gran alboroto y mataron a muchos de los nuestros. El resto huyó cada uno por su lado. Escuché que el teniente Crawford llegó hasta Monee. Cuando los quinientos hombres se abalanzaron sobre nosotros, perdí todo lo que tenía, incluso la ropa. Después me di a la fuga, pero no pude llegar muy lejos. Alrededor de las cinco de la

tarde, dos jinetes descubrieron mi escondite, me tomaron prisionero y me llevaron a un fuerte llamado Ghardeh.[44]

Poco después, Gazni fue rodeada y sitiada por un gran contingente de ghilzais. Solo Kandahar, bajo la férrea vigilancia del general Nott, seguía en calma. «No me van a pillar en la cama como a mis compañeros de Kabul», escribió Nott. «He tomado todas las precauciones necesarias para garantizar la seguridad de esta parte del país».[45]

Mientras tanto, en Kabul se intensificaban los ataques a los dos fuertes de intendencia. El 3 de noviembre, la casa torre del capitán Trevor —situada justo en frente de la fortaleza que almacenaba las provisiones del sha— fue asaltada por los rebeldes en cuanto él y su familia huyeron por la puerta trasera durante la noche. Sin embargo, y a pesar de que dichos fuertes contenían todos los víveres británicos reunidos durante el largo invierno afgano y se encontraban a menos de tres kilómetros del acantonamiento donde cinco mil cipayos armados esperaban órdenes de brazos cruzados, ni Elphinstone ni Macnaghten enviaron tropas ni municiones para ayudar a defenderlos. «Todavía no se ha tomado ninguna medida de carácter militar para proteger nuestro único medio de subsistencia en caso de sufrir un asedio», escribió en su diario una *lady* Sale cada vez más frustrada. «Este fuerte (una vieja edificación infestada de ratas) alberga la totalidad de vituallas de Bengala. Si es capturado, perderemos todas nuestras provisiones y se interrumpirán nuestras comunicaciones con la ciudad. El enviado y el general siguen sin mover un dedo».[46]

El general de brigada Shelton no estaba siendo mucho más efectivo. «Desde el inicio, Shelton parecía haber perdido toda esperanza de victoria», escribió Mohan Lal, «lo que afectó muy negativamente a los soldados».[47] «A pesar de contar con una fuerza superior a la empleada en el asalto a plena luz del día del fuerte de Qalat, Shelton permaneció completamente paralizado», confirmó George Lawrence. «Ni siquiera se llevaron a cabo acciones tan obvias como la protección del Shah Bagh (mogol) y del fuerte Mohammad Sharif (que dominaba el acantonamiento), incluso a sabiendas de que estos enclaves se situaban entre nosotros y los fuertes que contenían la intendencia, de la que dependía la supervivencia de nuestro ejército».[48]

El 4 de noviembre, Hugh Johnson, el tesorero de las fuerzas de Shah Shuja, se dirigió a Elphinstone y le expuso la seriedad de la situación sin tapujos. Le dijo al general que «en los acantonamientos solo había provisiones para dos días […] que no podíamos conseguir suministros de las

tierras de alrededor con el enemigo establecido en los fuertes vecinos y que el hambre destruiría a nuestras tropas de manera inevitable, a no ser que tomáramos posesión del fuerte de intendencia costase lo que costase». Aunque a regañadientes, Elphinstone no tuvo más remedio que suscribir el análisis de Johnson; envió un mensaje al hombre que estaba al mando de la defensa del fuerte, el alférez Warren, del 5.º de Infantería Indígena —«un hombre decidido y valiente, de pocas palabras y que siempre iba acompañado de dos bulldogs»—, diciéndole que le enviaría refuerzos a las dos de la madrugada. Pero Elphinstone no hizo nada para cumplir su promesa. Entonces, Warren respondió con una serie de mensajes en los que imploraba ayuda inmediata y le explicaba que, a menos que fuera relevado sin más tardar, tendría que abandonar su posición, puesto que el grueso de su guardia —que ya inicialmente contaba con solo setenta hombres— había huido. El fuerte fue, a la postre, abandonado a las cinco de la mañana del día siguiente, después de que Warren y un puñado de hombres hubieran esperado más de tres horas a que llegara la ayuda que Elphinstone les había prometido. «El enemigo lo tomó de inmediato», escribió *lady* Sale, «privándonos del que era (casi) nuestro único medio de subsistencia».

Ahora solo quedaba intacto uno de los centros británicos de suministros, el Qal’a Nishan Khan, defendido por Colin Mackenzie y donde se almacenaban las numerosas reservas destinadas al Contingente de Shah Shuja. Desde sus parapetos, los defensores observaban con tristeza «el saqueo de la casa de Trevor», escribió Mackenzie, «y al enemigo tomando posesión de la parte superior de esta, que sobrepasaba nuestras defensas, disparando sus *yezails* con tal precisión que dejaron la cara occidental de nuestra plaza sin centinelas». Su relato continuó de la siguiente manera:

> Solo podía llegar a la torre que estaban socavando arrastrándome a cuatro patas por un pequeño tramo de escaleras y echando abajo una puerta. En una de mis visitas, el centinela me dijo que había un afgano justo enfrente que disparaba desde una aspillera; no pude ni verlo, aparté la cabeza y cuando el centinela se acercó a mirar por la abertura, cayó muerto a mis pies de una bala en la frente […]. Al medio día, el enemigo derribó hacia el interior del cuartel gran parte de un muro, y las balas de cañón hicieron temblar los pisos superiores de una de nuestras torres. Nuestra desesperación iba en aumento a medida que nos quedábamos sin municiones […]. Los afganos transportaban gran cantidad de leña y rastrojos con combustibles en los extremos, que depositaban a los pies de la muralla para prender fuego a mi puerta.

Algunos de los *sawars* de Mackenzie se embarcaron entonces en «una especie de motín» y planearon huir a caballo. «Sofoqué la revuelta presentándome entre ellos con un arma de doble cañón en la mano. La amartillé, ordené que cerraran las puertas y amenacé con disparar al primero que me desobedeciera. Me vieron tan decidido, en parte porque me había hecho a la idea de que iba a morir, que obedecieron». Por la noche, Mackenzie y sus hombres estaban exhaustos tras haber «luchado y trabajado sin descanso durante casi cuarenta horas seguidas».

> Aunque fui abandonado por mis propios compatriotas a una muerte casi segura —como todo parecía indicar—, pude contar con la lealtad de mis soldados afganos hasta el final, a pesar de las muchas y tentadoras ofertas que recibieron para traicionarme. Cuando apenas nos quedaba munición, Hasan Khan (el comandante de las tropas *yezailchis* afganas de Mackenzie) vino a mí y me dijo: «Creo que hemos cumplido con nuestro deber. Si considera necesario morir aquí, moriremos, pero pienso que ya hemos hecho suficiente».[49]

Mackenzie decidió entonces preparar la retirada. Como era Ramadán, planearon escapar poco después de la puesta del sol para que la huida coincidiera con la cena *iftar* de los sitiadores. Los tiradores afganos de Hasan Khan encabezarían el grupo, seguidos por los heridos —transportados en camillas improvisadas—, las mujeres y los niños, y Mackenzie marcharía en la retaguardia. El plan consistía en evitar todas las aldeas y seguir el curso del canal hasta vislumbrar el acantonamiento, para luego continuar la marcha campo a través. Todo el equipaje y los alimentos serían abandonados.[50]

Pero, algo que parecía sencillo en teoría, no lo era tanto en la práctica. «En general, las retiradas nocturnas suelen ser un desastre», escribió Mackenzie,

> y esta no fue una excepción, puesto que, a pesar de mi orden estricta de dejar todo el equipaje atrás, muchas pobres mujeres se las ingeniaron para cargar sus escasas posesiones sobre los hombros, por lo que sus hijos iban a pie y aumentaban así las posibilidades de que nos descubrieran por sus llantos. Mientras pasaba entre las mujeres para comprobar que cumplían mi orden, una joven gurka de dieciséis o dieciocho años, que llevaba ceñida en su faja una espada, se acercó a mí y, arrojando a mis pies todo lo que llevaba, me dijo: «*Sahib*, usted tiene

> razón, salvar la vida es mejor que salvar estas cosas». Era una hermosa criatura, de tez clara y grandes ojos oscuros, y se quedó allí, de pie, envuelta en sus ropajes que dejaban libres sus extremidades, era la viva imagen de las ganas de vivir, del espíritu y la energía. Nunca más la volví a ver, y temo que la mataran o hicieran prisionera durante nuestra marcha nocturna.

Abrieron fuego sobre la columna antes siquiera de que esta hubiera recorrido un kilómetro. El grupo de Mackenzie rápidamente se separó de los *yezailchis* que encabezaban la retirada; solo, atacado por el enemigo, «con un *chaprasi* y dos *sawars* en medio de una multitud de mujeres y niños asustados» y, al poco tiempo, rodeado. Primero pensó que eran sus propios hombres, pero estos «al punto le demostraron que estaba equivocado al atacarme con sus espadas y cuchillos al grito de: ¡*Firangi hast!* (“¡aquí hay un europeo!”)». Mackenzie espoleó su caballo y dio media vuelta,

> blandí mi espada a diestro y siniestro. Gracias a Dios, mis golpes frenaron la mayor parte de los suyos, y tuve la suerte de cortar la mano a mi asaltante más atroz. Corté limpiamente el brazo de aquel hombre, pero, justo después de eso, recibí un golpe tan tremendo en la nuca que, aunque el sable de mi adversario se le giró en la mano, me caí del caballo. Me quedé colgando de un pie […] y lo siguiente que recuerdo fue encontrarme erguido en la silla de montar frente al enemigo, con todo el piquete disparándome. Salí ileso de dos descargas de mosquetes. El piquete me persiguió, pero conseguí distanciarme al cruzar varios campos a gran velocidad […]. Aunque avancé con cautela, para mi desgracia, me encontré con que el camino estaba bloqueado por otro denso grupo de afganos. La huida era imposible, así que, poniendo toda mi confianza en Dios, me abalancé sobre ellos, a la espera de abrirme paso gracias al peso de mi caballo y poder reservar así mi espada para el último combate. Resultó ser una decisión acertada: cuando conseguí derribar a unos cuantos hombres, descubrí que eran mis propios *yezailchis*.

Finalmente alcanzaron el acantonamiento. «Durante la noche», observó Mackenzie, «muchos rezagados de mi grupo continuaron llegando, sobre todo civiles. Sufrimos doce bajas en total. De todos los errores que nos condujeron a la derrota, el no haber reforzado mi posición fue el peor. Todos los afganos

con dos dedos de frente admitieron que, con la ayuda de un par de regimientos, la ciudad habría permanecido bajo nuestro control».[51]

Hugh Johnson, estupefacto porque los generales hubieran dejado que su tesorería cayese en manos de los rebeldes, quedó aún más perplejo tras saber de la pérdida de todas las provisiones, tan solo treinta y seis horas después del inicio de la revuelta. «Cuatro *lakhs* de rupias de trigo, cebada, vino, cerveza y todo lo necesario para subsistir se entregó al enemigo sin oponer ni la más mínima resistencia», escribió en su diario al día siguiente.

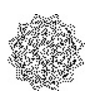
> Hasta entonces, muchos de los rebeldes —en especial los miembros de la influyente y numerosa tribu de los qizilbash— habían evitado el combate y, seguramente, estaban atónitos ante nuestra inactividad durante los dos primeros días y la aparente apatía tras la pérdida de nuestra tesorería y el asesinato de nuestro residente; ni en sus mejores sueños habrían imaginado que un contingente británico de cinco mil hombres, cuya férrea disciplina, valor y el buen juicio de sus comandantes eran notorios, se sentaría dócilmente a esperar mientras unos cuantos salvajes miserables y mal organizados les desafiaban a las puertas de sus cantones.
>
> Sin embargo, la nación afgana había despertado. Cada uno de sus hombres se convirtió en nuestro enemigo y, lejos de la alta estima en la que nos habían tenido hasta entonces, ahora nos miraban con el más absoluto de los desprecios. El fuerte que albergaba los suministros se convirtió en un gran hormiguero. Al mediodía, miles de afganos procedentes de todos los lugares del país se congregaron para repartirse el botín de guerra de los perros ingleses: todos arrasaban lo que podían mientras nosotros observábamos impotentes.[52]

Las fuentes afganas afirman que, en tan solo veinticuatro horas, los rebeldes saquearon los suministros militares y alimentos para tres años y los llevaron al interior de la ciudad. «Transportaron el botín sobre sus cabezas y distribuyeron miles de *maunds* de grano entre los aldeanos y nómadas afganos, de tal modo que, después de haber llenado su estómago, estos también se unieron a la revuelta», escribió Munshi Abdul Karim. «Destruyeron todo lo que pesaba demasiado como para ser acarreado con facilidad».[53]

Lady Sale era muy consciente de la gravedad de lo sucedido: «El saqueo ha dado confianza al enemigo y ha causado gran indignación entre los europeos, que han perdido todo su ron. Pero la pérdida de los suministros médicos, la fécula, el arruruz, el vino, etc., ha sido una verdadera tragedia para los enfermos».[54] Unas semanas después, cuando la noticia de lo ocurrido llegó a oídos de George Broadfoot, que se encontraba en la sitiada ciudad de Jalalabad, este escribió enfurecido en su diario:

> Colin Mackenzie estaba atrincherado en un antiguo fuerte a las afueras de la capital. Resistió durante dos días y, posteriormente, tuvo que

> abrirse camino y enfrentarse a una gran fuerza, algo que parecía impensable en sus condiciones; aún tras haber recibido él mismo dos heridas de sable, consiguió que todos sus hombres y una multitud de mujeres y niños llegaran sanos y salvos. Fue un acto heroico sin igual. Ahora, sin embargo, muchos de esos niños y mujeres desgraciados han perecido o se han convertido en esclavos porque cinco mil hombres no han podido hacer lo que Mackenzie consiguió con tan solo cincuenta.[55]



El hambre pronto se instaló en el acantonamiento sitiado.

A las tropas se les habían reducido las raciones a la mitad, pero, tal y como había sucedido dos años atrás en la marcha mortal a través de Bolán, los primeros en sufrir las consecuencias fueron los civiles y los animales de carga. «Nuestro ganado lleva días sin comer», escribió Johnson en su diario una semana después. «No podemos darles ni una brizna de hierba, ni un poco de *busa* (forraje) o de grano.[at4] La cebada que nos queda se les sirve al séquito de civiles, cuyas raciones se han visto reducidas a un cuarto. Nuestro ganado subsiste de las ramas y cortezas de los árboles. Ninguno de nuestros animales está en condiciones de transportar ningún tipo de carga».[56] La semana siguiente la situación era aún más grave: «Nuestros civiles llevan dos días alimentándose de los cadáveres de los camellos y caballos que han muerto de inanición. Los árboles de los acantonamientos están desnudos, desprovistos completamente de ramas y corteza».[57]

Johnson no tardó en reconocer la única fuente de alimento a la que podían tener acceso los británicos: la aldea del santuario sufí de Bibi Mahru («la señora del rostro de la Luna»), conocida por los británicos como Bemaroo, que se encontraba en una cresta no muy elevada que dominaba la parte posterior del cantón a menos de un kilómetro al norte.[at5] Johnson consiguió, al fin, llegar a un acuerdo con el jefe del pueblo y una pequeña cantidad de trigo arribó al acantonamiento, aunque solo fue suficiente para cubrir las necesidades de unos cuantos días.[58] Para empeorar aún más la situación, las temperaturas empezaron a bajar y cayeron las primeras nevadas del invierno. Al mismo tiempo, los insurgentes comenzaron a bombardear el acantonamiento utilizando los cañones que habían capturado en la ciudad y en los fuertes de la intendencia. Y aunque los afganos —que durante la guerra

tuvieron grandes dificultades para encontrar artilleros experimentados— no se caracterizaban por la puntería ni por su método de bombardeo, los impactos ocasionales en el interior del cantón sirvieron para desgastar la moral de las tropas sitiadas.

Al fuego de los cañones pronto se le unieron las descargas de los mosquetes desde el fuerte de Mohammad Sharif, capturado por los rebeldes al día siguiente, que se encontraba justo en frente de la entrada principal del acantonamiento y flanqueaba el camino que conducía a la ciudad. Los afganos lo había tomado sin ningún tipo de oposición y, rápidamente, habían abierto aspilleras en sus muros para poder abatir a cualquier británico que intentara salir por la puerta delantera. El 6 de noviembre, Elphinstone puso aún más trabas a la resistencia al alegar «¡escasez de pólvora!» y, por tanto, prohibir el fuego británico desde las murallas, según cuenta una escéptica *lady* Sale, a lo que añadió: «Cuando en aquellos momentos contábamos con reservas suficientes como para resistir un asedio de doce meses».[59]

A estas alturas, todos tenían claro que Elphinstone suponía una carga. «Nadie vacila en señalar que nuestro jefe debería ser apartado de su cargo», señaló *lady* Sale en su diario. «La cabeza del pobre general se encuentra en permanente confusión debido a la diversidad de opiniones que escucha, y las grandes dolencias que sufre en todo el cuerpo comienzan a nublarle el juicio. Hay muchos rumores, muy censurables, que hablan de la retirada y la consiguiente deserción de nuestras tropas musulmanas. Todo ello afecta de manera muy negativa a nuestros hombres».[60] Tenía razón: las tropas estaban desconcertadas e incómodas por la falta de liderazgo y la repentina pérdida de confianza. «Los ánimos del ejército estaban por los suelos», escribió el cipayo Sita Ram. «Todos los días se producían peleas y, como no había buena comida para los soldados europeos, estos se mostraban alicaídos y no luchaban tan bien como solían hacerlo». Para empeorar aún más las cosas,

> El frío era tan intenso que anuló casi por completo al contingente cipayo del ejército […]. Sufríamos el fuego de los cañones día y noche, el enemigo parecía multiplicarse y sus largos *yezails* superaban en alcance a los nuestros; y aunque no eran capaces de resistir una carga regular, en cuanto lograban refugiarse detrás de muros, casas, etc., su fuego resultaba muy angustioso […]. El ejército se encontraba en una situación miserable […]. El precio de la comida alcanzaba cotas absurdas y todo el mundo soportaba grandes dificultades. Pude ver a muchos sahibs derramar lágrimas de impotencia y culpar a sus

> generales y líderes por la humillación sufrida; decían que sus comandantes eran demasiado viejos y por completo inútiles […].[61]

El 9 de noviembre, con el fin de proporcionar a Elphinstone —quien, paralizado por la gota y las derrotas sucesivas, estaba sumido en una profunda depresión— una solución alternativa, Macnaghten decidió llamar a Shelton, que se encontraba en el Bala Hisar. Se trataba de otro craso error: Shelton no solo estaba demostrando la misma pasividad que el propio Elphinstone, sino que además estaba convencido de que la situación de los ingleses era desesperada. «No trajo consigo ni consuelo ni ayuda», escribió Colin Mackenzie, «y hablaba sin tapujos de la retirada». Al llegar, cuando Mackenzie le preguntó cómo se encontraba, Shelton respondió: «Físicamente, como una rosa». «Bueno», dijo Mackenzie, «ya es mucho para los tiempos que corren». Entonces el general de brigada se volvió hacia él con un rostro lúgubre y pronunció las siguientes palabras: «Somos polvo y en polvo nos convertiremos».[62]

Por otra parte, la llegada de Shelton abrió, además, una brecha entre los altos mandos británicos: Macnaghten creía que debían «conservar su posición a cualquier precio», mientras que Shelton «abogaba vigorosamente por una retirada inmediata hacia Jalalabad». «La diferencia de opiniones sobre una cuestión de tan vital importancia tuvo consecuencias desastrosas», escribió Vincent Eyre. «En un momento crítico, privó al general de la fuerza que nace del consenso».[63]

La llegada de Shelton al acantonamiento supuso también el abandono de la única fortaleza bien defendida y con suministros de Kabul. La debilidad de la posición británica en el acantonamiento era conocida por todos, por tanto, en el plano estratégico, habría sido mucho mejor abandonarlo y marchar con todas las tropas al Bala Hisar. «Aunque todos estábamos hambrientos y nos alimentábamos de caballos y camellos, podríamos haber llegado al Bala Hisar y haber aguantado un año allí», pensó Mackenzie. «Las tribus se habrían rendido en una quincena. Y, a pesar de que habríamos podido contar con una fortaleza robusta que dominaba la capital y que era capaz de albergar a todo nuestro ejército, nada indujo a los comandantes a intentar ocuparla».[64]

Nadie era más consciente de la imposibilidad de defender de manera efectiva el acantonamiento que el teniente Sturt, que lo había diseñado. Desde su lecho de enfermo, en sus *pyjamas* y «alterado como un loco porque todo estaba saliendo mal», enviaba continuos mensajes a los comandantes, en los cuales les instaba a que se refugiaran en la antigua fortaleza de Shuja y a que,

de ninguna manera, la abandonaran. «Si hubiéramos seguido el consejo de Sturt, podríamos enviar municiones a la fortaleza todas las noches», apuntó *lady* Sale en su diario, «y, cuando tuviéramos la cantidad suficiente, podríamos emprender una audaz marcha nocturna ligeros de equipaje, solo con lo que pudieran transportar los caballos. Allí, podríamos alojarnos (aunque sin comodidades, lo admito) en las casas de los locales, comprarles provisiones para el invierno, que pagaríamos al precio que fuera requerido, y conseguir así subsistir durante algún tiempo en abierto desafío a todo Afganistán».**[65]**

Pero la respuesta de los comandantes al plan de Sturt fue la siguiente: «¿Cómo vamos a abandonar los cuarteles que tanto dinero nos han costado?».

Tras la marcha de Shelton, Shuja permaneció en su fortaleza solo, acompañado de lo que le quedaba de su contingente y del puñado de oficiales británicos que lo dirigían. Según *lady* Sale:

> (este) fijó su residencia en las puertas del *harem sarai*, donde se mantuvo durante el resto del sitio; pasaba los días sentado al lado de la ventana, mirando en dirección al acantonamiento con el telescopio en la mano. Observaba con inquietud el curso de los acontecimientos que allí tenían lugar, sumido en un estado de total abatimiento. Renunció, por el momento, a todas las insignias y protocolos reales, pedía a sus oficiales que se sentaran junto a él y pareció, durante un tiempo, bastante *gobrowed*, un término oriental que hace referencia a alguien que se encuentra entre estupefacto y al borde de la desesperación.**[66]**



Durante la segunda semana de noviembre, con las posiciones británicas en el Bala Hisar, en la ciudad y en todos los fuertes alrededor del acantonamiento perdidas o abandonadas, los enfrentamientos se desplazaron al Bibi Mahru, que era la única fuente de suministros de unos ingleses cada vez más desesperados. Se produjeron una serie de combates sin claros vencedores en torno a los fuertes que dominaban la aldea y el acantonamiento. El 10 de noviembre, los insurgentes estrecharon el cerco en torno a los británicos al ocupar las alturas a ambos lados de la base militar y, como eran «más numerosos que una plaga de hormigas o langostas», también se apoderaron de

una casa torre, denominada fuerte de Rikab Bashee, en la cima de la colina localizada justo enfrente.[67]

Tres días más tarde, los rebeldes consiguieron subir a pulso a esas mismas alturas dos cañones de campaña capturados previamente a los ingleses. Como en ocasiones anteriores, y alegando los riesgos de una posible derrota, Shelton se negó a tomar medidas. «General», le espetó enfurecido Macnaghten, «si usted se deja avasallar por el enemigo y, para finales de esta tarde, no lanza un ataque para recuperar esos dos cañones, tendrá que prepararse para cualquier desgracia que se abata sobre nosotros».[68] Shelton por fin se decidió a hacer una gran incursión con la infantería al día siguiente al amanecer, pero obtuvo una respuesta inmediata de una gran fuerza de caballería afgana que golpeó sus filas. «Los afganos unieron sus fuerzas y cargaron colina abajo, segando la vida de centenares de soldados ingleses como si fueran meras briznas de hierba», registró Mirza ‘Ata. «La valentía y la muerte se manifestaron a gran escala en ambos bandos».[69]

A los británicos les costaría ochenta muertos y casi doscientos heridos conseguir inutilizar uno de los cañones y arrastrar el otro hasta el interior del acantonamiento.[70] Desde luego, esta actuación no sentó un buen precedente en lo que se refería a la eficacia de la guarnición, aterrorizada por unos sitiadores cada vez más confiados y envalentonados.



El 15 de noviembre, la moral británica recibió un nuevo golpe cuando dos personajes harapientos lograron sortear el asedio con terribles noticias: Eldred Pottinger y John Haughton eran, en apariencia, los dos únicos supervivientes de los setecientos cincuenta hombres de la guarnición de Charikar.

Tras diez días de asedio, medio loco por la sed e inquieto por el número creciente de deserciones entre sus filas, mientras que a las de los sitiadores se unían cada vez más tayikos y safis, Pottinger decidió que su única esperanza pasaba por tratar de huir hacia Kabul. «El contingente estaba desorganizado por completo debido a las penurias que habíamos sufrido, la completa ineficacia de los oficiales nativos para controlar a sus soldados, el agotamiento causado por la lucha sin descanso y la falta total de agua y provisiones», escribió *a posteriori*. «Por tanto, concluí que la única oportunidad de salvar al menos a una parte del regimiento residía en la

retirada a Kabul y, aunque esto entrañaba muchos peligros, albergaba la esperanza de que los hombres más activos, los que no tuvieran que cargar con mujeres y niños, pudieran llegar a nuestro destino sanos y salvos».

Sin embargo, al igual que sucedió en la huida nocturna de la fortaleza de intendencia de Mackenzie, el caos reinó casi desde el momento en el que las tropas de Pottinger salieron del recinto. «Me resultó del todo imposible mantener el orden tras haber franqueado la puerta, a pesar de que intenté, en vano, dirigir a mis hombres», confesó en su informe oficial.[71] Los soldados en desbandada fueron abatidos mientras, como locos, corrían en busca de agua. Los trescientos heridos que quedaron atrás, al igual que los cipayos y sus esposas, fueron capturados, distribuidos entre los jefes tayikos y vendidos inmediatamente como esclavos.[72]

Pottinger y Haughton, ambos a caballo, consiguieron llegar a Kabul cabalgando por la noche, lejos de la carretera principal —por el lado occidental del Koh Daman—, y ocultándose durante el día, con solo un puñado de renqueantes cipayos que intentaban seguirles el paso. El *havildar* Moti Ram, quien dejó un excepcional relato de su cautiverio, se encontraba entre los capturados y esclavizados. Moti Ram consiguió llegar más lejos que la mayoría, pero fue capturado cuando su destino ya estaba a la vista. «En el momento en el que comenzaron las hostilidades», escribió, «había dos faquires gurkas, que se encontraban de peregrinación por los diferentes santuarios hindúes de Afganistán, visitando la fortaleza». Estos faquires solicitaron armas y municiones.

> Nuestros oficiales accedieron a sus peticiones y estos hombres, robustos y santos, nos dejaron francamente asombrados con sus hazañas en combate: ninguno de nosotros combatía a los afganos mejor que ellos. Marchamos juntos durante la noche sin que nadie nos molestara y llegamos a un pueblo cerca de Kara Bagh. Allí empezamos a encontrar oposición, por lo que avanzamos escaramuzando hasta las tres de la madrugada; para entonces, nuestros enemigos, que se agolpaban en torno a nosotros en un número cada vez más increíble, estaban al tanto de todos nuestros movimientos. El camino, flanqueado por muros y viñedos a ambos lados, atravesaba el centro de Kara Bagh: los afganos se alinearon a ambos lados y nos castigaron con un fuego continuo y letal. Hubo incontables bajas y sufrimos una estrepitosa derrota. A un lado de la carretera había una entrada a un viñedo y me precipité hacia ella; aunque un afgano me agarró de la ropa para

> intentar detenerme, logré desasirme y continuar la huida con mi mosquete, al que solo le quedaban cinco cartuchos, siempre en la mano.

A medida que se acercaba al acantonamiento británico, al amanecer, Moti Ram se percató de que se había infiltrado en medio de las tropas de asedio afganas. «Supe de inmediato que no tenía ninguna esperanza de escapar. En mi fajín llevaba cien rupias; la suma que había logrado amasar durante mis años de servicio al sha: las saqué, las enterré, coloqué encima una piedra, que pensé que sería capaz de reconocer más tarde, y, a continuación, me senté a esperar, en silencio, lo inevitable. Poco después, un grupo de unos veinticinco jinetes se acercó al lugar donde me encontraba. Algunos me agarraron por los pies, otros por los hombros».**[73]** Los afganos trataron de disparar a Moti Ram con su propio mosquete, pero, cuando este falló hasta en tres ocasiones, el *havildar* declaró ser musulmán y aseguró que Dios no quería que fuera asesinado. Le pidieron que recitara la *kalima*, la profesión de fe musulmana, y así lo hizo.

> Entonces alejaron el sable de mi garganta y me llevaron ante (su jefe) Baha-ud-Din, no sin antes despojarme de mi abrigo y mis pantalones, un pañuelo de seda, una pistola, mis zapatos y algunos otros artículos, por lo que me quedé en *pyjamas*. Las gentes de la aldea me amenazaban sin tregua con asesinarme, pero Baha-ud-Din terminó por liberarme. Había recorrido un *kos* de distancia cuando un hombre, que se encontraba arando al borde de la carretera, me capturó y amenazó con matarme a menos que arara la tierra en su lugar. A lo largo del tiempo que estuve con él, sufrí innumerables calamidades, sobre todo por la noche, ya que el frío era insufrible y yo no tenía nada para cubrirme excepto mi *choga*. Durante el día, al examinar el techo de la casa, me di cuenta de que si quitaba algunos ladrillos de la chimenea podría salir sin que me vieran. Una noche así lo hice y hui.

Pero su huida se volvió a ver truncada al poco tiempo. «Cinco *kos* más adelante, en el camino que lleva a Jalalabad, el hijo de un *sardar* que estaba luchando en Kabul envió a algunos jinetes en mi búsqueda. Todos los aldeanos, jóvenes y viejos, varones y mujeres, se reunieron en torno a mí y exclamaron: "¡Un *kafir*! ¡Un *firangi*! ¡Matadlo! ¡Matadlo!". Pero el joven jefe me protegió y me ordenó que me encargara de atender a su caballo». Moti

Ram añadió: «El joven miraba siempre en dirección a Kabul con un telescopio que, según él, sir A. Burnes le había regalado a su padre».[74]



De repente, el 20 de noviembre, el estruendo de los cañones de los rebeldes se detuvo y durante tres días el acantonamiento no sufrió ataque alguno. La razón de esta tregua se hizo patente en la mañana del 23: los afganos habían estado fabricando municiones y pólvora. Ese mismo día, antes del amanecer, un gran número de kohistaníes, bajo el mando de Mir Masjidi, se congregó en las colinas que rodeaban el acantonamiento, excavaron parapetos y trincheras y cortaron por completo el suministro de víveres procedente de Bibi Mahru que abastecía a los británicos. Comenzaron entonces a bombardear el acantonamiento con su artillería, y a Shelton se le encargó intentar despejar las alturas de los alrededores.

«El sonido del fuego de la artillería era atronador», escribió Mirza ‘Ata. «El *ghazi* Abdullah Khan Achakzai escuchó el clamor de la batalla y se apresuró a prestar ayuda a los muyahidines en Bibi Mahru: arrollaron a los soldados ingleses bajo los cascos de sus caballos, los abatieron con sus afiladas espadas y luego capturaron sus cañones, todo ello al grito de ¡*Allah hu-akbar*! (“¡Dios es grande!”)».

Para defenderse de la caballería afgana, Shelton formó a su infantería en dos cuadros en la cima de la colina, una defensa británica clásica frente a los ataques a caballo que había sido muy eficaz contra los lanceros de Napoleón en Waterloo; sin embargo, en Afganistán resultó ser una táctica desastrosa. Los afganos se retiraron sin más y permitieron que los *yezailchis*, escondidos entre los riscos y fuera del alcance de los mosquetes británicos, abrieran fuego contra las densas filas inglesas. Estas eran un blanco fácil: una masa compacta de uniformes de color escarlata que contrastaba con la silueta de la cresta y que permaneció por completo inmóvil durante horas. Un centenar de zapadores habían acompañado al contingente «con el fin expreso de levantar un *sangar* (trinchera poco profunda protegida por un parapeto) tras el cual nuestras tropas hubieran estado protegidas del fuego de los *yezails* y se hubieran sentido a salvo […]. Pero nunca se construyó tal estructura defensiva».[75] En cambio, al quedar expuestas, las filas de soldados cayeron una tras otra mientras Shelton permanecía petrificado e inmóvil bajo el fuego

enemigo, en un gesto de asombrosa valentía, pero carente de ingenio e incapaz de pensar en una solución ante la inminente aniquilación de su regimiento.

Por si no fuera suficiente, el arma de Shelton se recalentó, por lo cual no pudo responder a los *yezails* afganos. Entre los heridos se encontraban Vincent Eyre, que recibió una bala en la mano izquierda —«que me apartó del servicio activo», confesó él mismo—, y Colin Mackenzie, que fue herido en el hombro izquierdo. «Hizo falta recomponer los cuadros de la formación en tres ocasiones», escribió Mackenzie posteriormente.

> La primera línea fue literalmente acribillada […]. En torno a la una de la tarde, cuando casi nos habíamos quedado sin munición, algunos hombres empezaron a desfallecer por la sed y el cansancio. Pero no teníamos agua que procurarles y el número de muertos y heridos aumentaba por momentos. Traté de convencer a Shelton para que ordenara una retirada, pero este se limitó a responder: «No, ni hablar, mantendremos nuestra posición en la colina un poco más». Ante la negativa de Shelton, el coronel Oliver, un hombre muy corpulento, comentó que el resultado inevitable sería la huida al acantonamiento y que, como él era demasiado pesado como para salir corriendo, cuanto antes le dispararan mejor. A continuación se expuso al fuego enemigo y cayó herido de muerte.[76]

Mientras la consternada *lady* Sale y el resto de espectadores observaban la escena desde las azoteas de los barracones —«Tenía una excelente vista del campo de batalla y, como me refugiaba detrás de las chimeneas, podía esquivar los proyectiles que silbaban sin cesar a mi alrededor»—, un grupo de *ghazis* encabezados por Abdullah Khan empezó a avanzar con sigilo por un barranco en dirección a las formaciones en cuadro, sin ser descubierto por la infantería británica pero sí por sus damas.[77] Momentos más tarde, aparecieron de la nada y se abalanzaron sobre los casacas rojas. Según el *Tarikh-i-Sultani* [Crónica de los Sultanes]: «En ese preciso instante, Abdullah Khan Achakzai, conocido por su valentía y que había expresado su voluntad de ser mártir en sus rezos matutinos, gritó: “¡Por la gracia de Alá, la victoria está cerca!”; y se lanzó al asalto con su unidad, como un león feroz o una serpiente que habita entre las perfumadas hierbas. Capturó el cañón de los ingleses e hizo retroceder a su infantería, con lo que consiguió que sus

soldados se dispersaran. Los británicos no pudieron soportar este envite, dieron media vuelta y huyeron».[78]

El primero de los cuadros se desmoronó a los pocos minutos, y los afganos comenzaron a llevarse a rastras uno de los cañones capturados. «La escena se parecía mucho a las descripciones de las batallas de las Cruzadas», escribió *lady* Sale. «El enemigo atacó y condujo a nuestros hombres como si de un lobo acechando a un rebaño de ovejas se tratase. Cuando capturaron nuestro cañón, nuestros artilleros lucharon como héroes y dos de ellos fueron abatidos al intentar defenderlo: el sargento Mulhall recibió tres heridas y el pobre Laing, un disparo mientras agitaba su espada sobre la pieza con el fin de animar a sus compañeros. Fue una situación muy angustiosa, parecía como si nuestros corazones se fueran a salir del pecho».[79]

Shelton, sin embargo, logró mantener el segundo cuadro intacto y ordenó que su corneta diera el alto. Luego, en un contrataque con bayonetas, consiguió recuperar el cañón y peleó cuerpo a cuerpo hasta matar tanto a Mir Masjidi como al comandante militar de la rebelión, Abdullah Khan Achakzai. «La noticia de la muerte del *ghazi* afligió a todos los musulmanes, pero, en especial, a los miembros de las tribus afganas», escribió Sultan Mohammad Khan Durrani. «Si no hubiera perdido la vida, los *ghazis* habrían capturado el acantonamiento británico ese mismo día».[80]

Durante un tiempo, dio la impresión de que los británicos tenían cierta ventaja. Pero cuando los afganos se retiraron y los supervivientes recompusieron su formación, los *yezailchis* reanudaron el fuego y, de nuevo, las filas de cipayos comenzaron a caer. «Entonces, se instó al general de brigada para que escogiera el momento decisivo para cargar contra el enemigo», atestiguó George Lawrence, que observaba horrorizado desde las murallas del acantonamiento, «pero, por alguna insondable razón, nada pudo hacerse para que se moviera de la colina».[81]

En aquellos momentos, un segundo grupo de rebeldes armados con espadas se reunía al amparo del barranco en espera del asalto final. Esta vez, todas las tropas británicas rompieron filas y huyeron hacia el cuartel, perseguidas por la caballería afgana. «Y se impuso el caos», observó George Lawrence.

> Desde mi puesto vi como nuestros soldados huían despavoridos, perseguidos y entremezclados con un enemigo que los masacraba: nunca podré olvidar una escena tan espantosa. Cuando los fugitivos llegaron al acantonamiento, temimos que los afganos entraran con ellos.

> Por fortuna para nosotros, la caballería afgana, dirigida como después supimos por Mohammad Osman Khan Barakzai —uno de los jefes que estaba en contacto con sir W. Macnaghten—, viró de forma inesperada hacia la derecha. ¿Quién podría describir el horror y la consternación que sentimos aquella noche al creer que estábamos irremisiblemente condenados? Sin lugar a dudas, nada puede justificar la conducta de nuestras tropas; aun así, la incompetencia del general Shelton, que, de manera imprudente, expuso a sus hombres durante horas a un fuego mortal en lo alto de una cresta, y que no supo aprovechar las numerosas oportunidades que se le presentaron a lo largo del día —como por ejemplo, la huida temporal del enemigo, con la que podría haberlo dispersado por completo— mitiga la culpa de unos soldados que habían perdido la confianza en un líder que demostró ser incapaz de ejercer el mando.[82]

Este momento marcó un punto de inflexión en la guerra. La jornada había sido catastrófica: de los mil cien hombres que marcharon con Shelton por la mañana, más de trescientos murieron, mientras los heridos que habían dejado fuera del recinto eran destripados ante la impotente mirada de sus esposas e hijos al pie de la colina. Esa misma noche capturaron a muchos más que, al haber quedado aislados, no habían conseguido regresar a los muros del acantonamiento. «Aquellos que habían sobrevivido a la batalla, pero que se perdieron durante la huida hacia la base inglesa y permanecían escondidos en los caminos menos frecuentados y en las grietas entre los peñascos, fueron acorralados y ejecutados uno a uno», escribió Fayz Mohammad. «Las desgracias que ese día sufrieron los ingleses los dejaron prácticamente indefensos y demostraron que estos habían perdido por completo el control de los acontecimientos venideros».[83]

Después de esto, los británicos jamás volverían a tomar la iniciativa. «La incompetencia de Shelton eclipsó el heroísmo de los oficiales», escribió Mackenzie. «Perdieron los ánimos y su disciplina desapareció casi por completo».[84] «Incluso aquellos oficiales que hasta entonces albergaban esperanzas de que los acontecimientos pudieran dar un giro favorable e inesperado, ahora comenzaban a barajar desenlaces mucho más sombríos», escribió Eyre en su diario esa misma noche. «Nuestro ejército se asemejaba a un barco a la deriva y a punto de naufragar, sin un capitán capaz de evitar los escollos y los bancos de arena. Incluso entonces, en el último momento, si una mano competente se hubiera hecho con el timón, tal vez podríamos haber

evitado el hundimiento; sin embargo, a falta de un mesías semejante, solo quedaba mirar al cielo y pedir por nuestra salvación».[85]

Por el contrario, aquella noche llegaron noticias aún peores al acantonamiento: las salvas de la ciudad anunciaban la llegada a Kabul de Akbar Khan, el hijo más feroz y efectivo, en lo militar, de Dost Mohammad. Acababa de volver de Bamiyán a la cabeza de seis mil jinetes uzbekos de Mir Wali y, de inmediato, tomó las riendas de la resistencia.



Tras su regreso, Akbar Khan pasó los primeros días recibiendo las muestras de cariño de su pueblo. «Era como cuando la primavera le infunde vida a un jardín», escribió Maulana Kashmiri.

> Todos los nobles y jefes tribales se presentaron a rendirle homenaje
> Hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, salieron a bendecirlo
>
> Ellos le dijeron: «¡Oh, protector de todos nosotros!
> ¡Nuestro defensor, refugio y lecho!»
>
> Tan rotundo fue el coro de la oración que se elevaba en la tierra
> que en el cielo le preguntaban a Jesús por ese clamor […].[86]

Akbar pronto demostró haberse convertido en el adversario que los británicos siempre habían temido que llegara a ser. En pocos días modificó el curso del levantamiento al bloquear, por primera vez y de manera efectiva, el acantonamiento. Encargó a los mulás que recorrieran todas las aldeas cercanas para impedir que los agricultores vendieran suministros a los británicos.[87] También ocuparon los pueblos que quedaban a espaldas del cuartel y los jefes amenazaron de muerte a todo aquel que vendiera un solo saco de grano o forraje a los *firangis*. El nuevo puente de madera sobre el río Kabul, que conectaba los cuarteles con el Bala Hisar y el camino que llevaba a Jalalabad, fue reducido a cenizas. Para mayor ira de Macnaghten, la guarnición no hizo nada para intentar evitarlo, solo observaban despreocupados desde detrás de sus parapetos, a pesar de que los afganos que destruyeron el puente estaban a su alcance. Tras la muerte de dos de los principales líderes prosadozais en las colinas de Bibi Mahru, el mando de los

rebeldes —previamente algo fragmentado— recayó de manera unánime en Akbar Khan y sus barakzais. «Es estupendo ver cómo (los rebeldes) se unen», ironizaba un frustrado Macnaghten.[88]

Asimismo, la alianza matrimonial entre Akbar Khan y la hija de Mohammad Shah Khan, uno de los jefes ghilzais más poderosos, comenzó a cambiar la naturaleza de la resistencia desde un punto de vista étnico. Con Abdullah Khan Achakzai muerto y los tayikos de Kohistán cada vez más marginados —tras la muerte de Mir Masjidi, sus seguidores se fueron en masa a enterrar a su *pir* —, los ghilzais, poco refinados pero temibles, comenzaron a dominar el alzamiento. Acuartelados en el fuerte de Mahmud Khan, a las afueras de las murallas de la ciudad, fueron sus tropas las que tomaron las colinas de los alrededores del silencioso y acobardado acantonamiento británico, apoyadas por las fuerzas barakzais establecidas en su base de Shah Bagh, al fondo del valle.

En el acantonamiento, la tensión era insostenible y la moral de los hombres, cada vez más baja a causa del hambre y las intensas ventiscas invernales. Los caballos estaban tan hambrientos que roían las estaquillas de las tiendas y se comían sus propios excrementos una y otra vez; *lady* Sale fue testigo de cómo un caballo famélico mordía y devoraba la cola de su vecino, mientras su propia yegua mascaba una rueda de carro. Como muchos otros afganos, Mirza ‘Ata disfrutó enormemente de las penurias de los arrogantes ingleses. «Cayó tanta nieve que las tropas inglesas, que nunca habían visto las ventiscas de Jorasán, parecían muñecos de nieve a punto de derretirse», escribió. «Muchos murieron de hambre, y tuvieron que sacrificar a sus camellos y bueyes de carga para que los musulmanes comieran su carne y ¡los hindúes sus pieles! En estas circunstancias extremas, en el agujero más recóndito del infierno, las diferentes prácticas y tabúes religiosos se dejaron de lado».[89] Los civiles del séquito del ejército, que ni siquiera podían acceder a los cadáveres de los animales de carga, se vieron obligados a comer perros callejeros asados.

Akbar Khan fue liberado de la cárcel de Bujará solo un mes antes de que se cumpliera un año de su cautiverio. Según Maulana Kashmiri, poco antes de su liberación, a Akbar se le apareció en sueños un santo sufí que le dijo que debía ponerse su turbante, envainarse la espada en el cinto y partir a proteger su tierra, la que le pertenecía por derecho divino.[90] Mirza ‘Ata, que se convirtió en un gran admirador del heredero barakzai, transmitió una versión diferente de la historia, en concreto, la que contaban los seguidores de Akbar: «El ulema de la noble ciudad de Bujará intercedió ante el gobernante Nasir al-

Daula para que liberara al *sardar* Mohammad Akbar Khan y a sus compañeros», escribió. «Los jefes de Kabul escribieron a Akbar para darle la bienvenida, expresar su alegría por su liberación y explicarle que el ejército inglés había salido muy debilitado de los últimos enfrentamientos y que, en ningún caso, podría resistir un ataque. La llegada del *sardar* no pudo ser más oportuna: era el momento de vengar a su padre ¡el inigualable emir!». Akbar Khan se dirigió sin mayor dilación hacia Kabul, donde todos los jefes y nobles le describieron las infamias cometidas por los ingleses, además de solicitarle que hiciera justicia. Entonces, el *sardar* escribió a Macnaghten y solicitó verlo, por lo que se organizó una reunión.

> Al día siguiente, el *sardar* Mohammad Akbar Khan y algunos de sus hombres de confianza salieron de Kabul hacia el lugar del encuentro, y Macnaghten hizo lo mismo desde el acantonamiento: al encontrarse, se abrazaron con entusiasmo y mantuvieron una conversación privada. Solo transcendió que el *sardar* le hizo saber al enviado inglés que su estancia en Kabul ya no resultaba apropiada, que debía entregar a uno de sus oficiales como rehén y huir a la India; una vez que el honorable padre del *sardar* —el incomparable emir— fuera liberado de su exilio y regresara a Jorasán, se dejaría marchar al rehén inglés con todos los honores. Macnaghten estuvo de acuerdo, se puso todo por escrito, y los ingleses pensaron que, tras el pacto, no habría más disputas.[91]

Sin embargo, la realidad era un poco más compleja. A través de Mohan Lal, que permanecía activo dentro de la ciudad, Macnaghten había estado en contacto con varios de los comandantes rebeldes, desde el principio del levantamiento, y llevaba varias semanas explorando la posibilidad de comprar su apoyo militar, intentar dividir las facciones afganas o buscar algún tipo de solución que les permitiera salir del país de una manera más o menos honrosa. Dos días después de la aplastante derrota de Shelton, el enviado recibió a una primera delegación de rebeldes que venían a exigir la rendición incondicional de los británicos. Como Macnaghten explicaba en una nota, hallada tras su muerte en su escritorio:

> Gracias a mi propia iniciativa, y a que los rebeldes habían mostrado ciertos indicios de acercamiento, entre ellos el de la posibilidad de una evacuación pacífica del país, el día 25 recibimos a sus delegados en el acantonamiento. Puse sobre la mesa las únicas condiciones que, a mi

> juicio, podíamos aceptar sin perder nuestro honor. Sin embargo, a la mañana siguiente, me respondieron con una carta desafiante: si no entregábamos nuestras armas y abandonábamos a su majestad a su propia suerte, debíamos prepararnos para lo peor. A esto les repliqué que preferíamos la muerte a la deshonra y que sería un poder superior el que decidiera quién se saldría con la suya.[92]

Tras la negativa de Macnaghten a entregar a Shuja y su familia a Akbar Khan y la consiguiente ruptura de las relaciones con los rebeldes, transcurrieron dos semanas de inacción por parte de los británicos, cada vez más desesperados y hambrientos. Macnaghten concentró todas sus esperanzas en una estrategia que pendía de un hilo: esperaba que llegaran refuerzos desde Jalalabad, Gazni o Kandahar y que estos rescataran a las desmoralizadas tropas del acantonamiento. En repetidas ocasiones, solicitó ayuda a MacGregor, el agente político adscrito a la brigada del general Sale en Jalalabad: «Se han enviado decenas de cartas instando al regreso inmediato de la Brigada de Sale a Kabul, y si aún no se ha puesto en marcha cuando lean este mensaje, les ruego que lo haga sin más demora. Nuestra situación es muy precaria, pero con su asistencia saldremos de esta; si tienen alguna consideración por nuestras vidas o por el honor de nuestro país, deben ayudarnos».[93]

El último mensajero que consiguió franquear el paso Khord Kabul trajo las noticias de que la situación de Sale era igual de desesperada: asediado en Jalalabad y superado en número por el enemigo, este no se encontraba en condiciones de socorrer a nadie. También informó de que el Jáiber ya no estaba bajo control británico, lo que anulaba cualquier posibilidad de que llegara una fuerza de apoyo procedente de Peshawar a la capital. El 7 de diciembre, después de que una intensa nevada bloqueara la ruta hacia Kandahar, se hizo evidente que, al menos hasta el deshielo de primavera, ninguna ayuda podría llegar desde esa dirección. Y, en la mañana del día 8, Macnaghten recibió noticias de la última de las guarniciones restantes, Gazni: también estaban sitiados y, de ninguna manera, podían acudir en socorro de sus compatriotas de Kabul.[94] Entonces, cuando solo quedaban provisiones para un día más, se perdió toda esperanza mientras el hambre inminente acechaba el campamento. El liderazgo militar seguía brillando por su ausencia y Elphinstone y Shelton no disimulaban estar inmersos en la desesperación. Las tropas, abatidas y famélicas, estaban al borde del amotinamiento. La

resistencia afgana ascendía a más de cincuenta mil hombres, un número casi diez veces superior al de la guarnición británica.

Todos estos problemas se hicieron patentes en una tormentosa reunión de los comandantes británicos, en la tarde del 8 de diciembre. Por aquel entonces, Elphinstone, Shelton y Macnaghten apenas se dirigían la palabra, y Shelton, tan incontenible e infantil como siempre, trataba de manera especialmente despectiva al enviado. «Me mofaré de él», dijo, «me encanta hablarle con desdén».[95] En los consejos de guerra, se mostraba abiertamente insolente con el general: se envolvía en una colcha, se tumbaba en el suelo, y, cuando le preguntaban su opinión acerca de cualquier asunto, sus estruendosos ronquidos eran la única respuesta que se dignaba a ofrecer.

En dicha reunión, Elphinstone escribió una carta, a petición de Macnaghten, en la que asumía de manera oficial la responsabilidad de abrir negociaciones para una rendición y donde alegaba lo siguiente:

> Tras haber sufrido un durísimo asedio durante más de tres semanas, soy de la opinión de que ya no es sostenible mantener nuestra presencia en este país y de que deberíamos aprovechar la oferta de negociación que se nos ha ofrecido por las siguientes razones: la falta de provisiones y forraje, el estado lamentable de nuestras tropas, el gran número de heridos y enfermos, la dificultad de defender el acantonamiento que ocupamos —demasiado vasto y en una ubicación nefasta—, la inminente llegada del invierno, el bloqueo de nuestras comunicaciones y la falta absoluta de indicios de una posible mejora de nuestra situación, puesto que tenemos a todo un país levantado en armas contra nosotros.[96]

Los demás oficiales británicos también declararon formalmente que la situación era insostenible: «Argumentaron con firmeza y sin reservas que, en el estado actual, las tropas no podrían emprender ninguna operación militar; por lo tanto, no hay que perder ni un minuto más, se impone negociar una retirada segura al Indostán, sin hacer ninguna referencia a Shah Shuja o sus intereses, ya que lo primero es asegurar el honor y el bienestar de las tropas británicas».[97] La predisposición de los militares a abandonar a Shuja contrastaba radicalmente con la inquebrantable fidelidad del sha hacia los británicos, a pesar de las propuestas tentadoras que este había recibido de los rebeldes para que abandonara a sus impopulares aliados *kafirs*. Macnaghten advirtió en varias ocasiones de que cualquier intento de abandonar a Shuja a

su suerte «desacreditaría para siempre» a los británicos; pero su propuesta fue desechada y recibió la orden de concertar una reunión con Akbar Khan con el fin de acordar unos términos que garantizaran la seguridad de los ingleses durante su inminente retirada de Afganistán.

El primer encuentro entre ambos tuvo lugar en la gélida orilla del río Kabul, un poco más allá de los restos carbonizados del puente: a Macnaghten le acompañaron Lawrence, Trevor y Mackenzie; y Akbar llevó consigo a todos los cabecillas del levantamiento.**[98]** Fiel a su estilo, Macnaghten leyó —en un farsi de corte impecable— un preámbulo vanaglorioso e hipócrita: «Como han demostrado los recientes acontecimientos, la permanencia del Ejército británico en Afganistán y su apoyo a Shah Shuja al-Mulk desagradan a la mayoría de la nación afgana, por tanto, y si tenemos en consideración que el Gobierno británico envió sus tropas a este país con el único objetivo de salvaguardar la integridad, felicidad y bienestar de los afganos, no albergamos ningún deseo de permanecer aquí si nuestra mera presencia atenta contra dicho propósito». A continuación, prosiguió con el verdadero contenido del tratado propuesto por los ingleses. «En primer lugar, las tropas británicas estacionadas en Kabul partirán hacia Peshawar, con la mayor celeridad posible, y de allí regresarán a la India. En segundo lugar, los *sardars* se comprometerán a no molestar durante el viaje a nuestro ejército, el cual será tratado con honor y recibirá toda la asistencia necesaria en términos de transporte y provisiones».**[99]** Macnaghten mencionó en su último memorándum que, tras este punto: «Mohammad Akbar me interrumpió e indicó que no necesitábamos suministros de ningún tipo, ya que podíamos marcharnos a la mañana siguiente si así lo deseábamos, que nadie nos obligaba a lo contrario. Menciono este hecho en concreto para dar fe del temperamento impetuoso de este joven. El resto de los jefes le recriminaron su comentario, aunque debo señalar que, salvo en esta ocasión, siempre se comportó con cortesía; eso sí, tras el vuelco a su favor de los últimos acontecimientos, con cierto aire altivo».**[100]**

Después de dos horas lograron llegar a un acuerdo. Los ingleses se retirarían el 14 de diciembre, tres días más tarde, y su seguridad sería garantizada a cambio de entregar al capitán Trevor como rehén. Jalalabad, Gazni y Kandahar también serían evacuadas. Previo pago, los británicos serían provistos de alimentos, cereales y animales de carga para ayudarlos en su trayecto. Shah Shuja tendría la posibilidad de irse con los británicos o de permanecer en Kabul como un mero ciudadano más. Se evacuarían del Bala Hisar los pocos oficiales británicos que quedaban en su interior y, después, la

fortaleza pasaría a manos de Akbar Khan. Mientras tanto, Dost Mohammad sería liberado de su arresto domiciliario en Ludhiana y podría recuperar su trono. Los afganos se comprometían a no aliarse con ninguna potencia extranjera sin el consentimiento previo de los británicos, y los británicos, a su vez, prometieron que su ejército no volvería a pisar territorio afgano a menos que los dirigentes de dicho país lo solicitaran.

Macnaghten consideraba que los términos del acuerdo eran inmejorables, por lo que le escribió a Auckland un mensaje en un tono más ingenuo y delirante que nunca: «Nos despedimos de los afganos como amigos; me siento muy satisfecho al saber que cualquier gobierno que se establezca en el país a partir de ahora estará dispuesto a mantener una buena relación con nuestra nación».[101]



Por supuesto, a nadie se le ocurrió que fuera necesario consultarle al respecto a Shah Shuja, en cuyo nombre se había librado la guerra y gestionado la consiguiente ocupación. Su biógrafo, Mohammad Husain Herati, ofrece el único relato que nos queda acerca de la reacción del sha al conocer las condiciones propuestas a los rebeldes por Macnaghten, que, en su día, fue su más acérrimo valedor:

> Cuando su majestad fue informado del acuerdo, escribió a Macnaghten lo siguiente: «¿Acaso nos trajisteis de vuelta a este país para entregarnos a nuestros enemigos? ¿Aún no conocéis la deslealtad de los barakzais y de las gentes de este país? Al ofrecerles dinero a estas gentes vengativas, solo aceleráis vuestra muerte y vuestra ruina, además de la nuestra. Macnaghten contestó de manera sucinta: «Es demasiado tarde para modificar el acuerdo al que hemos llegado». Su majestad estaba muy perturbado, corría de un lado para otro como el mercurio líquido, retorciendo sus manos día y noche y entre exclamaciones de: «Macnaghten ha perdido la cabeza: ¡hará que nos maten a los dos!».

Macnaghten ordenó la retirada de las últimas tropas británicas del Bala Hisar y envió un mensaje a Akbar para informarle de que el fuerte había sido evacuado y de que podía enviar a su propia guarnición.

> Mohammad Akbar Khan envió inmediatamente a dos mil *yezailchis* ghilzais. Los ciudadanos honestos de Kabul, horrorizados, manifestaban su indignación: «Si Akbar Khan toma la fortaleza, ¿qué pasará con las esposas de Shah Shuja, con sus hijos y sus sirvientes? ¡Que Dios los ayude!».
>
> Ante el peligro inminente de violaciones y saqueos, su majestad se hundió en una espiral de desaliento. Sin embargo, los habitantes de la fortaleza del Bala Hisar, que en su mayoría eran viejos sirvientes y leales, nacidos dentro del complejo y que habían crecido bajo la protección de la familia real, no cayeron tan fácilmente en la desesperación: tan pronto como el último soldado inglés abandonó el fuerte, cerraron sus puertas y asesinaron a todos los rebeldes que habían logrado colarse en su interior, de tal modo que las tropas de Akbar Khan se vieron obligadas a retirarse con las manos vacías.[102]

Los soldados de Akbar Khan intentaron en dos ocasiones asaltar la entrada principal del Bala Hisar, pero la guardia real de Shah Shuja —que los británicos calificaban desde hacía tiempo como «una chusma inútil»— fue capaz de repeler sus ataques y causar serias bajas entre sus filas. «La diligencia y el coraje que (Shuja) ha demostrado en una situación tan crítica son dignos de admiración», escribió Lawrence, «desearía de todo corazón que nuestros propios líderes mostraran una energía similar, si bien no son siquiera capaces de adoptar las medidas necesarias para asegurar nuestro honor y seguridad».[103]

Mientras los británicos se doblegaban y rendían, ignorando todas las advertencias de Shuja, el sha mantuvo su posición en su bien provista fortaleza del Bala Hisar hasta que decidió salir de ella meses después, cuando comenzó el deshielo de primavera.



Mientras Macnaghten sacrificaba a Shah Shuja sin tapujos, lord Auckland, en un acontecimiento de lo más sorprendente, entretenía al viejo rival de Shuja, Dost Mohammad, en un baile en Calcuta.

Después del aire «revitalizante» de Simla, los Eden estaban espantados por el calor y la humedad del verano de Calcuta. «Hemos pasado de un estado de inquietud por la política afgana», escribió Emily a un amigo, «a centrarnos en nuestro día a día, que se basa, ante todo, en evitar cocernos vivos. Sin duda, esta dificultad es la más importante de los dos, al igual que la más complicada de lograr […]».[104] El calor le hacía reafirmarse en su convicción de que ya era hora de abandonar los horrores de Asia y regresar de inmediato a la seguridad de Kensington: «Nuestro George ha hecho un excelente trabajo

en la India, ¿verdad que sí? Sabes que le tenemos en alta estima, incluso en sus días menos divertidos, en plena canícula […]. Creo que ya ha hecho suficiente y que podría volver a casa; pero allí no quieren ni oír hablar del asunto, y los despachos de este mes son muy desalentadores».[105]

Pero el deber estaba por encima de todo y para celebrar el cumpleaños de la reina Victoria, a pesar de la insoportable humedad propia del junio bengalí —«sin duda el peor de los climas que hemos tenido que soportar durante nuestra estancia en la India»—, las hermanas decidieron organizar un baile. «El baile dedicado a nuestra reina fue absolutamente magnífico», escribió Emily poco después, «y como espero, de todo corazón, que sea el último, me hace muy feliz que todo haya ido a la perfección. ¡Incluso lucí mis diamantes!». El invitado estrella fue el mismísimo emir, exhibido ante todos a modo de curiosidad y como muestra de los grandes éxitos de la política exterior de lord Auckland. «Dost Mohammad, sus hijos y su séquito asistieron a la celebración», prosiguió Emily,

> Aunque no presenció el baile —ya que George decidió llevárselo a otra habitación—, fue la primera vez que vio a las damas europeas en sus desvergonzados vestidos. Es una persona de gran majestad y lleva con mucho tacto su condición de león en cautividad. Para intentar que George pudiera disfrutar un poco de la velada, pedí a Dost Mohammad que jugara conmigo al ajedrez; si consideramos que el ajedrez al que juegan los nativos es diferente al nuestro y que el sha no paraba de inventarse nuevas reglas a medida que avanzábamos, tengo que decir que fue todo un éxito: jugamos partida tras partida, aunque si no hubiera sido un *dost*, la situación habría sido bastante poco equitativa. [106]

Más tarde, Emily le preguntó a su contrincante en el juego si podía retratarlo con su séquito. El sha accedió a posar para ella, pero luego, angustiado por la humedad de Calcuta, volvió a Ludhiana sin avisarla ni dejar que esta terminara el retrato. «He empezado a hacer un boceto de Dost Mohammad y su familia», le explicó Emily, un tanto molesta, a su hermana de Inglaterra, «pero esta mañana ha puesto rumbo a las provincias septentrionales sin avisar, antes siquiera de que pudiera dibujar a uno de sus sobrinos. Así que me he levantado temprano y Colvin me ha traído al joven desde el barco de vapor para que pudiera retratarlo antes del desayuno. El sobrino se parece mucho a Judas Iscariote, pero es un motivo perfecto para

pintar. A pesar de que Colvin no había desayunado, parecía hablar farsi con una admirable locuacidad».[107]

Poco después de la salida de Calcuta de Dost Mohammad, la situación en Afganistán empezó a deteriorarse a marchas forzadas. Dos semanas más tarde llegaron noticias de que un Gobierno *tory* había sido elegido en Londres y, después de barajar diversas opciones, lord Auckland dimitió de su cargo como gobernador general. Lo sustituyó lord Ellenborough, el hombre que había escrito el memorándum por el que destinaron a Burnes Indo arriba diez años antes.

Una semana después, la noticia del asesinato de Burnes y del rápido desmoronamiento de toda la estrategia afgana de lord Auckland llegó a Bengala a través de un mensajero. El primer despacho que llegó a la residencia del gobernador era una nota corta del general Sale, escrita tres semanas antes desde Jalalabad, en la que informaba a Auckland de los primeros rumores del desastre de Kabul y del asedio que él mismo estaba sufriendo. «No necesito decirle que los informes son alarmantes», escribió Auckland esa misma noche al comandante en jefe sir Jasper Nicholls. «Dan pie a conjeturas muy serias y nada esperanzadoras. Sin embargo, dejando a un lado mis apreciaciones personales, la cuestión es: ¿qué debemos hacer?».

A continuación, presentó varias opciones, pero, al igual que a sus generales en Kabul, el flujo incesante de malas noticias parecía paralizarlo y, desde un inicio, se opuso a la idea de una respuesta militar inmediata. «Sugiero que convoquemos un consejo extraordinario para mañana», escribió, «pero no creo que debamos pensar en enviar nuevas tropas para reconquistar lo que es probable que terminemos perdiendo […]. Me temo que hemos conseguido despertar el espíritu nacional afgano».[108]

En verdad, Auckland ya se había dado cuenta meses antes de que toda su política afgana había supuesto un error garrafal que amenazaba con llevar a la bancarrota al Gobierno indio. Ahora, cuando el desastre era ya inevitable y sus arcas estaban vacías, no dudó lo más mínimo en tomar la siguiente decisión: abandonar el proyecto y no malgastar más recursos en lo que, a las claras, era una batalla perdida.

Shah Shuja, Macnaghten e incluso su antiguo compañero de cacerías, «Elphy Bey», deberían apañárselas por su cuenta. Calcuta no les iba a proporcionar ningún tipo de ayuda.



Durante la segunda semana de diciembre cayó una intensa nevada en Kabul; la nieve que descendía de las cimas del Hindu Kush cubrió de un blanco deslumbrante las polvorientas colinas grises de los alrededores de la ciudad, formando densas acumulaciones sobre los parapetos del acantonamiento y el congelado río Kabul. «La nieve no molestaba ni a los *sardars* ni a los *ghazis*, que estaban como peces en el agua», escribió Mirza ‘Ata, «pero el ejército de la India no estaba acostumbrado a la nieve y muchos de sus soldados murieron. Otros tantos eran incapaces de luchar a causa del intenso frío».[109]

Sin embargo, la nieve era la menor de las preocupaciones de Macnaghten. Según lo acordado, había entregado las dos fortalezas restantes que dominaban el acantonamiento, así como los importantes anticipos exigidos por los *sardars* —incluidas veinte mil rupias para Akbar Khan—, aunque la comida y el forraje prometidos solo habían llegado con cuentagotas, por lo que sus hombres y animales de carga se encontraban al borde de la inanición.[110] Tampoco había señales de los carros y animales que los ingleses necesitaban para transportar sus mercancías a la India. Como resultado, el 14 de diciembre, que había sido la fecha fijada para la retirada del ejército de Kabul, no se produjo ningún movimiento. Mientras tanto, el más mínimo indicio de resistencia dentro del acantonamiento se vivía con una angustia y un miedo atroces. «En aquellos momentos, el sentido común brillaba por su ausencia», escribió Mackenzie,

> Se permitió que cientos de enemigos armados hasta los dientes se metieran en el acantonamiento y espiaran todo lo que quisieran. A pocos metros de un cañón de seis libras cargado, un ghilzai amenazó con su espada al teniente Sturt porque el oficial intentó impedir que los insolentes camaradas del afgano se acercaran la pieza. Nuestros centinelas no podían abrir fuego bajo ningún concepto; como resultado, muchos de los civiles del séquito, así como nuestros colaboradores afganos, sufrían robos y asesinatos a pocos metros de nuestras murallas; por ejemplo, se llevaron a las ovejas del 5.º de Caballería, a unos ciento cincuenta metros de la guarnición, sin que pudiéramos hacer nada al respecto.[111]

Al darse cuenta de la desesperación que reinaba entre las filas británicas, Akbar Khan endureció sus demandas: debían entregarle más cañones y más rehenes. Ante el abismo que se abría bajo sus pies, Macnaghten volvió a

plantear a sus comandantes la idea de retirarse al Bala Hisar, o incluso de reanudar las hostilidades con los afganos ahora que estos habían bajado la guardia. Según Lawrence, podrían «marchar de inmediato en formación de combate y entrar en Kabul o luchar contra el enemigo bajo sus muros, con la esperanza de que el general, que actualmente contaba con las tropas que habían estado acuarteladas en el Bala Hisar, adoptara esta estrategia a seguir».[112] Shelton y Elphinstone se opusieron a todos estos planes y se mostraron más decididos que nunca a salir de Afganistán lo antes posible. «Esa misma tarde se abandonaron los fuertes, que inmediatamente fueron ocupados por los afganos», añadió Lawrence. «El enviado y yo estábamos en un montículo cerca de la mezquita y vimos a nuestros hombres ser evacuados; no me avergüenza decir que, con lágrimas de dolor e indignación en los ojos, presenciamos cómo regalábamos estos baluartes —que nos había costado tanta sangre conquistar y defender y que constituían el último vestigio de nuestro débil poder en Kabul—, uno a uno, a nuestros traicioneros y exultantes enemigos».[113]

Entonces, de manera totalmente inesperada, atisbaron un pequeño rayo de luz al final del túnel: el 20 de noviembre, Nizam al-Daula, el primer ministro que Macnaghten había impuesto a Shuja, les informó de que su antiguo protector, Nawab Zaman Khan —el jefe barakzai que había liderado en un inicio la rebelión—, «estaba ofendido porque las gentes se habían congregado en torno a Mohammad Akbar, por lo que mostró su interés en aliarse con los ingleses. Estos, que buscaban protección entre las afiladas espadas afganas, consideraron la oferta del *nizam al-daula* como caída del cielo».[114] Al mismo tiempo, llegaron noticias de que muchas de las tropas rebeldes estaban descontentas con Akbar Khan por el elevado precio de los alimentos.[115]

Macnaghten retomó inmediatamente la política del *divide et impera*. Desesperado por evitar la catástrofe que podría suponer una retirada en pleno invierno a través de las hostiles montañas, barajó todas las opciones posibles, «aferrándose a cualquier nueva posibilidad que pareciera más prometedora que la anterior». A través de Mohan Lal, ofreció la importante suma de veinte mil rupias tanto a los qizilbash como a los jefes ghilzais para que rompieran relaciones con los rebeldes y se alinearan con los británicos. «Si parte de los afganos, por pequeña que sea, desea que nuestras tropas permanezcan en el país», declaró, «me consideraré libre para romper el compromiso de marcharnos y cumpliremos los deseos de la nación afgana».

Pero Macnaghten no estaba en condiciones de emprender una acción de tal calado. «Es imposible saber qué es lo que nos convendría hacer», escribió,

confuso, a Mohan Lal por aquella época.[116] Ignoraba la fuerza de los vínculos matrimoniales que unían a los ghilzais con Akbar Khan y tampoco se imaginaba hasta qué punto la gran mayoría de los afganos odiaba a sus ocupantes *kafirs*. Por otra parte, Mohan Lal estaba siendo vigilado y los espías de Akbar le mantenían informando con todo detalle de los intentos *amateur* del enviado por intrigar contra él. Entre los rebeldes circulaban rumores comprometedores de que Macnaghten estaba ofreciendo dinero a cualquiera que se ofreciera a asesinar a Akbar y a los otros jefes enemigos. Según Mirza ʻAta, «Macnaghten escribió en secreto a los jefes para decirles que quien le entregara la cabeza cortada del *sardar* Mohammad Akbar Khan sería recompensado con una suma de diez mil rupias y nombrado ayudante del enviado. Tan pronto como los kanes leyeron esto, le entregaron el original a Akbar Khan, quien decidió conservarlo».[117] La historia podría ser real, puesto que existen pruebas de la correspondencia entre Mohan Lal y un asesino a sueldo llamado Abdul Aziz; este le envió una factura por el asesinato de Abdullah Khan Achakzai a Mohan Lal, donde explicaba que le había disparado por la espalda con una bala envenenada mientras este luchaba contra Shelton, el 23 de noviembre, lo que implicaba que Mohan Lal había ofrecido una recompensa por el asesinato de los líderes rebeldes.[118] Y es poco probable que, de ser así, se hubiera atrevido a hacerlo sin la autorización del enviado.

Al escuchar esto, Akbar Khan decidió tender una trampa a Macnaghten y destapar así su doble juego. La tarde del 22 de diciembre envió al acantonamiento a dos de sus primos escoltados por el capitán James Skinner, un joven comandante de caballería angloíndio —hijo del fundador de la Caballería de Skinner— que había sido capturado y arrestado el primer día del levantamiento mientras trataba de huir de la ciudad ataviado con un burka de mujer.

Durante la cena, los enviados barakzais hicieron una nueva e inesperada oferta a Macnaghten. Los británicos podrían quedarse en Afganistán hasta la primavera, dijeron, y Shuja permanecería en el trono si apoyaban la petición de Akbar Khan de ser nombrado su visir, para poder tomar así las riendas del poder. Si Macnaghten se comprometía por escrito a ayudarlo y le daba un colosal anticipo de trescientas mil libras esterlinas y una cantidad anual de otras cuarenta mil, entonces Akbar Khan le entregaría gustoso la cabeza de Aminullah Khan Logari. Parece ser que fue entonces cuando le ofrecieron a Macnaghten la posibilidad de romper el pacto que hacía poco habían acordado y de firmar un acuerdo secreto con Akbar Khan. Dada la extrema

debilidad de la posición británica, los términos eran sospechosamente generosos, pero, engreído por naturaleza, Macnaghten se convenció de que sus recientes maquinaciones habían sido tan brillantes que Akbar se había visto obligado a transigir para salvaguardar su posición. Aunque rechazó la cabeza de Aminullah Khan y dijo que con su arresto y posterior entrega como prisionero a los británicos bastaría, Macnaghten mordió el anzuelo y firmó un documento en farsi en el que daba su consentimiento por escrito. Según Mohan Lal: «El enviado sospechó de la oferta desde un primer momento pero, como ya había perdido toda esperanza de recibir ayuda militar y consideraba que la retirada sería una vergüenza para los británicos, se agarró a un clavo ardiendo».[119]

Para Akbar Khan esta fue la prueba definitiva de la hipocresía del enviado. Le mostró el documento firmado a Aminullah Khan y advirtió a los otros jefes de la voluntad de Macnaghten de violar los acuerdos y hacer un pacto secreto a sus espaldas. A continuación, envió un mensaje a Macnaghten para reunirse a la mañana siguiente y ultimar los detalles de la conspiración. Macnaghten accedió.

El enviado convocó a George Lawrence, Mackenzie y Trevor al amanecer para comunicarles la nueva estrategia. Según Lawrence, Macnaghten dijo:

> que tenía esperanzas razonables de que esta estrategia resolvería de manera rápida y satisfactoria nuestros problemas, y que Akbar nos iba a entregar a Aminullah Khan como prisionero. Además, sir William me dijo que estuviera preparado para ir a informar al rey sobre la propuesta de Akbar. De nuevo, me di cuenta de que el plan parecía peligroso y le pregunté si no temía que nos pudieran traicionar. Me respondió: «Sí, es arriesgado, pero si tenemos éxito, el riesgo habrá merecido la pena. Los rebeldes no han cumplido ni una sola de las condiciones de nuestro acuerdo, no confío en ellos, y si con este pacto salvamos nuestro honor, me daré por satisfecho. En cualquier caso, preferiría morir cien veces antes que revivir la angustia de las últimas seis semanas».

En estos momentos, Hasan Khan —el jefe de los *yezailchis* de Mackenzie, el mismo que dirigió de manera leal la retirada de la fortaleza de intendencia — intervino y advirtió «a sir William en repetidas ocasiones sobre la posibilidad de que sus peligrosos encuentros con los jefes afganos terminaran en tragedia. Argumentó que, con seguridad, conocía las intenciones de sus compatriotas mejor que Macnaghten, y que estos no consideraban que la

traición fuese una deshonra». Mackenzie señaló que la oferta parecía bastante turbia, a lo que Macnaghten contestó: «¡Esto parece un complot! Dejad que yo me ocupe de esto, ¡confiad en mí!». Macnaghten respondió con el mismo aire de superioridad al propio Elphinstone, que veía los mismos inconvenientes: «De esto me encargo yo. Sé mucho más que usted sobre estos temas».

Shelton debía preparar una escolta militar para acompañar a Macnaghten a su encuentro con Akbar Khan. Sin embargo, tras una breve espera y como la caballería —tan desorganizada como de costumbre— no estaba lista para partir, el impaciente Macnaghten decidió dirigirse a su cita escoltado solo por su pequeña guardia personal y sus tres ayudantes, Lawrence, Trevor y Mackenzie. Akbar Khan lo esperaba en el lugar acordado con uno de sus parientes, Sultan Jan Barakzai, su suegro, el jefe ghilzai Mohammad Shah Khan, y un tercer jefe a quien los británicos no conocían: el hermano menor de Aminullah Khan, que sería testigo de la traición de Macnaghten.

La reunión comenzó con cordialidad. El enviado le regaló a Akbar un valioso caballo por el que previamente había mostrado interés, y el joven líder rebelde agradeció con educación las pistolas de doble cañón que, junto con un carruaje y otro par de caballos, había recibido el día anterior de parte de Macnaghten. Todos descendieron de sus monturas y extendieron sus mantas sobre una pequeña colina elegida por los afganos, que no estaba cubierta por la nieve pero cuya posición no les permitía tener una vista completa del acantonamiento. El enviado se sentó junto a Akbar Khan, con Trevor y Mackenzie a su lado. Lawrence se quedó de pie detrás de Macnaghten hasta que, presionado por Akbar, apoyó en el suelo una de sus rodillas. Al darse cuenta del creciente número de afganos congregados a su alrededor, Lawrence insistió en el carácter secreto del encuentro e instó a que el resto de los hombres se retiraran. Macnaghten le repitió estos argumentos a Akbar, quien le respondió: «Todos guardarán el secreto». Lawrence escribió más tarde: «Apenas pronunció estas palabras, mis brazos fueron inmovilizados, me habían arrancado las pistolas y la espada del cinturón y me levantaban del suelo por la fuerza. Mohammad Shah Khan Ghilzai, que era quien me retenía, me dijo: “¡Camina si valoras en algo tu vida!”. Me volví y pude ver al enviado tumbado con la cabeza contra el suelo y a Akbar sujetándole las manos; la consternación y el miedo se reflejaban en su rostro».[120]

Según Mirza ‘Ata, mientras arrastraban de allí a Lawrence:

> el *sardar* (Akbar) le gritó a Macnaghten: «Eres el ministro de un gran rey, el jefe de un glorioso ejército y todos los dignatarios extranjeros alaban tus conocimientos y logros. Sin embargo, ¡yo te considero un completo idiota, una persona que no es de fiar y que demuestra su verdadera naturaleza traidora en sus escritos! Como no has conseguido derrotarnos en el campo de batalla, ahora buscas destruirnos mediante el engaño. ¡Traidor infiel! ¡Te faltó tiempo para romper nuestro acuerdo! ¿De verdad creías que confiaría antes en tu palabra que en la de mis compatriotas de Kabul? ¿De verdad creías que sería tan fácil que nos destruyéramos entre nosotros para tu propio beneficio? ¿Te das cuenta del ridículo que has hecho? Tendrías que estar avergonzado, ¡eres el hazmerreír de todos! Mi intención era que abandonaras con honor Kabul y fueras escoltado hasta la India, pero tú pretendías verme muerto. ¡El humo negro y las quimeras han nublado tu juicio! ¡Ahora vas a venir conmigo a la ciudad de Kabul!».

Presa del pánico, Macnaghten trató de escapar «como una paloma batiendo desesperadamente sus alas para librarse de las garras de un halcón». Akbar «lo agarró y sacó su espada sedienta de sangre, para después abrirle las entrañas al enviado y cortarle la cabeza. Como si del cadáver de un perro rabioso se tratase, el cuerpo decapitado del ilustre *sahib* Macnaghten, del primer ministro, fue desmembrado y arrastrado al interior de la ciudad. Luego fue colgado, junto con su cabeza y su sombrero de copa, en el bazar de los cuatro tejados».**[121]**

Colin Mackenzie, que fue testigo ocular de lo sucedido, cuenta un relato algo diferente. Escribió que, cuando un grupo de afganos armados se aproximó al grupo, Akbar Khan le pidió a Macnaghten que se acercara para comentarle algo de manera confidencial. Cuando Macnaghten se inclinó hacia él, Akbar Khan inmovilizó al enviado al grito de: ¡*Bigir*! ¡*Bigir*! («¡Apresadlo! ¡Apresadlo!»). El rostro de Akbar tenía una expresión «de ferocidad diabólica», mientras que el de Macnaghten era una mezcla «de horror y asombro». Mientras Macnaghten repetía ¡*Az barae Khooda*! («¡Por el amor de Dios!»), Akbar lo agarró por la cintura para, a punta de pistola, obligarlo a montar en el caballo y llevarlo a la ciudad. «El enviado se negó y le dijo: ¿Qué quieres hacer conmigo?». Sultan Jan le dijo a Akbar: «Sé rápido, de lo contrario todos seremos capturados por las tropas que están saliendo ahora del acantonamiento». Entonces, Akbar Khan disparó a Macnaghten con la pistola de dos cañones que este mismo le había regalado, pero, como seguía vivo, ordenó a su sirviente que lo rematara con un *yezail*: así fue cómo el

enviado británico perdió la vida. Akbar hizo que le cortaran la cabeza y que su cuerpo fuera arrastrado por las calles de Kabul junto con el del capitán Trevor, que había sido asesinado por Sultan Jan.[122]

Tan pronto como se desató la violencia, la guardia personal de Macnaghten —compuesta por dieciséis jinetes— huyó sin hacer ningún esfuerzo por rescatar a los oficiales británicos.[123] En el camino de regreso al acantonamiento se cruzaron con la escolta de caballería, que había salido con retraso, y que también dio media vuelta. «No se envió ni a un solo hombre (del cantón)», escribió Lawrence

> ni una partida de reconocimiento. Tampoco se hizo una simple incursión ni se disparó un solo tiro, a pesar de que vieron cómo algunos escuadrones de caballería e infantería enemigas corrían desde el lugar del encuentro hacia el fuerte de Mohammad Khan, o de que varios oficiales pudieran distinguir claramente a través de sus binoculares dos cadáveres en la colina. Nadie intentó recuperarlos. De tal modo que, a plena luz del día y a tiro de piedra de donde estábamos atrincherados, el enviado británico fue brutalmente asesinado; su cuerpo mutilado fue abandonado durante horas, hasta que cayó en las manos de una multitud salvaje que lo profanó de todas las maneras posibles y lo exhibió por todo Kabul. Tampoco se intentó salvar al resto de miembros de la delegación, ni siquiera se planteó vengar esta atrocidad sin precedentes.[124]

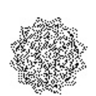
Mientras tanto, Mackenzie y Lawrence fueron capturados. Ambos estaban «rodeados por un grupo de ghilzais, con sus espadas desenvainadas y sus *yezails* cargados, jaleando de forma cada vez más intensa: “¡Muerte al *kafir*!”», cuando apareció el propio Akbar Khan y los salvó de una muerte segura. Este blandió su espada «y se interpuso valientemente entre los atacantes y yo», contó un agradecido Mackenzie. «Sin embargo, una vez que estuve a salvo, su orgullo superó su cortesía; entonces se volvió hacia mí y me repitió en varias ocasiones, utilizando un tono triunfante e irónico: ¡*Shuma mulk-i-ma me-girid*! (“¿Y son ustedes los que quieren apoderarse de mi país?”)».[125] Al mismo tiempo, Lawrence era empujado a punta de pistola por una multitud de ghilzais furiosos —que gritaban *Koorban* («sacrificio»)— en dirección a su cuartel general en la fortaleza de Mahmud Khan, donde encerraron a los dos prisioneros en una celda. Justo antes de que se cerrara la puerta, un miembro de la tribu asestó un golpe a Mackenzie con su espada.

Mohammad Shah Khan Ghilzai, que estaba a su lado, puso su brazo alrededor de Mackenzie, para protegerlo, y recibió un corte en el hombro.[126]

Poco después, Aminullah Khan Logari, la supuesta víctima del complot de Macnaghten, irrumpió en la celda donde se encontraban los dos cautivos y les dijo que pronto los harían volar por los aires amarrados a las bocas de los cañones. Asimismo, algunos ghilzais se agolpaban en la puerta de la prisión para burlarse de los *kafirs*: los escupían, los amenazaban con las puntas de sus espadas, que colaban entre los barrotes, e intentaban entrar por la fuerza. Los guardias evitaron, a duras penas, que la muchedumbre asesinara a los ingleses cautivos. Pocos minutos después, se produjo un revuelo en el exterior: los prisioneros miraron afuera y vieron una mano humana empalada en un poste. «¡Mirad bien!», gritaron los ghilzais, «vuestras manos pronto sufrirán la misma suerte».

Era la mano del enviado. Las cabezas de Macnaghten y Trevor estaban clavadas en las puntas de dos lanzas; mientras, sus cuerpos desfilaban por las calles en las que habían sido desollados y sus pieles colgaban de un gancho de carnicero en el bazar.[127] Incluso se exhibieron las grandes gafas azules de Macnaghten.[128] «Todos acudieron a contemplar el espectáculo», constataba Mirza ‘Ata,

> y escupían como señal de desprecio. El tesoro de la honestidad y del escrupuloso respeto por los compromisos que uno adquiere es un valor apreciado en todas partes; quien lo posee, mantiene su honor incluso en las circunstancias más adversas. «Si eres fiel y sincero, la gente te amará; ¡la mentira solo te reportará odio y rechazo!». La fama del *sardar* Mohammad Akbar Khan creció como la espuma: todo el mundo comentaba que lo único que los ingleses habían logrado era devolver a la India a los burros hambrientos de su ambición frustrada y forzar a sus mujeres a vestirse de luto por sus maridos. Se hizo evidente que todos aquellos ingleses, que se habían jactado de su astucia política y valentía en la batalla, no valían nada en comparación con los *sardars* de Jorasán. De hecho, ¡no eran más que mulas atrapadas en el fango![129]





Capítulo 8

El lamento de las cornetas

La retirada de Kabul comenzó poco después de las nueve de la mañana del día 6 de enero de 1842.

La noche anterior, el teniente Sturt, casi ya recuperado, había dinamitado parte del muro a la izquierda de la puerta trasera del acantonamiento para crear una brecha amplia por la que pudieran marchar, con mayor comodidad, los tres mil ochocientos cipayos, los setecientos soldados europeos de infantería y caballería y los catorce mil civiles del campamento. La operación se llevó a cabo al amanecer y la pared, derrumbada hacia el exterior, haría de puente para que todos pudieras cruzar el foso.

A través de la irregular apertura horadada en las murallas, el sol se alzaba sobre las deslumbrantes montañas blancas que rodeaban Kabul, lo que auguraba un día «muy claro y frío, con una capa de casi treinta centímetros de nieve».[1] Sin embargo, pensar en las tropas que abandonaban la relativa seguridad de los muros del acantonamiento para dirigirse a un destino incierto en las montañas afganas era una visión menos esperanzadora. «Un ejército afligido, con la cabeza gacha, desanimado y por completo diferente al elegante y alegre contingente de tiempo atrás», pensó un deprimido George Lawrence; él y Colin Mackenzie habían sido liberados para ayudar a

supervisar la retirada británica. Al caminar sobre la nieve virgen, «con cada paso que daban, nuestros hombres (pronto) empezaron a hundirse en ella […]. Mi corazón también dio un vuelco al tener la absoluta convicción de que estábamos condenados».[2]

Habían pasado quince días desde que los británicos tuvieran la certeza de que su líder político, sir William Hay Macnaghten, había sido asesinado por Akbar Khan. Tras dos días de tensa espera y rumores contradictorios, los peores temores del ejército se habían confirmado: los británicos habían perdido a su líder y *lady* Macnaghten, a su marido.

Los afganos estaban exultantes ante el extraordinario revés sufrido por los arrogantes invasores *firangis*, pero, al menos entre los poetas, existía una cierta compasión caballeresca hacia *lady* Macnaghten. En el *Akbarnama* [Libro de Akbar], Maulana Hamid Kashmiri puso en boca de la viuda, después de que esta recibiera la noticia de que su marido nunca regresaría, un doloroso lamento:

> […] La esposa de *Laat-Hay Jangi*, el señor Hay de la guerra, se rasgó las vestiduras
> Furiosa por el dolor, entonó un canto de duelo […]
>
> Ella gritó: «¡Oh, príncipe de la tierra de *Firang*!
> ¡Honrado en Rum (Roma/Europa) y famoso en Etiopía!
>
> Pero en estas tierras estabas sentenciado
> Aquí tu muerte era segura
>
> ¡Vuelve! Contigo soy feliz incluso en la pobreza
> Preferiría pedir limosna a esta dignidad […]
>
> […] Hoy, los mendigos y las ratas callejeras
> juegan con tu cabeza como si de una pelota se tratara […]
>
> […] ¡Vuelve, ilustre conquistador!
> Engrandeciste la corona y el trono que te pertenecían
>
> Pero ahora, en Kabul, sobre el polvo del camino
> Yacen tu cuerpo sin cabeza y tu cabeza sin corona».[3]

Sin embargo, cualquier atisbo de simpatía expresado por Maulana desaparecía ante la firme convicción de que la extraordinaria velocidad de la caída de los antaño poderosos británicos se había debido al descontento divino: los *kafirs*, falsos y mentirosos, habían recibido su merecido. Para el propio Maulana Kashmiri, la confirmación definitiva de la naturaleza divina

de los acontecimientos recientes quedaba sancionada con las impresionantes tormentas de nieve que cayeron en Kabul, para mayor desconcierto de los malditos infieles:

> A pesar de haber soportado tanto dolor y tantas penas, grandes sufrimientos y miserias,
> el cielo no dudó en atormentarlos de nuevo
>
> Se preparó para sembrar la desolación
> y sumió a Kabul en el más frío de todos los inviernos
>
> La nevada fue de tal magnitud
> que no se distinguía un solo patio, un solo tejado […]
>
> El río que antes corría, no llevaba agua
> El sol que brillaba, no irradiaba calor
>
> A la intemperie, el ganado gemía y berreaba,
> desgarrado por el mortal azote del viento
>
> Para la horda de *firangis*, ya maltratados por las adversidades
> los aullidos y las nieves de la ventisca fueron su ruina
>
> Los soldados eran muchos y la comida, escasa
> El veredicto era claro, la muerte los esperaba más adelante
>
> Permanecer habría sido imprudente, y escapar, imposible
> No había esperanza de paz, ni oportunidad alguna para la guerra.[4]

En estos momentos, los británicos también empezaron a creer que todos sus sufrimientos eran fruto del castigo divino. Incluso la irreductible y decidida *lady* Sale aceptó que el futuro de las tropas sitiadas se presentaba muy complicado, y expresó dicho sentir en su diario de manera un tanto eufemística, algo muy propio de ella:

> El día de Navidad fue sombrío y nuestra situación no tiene nada de alegre. Lawrence ha vuelto al acantonamiento muy demacrado; ha envejecido diez años de golpe a causa de las preocupaciones […]. Naib Sharif pagó el entierro de sir A. Burnes, aunque este, como tal, nunca se produjo; algunos de sus restos todavía cuelgan de los árboles de su jardín. (Ahora) la cabeza del enviado permanece guardada en un saco de *busa* en el zoco, y Akbar asegura que la enviará a Bujará para mostrar a su rey cómo se ha deshecho de los *firangis* aquí y lo que

> pretende hacer con ellos […]. Se respete o no el tratado, me temo que pocos de nosotros viviremos para llegar a nuestras provincias […].[5]

Añadió que, al decidir cuáles de sus bienes se llevaría consigo, encontró un poemario de Thomas Campbell,

> que se abrió en «Hohenlinden»; no me podía quitar de la cabeza una de sus estrofas:

> De donde muchos se congregan, pocos partirán,
> la nieve se convertirá en su sudario;
> y cada hierba bajo sus pies
> será el sepulcro de un soldado.[6]

Para empeorar más las cosas, las tropas británicas se enteraron de que Macnaghten había sido asesinado cuando intentaba violar los términos del tratado firmado con los jefes afganos: los ingleses no solo estaban famélicos, derrotados y aislados; además habían perdido la poca autoridad moral que les quedaba. Para mayor escarnio, los afganos, que los habían vencido en el campo de batalla y superado en astucia, no eran, en realidad, las tropas de élite de las montañas que habían imaginado, sino, al menos en parte, meros «comerciantes y artesanos de Kabul, de modo que ni siquiera tuvimos el triste consuelo de saber que nos habían derrotado las tribus más belicosas del país».[7]

Tras la muerte de Macnaghten, el malherido Eldred Pottinger se convirtió en el agente político británico de mayor rango aún con vida. A pesar de haber advertido a Elphinstone y a Shelton de que no confiaran en Akbar, y tras insistir en que la única esperanza consistía en dirigirse al Bala Hisar, Shelton continuó apostando fuerte por la retirada y Pottinger se vio obligado a negociar la rendición y las condiciones de la retirada desde una litera. «Me sacaron de la enfermería», escribió después, «y me forzaron a llegar a un acuerdo para garantizar la seguridad de un puñado de imbéciles que estaban haciendo todo lo posible para garantizar su propia aniquilación».[8] A cambio de suministros y de un trayecto seguro, Akbar exigía ahora la entrega de toda la artillería británica restante y de su tesoro.

Mientras esperaban la llegada de los víveres y los animales de carga prometidos, el acoso hacia los británicos no cesó. Las peores agresiones las perpetraron los *ghazis*, que, en un número cada vez mayor, se congregaban en

torno a las puertas del acantonamiento para acorralar, insultar y robar a los desamparados invasores y a los afganos que aún eran sus amigos. «Estas gentes nos perturbaban a diario», escribió Vincent Eyre.

> Solían saquear a los pacíficos mercaderes, que llegaban de la ciudad con grano y forraje, en cuanto estos salían del acantonamiento; asaltaban incluso a nuestros cipayos. Y aunque, en varias ocasiones, solicitamos permiso para disparar —algo que los propios jefes afganos nos aconsejaban hacer—, nuestros esfuerzos fueron en vano […]. En consecuencia, nuestros soldados se veían obligados a soportar cada día los insultos y las provocaciones de individuos que, con solo una carga de nuestras bayonetas, se habrían esparcido como la paja, pero que estaban envalentonados por la aparente mansedumbre de nuestras tropas, que atribuían a nuestra falta de agallas.[9]

Pero, sin duda, lo más terrible de esta situación era saber que todos los afganos que todavía se relacionaban con los británicos albergaban la absoluta certeza de que la guarnición estaba cayendo en una trampa. El 29 de diciembre de 1841, Hugh Johnson anotó lo siguiente en su diario:

> Varios de mis amigos nativos de Kabul vienen todos los días a verme y absolutamente todos coinciden en que hemos sido nosotros, dadas la apatía y la ineptitud mostradas al comienzo del levantamiento, los verdaderos culpables de nuestra desgracia.
>
> También me dicen que nuestra seguridad durante la retirada dependerá única y exclusivamente de nosotros mismos, que no confiemos en las promesas de ninguno de los jefes, puesto que a todos ellos los han pagado de antemano para que hagan todo lo posible para destruirnos.[10]

Mohan Lal, que contaba con la mejor red de informantes de toda la capital, envió una serie de mensajes a los ingleses, en los que les advertía de que se dirigían directamente a una emboscada y donde aportaba informaciones detalladas en las que los jefes qizilbash hablaban de masacrar a todos los británicos; pero hicieron caso omiso.[11] Empezaron a circular rumores macabros de que los afganos iban a capturar a todas las mujeres británicas y a matar a todos los hombres, menos a uno, al que, una vez amputadas las extremidades, llevarían a la entrada del paso Jáiber con una nota en el pecho que advirtiera a los británicos de que nunca más se atrevieran a entrar en Afganistán. La noche anterior a la retirada, *lady* Sale, siempre dispuesta a afrontar la realidad —por cruda que esta fuera—, escribió abatida en su diario: «Los propios afganos nos dicen que estamos condenados».[12]

No obstante, fue el propio Shah Shuja el que más esfuerzos destinó a intentar avisar a los británicos del oscuro destino que los esperaba en los pasos de montaña. Mohammad Husain Herati subrayó: «Su majestad escribió a Pottinger: “Abandonar el acantonamiento en mitad de este invierno tan riguroso es una completa locura, ¡olvidaos de ir a Jalalabad! Si tenéis que evacuar el acantonamiento, venid a pasar el invierno con nosotros a la fortaleza del Bala Hisar, donde aguardaremos juntos a que llegue la primavera; y si se nos agotan los suministros, haremos incursiones en los alrededores para saquear y asegurar así nuestra supervivencia”. Pero esta oferta no se tomó en consideración […]».[13]

Como señaló Mohan Lal, la decisión de los británicos de abandonar a Shuja fue, desde luego, una deslealtad absoluta. «No se respetaron los artículos del Tratado Tripartito», escribió, «y Shah Shuja al-Mulk quedó a merced de sus enemigos, a quienes habíamos brindado refugio durante los últimos dos años de su gobierno. Si no hubiera sido por nosotros, él solo, como soberano independiente, habría podido destruir a los barakzais y librarnos de estas fatales consecuencias».[14]

El propio Shuja parecía más desconcertado por la increíble ineptitud de sus aliados que molesto y resentido por la traición de los británicos.

Durante su largo exilio en Ludhiana, y a pesar de sus frecuentes diferencias con los anfitriones británicos, había llegado a admirar la perfecta eficacia de la administración de la Compañía; sin embargo, el espectáculo que había presenciado en las últimas seis semanas desafiaba todas sus convicciones: ¿Cómo podían los británicos —especialmente el antaño todopoderoso Macnaghten— haber sido tan estúpidos? «Sir William Macnaghten no quiso escucharme», escribió Shuja, desesperado, a Auckland, al que además le explicaba que una y otra vez había intentado advertir al enviado de lo siguiente:

> Con estas gentes solo quedan dos opciones: matarlos o encarcelarlos; los conozco bien. Pero mi consejo fue inútil […].
>
> A menudo le decía que tendría que abandonar Afganistán cuando estallara la revuelta que se estaba fraguando, pero el enviado siempre me aseguraba que no había razón para preocuparse, que él apaciguaría el país con unos cuantos regimientos. De nuevo le insistí: «No te dejes engañar; tendré que abandonar estas tierras». Pero mi familia me frenaba, luego llegó el invierno y no pude marcharme, y fue entonces cuando empezó todo. ¡Son unos perros! Albergaba la esperanza de poder unir bajo mi gobierno el país entero, desde Jorasán hasta Persia, y ¿quién se habría opuesto a algo así? Pero lo convirtieron en una lucha entre los *kafirs* y el islam, por lo que todos me dieron la espalda.[15]

Para Shuja, lo más irritante de todo era que, en la última fase de las negociaciones, Macnaghten hubiera entregado grandes sumas de dinero a Akbar Khan, después de haber recortado, en varias ocasiones y en gran medida, su propio presupuesto, de haberle privado, en definitiva, de los recursos necesarios para poder organizar una defensa adecuada:

> Mohammad Akbar y los otros se estaban muriendo de hambre y han revivido con vuestro dinero. Al darle fondos a vuestro enemigo, le habéis entregado el arma con la que acabará con vosotros. Si no fuera por ese dinero, no habrían aguantado más de diez días.
>
> En mi caso, en cambio, ni siquiera podía beber agua sin el consentimiento de sir William Macnaghten, y muy a menudo le aseguraba: esto terminará mal. El capitán Lawrence, aún con vida, podría corroborarlo, puesto que más de una vez lo dije en su presencia. El capitán Burnes, que no corrió la misma suerte, siguió los dictados de su corazón y se dejó convencer por las palabras de estas gentes. Le dije que no se engañara, que los afganos estaban descontentos con él y querían hacerle daño; pero no sirvió de nada […]. Hasta el momento, por un motivo o por otro, he conseguido resistir, pero ahora han puesto al pueblo en mi contra, dicen que el sha está hundiendo el islam y que está con vosotros (británicos): por eso me han abandonado.

Terminó, como de costumbre, con la siguiente frase: «Todo lo que suceda a partir de ahora, será en función de la voluntad de Dios».[16]

Como George Lawrence era el único oficial británico con el que Shuja todavía mantenía una buena relación, el sha le envió un último mensaje urgente en el que le rogaba, una vez más, que alertara al general de que no debía abandonar el acantonamiento ni tampoco confiar, bajo ningún concepto, en las promesas de Akbar Khan. «El rey insistió en que el enemigo no podría hacernos daño si nos manteníamos en nuestras posiciones; pero, que si llegábamos a abandonarlas, seremos hombres muertos», escribió Lawrence. «Informé debidamente de estas advertencias a Pottinger, que me llevó ante el general Elphinstone, a quien, de nuevo, se las repetí […] pero la respuesta fue clara: no era buena idea quedarnos donde estábamos, teníamos que marchar».[17]

Tras el fallido intento de convencer a las autoridades británicas de la inviabilidad de una retirada segura, Shuja hizo todo lo posible para intentar salvar a los pocos conocidos que le quedaban. Vincent Eyre dejó constancia de que

> intentó persuadir a *lady* Macnaghten, y a todas las mujeres que pudieran acompañarla, para que abandonasen el ejército, que, según él, iba a ser destruido por completo, y además les ofreció su protección en el Bala Hisar. También apeló al general de brigada Anquetil, que comandaba a las tropas del sha, al que preguntó «si le parecía bien

> abandonarlo en el momento de mayor necesidad y privarlo de la ayuda de unas fuerzas que, hasta entonces, le habían dicho que estaba a su servicio». Sin embargo, nada surtió efecto. El general y su consejo de guerra habían decidido que nos debíamos marchar, y así lo hicimos.[18]

Según *lady* Sale, a altas horas de la noche del 5 de enero, Shuja hizo un último llamamiento a sus aliados británicos: escribió a toda prisa «un mensaje para preguntar si ni siquiera iban a concederle un oficial de sus tropas para que se mantuviera a su lado».[19]

Pero, tras haberlo abandonado, y desdeñado todos sus consejos, los oficiales de Shuja estaban tan ocupados con su inminente partida que ni se molestaron en responder.



A las nueve de la mañana del 6 de enero, al son de las cornetas y los tambores, los primeros soldados británicos salieron del acantonamiento y comenzaron a marchar, con la nieve hasta las rodillas, por la ruta a Jalalabad, en dirección al paso Khord Kabul. A pesar del brillante sol matinal, el termómetro de *lady* Sale registraba una temperatura «muy por debajo de cero».[20]

Algunas señales invitaban al optimismo: aunque una centena de afganos se había congregado para presenciar la salida de los aspirantes a conquistadores, los *ghazis* que habían permanecido acechando a las puertas del cantón desaparecieron como por arte de magia, y la vanguardia de la columna marchaba sin encontrar la más mínima resistencia. Incluso los fuertes circundantes, que durante las seis últimas semanas habían acribillado a tiros el acantonamiento, estaban en completo silencio, «no se veía ni a un solo hombre sobre sus muros», como observó, aliviado, Hugh Johnson.

Por esta razón, la vanguardia se encontraba de bastante buen humor:

> Después de llevar encerrados en nuestros cuarteles dos meses y tres días, durante los cuales habíamos perdido —en varios enfrentamientos — a una gran parte de nuestros oficiales y soldados, y donde nuestros hombres habían sufrido, muy severamente, la escasez de alimentos, el frío y el exceso de trabajo, los cipayos rebosaban de alegría ante la

> perspectiva de librarse de un clima tan inclemente como el de Kabul durante esta época; es más, la leña que habían acumulado para todo el invierno se había terminado, y ya habían talado y quemado casi todos los árboles frutales del acantonamiento.[21]

El último desayuno de *lady* Sale se preparó usando como combustible la madera de su mesa de comedor. A continuación, se puso el turbante y el *pustin* afgano, de piel de oveja, que sus amigos locales le habían aconsejado que llevara y, acompañada de su hija embarazada, de veinte años, rechazó la oferta de protección del capitán Lawrence y, en su lugar, optó por viajar junto con los soldados de la Caballería de Skinner, con sus vistosos uniformes, que formaban la vanguardia.

No había ni rastro de la escolta que los jefes tribales habían prometido hacer llegar a los británicos. Además, a pesar de los esfuerzos del yerno malherido de *lady* Sale —el teniente Sturt—, que había pasado la noche en vela, «con el agua hasta la cintura», hundiendo cureñas en el río y cubriéndolas con tablones, el puente de pontones, construido a toda prisa sobre el helado río Kabul, tampoco estaba listo para recibir a las tropas, que tuvieron que hacer cola durante una hora para poder cruzar a la otra orilla. No obstante, aparte del retraso causado por el incidente del puente, y de la confusión creada por los miles de civiles del campamento, asustados, hambrientos y entumecidos —que por su propia seguridad se habían mezclado deliberadamente con los cipayos de la infantería—, parecía que la nieve iba a ser el mayor peligro al que las tropas en retirada se tendrían que enfrentar, más incluso que las espadas de los afganos. «Hacía un frío horrible, helador», señalaba George Lawrence, «sentía lástima por los pobres soldados nativos y los civiles del séquito del ejército, que se arrastraban con la nieve y el fango hasta la mitad de las piernas. Mantener a todos mis hombres juntos no fue una tarea fácil: algunos de los porteadores aceleraban el paso, mientras que otros se quedaban atrás con los palanquines y *dhoolies* donde viajaban las mujeres y niños».[22]

El primer contratiempo se presentó justo después de las once de la mañana, cuando Nawab Zaman Khan Barakzai comunicó a los británicos que debían interrumpir su marcha porque aún no habían finalizado las gestiones necesarias para garantizar su seguridad. Por aquel entonces, la vanguardia había comenzado a cruzar el improvisado puente de Sturt, y una larga y vulnerable línea de tropas esperaba de pie, en medio de la gélida nieve, a medio camino entre el río y el acantonamiento. Elphinstone, tan indeciso

como siempre, ordenó al contingente que se detuviera, pero enseguida comenzó a dudar acerca de qué debía hacer a continuación. Casi al mismo tiempo, una multitud de afganos —entre ellos los *ghazis* — descendió desde el pueblo de Bibi Mahru, «rasgando el aire con sus gritos de júbilo», para saquear y quemar el abandonado complejo de la misión, al norte del acantonamiento principal. El ruido cercano de los disparos y las columnas de humo pusieron a todos muy nerviosos, y algunos de los porteadores y de los civiles rompieron filas y salieron huyendo, dejando atrás el equipaje que tenían asignado y «mezclándose con los soldados, contagiando a toda la columna su enorme confusión».[23]

Una hora más tarde, en torno al mediodía, los *ghazis* escalaron los muros del complejo de la misión y comenzaron a disparar contra la columna, mientras que la retaguardia devolvía el fuego desde los adarves del acantonamiento. Alrededor de la una, cincuenta soldados europeos de infantería yacían muertos o malheridos en la nieve. Colin Mackenzie comprendió en ese momento que la situación solo podía terminar en tragedia; con la mitad de las tropas todavía en el acantonamiento, la otra mitad fuera y un Elphinstone aún vacilante, decidió salir a galope en abierto desafío de las órdenes de este último —mientras, el general gritaba sin mucha convicción: «¡Mackenzie, no lo haga!»— y cabalgar hacia el puente, donde instó a Shelton a reanudar la marcha. Pero, a pesar de la rápida y decisiva intervención de Mackenzie, el retraso que sufrieron supuso que comenzara a anochecer y que los últimos cipayos de la retaguardia abandonaran el acantonamiento en torno a las cinco de la tarde, tras haber presidiado las heladas murallas durante once horas sin haber ingerido alimento alguno.[24] Según salieron, los *ghazis* se abalanzaron sobre el acantonamiento vacío, se encaramaron a las murallas y abrieron fuego desde las almenas, apuntando con sus largos *yezails* contra la columna.

Llegado este punto, mientras que la mayoría de las tropas estaban de camino a Bagrami–el lugar designado como campamento para la primera noche—, la mayor parte del equipaje y todas las municiones del contingente estaban todavía al otro lado del puente. A medida que los *ghazis* afinaban la puntería, los civiles del campamento y los últimos soldados de la retaguardia comenzaron a caer allí donde se encontraran, lo cual provocó el caos e hizo que reinaran los empujones y las peleas por llegar al río y atravesarlo lo antes posible. En medio de esta escena de pánico,

> (Colin) Mackenzie siempre recordaba la visión de una pequeña indostana, desnuda por completo, sentada en la nieve y sin rastro alguno de sus padres, como una de las visiones más desgarradoras de aquel día humillante. Era una niña preciosa de unos dos años, lo bastante fuerte como para sentarse erguida con sus piernecitas dobladas bajo el cuerpo, con un cabello que se rizaba en ondulantes tirabuzones que le caían sobre el dulce cuello, y unos enormes ojos negros, dilatados hasta el doble de su tamaño, que se fijaban en los hombres armados, en los jinetes que iban pasando y en todas las cosas extrañas con las que se cruzaba su mirada […]. Vio a muchos otros niños, igual de jóvenes e inocentes, muertos en las cunetas del camino, y a mujeres de largos cabellos oscuros húmedos de sangre […]. (Pronto) notaron la presencia de algunos afganos (merodeando en la nieve para acabar con los moribundos) que apuñalaban con sus cuchillos a los granaderos heridos.[25]

Aunque Sturt había avisado al general de que el río era perfectamente vadeable, con camellos y caballos, a escasa distancia del puente, río arriba, parece que dicha información, vital, no se había compartido y, ante el fuego indiscriminado, cada vez más intenso, procedente de las murallas del acantonamiento, los aterrorizados cipayos que quedaban luchaban con las mujeres y los niños del séquito del ejército por cruzar el nuevo puente construido sobre las cureñas de los cañones. Como resultado, al caer la tarde, cuando el sol se escondía tras las montañas y las sombras eran cada vez más alargadas, la orilla del río se convirtió en «un pantano cubierto por el hielo», tan resbaladizo que los camellos de carga no podían ni acercarse. A medida que el fuego de las murallas aumentaba en precisión e intensidad, las tiendas de campaña, los barriles de pólvora, las municiones de los mosquetes, la ropa y los alimentos se abandonaron en grandes pilas a orillas del río Kabul; las llamas del acantonamiento iluminaban los sacos y las alforjas que habían quedado atrás. La retaguardia se vio obligada a clavar dos de los nueve cañones que les habían permitido llevarse, ya que su peso impedía arrastrarlos a través de la nieve. Al final, tal fue el desconcierto que solo consiguieron cruzar una mínima parte del bagaje. Así, los británicos repetían por segunda vez el craso error que Elphinstone había cometido al comienzo del asedio: no proteger sus suministros.

«Aunque era noche cerrada», recordaba Eyre, «los *ghazis* habían prendido fuego a la residencia y a casi todos los edificios del acantonamiento, y el incendio iluminaba el paisaje circundante en varios kilómetros a la redonda:

era un espectáculo terrible a la par que sublime».[26] Tras la puesta de sol, y a medida que las temperaturas caían en picado, el contingente principal esperaba en vano la llegada de comida, madera y tiendas al campamento de Bagrami, a unos diez kilómetros de distancia. A medida que pasaban las horas y la noche se volvía más oscura y fría, empezó a correr la voz de que el bagaje y los víveres se habían perdido. La fuerza británica se había vuelto a quedar sin suministros a las pocas horas del inicio de su retirada.

El caos se impuso en Bagrami aquella noche. Los últimos soldados de la retaguardia llegaron a las dos de la madrugada tras «haber luchado a lo largo de todo el trayecto y habiendo tenido que, pasar, literalmente, por encima de una columna interminable de pobres desgraciados, hombres, mujeres y niños, muertos o moribundos a causa del frío y las heridas; estos, incapaces de moverse, rogaban a sus camaradas que los mataran y pusieran fin a su sufrimiento».[27] Incluso en la misma entrada al campamento, la retaguardia encontró a «decenas de cipayos y civiles exhaustos, alineados al borde del camino, que se desplomaban desesperados para morir en la nieve».

Solo unos pocos afortunados tuvieron algo para llevarse a la boca esa noche. *Lady* Macnaghten, que tenía sus propias provisiones, le dio a George Lawrence «un poco de embutido y de jerez». Casi todos los demás pasaron hambre y se vieron «obligados a acostarse sobre la nieve desnuda, sin cobijo, fuego o comida […]. El silencio de los hombres traicionaba su desesperación y letargo: no se escuchaba ni un suspiro».[28]

Lady Sale fue más afortunada que la mayoría: aunque había perdido todas sus posesiones y no tenía nada que comer, le había dado su ropa de cama al aya de su hija antes del partir, por lo que ella y su familia tuvieron algo con lo que taparse durante la primera noche, todo un privilegio. Algún otro tuvo también suerte: por ejemplo, el irascible doctor Magrath encontró un *dhoolie* vacío donde pudo dormir. Sin embargo resultaba evidente que los cipayos bengalíes no sabían cómo hacer frente a la nieve, algo que contrastaba con los leales *yezailchis* de Mackenzie, que mostraron a todos la forma en la que se debía actuar. «Al llegar al lugar (del campamento), lo primero que hicieron fue retirar la nieve de una zona pequeña», recordó un impresionado Eyre. «Luego se sentaron en círculo, muy pegados los unos a los otros, y juntaron los pies en el centro; se repartieron entre todos la ropa de abrigo que pudieron reunir. Gracias a este sencillo proceder, generaron suficiente calor corporal como para evitar la congelación; y el capitán Mackenzie, que compartió su acogedora cama, declaró no haber sentido frío».[29]

La necesidad de adoptar este tipo de medidas se hizo patente a la mañana siguiente: muchos de los soldados habían muerto congelados durante la noche. «Encontré cerca de mi tienda, rígido, frío, muerto, en definitiva, a un viejo y canoso oficial llamado Macgregor, que, exhausto, se había echado en silencio a esperar la muerte», recordó George Lawrence.[30] Muchos buscaron los servicios del reservado cirujano asistente del Contingente de Shah Shuja, William Brydon, un escocés de treinta años. Había pasado la noche envuelto en su abrigo de piel de oveja y, al amanecer, recorrió el campamento incitando a saltar a los que aún vivían para que entraran en calor. «Llamé a los indígenas que se habían acostado cerca de mí para que se levantaran», escribió en su diario, «pero solo unos pocos pudieron hacerlo. Algunos de ellos se rieron de mí mientras se señalaban los pies, que parecían troncos carbonizados de madera. Pobres compañeros, estaban congelados y tuvimos que abandonarlos allí».[31]



El segundo día de la retirada resultó ser aún más caótico que el primero.

«Menos de la mitad de los cipayos estaban en condiciones de prestar servicio», escribió Vincent Eyre. «El frío había entumecido las manos y los pies de los soldados, incluso de aquellos más fuertes, y los había dejado postrados, indefensos e incapacitados para ejercer función alguna». Incluso los jinetes tuvieron que ser «encaramados a sus monturas […]. Grandes masas de nieve endurecida se adherían tan firmemente a las pezuñas de nuestros caballos que hubiéramos necesitado cincel y martillo para despegarlos. El aire que respirábamos se congelaba al pasar por nuestras bocas y fosas nasales y formaba pequeños carámbanos en nuestros bigotes y barbas […]. Ya solo nos quedaban unos cuantos cientos de hombres capaces de combatir».[32]

Si bien las circunstancias debilitaron seriamente el físico de los soldados, su determinación y autocontrol se vieron aún más afectados. «Alrededor de las siete y media de la mañana, la vanguardia comenzó a marchar sin haber recibido órdenes ni escuchado la llamada de la corneta», escribió Hugh Johnson en su diario. «Ya no hay disciplina alguna».[33] Ni siquiera habían cargado el equipaje en los camellos y bueyes cuando una horda de afganos comenzó a descender por las laderas de las montañas y a saquear todo lo que encontraban a su paso. Muy cerca del campamento, un grupo de afganos hizo

una incursión y capturó tres cañones que pasaban por delante de una pequeña fortaleza de barro, arrastrados por mulas. Los cipayos que tenían que haber protegido la artillería huyeron de inmediato. A medida que las tropas avanzaban en su camino, el número de jinetes afganos congregados a su alrededor aumentaba sin cesar. Viajaban en paralelo a los británicos, a ambos lados de la columna, y disparaban al azar a la muchedumbre desordenada de refugiados que se agolpaba entre ellos, como si fueran pastores expertos reconduciendo un rebaño de ovejas presas del pánico; mientras tanto, los aterrorizados cipayos habían perdido por completo la voluntad de intentar defenderse.

Un regimiento entero de indostanos —el 29.º de Shah Shuja— se pasó al bando de Akbar Khan esa misma mañana. Muchos cipayos, demasiado helados para continuar, dejaron sus armas y huyeron hacia Kabul con la esperanza de que sus heridas desviaran el interés de los esclavistas de la ciudad, aunque, de todas formas, «preferían ser tomados prisioneros antes que la muerte segura a la que se dirigían si continuaban con el contingente principal». Meses después, en los bazares de Kabul todavía se veía a centenares de excipayos mutilados, renqueando sobre sus muñones y pidiendo limosna.

A pesar de no contar con los víveres y las municiones necesarias para llegar a Jalalabad, a media tarde del segundo día, Elphinstone interrumpió la marcha en Butkhak —en la boca del gran paso Khord Kabul—, cuando el ejército apenas había recorrido ocho kilómetros; «perdieron, por tanto, otro día más», como constató Johnson.

> Salimos de Kabul hacia Jalalabad con cuartos de raciones por cabeza para cinco días; además, no teníamos forraje para el ganado, ni ninguna esperanza de poder conseguirlo por el camino.
> En consecuencia, el general condenó a nuestras desafortunadas tropas, ya casi paralizadas por el frío, a otra noche a la intemperie. De nuevo, no se reservó ninguna zona para los soldados, por lo que volvió a reinar la confusión. Tres cuartas partes de los cipayos se mezclaron con los civiles y desconocían dónde se encontraban los cuarteles generales de sus correspondientes regimientos.[34]

Lady Sale fue igual de crítica con la capacidad de mando del general; estaba cada vez más convencida de que una desgracia a gran escala era inminente. De hecho, escribió lo siguiente:

> Con estos altos innecesarios en el camino solo conseguiremos agotar nuestras provisiones; los oficiales y soldados, al no contar con ningún tipo de refugio, están paralizados por el frío […].
> Todavía hay treinta centímetros de nieve. No hay alimento ni para los hombres ni para los animales; incluso tenemos dificultades para conseguir agua del río más cercano, ya que

disparan a los nuestros cuando van a buscarla. Aun así, nuestros líderes son tan cretinos que todavía nos aseguran que los *sardars* son fieles, que Akbar Khan es nuestro aliado, etc., y que la razón por la que desean que nos demoremos es para poder enviar a sus tropas a despejar los pasos para nosotros. Enviarán a sus hombres, de eso no me cabe ninguna duda, pero todo está sucediendo exactamente como nos advirtieron antes de partir.[35]

Fue así como, por segunda noche consecutiva, las tropas durmieron sobre una espesa capa nieve.[at1] Sin embargo, esta vez los afganos ocuparon todas las colinas circundantes y dispararon en la oscuridad contra el campamento; incluso corría el rumor de que Akbar Khan dirigía personalmente su fuego. «Una noche de hambre, frío, agotamiento, muerte», escribió Eyre, «y de todas las muertes que uno pueda imaginar, la más agónica es por congelación, cuando el frío ataca cada uno de tus miembros sensibles hasta que el ánimo del más tenaz se hunde al sobrepasar el umbral del sufrimiento humano».[36]

Pero las penurias de los dos primeros días no eran nada en comparación con lo que les sucedería a la mañana siguiente.



Butkhak se encontraba a poca distancia de los imponentes acantilados del paso Khord Kabul.[at2] Fue en la entrada del mismo, muy cerca de la aldea, donde, más de dos meses antes, la brigada de «Bob el combativo» Sale había sido atacada mientras sus hombres se preparaban para pasar la noche. En ese momento, al amanecer, los mismos riscos fueron testigos de una emboscada mucho más sangrienta. Como en anteriores ocasiones, la masacre fue anunciada por el inquietante sonido de los invisibles *yezails* al ser cargados.[37]

Justo antes de que saliera el sol, un gran número de afganos se congregó a espaldas del campamento británico. Los combates comenzaron cuando los cipayos, recién levantados, se encontraron con los cadáveres congelados de sus compañeros alrededor de las pocas tiendas que quedaban: «La escena al amanecer fue estremecedora», escribió Hugh Johnson.

Nuestras fuerzas estaban desorganizadas por completo. Todos nuestros hombres estaban tan entumecidos por el frío que apenas podían sostener un mosquete o dar un paso. Como algunos enemigos aparecieron por la retaguardia del campamento, todos los civiles

—hombres, mujeres y niños— se precipitaron en masa hacia la parte delantera […]. El suelo estaba cubierto de cajas de municiones y de bienes de todo tipo. El número de asaltantes aumentaba rápidamente. Si se hubieran abalanzado entonces sobre nosotros, no habríamos podido ofrecer resistencia alguna: nos habrían matado a todos.[38]

Por el contrario, los civiles y soldados que se encontraban más avanzados fueron hábilmente conducidos hacia la boca del paso Khord Kabul; *lady* Sale dirigió a las mujeres: «Agradecí haberme tomado un vaso de jerez, aunque, en cualquier otra situación, me habría parecido algo impropio de una dama». Al mismo tiempo, el estado mayor del general Elphinstone avistó a un grupo de jinetes afganos en la retaguardia, inmóviles y bajo un estandarte, que, resultaba más que evidente, dirigían el ataque. Suponían, y no se equivocaban, que se trataba de Akbar Khan, y Mackenzie y Lawrence fueron enviados a renegociar el salvoconducto que este les había prometido en Kabul. Akbar Khan estuvo de acuerdo en tomar de nuevo como rehenes a sus amigos Mackenzie y Lawrence, a cambio de enviar a sus hombres más influyentes «para liberar el paso de los ghilzais que lo ocupaban».[39] Las nuevas condiciones fueron aceptadas.

«Escoltados por dos subordinados de Akbar», escribió Lawrence *a posteriori*, «atravesamos las filas enemigas hasta llegar al *sardar*. Lo encontramos sentado al lado de una colina tomando su desayuno, que, con mucha cortesía, nos invitó a compartir con él mientras ordenaba a sus hombres que nos quitaran las armas de fuego […]. Luego nos sentamos y, sin inmutarnos, comimos del plato del hombre que, hacía muy poco, había asesinado al enviado».[40] Poco después, mientras Akbar recriminaba, con cierto tacto, a los dos jóvenes oficiales que hubieran abandonado Kabul antes de haber podido asegurar su protección, ambos escucharon persistentes descargas de mosquetes procedentes del interior del paso: la avanzada había sufrido una emboscada orquestada al milímetro.

Como más tarde se demostraría, los ghilzais se llevaban preparando durante días para este momento: habían erigido, con sumo cuidado, terraplenes, trincheras poco profundas y *sangars* hechos con escombros, fuera del alcance de los mosquetes británicos, pero lo bastante cerca del fondo del valle como para ser operativos para los *yezailchis* afganos. Ahora, con la cabeza de la columna británica inmersa en las profundidades de los imponentes acantilados del paso —sin haber hecho ni un intento siquiera de inspeccionar las alturas, una operación que debía ser rutinaria para la

infantería—, empezó la emboscada. «Apenas habíamos avanzado un kilómetro cuando fuimos el blanco de un fuego intenso», escribió *lady* Sale aquella noche. «Los jefes que cabalgaban con nosotros nos pidieron que no nos alejáramos de ellos. Su intención era que sus hombres gritaran a los atacantes de las alturas para que dejaran de disparar; sin embargo, su estrategia no surtió efecto. Sin lugar a duda, estos jefes corrieron los mismos riesgos que nosotros, aunque creo que muchos de ellos habrían sacrificado sus vidas con gusto si con ello hubieran podido liberar a su país de nuestra presencia».**[at3]** A continuación, añadía:

> Tras haber sobrevivido a un fuego intenso, nos encontramos con el caballo del comandante Thain, al que un disparo había atravesado el costado. Cuando se suponía que estábamos relativamente a salvo, el pobre Sturt dio media vuelta para ocuparse del comandante Thain: cayó al suelo al ser impactado su caballo y, antes de que pudiera levantarse, él mismo fue herido de gravedad en el abdomen. Entre dos personas lo subieron a un poni y, con grandes dificultades, consiguieron trasladarlo al campamento en Khord Kabul.
>
> El poni que montaba la señora Sturt fue herido en la oreja y el cuello. Afortunadamente, yo solo recibí un balazo en el brazo; otros tres atravesaron mi *pustin* («piel larga», es decir, abrigo de piel de oveja) a la altura del hombro, pero no me hirieron. El grupo que nos disparaba se encontraba a unos cincuenta metros de nosotros y conseguimos escapar gracias a que espoleamos a los caballos para que cabalgaran a gran velocidad por un camino que, en circunstancias normales, habríamos atravesado al paso y con la mayor de las cautelas […].

El desfiladero se congestionó de inmediato y, «durante un tiempo considerable, permanecimos inmóviles bajo un fuego continuo […]. El 37.º (regimiento) siguió avanzando con extrema lentitud, sin disparar un solo tiro: sus soldados estaban tan paralizados por el frío que ni las órdenes de sus oficiales podían convencerlos para hacer el más mínimo esfuerzo e intentar rechazar al enemigo; a algunos de ellos no solo les quitaron los fusiles, sino que les robaron hasta la ropa que llevaban puesta. Varios soldados del 44.º se abastecían de munición de las cartucheras de sus cipayos […]. Mientras tanto, nuestros hombres caían en masa por el fuego de flanco procedente de las alturas […]. (Al menos) quinientos de nuestros soldados regulares y cerca de dos mil quinientos civiles fueron masacrados […]».**[41]**

No obstante, según lo que contaron los que vinieron detrás, la primera oleada de tropas —en la que viajaba *lady* Sale— había salido bien parada. «Aunque la vanguardia sufrió de manera considerable, fueron unos afortunados en comparación con la retaguardia», escribió Hugh Johnson.

> Allí la matanza fue atroz. Tuvimos que aguantar un acoso continuo durante los ocho kilómetros del horrible desfiladero. Todo el bagaje fue

abandonado. El enemigo no solo abrió un fuego mortal sobre nosotros desde cada roca y cada cueva de las alturas a ambos lados, sino que descendió al paso y asesinó a hombres, mujeres y niños. El camino entero se cubrió de muertos y moribundos. El 37.º de Infantería Indígena perdió a más de la mitad de sus hombres, y el resto de cuerpos sufrieron pérdidas similares. Los supervivientes apenas podían moverse al tener los pies y las manos congelados y, para nuestra desgracia, cuando llegamos a Khord Kabul empezó a nevar.[42]

Lawrence y Mackenzie tuvieron que pasar toda la mañana en compañía de Akbar, charlando de banalidades y escuchando cómo las ráfagas de mosquetes resonaban en el interior del paso. Mackenzie, que era un buen lingüista, oyó cómo Akbar gritaba a sus hombres en dari —una lengua conocida por muchos ingleses— que «perdonaran la vida» a los británicos mientras que, a continuación, los exhortaba, a que los «mataran a todos» en pastún, el idioma de las tribus que solo Mackenzie y otros pocos hombres del campamento británico entendían. A primera hora de la tarde, los dos rehenes pudieron continuar su marcha, aunque, como ya había sucedido el día del asesinato de Macnaghten, lo hicieron como prisioneros, esta vez protegidos por Sultan Jan Barakzai, el primo de Akbar. A medida que avanzaban, sus ojos no daban crédito al horror sin precedentes que iban encontrando. Lawrence lo describió así:

Por todos lados había cipayos y civiles del séquito que eran asaltados y despojados de sus vestimentas; aquellos que se negaban a entregar su dinero u objetos de valor, eran apuñalados o asesinados al instante […]. Al vernos, las pobres criaturas pidieron ayuda, muchos de ellos me reconocieron y me llamaban por mi nombre. Pero ¿qué podíamos hacer? […]. Los ghilzais habían probado la sangre y mostraban sin tapujos su naturaleza salvaje; se comportaban de manera violenta y despiadada con nosotros, pretendían que nos entregáramos como sacrificio, blandían sus largos cuchillos manchados de sangre en nuestras caras y nos decían que «miráramos las pilas de cadáveres que nos rodeaban, ya que pronto nos uniríamos a ellos». También gritaron: «Vinisteis a Kabul a por su fruta, ¿verdad? ¿Qué pensáis ahora? ¿Todavía os gusta?».

Cuando advirtió el cuerpo de un inglés en medio del camino, Lawrence se acercó y descubrió que aún seguía con vida:

> El pobre hombre levantó la cabeza y, al reconocerme, gritó: «¡Por el amor de Dios, capitán Lawrence, no me deje aquí!». Desmonté de mi caballo y lo levanté con la ayuda de dos de los hombres de Sultan Jan que se habían bajado de sus caballos siguiendo las órdenes de este. Era un sargento del 44.º y, aunque en principio parecía que solo había perdido su mano izquierda, para mi horror y tristeza, cuando lo incorporamos vi que lo habían rajado desde la nuca hasta la parte inferior de la columna. «¿De qué sirve levantarlo si solo va a vivir unos minutos?», preguntaron los afganos. Asentí de mala gana y, al decirle a mi pobre compañero que no podíamos hacer nada por él, me contestó: «Entonces, por el amor de Dios, dispáreme». «Ni siquiera puedo hacer eso», contesté desolado. «Entonces, déjeme morir», concluyó; y así tuvimos que hacer […].
>
> A medida que avanzábamos, nos encontramos con un gran número de enemigos, a caballo y a pie, cargados con el botín que habían capturado. Un bellaco llevaba una pequeña niña india sentada tras él, en la grupa de su caballo […].**[43]**

Esa noche, tras haber llegado a la cima del paso, los británicos se encontraron en un campamento aún más frío que el de la noche anterior. Por la tarde, comenzaron a caer los primeros copos, pero, sobre las nueve, estos se convirtieron en una verdadera tormenta de nieve. Solo quedaban cuatro tiendas para todo el ejército, una de las cuales fue asignada a *lady* Sale y a su hija. No había combustible ni comida, pero, al menos, algunos de los médicos conservaban todavía sus maletines. Alexander Bryce, amigo y compatriota escocés del doctor Brydon, «vino a examinar la herida de Sturt», escribió *lady* Sale. «Procedió a curarla, pero la expresión de su rostro indicaba que no había ninguna esperanza. Más tarde, extrajo la bala de mi muñeca y limpió mis dos heridas con extrema delicadeza […]. (Esa noche) los *sipahees* y civiles del campamento, medio congelados, trataron de entrar no solo en nuestra tienda, sino en nuestras camas […]. Muchos de esos pobres desgraciados murieron alrededor de la tienda aquella noche […]. Muchas mujeres y niños fueron secuestrados».**[44]**

«Todos dormimos sobre la nieve», escribió Eyre, «que para muchos, antes de del amanecer, se había convertido en su sudario. ¡Fue un milagro que algunos de nosotros sobreviviéramos a aquella espantosa noche!». Maulana Hamid Kashmiri se hizo eco de tal pensamiento en su *Akbarnama* [Libro de Akbar]:

> El invierno, con toda su crudeza,
> mostró compasión con las valientes gentes de Kabul
>
> Porque si los *kafirs* no murieron por la nieve
> o por las espadas de los saqueadores,
>
> las hienas, lobos y chacales de todos lados
> acudieron a la llamada del zorro, que los convidó a un festín de carne

Las aves carroñeras volaban en círculos y gritaban:
una generosa invitación para los depredadores

¿Cuántos sobrevivieron a la marcha?
Todos fueron abatidos y sepultados en la nieve.[45]



El 9 de enero, en la cuarta mañana desde el inicio de la retirada y en medio de una heladora ventisca de nieve a gran altitud, el contingente pasó del abatimiento a la desesperación más absoluta. «La carne de los pies de los soldados se caía a jirones», escribió el capitán William Anderson, uno de los últimos supervivientes del contigente de Shah Shuja. «Muchos murieron congelados durante la noche».[46]

Ese día pudieron avanzar menos de dos kilómetros a causa de la ventisca, que azotaba con mayor intensidad que nunca. «El cielo estaba completamente cubierto de nieve», explicaba Munshi Abdul Karim,

> el horizonte desapareció de nuestra vista y las ráfagas de viento arrancaban los árboles de raíz. Aparecieron unas espesas nubes oscuras acompañadas de truenos y relámpagos aterradores. Cuanta más nieve caía, la sensación de frío empeoraba y todo se cubrió de un polvo blanco como el alcanfor. Los soldados británicos estaban muertos de frío, se les caían las puntas congeladas de los dedos, la carne se les desprendía de los huesos e incluso los pies se les separaban de los tobillos; era imposible diferenciar entre los vivos y los muertos, todos yacían inmóviles entre los despojos helados. Las tribus afganas, que estaban acostumbradas a tan terribles condiciones, ocuparon las colinas circundantes y se abalanzaron a saquear a las indefensas tropas inglesas. Los encontraron medio muertos o congelados como piedras, ya no se preocupaban por sus armas, oro o posesiones, estaban casi inconscientes, solo eran conscientes de su propia y desesperada situación.[47]

Esa noche Elphinstone reconoció, *de facto*, que sus tropas estaban condenadas al fracaso, por lo que entregó a todas las mujeres británicas —o,

al menos, que eran esposas de oficiales— a Akbar Khan.[at4] Akbar había permanecido todo el día a la cola de la columna; insistía en que estaba haciendo todo lo posible para contener a los ghilzais, pero también aseguraba que incluso sus propios jefes no eran capaces de contenerlos ahora que habían probado la sangre. No obstante, se ofreció a salvar a las mujeres, niños y oficiales heridos que se dejaran a su cargo. Al final, diecinueve personas —dos hombres, ocho mujeres y nueve niños— fueron evacuadas. *Lady* Sale y su hija Alexandrina acababan de contemplar cómo Sturt, sujeto con correas a lomos de un poni tembloroso, moría. «Los movimientos bruscos aumentaron su sufrimiento y aceleraron su muerte», escribió *lady* Sale, «pero, aún así, fue consciente de que su esposa y yo estuvimos a su lado en todo momento; al menos, tuvimos el triste consuelo de darle un entierro cristiano […]». Más tarde prosiguió:

> abrumadas por el dolor de nuestra pérdida, ni la señora Sturt ni yo estábamos en condiciones de decidir por nosotras mismas si queríamos aceptar o no la protección del *sardar*. Las esperanzas de llegar sanas y salvas a Jalalabad eran ínfimas y decidimos dejarnos llevar por lo que decidiera el resto […]. Nos llevaron por una ruta muy tortuosa hasta los fuertes de Khord Kabul, donde encontramos a Mohammad Akbar Khan y a los otros rehenes. Habían preparado tres habitaciones para nosotros: no tenían más salida que una pequeña puerta cada una y, por supuesto, eran oscuras y estaban sucias […]. A medianoche nos trajeron huesos de carnero y arroz grasiento. Las únicas pertenencias de las que disponíamos la señora Sturt y yo eran las ropas que llevábamos encima cuando salimos de Kabul […].[48]

Entregar sus mujeres a unos hombres a los que consideraban unos salvajes sin escrúpulos fue el momento de mayor humillación para los británicos. Para los afganos, por el contrario, la protección ofrecida a las *memsahibs* británicas era una señal de caballerosidad. «El comandante Akbar Khan, aunque inmerso en una lucha implacable, era consciente de la terrible situación que sufrían las mujeres y los niños y se compadeció de ellos», escribió Munshi Abdul Karim.

> Por su amor a Dios y su decencia, ordenó que separaran a los vivos de los muertos, que los primeros fueran trasladados a algún lugar cálido y cubiertos con pieles de oveja y pellizas de marta. Los colocó junto a los

> braseros para que revivieran después de que el frío extremo hubiese detenido la circulación de sus venas. ¡Esta es la hospitalidad afgana! Incluso después de la batalla más feroz, socorren a los débiles, o a los que se encuentran en extrema dificultad, como si fueran de su propia familia. Porque, si Dios lo quiere, incluso un *kafir* puede ser el objeto de una buena acción.[49]

Sin embargo, los horrores no cesaron para aquellos que continuaron la retirada. A la mañana siguiente, el 10 de enero, después de pasar la segunda noche en la expuesta cima de Khord Kabul, Hugh Johnson anotó de manera muy concisa: «No quedaba ni un solo cipayo entre los soldados de Kabul. Todo nuestro bagaje había desaparecido. Sabíamos que estamos perdidos […]. Cada uno de nosotros pensaba que, tarde o temprano, ya fuera por el frío, el hambre o las acciones enemigas, estábamos condenados a morir […]. Mis ojos están tan inflamados por el reflejo de la nieve que estoy casi ciego; el dolor es muy intenso. Varios oficiales han perdido la vista».[50]

Esa misma mañana, el doctor Brydon tuvo la fortuna de encontrar las provisiones de alimentos que *lady* Macnaghten había dejado cuando pasó a estar bajo la protección de Akbar Khan. Aunque el embutido y el jerez que había compartido con George Lawrence ya se habían acabado, aún quedaban «algunos huevos y una botella de vino […]. Los huevos no estaban cocidos sino congelados, igual que el vino, cuya consistencia era igual que la de la miel […]». Fue una suerte para Brydon encontrar algo de sustento, puesto que el peor día de la retirada aún estaba por llegar: los soldados, cegados por la nieve y ateridos por el frío, tuvieron que enfrentarse al estrecho paso de Tezin, donde sufrieron una segunda emboscada planificada al detalle. «Fue una marcha horrible», escribió Brydon esa misma noche en su diario,

> El fuego enemigo no cesaba, y un gran número de oficiales y soldados, desorientados por la ceguera causada por la nieve, fueron gravemente heridos. He tenido que guiar al señor Banness —el comerciante griego— durante la mayoría del trayecto por las alturas y, en algunos momentos, yo mismo veía tan poco que me tenía que poner un poco de nieve en los ojos para sentir alivio, algo que aconsejé a todos los demás que hicieran. Al descender hacia Tezin, la blancura ya no era tan intensa y, con la puesta de sol, la ceguera poco a poco desapareció. Sin embargo, el fuego del enemigo fue en aumento; como consiguieron acercarse mucho a nosotros dentro del paso, adonde habíamos vuelto a entrar, el resultado fue desastroso.
>
> El enemigo presionaba con fuerza en nuestros flancos y en la retaguardia y, cuando llegamos al valle de Tezin por la tarde, solo quedaba un puñado de todos los regimientos indígenas que habían salido de Kabul […]. El doctor Bryce, nada más entrar en el paso, recibió un disparo en el pecho; antes de morir entregó su testamento al capitán Marshall.[51]

«Los cipayos opusieron poca o ninguna resistencia», señaló Elphinstone en su memorándum oficial, «la mayoría habían perdido los dedos de las manos o de los pies, y sus helados mosquetes habrían sido de poca utilidad incluso para aquellos capaces de manejarlos. Fue una carnicería espantosa y, cuando llegamos a Kubber Jubber (en realidad Khak-i-Jabar), resultaba muy difícil diferenciar entre los soldados y los simples civiles del séquito. La mayoría había abandonado sus armas y equipos, por lo que se convirtieron en presa fácil para nuestros sanguinarios enemigos».[52] Como siempre, las órdenes de Elphinstone no hacían más que empeorar las cosas. «Nuestras autoridades militares, que demostraron ser incapaces de organizar una retirada —ineptitud que ya habían demostrado en operaciones anteriores—, ordenaron, de manera cruel y del todo incomprensible, que nuestros hombres no respondieran al fuego enemigo», escribió Lawrence. «En consecuencia, comenzaron a marchar y, durante todo el trayecto hasta Tezin, se produjo una matanza indiscriminada de hombres que no oponían ningún tipo de resistencia […]».[53] «Éramos un grupo tan compacto», escribió un Johnson exhausto y desesperado, «que todos los disparos acertaban a la columna, ya fuera por un lado o por otro».[54]

Al atardecer del 11 de enero, después de otro largo día de terror y mientras el contingente, cada vez más débil, salía del paso de Tezin hacia el fértil valle de Jagdalak, el número de bajas ascendía a doce mil: solo quedaban doscientos soldados, que avanzaban a duras penas. La pequeña retaguardia estaba al mando de Shelton, que, por primera vez, mostró sus nervios de acero y mantuvo a raya a los afganos. «La valentía de Shelton no tenía parangón», escribió Johnson. «Era como un bulldog acorralado por un montón de perros callejeros que intentaban morderle la cabeza, la cola y los costados. El pequeño grupo de Shelton fue atacado a pie y a caballo, pero los asaltantes, que eran cincuenta veces más numerosos, no se atrevieron siquiera a acercarse […]. Fieles a la más pura tradición inglesa, y, a pesar de que arriesgábamos la vida al hacernos visibles para los tiradores enemigos apostados en las colinas, lo vitoreamos en cuanto descendió al valle».

Esa misma noche, mientras las pocas tropas que quedaban yacían asediadas y famélicas en un pequeño recinto amurallado de adobe en Jagdalak, Akbar Khan convocó al general Elphinstone y al general de brigada Shelton para negociar. Hugh Johnson los acompañaba: «Encontramos al *sardar* y a sus hombres acampados al aire libre. El recibimiento que nos dispensó el jefe, al menos en apariencia, no pudo ser más cortés: al enterarse de que teníamos hambre y sed, ordenó de inmediato que se extendiera un

mantel en el suelo donde estábamos sentados».[55] Los acomodó cerca de la hoguera del campamento, les ofreció la cena y luego se negó a dejarlos volver con sus tropas. Shelton estaba furioso y exigió su derecho, como oficial y como soldado, a volver con sus hombres y a morir luchando. Le fue denegado.

A las nueve de la noche siguiente, después de un largo día bajo el fuego ininterrumpido del enemigo, y cuando se hizo evidente que los oficiales restantes habían sido capturados o asesinados, la mayoría de los supervivientes, «ahora a un paso de la locura a causa del hambre, pero sobre todo de la sed, y tras haber marchado —o mejor dicho, haber participado como animales en una cacería— durante veinticuatro horas», decidieron que su única esperanza era emprender una marcha nocturna. Sin embargo, encontraron que su camino estaba bloqueado por una barrera infranqueable de espinas «de encina, bien entrelazadas, de casi dos metros de alto», levantada en la parte más estrecha del paso.[56] Aquellos que intentaron trepar por ella, o derribarla con sus manos desnudas, fueron abatidos. Muy pocos consiguieron atravesarla. Uno de los que fracasó en el intento fue el cipayo Sita Ram, que, más adelante, relataría:

> Cuando el general *sahib* partió, cualquier atisbo de disciplina se desvaneció. A resultas de ello, los afganos pudieron atormentarnos con mayor facilidad si cabe […]. Algunos cipayos y civiles se pasaron a las filas enemigas para intentar salvar sus vidas. Mi regimiento había desaparecido, por lo que me uní a lo que quedaba de un regimiento europeo. Pensé que, al estar con ellos, tendría alguna posibilidad de abandonar este detestable país; pero ¡ay de mí!, ¿quién puede burlar al destino? Seguimos luchando y, a cada paso que dábamos, perdíamos más hombres. Nos atacaban de frente, por la espalda y desde las cimas de las colinas. Fue un verdadero infierno. No soy capaz de describir los horrores que vivimos. Por fin, llegamos a un muro alto que bloqueaba el camino; mientras tratábamos de forzarlo, el regimiento entero fue aniquilado. Los soldados no combatieron como seres humanos, sino como verdaderos dioses, pero los números hablaban en nuestra contra. Fui herido en la cabeza por un *yezail*.

Sita Ram perdió el conocimiento y, cuando se despertó, se encontró

> atado a un caballo que, a toda velocidad, se alejaba de la batalla en dirección a Kabul. Entonces me enteré de que me llevaban allí para venderme como esclavo. Supliqué que me pegaran un tiro o me rebanaran el cuello, e insulté a los afganos en pastún y en mi propia lengua […]. Pero mi captor me amenazó con convertirme en musulmán allí mismo si no me callaba. Qué carnicería tan grotesca pude contemplar durante el trayecto: piernas y brazos que sobresalían de la nieve, europeos e indostanos a medio enterrar […]. No olvidaré tal horror mientras viva.[57]

Uno de los pocos que consiguieron superar la barrera de espinas fue el último médico que quedaba con vida, el doctor Brydon. «La confusión era tremenda», recordó,

> y los gritos de «¡alto!, ¡alto!, ¡mantened a raya a la caballería!» no cesaban. Después de salir del paso montañoso, me dirigí con grandes dificultades al frente de la columna. No habíamos avanzado gran cosa, en medio de una total oscuridad, cuando me encontré rodeado. En este momento, mi *khidmutgar* (sirviente doméstico) se acercó a mí; me dijo que estaba herido y que había perdido su poni y me rogó que lo dejara montar en mi caballo. No tuve tiempo siquiera de responder, ya que me tiraron al suelo y me propinaron un fuerte golpe en la cabeza con un cuchillo afgano; de no ser por unas cuantas páginas de la revista *Blackwood's Magazine* que llevaba bajo la gorra cuartelera habría muerto al instante: me arrancó una esquirla del cráneo del tamaño de una oblea y me dejó medio aturdido. Conseguí ponerme de rodillas y frené un segundo golpe con mi espada; creo que corté algunos dedos a mi atacante, porque su cuchillo cayó al suelo. Este corrió en una dirección y yo, sin mi gorra, en la contraria. El *khidmutgar* estaba muerto; tampoco volví a ver al resto de los hombres que iban conmigo. Me uní de nuevo a nuestras tropas, trepé sobre una barricada de árboles que atravesaba el paso de lado a lado y recibí otro severo golpe en el hombro; esta vez se trataba de un afgano que bajaba, a toda prisa, desde la colina hasta el otro lado del camino.[58]

Aunque Brydon se encontraba herido de gravedad, consiguió salvarse al agarrarse al estribo del caballo de un oficial y ser arrastrado fuera de la refriega. Bajo la luz de la luna, tropezó con muchos cadáveres; entre ellos, encontró a un jinete, herido de muerte, que había recibido un disparo en el

pecho y tenía su uniforme escarlata lleno de sangre. El hombre agarró la mano de Brydon y le suplicó que se llevara su poni antes de que otro lo hiciera; entonces, murió. Inmensamente agradecido por la acción de su anónimo benefactor, y desesperado por encontrar a otros supervivientes, Brydon se montó en el poni y retomó la marcha en la oscuridad.



Hubo otras fugas milagrosas. El *havildar* Moti Ram, uno de los últimos supervivientes de la guarnición gurka de Charikar y que había sido esclavizado a su llegada a Kabul, se enteró de que su guarnición iba a abandonar el acantonamiento de Kabul y logró escapar de sus captores la noche del 6 de enero.

Gracias a que se hizo pasar por un antiguo camellero al servicio de Shah Shuja, consiguió encontrar la piedra bajo la cual había enterrado sus ahorros y reunirse con sus compañeros dos días después, justo a tiempo para presenciar la masacre del paso Khord Kabul. «En Jagdalak», escribió más tarde,

> la fuerza británica fue rodeada por la caballería de Akbar Khan, que aniquiló a todos los hombres que se pusieron a su alcance. En medio de la oscuridad, me escabullí de esta carnicería y busqué refugio, una vez más, en las colinas, donde permanecí un día. Desde mi última comida, más bien escasa, habían transcurrido veintiséis horas. Estaba entumecido del frío […]. Deseaba que la muerte me librara de un sufrimiento que se había convertido en insoportable, por lo que descendí hasta el camino decidido a entregarme a los primeros afganos que encontrara y a implorar el golpe fatal de una espada compasiva. Vi a un grupo que se acercaba y supe que la hora de mi muerte había llegado.

Pero el grupo en cuestión resultó estar formado por cinco chatrias (comerciantes y segunda casta de los hindúes):[at5]

> Los chatrias dijeron: «Como eres hindú te salvaremos la vida, pero primero nos tienes que pagar». Me registraron y me quitaron las cien rupias que llevaba, aunque luego me devolvieron diez de ellas; me

llevaron a un *dharamasala* (alojamiento de peregrinos) en el que había un faquir hindú. También busqué su protección a cambio de las diez rupias que me quedaban. Me vistió con el atuendo rojo de faquir y cubrió mi rostro de ceniza para hacerme pasar por su *chela* (discípulo); como tal, me dijo que debía acompañarlo en una peregrinación que iba a hacer a Haridwar. Poco después, llegó un grupo de comerciantes de fruta y el faquir, los *katris* y yo nos unimos a ellos. Tomamos la ruta principal, que trascurría muy a la izquierda de Peshawar. Viví de la limosna durante todo el trayecto hasta que llegamos al campamento de sir Jasper Nicholls, a un día de marcha de Ludhiana.[59]

Menos afortunados fueron los cientos de cipayos y civiles que ni pudieron escapar, ni fueron asesinados o hechos prisioneros. Solo en el paso de Tezin, los afganos despojaron de sus bienes y ropas a mil quinientos de ellos, que murieron de hambre y frío en la nieve, abandonados por sus superiores británicos y tratados con desprecio por sus captores afganos.[60] En su viaje de regreso a Kabul, *lady* Sale y el resto de prisioneros de guerra se cruzaron con muchos de ellos. «El camino estaba cubierto de cuerpos cruelmente mutilados, todos desnudos», escribió *lady* Sale en su diario.

Pasamos al lado de unos doscientos cadáveres, muchos de ellos europeos, desnudos y cubiertos de enormes heridas […]. Muchos de los civiles del campamento seguían con vida, aunque estaban muertos de frío y hambre; algunos de ellos se encontraban completamente fuera de sí, enloquecidos […]. La escena era espantosa y el olor a sangre, repugnante. Había tantos cuerpos que era imposible no mirar; además, tenía que ir con cuidado para que mi caballo no los pisara.

Se toparon con varios civiles del séquito que salían de las cuevas y rocas «donde se habían refugiado de los mortales cuchillos afganos y de las inclemencias del clima».

Les habían quitado todas sus pertenencias y, como tenían los pies congelados, solo unos pocos eran capaces de arrastrarse unos cuantos metros. Johnson se encontró con dos de sus sirvientes: uno de ellos tenía las manos y los pies helados, una terrible herida de espada en una mano y otra, de mosquete, en el estómago; el otro tenía tales cortes en el brazo derecho que se le veía el hueso. Ninguno de ellos tenía nada con lo que cubrirse y llevaban cinco días sin comer […]. Malheridos y

> hambrientos, prendieron fuego a los arbustos y a la hierba que encontraron y se acurrucaron todos juntos para darse calor los unos a los otros. Más tarde, oímos que casi ninguno de estos pobres desgraciados escapó vivo de este desfiladero y que, empujados por el hambre, habían sobrevivido algún tiempo alimentándose de los cadáveres de sus propios compañeros.[61]



Solo ochenta miembros de la columna lograron superar la barrera de espinas y llegar vivos a Jagdalak en la noche del 12 de enero.

La mayoría de ellos —una veintena de oficiales, cuarenta y cinco soldados del 44.º de Infantería de Shelton y un par de artilleros y cipayos— fueron descubiertos y rodeados al amanecer en la cima de la colina de Gandamak, unos quince kilómetros más adelante, mientras dudaban sobre qué camino tomar. En clarísima desventaja numérica —«los habitantes de todas las chozas se congregaron para asesinarnos y saquearnos»—, y con solo veinte mosquetes y dos cartuchos de munición por cabeza, las tropas decidieron librar su última batalla; y aunque se les ofreció clemencia, la rechazaron. Muchos de estos hombres pensaban que su regimiento había sufrido una gran deshonra al huir de la cima de la colina de Bibi Mahru la tarde del 23 de noviembre y, ahora, estaban decididos a morir en combate y restituir el honor de su unidad. Formaron un cuadrado y se defendieron, «haciendo que los afganos retrocedieran colina abajo en varias ocasiones», hasta que agotaron sus municiones y lucharon con sus bayonetas.[62] En ese momento, fueron masacrados uno tras otro.[at6] Los afganos solo hicieron nueve prisioneros; uno de ellos, el capitán Thomas Souter, se había atado a la cintura la bandera del 44.º, por lo que los ghilzais se lo llevaron cautivo al asumir que les pagarían un buen rescate por alguien con vestimentas tan coloridas. «Al pensar que yo era alguien importante, dado mi llamativo aspecto», escribió, «después de que se me cayera la espada de las manos, por un severo corte que recibí en el hombro, y de que mi pistola se encasquillara, dos hombres me apresaron. Me sacaron con gran premura de allí, me despojaron de todas mis vestimentas, excepto de los pantalones y la gorra, y me llevaron a un pueblo».[63]

Otros quince jinetes llegaron a Fatehabad: diez de ellos fueron asesinados cuando aceptaron la invitación a desayunar de algunos aldeanos; cuatro fueron abatidos desde las azoteas mientras intentaban volver a montar en sus caballos y huir del pueblo; y el último, el joven sobrino de Eldred Pottinger, Thomas, fue descubierto, atrapado y decapitado cuando intentaba esconderse entre los hermosos cipreses y los riachuelos de los jardines de Nimla de Shah Jahan, donde Shuja había sido derrotado por vez primera y donde había perdido el trono en 1809.

Solo un hombre consiguió llegar más lejos: el doctor Brydon se encontraba a tan solo veinticinco kilómetros de Jalalabad, es decir, de estar a salvo. «Continué por mi cuenta», escribió más tarde.

> Entonces vi a un grupo de unos veinte hombres en el camino y, cuando me acerqué, comenzaron a coger piedras del suelo […] así que, no sin dificultad, puse mi poni al galope y sujeté las riendas con la boca, blandiendo mi espada a derecha e izquierda mientras pasaba a su lado. No pudieron alcanzarme con sus cuchillos y solo me dieron con una o dos piedras. Un poco más adelante, me crucé con un grupo similar al anterior; traté de sortearlo como había hecho previamente, pero esta vez me vi obligado a pinchar al pobre poni con la punta de mi espada para que galopara. Uno de los afganos del grupo, que se encontraba en un montículo sobre el camino, tenía un arma: el disparo hizo añicos mi espada, solo quedaron unos quince centímetros de la hoja.

Brydon consiguió librarse de estos atacantes, pero se dio cuenta de que «el tiro había alcanzado al pobre poni y le había herido en el lomo, por lo que ya no podría cargar conmigo».

> Entonces vi a unos cinco jinetes vestidos de rojo y, al suponer que eran algunos hombres de nuestra caballería irregular, me dirigí hacia ellos; sin embargo, al acercarme descubrí que eran unos afganos con el caballo del capitán Collyer. Traté de escapar, pero mi poni apenas podía moverse. Enviaron a uno de los suyos a por mí y, al intentar parar con mi espada la estocada que este me lanzó, lo poco que quedaba de la hoja se desprendió de la empuñadura. El afgano pasó de largo, pero dio media vuelta y volvió hacia mí. Esta vez, justo cuando iba a embestirme, le tiré el mango de la espada a la cabeza, gracias a lo cual, solo me hirió en el dorso de la mano izquierda. Como esa mano quedó inutilizada, estiré la derecha para coger las riendas, tras lo cual mi

enemigo se dio la vuelta y huyó lo más rápido que pudo; supongo que pensaría que llevaba una pistola. Entonces me di cuenta de que la pistola que llevaba en el bolsillo había desaparecido: me encontraba totalmente desarmado y temía que el pobre animal no pudiera llevarme hasta Jalalabad.

De repente, el médico sintió cómo su energía se agotaba: «Estaba muy nervioso y me asustaba incluso de mi sombra; creo que me habría caído de mi silla de montar si no hubiera sido por el pomo […]». Pero, por fortuna, un oficial del estado mayor de vista de lince lo avistó desde un torreón de la fortaleza de Jalalabad, y un grupo de rescate acudió rápidamente en su ayuda.

Entre ellos se encontraba el capitán Sinclair, cuyo sirviente me había dado uno de sus propios zapatos para protegerme el pie. Después de que el doctor Forsyth me curara las heridas, me llevaron al comedor de los zapadores y, tras una buena cena, inmensamente agradecido, me permití el lujo de dormir largo y tendido durante toda la noche […]. Al examinarme con mayor detenimiento, descubrí que tenía una herida superficial de espada en la rodilla izquierda, además de otras en la cabeza y la mano izquierda, y que una bala había atravesado mis pantalones un poco más arriba, rozando la piel […]. Al pobre poni lo llevaron sin más a un establo; allí se tendió y nunca más se volvió a levantar. En cuanto escucharon mi relato de los acontecimientos, el general Sale envió a un escuadrón para peinar las llanuras […] pero solo encontraron los cuerpos de los capitanes Hopkins y Collyer y del doctor Harper […].[64]

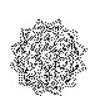
Aquella noche, se colocaron farolillos en las puertas de Jalalabad y sonaron las cornetas para guiar a los posibles rezagados, pero nadie más apareció. «Soplaba un fuerte viento del sur, lo cual favoreció que el sonido de las cornetas se propagara por toda la ciudad», recordaba el capitán Thomas Seaton. «Nunca olvidaré el terrible lamento de esas cornetas. Fue un canto fúnebre para nuestros caídos y, al prolongarse durante toda la noche, tuvo un efecto luctuoso y deprimente que soy incapaz de describir. El relato del doctor Brydon conmocionó sobremanera los corazones de todos los que lo escuchamos […]. Todo el ejército fue aniquilado: solo un hombre pudo escapar para dar cuenta de estos terribles acontecimientos».[65]

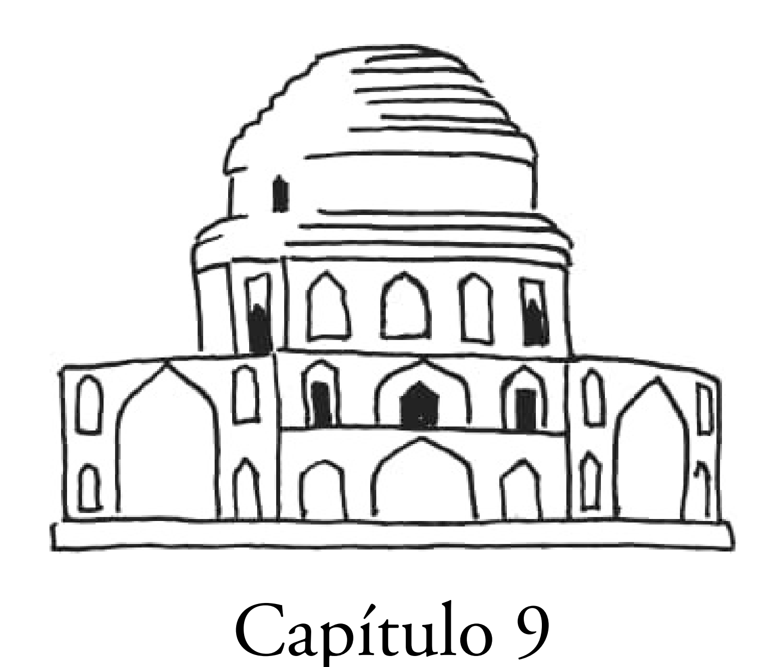
En los días siguientes, otros supervivientes consiguieron llegar renqueando hasta la ciudad, entre ellos el señor Banness, el comerciante

griego amigo del doctor Brydon, y algunos curtidos gurkas. Con el tiempo, se forjó la leyenda de que todo el ejército británico de Afganistán había sido exterminado. Pero la realidad fue otra: sobrevivieron las grandes guarniciones de Kandahar y Jalalabad y dos mil cipayos del ejército de Kabul consiguieron volver a casa, acompañados por treinta y cinco oficiales británicos, cincuenta y un soldados rasos, doce mujeres y veintidós niños; todos ellos habían sido tomados como rehenes (en el caso de los europeos) o se las habían arreglado para volver a Kabul para mendigar en sus calles (en el caso de los indostanos). Se trataba, no obstante, de una derrota extraordinaria para los británicos y de una victoria casi milagrosa para la resistencia afgana. En pleno apogeo del Imperio británico, cuando este controlaba la economía mundial de una forma que jamás ha vuelto a darse en la historia, y en un momento en que los ejércitos coloniales modernos, más industrializados, estaban aniquilando a los ejércitos tradicionales en todo el mundo, este constituye un caso único, fue un momento excepcional de absoluta humillación colonial.

Los poetas y trovadores afganos comenzaron a contar esta historia casi de inmediato, y el número de víctimas y la magnitud de la victoria crecía con cada nuevo relato. «Se dice que sesenta mil soldados ingleses —la mitad de Bengala y la otra mitad de diferentes provincias, sin contar con los sirvientes y los civiles del campamento— fueron a Afganistán», escribió Mirza ‘Ata,

> y solo un puñado de ellos volvieron vivos, heridos y desposeídos. Los otros cayeron, sin una sepultura ni una mortaja para cubrirlos, y yacieron en la tierra como asnos en descomposición. Los ingleses aman el oro y el dinero hasta tal punto que no pueden resistirse a la tentación de entrometerse en cualquier región que produzca riqueza. Pero, además del agotamiento de sus arcas y de la desgracia de su ejército ¿qué han ganado en Afganistán? Se dice que de los cuarenta mil soldados ingleses que había en Kabul, muchos fueron capturados por el camino, otros volvieron lisiados, como mendigos, a la capital y el resto pereció en las montañas, como si de un barco hundido se tratase, sin dejar rastro. No es fácil invadir o gobernar el reino de Jorasán.[66]





Capítulo 9

La muerte de un rey

La noticia de la masacre de un ejército británico al completo se extendió rápidamente por la región.

En Bujará, el emir celebró la buena nueva ordenando el asesinato de sus dos prisioneros británicos, Charles Conolly y Arthur Stoddart. En Herat, el visir Yar Mohammad aprovechó la oportunidad para estrangular a su monarca, Kamran Shah Sadozai, a sabiendas de que ni los británicos ni Shah Shuja podrían hacer nada para detenerlo. Las noticias causaron aún mayor excitación en la India. En Delhi, los banqueros de los bazares de Chandni Chowk se enteraron del asunto dos días antes que las autoridades coloniales: los métodos tradicionales de correo comercial eran mucho más rápidos y eficientes que el quebradizo sistema colonial de *harkaras*.[1] En el momento en el que la noticia llegó a Calcuta, esta ya había dado nuevas esperanzas a los muchos opositores al gobierno de la Compañía a lo largo y ancho de Indostán: no es casualidad que la Rebelión de los Cipayos de 1857 partiera de los regimientos que habían sido abandonados por sus oficiales británicos en las nieves de Khord Kabul y de centros urbanos como Lucknow, Agra y Kanpur, donde las imprentas persas se habían apresurado a reeditar los poemas épicos y los relatos en prosa afganos sobre la derrota británica.[2]

Lord Auckland fue casi el último en enterarse de la catástrofe. El 30 de enero de 1842, dos semanas después de que se enviara el mensaje urgente con el relato del doctor Brydon, este llegó a la residencia del gobernador. Las malas noticias, como relataba Emily Eden, envejecieron al «pobre George» diez años en tan solo unas horas; al enterarse, gritó enfurecido y se metió en la cama. Cuando se levantó, su cuerpo estaba parcialmente paralizado, es posible que debido a algún tipo de apoplejía.[3] En los días siguientes, la inquietud de sus hermanas fue incrementándose, al igual que la impotencia ante el deteriorado estado de salud de su hermano: cada vez más pálido, paseaba de un lado a otro de la galería durante el día y se postraba en el jardín por la noche, con el rostro contra el frío césped en busca de consuelo. Pocas semanas antes, su consejero de confianza, Macnaghten, le había escrito desde Kabul para recomendarle que hiciera caso omiso a los derrotistas y para asegurarle que todo iba bien. Ahora, toda su estrategia imperial y sus «proyectos para el bien y la seguridad públicos, en los que tanto empeño he puesto, han desaparecido en unas circunstancias horribles y desastrosas, sin precedentes en la historia reciente».[4] De hecho, para Auckland la catástrofe fue «tan inexplicable como atroz». Pero peor aún era la noticia que estaba por llegar: Akbar y los otros líderes de la resistencia se dirigían hacia Jalalabad, Gazni y Kandahar, las tres guarniciones británicas restantes, para acabar con ellas. En la India se difundió el rumor de que, con gran parte del Ejército indio empleado en China —en la Guerra del Opio de Auckland—, los afganos pronto se dirigirían al paso Jáiber para saquear las llanuras de Indostán, tal y como habían hecho tantas otras veces en el pasado.

En Londres se tardó una semana más en tener conocimiento de lo sucedido. *The Times* informó a la nación al respecto: «Lamentamos anunciar que las noticias que nos han llegado son de un cariz desastroso y desconsolador en grado sumo». En un editorial rusófobo, publicado unos días más tarde, se insinuaba —de manera errónea pero insistente— la intervención de Rusia en los hechos: se apuntaba a que el primer hombre asesinado en Afganistán había sido sir Alexander Burnes, el gran rival de Vitkevitch y «el principal antagonista de los agentes rusos».[5]

El nuevo Gobierno *tory* de sir Robert Peel estaba preparado para retirarse de Afganistán y lavarse las manos del desastre causado por sus predecesores *whig* s. No obstante, el Gabinete ministerial acordó que era conveniente salvar primero la reputación militar de la nación. Lord Ellenborough, el ideólogo fundador de la política del Indo y el hombre al que los *tories* ya habían enviado para reemplazar a Auckland como gobernador general, se enteró del

desastre el 21 de febrero, cuando su barco atracaba en Madrás. Escribió a Peel desde la residencia del gobernador de inmediato y declaró que tenía intención de dar a los afganos una lección que nunca olvidarían: «Debemos restablecer el honor de nuestro ejército en Afganistán […]. Hay que afrontar y superar todos los obstáculos que amenazan la salvaguardia de la India».[6] El día 28, cuando Ellenborough llegó a Calcuta —donde apenas cruzó una palabra con su desacreditado y atormentado predecesor o con sus hermanas—, allí ya sabían que Gazni también había caído ante los ghilzais y que los miembros de su guarnición, como los de la de Kabul, habían sido capturados, asesinados o esclavizados.

Por aquel entonces, una potente fuerza de socorro lista para la venganza, formada por seis regimientos y que sería conocida por el siniestro nombre de Ejército de Castigo, ya había salido de los acantonamientos de Meerut y Firozpur con órdenes de cruzar el río Sutlej y dirigirse a Peshawar. El primer general elegido por Auckland para dirigir este contingente fue el frágil e inseguro sir Harry Lumley, otro anciano veterano del tipo de Elphinstone que, por fortuna para las tropas, fue desestimado por prescripción médica. De este modo, el mando recayó en el general George Pollock, que recibió tales noticias mientras fumaba su puro matutino en el porche de su bungaló en Agra. Pollock era un londinense meticuloso, implacable y eficiente y que llevaba en la India más de treinta años como oficial de la Compañía. Veterano de las guerras de Nepal y Birmania, era, como afirmaba Henry Lawrence —el hermano menor de George Lawrence—, «el mejor de los comandantes que podrían haber enviado». Cuando George Broadfoot, asediado en Jalalabad, fue informado del nombramiento, también dio su aprobación. Aunque no sea Napoleón, escribió, Pollock era «el mejor oficial con el que me he cruzado por estas tierras».[7]

Al mismo tiempo que comunicaban a Pollock su designación, el guardián de Dost Mohammad, el capitán Nicholson, recibía órdenes de alejar a su prisionero de la frontera afgana y de ponerlo en aislamiento y bajo estricta vigilancia. El agente de la Frontera Noroeste, George Clerk, le escribió en estos términos: «En cuanto lea esta carta, le agradecería que adoptara, sin perder un solo instante, las medidas más escrupulosas para garantizar la custodia de Dost Mohammad Khan. Hay que aumentar la vigilancia y evitar cualquier tipo de comunicación entre él o los miembros de su séquito con afganos o indostanos, excepto que esta se produzca bajo su autorización».[8]

En pocos días, Dost Mohammad fue trasladado a una residencia aislada en las colinas, más allá de Mussoorie. Las medidas adoptadas por Nicholson para

proteger a su prisionero revelan el nivel de miedo y paranoia al que llegaron los británicos en la India en estos momentos. Su pequeña guardia de cipayos fue reemplazada por no menos de ciento diez ingleses de un Regimiento de la Reina recién llegado. Incluso la Caballería de Skinner —que acababa de perder uno de sus batallones en la retirada de Kabul, además de al hijo del propio Skinner, James— fueron enviados lejos de la zona ya que, «el número de musulmanes en la *rissalah* era tan elevado, que parecía más prudente no emplear a hombres cuya religión (por muy bien dispuestos que estuvieran a nuestro favor) pudiera desviar la atención de su deber».

Se tomaron medidas sofisticadas para asegurar que Dost Mohammad no escapara ni entrara en contacto con los rebeldes afganos. «Hay centinelas que guardan la residencia del emir día y noche», escribió Nicholson, «y los caminos por los que se accede a ella desde Landour y Rajpur están constantemente vigilados. Los centinelas no dejarán pasar a ninguno de los partidarios del emir, tampoco a extraños que no tengan mi permiso, que solo concederé cuando sea estrictamente necesario; todos los que quieran salir de la residencia serán acompañados por una guardia europea». También se tomaron precauciones para evitar la llegada de correspondencia:

> Voy a instalar un pequeño *thannah* (puesto de policía) al pie de las colinas para controlar a todo aquel que venga del oeste, especialmente a los afganos y cachemiros; así me informarán de inmediato si se acerca cualquier persona sospechosa […]. Sugiero poner al mando a alguien entre mis efectivos que sea capaz de hablar todas las lenguas de los países más allá del Indo; a este le acompañarán un *chaprasi* hindú y cuatro nativos de las montañas. Estos tendrán que realizar labores de seguimiento, colina arriba y con gran disimulo, a cualquier sospechoso, hasta encontrar al centinela más cercano, y luego, este será entregado a la guardia, localizada cerca de la casa del emir.

Como medida adicional, Nicholson propuso que se prohibiera el paso a las colinas de Mussoorie a cualquier cachemiro que no dispusiera de un salvoconducto,

> (porque) es poco probable que un mensajero afgano intente comunicarse con un prisionero bajo tan estricta vigilancia como Dost Mohammad Khan; sin duda, recurrirán a alguien menos sospechoso, por ejemplo, un cachemiro.
>
> Su fama de *cossids* (mensajeros) es conocida por todos, por lo que me preocupan sobremanera. Por tanto, sugiero que se den órdenes a Ludhiana y Amballah para impedir que ningún cachemiro visite el *dhoon* (valle) o las colinas sin vuestro consentimiento. También sería de

> gran ayuda si los oficiales de policía del distrito de Ambala me notificaran por *dak* la presencia de cualquier viajero cachemiro, para que la gente de mi *thannah* pueda tener un registro controlado de todos ellos.

Clerk aprobó todas las disposiciones de Nicholson y le confirió una autorización especial para «arrestar y perseguir a cualquier individuo sospechoso».**[9]**

Mientras tanto, Auckland era el centro de todas las críticas. En Jalalabad, la noche de la llegada de Brydon, Thomas Seaton escribió lo siguiente en su diario: «No existe la menor duda de que la imbecilidad de Elphinstone ha sido el desencadenante de esta derrota y de las terribles desgracias sufridas; pero el verdadero culpable fue él, que eligió para un puesto de enorme dificultad y responsabilidad a un hombre paralizado de manos y pies por la gota, cuyos nervios habían sucumbido al sufrimiento físico y que, de ningún modo, se distinguía por sus habilidades».**[10]** Al poco tiempo, todos los demás, incluida la prensa británica y muchos miembros del Parlamento, llegaron a la misma conclusión, sobre todo un joven y brillante diputado *tory* llamado Benjamin Disraeli, quien inició una intensa campaña parlamentaria contra Auckland.

A su llegada a Calcuta, Ellenborough fue tan grosero con su predecesor que George escribió a su amigo Hobhouse, en Londres, cuestionándose la salud mental del primero.**[11]** Auckland no tuvo más remedio que asumir la mayor parte de la responsabilidad y volver a casa por completo desacreditado. Sus cartas en aquella época estaban llenas de desesperación, como era de esperar. «Estoy muy deprimido», escribió a Hobhouse. «Considero que nuestra situación en Afganistán no tiene solución, pero debemos arriesgarnos e intentar salvar lo que podamos […]. Me temo que estamos destinados a más horrores y desastres».**[12]**



Lo que Auckland no sabía entonces era que, en realidad, el régimen que había reinstaurado en Kabul no estaba del todo acabado.

Los británicos siempre habían ignorado y subestimado a Shah Shuja y, ahora, con Burnes y Macnaghten muertos y los cadáveres congelados de su ejército de Kabul alimentando a los buitres de los pasos ghilzais, el propio Shuja permanecía seguro tras los altos muros del Bala Hisar. De hecho, con

sus aliados británicos fuera de escena, la popularidad del sha aumentaba de manera sensible entre el pueblo y los jefes de Kabul. Sin Macnaghten y sus malos consejos, Shuja —tan resoluto como siempre frente a las adversidades — fue capaz de demostrar su destreza para manejar la política tribal afgana.

Decidió aprovecharse de los celos que sentían hacia el recién llegado Akbar Khan los dos líderes rebeldes que iniciaron el levantamiento — Aminullah Khan Logari y Nawab Zaman Khan Barakzai—, dado que el primero se había puesto a la cabeza de la rebelión cuando ellos ya habían derrotado a los británicos. Abrió negociaciones y, en pocos días, con Akbar lejos de Kabul —ya que este había escoltado a sus prisioneros de guerra británicos a una fortaleza segura en Laghman para, a continuación, dirigirse a Jalalabad y sitiar la ciudad—, el sha logró conformar una nueva alianza que esperaba que le mantuviera en el poder y aislara a Akbar.

Los dos hombres a los que Shuja tendió la mano aportaban activos muy diferentes a la mesa de negociación. Como tío de Akbar Khan, Nawab Zaman Khan era un aspirante barakzai al trono muy bien posicionado y, además, controlaba a todos los enfermos y heridos británicos que quedaban en Kabul; sin embargo, contaba con escasos recursos económicos o intelectuales y muy poca capacidad militar. Por el contrario, el anciano pero astuto Naib Aminullah Khan Logari había amasado una gran fortuna con el comercio; su riqueza había aumentado en los últimos tiempos gracias a las grandes sumas que logró obtener de los banqueros hindúes de Kabul a cambio de los pagarés británicos que estos le habían entregado para cumplir con los términos de la rendición. Empleó el dinero en reclutar una fuerza de cipayos y en pagar a los miembros de su tribu de Logar. Además, aún conservaba cierto prestigio por haber sido uno de los dos líderes militares responsables de aplastar a los británicos en Kabul. No obstante, al no ser ni un sadozai ni un barakzai, y al tener orígenes más o menos humildes, no podría ascender sin el apoyo de uno de los dos clanes principales: al aliarse con Nawab Zaman Khan y Shah Shuja obtenía el beneplácito de ambos.[13] Naib Aminullah siempre había sido leal a los sadozais, mientras que Nawab Zaman Khan, lleno de una pasión y un rencor más propios de las personas ambiciosas y mediocres que de aquellos que poseen un talento innato, detestaba a su carismático primo Akbar con todo su corazón. La alianza parecía sólida, puesto que las tres partes involucradas salían beneficiadas y cada una de ellas aportaba algo que los demás necesitaban.

Según su biógrafo Mohammad Husain Herati, Shuja planificó la estrategia con una precisión milimétrica. «La propaganda difundida por los barakzais,

que metía en el mismo saco a su majestad y a los invasores ingleses, había calado por igual entre nobles y plebeyos», escribió.

> Con el fin de contrarrestar esta situación, y con la convicción de que la única salida posible a la actual rebelión —que amenazaba con destruir la monarquía— era conseguir el favor de Aminullah Khan Logari, su majestad decidió enviar a su hijo preferido y más capaz, el príncipe Shahpur, a casa de Aminullah. También prometió un regalo de doscientas mil rupias a Nawab Zaman Khan Barakzai. Así fue como Aminullah y la mayoría de los kanes accedieron a apoyar a su majestad: afirmaron que el nabab había sido elegido emir mientras su majestad estaba subordinada a los intereses de los extranjeros infieles, pero que, ahora, no había necesidad de dicho cargo, ya que el sha había recuperado su independencia y era, una vez más, un verdadero monarca musulmán. Zaman Khan tendría que contentarse con el puesto de visir, una posición bastante influyente, en tanto que Akbar Khan no figuraba en la nueva alianza.

Para dar legitimidad a estos acuerdos, el 17 de enero de 1842, el hijo de Shuja —el príncipe Shahpur—, Aminullah Khan Logari y Zaman Khan Barakzai volvieron a la corte del Bala Hisar, «con sus estandartes y jinetes, y junto a los kanes durranis, ghilzais y a los farsiparlantes de Kohistán y Kabul, para rendir homenaje a su majestad y ponerse a sus órdenes». Herati agregó: «Desde entonces, el mismo ritual se repetía cada día, por la mañana y por la tarde, y, de este modo, su majestad mantenía entretenidos a los recién incorporados rebeldes con promesas acerca de sus futuros nombramientos, rentas y recompensas. Mientras tanto, Shuja escribió a George MacGregor y a los comandantes británicos de Jalalabad para avisarles de que, por fin, la situación estaba bajo control».[14]

Bien entrada la primera semana de febrero, y a pesar de todas las desgracias acaecidas durante los tres meses anteriores, cada vez parecía más evidente que la victoria de Akbar Khan no estaba tan asegurada como se había pensado: Shuja todavía tenía sus cartas sobre la mesa. De hecho, parecía que Shuja, en uno más de los irónicos vuelcos del destino característicos en su vida, ejercía ahora un control más directo sobre sus dominios ancestrales que nunca antes durante su reinado. Al ver cómo se estaban desarrollando los acontecimientos, muchos otros jefes durranis y qizilbash se alinearon con el sha y comenzaron a asistir, uno tras otro, a su *durbar* para ofrecerle lealtad e implorar su perdón. «A medida que las nuevas

alianzas se vieron reforzadas», escribió Maulana Kashmiri, «el sha concedió audiencias en la corte a todos los kanes».

> Elevó a todos los grandes señores a un rango aún mayor
> e inundó con su generosidad a los soldados
>
> Liberó Kabul de la violencia y la sedición
> El gobierno volvió a las manos del sha
>
> Pero a Akbar no le reservó lugar alguno:
> el odio seguía vivo en su corazón […].[15]

No obstante, la situación seguía siendo delicada. Shuja todavía no se atrevía a abandonar el Bala Hisar y dependía del apoyo de sus dos nuevos aliados, en especial de la fuerza militar de Aminullah Khan. Según Mirza ‘Ata, el sha miraba con cierta «desconfianza a estos dos jefes de Kabul, que habían sido defensores del emir Dost Mohammad Khan: ¿estarían conspirando en su contra? Además, se comentaba que los ingleses se acercaban de nuevo y que podían intentar reconquistar Jorasán. Shuja estaba entre la espada y la pared. Sin embargo, en esos momentos, el rey contaba con diez mil efectivos, doce cañones, numerosas riquezas y abundantes reservas de pólvora».[16] Y aunque es probable que estas cifras fueran demasiado optimistas, y a pesar de todos sus problemas, las perspectivas del sha eran ahora bastante más halagüeñas que en los últimos meses.[17]

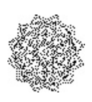
El 7 de febrero, Shuja escribió de su propio puño y letra un sentido mensaje a su «querido hijo», el príncipe Timur, que se encontraba con el general Nott en Kandahar. Mohan Lal Kashmiri, que había permanecido en Kabul y escapado así de la masacre, prometió hacer llegar la carta a la guarnición británica a través de su red de espías y correos. Shuja comenzaba su escrito declarando que aceptaba los caminos inexplicables de la voluntad divina —manifestados en el destino— y que sentía vergüenza y tristeza por lo que había ocurrido. «Hemos asistido a la repetición de un espectáculo que las gentes de este país han vivido en demasiadas ocasiones», escribió. «Advertí a los ingleses una y otra vez sobre lo que sucedería, pero no quisieron prestarme atención alguna. El destino marcó que aquellas escenas, que yo esperaba no volver a tener que presenciar, tuvieran lugar. El pueblo de Kabul se levantó en armas contra los infieles y se apartó de mí, al alegar que el sha estaba con los ingleses». A continuación, le explicaba a su hijo que se había visto obligado a fingir para salvar la vida: «Les dije: “¿Qué son los ingleses

para mí? En verdad, estos me dispensaron un trato amable cuando fui su huésped, pero ¿qué más?”. Desde luego, este comportamiento indigno no es propio de mí: que Dios me salve de la vergüenza que siento (por renegar de mis amigos). Si Dios quiere, nos volveremos a ver y te desvelaré los secretos que alberga mi corazón. Era mi destino que los acontecimientos transcurrieran de este modo».

Más adelante, el sha le transmitía sus esperanzas al príncipe Timur. «No te aflijas», escribió, «parece que la situación está mejorando. Sé feliz y date por satisfecho: a pesar de todo, puede que alcancemos los objetivos que nos habíamos propuesto y yo voy a hacerme cargo de ti. Por desgracia, no puedo explayarme en detalles, ya que el camino se encuentra repleto de peligros. Pero hay mucho que desearía hacerte saber y, si todo sale tal y como lo anhela mi corazón, ¡muy pronto te haré partícipe de todo!».**[18]**

A esas alturas, con el liderazgo de la revuelta afgana fracturado y desunido, las cartas de Shuja mostraban una seguridad creciente. Escribió a MacGregor, que se encontraba en Jalalabad, y le instó a que lanzaran una ofensiva rápida sobre Kabul: «Ni siquiera vuestros gatos resultarán heridos», prometió, para proseguir con el asunto, ya recurrente, de la deslealtad de los barakzais. En concreto, censuraba el trato respetuoso que los británicos todavía dispensaban a su viejo enemigo, el emir Dost Mohammad. «No creo que tengáis claro lo que implica el verdadero sentido del honor», le recriminó a MacGregor.

> Después de todo lo que ha sucedido, ¿por qué permanecen rodeados de lujos Dost Mohammad y su familia? ¿Cómo habéis tratado a ese perro y qué habéis recibido a cambio del infiel de Mohammad Akbar? Dost Mohammad, sus esposas y sus hijos deberían estar en la indigencia, mendigando por los bazares y las calles de Indostán en justa represalia por los *sahibs* que han caído en este país. ¡Qué Dios me ayude a cumplir con mi deseo! Si Akbar cayese en mis manos, ¡qué trato recibiría!**[19]**



Una de las razones por las que los británicos decidieron no vengarse de Dost Mohammad, tal y como sugería Shuja, era que Akbar Khan todavía tenía en su poder a un gran número de prisioneros de guerra.

Algunos de ellos eran los heridos que se habían quedado atrás en Kabul, mientras que otros habían sido entregados como rehenes en virtud del tratado o capturados en las cuevas y aldeas donde se refugiaban. Eran un total de unos ciento veinte europeos y cuarenta de ellos estaban en manos de Akbar, como era el caso de *lady* Macnaghten y de su gato (el periquito parece que no sobrevivió a la retirada de Kabul), de la señora Trevor, la irreductible *lady* Sale y su hija Alexandrina, embarazada y de luto.

Los primeros días habían sido los peores para los prisioneros de Akbar: escoltados a través de los pasos nevados, fueron por fin recluidos en sucios fuertes de montaña y en remotos torreones defensivos. Durante varias jornadas, con vientos «terriblemente fríos», los rehenes habían tenido que cabalgar sobre los cadáveres ensangrentados y mutilados de sus compañeros. En ocasiones, reconocían a viejos amigos, como cuando Mackenzie descubrió los restos de James Skinner, conocido como «Jim el caballero», sobre una pila de cadáveres cerca de Jagdalak y tuvo que pedir permiso para detenerse y cavar una tumba improvisada. También se encontraron con pequeños grupos de cipayos, «desnudos, malheridos y congelados, acurrucados los unos con los otros […]. ¡Ay de mí! No pudimos hacer nada por esos pobres desgraciados; ninguno de ellos sobrevivió a los días siguientes».[20] Resulta complicado valorar si los oficiales británicos cautivos podrían haber hecho más para salvar a sus cipayos; no obstante, pronto llegaron rumores a la India de que estos se habían preocupado por salvar su propio pellejo sin inquietarse en absoluto por sus hombres, condenados a la esclavitud o a la muerte.

En uno de los fuertes, se negaron a acoger a los prisioneros «al alegar que éramos *kafirs*», por lo que se vieron obligados a refugiarse en «un miserable establo».[21] Vadearon varios arroyos del congelado río Panjshir, «que no solo era profundo, sino que tenía una fuerte corriente», y, durante uno de estos cruces, sufrieron la emboscada de «un grupo de saqueadores afganos que atacaron a todos aquellos que permanecían en la orilla […]. Muchos, desesperados, saltaron al río y se ahogaron».[22] A esto le siguió el ascenso de un escarpado desfiladero, «donde me vi forzada a agarrarme con fuerza a las crines de mi caballo», escribió *lady* Sale, «con el fin de que mi silla de montar y yo no cayéramos hacia atrás». En la cima, se vieron atrapados en mitad de una contienda entre dos tribus, pero, a *lady* Sale, después de todo lo que había vivido en Khord Kabul, esta escaramuza le resultaba casi insignificante:

«Escuchamos un par de tiros de *yezail*, había discusiones diversas y mucho ruido; eso fue todo». Muy pronto, los rehenes comenzaron a considerar placeres de lo más mundanos como si estos fueran el colmo de los lujos: «Hemos disfrutado en grado sumo al poder lavarnos la cara», escribió *lady* Sale una mañana, «y al haber podido degustar un sabroso desayuno de *dal* y rábanos».[23]

No obstante, las condiciones mejoraron de manera notable cuando llegaron a la fortaleza del suegro de Akbar Khan. En todos los relatos afganos, e incluso en algunos de autores musulmanes indios, la gentileza de Akbar Khan con sus prisioneros se presentaba como ejemplar y, en los poemas épicos, se muestra al personaje como el arquetipo perfecto del caballero, como una suerte de Saladino afgano; todavía hoy, esa es la imagen que en Kabul se mantiene de él. El relato de Munshi Abdul Karim es paradigmático: «Cuando los invitados del comandante Akbar hubieron descansado un tanto», escribió,

> y pudieron levantarse y mover de nuevo sus extremidades congeladas, el comandante volvió al fuerte para hacerles una visita de cortesía.
>
> Los rehenes, temblorosos y aterrados, se pusieron todos en fila para expresar su gratitud. El comandante Akbar los consoló y, en muestra de respeto hacia el general Elphinstone y la viuda del enviado, les ofreció unas capas, de seda e hilos de oro y forradas de piel de marta, que él mismo les puso sobre los hombros. Les regaló además un cálido *pustin* de piel de oveja a cada uno y, con lágrimas en los ojos, les espetó: «¡Nadie puede predecir o modificar los designios del destino y de la voluntad divina! Los más ancianos de mi ejército de Kabul me dicen que no recuerdan haber visto nunca tanta nieve ni tanto hielo. No tenéis nada que temer, estáis bajo mi protección y yo os enviaré a Laghman, donde el clima es más cálido, para que podáis recuperaros y descansar hasta que el sol entre en la casa de Piscis, las nieves se derritan y el camino hacia Indostán sea de nuevo practicable». El comportamiento ejemplar del comandante Akbar, sus modales, su humildad y las solícitas atenciones con sus «invitados» le granjearon la admiración general de sus rehenes, que le juraron eterna gratitud. Una vez que los rehenes llegaron a Laghman, a las señoras les asignaron unos espaciosos apartamentos además de algunas muchachas para su servicio personal. La comida también era abundante: cereales y carne, rabos de cordero, pollos, huevos, así como todo tipo de frutas y frutos secos.[24]

Quizá resulte aún más sorprendente que, mientras que algunas fuentes británicas se centran en los sufrimientos de los prisioneros de guerra, otras muchas elogien a Akbar por preocuparse de su bienestar. Pottinger escribió una carta oficial al general Pollock donde le aseguraba que, «según las costumbres afganas, hemos recibido todas las mercedes que unos prisioneros podrían esperar; las raras ofensas sufridas han venido de subalternos que actuaban en contra de la voluntad de Mohammad Akbar Khan, que siempre ha hecho todo lo que ha estado en su mano para reparar los daños causados»[25]. Lawrence fue incluso más allá al mencionar que «Akbar cedió

su palanquín a *lady* Sale y *lady* Macnaghten», que era «de lo más cortés», en especial con *lady* Macnaghten, y que no cesaba de asegurarle a las damas «que ellas eran "sus invitadas de honor, que no les faltaría nada que él pudiera suministrarles y que, tan pronto como los caminos fueran lo bastante seguros, las enviaría a Jalalabad; mientras tanto, podían escribir, con total libertad, a sus amigos"». Cuando Lawrence le hizo saber a Akbar que los prisioneros necesitaban algo de dinero, no dudó un instante en ofrecerle mil rupias: «Cuando le entregué a cambio un recibo por tal suma, lo rompió a la vez que manifestaba que, en su opinión, estos procedimientos eran necesarios entre comerciantes, mas no para los caballeros». Más adelante, cuando Lawrence se quejó de que había sido insultado por uno de los sirvientes, «el *sardar* mandó azotar al hombre en cuestión, no sin añadir que "si con eso no era suficiente, podría arrancarle las orejas"».**[26]**

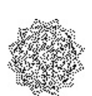
Igual de sorprendente resultaba el hecho de que los rehenes reconocieran, de forma unánime, las virtudes de los afganos. «No cabe la menor duda de que los afganos y los europeos se llevan mucho mejor entre sí que los europeos y los indostanos», escribió Colin Mackenzie durante su cautiverio. «Los afganos son una raza extremadamente resistente, audaz e independiente: son gentes muy inteligentes y que disfrutan de la buena conversación y las bromas, lo cual las convierte en una compañía muy grata […]. Los caballeros afganos valoran mucho la cortesía, por lo que hacen alarde de unos modales impecables».**[27]** Vincent Eyre no podía estar más de acuerdo: «Encontramos en los miembros de la nobleza afgana a unos agradables compañeros de viaje». Lawrence, tras haber tenido más tiempo para conocer a Sultan Jan, que solo un mes antes había asesinado a su amigo, el capitán Trevor, descubrió que este «era un hombre de muy buen carácter y amante de los niños».**[28][at1]**

Por el contrario, los prisioneros fueron menos indulgentes con algunos de sus propios compatriotas. *Lady* Macnaghten, que, de la manera que fuera, había conseguido salvar su equipaje, se negaba a compartir sus ropas o su jerez con el resto, por lo que se convirtió en un personaje odiado por todos. La angloíndia señora Wade era aún menos popular: poco después de su llegada a Laghman, se divorció de su marido inglés, se fugó con uno de sus captores y se convirtió al islam: «Adoptó las vestimentas típicas de las musulmanas y profesó un cambio de fe […]. Reveló algunas informaciones sobre los planes de fuga ideados por algunos de nuestros hombres, lo cual provocó que casi les cortaran la garganta a todos ellos […]. Su amante afgano no tuvo ningún problema, además, en quedarse con algunos *mohurs* de oro que esta le había dicho que su marido escondía entre sus vestimentas».**[29]** Pero, sin duda, el

más odiado de todos era el malhumorado general Shelton, que discutió con, prácticamente, todos los demás rehenes; incluso el 19 de febrero, cuando todos estuvieron al borde de la muerte a causa de un terremoto, Shelton encontró la manera de usarlo como pretexto para empezar una discusión. Este se encontraba sentado con Mackenzie en un banco en la azotea de la fortaleza cuando se produjo el temblor:

> Enfurecido, miró en derredor, para ver quién estaba sacudiendo su banco. Mackenzie gritó: «¡General, es un terremoto!» y, tras llamar a *lady* Sale, se dirigieron hacia las escaleras, agrietadas y al borde del derrumbamiento. Gracias a Dios, todos consiguieron llegar abajo sanos y salvos. Por la noche, Shelton se le acercó y dijo: «Mackenzie, quiero hablar con usted». «Muy bien, general», le respondió. En un tono solemne, que consideraba adecuado para transmitirle lo ofendido que se había sentido, (dijo): «Mackenzie, usted bajó las escaleras antes que yo». A lo que este respondió con inmensa calma: «Esa es la forma de actuar cuando hay un terremoto, general. Lo aprendí de los españoles en Manila».[30]

Por otra parte, *lady* Sale, se tomó el terremoto con la templanza que la caracterizaba: «El techo de nuestra habitación se desplomó con un ruido espantoso, y las escaleras, en el momento en el que descendía por ellas; pero no sufrí lesión alguna. Temí por la vida de la señora Sturt, ya que solo veía un montón de escombros a mi alrededor. Estaba en un estado de enorme confusión cuando, con gran alegría, escuché una alegre voz que decía: "*lady* Sale, venga con nosotros, todos están a salvo". En el patio me encontré con todo el grupo, todos ilesos […]. El gato de *lady* Macnaghten quedó atrapado entre las ruinas, aunque consiguieron sacarlo».[31]



Esa misma mañana, el 19 de febrero, Thomas Seaton recibió la orden de encaminarse a la puerta sur de Jalalabad, piqueta en mano, junto con una cuadrilla de trabajadores: su misión consistía en derribar algunos de los muros de adobe en ruinas, en las afueras de la ciudad, que habían servido de protección a algunos grupos de jinetes afganos que acosaban a los equipos de

búsqueda británicos enviados a diario para recolectar forraje. Seaton debía tirarlos abajo, con el fin de despejar así la línea de fuego del cañón instalado sobre la puerta de la ciudad y de hacer la zona más segura para los *syces* (mozos de cuadra) que cortaban la hierba, así como para los civiles del ejército encargados de recoger el heno. Había cierta urgencia para concluir esta misión: Seaton tenía instrucciones estrictas de terminarla antes del atardecer, puesto que los británicos sabían por sus espías que Akbar Khan y su ejército se encontraban a tan solo un día de viaje de Jalalabad. Tras haber trasladado a sus prisioneros de guerra a un lugar seguro, fuera del alcance de los británicos y de sus propios rivales, Akbar estaba decidido a acabar con lo que quedaba de la presencia británica en el país.

Poco después de las once, Seaton, que había dejado el pico en el suelo y se encontraba admirando las vistas del valle, sintió un ligero temblor bajo sus pies acompañado de un murmullo lejano. Se hizo el silencio y, entonces:

> en un instante, el ruido se convirtió en un sonido ensordecedor, como si mil pesadas carretas avanzaran a toda velocidad sobre un pavimento rugoso. Me entraron náuseas y un terrible miedo se apoderó de mí por completo. El suelo se movía como si fuera el mar y toda la llanura parecía cubierta de olas que rompían en nuestra dirección. El movimiento fue tan violento que casi me tiró al suelo; parecía que se iba a tragar la ciudad de un momento a otro. Al mirar hacia el fuerte, vi cómo las casas, los muros y los baluartes se balanceaban, se tambaleaban de la manera más terrible y se caían a pedazos; los parapetos de los lados sur y oeste de la muralla, que tanto trabajo nos había costado levantar, se desmoronaban como si fueran de arena. Toda la fortaleza se cubrió de una inmensa e impenetrable nube de polvo; solo se oían los gritos de alarma y terror de cientos de personas.

Cuando «el terrible estruendo y el temblor» cesaron, se hizo un silencio sepulcral. «Los hombres estaban pálidos del miedo, yo mismo también lo estaba. Al observar el valle, vi signos de destrucción por todas partes. Todos los pueblos, aldeas y fortalezas se encontraban envueltos en densas nubes de polvo. De algunos de ellos, el polvo se retiraba para dejar paso a lo que parecían llamas; de otros, el polvo se elevaba en espesas y densas columnas que llegaban hasta el cielo, como si hubiera explotado una mina». Ningún pueblo, aldea o fortaleza escapó a la catástrofe.

> Cuando la brisa disipó el polvo que se había levantado sobre Jalalabad, la ciudad presentaba un aspecto terrible de destrucción y desolación. Los pisos superiores de las casas que, solo unos minutos antes, sobresalían por encima de las murallas, tan hermosas y pintorescas, habían desaparecido: un amasijo de vigas, postes, puertas, tablones, ventanas, trozos de muro, tejados, tierra y detritos fue lo único que quedó. El estado de las murallas era igual de terrible. Los parapetos se había derrumbado formando montañas de escombros. Los muros tenían grietas por todos lados y los revestimientos exteriores de muchos de los baluartes se habían desprendido. Se abrió una brecha en el lado oriental, por la que habrían podido marchar dos compañías a la vez […]. Un mes entero bajo el intenso fuego de cien piezas de artillería pesada no habría causado tantos daños como provocó el terremoto en tan pocos segundos.[32]

En las horas siguientes, el ingeniero jefe George Broadfoot mostró los múltiples daños sufridos en los sistemas defensivos al general Sale, quien quedó consternado por lo que vio. Este escribió a Calcuta un mensaje en el que explicaba que, cuando llegó a la ciudad, dos meses antes, había encontrado «las murallas de Jalalabad en un estado tan deplorable que hubiera entendido la desesperación de cualquiera que quisiera defender la plaza». Gracias a un durísimo trabajo manual, la fortaleza volvió a ser segura: «Los esfuerzos sobrehumanos y casi ininterrumpidos de las incansables tropas, apoyadas por el entusiasmo y la pericia del capitán Broadfoot, hicieron que la ciudad estuviera en condiciones de defenderse de forma efectiva». Ahora, por desgracia, había que empezar de nuevo; el terremoto había destruido «todos nuestros parapetos, dañado un tercio de la ciudad, abierto una brecha considerable en la cara de la muralla orientada hacia Peshawar y reducido a escombros la Puerta de Kabul».[33]

No quedaba otra alternativa que dividir a la guarnición en cuadrillas de trabajo y comenzar de inmediato a reparar los daños. A pesar de que la obra parecía progresar, «al atardecer, apareció un pequeño grupo de jinetes del campamento de Akbar para reconocer el terreno. El artillero Augustus Abbott, que se encontraba en el puesto de vigilancia, disparó un cañonazo justo donde se encontraban estos, lo cual provocó su huida».[34] Broadfoot murmuró: «¡Ahora es el turno de Akbar!».[35]

Por suerte para los defensores, el terremoto afectó por igual a los sitiadores y a los sitiados, ya que no volvieron a ver a un solo afgano en los cinco días siguientes, que fueron cruciales. En estos días las tropas apenas

durmieron. Al alba, escribió Seaton, «todos los hombres de la guarnición estaban en pie, listos para comenzar a trabajar con los primeros rayos de luz; tanto los oficiales como los soldados se afanaban en sus tareas con entusiasmo […]. La tarde del día 24 se repararon los bastiones y se construyeron nuevos parapetos alrededor de toda la muralla; en muchos casos, estos eran el doble de sólidos que los anteriores. El trabajo era ingente y muy duro y, por las tardes, tenía las manos tan hinchadas que apenas podía sujetar los cubiertos. Durante esos cuatro días nadie se quitó la ropa, ni los oficiales ni los soldados. Todos dormían apostados en las murallas, preparados para defender la ciudad en caso de sufrir un ataque y de volver a trabajar en cuanto saliera el sol».[36]

Finalmente, en la mañana del 25 de febrero, Akbar Khan cruzó el río y los penachos de sus jinetes uzbekos se perfilaron sobre las laderas de Piper's Hill, al sur de la ciudad, «todos sobre sus espléndidas monturas y enarbolando sus estandartes: un auténtico espectáculo». Minutos después, la caballería se lanzó al galope sobre los segadores y los forrajeros, que huían en desbandada. Las puertas estaban cerradas y «los afganos nos rodearon, su infantería era cada vez más numerosa». El verdadero asedio de la ciudad había comenzado, pero el momento de mayor vulnerabilidad de la guarnición ya había pasado.

Al igual que en Kabul, Akbar Khan tomó de inmediato medidas concretas para impedir la llegada de suministros a la ciudad: amenazó de muerte a todos los aldeanos para que dejaran de vender alimentos, azufre, salitre o municiones a los *firangis*. Seaton anotó en su diario que pronto aparecieron los primeros síntomas del hambre: «2 de marzo. Todos nuestros pequeños lujos están desapareciendo a marchas forzadas. No hay té desde hace tiempo, el café se ha terminado hoy, queda muy poca azúcar y la mantequilla está pasada. Además, no hay pasto para las vacas, tampoco quedan velas y los licores y el vino ya son solo un recuerdo difuso. En pocos días tendremos que reducir nuestras raciones de carne en salazón y azúcar a doscientos gramos cada una, y las restricciones no cesaran con eso». Al poco tiempo, una nueva entrada rezaba de tal forma que parecía augurar los peores presagios: «Hoy no almorzamos; la carne comienza a escasear».[37] El 23 de marzo, Sale envió un mensaje al general Pollock, que se encontraba en Peshawar, en el que le decía que no podría resistir mucho más tiempo: había sacrificado todos los camellos de carga para reservar el poco forraje que tenían para la caballería y solo disponían de carne en salazón hasta el 4 de abril.[38] Las municiones para los mosquetes también estaban a punto de agotarse.

Una vez más, Akbar se erigió como el campeón del islam y utilizó su nueva reputación como muyahidín para atraer a nuevos partidarios y aliados, incluso a aquellos que eran más escépticos respecto a su liderazgo. Como explicaba MacGregor a Pollock en una carta de mediados de marzo: «Se presentaba a sí mismo como alguien sin hogar, sin familia, ni más obligaciones y objetivos que no fueran la restauración de la verdadera religión y el exterminio de sus enemigos».[39] Durante el alto que realizaron en el camino de Laghman a Jalalabad, Akbar envió desde el campamento un gran número de mensajes diplomáticos para intentar que todos los nobles afganos se unieran a su causa: fue el primer afgano en emplear el lenguaje de la yihad de una manera tan directa e innovadora.[40] Insinuó que cualquiera que se hubiera aliado con Shah Shuja debía ser tratado como un apóstata y que nadie podría mantenerse al margen: todos tendrían que posicionarse de un lado o de otro. A Saiyed Ahai-ud-Din, un noble que había sido un importante aliado del sha, le escribió:

> Tenga claro lo siguiente: si tiene algún temor por haberse visto forzado a asociarse con los *firangis*, le ruego que borre de su corazón todos esos miedos y que esté a la altura de las circunstancias. Todos, grandes y pequeños, se vieron obligados, en mayor o menor medida y por el bien de sus propios intereses, a vincularse con los *firangis*. Sin embargo, ahora que el viento ha dispersado las hojas del libro de esa odiada raza y que las filas del Ejército del Islam están firmemente unidas, ¿qué razón tiene para retirarse? Le escribo para suplicarle que abandone su aislamiento, considere mi casa como su hogar y venga a verme sin más demora para estrechar aún más los lazos de nuestra amistad. Confío en que emprenda pronto su viaje.[41]

Akbar envió un llamamiento casi místico, con menciones religiosas aún más explícitas, a otro de los nobles, Turabaz Khan: debía abandonar a los *kafirs* y volver al redil de los verdaderos creyentes. «Me han llegado noticias de que ha dejado Lalpur en busca de refugio en las colinas», escribió.

> Puede parecer que su intención sea separarse de la raza del islam. Mi respetado amigo, esta es la palabra de Dios, que ahora se hace presente. Durante los últimos cuatro meses, que han sido tan felices, los hombres sabios y santos de esta tierra han tenido sueños maravillosos y visiones que mostraban a nuestro santo Profeta y a los Cuatro Amigos (los

primeros cuatro califas o *Charyar*) ciñendo sus espadas en defensa del islam. Todo el islam está unido bajo un solo corazón: hemos declarado la guerra a los infieles. Su raza ha sido vencida y destruida de raíz. Esta cuestión no debe ser juzgada por los hombres, sino por Dios. Debe mantener una mirada siempre vigilante para salvaguardar los intereses de nuestra religión […]. Juzgue por sí mismo si es mejor que se nos respete y vivamos entre musulmanes, o que pasemos nuestra vida entre *kafirs*. Si desea el bien del islam, considere mi casa y mis riquezas las suyas propias; pero si sigue prefiriendo la compañía de los *kafirs*, nuestra relación ha terminado. Hágame llegar su respuesta cuanto antes. [42]

El llamamiento surtió el efecto deseado: el ejército de Akbar Khan creció tan rápido como su fama y la noticia de su exitosa yihad se difundió como la pólvora por las montañas. Mirza ‘Ata se encontraba entre sus numerosos e incondicionales seguidores:

Sardar Mohammad Akbar Khan, el *ghazi*, asedió la guarnición inglesa y envió a sus mensajeros por los alrededores para que advirtieran a los campesinos: «Quien sea un verdadero musulmán, debe obedecer el siguiente versículo del Corán: “Luchad, con vuestras riquezas y vuestro propio ser, por la senda de Dios; habéis de saber que es lo mejor que podéis hacer”». Alentó a que todos se unieran a su lucha contra los cristianos. Como resultado de esta proclama, dos mil jóvenes entusiastas se unieron a sus filas. Cuando este joven héroe fue liberado de su celda de Bujará y llegó a Kabul, no tenía ni prestigio ni dinero. Ahora, sus arcas desbordaban por el botín que habían tomado a los ingleses y sus arsenales estaban llenos de sus mosquetes y reservas de pólvora. Miles de valientes guerreros siguieron sus victoriosos pasos. Su plan era capturar vivos a los oficiales ingleses y hacerse con sus riquezas, como ya había hecho en Kabul, para asegurar así la liberación de su padre, el emir Dost Mohammad Khan, de su cautiverio en la India. Acampó durante dos meses a las afueras de Jalalabad, sitió la guarnición y levantó trincheras y parapetos.[43]

Los sitiadores avanzaban poco a poco y, en torno a finales de marzo, consiguieron acercar sus empalizadas y maquinaria de asedio a tan solo ochenta metros de las murallas de la ciudad. Ningún tipo de provisiones entraba en la ciudad y los suministros eran cada vez más escasos. Lo único

que Akbar Khan necesitaba para abrir una brecha era una buena artillería; sin embargo, Sale era un oponente mucho más combativo que cualquiera de los que se había encontrado en Kabul. Ahora todos los civiles del ejército estaban armados, incluso los *syces* y camelleros recibieron picas improvisadas para ayudar a defender los muros, especialmente para realizar alguna salida. Cuando los defensores tenían poca munición, colocaban maniquíes de tamaño real sobre los parapetos, armados y con sombreros, para atraer así el fuego hacia ellos; por la noche, cuando los sitiadores se retiraban a su campamento, salían a recoger los proyectiles gastados para fundirlos en moldes y reutilizarlos. «Todos dormíamos en nuestros puestos», escribió Seaton. «Los oficiales se desabrochaban, sin más, los tahalíes, y algunos se cambiaban de botas. Ninguno llevábamos los uniformes —que habíamos guardado con sumo cuidado—, sino vestimentas de piel de camello: no se dañaban al cavar o talar, tampoco con la humedad, el polvo o el barro, y la suciedad no era en exceso visible […]. Akbar pronto se dio cuenta de que su única oportunidad consistía en hacernos morir de hambre».[44]

Por lo tanto, fue un duro golpe para los afganos cuando, el 1 de abril, los defensores robaron parte de las provisiones de sus sitiadores. A finales de marzo, Akbar Khan decidió privar a la guarnición del poco forraje que quedaba y condujo a sus rebaños de ovejas, acompañados por una escolta de caballería, a los prados que los ingleses utilizaban como pastos. Con un asedio cada día más asfixiante, los pastores se confiaron y, el 31 de marzo, llevaron sus rebaños a menos de cuatrocientos metros de la cima del glacis. Al atardecer, los hambrientos defensores se vieron obligados a «ver pasar delante de sus narices costillas y piernas de carnero ambulantes, que luego desaparecían en la distancia». Pero, al día siguiente, Sale estaba preparado.

La caballería, unos seiscientos cincuenta infantes, algunos piqueros voluntarios y un contingente compuesto por los zapadores de Broadfoot, con la misión de ejecutar una maniobra de diversión, se reunieron en completo silencio al amanecer. Tan pronto como las ovejas estuvieron a su alcance, los zapadores salieron por la puerta norte y comenzaron a disparar hacia los parapetos enemigos, para atraer así la atención de los sitiadores. Mientras tanto, la puerta sur se abrió y la caballería salió disparada. Los pastores afganos y su escolta huyeron y los soldados acorralaron a las ovejas con rapidez y las condujeron a la ciudad por el puente levadizo. La maniobra no duró más de diez minutos. En el momento en que la caballería afgana apareció, las ovejas y los soldados ya estaban a salvo dentro de las murallas. «Estábamos eufóricos», escribió Seaton en su diario esa misma noche, justo

después de degustar una cena de cordero asado para celebrarlo. «Los enemigos se morían de rabia y nosotros, mientras tanto, les saludábamos entre risas desde las murallas con gritos de "¡Beeee-beeee!". Capturamos cuatrocientas ochenta ovejas y algunas cabras, con lo que tuvimos carne para dieciséis días para toda la guarnición, a tres cuartos de ración por persona […]. El día 3 (de abril), un espía vino a informarnos de que Akbar, al enterarse del robo de sus ovejas, montó en cólera de tal manera que ninguno de sus hombres se atrevía a acercarse a él».[45]

Al poco tiempo, Akbar sufrió un revés aún mayor. Tras haber pasado el día atacando la ciudad, por la tarde se retiró al campamento para recibir a un nuevo grupo de reclutas khajraníes que querían ofrecerle sus servicios. Según los informes remitidos a los británicos por un jefe afgano amigo, después de dar la bienvenida a los recién llegados:

> El *sardar* Akbar Khan, que llevaba sin comer todo el día, se levantó y se alejó unos pasos para disfrutar de la cena que le habían preparado y observar cómo los khajraníes lanzaban un ataque sobre las defensas de Jalalabad. Entonces, una pistola de dos cañones le hirió de gravedad al impactar en la parte carnosa del brazo y luego atravesarle el pecho. Dos hombres fueron apresados y acusados de haber perpetrado este acto; uno de ellos era un antiguo *pishkhidmat* (sirviente personal) de Shah (Shuja). Alegaron que el arma se había disparado por accidente. El *sardar* debe mantener estricto reposo y a nadie, excepto a Mohammad Shah Khan Ghilzai (su suegro), se le permite acercarse a él. Sus tropas están muy desanimadas.[46]

Todas las fuentes afganas asumen que dicho tiroteo fue un intento de asesinato. Según Mirza 'Ata, corrían rumores de que los británicos estaban involucrados: «El general Sale empleó todos los medios a su alcance para librarse del *sardar*; sin embargo, sus esfuerzos fueron en vano», escribió. «Finalmente, ofreció dos *lakhs* (doscientas mil rupias) a uno de los sirvientes de confianza del *sardar* para que lo asesinara. El desgraciado vendió su fe y su honor, aceptó el dinero y esperó una oportunidad idónea para disparar al *sardar*. A pesar de que el disparo hirió a Akbar Khan en el hombro, el *ghazi* no murió porque contaban con la protección divina».[47]

La mayoría de los testigos, sin embargo, culparon a los sadozais. Para Fayz Mohammad,

> algunos de los presentes agarraron de inmediato al ingrato responsable de los hechos y, después de curar las heridas de Akbar, llevaron al criado ante el *sardar* herido, quien le reprochó lo que había hecho y le exigió una explicación. El hombre manifestó su arrepentimiento, besó el suelo y le mostró una carta de Shah Shuja en la que este le ofrecía cincuenta mil rupias por cometer el asesinato. Reveló además que el sha y los ingleses le habían dado veinticinco mil rupias por adelantado y que le habían prometido las veinticinco mil restantes cuando el encargo se llevara a cabo. El *sardar* se quedó con la carta de Shah Shuja y, como el sirviente había mostrado total sinceridad, lo perdonó. Sin embargo, los *ghazis* lo convocaron junto al otro cooperador necesario y los mataron.**[48]**

Parece que así fue, ya que, según los relatos que los propios carceleros contaron a los rehenes, el supuesto asesino fue «quemado vivo por el crimen cometido».**[49]**



Entre finales de marzo y principios de abril, no solo Akbar pasaba por un momento crítico. En Kabul, la nueva alianza de Shuja comenzaba a verse amenazada por las disputas por el poder y el control de los recursos de la ciudad entre sus dos nuevos aliados, Aminullah Khan Logari y Nawab Zaman Khan. A mediados de marzo, sus milicias se enfrentaron en una batalla campal en las calles de la capital por el derecho a percibir los ingresos generados por la aduana y la ceca.**[50]**

De manera aún más alarmante, el llamamiento a las armas bajo el estandarte del islam realizado por Akbar Khan cuestionaba la legitimidad de Shuja como líder musulmán. «Akbar Khan envió cartas a los habitantes de las regiones circundantes», escribió Fayz Mohammad,

> con el siguiente mensaje: «Si el sha trata con honestidad al pueblo islámico, no demuestra afecto alguno por los ingleses y cumple, en vuestro beneficio, con los deberes del estado y de la religión, deberíais exigirle que proclame la yihad para que, unidos, podamos atacar a los ingleses y librar al país de su presencia». El *sardar* continuó repitiendo

> las llamadas a la yihad hasta que los eruditos y sus estudiantes, en función de sus instrucciones, acudieron a los mausoleos de los santos, donde se llevaron a la frente el sagrado Corán en ellos guardado, antes de acudir a convencer a la gente, pueblo por pueblo, aldea por aldea, y conseguir que los imanes y almuédanos exhortaran a sus fieles a la yihad. Grupos grandes y pequeños se congregaban a las puertas del palacio del sha y le urgían a proclamar la guerra santa. Gritaban: «¡Vamos a echar a los ingleses del país!».[51]

Esta situación ponía al sha en una posición muy delicada: en público, se había visto obligado a renegar de sus protectores británicos y, en su *durbar,* había declarado que haría todo lo posible para aniquilar al infiel;[52] sin embargo, en privado, todavía se sentía en deuda con los ingleses, cuya ayuda consideraba necesaria para derrotar a los barakzais. Como consecuencia, envió una serie de cartas a MacGregor en las que le pedía que enviara tropas británicas a Kabul lo antes posible y donde mostraba, asimismo, su creciente desesperación con respecto a cuándo llegarían dichas tropas. Mohammad Husain Herati lo relataba de la siguiente manera:

> Su majestad trató de ganar tiempo y prometió enviar mensajeros para persuadir a los ingleses de que marcharan del país por voluntad propia; en realidad, buscaba asegurarles su inquebrantable lealtad: primero envió a su secretario privado, Inayatullah Khan Bamizai, y luego a su sirviente personal, Din Mohammad Khan. En una tercera ocasión, su majestad escribió en secreto: «¿Cómo podemos evitar la presión de estos confabuladores y deshonestos barakzais y del pueblo turbulento de Kabul?». MacGregor le respondió a su majestad que debía resistir en la capital otras dos semanas más, que los refuerzos de Peshawar estaban en camino. Durante dos largos meses, su majestad pergeñó una excusa tras otra, pero, aun así, la ayuda no llegaba.[53]

Dados sus antecedentes, muchos en Kabul sospechaban que Shuja seguía profesando simpatía por los británicos y un gran número de jefes pensaba, con razón que jugaba a dos bandas. El *Siraj al-Tawarikh* [Historias de luz] cuenta que, «a causa de sus constantes evasivas, los barakzais comenzaron a proclamar en público: "Shah Shuja es amigo de los ingleses. No os dejéis engañar por sus palabras, que contradicen los hechos. Si esto no fuera cierto, ¿por qué no ha partido todavía hacia Jalalabad? y ¿por qué no se han ido todavía los ingleses, conforme a los documentos que Shuja asegura haberles

enviado?”».[54] A medida que avanzaba el mes de marzo, comenzaron a circular historias en la capital acerca de la valentía de Akbar en Jalalabad; además, cada vez más seguidores de Shuja, entre ellos su *naib* y principal aliado, Aminullah Khan Logari, le insistían en que debía mostrar su compromiso con la causa y marchar de inmediato hacia Jalalabad, o, al menos, enviar a uno de sus hijos en su lugar.[55]

Shuja, al verse frente a tal dilema, y como no deseaba que los británicos desconfiaran, sobornó a varios de los jefes afganos para que siguieran adelante sin él. El 2 de marzo, el príncipe Timur fue enviado a Jalalabad, aunque nunca llegó más allá de Butkhak, en la entrada de Khord Kabul.[56] El día 18, Aminullah Khan y los barakzais llegaron al Bala Hisar y, en el *durbar*, pidieron públicamente al sha que saliera de su fortaleza y que, junto con ocho mil hombres, se uniera a Akbar Khan en su lucha contra los infieles.[57] Según el relato de Maulana Hamid Kashmiri, los barakzais compararon la ambigua diplomacia de Shuja con la intrépida campaña de guerra de Akbar Khan:

Un día, un grupo de jefes y generales
accedieron a la sala de audiencias del sha

Le dijeron: «¡Oh, ilustre *padishah*!
¿Qué vais a hacer? ¡Decidnos!

Si mantenéis en vuestras manos la autoridad real
y somos firmes en nuestro compromiso de serviros

es porque creímos que defenderíais el país
que lo gobernaríais y haríais respetar la ley.

Decidnos pues, ¿cuál es el grave error que ha cometido Akbar?
¿Por qué os aprestáis a la lucha para aniquilarlo?

Él os hizo rey de esta tierra
y consiguió derrotar a las fuerzas del mal

Pero, en vez de elevarlo sobre el resto,
buscáis hundirlo

Habéis encargado su asesinato
a hombres infieles e indeseables

Noche y día abusáis de vuestra pluma
para escribir cartas a nuestros enemigos […]».[58]

Las presiones sobre Shuja aumentaron todavía más el 3 de abril, cuando el líder de los ulemas de Kabul, Mir Haji —hermano mayor del recién asesinado Mir Masjidi—, empezó a apelar a la guerra santa en sus sermones del viernes, con lo que intentaba forzar a Shuja a dirigir un ejército islámico contra los *kafirs*. «El hipócrita y traidor de Mir Haji», como lo denominaba Mohan Lal, «montó su tienda en la ruta a Jalalabad y envió a sus hombres a la ciudad para anunciar que iba a unirse a la yihad y que cualquier musulmán que no fuera con él sería considerado un infiel».[59] Luego, partió a la cabeza de una larga procesión de «faquires fanáticos, que ondeaban *alams* y llevaban Coranes y reliquias sagradas de los santuarios, mientras cantaban plegarias en su camino a Jalalabad. Puede que fuera una mera estratagema política», comentó Herati, «pero su majestad era muy consciente de que, a menos que fuese con ellos, una nueva revuelta estallaría en Kabul».[60]

La situación era, en verdad, crítica. Esa noche, Nawab Zaman Khan envió a su esposa a palacio con un Corán sellado para asegurarle a Shuja su fidelidad: «La mujer pidió al sha que marchara sin temor junto a los barakzais rumbo a Jalalabad, además de manifestarle que su marido defendería su causa y permanecería a su lado como un fiel servidor. Debido a las proclamas de Mir Haji y a la insistencia de todos los jefes para que marchara contra la ciudad, el sha se vio obligado, en última instancia, a preparar su tienda y unirse a ellos».[61]

Levantaron la tienda real en Siyah Sang, a un lado del camino que habría de llevarlo a su destino. «Creo que jamás emprenderá la marcha», escribió a Jalalabad un ansioso Mohan Lal, «y, si lo hace, será asesinado o cegado por los barakzais».[62] El sha permaneció una semana más en el Bala Hisar, donde esperaba, con creciente ansiedad, a tener noticias acerca de si el general Pollock había conseguido llevar a su ejército hasta el Jáiber. «Llevo casi un mes aplazando el envío de tropas a Jalalabad», escribió desesperado a MacGregor. «Pero durante todo este tiempo no he recibido ni una sola carta suya. Ignoro por completo vuestras intenciones. Sería conveniente que las tropas británicas llegaran cuanto antes, pero, si lo hacen en unos diez o quince días, todavía tendríamos posibilidades. En caso contrario ¿qué deberíamos hacer? Se trata de una cuestión de máxima importancia. Sea cual sea vuestro consejo, exponedlo con claridad para que yo pueda obrar en consecuencia».

Y añadió: «Por vuestra culpa soy cada vez más impopular entre los musulmanes y no alcanzáis a comprender las implicaciones que esto supone. Por favor, entendedme. Dicen que quiero destruir la verdadera fe. Este es un asunto de vida o muerte […]. ¡Que dios me perdone!».[63]



El general George Pollock no era un hombre al que le gustara que le metieran prisa. Su buena reputación se basaba en una cuidada planificación y en una logística meticulosa, por lo que, después de la catástrofe del ejército de Kabul en enero, no estaba por la labor de verse arrastrado a la acción sin estar del todo preparado. Sir Jasper Nicholls, el comandante en jefe de Calcuta, le apoyaba por completo en este aspecto y escribió a Londres en los siguientes términos: «Es una ventaja tener al mando del ejército de la Compañía a un oficial sereno y prudente. Cualquier acción precipitada por parte de un oficial en busca de gloria podría ser fatal».[64]

Pollock había llegado a Peshawar el 5 de febrero y allí se encontró con unas tropas desanimadas en grado sumo y con muchos de los cipayos hospitalizados: la lista de enfermos ascendía a mil ochocientos y, a medida que los supervivientes de la fatídica retirada de Kabul iban llegando a Peshawar, congelados, heridos y contando sus historias sobre la derrota y el abandono que habían sufrido por parte de sus oficiales, el ambiente se volvía cada vez más sedicioso. Pollock era consciente de que debía darle la vuelta a la situación de inmediato para contentar y apaciguar a los cipayos: su primera medida consistió en proporcionarles guantes y medias de estambre para el frío. «He de visitar los hospitales con regularidad», explicó a Nicholls, «y, si logro mejorar sus condiciones de algún modo, comprenderán pues mi buena disposición». Pronto se redujo el número de enfermos y la atmósfera del campamento mejoró a ojos vistas.

A lo largo de los dos meses siguientes, a medida que llegaban más regimientos y trenes de suministros, Pollock iba organizando poco a poco sus fuerzas y provisiones; además, salía todos los días con sus binoculares para estudiar las elaboradas defensas y los *sangars* de piedra que los afridis estaban construyendo al otro lado del Jáiber para bloquear su avance. Calculó que necesitarían alrededor de 275 000 cartuchos de munición, unos doscientos proyectiles por hombre y, a mediados de marzo, ya disponía de dicha cantidad. Tras la deserción de sus camelleros, tardó otros quince días en volver a reunir la fuerza de transporte necesaria. También escribió a Firozpur para solicitar otro regimiento de caballería y varios avantrenes. Mientras tanto, mandó un mensaje a Sale, cada vez más desesperado en Jalalabad: «No creas que me olvido de tu delicada situación […]. Solo la necesidad me ha

obligado a quedarme aquí. Por lo tanto, te ruego que me digas, sin la menor reserva, hasta qué día puedes resistir». Sale respondió, en un mensaje escrito con agua de arroz —visible solo tras la aplicación de yodo—, que sus últimas provisiones de carne en salazón durarían hasta el 4 de abril.[65]

Al final, los camellos, la caballería y la artillería llegaron el 29 de marzo. Aquella tarde, Pollock dio órdenes de levantar el campamento y trasladarlo al fuerte de Jamrud, en la entrada del paso Jáiber. Una semana más tarde, a las 3:30 de la madrugada del 5 de abril, ordenó a sus tropas avanzar en completo silencio por los desfiladeros del paso, en tres columnas y en medio de la más absoluta oscuridad. Al amanecer, los afridis se encontraron con que los cipayos de Pollock estaban coronando las alturas a ambos lados de su *sangar* de piedra y, a mitad de mañana, los miembros de la tribu ya habían abandonado todas sus defensas, que habían erigido con gran cuidado, y huían precipitadamente. A las 2:00 de la madrugada, la columna central de Pollock controlaba la fortaleza de Ali Masjid y comenzaba a reagruparse: estaban preparados para liberar Jalalabad.[66]



La misma mañana en la que los cipayos de Pollock se abrían paso a través del Jáiber, Shah Shuja perdió al fin toda esperanza de recibir asistencia de sus aliados británicos. Al no haber obtenido respuesta alguna de MacGregor a su último y más desesperado mensaje, el sha decidió que su única opción pasaba por abandonar la seguridad de su fortaleza y dirigirse a Jalalabad.

La noche anterior no había conseguido pegar ojo, «inquieto, paseaba de un lado a otro, invocando a Dios y preguntando la hora a sus eunucos sin cesar». Más tarde, hizo sus abluciones, se despidió de sus esposas y preparó una pequeña bolsa de viaje con los diamantes, rubíes y esmeraldas más preciados de entre los que aún conservaba. «Con las primeras luces del alba, su majestad acudió a rezar los dos ciclos de la primera oración ritual de la mañana en sus aposentos privados de la fortaleza, con la intención de rezar los dos ciclos siguientes en el campamento de Siyah Sang. Montó en su palanquín e instó a los porteadores a avanzar con prontitud para no llegar tarde a la oración principal en el campamento. Su majestad solo iba acompañado por una pequeña escolta de sus sirvientes personales».[67]

El día anterior, el 4 de abril, Shuja había salido del Bala Hisar por primera vez desde el estallido de la revuelta del 2 de noviembre; cabalgó hasta su tienda de Siyah Sang, donde pasó revista a las tropas y celebró una audiencia pública para los nobles de Kabul. En dicha audiencia, además, anunció formalmente su partida hacia Jalalabad y designó a su hijo predilecto, al príncipe Shahpur, gobernador de Kabul en su ausencia. Nasrullah, el hijo mayor de Aminullah Khan Logari, fue nombrado jefe del gobierno en funciones de Shahpur. Según Mirza ‘Ata, el sha llevaba consigo «doscientas mil rupias en efectivo y varios rollos de tela de chal doble para honrar a los jefes de Kabul, a cada uno en función de su rango y méritos. Naib Aminullah Khan Logari se vio especialmente favorecido, puesto que se había convertido en el confidente más cercano del sha. Shuja subió con su hijo en su palanquín y volvió a la fortaleza del Bala Hisar para pasar una última noche con su harén».[68]

Sin embargo, Shuja no era consciente de que la acción de honrar en público a Aminullah Khan se había interpretado como un insulto deliberado a su otro aliado principal, Nawab Zaman Khan Barakzai. Este y Naib Aminullah Khan apenas se dirigían la palabra, por lo que la demostración pública de la cercanía del sha a Aminullah en el *durbar* de Siyah Sang provocó una enorme indignación en el campamento del nabab, cuyo linaje era, sin duda, el más prestigioso de todos. «Zaman Khan era un gran señor y tenía muchos guerreros entre su séquito», escribió Mirza ‘Ata,

> mientras que Aminullah Khan Logari llevaba muy poco tiempo al servicio del sha. En el *durbar*, Nawab Zaman Khan y otros jefes cercanos al emir Dost Mohammad Khan no recibieron capa honorífica alguna del sha y, de hecho, fueron desdeñados por el favor real. Al nabab no le sentó nada bien este vuelco de la fortuna. Si el rey hubiera considerado oportuno conceder sus favores de manera más equitativa, la discordia latente podría haber sido apaciguada en lugar de avivada. Pero al nabab y a sus seguidores les hervía la sangre de rabia y resentimiento ante el hecho de que el rey no les hubiera tenido en cuenta.

El más ofendido de todos era Shuja al-Daula, el hijo mayor de Zaman Khan, «que […] había recibido su nombre en honor a su padrino (Shah Shuja)» y en cuyo nacimiento el sha había estado presente.

> Shuja al-Daula, cuyo nombre significa coraje o valor —lo cual se reflejaba en su propia naturaleza—, planteaba de este modo las quejas a su padre: «Aminullah Khan Logari era solo uno más de nuestros sirvientes. En cambio, ahora él y otros jefes de menor rango, sin una base social sólida, gozan del favor real y obtienen todos los cargos de relevancia. Entre tanto, nos desdeñan y olvidan todos nuestros servicios a la Corona así como los sacrificios que hemos realizado por su causa: observamos con estupefacción, sin recibir ni la más mínima muestra de gratitud, cómo los demás se llevan todas las alabanzas. ¡Lo mataré en cuanto se presente la oportunidad!». A pesar de que su padre le advirtió de que no era el momento adecuado, de que debían concentrarse en la lucha contra los ingleses, el joven no le hizo caso y planificó una emboscada para atrapar al rey a la mañana siguiente, cuando este llegara al campamento del ejército. Antes del amanecer, se escondió con quince hombres armados a esperar a que la escolta de la caballería real se aproximara.

Cuando el grupo de Shah Shuja descendía la sinuosa ruta del Bala Hisar, el hijo del nabab apareció en su camino y saludó al palanquín de su padrino. Los porteadores se detuvieron, posaron el palanquín y el sha apartó las cortinas para asomarse: en ese preciso momento, los tiradores abrieron fuego. La figura ensangrentada de Shuja salió a trompicones y trató de arrastrarse campo a través. Los asesinos ya huían de la escena del crimen cuando uno de ellos descubrió al sha y avisó a su señor para que este terminara su trabajo. «Así fue como Shuja al-Daula se abalanzó sobre el postrado monarca y lo apuñaló sin piedad con su espada, al grito de: "¡Concédeme ahora una capa honorífica!". Despojó al rey muerto de sus joyas, de su brazalete de oro, su cinturón y su espada, todo ello con un valor aproximado de un millón de rupias. El delicado cuerpo del rey, criado para descansar sobre mullidos cojines de lana fina y terciopelo, fue entonces arrastrado de los pies por un terreno áspero y pedregoso y, por último, lo arrojaron a una zanja».[69]

«Este inocente monarca», comentó Herati,

> fue martirizado entre dos oraciones, mientras aún repetía los santos nombres de Dios en su letanía del alba; todo lo contrario que sus repugnantes asesinos, ¡ellos se han ganado la condenación eterna! Shahnawaz, uno de los ayudantes de su majestad, opuso resistencia e hirió a dos de los asesinos, mas, al ver que no había nadie alrededor y que el maletín de las joyas del sha estaba desatendido, lo cogió y se apresuró hacia el fuerte. Ocultó el maletín en una grieta de un viejo muro, con la intención de recuperarlo más adelante y vender su contenido. Sus movimientos fueron descubiertos, empero, y las joyas cayeron en manos del asesino de Shah Shuja y de su padre, Nawab Zaman Khan.

> ¡Pobre soberano! Recorrió las avenidas de los jardines reales, pero nunca recogió los frutos de sus esperanzas y ambiciones. En su lugar, yació entre la sangre y el polvo, sin una sepultura digna, en medio de la llanura. Murió el 23 del mes de safar, día en el que el reino de los cielos se convirtió en su eterna residencia. «¡De Dios venimos y a él regresamos!».[70]

El príncipe Shahpur se dirigió de inmediato a la fortaleza de Bala Hisar para proteger a las mujeres y niños de la familia real. El cadáver de su padre permaneció durante veinticuatro horas en el lugar del crimen; mientras, los sadozais se encerraron en la fortaleza, se reunieron con el anciano y ciego Zaman Shah —que tomó el mando— e intentaron idear una estrategia para mantener sus puestos y poder vengarse de los asesinos. «Entretanto, los barakzais lo celebraban públicamente con gritos de júbilo y Mir Haji, que regresó de inmediato de su presunta yihad con sus estandartes de guerra, anunció: “Hemos enviado al *gran lord* (Shah Shuja) a reunirse con el *pequeño lord* (Macnaghten)”. Exultantes, se decían los unos a los otros: “¡Hemos conseguido echar a estos extranjeros infieles de nuestro país!”».[71]

Solo un hombre se sintió en el deber de ocuparse del cadáver del sha asesinado: su fiel aguador, Mehtar Jan Khan Ishaqzai, que le había acompañado durante su exilio en Ludhiana. Volvió esa misma noche donde se encontraba el cuerpo y permaneció junto a él para protegerlo de cualquier agravio. A la mañana siguiente, él y otro antiguo sirviente del sha, Azim Gol Khan, el *‘arz-begi* (escribiente), prepararon al difunto para el entierro. Entre los dos hombres cavaron una tumba poco profunda cerca del lugar del asesinato, en el interior de una mezquita en ruinas; la cubrieron de tierra, colocaron el palanquín del rey encima y levantaron un pequeño montón de piedras para marcar el lugar del crimen.

A finales de verano, las piedras y el palanquín ensangrentado aún yacían allí donde los dos leales siervos los habían dejado.[72]



A comienzos del siglo XX, al historiador Fayz Mohammad le llegaron noticias de que, al final, el cuerpo de Shah Shuja Sadozai había sido trasladado al magnífico mausoleo de estilo mogol de su padre, Timur Shah. Esto podría ser cierto y, en tal caso, es probable que su sepulcro sea una de las tres tumbas masculinas localizadas en el sótano de dicho edificio. De ser así,

esta permanece aún sin inscripción alguna, anónima, lo cual denota a las claras la poca popularidad del sha en el Afganistán actual.

Incluso en su época, la visión de los barakzais sobre la lucha entre los dos clanes fue la que se impuso y quedó plasmada en los relatos afganos sobre la guerra, ya que los poetas que los escribían se encontraban bajo el mecenazgo de los vencedores. Maulana Hamid Kashmiri, por ejemplo, puso en boca del asesino de Shuja un discurso —que se supone que este le espetó al moribundo sha— que ilustraba a la perfección la idea que tenían los barakzais de su legado: «¡Tirano cruel! ¿En qué momento has actuado como un verdadero sha para poder llevar a gala tal distinción?». A lo que añadió:

El país que te otorgó este título de sha
ha quedado destruido y sepultado bajo una sombra de fatalidad por tu culpa

Embriagado como un elefante enloquecido
has ayudado e instigado al ejército de los *firangis*

La devastación alcanzó Gazni y Kabul
Cada casa sintió el yugo de la opresión

Convertiste la tierra del islam en tierra de infieles
Hiciste que el mercado de la impiedad prosperara

Tu aspecto es como el de los santos peregrinos en La Meca
Pero, en lo más profundo de tu ser, ansiabas sangre musulmana

Mataste a muchos de mis hermanos
¿Y ahora dices que soy yo quien te asesina?

La ley me autoriza a saciar mi sed de venganza
Con tu propia sangre lavaré la sangre de tus pecados.[73]

Es cierto que el sha era un hombre con muchos defectos y que no siempre tuvo buen criterio en sus decisiones. Pocas veces fue un líder decisivo en combate y su arrogancia y altivez le hicieron perder el apoyo de numerosos seguidores potenciales a lo largo de su carrera. En 1816, al poco de llegar a la India británica por vez primera, William Fraser advirtió que Shuja tenía «deseos y expectativas en exceso regias».[74] Estas aspiraciones derivaban de la arraigada visión timúrida de su propia realeza: como escribió a lord Bentinck en 1834, creía que contaba «con la protección especial de Dios».[75]

A pesar de todo, Shuja fue un hombre extraordinario: muy culto, inteligente, decidido y, sobre todo, inquebrantable. A lo largo de su vida, el

destino lo condenó a sufrir reveses constantes y dramáticos, a menudo por razones que escapaban a su control, pero nunca renunció ni cedió ante la desesperación. «No hay que perder la esperanza frente a la adversidad», escribió en su juventud, en plena huida, después de que cegaran y depusieran a su hermano. «Las nubes negras pronto dan paso a la nítida lluvia».[76] Este optimismo fue una constante durante toda su vida. Diversos testigos destacaron su «gracia y dignidad» incluso en las circunstancias menos favorables.[77] Los británicos lo consideraban un incompetente y Burnes, en concreto, hacía escarnio de él por haber perdido el reino de sus antepasados. Sin embargo, en noviembre de 1841, Shuja fue la única persona en Kabul que ofreció una respuesta militar efectiva ante el estallido de la rebelión, y que, además, intentó salvar la vida del propio Burnes a pesar de que este hubiera hecho siempre todo lo posible por desacreditarlo.

Shuja se caracterizaba por una inusual lealtad hacia sus aliados así como respecto a los compromisos adquiridos con ellos, comportamientos ambos muy poco frecuentes en la región. Esta fue una de las razones por las que nunca perdonó a los barakzais, ya que estos habían roto el acuerdo entre su abuelo, Ahmad Shah Abdali, y el abuelo de Dost Mohammad, Haji Jamal Khan, en función del cual los sadozais gobernarían como reyes y los barakzais serían sus fieles servidores. Se veía a sí mismo como el auténtico heredero de la civilización safávida y timúrida, farsiparlante y de gran cultura, y, además de ser autor de excelentes obras en prosa y verso, fue un generoso mecenas de poetas y eruditos, algo que el mismo Mountstuart Elphinstone descubrió, para su enorme sorpresa, cuando pasó un tiempo en su corte en 1809. Lejos de considerarlo un lugar retrógrado, aislado y montañoso, la visión de su reino era la de un territorio unido por alianzas a un mundo, constituido por muchas otras regiones, mucho más amplio con el cual, gracias a la común tradición cultural persa, se integraba por las vías diplomática, cultural y económica. Por desgracia, su visión no parecía realizable —tampoco hoy lo es—, aunque ese concepto nunca se ha desvanecido del todo.

Al reinado de Shuja no le pusieron fin sus propios errores, sino la catastrófica gestión de Auckland y Macnaghten, a cargo de la invasión y posterior ocupación de Afganistán, y la derrota del general Elphinstone. Todo ello puso al sha en una posición muy desfavorable: los ingleses desconfiaban y se aprovechaban de él, mientras que el resto del país lo veía como un mero títere de los *kafirs*. Sin embargo, el levantamiento de 1841 no fue contra Shah Shuja, sino contra los británicos. Las fuentes afganas demuestran, de hecho,

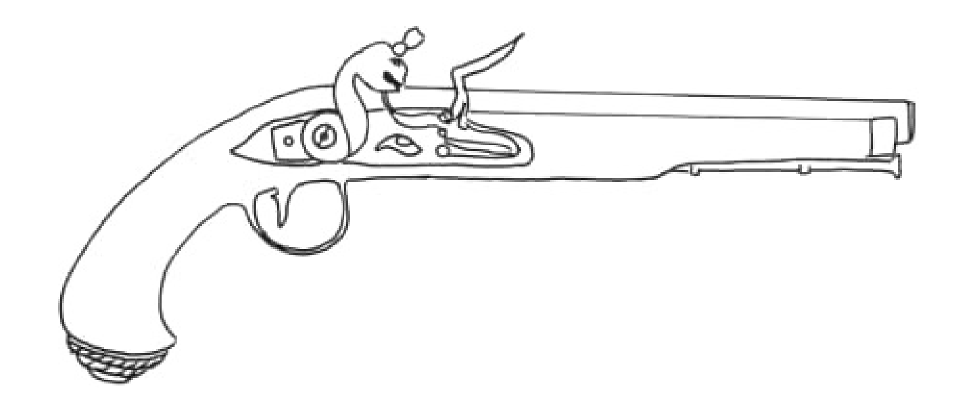
que muchos de los rebeldes pretendían liberar al sha de la jaula dorada en la que los británicos lo habían encerrado en función de sus propios intereses; incluso llegaron a ofrecerle a Shuja el liderazgo de su lucha y solo comenzaron a oponerse a él cuando este se negó a desentenderse de sus protectores británicos. La rebelión se convirtió en una lucha de poder entre sadozais y barakzais mucho más tarde, con la llegada de Akbar Khan. Cuando este salió de Kabul hacia Jalalabad, muchos nobles volvieron a jurarle lealtad al sha. A pesar de todo, Shuja mantuvo una sorprendente popularidad y sobrevivió a casi todos aquellos que habían estado involucrados en el desastre: no solo a Burnes, Macnaghten y al resto del ejército de Kabul, también al hombre que le había arrebatado su posesión más preciada, Ranjit Singh.

El mayor error de Shuja consistió en su dependencia militar de las tropas de sus incompetentes protectores británicos. Tras su reinstauración en el trono en 1839, debería haber insistido en la retirada inmediata del ejército; ya por aquel entonces, Charles Masson, el más perspicaz de los observadores británicos de Afganistán, señaló: «Los afganos no tenían ninguna objeción contra aquella alianza, pero sí contra la manera en la que esta se había desarrollado».[78] La monarquía sadozai contaba todavía con grandes apoyos, tal y como demostró su renovada popularidad después de la salida de los británicos en 1842, pero el sha no tenía la certeza de poder confiar en ellos. En cambio, permaneció siempre fiel a sus impopulares aliados: su reticencia a cortar vínculos con los británicos supuso su ruina.

En consecuencia, la turbulenta existencia de Shuja terminó, igual que gran parte de su vida, en tragedia. Su muerte prematura no dejó ningún legado para sus sucesores: tal y como relata Maulana Hamid Kashmiri, sus hijos y nietos se convirtieron en «ovejas sin pastor». Aunque, tras la masacre del ejército de Kabul, parecía que la vuelta de los sadozais era una posibilidad, a su muerte, sus hijos y su hermano ciego Shah Zaman se encontraron en una situación desesperada y con muy pocas posibilidades de consolidar el poder de su dinastía. En palabras de Herati: para los sadozais «el día se convirtió en la noche más oscura […]. Su majestad tenía sesenta y cinco años cuando fue asesinado; a lo largo de este tiempo, había vivido triunfos, sufrido desventuras y aprendido a desconfiar de sus volubles súbditos. Shah Shuja al-Mulk, de noble linaje, nunca habría mostrado ingratitud hacia los ingleses, agradecido por todos los años de su hospitalidad, pero las repetidas malas decisiones de Macnaghten lo comprometieron de tal manera que anularon cualquier esperanza de recuperación».[79]

La muerte de Shuja no supuso, sin embargo, el final de las masacres ni de la guerra: el Ejército de Castigo de Pollock marchaba hacia Jalalabad, aún con el cadáver del sha tendido sobre el polvo de Kabul, y, como *lady* Sale ya había escuchado decir a sus nerviosos carceleros, dicho contingente ni tomaba prisioneros ni daba tregua.[80]





Capítulo 10

Una guerra sin sentido

La tarde del 6 de abril de 1842, la artillería de Akbar Khan posicionada en los alrededores de Jalalabad entró en acción y lanzó una ronda de salvas. El fuego de los cañones continuó durante toda la noche, y estuvo acompañado del sonido de los festejos, de la música y de los bailes procedentes del otro lado de las obras de asedio, que la guarnición oía desde la muralla.

Akbar Khan ordenó las salvas para celebrar la muerte de Shuja y el golpe mortal que los barakzais acababan de asestar a sus rivales y eternos enemigos, los sadozais. Sin embargo, en la ciudad sitiada, los cañonazos se interpretaron de manera diferente: la guarnición sabía que Pollock estaba a punto de intentar la difícil hazaña de tomar por la fuerza el paso Jáiber, por lo que supusieron que las salvas de victoria celebraban su derrota. Un informe falso de un informante británico, en el que se corroboró tal error, además añadía que Akbar Khan había enviado refuerzos al paso para aniquilar lo que quedaba del contingente de Pollock.

Sale había preparado la defensa de Jalalabad contando con que Pollock acudiría pronto al rescate. Ahora, casi sin municiones y con solo quinientas ovejas para alimentar a los defensores, pensó que sus posibilidades de sobrevivir se reducían drásticamente. Sale, muy abatido, se dejó convencer por sus oficiales más jóvenes para arriesgarlo todo en un último intento desesperado, a pesar de que el enorme ejército de Akbar —compuesto por ghilzais y shinwaris— era tres veces más numeroso que la guarnición.

Convocó un consejo de guerra donde «todos coincidieron en que, si había que morir, era mejor hacerlo como hombres, con un arma en la mano», como dijo el reverendo G. R. Gleig. «Estaban a punto de jugar su única carta: iban a luchar la batalla final. Fuera cual fuera el desenlace, no habría munición suficiente para otro intento; por tanto, era necesario que la victoria fuera segura y total y que les permitiera abrirse paso hasta la boca del Jáiber, e incluso más allá».**[1]**

Esa misma noche elaboraron una estrategia bastante simple: los soldados heridos y civiles del ejército, con picas improvisadas, defenderían las murallas, mientras que el resto de soldados se dividirían en tres columnas; todas ellas «marcharían directamente hacia el campamento de Akbar, le prenderían fuego, conducirían a sus enemigos hacia el río y les arrebatarían los cañones».**[2]** Si fracasaban, no contaban con un plan alternativo.

Al día siguiente, el 7 de abril, se abrieron las puertas de la ciudad y, por primera vez desde que llegaron a finales de diciembre, la guarnición completa salió de Jalalabad bajo el tenue y frío resplandor previo al amanecer. Sale esperaba sorprender a los sitiadores, pero, de alguna manera, la noticia de los planes del general se había filtrado; cuando el sol se elevó sobre las montañas al este de Jalalabad, las tropas vieron cómo Akbar Khan, lejos de estar desprevenido, había dispuesto a todo su ejército en formación de batalla y «contaba con miles de soldados».**[3]**

El fuego comenzó de inmediato. La columna más occidental, dirigida por Henry Havelock —un baptista abstemio y barbudo—, fue la que sufrió las primeras pérdidas. Akbar lanzó toda su caballería sobre él. Cuando «las imponentes filas de caballos» se acercaron, Havelock mantuvo la calma, ordenó a sus hombres que formaran un cuadrado y fue capaz de rechazar el ataque, infligiendo grandes daños a los jinetes que los rodeaban. «Sentí que Jesús estaba a mi lado», escribió más tarde. Durante el asedio, los hombres de Havelock habían terminado bastante cansados de sus sermones; sin embargo, se quedaron profundamente impresionados por la sangre fría —casi sobrenatural— que demostró su comandante en combate. «Estaba tan tranquilo bajo el fuego enemigo que parecía que se encontrara en un salón repleto de damas», escribió uno de ellos *a posteriori*.**[4]**

Durante la batalla, las columnas contaron con el apoyo de la artillería, hábilmente colocada en las murallas de la ciudad. Sin embargo, los defensores de Kabul no podían decir lo mismo: aquí, como en otros choques anteriores durante la invasión y posterior ocupación, la eficacia y precisión del fuego de los cañones marcaron una diferencia crucial con los ejércitos de las tribus

afganas, poco acostumbrados a la metralla y a los proyectiles modernos. Además, las llanuras de Jalalabad favorecían el estilo de guerra británico, basado en el uso de una infantería disciplinada, y no permitieron que los afganos recurrieran a las tácticas guerrilleras de montaña que habían resultado tan devastadoras en los pasos. Muy pronto quedó claro que, después de seis meses, las tornas estaban cambiando a favor de los británicos.

El grupo realizó un breve alto en el camino cuando Sale ordenó a su número dos, William Dennie, que asaltara uno de los pequeños fuertes de adobe que había entre la ciudad y el campamento de Akbar. En medio de la confusión, Dennie —el hombre que había dirigido el asalto a Kandahar en 1839 y derrotado a Dost Mohammad en Bamiyán un año más tarde— murió de un disparo mientras corría hacia la entrada del fuerte a la cabeza de sus hombres. Pero la ofensiva continuó sin interrupciones. Cuando las fuerzas de Akbar se acercaron y su artillería abrió fuego sobre el contingente, la infantería británica irrumpió en escena y cargó a la bayoneta. Thomas Seaton se encontraba en primera fila. «Las columnas pronto se dirigieron hacia el campamento», escribió.

> Nos apresuramos y no encontramos ninguna resistencia, puesto que el enemigo estaba huyendo a través de la arboleda que se encontraba a sus espaldas. Vimos a muchos de ellos arrojarse al río y ser engullidos por este, caudaloso y rápido. La caballería afgana resistió durante algún tiempo, pero nuestros jinetes y nuestro fuego hicieron que se alejaran siguiendo el curso de agua. Tomamos el campamento de Akbar: cañones, municiones, estandartes, el botín de guerra […], en definitiva, todo lo que poseía cayó en nuestras manos. La corneta llamó a nuestra avanzada y yo me separé con un grupo de soldados para prender fuego a las tiendas y chozas de ramas y juncos. Al ser tan numerosas, el humo resultante anunció nuestra victoria por todo el valle. También nos hicimos con bastantes camellos y montones de grano […]. A pesar del lamentable error cometido al atacar el puesto avanzado del enemigo (donde Dennie había muerto), fue una sorpresa descubrir que nuestras bajas habían sido limitadas: solo murieron once hombres.[5]

A las siete de la mañana todo había terminado. Los sitiadores, derrotados y heridos, no tardaron en poner rumbo hacia Gandamak y, al mediodía, el personal británico de intendencia ya estaba transportando las enormes cantidades de grano, pólvora, proyectiles y municiones capturados, así como «un gran número de aves que volaban sueltas». «Ninguna victoria fue tan

redonda como esta», escribió un alegre Gleig. «Akbar y lo que quedaba de su ejército huyeron hacia Kabul, mientras que los jefes de los distritos localizados en la otra dirección nos enviaron su rendición».[6]

Cuando la fuerza de socorro de Pollock fue por fin avistada, tan solo nueve días después, la guarnición pudo salir a recogerlos para luego escoltarlos dentro. El Ejército de Castigo, que esperaba ver «barbas largas, caras ojerosas y vestimentas hechas jirones», se encontró una escena muy diferente: unos defensores «con tez rosada y bien alimentados, con buena salud, limpios, afeitados y bien vestidos, como si se encontraran en uno de los mejores acantonamientos de la India. Mientras que nosotros, los supuestos refuerzos, parecíamos todo lo contrario […]. Nuestros abrigos y pantalones estaban rotos y sucios y nuestros labios y rostros, salpicados de ampollas causadas por el sol».[7]

A medida que la fuerza de Pollock se acercaba a la ciudad, fueron recibidos con gaitas, al son de los compases de la antigua melodía jacobita *Oh, But Ye've Been Lang a'Coming*.



El general Pollock, como de costumbre, no quiso precipitarse. Su avance era tan metódico, implacable y violento como de costumbre.

Mientras consolidaba su control en el Jáiber, sus cipayos comenzaron a vengar las atrocidades que antes habían cometido los afganos: decapitaban los cadáveres de los afridis que asesinaban y «llevaban sus cabezas, clavadas en las puntas de sus bayonetas, al campamento, como señal de victoria». Había también algunas mujeres afridi entre los muertos.[at1] Cuando uno de los oficiales de Pollock, el teniente Greenwood, reprochó estos actos a los cipayos responsables, uno de ellos le respondió de manera muy directa: «Señor, he perdido a doce hermanos en este maldito paso, por lo que, con todo gusto, atravesaría con mi bayoneta a un recién nacido en brazos de su madre si hiciera falta».[8]

Pollock no tenía intención alguna de frenar este tipo de prácticas, por lo que el Ejército de Castigo incendió todas las aldeas consideradas hostiles que encontraron en su camino a Jalalabad. Por ejemplo, un poblado, en el que habían descubierto bienes británicos saqueados y uniformes de algunos soldados asesinados, quedó reducido a escombros: «La destrucción de Ali

Boghan», explicaba en su siguiente despacho Pollock, completamente impasible, «fue debida a uno de esos estallidos de ira repentinos que, por su naturaleza inesperada, no se pueden evitar».[9]

Pollock se detuvo una vez más antes de llegar a Jalalabad. Mientras muchos deseaban que, sin demora, persiguiera a Akbar Khan en su huida hacia Kabul, Pollock estaba decidido a dejar bien atado cualquier cabo suelto. Como la guarnición había tenido que alimentarse de todos los camellos, sabía que no contaban con suficientes animales de carga —según sus cálculos, necesitaban nueve mil nuevos camellos— para transportar las provisiones necesarias para tomar Kabul.[10]

Por otra parte, todavía no estaba claro hasta qué punto el nuevo gobernador general iba a autorizar tales acciones, y existían cada vez más indicios de que a Ellenborough, a pesar de haber sido un ferviente defensor de la línea política más dura, le estaban surgiendo algunas dudas al respecto. Nervioso por el pésimo estado de las finanzas de Calcuta, Ellenborough comenzó a enviar mensajes a Pollock y a Nott en los que sostenía que, ahora que Jalalabad había sido liberado y Akbar Khan, derrotado, debían comenzar los preparativos para regresar a la India, aunque ello implicara abandonar a su suerte a los rehenes y prisioneros de la guerra. Las guarniciones de Jalalabad y Kandahar no daban crédito a que, con Akbar a la fuga, les estuvieran prohibiendo volver a tomar Kabul. «Parece que cierta falibilidad (sic) nos persigue en este país», escribió Broadfoot al escuchar la noticia. «Sin lugar a dudas, saldríamos victoriosos de un ataque contundente contra la capital y, con casi total seguridad, podríamos conquistar todo el país […]. (Pero) el general no ha recibido orden alguna del Gobierno y, aunque podría emprender la marcha, debe esperar a conocer los deseos de la máxima autoridad».[11]

En Kandahar, Rawlinson —que todavía era partidario de la anexión de Afganistán a la India británica— se quedó perplejo al enterarse de que Kandahar, junto con el resto del país, iba a ser abandonada. «La imperiosa orden de retirada nos ha llegado como un jarro de agua fría», escribió. El general Nott se sintió aún más frustrado por el hecho de haber sido privado de su momento de gloria. «Todos los que gobiernan están locos», escribió a sus hijas.

> O eso, o la Providencia los ha cegado por algún motivo que se nos escapa. Estoy muy, muy cansado de trabajar, cansado de este país y de la locura de mis compatriotas […]. Mis soldados llevan cuatro meses sin cobrar; no queda ni una sola rupia en el tesoro de Kandahar y no

> hay nadie a quien podamos pedir dinero. No tengo medicinas para los enfermos y heridos, no tengo animales para transportar a mis tropas, tampoco dinero para poder comprar o alquilar esos servicios, y nos queda muy poca munición. Llevo seis meses pidiendo todas estas cosas, pero no he recibido ni la más mínima ayuda […]. ¡Cómo anhelo poder estar en algún bello paraje en Australia![12]

Los generales Pollock y Nott no querían retirarse, por lo que opusieron resistencia como pudieron y presentaron a Ellenborough una larga ristra de excusas por las que no podían abandonar el país, como por ejemplo, el clima, la falta de transporte, el dinero, etc. Mientras tanto, los partidarios de la línea más dura presionaban a Ellenborough para que cambiara de opinión, tanto desde la India como desde Londres. El duque de Wellington, muy bien dispuesto, se dirigió al gobernador general en estos términos: «Es imposible no insistirle en la importancia que entraña la restauración de nuestra reputación en Oriente».[13] Pollock utilizó este mismo argumento en una serie de cartas enviadas a Calcuta, e hizo hincapié en que temía que «nuestra retirada en el momento actual podría tener consecuencias catastróficas; sería interpretada como una derrota y perderíamos para siempre nuestra reputación de nación poderosa en esta parte del mundo».[14] Al comprender que sería acusado de haber desperdiciado la oportunidad de liberar a los rehenes de Akbar Khan y de salvar la reputación militar de Gran Bretaña, Ellenborough comenzó a buscar una manera de revocar su postura.

Mientras esperaba a que Ellenborough le diera el visto bueno, Pollock seguía ocupado en su venganza contra los afganos que tenía a su alcance. Envió expediciones punitivas para intimidar a las tribus del valle de Jalalabad, «arrancó los tejados de sus casas […]. Y quemó todo lo que podía arder».[15] Envió una brigada al sur, al territorio de los shinwaris, para quemar todos sus fuertes y aldeas y talar todos los árboles. En un solo día incendiaron treinta y cinco fuertes. Otra unidad, dirigida por el artillero Augustus Abbott, fue enviada a Gandamak para castigar a los aldeanos que habían masacrado a los últimos supervivientes del 44.º de Infantería. «Destruimos todos los viñedos», anotó Abbott más tarde, «e hicimos cortes profundos en árboles de más de doscientos años.[at2] Sus casas y fortalezas fueron destruidas; sus muros volaron por los aires y sus hermosos árboles se dejaron morir. La represalia fue concienzuda y sus efectos duraderos. El daño causado fue lamentable, pero era del todo necesario dar un escarmiento».[16]

MacGregor, el secretario político del Ejército, también aprobó la brutalidad y la destrucción y alegó que, mientras que las paredes derribadas pueden ser levantadas de nuevo con facilidad, la ruina de sus árboles —«una medida que, en principio, podía parecer barbárica para las mentes civilizadas»— era la única manera de hacer que los afganos «sintieran el peso de nuestro poder, ya que ellos se deleitaban en sus sombras». Se dieron órdenes de «comenzar de inmediato los trabajos de destrucción, para que no quedara ni una fortaleza, ni una casa, ni un árbol, ni el grano o el *busa* (forraje)» en todos los pueblos sospechosos de haber prestado ayuda a Akbar Khan.**[17]**

Mientras tanto, con la llegada del calor estival —y las consiguientes enfermedades—, la frustración de las tropas que quedaban en Jalalabad iba en aumento. «Los oficiales estaban muy decepcionados», escribió el teniente Greenwood,

> y las quejas entre los soldados eran cada vez mayores, sobre todo porque pasaron días, y luego semanas, y seguíamos inactivos […]. Los camellos y los animales de carga morían a diario, y el hedor de sus cadáveres y la suciedad del inmenso campamento eran insoportables. Millones de moscas infestaban los restos putrefactos que yacían por doquier; el aire parecía negro por su causa, y eran tan molestas que hacían casi imposible disfrutar de un minuto de descanso. Las provisiones eran malas y escasas. Los hombres empezaron a caer enfermos y a lamentarse amargamente por haber sido abandonados allí, para morir como cobardes en un lazareto, en lugar de hacerlo combatiendo contra el enemigo.**[18]**

Las temperaturas alcanzaron pronto los cuarenta y tres grados centígrados y muchos de los oficiales se resguardaban en las frescas estancias subterráneas, o *tykhanas*, que se encontraban en los sótanos de las antiguas casas.

La situación de uno de los hombres del fuerte era especialmente desesperada. Todas las noches, mientras las tropas cenaban, el general Sale salía con disimulo «se suponía que para echar un vistazo al progreso de nuestro trabajo», escribió Thomas Seaton, «pero, en realidad, lo hacía para reflexionar sobre la situación desesperada de su esposa e hija y para valorar la posibilidad de efectuar un rescate». Seaton se dio cuenta de que, ahora que el asedio había terminado y sus peores temores habían pasado, los pensamientos

de Sale se centraban en el destino de su familia, sobre todo cuando parecía que Ellenborough estaba contemplando retirarse de Afganistán y abandonar a los prisioneros de guerra y rehenes. Además, durante el asedio circularon rumores de que Akbar quería torturar a *lady* Sale frente a los muros de la ciudad para conseguir así su rendición. Una noche, Seaton, que se encontraba de guardia, se cruzó con Sale, que hacía su ronda solitaria, y tuvo el coraje de preguntar al general si tales rumores eran fundados: «Se volvió hacia mí, con el rostro pálido y serio, pero con la voz trémula de la emoción: "Yo, yo mismo […] apuntaría hacia ella con toda nuestra artillería; mis viejos huesos serán enterrados bajo las ruinas de este fuerte, pero jamás me rendiré"».[19]



La victoria de Sale sobre Akbar Khan resultó ser un arma de doble filo para *lady* Sale y los otros rehenes.

Al igual que le pasó a la guarnición de Jalalabad, les llegaron las falsas noticias de la derrota de Pollock, lo que les hizo caer en un profundo abatimiento ante la idea de un cautiverio prolongado. Pero con las noticias de la victoria de Sale y del éxito de Pollock en el Jáiber comenzó un nuevo periodo de incertidumbre: tras once semanas sin atisbo de cambios, ordenaron a los prisioneros que montaran en sus caballos y que marcharan hacia el norte, para frustrar así cualquier intento de los británicos para rescatarlos. Más tarde se enteraron de que, después de la batalla de Jalalabad, muchos de los jefes —especialmente los ghilzais orientales— habían exigido que los ejecutaran: solo la intervención directa de Akbar Khan les había salvado la vida.[20]

Antes de emprender de nuevo la errante marcha, su carcelero, Mohammad Shah Khan —jefe del babrak khel ghilzais de Laghman y suegro de Akbar— se apoderó de sus bienes más preciados. *Lady* Sale cuenta que «a *lady* Macnaghten le quitaron todas sus joyas, cuyo valor ascendía a más de un *lakh* de rupias, y sus chales, estimados entre treinta y cuarenta mil rupias». Pero, en cambio, ella no se dejó robar con tanta facilidad: «Se han llevado mi baúl tan contentos; eso sí, lleno de cacharros y de alguna botellita que no necesitaba. Espero que los afganos crean que son medicinas y les sirvan de algo: una botella contenía ácido nítrico y la otra una fuerte solución de nitrato de plata».[21]

Algunos días más tarde, la caravana de los prisioneros se cruzó con la que llevaba a Kabul a los hombres heridos de Akbar Khan. George Lawrence lo vio pasar en su palanquín. «Parecía pálido y enfermo», escribió,

> y llevaba un brazo en cabestrillo. Nos devolvió el saludo con gran cortesía, sonrió cuando pasé a su lado y me llamó para que me acercara. Habló sin tapujos de nuestra victoria y de su propia derrota, en unos términos muy propios de los militares: alabó el valeroso comportamiento de nuestros hombres, liderados por un omnipresente Sale en su caballo blanco de combate, y también admitió que su fuerza había huido con excesiva precipitación, que él mismo hubo de dejar su palanquín y escapar a caballo. Si nuestras tropas lo hubieran perseguido unos kilómetros más, podrían haberlo capturado a orillas del río, donde permaneció durante algunas horas hasta que su balsa estuvo preparada para cruzarlo.[22]

Tras las despedidas, Akbar Khan continuó hacia Kabul y los prisioneros fueron escoltados, por una ruta diferente, hacia una fortaleza en la cima del paso de Tezin. De camino, volvieron a cruzar el itinerario de la retirada de enero, donde se encontraron con macabros vestigios que les recordaron de nuevo los horrores vividos. «Muchos de los cuerpos, por haber sido sepultados por la nieve, estaban bien conservados y poco alterados, pero la mayoría quedaron reducidos a esqueletos», señaló Lawrence.[23] Más trágico aún era el estado de los cipayos que aún vivían, algunos de los cuales se escondían en las cuevas de los pasos más altos. *Lady* Sale vio, frente a una de estas oquedades, una enorme pila de huesos humanos «y, a juzgar por la sangre que había cerca de su entrada, hay razones para creer que los habitantes sobrevivían devorándose los unos a los otros. Vi tres siluetas espectrales arrastrarse a cuatro patas dentro de la cueva y las escuché pedir ayuda cuando pasábamos».[24]

La forzada marcha de los rehenes prosiguió durante los días siguientes bajo una lluvia torrencial y sobre un barrizal. Fue un aguacero particularmente violento cerca de Sarobi el que, en última instancia, acabó con la vida del enfermo general Elphinstone, que, como había pronosticado mucho tiempo atrás, nunca volvería a sus queridos brezales escoceses repletos de urogallos. Sin embargo, y a pesar de ser casi el único responsable de la catástrofe que había llevado a la situación actual de los prisioneros, el resto de los rehenes se ocuparon de él hasta el final, es probable que debido a su

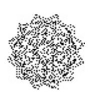
encanto personal. Mackenzie y Lawrence estuvieron particularmente pendientes de él y, junto con Moore, su ordenanza, hicieron turnos para cuidar al viejo general mientras este agonizaba; y aunque no disponían de medicinas, Mackenzie «pudo paliar en cierta medida sus últimos dolores con un tónico de corteza de granada».[25] «Me repitió en varias ocasiones que deseaba morir, que incluso rezaba por ello», escribió Lawrence. «Dijo que los horrores de aquella terrible retirada le atormentaban día y noche. Todos sentíamos pena por él y tratábamos de calmarlo y consolarlo, pero era inútil, estaba destrozado en cuerpo y alma y en extremo abatido por lo que había ocurrido. Su herida no cicatrizaba, pero no la prestaba atención, ya que ni el sufrimiento físico podía distraerlo de tan intensa angustia emocional […]».[26]

En su última noche, Elphinstone le pidió a Moore que le llevara un cuenco de agua y una camisa limpia. Una vez aseado y cambiado, hizo que Mackenzie leyera las oraciones destinadas a los moribundos y le pidió a Moore, que estaba llorando, que alzara la cabeza. «Me tendí en el suelo, cerca del pobre general», escribió Lawrence.

> Parece que no pegó ojo en toda la noche a causa del gran dolor que sufría.
> Me dirigí a él en varias ocasiones, pero solo me contestó para darme las gracias: decía que yo no podía hacer nada por él, que pronto todo habría terminado […]. Su sufrimiento había sido muy intenso, pero aguantó con fortaleza y resignación. Me expresó en repetidas ocasiones su profundo pesar por no haber perecido durante la retirada. Su carácter amable y dócil y su cortés indiferencia hicieron que todos nosotros lo apreciáramos; a pesar de que la muerte supuso para él una feliz liberación, no podíamos más que lamentar su partida.[27]

Cuando se enteró de la muerte del general, Akbar Khan ordenó que su cuerpo fuera escoltado por Moore hasta Jalalabad, lo cual da muestras de una gran caballerosidad. Pero el destino quiso que Elphinstone tuviese mala suerte incluso después de muerto: durante el viaje, un grupo de *ghazis* que pasaba por allí descubrió lo que se estaba transportando, abrieron el ataúd, desnudaron el cuerpo del general y lo apedrearon. Akbar envió a un segundo grupo de jinetes para rescatar el cadáver y a su guardián y acompañar a ambos hasta las puertas de Jalalabad en una balsa a través del río Kabul.

Allí, el 30 de abril, Pollock y Sale dieron al fin sepultura, con honores militares, al desventurado general.[at3]



Cuando las noticias sobre la sonada derrota de Akbar Khan llegaron a Kabul, y mientras que sus tropas, heridas y maltrechas, comenzaban a llegar a trompicones a la capital en la tarde del 8 de abril, se desató el pánico generalizado en la ciudad y muchos partidarios de los barakzais huyeron a las montañas.[28]

Fatteh Jang y los príncipes sadozais, que aguardaban inquietos y encerrados en el Bala Hisar desde la muerte de Shah Shuja, vieron como sus esperanzas se avivaban. Empezaron a recolectar alimentos, armas y municiones y, animados por su aliado clave, Aminullah Khan Logari, comenzaron a negociar con los tayikos de Kohistán en un intento de reclutar más soldados adeptos a su causa. Como ya había sucedido en repetidas ocasiones en el pasado, Kabul se fracturó entonces en barrios rivales liderados por los barakzais o los sadozais: las tropas barakzais de Nawab Zaman Khan intentaban defender, a la desesperada, sus zonas frente a Aminullah y sus aliados sadozais. «El poder de Aminullah aumenta cada día», informó Mohan Lal Kashmiri en un mensaje enviado a Jalalabad el 10 de abril. «Controla el tesoro del sha y Fatteh Jang está reclutando a los hombres de su tribu de Logari».[29]

Lady Sale, como de costumbre, explicó en su diario esta situación de una manera más directa: «Los ánimos de las distintas facciones están muy caldeados: Nawab Zaman Khan dice que será rey, Akbar ídem, Jabar Khan, también, y Aminullah sueña con lo mismo, al igual que Mohammad Shah Khan y Fatteh Jang, el *shahzada*. Añadía:

> Sus tropas se enfrentan a diario […]. Ahora es el momento de pasar a la acción, pero me temo que están demorándose porque un puñado de nosotros estamos en manos de Akbar. ¿Qué valen nuestras vidas en comparación con el honor de nuestro país? No es que quiera que me corten la garganta; todo lo contrario, espero vivir para ver la bandera británica ondear victoriosa en Afganistán. Después, no pondré ninguna objeción a que el emir Dost Mohammad Khan sea restaurado en el trono, pero, primero, debemos demostrarles que podemos conquistarlos, humillar a sus jefes traicioneros y hacer que muerdan el polvo y vengar el asesinato de nuestros soldados. Pero no deshonremos el buen nombre de los ingleses escapando del país como perros apaleados […]. Que nuestros gobernadores generales y comandantes en jefe se ocupen de este asunto mientras yo tejo unos calcetines para mis nietos; sin embargo, llevo mucho tiempo siendo la esposa de un soldado como para sentarme de brazos cruzados mientras se mancilla

> nuestro honor […]. Si dependiera de mí, daría a los jefes una lección difícil de olvidar. Dicen que la venganza de una mujer es terrible, pero nada podría aplacar mi sed de revancha hacia Akbar, Sultan Jan y Mohammad Shah Khan.[30]

El *impasse* y la incertidumbre llegaron a su fin cuando Akbar Khan regresó a Kabul el 9 de mayo. Con su habitual vigor y determinación, comenzó de inmediato un asedio a la fortaleza de los sadozais y minó los cimientos de sus torres más vulnerables. También recurrió a las mismas tácticas que había empleado en Jalalabad, con muy buenos resultados, para reunir a sus partidarios: volvió a presentarse como el campeón del islam mientras tachaba a los sadozais de amigos y colaboracionistas de los *kafirs*. Escribió a los jefes para decirles que «era de suma importancia que todos los miembros de la verdadera fe hicieran frente común contra la raza de los infieles insensatos; es por ello que los devotos me han elegido como su líder y se han puesto a mi entera disposición».[31]

En poco más de una semana, consiguió sobornar a Aminullah Khan para que abandonara el campamento sadozai. Una semana después se ganó a Mir Haji, y con él a los ulemas de Kabul y a los kohistaníes.[32] Akbar Khan también reclutó y armó a un regimiento de infantería y artillería formado por cipayos indios que habían desertado del ejército de los británicos durante la retirada. A finales de mayo, sus filas contaban con doce mil soldados, tres veces más que sus rivales sadozais.[33] Después de un mes de sufrir bombardeos constantes y el intenso trabajo de los minadores, y tras haber agotado sus reservas de pólvora y balas de cañón, Fatteh Jang tuvo que rendirse: Akbar Khan entró en el Bala Hisar el 7 de junio.

A finales de ese mismo mes, Fatteh Jang transmitió todos sus poderes a Akbar, que se apoderó de sus bienes y se autoproclamó, de manera oficial, visir. Además, obligaron a Fatteh Jang a escribir la siguiente comunicación a Pollock: «He cedido al *sardar* Mohammad Akbar Khan la entera gestión de todas mis posesiones y asuntos y le he otorgado plenos poderes, a perpetuidad, para juzgar y decidir sobre cualquier cuestión en este sentido. Suscribo la totalidad de cualquier acuerdo que este alcance con el Gobierno inglés».[34]

En un principio, parecía que Akbar Khan necesitaba todavía a un testaferro sadozai para legitimar su autoridad: a pesar del descrédito sufrido por la dinastía tras aliarse con los odiados *kafirs*, tal era el carisma del linaje de Ahmad Shah Durrani que, incluso ahora, Akbar veía necesario mantener a

un sadozai como cabeza del Estado.[35] En julio, sin embargo, ya se había cansado de esa ficción y, cuando a mediados de mes interceptó una carta entre Fatteh Jang y Pollock, no dudó en arrestar y encarcelar, en la parte más alta del Bala Hisar, a todos los *shahzadas* sadozais y al ciego y anciano Shah Zaman. «Akbar consideró que dicha misiva violaba todas las normas del honor y su pacto con el sha», explicó Fayz Mohammad. «Detuvo a Fatteh Jang y le expropió todas las joyas y los bienes más preciados que este había adquirido. No satisfecho con eso, el visir pretendía azotarlo y despojarlo de todas sus posesiones».[36]

Fue en el apogeo de su poder como visir —tras haber transformado el Bala Hisar en su palacio personal— cuando Akbar Khan decidió invitar a cenar a los oficiales británicos capturados en la caída de Gazni, recientemente trasladados a Kabul para unirse a los otros rehenes. Entre ellos se encontraba el capitán John Nicholson, un taciturno joven del Úlster que, con el tiempo, cambiaría el curso de la historia india. Nicholson no se dejaba impresionar con facilidad, pero, aun así, tras el encuentro escribió a su madre una carta en la que le confesaba lo siguiente: «Nunca he estado en compañía de hombres tan caballerosos y bien educados. Resulta sorprendente contemplar lo apuestos que son, como todos los *sardars* afganos, y poseen una gran dignidad […]. Al echar un vistazo en derredor, descubrí a parricidas y regicidas: el asesino de nuestro enviado era, quizá, el menos sanguinario de todos ellos».[37]

El teniente Crawford, compañero de Nicholson, también se sorprendió por los perfectos modales de Akbar Khan. «Nos recibieron muy amablemente», anotó *a posteriori*.

> No podía creer que ese joven decidido, de buen carácter y generoso, que nos hacía preguntas amables sobre nuestra salud y sobre cómo habíamos soportado las fatigas del viaje, fuese el asesino de Macnaghten y el responsable de la masacre de nuestras tropas […]. Ordenó la cena y envió llamar a Troup y Pottinger para que nos acompañaran. Cuando llegaron, todos nos sentamos y disfrutamos de la mejor cena que habíamos tenido en muchos meses. El visir charló y bromeó sobre temas muy variados durante la velada […]. A la mañana siguiente, el desalmado nos envió un excelente desayuno […] y nos pidió que hiciéramos una lista con todo lo que deseáramos, ropa y cosas similares, para poder proporcionárnoslo.[38]

El tratamiento que recibió Mohan Lal Kashmiri, el antiguo *munshi* y jefe de inteligencia de Burnes, fue menos cortés. El nuevo visir había interceptado parte de la correspondencia de Mohan Lal con los británicos, en la que el *munshi* demostraba que había estado reuniendo armas y municiones para Fatteh Jang. A diferencia del trato dispensado a los prisioneros británicos, Mohan Lal fue de inmediato recluido en una celda de aislamiento, donde lo golpearon y torturaron. «Hicieron que me acostara bajo un diván sobre el que había gente saltando, me apalearon y atormentaron sin piedad ni consideración», explicaba el propio Mohan Lal en una carta, escrita a toda prisa y llena de errores gramaticales, que consiguió enviar de manera clandestina a Jalalabad. «Akbar quiere que le entregue treinta mil rupias, y dice que, de lo contrario, me sacará los ojos; me han golpeado con extrema violencia por todo el cuerpo. No puedo prometerle nada sin el consentimiento del gobierno, pero estoy devastado. Mis pies están en carne viva por los bastonazos».[39]

Una semana después, comunicó que su estado había empeorado: «En ocasiones me inmovilizan y colocan una roca pesada sobre mi espalda mientras queman guindilla bajo mi nariz y delante de los ojos. Otras veces me dan tremendas palizas. Sufro todo tipo de torturas imaginables. Quiere las treinta mil, aunque ya ha obtenido doce mil gracias a las inhumanas torturas a las que me somete. Si no obtiene el resto en diez días, dice que me sacará los ojos y que marcará mi cuerpo con un hierro candente». Para concluir, pedía al Gobierno que, si era asesinado, se hiciera cargo de su esposa, sus dos hijos y su anciano padre en Delhi.

Tras unos días más de martirio, Mohan Lal se sumió en la más profunda desesperación y empezó a escribir sobre sí mismo en tercera persona, como si ya no tuviera salvación: «Mohan Lal ha sido golpeado con severidad en tres ocasiones y está sometido a un trato vergonzoso y cruel. Hasta ahora, ya se ha visto obligado a pagar dieciocho mil rupias, y solo Dios sabe qué más le puede ocurrir. Por favor, hagan algo para liberarlo de tales sufrimientos».[40] Pero, sin Burnes para protegerlo, Mohan Lal no tenía amigos en el campamento de Pollock y tampoco recibía ni una sola carta tranquilizadora de sus jefes de Jalalabad. El único hombre que intentó recaudar dinero para rescatarlo fue Shahamat Ali, su antiguo compañero de la Universidad de Delhi, el *munshi* de Wade y espía: desde Indore, intentó conseguir un préstamo de los banqueros hindúes de Kabul para poder pagar su liberación.[41] Al final lo logró, en parte gracias a una carta de protesta, algo tardía, que

Pollock dirigió a Akbar Khan; a pesar de ello, antes de que esto sucediera, Mohan Lal se había visto obligado a convertirse al islam.[42]

Mientras tanto, Akbar Khan se preparaba para defenderse de los británicos en caso de que estos intentaran tomar Kabul: mandó reconstruir las defensas del Bala Hisar, volver a cavar sus fosos e hizo acopio de alimentos y municiones.[43] También envió a sus hombres a fortificar con *sangars* y parapetos los puntos más estrechos de los pasos de Tezin y Khord Kabul. Todas estas medidas se llevaron a cabo justo a tiempo.

El 22 de julio, tras tres meses de espera, Pollock y Nott recibieron las órdenes que tanto ansiaban. Mediante el uso de eufemismos que descargaban toda la responsabilidad en los generales, lord Ellenborough autorizó a ambos «a retirarse vía Kabul» si así lo creían conveniente. También les ordenó «dejar pruebas contundentes del poderío de las fuerzas británicas».[44] Entonces comenzó una carrera entre los dos generales por llegar primeros a Kabul, aunque Nott tenía que recorrer mucha más distancia: casi quinientos kilómetros frente a los ciento sesenta de Pollock.

«Ahora tengo vía libre: la hierba no volverá a crecer por donde pase», escribió Nott, entusiasmado, a sus hijas esa misma noche. «Estoy aquí sentado, escribiendo, con plena confianza en que mis fantásticos regimientos darán su merecido a los afganos».[45]

Solo había un hombre aún más encantado: «Estoy tan emocionado que apenas puedo escribir», dejaba caer el general Sale en una carta que envió al conocer las noticias de la ofensiva.



En medio del «bullicio y la confusión», el general Nott salió de Kandahar por última vez, el 8 de agosto, acompañado de sus seis mil soldados.[46]

Antes de partir, dejó el control de la ciudad en manos del hijo menor de Shah Shuja, el príncipe Safdarjang. El joven y guapo príncipe, según los rumores hijo del sha y de una bailarina de Ludhiana, juró mantener la ciudad bajo gobierno sadozai; no obstante, Nott dudaba que pudiera resistir mucho tiempo y creía que «tras nuestra retirada reinará un gran desorden y habrá un derramamiento de sangre».[47] Sin embargo, el joven príncipe estaba decidido a resistir todo lo que fuera posible. «No debemos pensar en nada que no sea la firme determinación de vengar la muerte del rey», escribió Safdarjang a Nott

poco después de la partida de los británicos. «En estos momentos, me hierve la sangre de tal manera que solo puedo pensar en la mejor forma de consumar esta venganza. Juro por Dios que mientras me quede un hálito de vida mi único objetivo será este: o bien correr la misma suerte que mi padre, o vengar su muerte».

Once días después, Pollock salió de Jalalabad con un ejército un poco mayor que el de Nott, de unos ocho mil soldados, aunque la travesía que debía realizar era bastante más angustiosa que la de su colega: a medida que el Ejército de Castigo avanzaba hacia Kabul, el número de cadáveres que se encontraban por el camino aumentaba y más macabro se volvía su viaje. Primero vieron «sesenta esqueletos esparcidos en la colina» de Gandamak, «donde los oficiales eran claramente reconocibles por el pelo largo que aún conservaban sus cráneos». Cuando el ejército llegó a Jagdalak, «el desfiladero estaba obstruido con cadáveres, y tuvieron que apartarlos para abrirle paso a nuestra artillería», escribió Thomas Seaton. «Fue una escena terrible que nos dejó la desoladora sensación de que jamás podríamos vengarnos como tal desastre merecía […]. A lo largo del camino, en cada barranco y en cada recoveco, encontrábamos los cuerpos de los fugitivos de Kabul, que yacían allí donde habían sido abatidos o donde se habían desplomado a causa de la fatiga o del frío intenso».[48] «De algunos quedaban solo los huesos», señalaba el teniente Greenwood,

> mientras que otros estaban en mejor estado y conservaban sus rasgos a la perfección, aunque habían perdido el color. Las aves rapaces, que volaban sin cesar en círculos sobre mi cabeza y parecían considerarme un intruso en su territorio, les habían sacado los ojos. Al doblar una gran roca donde había cinco o seis cuerpos apilados, un buitre, que había estado dándose un banquete, se alejó a una cierta distancia dando pequeños saltos y agitando levemente sus enormes alas, demasiado perezoso para volar. Aparté la vista de tan repugnante escena, sumido en la tristeza pero con la fuerte determinación de poner todo mi empeño en saldar la deuda de venganza que habíamos contraído con los afganos.[49]

Lo peor estaba por llegar. Encontraron cientos de cadáveres empalados en la barrera de espinas cerca de Jagdalak, desplomados en el mismo lugar donde los habían disparado mientras intentaban abrirse paso entre los pinchos en plena oscuridad. Un poco más adelante, a los pies de los muros bajos del

fuerte de adobe de Jagdalak, descubrieron «varios montones de entre ochenta y cien esqueletos» en el lugar donde la columna, expuesta al fuego de los *yezails* por ambos lados, se había detenido durante un día y dos noches esperando en vano a que Shelton y Elphinstone regresaran de sus negociaciones con Akbar Khan. «Los mataron uno tras otro», escribió Seaton, «y así los hemos encontrado, con carne todavía sobre los huesos y con los rostros todavía identificables para aquellos que los conocían». Cerca de allí, en lo alto del valle, había una pequeña torre circular de vigilancia en la que hallaron los cuerpos de cientos de cipayos y civiles del ejército que habían sido capturados por los afganos, despojados de sus ropas y arrojados a la nieve para dejarlos morir.

> El interior estaba cubierto hasta el techo de esqueletos y cuerpos en descomposición; fuera también había una pila de cadáveres —que llegaba hasta la mitad de la puerta— que se extendía ocho metros desde la pared y cubría los escalones por completo. Era una visión espeluznante. Los pobres fugitivos debieron arrastrarse hasta allí en busca de refugio; quizá, los últimos que llegaron pisaron y asfixiaron a los que los habían precedido, para luego arrojar fuera sus cuerpos antes de sufrir ellos mismos la misma suerte: serían pisoteados, asfixiados y lanzados fuera por los siguientes en llegar.
>
> La guerra implica un mal en esencia atroz: engendra y nutre el espíritu de venganza, despierta en el hombre todas las bajas pasiones que permanecen ocultas en lo más profundo de su ser y lo insta a cometer actos que son más propios del demonio que de una criatura creada a imagen y semejanza de Dios […]. Ahora, los cipayos se vengan de los vivos cada vez que se les presenta la oportunidad y, si esta no se presenta, se ensañan con los muertos.**[50]**

Todas las localidades sospechosas de haberse asociado con Akbar Khan recibieron un correctivo especialmente duro. Por ejemplo, las tropas pensaron que un pueblo encantador, rodeado de huertos y de jardines, era una de las residencias de verano favoritas del visir y, a pesar de que su población se rindió sin oponer resistencia alguna, «destruyeron cada una de sus casas, pelaron o talaron cada árbol, reunieron un botín considerable de bueyes, ovejas y cabras, y, a continuación, el destacamento regresó al campamento». **[51]**

El avance de Nott fue, al principio, más disciplinado y menos violento que el de Pollock. No obstante, tras el asesinato de algunos soldados en una aldea —a pesar de que sus ancianos ghilzais ya hubiesen presentado formalmente su rendición—, se produjo una matanza a gran escala: todos los hombres en edad adulta murieron a golpe de bayoneta, las mujeres fueron violadas y sus bienes saqueados. «Las lágrimas y las súplicas no sirvieron de nada», escribió Neville Chamberlain. «Se apuntaba con los mosquetes, se apretaban los gatillos y el que moría era afortunado. Estos horribles asesinatos (porque así deben ser vistos antes los ojos de Dios) fueron en verdad infames […]. Este es

uno de los valles más hermosos de Afganistán, pero lo dejamos en un estado desolador; los indostanos estaban tan enfurecidos con los afganos que no dejaron nada que pudiera ser destruido en pie: incendiaron todos los fuertes y las aldeas que tenían a su alcance».[52]

El capellán de Nott, el reverendo I. N. Allen, estaba aún más afectado y escribió que rara vez un clérigo había tenido que presenciar escenas de tal naturaleza. «Forzaban todas las puertas y asesinaban a todos los que encontraban a su paso: los perseguían de patio en patio, de torre en torre, y muy pocos lograban escapar […]. En una casa, cuyos habitantes se negaron a abrir cuando se les ordenó, volaron la puerta por los aires con un cañón de seis libras y, una vez dentro, exterminaron a cada uno de sus ocupantes con sus bayonetas».[53] Un soldado que visitó la fortaleza del pueblo al día siguiente aseguró haber visto «alrededor de cien cadáveres, entre ellos unos seis u ocho niños, reducidos a cenizas; los pequeños se habían escondido en montones de paja a los que luego habían prendido fuego. Solo una mujer, que representaba la viva imagen de la desesperación, había sobrevivido: estaba sentada rodeada por su padre, su hermano, su marido y sus hijos: todos ellos muertos. Ella misma había reunido los cadáveres y los había dispuesto en derredor suyo».[54]

A las puertas de Gazni, Nott libró una breve pero feroz batalla contra doce mil durranis que se encontraban bajo el mando del gobernador barakzai de la provincia. Una vez que los defensores se retiraron dentro de las murallas, Nott acampó fuera del alcance de su artillería. A la mañana siguiente, los británicos se encontraron con una ciudad totalmente desierta: los ghilzais «habían perdido su coraje» y, a pesar de contar con los refuerzos que Sultan Jan les había enviado poco antes desde Kabul, habían evacuado el lugar durante la noche. Al amanecer, Nott derribó las puertas de la ciudad y, como manifestaba en su informe oficial: «dirigí la destrucción de la ciudad de Gazni, incluida su ciudadela y todas sus defensas».[55]

No obstante, era necesario cumplir con un último ritual. Tras la lectura del libro de James Mill *History of India* —una famosa obra que dicho autor había pergeñado a pesar de no haber puesto nunca un pie en la India y de desconocer tanto a sus habitantes como su idioma—, Ellenborough tenía en la cabeza la errónea idea de que las puertas de la tumba de Mahmud de Gazni (998-1030) eran, en realidad, las legendarias puertas de madera de sándalo que, supuestamente, el sultán había robado en el saqueo del gran templo hindú de Somnath, en Guyarat. En realidad, dichas puertas formaban parte de la tumba en sí —de estilo selyúcida del siglo XI—, como Rawlinson pudo

confirmar de inmediato gracias a las inscripciones árabes en la madera, grabadas en estrellas de seis puntas de aspecto islámico y rodeadas de arabescos muy elaborados. Pero eso no tenía importancia alguna: Ellenborough quería esas puertas y las tendría.

Ellenborough emitió un comunicado oficial, dirigido a los jefes y príncipes del norte y oeste de la India, en el que explicaba cómo había vengado, por fin, una ofensa que duraba ya ochocientos años y puesto fin a los siglos de subyugación con que los afganos habían sometido al país en época precolonial: gracias a los británicos, las puertas, que antes constituían un símbolo de la humillación hindú, se habían convertido en testimonio de la superioridad militar india sobre las naciones más allá del Indo. Como consecuencia, estas se exhibieron por toda la India, con toda la pompa y la ceremonia debidas y acompañadas por una imponente escolta, en un intento de impresionar al pueblo y de mostrar que el poder y la benevolencia del dominio británico permanecían intactos. Sin embargo, no hubo ninguna reacción por parte los príncipes indios, y menos aún de los hindúes, ya que ninguno de ellos eran conscientes de que les hubieran sustraído ninguna puerta.[56] Como Rawlinson observó mientras supervisaba el traslado de las magníficas tallas de madera selyúcidas: resultaba complicado restablecer las puertas en Somnath cuando nunca habían estado allí; el templo llevaba mil años en ruinas y los hindúes mostraban total indiferencia ante toda esa farsa.[57]

Los afganos tampoco se molestaron demasiado al ver que se llevaban las puertas. Según Rawlinson, el guardián del santuario se limitó a encogerse de hombros y dijo: «¿Qué uso vais a dar a estos viejos tablones?».[58] Mirza ‘Ata fue más cortante aún: «Ellenborough ordenó enviar las puertas a la India, donde podrían servir como publicidad para dar a conocer la reconquista de Jorasán y justificar el coste desorbitado de las operaciones en el país, así como los escasos ingresos generados. Como dice el refrán: ¡El verdadero poder no necesita de vulgar propaganda! Los numerosos cadáveres en descomposición de las tropas inglesas, que todavía bloquean las carreteras y caminos de Jorasán, representan una huella aún más imperecedera de esta intervención».[59]



A lo largo del mes de julio hubo varios intentos de negociar un intercambio de prisioneros. Primero Mackenzie y después Lawrence fueron enviados a Jalalabad para intentar hacer un trato con Pollock, pero, en ambas ocasiones, las conversaciones no llegaron a buen puerto y ambos hombres regresaron con honor a su cautiverio, sin haber incumplido la palabra que le habían dado a Akbar Khan.

El propio Pottinger escribió una carta en la que aconsejaba a Pollock que no llegara a ningún acuerdo sobre la liberación de los oficiales británicos y sus mujeres, puesto que con eso dejaría a un gran número de cipayos sin recursos abandonados a su suerte en Afganistán. «El buen nombre y la reputación de los británicos se verían considerablemente mermados de cara a nuestros súbditos y soldados indios si solo pagáramos para liberar a unos cuantos europeos», escribió,

> mientras que miles de nuestros cipayos y civiles del ejército han quedado reducidos a la condición de esclavos en todo el país. Muchos otros pobres desgraciados, tullidos de manos y pies, mutilados o enfermos, malviven gracias a la limosna. Si estos no son liberados, muchos —si no todos— morirán el próximo invierno; tengo la impresión de que si solo se pagase por nuestro rescate, se produciría un rechazo generalizado contra nuestro Gobierno y se nos acusaría de falta de ecuanimidad.[60]

Además, la situación de los indios atrapados en Afganistán revestía ya cierta urgencia. Un comerciante de esclavos que visitó la fortaleza donde se encontraban los rehenes le dijo a *lady* Sale lo siguiente: «Hay cuatrocientos indostanos atrapados en Kabul a la espera de un salvoconducto a Jalalabad […]. Los hombres se venden a cuarenta y seis rupias y las mujeres a veintidós». Los traficantes de esclavos uzbecos, que dominaban el mercado afgano, eran especialmente temidos por la brutalidad despiadada con la que trataban a sus cautivos. A su paso por Kholm, Josiah Harlan describió el «sistema diabólico» utilizado por los uzbekos, que cosían, literalmente, a sus prisioneros a sus sillas de montar. «Para obligar al prisionero a mantenerse en pie, toman un mechón de crin de caballo y, con una aguja larga y curva, lo pasan alrededor de su clavícula, a pocos centímetros del esternón; luego hacen un lazo con dicha crin, donde enganchan una soga para atarla a sus sillas. El prisionero queda pues condenado a mantenerse cerca del jinete y, al llevar las manos atadas a la espalda, por completo indefenso».[61] Cuando

Akbar advirtió a Pollock de que, si intentaba volver a tomar Kabul, enviaría a todos los prisioneros de guerra británicos de inmediato al norte, para ser pasto de los mercaderes de esclavos de Bujará, los rehenes tuvieron buenas razones para preocuparse.

Cuando Akbar Khan supo que los ejércitos de Pollock y Nott avanzaban hacia la capital desde dos direcciones diferentes, los prisioneros británicos se encontraban alojados en una fortaleza a las afueras de Kabul, donde gozaban de una relativa comodidad. Su principal aliado, Mohammad Shah Khan Ghilzai, le animó a prepararse para una última batalla a vida o muerte contra los *kafirs*. «Quieren la guerra», dijo a su yerno, «pues tendrán una guerra a muerte. Vamos a exterminarlos a todos».**[62]** Ese viernes, el visir se dirigió a caballo a la mezquita Pul-e-Jishti y, desde el púlpito, realizó un llamamiento apasionado para una última y definitiva yihad contra los británicos.

En la noche del 25 de agosto, justo cuando los rehenes se preparaban para acostarse, recibieron la orden de su traslado inmediato hacia el norte, hacia el Hindu Kush. Bajo la luz de la luna, tuvieron que cargar sus escasas posesiones en los ponis y camellos que Akbar Khan les había proporcionado a tal efecto. A las mujeres se les ordenó, por vez primera, que vistieran burkas afganos que las cubrieran por completo. A Mackenzie, que padecía una fiebre muy alta y creía estar al borde de la muerte, lo colocaron en un *kajawah*, o cesta de mimbre, colgada del costado de un camello.**[63]** Emprendieron entonces la marcha y, tras atravesar las afueras de Kabul y pasar por delante de los muros de la tumba de Babur, tomaron la carretera hacia Kohistán. Su primer destino, que pronto descubrirían, sería la fortaleza más septentrional de Akbar Khan, que dominaba el antiguo valle budista de Bamiyán, famoso por sus monumentales Budas.**[64]**

El jefe de la escolta, de cuatrocientos jinetes irregulares, era un oficial de caballería qizilbash llamado Saleh Mohammad Khan, que había estado al servicio de Shah Shuja hasta 1840, cuando Dost Mohammad regresó de Bujará. George Lawrence y Hugh Johnson lo conocían un poco de aquellos tiempos, mientras que Eldred Pottinger descubrió que diez de los guardias eran algunos de los antiguos soldados que lo habían asistido durante el asedio de Herat en 1838. Había incluso dos *yezailchis* de Mackenzie, que habían luchado a su lado durante el asedio del acantonamiento.**[65]** Pottinger, Lawrence, Johnson y Mackenzie se dieron cuenta al instante de la oportunidad que se les presentaba, por lo que empezaron a tantear a sus guardias para comprobar si alguno de ellos era susceptible de aceptar algún tipo de soborno. Al principio todos ellos se negaron; sin embargo, la actitud

de los guardias empezó a cambiar a medida que el grupo se dirigía hacia el norte por la escarpada y abrupta ruta caravanera de las agrestes montañas de Kulu —a través de las fallas elevadas del territorio de los hazaras— y llegaban noticias de las victorias de Pollock y Nott.

Johnson fue el primero en tener cierto éxito en este sentido. «Salih Mohammad es una persona alegre y de buen carácter», escribió en su diario el 25 de agosto,

> y no tiene prejuicios contra nosotros, los *kafirs*. Es un mercenario al que poco le importa quién sea su pagador; ha estado en Bujará y en la toma de Coucem hace unos meses. He estado con él todo el trayecto y me he divertido mucho con las historias de sus viajes. Se considera un grandísimo héroe. Sus hazañas gloriosas no tienen fin, y yo las escucho con entusiasmo por dos razones: primero, porque me entretienen, y segundo, porque le halaga que lo escuchen con atención, y, con ello, espero ganarme su favor.

Unos días más tarde, cuando se quedaron los dos solos, Johnson decidió hacerle una oferta. «Como he llegado a tener bastante confianza con nuestro comandante», escribió, «aproveché que no había ningún tercero que nos escuchara y le susurré al oído que le daríamos una montaña de dinero si, en vez de escoltarnos a Bamiyán, nos llevaba en dirección contraria, hacia donde se encontraba al ejército del general Nott; también ensalcé los placeres del Indostán, de los que él mismo podría disfrutar si quisiera ir allí después de liberarnos. Al principio, pareció bastante sorprendido por la proposición que, al no saber cómo la recibiría, le hice medio en broma medio en serio».[66] Al poco, Saleh Mohammad dejó claro que «quería saber, con mayor exactitud, qué estábamos dispuestos a ofrecer por nuestra liberación», y pidió a los prisioneros que le hicieran una propuesta seria.[67]

Las negociaciones continuaron después de que el grupo llegara a Bamiyán, gracias a una serie de pagarés enviados por el siempre ingenioso Mohan Lal, que organizó todo a través de sus amigos qizilbash de Kabul. Cuando Saleh Mohammad Khan recibió una carta de Akbar Khan en la que este le ordenaba el traslado de los rehenes aún más al norte, a Kholm, Lawrence aumentó su oferta y le ofreció un pago inicial, e inmediato, de veinte mil rupias en efectivo y una renta mensual de mil rupias de por vida. Como aseguraba ‘Ata Mohammad: «El oro es una sustancia maravillosa: su

aspecto alegra la vista y su sonido aleja la tristeza». La nueva oferta convenció al kan, que decidió liberar a los prisioneros.[68]

Con la ayuda de Saleh Mohammad Khan y en función de sus indicaciones, los prisioneros se apoderaron de la fortaleza en la que estaban retenidos y ofrecieron a sus antiguos guardianes cuatro meses de paga extra si les ayudaban a defenderla hasta que fueran rescatados. Cuando Saleh Mohammad entregó a los británicos un gran número de mosquetes para que estos pudieran defenderse, estaban tan sorprendidos de retomar el control sobre sus propios destinos tras tantos meses en cautiverio que, al principio, ninguno se ofreció voluntario para unirse a la guardia; en ese momento, *lady* Sale intervino. «Como pensaba que los hombres se avergonzaban de cumplir con su deber», escribió más tarde, «le dije a Lawrence: “Mejor sería que me lo encargarais a mí y yo dirigiré al grupo”».[69]

Al poco tiempo, bajo la atenta mirada de *lady* Sale, los rehenes ganaron la suficiente confianza como para izar la Union Jack en el mástil. Entonces Pottinger retomó sus actividades como secretario político de Kohistán y convocó a todos los jefes tribales vecinos a su *durbar* para entregarles vestimentas honoríficas. «Nuestro plan sigue en marcha», escribió Johnson en su diario el 14 de septiembre.

> Casi todos los jefes influyentes en varios kilómetros a la redonda han venido a presentar sus respetos […], nos han jurado lealtad y prometido ayuda en todo lo que necesitemos. Todavía no sabemos nada de la situación o localización de nuestras tropas, aunque suponemos que deben encontrarse en algún lugar cerca de Kabul y que ya se han enfrentado a Akbar; en tal caso, no debería pillarnos por sorpresa si un grupo de quinientos o seiscientos jinetes apareciera en cualquier momento por aquí. Nos estamos centrando en reforzar nuestras defensas y en limpiar las aspilleras para dar una cálida acogida a cualquiera que quiera meterse con nosotros.[70]

Una semana más tarde, con *lady* Sale a la cabeza, los antiguos rehenes comenzaron a recaudar impuestos a las caravanas que por allí pasaban.



A primera hora de la mañana del 1 de septiembre, un jinete solitario llegaba hasta un piquete frente al campamento de Pollock en Jagdalak: cuando el centinela le dio el alto, el hombre se presentó como Shah Fatteh Jang.

A finales de agosto, en el Bala Hisar circulaban rumores de que Akbar Khan planeaba asesinar al joven sucesor de la corona sadozai, no sin antes haberlo marcado con hierros candentes. Cuando se corrió la voz, los antiguos servidores de la fortaleza decidieron actuar: abrieron un agujero en el tejado de adobe de la prisión donde estaba detenido el sha y lo ayudaron a escapar a través de un túnel excavado bajo las paredes, que lo llevaba directo a desembocar en el barrio qizilbash de Chindawal. Allí, los caballos lo esperaban ya ensillados. Veinticuatro horas más tarde, este tomaba el desayuno con el general Pollock.[71]

Según la versión de Fayz Mohammad, el joven sha acusó a los británicos de haber traicionado a su padre, Shuja, y les exigió que cumplieran su compromiso con la dinastía. «La campaña de los ingleses para conquistar Afganistán solo buscaba favorecer sus propios intereses», le recriminó Fatteh Jang a Pollock.

> Nunca ayudaron ni dedicaron un solo pensamiento a mi padre asesinado […]. Sin embargo, todavía me siento vinculado al Tratado (Tripartito) firmado entre su Gobierno y mi padre, y he venido para que, de acuerdo al compromiso que adquiristeis con él, me ayudéis a marchar sobre Kabul. De lo contrario, el Gobierno británico no tendrá ninguna obligación conmigo y sus ambiciones y hostilidad serán conocidas por todos. El general Pollock se sintió avergonzado ante las palabras de Shah Fatteh Jang y, por una cuestión de decencia, decidió ayudarlo para limpiar así el mal nombre asociado a los ingleses.[72]

Más allá de si tal conversación tuvo o no lugar, lo cierto es que Pollock dio la bienvenida a Fatteh Jang y que, desde un principio, lo trató con la deferencia y los mismos honores con los que Macnaghten había recibido a Shuja tres años antes, cuando este atravesó el mismo valle para reconquistar su trono. Sin embargo, en privado, Pollock hablaba con desdén sobre el «príncipe desafortunado […], un joven esbelto y bastante apuesto, pero falto de inteligencia y sentido moral: se supone que, cuando el sha estuvo en Kandahar, entre 1839 y 1840, sentía cierta predilección por “entretenerse, en ocasiones, con violaciones homosexuales a otros miembros de la guarnición”».[73] Pollock también escribió que, de manera deliberada, le

ocultó el hecho de que los británicos planeaban retirarse de Kabul tras haber logrado los pocos objetivos que Ellenborough había fijado: derrotar a Akbar Khan, liberar a los rehenes y prisioneros de guerra, recuperar el mayor número de cipayos posible y castigar a las tribus afganas por su supuesta traición.[74]

Una semana después, el 8 de septiembre, el ejército de Pollock salió de Jagdalak rumbo a la entrada del paso de Tezin, listo para la marcha final sobre Kabul. El fuego procedente de las colinas aumentó a medida que avanzaba el día y, a pesar de que Pollock había dispuesto a conciencia patrullas en todos los picos de los alrededores, los invisibles *yezails* acribillaron el campamento al caer la noche. «Por supuesto, nuestras tropas permanecieron en formación y en alerta», escribió el teniente Greenwood en su diario. «El enemigo continuó disparando al campamento desde todas las alturas que no estaban bajo nuestro control y sus balas caían como granizo sobre nuestras tiendas. Las laderas de las colinas se iluminaban por todos lados a causa del fuego constante de sus *yezails* y de los mosquetes de nuestros piquetes».[75] Al amanecer de la mañana siguiente, la unidad de reconocimiento de Pollock informó de que Akbar Khan, apoyado por Mohammad Shah Khan Ghilzai y Aminullah Khan Logari, había abandonado sus posiciones en Khord Kabul y había reunido a sus dieciséis mil soldados en lo alto del paso de Tezin, justo delante de ellos.

Pollock dividió su fuerza en tres columnas: los escoceses de las Highlands, con sus *kilts,* y los *yezailchis* afganos, luciendo sus largas túnicas, ocupaban las laderas a ambos lados del paso, mientras que la artillería y la caballería de la avanzada marchaban con cautela por el valle a las órdenes de Sale. «Avanzamos en columna sin encontrar el menor indicio de oposición», relataba Greenwood. «Tras haber recorrido unos tres kilómetros del desfiladero, de repente, una lluvia de fuego cayó desde las alturas situadas a ambos lados y miles de proyectiles pasaron silbando y rozando nuestras cabezas. El enemigo estaba alineado en las colinas y comenzó un fuego muy intenso».[76] El doctor Brydon, que había retomado sus funciones como cirujano del regimiento, estuvo entre aquellos que salvaron su vida de puro milagro: «Estaba sentado en uno de los postes con los que se transporta un *dhoolie* cuando una bala de un cañón de seis libras destrozó el bambú sin que él sufriera ni el más mínimo rasguño».[77]

A diferencia de la última vez que Brydon había estado en aquel paso —avanzando a trompicones con sus compañeros cegados por la nieve e incapaces de oponer resistencia alguna—, esta vez las tropas de Pollock sí estaban preparadas para el combate. Abbott abrió fuego con sus cañones, al

mismo tiempo que «sir Robert (Sale) ordenó al 13.er (regimiento) asaltar las alturas de su derecha y al 9.º y 31.º, las de su izquierda», continuaba Greenwood.

> Escalamos con gran desorden. La colina era muy alta y escarpada, por lo que el ascenso no fue fácil; no obstante, los tiros del enemigo nos forzaron a avanzar más deprisa y, en poco tiempo, llegamos a la cima y nos abalanzamos sobre ellos. El fuego era impresionante, las balas pasaban silbando en todas direcciones. El enemigo era muy numeroso y parecía dispuesto a luchar hasta el final por el control de las alturas. A pesar de eso, en cuanto nuestros hombres llegaron a la cumbre, calaron sus bayonetas y, con un fuerte «¡hurra!», cargaron contra los afganos […]. Estos entonaban su grito de guerra, «*Allah il Ullah*», y nos injuriaban con apelativos elegantes como «perros», «*kafirs*» y similares, mientras nos aseguraban que nunca llegaríamos a Kabul. Pero los malhablados zapadores del capitán Broadfoot les pagaron con su misma moneda.[78]

Una vez que los afganos perdieron su posición, Sale los presionó a lo largo de toda la cresta, desalojándolos de cada pico. Mientras tanto, en el valle, la caballería cargaba contra la artillería de Akbar, compuesta por los cañones que habían sido capturados al ejército de Elphinstone y que ahora estaban manejados por los cipayos que habían desertado del ejército de la Compañía y se habían unido a Akbar Khan en busca de una oportunidad; pero en cuanto la caballería cerró filas, los desgraciados indostanos fueron «masacrados de inmediato».[79] Los combates se prolongaron durante todo el día y, aunque los afganos resistieron con gran valentía y se negaban a ceder ni un centímetro, fueron expulsados a punta de bayoneta cima a cima. A última hora del medio día, las colinas habían sido tomadas y los hombres de Akbar Khan no tuvieron más remedio que dar media vuelta y huir, mientras que su líder y los jefes ghilzais avanzaban obstinadamente con la retaguardia. La derrota fue de tal calibre que, al día siguiente, los británicos atravesaron los caminos aún más abruptos de Khord Kabul sin tener que disparar ni un solo tiro.

El exhausto ejército de Pollock entró por fin en Kabul la tarde del 15 de septiembre solo para descubrir que casi toda la población, incluido Akbar Khan, había huido de la ciudad. Esa noche se instalaron en el hipódromo construido bajo las órdenes de Macnaghten tres años atrás, y al día siguiente

Shah Fatteh Jang volvió al Bala Hisar, pero esta vez con la Union Jack ondeando sobre el mástil.

Nott y su ejército de Kandahar llegaron dos días después, y el 21 de septiembre recibieron la noticia de que los ciento veinte prisioneros de guerra también se dirigían hacia la capital.[at4] Pollock envió a uno de sus jóvenes oficiales, sir Richmond Shakespear, a su encuentro, acompañado por una fuerza de setecientos jinetes qizilbash. Este ignoraba que los rehenes ya habían sido liberados, por lo que, para su sorpresa, se encontró con un grupo —que marchaba confiado a su encuentro— protegido por una escolta formada por sus antiguos captores. No se escuchó ni una sola voz disonante: todos aplaudían al grito de «¡estamos salvados!». «El general Shelton, que era el militar de más alto grado de entre los presentes», escribió *lady* Sale, «se sintió muy ofendido por el hecho de que sir Richmond no lo hubiera llamado primero ni hubiera anunciado su llegada de la forma debida, con los honores propios de su rango».[80] Mackenzie se encontraba tan enfermo y confuso por la fiebre que no pudo levantarse del suelo y simplemente lanzó un simple «¡ah!» al saber que acababa de ser rescatado: «Cuando vio a sir Richmond intercambiar turbantes con Saleh Mohammad, el único pensamiento que se le pasó por la cabeza fue "si Shakespear se habría infestado de piojos en el proceso"».[81]

El día de antes de su llegada a Kabul, los rehenes recibieron la visita del general Sale, que se había dirigido hacia el norte para ir a su encuentro. «Es imposible expresar lo que sentimos al ver a Sale acercarse», escribió *lady* Sale, que llevaba casi un año sin ver a su marido. «Para mi hija y para mí este ansiado momento se había demorado tanto que parecía casi irreal, por lo que fue incluso doloroso y estuvo acompañado por una sensación de asfixia que ni las lágrimas pudieron aliviar».[82] El todavía febril Mackenzie se acercó como pudo y le dijo: «¡General, le felicito!». Entonces, el valiente anciano se volvió hacia él e intentó responder, pero sus sentimientos eran demasiado fuertes: hizo unos gestos espantosos con su cara, clavó sus espuelas en el caballo y se fue galopando tan rápido como pudo.[83]



Cuando los prisioneros de guerra llegaron por fin a Kabul, fueron recibidos con una salva de veintiún cañonazos y por la infantería, alineada a la entrada

del campamento para vitorearlos a su paso. «Tenían un aspecto magnífico», escribió el alférez Greville Stapylton, «todos vestidos de afganos, con barbas largas y bigotes. Era difícil reconocer a nuestros amigos».[84]

El Ejército de Castigo permaneció en Kabul solo dos semanas. Durante los primeros días, las tropas se divertían comiendo uvas frescas y manzanas de los viñedos y huertos de Kabul y visitando los lugares de interés de la ciudad. Muchos buscaron los sitios donde habían tenido lugar las atrocidades del invierno anterior y, aquellos que conocían Kabul de la época de la ocupación, quedaron especialmente conmocionados. «La ciudad ha sufrido cambios terribles y de gran magnitud en mi ausencia», escribió el artista James Rattray. «Había casas arrasadas y paredes ennegrecidas por todos lados. Nadie salió a nuestro encuentro. La ciudad estaba desierta y sus viviendas permanecían a oscuras y vacías. Recorrimos sus calles sin encontrar ni un alma, sin oír un solo ruido salvo el aullido de un perro callejero —que quizá había probado la sangre inglesa—, nuestras propias voces amortiguadas y el eco de los cascos de nuestros caballos, que resonaban en las largas y lúgubres avenidas de los bazares cerrados».[85] La última vez que Neville Chamberlain estuvo en la casa de Alexander Burnes fue durante su fiesta de Navidad de 1839, cuando Burnes apareció vestido con el traje típico de las Highlands y bailó el *reel* encima de la mesa con su *kilt*. Ahora, esa misma casa había quedado reducida a cenizas y los saqueadores habían excavado sus carbonizados cimientos en busca de tesoros. «La casa de sir Alexander, donde pasé grandes momentos, era un montón de escombros», escribió Chamberlain en su diario. «A pesar de todo el dinero invertido en construir los acantonamientos, estos estaban destrozados: no quedaba ni un solo edificio en pie, ni un barracón, ni un árbol».[86]

Hugh Johnson estaba más sorprendido aún: «Al girar la esquina de la calle donde solía vivir no pude evitar mirar las ruinas de la casa en la que había pasado dos felices años de mi vida», escribió en su diario al poco de volver a Kabul. «Aunque me esperaba lo peor, no estaba preparado para la desoladora escena que me encontré. No quedó en pie ni un mísero ladrillo, ni de mi casa, ni de la de sir Alexander Burnes, que estaba justo al lado. Solo había un montón de tierra que cubría los restos en descomposición de nuestros desafortunados compañeros. Me indicaron el lugar exacto del jardín de sir Alexander donde su cuerpo había sido enterrado. ¡Qué descanse en paz!».[87]

Pero la visión de los mutilados y maltratados cipayos que de alguna manera habían logrado sobrevivir al invierno mendigando por las calles de Kabul fue todavía más desgarradora. Los oficiales más comprometidos

centraron todos sus esfuerzos en reunir lo que quedaba de sus regimientos: el que tuvo más éxito en esta empresa fue el teniente John Haughton, que había escapado de Charikar con Eldred Pottinger y que consiguió encontrar —incluso en muchos casos, liberar de la esclavitud— a no menos de ciento sesenta y cinco de sus gurkas, tras recorrer los campos, las calles y los mercados de esclavos de Kabul. Fueron rescatados unos dos mil hombres en total, entre cipayos y civiles del ejército; dos oficiales recibieron el encargo de asegurar su bienestar y de darles acceso a los tratamientos médicos necesarios, que en muchos casos incluían amputaciones.[88]

También se empezaron a enviar equipos de trabajo a cavar tumbas para los miles de cadáveres británicos e indios esparcidos por la ciudad, «una situación que clamaba venganza», como expresaba Mohan Lal.[89] Pronto los soldados empezaron a presionar a Pollock para que organizase alguna acción pública para castigar a las gentes de Kabul. Y Pollock no se hizo de rogar.



Tras ser derrotado, Akbar Khan huyó hacia el norte, a Kholm, fuera del alcance británico. Sin embargo, Naib Aminullah Khan Logari, los hombres de su tribu y los *ghazis* de Parwan decidieron atrincherarse en la localidad de recreo de Istalif, a solo unos cincuenta y cinco kilómetros al norte de Kabul.

Istalif siempre tuvo la fama de ser uno de los lugares más hermosos de Afganistán: el emperador Babur se enamoró de la ciudad en el siglo XVI, donde solía celebrar fiestas con delicioso vino en la rosaleda de su residencia de verano; y, trescientos años más tarde, Burnes volvió allí para relajarse y alejarse de las intrigas diplomáticas de Kabul, entre los plátanos y nogales, los arroyos de montaña llenos de peces y «los exuberantes huertos y viñedos». Fue aquí donde Pollock decidió concentrar su venganza.

A medida que salían de Kabul y atravesaban los viñedos de la llanura de Shomali, los soldados de Pollock también quedaron cautivados por «los arroyos de agua cristalina y los verdes campos» alrededor de la colina que habían maravillado a tantos otros viajeros antes que ellos. Pero esto no les impidió devastar el lugar: la ciudad fue rodeada, atacada y sistemáticamente saqueada. Cuando encontraron a quinientos cipayos encadenados, en lamentables condiciones, en los sótanos de las casas, fueron reuniendo en montones a los heridos afganos y «los cipayos prendieron fuego a sus ropas

de algodón»: los quemaron vivos. Los soldados se jugaron a los dados a las mujeres de Istalif.[90]

La caballería de Neville Chamberlain formaba parte de la retaguardia. Este escribió que, cuando llegó a Istalif, la escena era «indescriptible […]. Tiendas, equipajes y todo tipo de objetos esparcidos por las calles junto a los cuerpos de los pobres infelices que no pudieron escapar a tiempo o que fueron demasiado valientes como para dejar a sus esposas e hijos atrás sin primero sacrificar sus propias vidas intentando defenderlos». Continuó:

> Supongo que no necesito decirte que no se salvó ningún varón mayor de catorce años […]. Muchos fueron asesinados delante de mí; a veces no morían con el primer disparo y necesitaban de un segundo […]. Algunos de los hombres (verdaderos animales con aspecto humano) querían descargar su ira contra las mujeres […]. La mayor parte de las mercancías de Kabul y de los harenes de los principales jefes tribales había sido trasladados a Istalif al oír la noticia de nuestro avance sobre la capital, puesto que los afganos siempre la había considerado inexpugnable […]. Los actos de pillaje fueron terribles. Todas las casas se llenaron de soldados, europeos e indígenas, y fueron destrozadas. Muebles, ropa y todo tipo de mercancías fueron arrojados a la calle por las ventanas […]. Algunos tomaron armas, otros joyas o libros […]. Cuando los soldados terminaron, fue el turno de los civiles del ejército, que continuaron con el espolio […]. Durante todo el día, los zapadores se dedicaron a quemar la ciudad y los soldados y civiles se llevaron todo lo que encontraron de valor.

La suerte que corrieron las mujeres y los niños inocentes de Istalif le impresionó sobremanera:

> Mientras tomábamos la ciudad, vimos llorar desconsoladamente a un pobre niño regordete al borde de la carretera: el pobrecito había sido abandonado por sus padres o se había quedado atrás con las prisas y la confusión […]. Me quedé especialmente conmocionado al ver a una pobre mujer muerta con una niña de unos tres o cuatro meses a su lado que tenía sus dos pequeños muslos destrozados por balas de mosquete. La pequeña fue llevada al campamento, pero la muerte pronto puso fin a sus sufrimientos. Más tarde me encontré con otra mujer que agonizaba por una herida y había pasado toda la noche a la intemperie; tenía a un niño en sus brazos y su afecto hacia él parecía ser solo

> superado por su sufrimiento […]. Esparcidos por las calles yacían los cuerpos de ancianos y jóvenes, ricos y pobres […]. Cuando regresaba al campamento, triste y desanimado, vi a una pobre y demacrada anciana, que había dejado su escondite, al pensar que ya nos habíamos ido, para arrastrarse hacia un arroyo y saciar su sed […]. Le llené la vasija, pero lo único que me espetó fue: «¡Maldigo a los *firangis*!». Volví a casa enfadado conmigo mismo, con el mundo y, sobre todo, con mi cruel profesión. De hecho, no somos más que asesinos con licencia.[91]

De Istalif, el Ejército de Castigo descendió la montaña y saqueó y quemó Charikar, la capital provincial donde casi un año antes Pottinger, Haughton y sus gurkas habían sido sitiados. Como Sultan Mohammad Khan Durrani relataba en el *Tarikh-i-Sultani* [Crónica de los Sultanes]: «incendiaron el distrito entero».[92] Los hombres de Pottinger volvieron a Kabul cargados con un suculento botín.

Allí descubrieron que sus compañeros habían trabajado duro en su ausencia: los zapadores de Broadfoot habían colocado explosivos en las albanegas del gran bazar cubierto de Char Chatta, construido, en principio, durante el reinado de Shah Jahan y considerado no solo una de las maravillas de la arquitectura mogola, sino uno de los edificios más grandes de toda Asia Central. Pollock decidió destruir esta espléndida estructura —de bóvedas de madera pintada y refinados azulejos, y que algunos consideraban el edificio más hermoso de Afganistán— porque el cuerpo de Macnaghten había sido exhibido allí, colgado de un gancho de carnicero, para mayor escarnio público. Para Mirza ‘Ata, esta destrucción no era sino otra de las muchas pruebas de la falsedad y la debilidad británicas: «Tras la toma de Kabul, los ingleses demolieron con sus cañones todos los grandes edificios de la ciudad, incluido el hermoso mercado de los cuatro tejados, en venganza por la muerte de Macnaghten. Como reza el refrán: “Cuando no eres lo bastante fuerte como para castigar al camello, ¡ve y golpea la cesta que lleva el asno!”».[93] Esta fue una de las muchas ironías de la guerra: si bien el interés británico por promover el comercio entre la India y Afganistán había sido una de las motivaciones originales de la primera expedición de Burnes más allá del Indo, el acto final de esta saga catastrófica consistió en la demolición, como acto de venganza, del principal centro comercial de la región.[94] El tan cacareado proyecto británico para la navegabilidad del Indo, por supuesto, quedó en agua de borrajas, y ahora, antes de que los británicos se retiraran más allá del

Sutlej, el mercado más grande de Asia Central había sido reducido a escombros.

La destrucción del gran bazar desencadenó en Kabul una ola de violaciones, pillajes y asesinatos similar a la que había devastado Istalif. «Soldados y civiles procedentes de ambas guarniciones (Jalalabad y Kandahar) saquearon la ciudad», escribió Chamberlain a su regreso, el 7 de octubre. «Las nubes de humo negro que se veían por doquier anunciaban el incendio de las casas de algunos de los jefes […]. Gran parte de la ciudad también estaba en llamas».[95] Sin embargo, no había nada de accidental en estos acontecimientos. «Pasados quince días desde nuestra llegada a Kabul», anotó el teniente Greenwood en su diario:

> Una noche recibimos la orden de prepararnos para marchar sobre la ciudad a la mañana siguiente. No se nos comunicó el objetivo de la operación, pero nos hicimos una idea bastante aproximada de lo que podía ser y no nos equivocábamos: volamos por los aires los principales *chowks* y bazares de la capital y prendimos fuego a muchos de sus lugares más emblemáticos. Destripamos las casas en un abrir y cerrar de ojos, y las telas, muselinas, capas de piel, mantas y prendas de vestir de todo tipo que encontramos fueron destruidas […]. Algunos de los hombres hallaron unas latas de conserva inglesas de urogallo y otros tipos de carne y, como es de imaginar, se dieron un buen festín […].

La devastación continuó hasta el anochecer, cuando el agotamiento comenzó a hacerse notar.

> Muchos de nuestros hombres parecían deshollinadores a causa del fuego y del humo generado. En los días posteriores se enviaron más hombres a la ciudad: Kabul, a excepción del Bala Hisar y del barrio qizilbash, fue destruida por completo y quemada hasta los cimientos […]. Las casas estaban construidas con madera seca y ligera y, una vez que prendían, era imposible detener el fuego. La conflagración continuó durante toda nuestra estancia allí […]. Una gran mezquita, erigida por los afganos para conmemorar su victoria contra el ejército de Elphinstone y denominada la Mezquita de los *Firangis*, también fue dinamitada y destruida.[96]

Lo que el desenfadado relato de Greenwood no menciona es que, además de arrasar las tiendas y casas vacías de sus supuestos enemigos, las intrusas tropas británicas también cometieron lo que hoy consideraríamos crímenes de guerra contra sus aliados hindúes y qizilbash. De hecho, tal y como una comisión británica de investigación admitió *a posteriori*, la pacífica comunidad de comerciantes hindúes de Kabul, que durante siglos había sobrevivido a las detenciones arbitrarias y las torturas de toda una miríada de gobernantes afganos empeñados en extorsionar su dinero, fue aniquilada en cuarenta y ocho horas, como consecuencia del expolio de los británicos. «Por desgracia, en Kabul se cometieron actos terribles», admitió más tarde Augustus Abbott a Ellenborough.

> Los afganos abandonaron la ciudad antes de que llegáramos; solo quedaban en ella hindúes y persas. Los primeros, al haber alimentado y proporcionado refugio a cientos de nuestros desafortunados soldados tras la destrucción del Ejército de Kabul, esperaban, a cambio, nuestra protección; por tanto, el barrio hindú, aunque muy expuesto, permaneció completamente ocupado por todos sus habitantes, con sus familias y posesiones. Los persas (es decir, los qizilbash) habían ayudado a la liberación de nuestros oficiales y soldados cautivos y eran considerados amigos. Además, su barrio —el Chindawal— estaba demasiado protegido como para que una masa incontrolada intentara desafiar órdenes. Sin embargo, el 9 de octubre de 1842, cuando los ingenieros destruyeron el mercado, en el campamento se extendió la idea de que Kabul había de ser saqueada. Cipayos, muchos soldados europeos y miles de civiles del séquito se aglomeraron y entraron sin gran dificultad en el centro de la ciudad, amurallada de manera muy poco efectiva. El contingente de cobertura de los zapadores se congregaba en una o dos entradas y cerca del mercado, ignorantes de los abusos cometidos en el barrio hindú, donde las tropas forzaron las puertas de las casas, perpetraron violaciones, robaron todos los bienes que encontraron y dispararon a sus propietarios como si fueran perros […].[97]

Henry Rawlinson, el hombre que, tras descubrir a Vitkevitch en la frontera afgana en 1837, había propiciado el inicio de los acontecimientos que, más adelante, desencadenarían la guerra, y que, hasta ese momento, había logrado mantener su fe en la benevolencia del sistema de gobierno británico, estaba especialmente disgustado por el desagradable espectáculo de

los últimos días de la ocupación británica de Kabul. «Multitud de personas habían regresado a Kabul porque confiaban en nuestras promesas de protección», escribió esa noche en su diario.

> Muchos de ellos habían reabierto sus tiendas y ahora están en la ruina. Sus bienes han sido saqueados y sus casas quemadas delante de sus propios ojos. Los hindúes, más o menos unas quinientas familias, han perdido todo lo que poseían y tendrán que volver a la India como mendigos, a la retaguardia de nuestras columnas. El barrio de Chindawal se ha librado por muy poco: nuestras partidas de saqueadores habrían forzado la entrada de no haber sido por el Gholam Khana (la guardia de élite qizilbash), que se levantó en armas y mostró la férrea determinación de defender sus bienes hasta el final.[98]

Nott se encontraba igual de desilusionado. «No tengo ni la más remota idea de por qué seguimos aquí», escribió el 9 de octubre, «a no ser que sea para convertirnos en el hazmerreír de los afganos y del mundo entero, soy incapaz de entenderlo».[99]



El día 10, los británicos se despertaron con las colinas de los alrededores de Kabul cubiertas por las primeras nieves del invierno. Para evitar verse sorprendidos por el tipo de ventiscas que habían contribuido a la estrepitosa derrota del ejército de Elphinstone, y tras haber quemado casi toda la ciudad, Pollock emitió una nueva orden esa misma mañana: los británicos se retirarían de Kabul en dos días.

El hecho de que los ingleses estuvieran a punto de abandonar Afganistán se había mantenido en estricto secreto; es más, gran parte de los nobles de Kabul se habían presentado en el campamento británico al suponer que la ocupación iba a continuar como antes. Mohan Lal, que en muchos casos había actuado de intermediario entre las dos partes, estaba especialmente consternado por lo que consideraba una traición absoluta. «No pude mirarlos a la cara en el momento de nuestra partida», escribió más tarde. «Todos vinieron con lágrimas en los ojos y nos acusaron de “haber engañado y castigado a nuestros amigos, de haberlos enfrentado a sus compatriotas, y de

enviarlos ahora a la boca del lobo”». Mohan Lal era consciente, al igual que todos los demás, de que Akbar regresaría a Kabul tan pronto como los británicos se retiraran y de que «torturaría, encarcelaría, extorsionaría y deshonraría a todos los que se habían puesto de nuestro lado».[100] El sha Fatteh Jang pensaba lo mismo: al día siguiente del anuncio de Pollock, abdicó el trono y anunció que él y su tío, el ciego Shah Zaman, volverían a la India. Su hermano menor, e hijo predilecto de Shuja, Shahpur, se ofreció a ocupar su lugar, pero pocos pensaban que su gobierno pudiera durar más de unas pocas semanas.

En un esfuerzo por dar al gobierno de Shahpur una oportunidad, el 11 de octubre Pollock convocó en el Bala Hisar a la nobleza que quedaba en Kabul para obligarles a que juraran fidelidad al nuevo régimen. Se redactó un documento, a toda prisa, por el que se prometía lealtad que, uno por uno, firmaron y ratificaron con las manos sobre el Corán: «En este momento tan dichoso, cuando el sultán hijo del sultán, Shahpur Shah, se convierte en nuestro soberano, juramos y certificamos antes Dios y su Profeta y todos los profetas […] que no aceptaremos como sha a nadie que no sea este ilustre gobernante; no desfalleceremos al servirle en cuerpo y alma y todas sus órdenes habrán de ser ejecutadas por nosotros, por el país, por el ejército y por el pueblo».[101] Pollock se negó, sin embargo, a suministrar armas o municiones a los nobles allí reunidos, a pesar de las súplicas de estos, con lo que sus promesas se convertían en compromisos de imposible cumplimiento.[102] La rápida retirada del ejército no solo condenó a la nobleza probritánica, también dejó atrás a muchos de los cipayos de la Compañía, aún cautivos. «Deberíamos haber permanecido más tiempo en Kabul para poder recuperar a un número mayor de nuestros hombres», escribió un disgustado Colin Mackenzie. «Cientos de ellos siguen esclavizados».[103] Años más tarde, él mismo conoció a un cipayo que había logrado escapar de su cautiverio y regresar a la India y que le confirmó algo que ya sospechaba: «las montañas estaban repletas de nuestros prisioneros, muchos de los cuales fueron más tarde enviados a Balj como esclavos; también había ingleses entre ellos. Si nuestras tropas hubiesen permanecido allí tan solo unos días más, podríamos haberlos traído de vuelta».[104]

Al amanecer del 12 de octubre de 1842, los británicos arriaron la Unión Jack del Bala Hisar y, en palabras del reverendo I. N. Allen: «Dimos la espalda a un lugar marcado por la humillación pasada y por el abuso presente: una escena triste y vergonzosa».[105] Atrás dejaron, según Neville Chamberlain, «un cielo enrojecido por las llamas» y los últimos barrios de

Kabul que todavía se mantenían en pie —único vestigio de la ciudad de los jardines que, en su momento, Burnes considerara la más bella de toda la región— a punto de convertirse en escombros humeantes. «La devastación y la venganza habían desarraigado a familias enteras», escribió Munshi Abdul Karim. «Muy pocos ciudadanos ilustres habían permanecido en la capital, los bazares fueron destruidos y los espacios abiertos se llenaron de suciedad y de montones de cadáveres apilados, que desprendían un hedor insalubre. Lo que antaño fueron hermosos jardines, constituían ahora el refugio de aves carroñeras y búhos, y a los miserables mendigos no les quedaba más remedio que rebuscar entre los escombros».**[106]**

A pesar de que muchos de los soldados estaban contentos por regresar a casa, a sus acantonamientos indios, la procesión que abandonaba la ciudad conformaba, no obstante, un espectáculo desolador, en el que no solo los británicos, sino una gran variedad de grupos cuyas vidas habían sido truncadas por la aventura fallida de Auckland marchaban penosamente: la nobleza afgana que se había aliado con los invasores —en particular, los anglófilos qizilbash—, ahora no tenía más remedio que preparar a toda prisa su equipaje y seguir a sus aliados; las largas filas de cipayos mutilados y lisiados —que habían sido abandonados a su suerte por los oficiales de Elphinstone en la retirada de 1842—, muchos de ellos, con muñones gangrenados, debían ser transportados a casa en *dhoolies* oscilantes y *kajawahs*; las quinientas familias hindúes arruinadas y desamparadas tras el saqueo y la destrucción de su barrio en Kabul; y, al final de la columna, los supervivientes de la dinastía Sadozai y los harenes de los shas Shuja, Zaman y Fatteh Jang, cuyas esperanzas de recuperar su reino habían sido frustradas por la incompetencia e impopularidad de la ocupación británica, y que, una vez más, habrían de enfrentarse a un futuro incierto en tierras extranjeras. Como concluyó Mohammad Husain Herati en su epílogo al *Waqi'at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja]: «Los ingleses lograron así la destrucción de la casa real afgana de los sadozais».**[107]**

Es más, mientras Pollock marchaba a la cabeza de sus exhaustas tropas por la «Vía Dolorosa» de Khord Kabul, cubierta de esqueletos, y se abría camino entre los tristes vestigios del ejército de Elphinstone —«guantes y calcetines, peines de cipayos y vajillas rotas que servían para recordarnos la miseria y la humillación de nuestras tropas», con las ruedas de la artillería montada aplastando los cráneos de los caídos—, llegaron noticias de que Ellenborough había perpetrado una última traición a la dinastía en cuyo nombre habían invadido Afganistán.**[108]** Dos semanas antes, el 1 de octubre,

el gobernador general había emitido en Simla una proclamación formal por la que el Gobierno británico se distanciaba de los sadozais y en la cual alegaba, en función de argumentos espurios, que las acciones de Shah Shuja habían «puesto en duda su fidelidad hacia el gobierno que lo había restaurado». Este argumento era del todo falso: a pesar de sus muchos defectos, Shuja mostró una sorprendente lealtad hacia los británicos, incluso después de que estos rompieran de forma unilateral su acuerdo y lo abandonaran a su suerte en diciembre de 1841. A partir de ahora, continuaba Ellenborough, «el gobernador general dejará que sean los propios afganos los que, en medio de la anarquía que ha resultado de sus crímenes, formen un gobierno». La proclama concluía con una rúbrica orwelliana muy pertinente: «Imponer a un soberano sobre un pueblo reticente sería una inconsciencia política que contradice todos los principios del Gobierno británico. El gobernador general reconocerá de buen grado cualquier régimen sancionado por los propios afganos que sea capaz y esté dispuesto a mantener relaciones de amistad con los estados vecinos».[109]

En realidad, sin embargo, el mismo Ellenborough pensaba que solo había un hombre capaz de restablecer el orden en Afganistán: al mismo tiempo que se hacía pública dicha proclamación en Simla, el emir Dost Mohammad fue discretamente liberado de su arresto domiciliario en Mussoorie. «Antes de partir hacia Firozpur, el emir celebró un banquete al que todos fueron invitados», escribió Mirza ‘Ata.

> Allí tuvo una audiencia con el gobernador general, se despidió y emprendió la marcha acompañado de una escolta oficial de quinientos soldados de infantería y caballería, así como de elefantes, camellos y carros de bueyes para transportar su equipaje. Haidar Khan, hijo del emir (que había sido capturado durante la toma de Gazni), y Haji Khan Kakar (que había demorado al grupo de búsqueda dirigido por Outram con el fin de darle así tiempo suficiente al emir para escapar a Bujará) fueron enviados a Ludhiana para unirse al séquito del emir. Después de dos meses, Dost Mohammad y su convoy pusieron rumbo a Afganistán; lord Ellenborough le obsequió con una suntuosa vestimenta honorífica y mantuvo una larga conversación privada con él, en la que le instó a que nunca desafiara o se enfrentara al gobierno inglés y a que mantuviera relaciones pacíficas con los sijs en prevención de nuevas hostilidades; también le aconsejó que contuviera a su hijo, Akbar Khan. Luego se despidieron y el gobernador general ordenó que, hasta que

> entrara en el Jáiber, el emir debía recibir su asignación diaria correspondiente.[110]



La segunda retirada de Kabul comenzó de manera bastante pacífica.

Las largas filas de soldados, refugiados y civiles del séquito del ejército atravesaron Khord Kabul y Tezin sin apenas disparar un tiro. Solo al acercarse al territorio de los ghilzais orientales, justo antes de llegar a Jagdalak, comenzó el tiroteo.

Neville Chamberlain estaba encargado de la retaguardia del contingente:

> Caminaba junto a mi ordenanza al final de la columna, fusil en mano y disparando contra esos canallas, cuando el caballo de mi compañero, desde donde había estado abriendo fuego, se derrumbó a causa de varios impactos en el cuello. A los pocos pasos yo mismo fui herido. Me di la vuelta y caí al suelo, pero pronto me levanté, trémulo de dolor, puesto que no quería darles a los afganos la satisfacción de pensar que me habían alcanzado. Al tocarme la espalda pensé que todo había terminado, pero, al llegar al campamento, nos dimos cuenta de que la herida era muy superficial y la bala cayó al suelo en cuanto el médico la rozó.[111]

Otros tuvieron peor suerte. Chamberlain dejó constancia de que, al igual que en la primera retirada, los civiles del ejército y los refugiados comenzaron a desplomarse en las cunetas de la carretera. Allí fueron abandonados «para ser asesinados por los ghilzais, ya que no contábamos con los medios necesarios para transportarlos. Yo mismo puse a su disposición mi propio caballo, y ordené a mis hombres que desmontaran para poder llevar a estas pobres criaturas; pero estaban tan débiles que eran incapaces de montar a caballo o siquiera de mantenerse erguidos sobre el animal, por lo que me vi obligado a dejarlos a merced de los cuchillos de esos despiadados criminales, que se regocijaban al rebanar las gargantas de pobres y frágiles seres indefensos. A cada paso que dábamos nos encontrábamos con los cuerpos que las columnas que nos precedían habían abandonado a su suerte».[112]

En Jalalabad, Chamberlain llegó a tiempo para ver cómo los ingenieros de Broadfoot volaban por los aires los muros de la fortaleza que habían reconstruido en dos ocasiones y defendido con tanto éxito. Se colocaron cargas potentes bajo cada bastión y algunas más pequeñas en las cortinas.[113] El 27 de octubre, en cuanto Pollock salió de la ciudad, se produjo una colosal explosión que dejó a Jalalabad reducida, como Kabul, a un amasijo de escombros humeantes.[114]

Fue en la siguiente etapa de la retirada, durante el descenso del Jáiber, cuando los británicos encontraron la resistencia más tenaz: los afridis, como de costumbre, salieron en masa de sus aldeas de montaña para tirotear, destripar y saquear a las columnas que pasaban; los británicos responderían, una vez más, con sangrientas represalias. «No les dimos tregua en ningún momento», escribió, a toda prisa, Chamberlain la noche del día 29. «Matamos a entre ciento cincuenta y doscientos hombres […]. Todos los pueblos saqueados y las pacas de cereal quemadas». El 1 de noviembre, en la cima del paso, John Nicholson se reunió unos instantes con su hermano menor, Alexander, justo antes de recibir la orden de unirse a Chamberlain en la retaguardia.

Al día siguiente, Chamberlain, John Nicholson y el capellán Allen recorrieron el tortuoso sendero que descendía desde Ali Masjid. Al llegar a una curva cerrada, los tres hombres se toparon con los cuerpos inertes de sus compañeros, de los que se habían separado la tarde anterior, esparcidos por el camino. Todo el grupo había caído en una emboscada de los afridi y ahora sus restos «yacían por todos lados, desnudos y mutilados, algunos ya devorados en parte por los perros y las aves carroñeras. También había dos mujeres nativas, una de ellas joven y hermosa».[115] Entre los muertos se encontraba el hermano menor de Nicholson: su cuerpo estaba completamente desnudo y hecho pedazos y, conforme a las costumbres afridis, le habían cortado los genitales y se los habían metido en la boca.[116] Tal episodio despertó en Nicholson un odio visceral, rayano en la psicopatía, hacia todos los musulmanes y un ansia por aniquilarlos que fue capaz de saciar a lo largo de los años siguientes, sobre todo durante la Rebelión de los Cipayos de 1857.[117]

A la mañana siguiente, la última de los británicos en territorio afgano, fue Chamberlain quien sufrió una emboscada. Se encontraba de nuevo en la retaguardia cuando, al descender el tramo final de la carretera hacia el fuerte de Jamrud, su grupo se vio atrapado en una lluvia de balas de los *yezailchis* escondidos en lo alto de los barrancos que se alzaban sobre sus cabezas. «Me encontraba algo adelantado respecto al resto del cuerpo», escribió,

> y las balas pasaban muy cerca. Me di la vuelta y le dije a un oficial: «Esos tipos no disparan nada mal». Para mi desgracia, no me equivocaba y, al momento, fui yo el herido. El impacto fue tan fuerte que mi compañero respondió: «Te han dado, viejo amigo», aunque, por razones obvias, yo ya me había percatado. El regimiento se lanzó al galope para librarse del fuego enemigo. Me vi obligado a desmontar —o, mejor dicho, casi me caí del caballo— y, arrastrándome con la ayuda de mi mozo de cuadra y un cipayo, me tendí tras una roca para refugiarme del fuego; al cabo de un tiempo me trajeron un *dhoolie* en el que me llevaron al campamento de Jamrud.[118]

Chamberlain recibió uno de los últimos disparos de la guerra. Jamrud marcó una barrera invisible a partir de la cual la violenta ofensiva de los afganos cesó por completo. Por la tarde, el reverendo I. N. Allen llegó a un mundo completamente diferente, las afueras de Peshawar: «Había hombres sentados junto al camino vendiendo cereales y dulces», escribió asombrado. «Este tipo de escenas nos resultaron insólitas, puesto que, durante meses, no habíamos visto a ningún ser humano de otra manera que no fuera como un enemigo».[119]

A continuación, pasaron cinco semanas de larga marcha a través del Punyab hasta alcanzar los confines de los territorios de la Compañía en el Sutlej, cerca de Firozpur. Chamberlain fue todo el trayecto en una litera: «Estaba demasiado enfermo como para divertirme o disfrutar del paisaje […]. Cientos de hombres murieron durante el viaje de agotamiento o por las heridas, por lo que, en cierto modo, puedo considerarme un afortunado. Aunque espero no volver a tener que vivir jamás semejantes sufrimientos».[120]

Las primeras tropas llegaron a Firozpur poco antes del día de Navidad, el 23 de diciembre. Mientras los soldados cruzaban el puente construido con embarcaciones, lord Ellenborough esperaba en la otra orilla del río para recibirlos con una banda militar que interpretaba *See the Conquering Hero Comes*. Julia Margaret Cameron —cuñada de Colin Mackenzie y fotógrafa pionera— describió a Ellenborough de una manera memorable: «era un hombre caprichoso e incontrolable en todos los asuntos de negocios […] (pero) apasionado y entusiasta en las cuestiones militares, que parecían ser lo único que era de su interés o llamaba su atención».

Se erigió un gran arco del triunfo construido con bambú, algodón de colores y banderines, «tan parecido a una horca gigante», escribió Mackenzie, «que los soldados lo atravesaron intentando contener las carcajadas».[121] A

sus espaldas se extendía una fila de más de tres kilómetros de largo con doscientos cincuenta elefantes engualdrapados, a los que el propio gobernador general había ayudado a pintar las trompas.[122] Este también había organizado multitud de desfiles y ceremonias para festejar lo que él consideraba «el regreso victorioso» del ejército a las tierras que lo habían visto partir tres años atrás. Se dispararon veintiuna salvas en honor a Sale, Pollock y Nott, e incluso una por las supuestas puertas de Somnath, que trajeron al campamento cubiertas de guirnaldas de caléndulas. Se celebraron también una serie de banquetes bajo vastas *shamianas*, aunque muchos de los soldados no tenían ganas de festejos después de todo lo que acababan de sufrir. Mackenzie se retiró a su tienda, donde escribió que pocos «sintieron la alegría que tanto esperaban […]. Todos los (antiguos) cautivos cayeron en una depresión; algunos de ellos, como Eyre, en grado sumo. Algunas de las damas tuvieron pesadillas noche tras noche, y hasta meses después de su liberación, debido a los horrores que habían presenciado».[123]

Sir Jasper Nicholls, el comandante en jefe, tampoco mostró ilusión alguna por las festividades. Tras ver llegar a las tropas, volvió de inmediato a su escritorio para comenzar a redactar su informe oficial sobre el desastre sin precedentes sufrido por su ejército. «Aunque me hubieran conferido todos los honores del mundo, jamás habría aconsejado esa invasión», escribió.[124] El derroche y la devastación de una guerra de dudosa legalidad, costosa e innecesaria, habían manchado el honor y la reputación del Ejército británico y minado la autoridad de su Gobierno. Después de gastar quince millones de libras esterlinas (más de cincuenta mil millones de libras esterlinas actuales), de agotar el tesoro indio y de llevar al borde del colapso su sistema crediticio, de destruir de manera permanente la solvencia de la Compañía de las Indias Orientales, de perder, como mínimo, unas cuarenta mil vidas y alrededor de cincuenta mil camellos y de alienar a gran parte del Ejército de Bengala —a un paso del amotinamiento—, los británicos dejaron Afganistán más o menos como lo habían encontrado: inmerso en el caos tribal y con Dost Mohammad a punto de regresar del exilio y de recuperar su trono. Antes incluso de la vuelta de las tropas, había llegado la noticia, por correo urgente, de que tanto el príncipe Safdarjang, en Kandahar, como el príncipe Shahpur, en Kabul, habían sido depuestos por sus enemigos barakzais.

La verdad es que a nadie, excepto al propio y rimbombante gobernador general, le había convencido la declaración de victoria de Ellenborough, y menos aún a los afganos. En palabras de Mirza ‘Ata: «Cuando las tropas que sobrevivieron estuvieron a salvo, lejos de Afganistán, fueron recibidas por el

gobernador general con discursos grandilocuentes; como dice el refrán: Afganistán es la tierra de los halcones, pero la India es la de las cornejas negras […]». Y continuó su discurso como sigue:

> Se dice que los británicos entraron por segunda vez en Afganistán para liberar a los prisioneros ingleses: gastaron *lakhs* y *lakhs* en sobornar a los afganos para que les permitieran pasar, dejaron miles de muertos más y revelaron, asimismo, su verdadera naturaleza al demoler los mercados de Kabul y regresar con premura a la India. Pretendían establecerse en el país y frenar cualquier avance ruso en la zona; no obstante, a pesar de todo el dinero que gastaron y de todas las vidas que sacrificaron en el camino, los únicos frutos que cosecharon fueron la ruina y la vergüenza. Si los ingleses hubieran sido capaces de conquistar y mantenerse en Afganistán, nunca habrían abandonado una tierra en la que crecen cuarenta y cuatro tipos diferentes de uvas y muchas otras frutas —como manzanas, granadas, peras, ruibarbo, moras, sandías y melones cantalupo, albaricoques, melocotones, etc.—. Y agua helada, imposible de encontrar en ninguna llanura de la India.

«La invasión angloíndia de Afganistán», que supuso un despilfarro de dinero, equipamiento militar y vidas humanas, «tanto de negros como de blancos», había sido, escribió,

> Una lucha desigual entre los traicioneros cuervos indios y los valientes halcones afganos: cada vez que los primeros tomaban una montaña, en la montaña de al lado estallaba una rebelión. En verdad, los ingleses nunca, de ninguna manera, habrían conseguido pacificar Jorasán, ni siquiera tras años de ocupación. De los ingleses y sus tropas indias de cuervos quedan solo los huesos insepultos esparcidos por las laderas de las montañas de Afganistán, mientras que los valientes guerreros afganos buscaron el martirio y salieron victoriosos de este mundo y del que vendrá: ¡Bienaventurados sean aquellos que beben de la copa del martirio![125]



No podemos saber si los *ghazis* de Mirza ‘Ata recibieron las bendiciones que esperaban en el Afganistán de la posguerra o en el paraíso, lo que sí es cierto es que muy pocos de los que participaron en la contienda —especialmente los del bando anglo—sadozai— prosperaron en sentido alguno. Incluso antes de la guerra, muchos afganos ya advirtieron a los británicos de que una maldición perseguía al *kumbukht* (pobre desgraciado) de Shah Shuja, cuyos planes mejor trazados terminaban siempre en desastre.[126] Ahora, mucho después de la muerte de Shuja, esta mala suerte parecía afectar a todo aquel que se involucrara en el intento de derrocar a Dost Mohammad.

Ranjit Singh, Burnes, Vitkevitch y Macnaghten hacía ya mucho tiempo que habían muerto, mientras que Wade había sido relegado de su posición en la frontera, celosamente custodiada, a petición del Kalsa, y enviado a la residencia británica de Indore, en la India central, un puesto de mucha menor importancia. Los desafortunados caballos de Suffolk de Burnes, que tanto trabajo había costado transportar a través del Indo, también habían perecido: Ranjit Singh pronto perdió interés en ellos cuando se hizo evidente que estos no eran capaces de cargar; los estabularon y, como nadie en Lahore sabía qué hacer con ellos, pronto murieron.

Charles Masson, otro de los supervivientes del Kabul prebélico, también tuvo un triste final. Después del fracaso de la misión de Burnes de 1837-1838, fue marginado por la Compañía durante los preparativos de la guerra con Afganistán, a pesar de que conocía el país mejor que cualquier otro inglés. Más adelante, en 1840, mientras intentaba regresar a Kabul siguiendo los pasos de las tropas británicas por unas tierras que, en su opinión, habían quedado devastadas tras el paso del Ejército del Indo, llegó a Qalat justo cuando los ingleses atacaron la ciudad. Tras la toma de esta, Masson fue arrestado y encarcelado por espionaje y traición. Necesitó más de seis meses para probar su inocencia y ser liberado. Más tarde, cuando Henry Rawlinson se lo encontró en Karachi, este quedó horrorizado por lo que le había sucedido al hombre al que durante mucho tiempo había reverenciado como el más grande arqueólogo de la región: «Mientras estaba en el campamento de Karachi, cabalgué a la ciudad para ver a Masson, de quien tanto había leído y oído hablar», escribió en su diario.

> Lo encontré en un tugurio de mala muerte, casi desnudo, medio borracho y hablando con algunos baluchis. Pasamos juntos varias horas y me sentí profundamente apenado por todo lo que presencié. Al principio, su forma de hablar fue tan insolente que pensé que se había

> vuelto loco, pero luego me confesó que había estado escribiendo hasta tarde, que su única cena había consistido en una botella de vino entera y que se había levantado con la luz del amanecer, todavía un poco aturdido. No obstante, creo que de verdad está perdiendo la cabeza: me dio algunos de sus escritos para que les echara un vistazo y todos ellos tenían el mismo estilo confuso y lúgubre con el que hablaba y toda la información importante que pudieran contener se perdía a causa de su método de trabajo al compendiarla. Está muy resentido con Burnes, Wade y lord Auckland […]. Ya ha escrito dos volúmenes sobre su trabajo y sus viajes en Afganistán y está ocupado con el tercero; me ha enseñado algunos fragmentos, que considero muy originales, pero no creo que sean publicables: su lenguaje es algo forzado y expresa sus ideas de una forma vaga y somera; un estilo muy alejado del gusto de la época en la que nos encontramos. Si Pottinger permite que el manuscrito se imprima tal y como está ahora, Masson será visto como un ignorante muy atrevido en lugar del tipo serio y trabajador que realmente es. Confío en que se haga algo para llevarlo de vuelta a Bombay.[127]

Pero nada se hizo, y Masson se vio obligado a esperar sentado mientras observaba cómo Macnaghten hacía una patochada tras otra en Afganistán, incapaz de hacer otra cosa que no fuera enviar cartas anónimas a la prensa en las que mostraba su amargura. «En su periódico de hoy», dice uno de sus escritos, «leo que van a utilizar asnos en Afganistán. ¿Cuál puede ser la razón de tal decisión? ¿Acaso los camellos del país están cansados? Dado que los asnos llevan mucho tiempo siendo utilizados por el Departamento Político, ¿no podría ser que estén intentando introducirlos también en el Departamento Militar para garantizar la uniformidad de los servicios?».[128] Cuando por fin regresó a Inglaterra, sus publicaciones recibieron las críticas y burlas que Rawlinson había predicho, y su reputación como arqueólogo fue menospreciada por colegas suyos que nunca habían salido nunca del país. Murió sumido en la pobreza, cerca de Potter’s Bar, en 1853, de «una afección desconocida del cerebro». Lo que no sabía entonces era que, ciento sesenta años más tarde, sería venerado como el padre de la arqueología afgana.

Eldred Pottinger, que no recibió ninguna recompensa por su trabajo en Afganistán, dejó la Compañía y se fue a vivir con su tío, sir Henry Pottinger, a Hong Kong; este último, que también había sido agente del Gran Juego, acababa de «convencer» a los chinos para que estos le entregaran la isla, de la que se autoproclamó primer gobernador. Eldred murió allí, en 1843, a causa

de «los efectos combinados de las heridas, las dificultades pasadas y una depresión de cuerpo y espíritu».[129]

El general de brigada Shelton fue, de manera cuando menos sorprendente, absuelto por un tribunal militar de toda responsabilidad por la catastrófica gestión del levantamiento, aunque permaneció tan impopular como siempre: en 1844, cuando, a causa de una caída de caballo, le sorprendió la muerte en Dublín, sus hombres acudieron al funeral y lanzaron vítores al aire en tres ocasiones para celebrar su fallecimiento.

Una versión de las aventuras afganas de *lady* Sale y su marido, titulada *The Captives at Cabool*, se convirtió en una obra muy popular representada en el Astley's Circus; sin embargo, el verdadero «Bob el combativo»Sale murió junto con George Broadfoot en la batalla de Mudki tres años después, durante la Guerra Anglo-Sij de 1845, cuando la Compañía por fin consiguió anexionarse las ricas tierras del Punyab. *Lady* Sale emigró como viuda a Sudáfrica y murió en Ciudad del Cabo en 1853. En el epitafio de su tumba se lee lo siguiente: «Bajo esta piedra descansa todo lo que quedaba por morir de *lady* Sale».[130]

El doctor Brydon, el único europeo de la Compañía que consiguió llegar a Jalalabad tras la retirada de Kabul, sobrevivió a la siguiente gran catástrofe imperial de la región: quince años más tarde, durante la Rebelión de los Cipayos de 1857, ayudó a defender la residencia de Lucknow, a las órdenes del hermano menor de George Lawrence, Henry. En 1873 murió en su cama en Nigg —frente a Black Isle, en las Highlands— mientras disfrutaba de una tranquila jubilación.

Auckland vivió casi en el ostracismo, en Kensington, y murió en 1849, a los sesenta y cinco años, seguido de su hermana Fanny tan solo tres meses más tarde.[131] La familia demostró tener poco talento en lo que respecta a la política imperial: Anthony Eden, el siguiente Eden en probar suerte en este sentido, fue responsable de la debacle de Suez, ciento catorce años más tarde.[at5]

El heroico e ingenioso Mohan Lal, que pidió grandes préstamos a su nombre para ayudar a Macnaghten durante el asedio —en parte para recaudar fondos para la recompensa que ofrecían por el asesinato de los líderes rebeldes afganos— y, en 1842, para asegurar la liberación de los rehenes británicos, nunca recibió el pago de las 79 496 rupias que calculaba que le debían. Como resultado, las deudas le persiguieron el resto de su vida. Viajó a Gran Bretaña en busca de justicia, en compañía del también *munshi* Shahamat Ali. Allí, además de los varios intentos de persuadir a los directores de la Compañía, fue a visitar al recién retirado coronel Wade y a su joven esposa a

la isla de Wight. También estuvo en Escocia, en Montrose, donde entregó los diarios y las cartas de Burnes a su familia. En Edimburgo, Mohan Lal fue fotografiado por David Octavius Hill y Robert Adamson —dos escoceses y fotógrafos pioneros— con un exótico y elaborado atuendo afgano-cachemiro que *The Times* denominó un «magnífico traje hindú».[132]

Durante su estancia en Gran Bretaña, publicó, en lengua inglesa, unas memorias de sus viajes con Burnes por Asia Central y una enorme biografía de novecientas páginasde Dost Mohammad en dos volúmenes. Tuvo incluso una audiencia con la reina Victoria y el príncipe Alberto, pero la Primera Guerra Anglo-Afgana lo obsesionaría durante toda su vida y pondría fin a su carrera.

A su regreso a Delhi desde Londres, solicitó el puesto de secretario persa en las prestigiosas residencias de Lucknow y Hyderabad, pero dicho nombramiento nunca tuvo lugar. Los oficiales británicos desconfiaban de él y, con frecuencia, lo tachaban de «impertinente» por pensar que «tenía demasiadas aspiraciones de grandeza». No solo no recibió ningún empleo del Gobierno, sino que además fue expulsado de su propia comunidad *pandit* de Cachemira. Tras salir con vida del levantamiento de 1857, a pesar de que los cipayos amotinados lo persiguieran por ser un declarado simpatizante de los británicos, murió en 1877, sumido en la pobreza y el ostracismo, excluido tanto de la sociedad de los colonizados como de la de los colonizadores.[133]

Un destino similar les esperaba a los príncipes sadozais. En marzo de 1843 todos estaban atrapados en Lahore, sin poder regresar a Afganistán ni tampoco entrar en la India británica; vivían como su padre lo había hecho treinta años antes: con el temor constante de que sus anfitriones sijs les despojaran de las pocas riquezas que les quedaban.[134] La concesión del permiso para cruzar la frontera y volver a Ludhiana —donde habían pasado toda su infancia— se hizo con la condición explícita de que aceptaran pensiones inferiores y residencias más modestas que las que se concedieron en su momento a Shah Shuja.[135] Todos los *shahzadas* terminaron endeudados y los Archivos Nacionales de la India contienen varias resmas de correspondencia entre el Gobierno y sus acreedores, que, en la década de 1860, intentaban demandar a los príncipes por los préstamos impagados. Sin excepción, todos murieron en la miseria.

Colin Mackenzie, enviado a Ludhiana para reclutar a la denominada Brigada de la Frontera, describió de manera conmovedora la difícil situación en la que se encontraba la gran comunidad local de refugiados afganos, en lucha por la supervivencia, que descubrió al llegar a la ciudad en 1847, al

poco de casarse en segundas nupcias, «No debemos olvidar los sufrimientos que causó nuestra injerencia a aquellos a los que supuestamente queríamos ayudar», escribió en sus memorias. «Fue muy triste ver a hombres de alto rango y fortuna reducidos a la pobreza absoluta. Entre muchos otros casos, un padre y un hijo, muy cercanos a Shah Shuja, nunca salían juntos porque tenían solamente una *choga* (capa) para los dos. Otro hombre importante se vio obligado a vender hasta su espada para poder comer. Un antiguo criado de Shah Shuja aseguraba con inmensa tristeza: «Vivo en ayuno permanente, y el día que preparamos un poco de *dal* en casa es como un banquete».[136]

El maharajá de Patiala negó la petición de retirarse como un pobre derviche, al santuario sufí de Sirhind, al ciego y anciano Shah Zaman.[137] No obstante, en 1844, tras la muerte de Shah Zaman, este permitió que el sha fuera enterrado allí, junto a la tumba de su cuñada, Wa'fa Begum, la esposa principal de Shuja y hermana de Dost Mohammad.[138]

Las últimas noticias que tenemos sobre los príncipes sadozais proceden de las memorias de Robert Warburton, hijo del feliz matrimonio entre un oficial británico y Shah Jahan Begum —sobrina de Dost Mohammad—, que había crecido entre la comunidad afgana en el exilio en Ludhiana.

> Más allá de cuáles fueran sus fracasos políticos —que yo, en aquellos días, era demasiado pequeño para entender—, la amabilidad de algunos de ellos conmigo se mantuvo inmutable durante años. Los *shahzadas* me dejaban entrar en sus *harem sarais*, y mi conocimiento de la lengua persa me permitía conversar con sus esposas […]. Sentía un aprecio especial por Shahzada Shahpur y Shahzada Nadir, los hijos más jóvenes del desafortunado Shah Shujah al-Mulk. Por su resignación ante la adversidad, la gentileza que mostraban hacia cualquiera que se dirigiera a ellos y la noble consideración que demostraban ante los sentimientos y deseos ajenos, considero a estos dos hermanos unos verdaderos caballeros, de esos que rara vez se tiene la suerte de encontrar. El mayor recibía una pensión del Gobierno indio de quinientas rupias al mes y el más joven de cien, sumas ridículas con las que tenían que mantener a sus familias y al gran número de antiguos servidores que habían sido expulsados de sus casas en Kabul y habían seguido a la familia real por las tórridas llanuras de la India.[139]

Pero tampoco hubo muchos finales felices entre los vencedores afganos de la guerra. Nawab Zaman Khan Barakzai fue pronto marginado por Dost Mohammad y nunca más volvió a ocupar ningún puesto gubernamental de

relevancia.[140] Aminullah Khan Logari fue juzgado por ser demasiado ambicioso y disruptivo y encarcelado de por vida poco después del final de la guerra debido, en palabras de Fayz Mohammad, a su predilección «por incitar a personas honestas a delinquir».[141] Más tarde, el hermano de Aminullah —que estaba exiliado en Ludhiana— le contó a Mackenzie que Dost Mohammad, «a pesar de haberse casado con una hija de Aminullah, lo había asesinado con sus propias manos, asfixiándolo con una almohada».[142]

Wazir Akbar Khan se mantuvo un año en el poder tras la retirada británica, pero, con el regreso de su padre en 1843, fue enviado como gobernador a Jalalabad y Laghman. Su *durbar* pronto llegó a ser considerado un centro de oposición a Dost Mohammad y, cuando Akbar Khan fue envenenado en 1847, muchas voces apuntaron a su padre como culpable.[143] Justo antes de su muerte, Akbar escribió una última carta a Mackenzie «en la que le reprochaba afectuosamente el haber desatendido su amistad al no haberle informado de su estado de salud». El Gobierno prohibió a Mackenzie responder a la carta «por proceder de un enemigo».[144] Sin embargo, Mackenzie sí respondió a una carta de Mohammad Shah Khan Ghilzai, que, como había llegado a ser demasiado poderoso para el gusto de Dost Mohammad, perdió el favor de este y cayó en desgracia al poco de la muerte de su yerno. Se vio forzado a exiliarse entre los kafiristaníes de Nuristán, desde donde escribió a Mackenzie a Ludhiana para recordarle «su antigua amistad y saber si esta todavía perduraba».

> Trajo la carta un *sayid* que había recibido instrucciones para actuar de una forma u otra en función de la disposición que mostrara Mackenzie hacia él. El *sayid* comenzó diciendo: «Mohammad Shah Khan te plantea la siguiente pregunta: “Cuando estuviste en peligro en la fortaleza de Mahmud Khan (después del asesinato de Macnaghten), ¿qué hice yo?”». A lo que Mackenzie respondió: «Cuando la espada se alzó antes de caer sobre mí, puso su brazo alrededor sobre mi cuello para protegerme y recibió un corte en su hombro». Entonces el *sayid* supo que podía entregarle la carta. Mackenzie contestó que «siempre lo consideraría su amigo».[145]

El único hombre que salió claramente beneficiado de la Primera Guerra Anglo-Afgana fue precisamente el mismo al que dicha contienda pretendía deponer. En abril de 1843, tras haber sido huésped del Kalsa en Lahore, Dost Mohammad se dirigió a Peshawar para luego proseguir por las curvas

tortuosas del Jáiber. Fue recibido por Akbar Khan en Ali Masjid y escoltado por él hasta Kabul. «Los habitantes de la ciudad lo esperaban a ambos lados del camino», escribió Fayz Mohammad. «Ancianos y jóvenes lo aclamaban; los ojos de sus partidarios brillaban y sus pechos se henchían de orgullo ante su sola presencia. Cada vez más exultantes, cantaban sus alabanzas: juntos entraron en Kabul en un estado de absoluta euforia. Hubo festejos durante siete días y siete noches. Las noches estaban iluminadas con luces y los días los alegraba el eco de las gentes recitando *ghazals* y cantando. Reinaban la alegría y el espíritu festivo, la felicidad emanaba por todos los rincones».[146]

En 1843, las informaciones reunidas por los espías y simpatizantes británicos en Afganistán sostenían lo siguiente: «La autoridad del emir y su familia es meramente nominal y no reciben ningún tributo de los kohistaníes o de los ghilzais, ni de los habitantes de Kunar o de Jáiber. Dost Mohammad desperdicia su tiempo y su dinero al intentar reclutar batallones disciplinados e imitar a los ejércitos de los príncipes de la India».[147]

Sin embargo, y como ya había sucedido en el pasado, la inteligencia británica subestimaba a Dost Mohammad. El emir fue aumentando de manera progresiva su poder y expandió sus dominios en el este de Afganistán, sentando así las bases para sus logros posteriores: conquistar primero Bamiyán y Badajshán y posteriormente Kholm y todo el norte de Afganistán. A principios de la década de 1850 ya había sometido a las tribus ghilzais de los alrededores de Gazni, y en 1855 arrebató a sus medio hermanos el control sobre Kandahar. En el momento de su muerte, en 1863, sin haber violado jamás sus tratados con los británicos, había aumentado sus ingresos fiscales de dos millones y medio de rupias a siete millones, y reinaba sobre casi todo el estado moderno de Afganistán. Los límites de las conquistas de Dost Mohammad determinaron las fronteras del Afganistán actual, que conserva Herat, pero que ha perdido Peshawar; de hecho, esta última cuestión sigue siendo a día de hoy un motivo de descontento para los afganos, y, en especial, para los nacionalistas pastunes.

No está exento de ironía el hecho de que el emir fuera el principal beneficiario de las reformas administrativas promulgadas por Macnaghten para intentar fortalecer el gobierno de Shah Shuja: redujo el poder de los jefes tribales durranis y creó un ejército casi profesional y una estructura fiscal eficaz.[148] De hecho, esta fue una de las muchas maneras en las que el colonialismo británico desempeñó un rol formativo en la génesis y desarrollo del Estado afgano, que ahora parecía tomar forma de manera más clara que antes de la ocupación. Sin embargo, este Afganistán, más coherente,

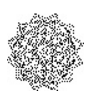
gobernado por Dost Mohammad era un país mucho más empobrecido y aislado de lo que había sido anteriormente. Ya no era la suntuosa y sofisticada encrucijada de la Ruta de la Seda, y los días de gloria de la gran cultura persa timúrida no volverían jamás. Por primera vez en su historia, el Afganistán gobernado por los barakzais se convertía, hasta cierto punto, en un estado atrasado.

La última ciudad que cayó ante el emir fue Herat, cuyo asedio había finalizado justo antes de su muerte. Allí fue enterrado Dost Mohammad, en el santuario sufí más hermoso de Afganistán, el Gazar Gah. En contraste con su rival, Shah Shuja, cuyo sepulcro probablemente sea una tumba anónima localizada en el sótano del mausoleo de su padre, Timur Shah, Dost Mohammad yace bajo un gran monumento de talla exquisita localizado en un lugar privilegiado: junto al poeta y santo sufí más venerado de la región, Khwaja Abd Allah Ansari. Los descendientes de Dost Mohammad continuaron gobernando un Afganistán unificado hasta las revoluciones de los años setenta del siglo XX.

En la actualidad, Herat es la ciudad más pacífica y próspera de Afganistán, y el Gazar Gah sigue siendo un lugar célebre de peregrinación. Robert Byron escribió en la década de 1930: «Todo el mundo va al Gazar Gah: Babur, Humayun, Shah Abbas mejoró su suministro de agua. Sigue siendo el lugar favorito de los habitantes de Herat». Y las cosas no han cambiado en ochenta años. El santuario se encuentra al pie de las colinas que rodean la ciudad. A través de un arco timúrida de entrada se accede a un fresco y tranquilo patio interior, repleto de tumbas con espléndidas caligrafías y estelas conmemorativas con elegantes decoraciones. Los vencejos se abaten entre los pinos y acebos. Los ancianos descansan tumbados a la sombra y utilizan sus blancos turbantes como almohadas. Otros pasan las cuentas de sus rosarios entre los dedos con los arrullos de las palomas de fondo.

En muchos otros sitios de Afganistán y Pakistán, el regreso de los talibanes se ha traducido en la prohibición de la doctrina sufí, más moderada y heterodoxa: los santuarios han sido cerrados o demolidos, y los instrumentos musicales destruidos. Sin embargo, el culto sufí se mantiene intacto en el Gazar Gah. Cuando estuve allí, en 2009, un grupo de devotos comenzó a cantar el *zikr* justo detrás de la tumba de Dost Mohammad: se arrodillaron formando un círculo y, mientras un cantor de larga melena entonaba unos versos de *sahib* Khwaja con voz aguda de tenor, sus seguidores aplaudían y coreaban «¡*Haq*! ¡*Haq*! (¡Verdad! ¡Verdad!)». Cantaban sin cesar, cada vez más rápido, elevando el tono de voz hasta alcanzar una

especie de clímax místico, tras el cual se desplomaban de espaldas sobre las alfombras y almohadones, emitiendo largos y extáticos suspiros. Dost Mohammad no pudo haber recibido una sepultura más digna.



En el verano de 1844, poco después de que Dost Mohammad reclamara su trono y comenzara la reconstrucción y unificación de su destrozado y saqueado reino, al otro lado del mundo, el zar Nicolás de Rusia era invitado al castillo de Windsor por la reina Victoria y el príncipe Alberto.

Junto con el zar viajaba su ministro de Exteriores, el conde Nesselrode, el hombre que, en 1837, había enviado a Vitkevitch a conocer a Dost Mohammad. Si las causas de la catastrófica Primera Guerra Anglo-Afgana habían sido la rivalidad anglo-rusa y las sospechas mutuas entre ambas potencias, este era sin duda el mejor escenario para enterrar de manera definitiva los fantasmas del conflicto.

El zar, que viajaba de incógnito con sus cortesanos empleando el nombre de conde Orlov, para evitar posibles intentos de asesinato por parte de los terroristas polacos, arribó, sin previo aviso, a los muelles de Woolwich a bordo de un barco de vapor holandés el 1 de junio. Después de una noche en la Embajada rusa de Ashburnham House, en Westminster, tomó un tren rumbo a Windsor.

Victoria, que entonces tenía veinticinco años y estaba a punto de dar a luz, se había hecho a la idea de que esperaba a una especie de tártaro salvaje, por lo que se desató una gran preocupación cuando, a la llegada del zar, este ordenó a sus asistentes que se dirigieran al establo para traerle un poco de paja con la que rellenar el saco de cuero que utilizaba como colchón de la cama de campaña en la que siempre dormía. Sin embargo, al final, la reina quedó del todo cautivada con su huésped. «Es, sin duda, un hombre *asombroso*», escribió a su tío el 4 de junio,

> y todavía muy apuesto. Tiene un perfil *hermoso* y unos *extraordinarios* modales, majestuosos y elegantes; es extremadamente cortés —casi en exceso—, puesto que siempre es muy atento y *educado*. Pero la expresión de sus ojos es imponente, nunca he visto nada igual. Alberto y yo tenemos la impresión de que es un hombre *infeliz*, sobre el que

> recae de manera dolorosa el peso de su inmenso poder y posición; rara vez sonríe y, cuando lo hace, la expresión de su rostro *no es de felicidad*. No obstante, es una persona muy accesible.[149]

Al final de la visita, el príncipe Alberto llevó al zar a la villa de Chiswick House, un curioso y aislado ejemplo de arquitectura véneta paladiana a orillas del Támesis, en medio del campo y las huertas al oeste de Londres. El duque de Devonshire —máximo representante de la clase dirigente *whig* — iba a organizar aquí un gran desayuno ceremonial en honor del zar al que asistirían los políticos más poderosos del país y todo el cuerpo diplomático. Los negocios importantes iban a discutirse en este lugar tan peculiar, un poco más allá del elegante paseo a orillas del río de Chiswick Mall.

A las dos menos cinco del 8 de junio, en un espléndido día de verano, el cortejo real, precedido por escoltas con libreas oficiales y mientras las bandas militares de las *Coldstream Guards* y *Horse Guards* interpretaban el himno nacional ruso, atravesó las puertas de Chiswick House. Al son de una salva de veintiún cañonazos disparados desde una batería erigida en los terrenos de la villa, se izó el estandarte imperial sobre el salón de verano y el real sobre la arcada. El zar pasó por delante de las cuatro jirafas del duque para ser conducido al salón de verano, que había sido decorado para la ocasión como un pabellón medieval. Durante la recepción, el zar habló, sobre todo, con el duque de Wellington, aunque también charló con lord Melbourne y el primer ministro, sir Robert Peel. El conde Nesselrode se dirigió directamente a su antiguo homólogo, lord Palmerston, que durante su ejercicio se había caracterizado por defender una fuerte política antirrusa; ambos permanecieron absortos en la conversación durante gran parte de la tarde.[150]

La visita pretendía fortalecer las relaciones entre las dos grandes potencias y evitar los malentendidos y sospechas que habían causado tan inútil derramamiento de sangre en Asia Central. Como el zar le dijo a Peel: «Espero que nuestra cordial relación acabe con los prejuicios entre nuestros países».[151] La visita del zar fue un gran éxito en cuanto a ejercicio de relaciones públicas; las mujeres de la alta sociedad londinense quedaron del todo fascinadas por su buena presencia y perfectos modales. «Todavía es un gran admirador de la belleza femenina», observó el barón Stockmar, «y prestó especial atención a sus antiguos amores ingleses». Sin embargo, sin ser conscientes en aquel momento, y a pesar de todos los buenos propósitos, las conversaciones en la recepción de Chiswick sentaron las bases de un futuro conflicto.

El zar, que desconocía la influencia del Parlamento y de los partidos de oposición en el Gobierno, partió de Inglaterra pensando que las conversaciones privadas que había mantenido con la reina y sus principales ministros —especialmente con sir Robert Peel y su ministro de Exteriores, lord Aberdeen—, podían entenderse como una expresión de la política gubernamental; en concreto, creyó que Gran Bretaña y Rusia se pondrían de acuerdo en la partición del Imperio otomano. Pero los británicos veían dichas conversaciones como un simple intercambio de ideas y no como una especie de pacto vinculante entre caballeros, como así lo entendía el zar.[152]

En este sentido, es significativo que el desayuno concluyera con una escena bastante absurda y caótica: cuando algunos de los invitados —incluido el rey de Sajonia— decidieron cruzar el lago en botes impulsados por los barqueros del duque, para examinar más de cerca las jirafas de Devonshire, los animales decidieron cruzar el agua en dirección opuesta, correr en estampida por el césped de Chiswick House y aterrorizar al séquito del zar, que esperaba en la otra orilla. Tras unos momentos de confusión, los encargados de mantenimiento, también vestidos con libreas oficiales, consiguieron alejar a las jirafas; sin embargo, desde aquel día, una cadena de accidentes, meteduras de pata y malentendidos diplomáticos conducirían, de manera inexorable, al enfrentamiento entre Rusia y Gran Bretaña en Crimea nueve años después, en 1853.

Esta vez la rivalidad anglo-rusa se saldaría con ochocientas mil muertes.



Al final de *Kim*, Kipling puso en boca de su héroe epónimo las siguientes palabras: «El Gran Juego solo terminará cuando todos estén muertos. Nunca antes».

En la década de 1980, la retirada de los rusos tras su fallida ocupación de Afganistán fue el principio del fin de la Unión Soviética. Menos de veinte años después, en 2001, tropas británicas y estadounidenses llegaban a Afganistán, donde, desde ese momento, comenzarían, sin ellos saberlo, a perder la que para los ingleses suponía su cuarta guerra en el país. Como en ocasiones anteriores, al final, y a pesar de los miles de millones de dólares invertidos, de la formación de un ejército de tropas afganas y del armamento infinitamente superior de los ocupantes, la resistencia afgana venció: de

nuevo consiguió acorralar a los *kafirs* y forzarlos a una humillante retirada. En ambos casos, las tropas de ocupación perdieron la voluntad de continuar luchando a ese precio y con tan escasos beneficios.

A pesar de las diferencias, encontramos grandes paralelismos entre la ocupación de Afganistán del siglo XXI y la de 1839-1842. El papel fundamental que jugó la geografía política en la evolución de ambos conflictos es innegable. Un primer asunto tiene que ver con la importancia estratégica de Kabul, una ciudad equidistante de la población tayika de Kohistán y de los ghilzais orientales. Pero, además, hay que tener en cuenta la cuestión tribal: otro gobernante popalzai carente de una base de poder real, Hamid Karzai —que, curiosamente, pertenecía a la misma subtribu que Shah Shuja—, tuvo que enfrentarse a los ataques de una guerrilla liderada por los ghilzais orientales, que hoy en día constituyen el grueso de los combatientes talibanes y están dirigidos por Mullah Omar, otro líder tribal ghilzai del clan gobernante de los hotakis.[at6][153]

En mis largas estancias en Afganistán, en 2009 y 2010, durante el proceso de investigación para escribir este libro, me marqué dos objetivos principales. En primer lugar, quería localizar las fuentes afganas sobre la guerra que, aunque tenía la certeza de su existencia, eran muy difíciles de encontrar; finalmente son la que he usado en esta obra. En segundo lugar, estaba deseando visitar todos los lugares y paisajes de la Primera Guerra Anglo-Afgana que pudiera, en un contexto en el que el control de la FIAS[at7] sobre Afganistán era cada vez más reducido. En 2010, los talibanes contaban con una fuerte presencia en más del setenta por ciento del país, mientras que el gobierno de Karzai solo tenía asegurados veintinueve de los ciento veintiún distritos estratégicos del país. Además, la mayor parte de la ruta que habían tomado los ingleses durante la retirada de enero de 1842 —que sabía que tendría que recorrer si quería hacerme una idea de la geografía sobre la que iba a escribir— se encontraba dentro de ese setenta por ciento del territorio. Me interesaba de manera particular llegar a Gandamak y poder ver el enclave en el que los británicos libraron su última batalla.

La ruta de la retirada de 1842 lleva hasta la cordillera que conduce a Tora Bora y a la frontera pakistaní, es decir, al corazón del territorio de los ghilzais que, junto con Quetta, ha sido siempre el principal campo de reclutamiento talibán. Como me aconsejaron que no intentara visitar la zona sin protección local, me acompañó un líder tribal de la región, que además era uno de los ministros del Gobierno de Karzai, un hombre muy corpulento llamado Anwar Khan Jagdalak: campeón de lucha libre en su localidad y, posteriormente,

capitán del equipo olímpico afgano de lucha que, en la década de 1980, alcanzó cierta fama por ser el comandante de los muyahidines del Jamiati Islami durante la yihad contra los soviéticos.

Los antepasados ghilzais de Anwar Khan Jagdalak fueron quienes causaron el mayor número de bajas entre las filas del ejército británico de 1842, algo que este repitió con orgullo en varias ocasiones mientras recorríamos los mismos pasos donde ocurrieron los hechos. «Nos obligaron a tomar las armas para defender nuestro honor», me dijo. «Así que tuvimos que matar a cada uno de esos bastardos». Nada de esto, por cierto, impidió que Jagdalak enviara a su familia lejos de Kabul, en pos de la seguridad de Northolt, al norte de Londres.

El día que íbamos a visitar Gandamak, recibí instrucciones de presentarme a las siete de la mañana en el ministerio de Jagdalak, situado en el centro del distrito administrativo ahora conocido como Wazir Akbar Khan. Tras abrirme camino entre los puestos de control y las alambradas que rodean el edificio, encontré a Jagdalak y a su omnipresente falange de guardaespaldas —con sus ruidosos *walkie—talkies* y los fusiles de asalto cargados— que lo metían a trompicones en un convoy de vehículos fuertemente blindados.

Jagdalak se puso al volante, mientras que camionetas repletas de guardias de seguridad afganos, armados hasta los dientes, nos seguían de cerca. A medida que atravesábamos la capital, el fracaso de la ocupación actual se hacía cada vez más patente a nuestro alrededor. Kabul sigue siendo una de las capitales más pobres y caóticas del mundo. A pesar de que Estados Unidos se gastara alrededor de ochenta mil millones de dólares en el país, casi todo ese dinero se invirtió en defensa y en seguridad; en cambio, las carreteras de Kabul son todavía más intransitables que, por ejemplo, los pueblos de las provincias más abandonadas de Pakistán. No había iluminación en las calles y, aparentemente, tampoco un servicio de recogida de basuras. Según Jagdalak, esa era solo la punta del iceberg. A pesar de todos los esfuerzos de una docena de países y de un millar de agencias a lo largo de más de una década, desde 2001, en Afganistán sigue reinando el caos: una cuarta parte de los maestros en Afganistán son analfabetos; en muchas zonas, la autoridad del estado es casi inexistente, la mitad de los gobernadores no cuentan con una oficina y muy pocos de los que sí la tienen disponen de electricidad en ella. Además, los funcionarios públicos carecen por completo de educación y de conocimientos básicos.

A base de choques y sacudidas debidos a los baches, atravesamos como pudimos las calles de Kabul, pasamos por la blindada Embajada de Estados

Unidos, por los cuarteles de la OTAN —construidos en el mismo lugar donde se encontraba el acantonamiento británico ciento setenta años antes— y por la aldea de Butkhak, para luego tomar la sinuosa carretera que desciende a la línea de los inhóspitos pasos de montaña: primero Khord Kabul y luego Tezin, que une Kabul con el desfiladero de Jáiber.

Es un paisaje espectacular a la par que extremo: los compactos y tortuosos estratos de las líneas de falla crujían y se retorcían en las paredes rocosas del color de la pólvora que se elevaban a ambos lados de donde nosotros nos encontrábamos. En lo alto, las irregulares cimas de las montañas estaban cubiertas por un siniestro velo de niebla. Mientras conducíamos, Jagdalak se quejaba con profunda amargura del trato que dispensaban los occidentales a su gobierno. «En los años ochenta, cuando matábamos rusos para ellos, los estadounidenses nos denominaban “los combatientes por la libertad”. Ahora, en cambio, nos menosprecian llamándonos “señores de la guerra”», murmuró mientras descendíamos el primer paso. En Sarobi, donde las montañas desembocan en un desierto color ocre de gran altitud y salpicado de campamentos de nómadas ghilzais, dejamos la carretera principal y nos adentramos en territorio talibán; otras cinco camionetas llenas de antiguos combatientes muyahidines de Jagdalak, todos ellos con RPGs (lanzacohetes) y las caras envueltas en sus turbantes, aparecieron por una carretera secundaria para escoltarnos.

En el pueblo de Jagdalak, el 12 de enero de 1842, los últimos doscientos soldados británicos, al borde de la congelación, se vieron rodeados por miles de ghilzais y solo un puñado de ellos logró superar la barrera de espinas que les habían preparado. Nuestro recibimiento en abril fue, afortunadamente, bastante más cálido. Era la primera visita de mi anfitrión a su hogar desde que había sido nombrado ministro, por lo que los orgullosos aldeanos prepararon a su antiguo comandante una excursión nostálgica por las colinas, aromatizadas por el tomillo silvestre y el ajenjo, y sus laderas, cubiertas de acebos y moreras y a la sombra de los álamos blancos. Aquí, en la cima de los picos circundantes, cerca de la torre de vigilancia donde los cipayos desnudos y muertos de frío habían intentado refugiarse, se encontraban los restos de los viejos búnkeres y trincheras desde los que los muyahidines de Jagdalak habían desafiado a las tropas soviéticas. Una vez terminada la excursión, los aldeanos nos prepararon un banquete, al más puro estilo timúrida, en un huerto de albaricoques en lo más profundo del valle: nos sentamos en alfombras bajo las parras y las flores de granada mientras los platos de kebab y pilaf con pasas iban sucediéndose, uno detrás de otro, ante nosotros.

Durante el almuerzo, cuando mis anfitriones mencionaron, de pasada, el sitio donde se encontraba la barrera de espinas y otros lugares del pueblo donde los británicos habían sido masacrados en 1842, comparamos nuestras respectivas memorias familiares sobre la guerra. Les hablé de mi tío bisabuelo, Colin Mackenzie, que había sido tomado como rehén muy cerca de allí, y les pregunté si veían algún paralelo entre la situación actual y la de entonces. «Es exactamente lo mismo» dijo Jagdalak. «En ambas ocasiones, los extranjeros han venido por sus propios intereses, no por los nuestros. Dicen que son nuestros amigos y que nos quieren ayudar, pero mienten».

«Incluso hoy, cualquiera que venga a Afganistán se enfrentará al mismo destino que sufrieron Burnes, Macnaghten y Brydon», apuntó Mohammad Khan, nuestro anfitrión en el pueblo y dueño del huerto donde estábamos sentados. Todos asintieron con sabiduría mientras seguían comiendo su arroz: los nombres de los caídos de 1842, olvidados en su país de origen, aquí son todavía bien conocidos por la gente.

«Después de los británicos vinieron los rusos», dijo un anciano a mi derecha. «También los echamos, pero no antes de que bombardearan muchas de las casas de la aldea», y señaló hacia una cresta llena de escombros y restos de ladrillos de adobe justo en las colinas detrás de nosotros.

«Somos el techo del mundo», dijo Khan. «Desde aquí se ve y se controla todo».

«Afganistán es una especie de encrucijada para todas las naciones que llegan al poder», señaló Jagdalak. «Pero somos incapaces de controlar nuestro propio destino, que está en manos de nuestros vecinos».

Eran casi las cinco cuando retiraron el poco *naan* (pan indio) que aún quedada, por lo que decidimos que ya era demasiado tarde para dirigirnos a Gandamak. En su lugar, tomamos la carretera principal hacia la relativa seguridad de Jalalabad, donde descubrimos que nos habíamos salvado por los pelos: esa misma mañana se había librado una batalla en Gandamak entre las fuerzas gubernamentales y un grupo de aldeanos apoyados por los talibanes. La abundancia y la duración del banquete, además de nuestra propia glotonería, nos habían salvado de ir directos a una emboscada. El enfrentamiento había tenido lugar en el mismo sitio en el que se libró el último combate de los británicos en 1842.

A la mañana siguiente, asistimos a una *jirga* de los mayores de las tribus ghilzais en Jalalabad, una asamblea a la que habían acudido los ancianos de Gandamak, en son de paz, para discutir lo ocurrido el día anterior. La historia era muy similar a otras muchas que había escuchado sobre el Gobierno de

Karzai, y puso de manifiesto cómo una mezcla de corrupción, incompetencia e insensibilidad había contribuido a hacer posible el regreso de los antaño odiados talibanes.

Mientras los drones Predator despegaban y aterrizaban sin cesar en el aeródromo cercano, los ancianos ghilzais relataban que, el año anterior, las tropas del Gobierno aparecieron de improviso para destruir sus cosechas de opio. Las tropas prometieron compensar a los aldeanos por todos los daños causados, por lo que estos les permitieron arrancar los cultivos; el dinero, en cambio, nunca llegó. Antes de la temporada de siembra, los aldeanos de Gandamak volvieron a Jalalabad y le preguntaron al Gobierno si podían recibir algún tipo de ayuda para plantar nuevos cultivos. De nuevo, les hicieron promesas que nunca se cumplirían. Plantaron amapolas e informaron a las autoridades locales de que si volvían a intentar destruir la cosecha, los aldeanos no tendrían más remedio que oponer resistencia. Cuando aparecieron las tropas, casi al mismo tiempo que llegábamos nosotros a la cercana Jagdalak, los aldeanos estaban esperándolas junto con los talibanes locales a los que habían llamado para que les ayudaran. En los enfrentamientos que siguieron, nueve policías fueron asesinados, otros diez, tomados como rehenes y seis vehículos, destruidos.

Una vez finalizó la *jirga*, se acercaron a nosotros dos de los ancianos tribales de Gandamak y charlamos un buen rato mientras tomábamos té verde.

«El mes pasado», dijo uno de ellos, «unos oficiales estadounidenses nos convocaron a una reunión en un hotel de Jalalabad. Uno de ellos me preguntó: “¿Por qué nos odiáis?”. Yo le respondí: “Porque derribáis nuestras puertas, entráis en nuestras casas, tiráis a nuestras mujeres de los cabellos y pateáis a nuestros hijos. No podemos aceptarlo. Vamos a defendernos, vamos a romperos los dientes y, entonces, os iréis de aquí, como hicieron los británicos antes que vosotros. Es solo cuestión de tiempo”».

«¿Y qué dijo él?»

«Se volvió hacia su amigo y le comentó: “Si los viejos son así, ¿cómo serán los más jóvenes?”. En realidad, todos los americanos que están aquí saben que no tienen nada que hacer. Son los políticos los que se niegan a admitirlo».

«Los americanos tienen los días contados», dijo el otro anciano. «Después vendrá China».



Notas del autor

En 1843, poco tiempo después de haber regresado como uno de los afortunados supervivientes del matadero que fue la Primera Guerra Anglo-Afgana, el capellán del ejército en Jalalabad, el reverendo G. Gleig, escribió sobre la desastrosa expedición en sus memorias. Fue, subrayó, «una guerra que comenzó sin motivo aparente, librada con una extraña mezcla de temeridad y timidez, y que concluyó, tras sufrir una terrible derrota, sin gloria alguna para el gobierno que la dirigió ni tampoco para el gran número de tropas que combatieron en ella. Este conflicto no nos ha beneficiado ni política ni militarmente. Al final, nuestra evacuación del país se asemejaba bastante a la retirada de un ejército derrotado».[1]

El célebre cuadro de William Barnes Wollen, *La última resistencia del 44.º de Infantería* —donde un grupo de soldados harapientos pero decididos se defienden del ataque de las tribus pastún tras una línea de bayonetas en la cima de Gandamak— se convirtió en una de las imágenes más famosas de la época junto con *Los restos de un ejército*, un óleo de *lady* Butler que retrata al que se suponía que era el último superviviente de la retirada de Kabul, el doctor Brydon, en el momento en el que este llega a las murallas de Jalalabad a lomos de su caballo y al borde del colapso.

En el invierno de 2006, cuando la última invasión occidental de Afganistán empezaba a torcerse, se me ocurrió la idea de escribir una nueva historia del primer intento fallido de Gran Bretaña de controlar Afganistán. Después de una conquista fácil y de la instalación de un títere prooccidental a la cabeza del gobierno, el régimen afrontaba una resistencia cada vez mayor. La historia comenzaba a repetirse.

Durante la primera fase de mi investigación visité muchos de los escenarios de la guerra. En mi primer día en Afganistán, conduje por la llanura de Shomali para ver los restos del cuartel de Eldred Pottinger en Charikar, que ahora se encuentran a poca distancia de la base aérea estadounidense de Bagram. En Herat, presenté mis respetos a la tumba de Dost Mohammad Khan en el santuario sufí de Gazar Gah. En Jalalabad, me senté junto al río Kabul y probé el delicioso *shir maheh* a la parrilla que, ciento setenta años antes, contribuyó a que las tropas británicas allí asediadas sobrevivieran y que a «Bob el combativo» Sale tanto le gustaba. Al llegar a Kandahar, el coche enviado para recogerme del aeropuerto recibió un disparo

de un francotirador en la luna trasera al acercarse al perímetro; más tarde, visité uno de los lugares favoritos de Henry Rawlinson, el santuario de Baba Wali, a las afueras de la ciudad, y vi cómo una patrulla americana saltaba por los aires, a causa de la detonación de un artefacto explosivo improvisado, mientras cruzaba el río Arghandab, lugar que tanto entonces como ahora marca la frontera entre la zona ocupada y la controlada por la resistencia afgana. En Kabul conseguí obtener el permiso para visitar el Bala Hisar, la ciudadela de Shah Shuja, que ahora es la sede de los servicios de inteligencia del Ejército afgano y donde se evalúan los informes que llegan de la primera línea de combate en medio de los restos de los cañones británicos clavados en 1842 y los tanques soviéticos T-72 de la década de 1980.

Cuanto más analizaba los detalles, más similitudes encontraba entre la primera y desastrosa intromisión de Occidente en Afganistán y las aventuras neocoloniales de nuestros días. La guerra de 1839 se libró por mor de informaciones adulteradas sobre una amenaza prácticamente inexistente: las noticias acerca de un único enviado ruso a Kabul fueron exageradas y manipuladas por un grupo de miembros de la línea dura del gobierno, ambiciosos y fanáticos, para sembrar el pánico, en este caso, ante una invasión imaginaria. Como el rusófobo embajador británico John MacNeill escribió desde Teherán en 1838: «Deberíamos advertir que el que no esté con nosotros, está contra nosotros […]. Hay que asegurarse el control de Afganistán».[2] Esto desembocó en una guerra innecesaria, costosa y que, perfectamente, podría haberse evitado.

Poco a poco me fui dando cuenta de que los paralelos entre las dos invasiones no eran solo anecdóticos, sino más bien sustanciales. Ciento setenta años después, pervivían las mismas rivalidades tribales y las batallas se libraban en los mismos lugares, aunque esta vez en nombre de nuevas banderas, ideologías y títeres políticos. Las guarniciones de tropas extranjeras, que hablaban las mismas lenguas que antaño, se refugiaban en las mismas ciudades y eran atacadas desde las mismas colinas y pasos montañosos.

En ambos casos, los invasores pensaron que podían entrar en el país, cambiar el régimen establecido y volver a marcharse al cabo de un par de años. Y, en ambos casos, no fueron capaces de evitar verse inmersos en un conflicto mucho mayor. Así como la incapacidad británica para hacer frente al levantamiento de 1841 fue el resultado, no solo de los fracasos del liderazgo británico, sino también del deterioro de la relación estratégica entre Macnaghten y Shah Shuja, la difícil relación entre la dirección de la FIAS y el

presidente Karzai ha sido un factor crucial en el fracaso de esta última invasión. En esta ocasión, el enviado especial de Estados Unidos Richard Holbrooke desempeñó, hasta cierto punto, el papel de Macnaghten. Cuando visité Kabul en 2010, el entonces representante especial británico, sir Sherard Cowper-Coles, se refirió a Holbrooke como «un elefante en una cacharrería», una imagen que se ajusta a la perfección al estilo de Macnaghten ciento setenta y cuatro años antes. El análisis del fracaso de la ocupación actual que Sherard plantea en sus memorias, *Cables from Kabul*, podría, sin ir más lejos, hacer referencia a las actuaciones de Auckland y Macnaghten: «Entramos sin saber cómo íbamos a salir de allí; se hizo un diagnóstico equivocado, casi de forma deliberada, de la naturaleza de los desafíos que habría que afrontar; se cambiaron los objetivos de manera constante, sin tener un plan claro y coherente; la escala de la misión alcanzó proporciones inesperadas; existieron grandes diferencias entre el mando político y el militar; se desviaron la atención y los recursos (a Irak en el caso actual, a las Guerras del Opio, entonces) en una etapa crucial de la contienda; la mala elección de los aliados locales; y un débil liderazgo político».[3]

Tanto en el pasado como en la actualidad, la pobreza de Afganistán ha supuesto la imposibilidad de financiar la ocupación del país con los impuestos de los propios afganos. Es más, el coste de la seguridad de un territorio tan inaccesible ha agotado los recursos de sus ocupantes. Todavía hoy, Estados Unidos gasta en Afganistán más de cien mil millones de dólares al año: cuesta más mantener los batallones de marines de dos distritos de la provincia de Helmand que la asistencia militar y la ayuda al desarrollo que los estadounidenses destinan a todo Egipto. Además, en ambas invasiones, la decisión de retirar las tropas se ha debido a factores ajenos a la situación interna de Afganistán, como el estado de la economía y las vicisitudes de la política nacional.

Durante el curso de mi investigación, me resultó fascinante ver cómo los mismos dilemas morales tan manidos en las columnas editoriales de la actualidad ya fueron discutidos, y de manera igual de extensa, en la correspondencia de la Primera Guerra Anglo-Afgana: ¿cuáles son las responsabilidades éticas de una potencia ocupante?; ¿debería «defender los intereses de la humanidad»?, como se preguntaba un oficial británico en 1840, ¿favorecer la reforma social y la de género y prohibir tradiciones como la lapidación de mujeres adúlteras?, o, por el contrario, ¿tendría que concentrarse en gobernar el país sin hacer demasiado ruido?; ¿debe intervenir si sus aliados comienzan a hervir o asar a sus enemigos vivos?; ¿es oportuno

intentar introducir los sistemas políticos occidentales? En vísperas de la invasión de 1839, el jefe de espías sir Claude Wade advirtió lo siguiente: «En mi opinión, no tenemos que temer o preocuparnos por nada excepto por la excesiva confianza con la que acostumbramos a considerar excelentes nuestras propias instituciones y por la impaciencia que mostramos por introducirlas en territorios nuevos y remotos. Tal intromisión siempre desencadenará amargas disputas, o incluso reacciones violentas».[4]

Para los occidentales presentes hoy en Afganistán, el desastre de la Primera Guerra Anglo-Afgana representa un precedente preocupante: no es casualidad que el bar favorito de los corresponsales extranjeros en Kabul se denomine Gandamak Lodge, o que una de las principales bases británicas del sur de Afganistán se llame Camp Souter, en honor al único superviviente de la última resistencia del 44.º Regimiento de Infantería.

En cambio, para los propios afganos, la derrota británica de 1842 se ha convertido en un símbolo de la liberación de la invasión extranjera y de la determinación con la que rechazan cualquier nueva intromisión de una potencia foránea. El barrio diplomático de Kabul todavía lleva el nombre de Wazir Akbar Khan, considerado por la propaganda nacionalista de los barakzais el principal combatiente afgano por la libertad de 1841-1842.

Es posible que en Occidente hayamos olvidado los detalles de esta historia —que tanto contribuyó a forjar el odio que siente el pueblo afgano hacia cualquier potencia extranjera—, pero los afganos no lo han hecho. En Afganistán, Shah Shuja sigue siendo la personificación de la traición y del colaboracionismo; en 2001, los talibanes preguntaron a sus jóvenes reclutas: «¿Queréis ser recordados como hijos de Shah Shuja o como vástagos de Dost Mohammad?».[5] Cuando ascendió al poder, Mullah Omar se inspiró de manera deliberada en la figura de Dost Mohammad y, como este, tomó el manto sagrado del profeta Mahoma de su santuario de Kandahar, se envolvió en él y se autoproclamó *amir al-muminin*, príncipe de los creyentes: recreó por tanto los acontecimientos de la Primera Guerra Anglo-Afgana y todos los afganos comprendieron de inmediato lo que esto significaba.

No obstante, la historia nunca se repite de la misma manera y existen diferencias importantes entre lo que está ocurriendo hoy en Afganistán y lo que sucedió durante la década de 1840. Por ejemplo, en la resistencia actual no hay una figura única reconocida por todos los afganos como el símbolo de la legitimidad y la justicia: Mullah Omar no es ni Dost Mohammad ni Wazir Akbar Khan y las tribus no se han reunido bajo su estandarte como lo hicieron en 1842. También es necesario diferenciar entre el levantamiento tribal

conservador y defensivo que puso fin al gobierno anglo-sadozai del periodo colonial y la revolución armada ikhwanista de los talibanes, que desean imponer una ideología ultrawahabí de importación a las diferentes culturas religiosas de Afganistán. Pero, sobre todo, Karzai ha tratado de establecer un gobierno elegido democráticamente, con una base amplia, que, a pesar de sus grandes defectos y de la enorme corrupción, es mucho más representativo y popular que el régimen sadozai de Shah Shuja.

Sin embargo, debido a la continuidad en la topografía de la región y en la economía, en las aspiraciones religiosas y en el tejido social, todavía hay mucho que aprender de los fracasos de hace ciento setenta años. Aún no es demasiado tarde para extraer algunas conclusiones de los errores cometidos por los británicos en 1842. De lo contrario, la cuarta guerra de Occidente en el país obtendrá tan pocos beneficios políticos como las tres anteriores y, como todas ellas, terminará con una derrota humillante, seguida de una embarazosa retirada y con Afganistán sumido en el caos tribal y, quizá, en manos del mismo gobierno que el conflicto pretendía derrocar en un inicio.

Como escribió George Lawrence en el *The Times* de Londres, justo antes de que Gran Bretaña se embarcara en la Segunda Guerra Anglo-Afgana, treinta años más tarde del conflicto: «Ha surgido una nueva generación que, en lugar de sacar provecho de las graves lecciones del pasado, desea y está dispuesta a enredarnos de nuevo en los asuntos de aquel país turbulento y aciago […]. Aunque consiguiéramos evitar los desastres militares y la ofensiva bélica, aunque desde el punto de vista militar tengamos más o menos triunfos, no dejaría de ser inútil en el plano político […]. El desastre de la retirada de Kabul debería servir como advertencia para que los gobernantes del futuro nunca vuelvan a repetir las políticas que entre los años 1839 y 1842 nos trajeron tan amargas consecuencias».



A pesar de la enorme importancia estratégica de la región, son muy escasos los ensayos de calidad sobre la historia de Afganistán; los ya existentes utilizan, por lo general, fuentes inglesas o abusan de los documentos de los India Office Archives de Londres. A pesar de que los acontecimientos de la Primera Guerra Anglo-Afgana han sido relatados en múltiples ocasiones y en diversos formatos —desde grandiosas obras victorianas en tres volúmenes

hasta las travesuras de Flashman—, ni siquiera las publicaciones académicas más especializadas se nutren de las fuentes afganas de principios del siglo XIX o de las de la resistencia afgana anticolonial, testimonios contemporáneos que permiten analizar la invasión y posterior ocupación en clave interna.[6]

La Primera Guerra Anglo-Afgana es un conflicto excepcionalmente bien documentado y para escribir sobre ella me he valido de una gran variedad de fuentes inéditas procedentes de todas las partes involucradas. En los últimos años, en baúles olvidados de los áticos de los condados de los alrededores de Londres han aparecido cientos de cartas, a jirones, y de diarios manchados de sangre pertenecientes a los participantes británicos de la guerra, nuevos materiales a los que he podido acceder en varias colecciones familiares, en el National Army Museum de Chelsea y en la British Library.

Aquí, en Delhi, he pasado los últimos cuatro años examinando los voluminosos registros sobre la ocupación de 1839-1842 de los Indian National Archives, que contienen casi toda la correspondencia, los memorandos y las anotaciones manuscritas sobre el conflicto realizadas por los miembros de la administración de lord Auckland, tanto de Calcuta como de su ejército. Entre los documentos más destacados que localicé se encuentran, por ejemplo: algunas cartas privadas inéditas de uno de los principales actores británicos de la contienda, Alexander Burnes; una investigación sobre las atrocidades cometidas por el ejército británico, que podría considerarse la versión victoriana de Wikileaks; o los conmovedores informes de un tribunal militar sobre algunos cipayos que, tras haber sido esclavizados, consiguieron escapar solo para tener que enfrentarse a la acusación de deserción cuando, al final, lograron reunirse con sus regimientos.

Los Indian National Archives también contenían el *Muharaba Kabul wa Kandahar* [Guerra en Kabul y Kandahar] de Munshi Abdul Karim, el relato de la guerra en lengua farsi —nunca antes utilizado ni traducido— del secretario persa de uno de los oficiales británicos involucrados en el conflicto. Munshi Abdul Karim cuenta que se embarcó en el proyecto de escribir una historia de la guerra en la década de 1850, «con la esperanza de ahuyentar la soledad de la vejez y de instruir a mis hijos y nietos en las muchas curiosidades del mundo»; pero también añade que «los acontecimientos ahora parecen particularmente relevantes para Indostán», lo que podría entenderse como una llamada velada al levantamiento contra la Compañía en las Indias.[7] Y, en efecto, tal revuelta estalló en 1857, precisamente en los regimientos

de cipayos que habían sido abandonados por sus oficiales británicos durante la retirada de Kabul de 1842.

En los Punjab Archives de Lahore, en Pakistán, consulté los registros —casi inéditos— de sir Claude Wade, primer jefe de espías del Gran Juego y responsable de la creación de la Agencia Fronteriza del Noroeste en 1835. Aquí se encuentran todas las comunicaciones de su red de informantes, que se encontraban dispersos en una amplia zona que abarcaba el Punyab y el Himalaya, más allá del Hindu Kush y llegaba hasta Bujará. Los Punjab Archives también contenían toda la correspondencia relacionada con el exilio de Shah Shuja en Ludhiana y con sus varios intentos fallidos de reconquistar el trono de Kabul.

En lo que respecta a las fuentes rusas, conseguí acceder a la documentación impresa del homólogo zarista de Wade, el conde Perovsky, y de su protegido, Ivan Vitkevitch. Siempre se había pensado que Vitkevitch había destruido todos los papeles en su habitación de hotel en San Petersburgo, justo antes de volarse la tapa de los sesos, no obstante, algunos de sus informes de inteligencia sobrevivieron, entre ellos algunos sobre Burnes y otros en los que desenmascaraba la red de inteligencia británica de Bujará. Estos informes aparecen por primera vez traducidos en este libro.

El verdadero descubrimiento fue, sin embargo, el rico y sorprendente abanico de fuentes afganas sobre este periodo que encontré en Kabul. En 2009, mientras me alojaba en el fuerte de adobe de Rory Stewart —cerca de las ruinas calcinadas de la Embajada británica de la era de Curzon—, empecé a trabajar en los Afghan National Archives. Dichos archivos, situados en un espléndido y palacio otomano del siglo XIX, muy bien conservado, en el centro de Kabul, resultaron contener escasa información sobre la época de Shah Shuja y Dost Mohammad. Sin embargo, fue allí, mientras rebuscaba entre los fajos de documentos, donde trabé amistad con Jawan Shir Rasikh, un joven historiador afgano con una beca Fulbright. Un día a la hora del almuerzo, Jawan Shir me llevó a un puesto de libros de segunda mano —de apariencia poco prometedora— en Jowy Sheer, en la ciudad vieja, para que conociera a su propietario. El librero había comprado muchas de las bibliotecas privadas de las familias nobles afganas que habían emigrado en las décadas de los setenta y ochenta del siglo XX y, en menos de una hora, logré adquirir ocho fuentes inéditas, en farsi y contemporáneas a la Primera Guerra Anglo-Afgana: todas ellas estaban escritas en Afganistán durante o después de la derrota británica, pero, en varios casos, fueron publicadas en imprentas

persas en la India para el consumo interno del país durante el periodo previo a la Rebelión de los Cipayos de 1857.

Dichas fuentes incluyen dos extraordinarios poemas épicos: el *Akbarnama* [Libro de Akbar], de Maulana Hamid Kashmiri, y el *Jangnama* [Historia de la guerra], de Mohammad Ghulam Kohistani Ghulami, ambos considerados las versiones afganas de *El cantar de Roldán* y escritas durante la década de 1840 en un farsi grandilocuente —inspirado en el del antiguo *Shahname* [Libro de los Reyes] de Ferdousí—, para alabar a los líderes de la resistencia afgana. Estas epopeyas parecen ser las únicas supervivientes de la más que probable rica producción poética dedicada al triunfo afgano, transmitida por vía oral de cantor a cantor, de bardo a bardo: después de todo, su victoria sobre los británicos fue una liberación casi milagrosa para los afganos, que lo consideran su Trafalgar, su Waterloo y su batalla de Inglaterra todas juntas.[8]

La única copia conocida del *Jangnama* [Historia de la guerra] apareció en Parwan en 1951, le faltaban la primera y la última página y estaba escrito en papel de la Compañía de las Indias Orientales, en apariencia saqueado del cuartel general británico de Charikar. El poema narra la gesta del líder kohistaní de la resistencia Mir Masjidi, el *pir* sufí naksbandí que durante mucho tiempo había sido considerado una figura importante en el levantamiento, pero que, según este manuscrito, fue el eje de la resistencia. Por el contrario, el *Akbarnama* [Libro de Akbar], que también salió a la luz en 1951, aunque en Peshawar, alaba a Wazir Akbar Khan. «Gracias a este libro», escribe Maulana Kashmiri, «el nombre de Akbar será siempre recordado, como el de Rostam el Grande. Ahora que esta epopeya está terminada, recorrerá el mundo entero y adornará las asambleas de los grandes. Desde Kabul, viajará a cada reunión como la brisa de primavera, de jardín en jardín».[9]

El *Ayn al-Waqayi* [Guerra en Afganistán: hechos y fechas], ofrece una visión un poco posterior a los anteriores relatos y narra el levantamiento desde la perspectiva de Herat, una ciudad del oeste de Afganistán y en la frontera con Persia; mientras que dos relatos de finales del siglo XIX, el *Tarikh-i-Sultani* [Crónica de los Sultanes] y el *Siraj ul-Tawarikh* [La lámpara de las historias], constituyen las crónicas oficiales de los reyes de Afganistán y ofrecen el punto de vista de los sucesores de Dost Mohammad.[10] Las cartas persas de uno de los principales líderes de la resistencia, Aminullah Khan Logari, que han sobrevivido y que, hasta el saqueo de los talibanes, se conservaban en el Museo Nacional de Kabul, han sido hace poco publicadas

por sus descendientes bajo el título de *Paadash-e-Khidmatguzaari-ye-Saadiqaane Ghazi Nayab Aminullah Khan Logari*.[11]

El *Naway Ma'arek* [El canto de las batallas], una narración de Mirza 'Ata Mohammad, rebosante de ira y amargura pero con una perspectiva muy aguda, cuenta la historia de la guerra desde la mirada de un joven oficial de Shikarpur (ahora en Pakistán, pero en la época bajo el control nominal de Kabul) que, aunque comienza su carrera al servicio de Shah Shuja, sufre una gran desilusión cuando este recurre a la ayuda de los infieles, por lo que, en su relato, muestra una simpatía cada vez mayor hacia la resistencia. Utiliza un farsi mogol de provincias muy recargado, pero tiene un toque más ingenioso y vivo que el de cualquier otro escritor de la época. Aunque resulte llamativo, es probable que este libro, que narra con cierta malicia los fracasos de los británicos, fuera encargado por el primer recaudador de impuestos inglés de Shikarpur, E. B. Eastwick. En la introducción, Mirza 'Ata se dirige en un tono algo nervioso a su mecenas, al que le ruega: «Según el dicho, "a veces la verdad es amarga", y, aunque he intentado describir con el mayor tacto posible tanto lo bueno como lo malo de estos acontecimientos, espero no ofender a ningún miembro de las más altas esferas del gobierno. En cualquier caso, las alegrías y las penas de este efímero mundo infiel no son duraderas: "el mundo es como un sueño, da igual cómo te lo imagines, desaparecerá; y, al final, eres tú mismo el que se desvanece"».[12]

Pero, quizá, la fuente más reveladora de todas sea el *Waqi'at-i-Shah Shuja* [Crónica de Sha Shuja]: las vívidas y cercanas memorias de Shah Shuja, escritas durante su exilio en Ludhiana, antes de la guerra, y completadas por uno de sus seguidores, después de su asesinato, en 1842. En su introducción, Shuja explica que «los estudiosos más perspicaces saben que los grandes reyes siempre han documentado los acontecimientos de sus reinados y las victoriosas campañas militares en las que han participado, en ocasiones, poniéndolos por escrito ellos mismos, si poseían dicho talento, o, por lo general, confiando dicho cometido a historiadores y escritores, con la intención de que tales obras sobrevivieran al paso del tiempo. Así fue como este humilde peticionario de la corte del Dios misericordioso decidió registrar las batallas libradas durante su reinado —desde su ascenso al trono a la temprana edad de diecisiete años— para que los historiadores del Jorasán poseyeran un relato verídico de los hechos y los lectores sensatos prestasen atención a estos ejemplos».[13] Estas memorias contienen las esperanzas y los temores del protagonista afgano de la guerra, por lo que constituyen un complemento esencial al material publicado sobre el conflicto.

A pesar de que la mayoría de estas fuentes son bien conocidas por los historiadores afganos hablantes de dari, que las utilizaron en sus obras de corte nacionalista, escritas en dicha lengua, entre las décadas de 1950 y 1970, es sorprendente que los historiadores anglófonos nunca las hayan tenido en cuenta y que ninguna de ellas esté traducida al inglés. Como únicas excepciones, en la década de 1840 apareció en una revista de Calcuta una traducción abreviada de algunos capítulos del *Waqi'at-i-Shah Shuja* [Crónica de Sha Suja], y, en la actualidad, Robert McChesney, de la Universidad de Columbia, está preparando una traducción completa del *Siraj al-Tawarikh* [Historias de luz], a la que, gracias a su generosidad, tuve acceso.

Estas crónicas afganas, ricas y detalladas, nos revelan mucha información que los autores europeos no mencionan o, sin más, desconocen. Las fuentes británicas, por ejemplo, conocen bien las diferentes facciones en el seno de su propio ejército, pero parecen ignorar, en gran medida, las tensiones que dividían a los diferentes grupos insurgentes que conformaban el bando afgano. De hecho, los relatos afganos dejan claro que la resistencia estaba profundamente fracturada: múltiples grupos, dirigidos por múltiples comandantes, acampaban en lugares distintos y, con frecuencia, actuaban sin ningún tipo de coordinación. Además, las facciones rivales tenían objetivos diferentes, lo que las llevaba a formar coaliciones que cambiaban sin cesar en función de sus propios intereses. Uno de los hallazgos más sorprendentes fue el descubrimiento de que, al principio, un gran número de rebeldes deseaba mantener a Shah Shuja como rey y solo pretendía expulsar a sus aliados británicos; estas mismas fuerzas filomonárquicas volvieron a ser fieles a Shah Shuja tan pronto como el ejército británico partió hacia su propia aniquilación en el paso de Khord Kabul. Así como el títere soviético Najibullah sobrevivió mucho más tiempo de lo esperado tras la salida del ejército soviético en la década de 1980, Shah Shuja podría haberse mantenido en el trono de Afganistán de manera indefinida si no hubiera sido asesinado a traición por su propio ahijado debido a los celos y a otros motivos personales.

En los textos afganos, los protagonistas de la resistencia y el rol que jugaron varían un tanto en función de la naturaleza de las fuentes: Mir Masjidi y sus kohistaníes y Aminullah Khan y sus logaris son mucho más prominentes que en las crónicas británicas o en los propios relatos afganos un poco posteriores, escritos bajo el patrocinio de los barakzais y que pretendían enfatizar el papel central de la dinastía victoriosa en el levantamiento, aunque, en realidad, ésta solo fuera decisiva en las etapas finales de la revolución.

Por otra parte, gracias a las fuentes afganas podemos entender a los líderes de la resistencia como personajes redondos, como seres humanos, con emociones, opiniones y motivaciones propias. Mientras los relatos británicos ven, sin más, un frente homogéneo de traidores barbudos «intolerantes» y «fanáticos», las nuevas fuentes contribuyen a hacer más comprensibles las razones por las que varios líderes afganos —muchos de ellos fieles partidarios de Shah Shuja— eligieron arriesgar sus vidas y tomar las armas contra las fuerzas, en apariencia invencibles, de la Compañía. El venerable Aminullah Khan Logari fue insultado por un oficial británico subalterno y perdió sus tierras por negarse a pagar más impuestos a la Corona. El joven e impulsivo Abdullah Khan Achakzai presenció cómo Alexander Burnes seducía a su amante y fue ridiculizado cuando trató de recuperarla. Mir Masjidi estaba a punto de entregarse cuando los británicos, en contra de todo lo que habían acordado, atacaron su fortaleza y masacraron a su familia; tomaron su fuerte y lo convirtieron en la sede del gobierno provincial británico, y sus tierras fueron repartidas entre sus enemigos. Pero, sin duda, el retrato más completo es el de Akbar Khan, un personaje sofisticado y complejo, que amaba la escultura helenística de Gandhara, quería importar el modelo educativo occidental y que, en Kabul, era considerado el líder más gallardo de la resistencia. El *Akbarnama* [Libro de Akbar] contiene incluso una descripción detallada de los placeres de su lecho nupcial. El estereotipo del «musulmán traicionero» de los relatos británicos se transforma, ante nuestros ojos, en una especie de estrella de cine.

Asimismo, las mismas fuentes afganas nos presentan un espejo en el que, en palabras del primo de Alexander Burnes, Robbie Burns, podemos «contemplarnos como nos ven los demás».[14] Según los poetas épicos afganos, Burnes, lejos de ser el aventurero romántico de los textos occidentales, era un embaucador diabólico y encantador, el maestro de la adulación y la traición que corrompió a los nobles de Kabul. «Por fuera parece un hombre, pero por dentro es el mismo diablo», advirtió un noble afgano a Dost Mohammad.[15] Del mismo modo, ante los ojos afganos, los ejércitos occidentales se caracterizaban por su crueldad, su falta de caballerosidad y, sobre todo, su indiferencia ante las víctimas civiles. «Por su rencor y maldad, quemarán las casas y prenderán fuego a las defensas», advertía Dost Mohammad a Akbar Khan en el *Akbarnama* [Libro de Akbar].

Es así como muestran su fuerza
Aterrorizan a todo aquel que se atreve a oponer resistencia

Como de costumbre, someterán al pueblo
para que nadie reivindique la igualdad.[16]

La falta de respeto de los británicos hacia las mujeres es también una queja recurrente en los relatos afganos: las violaban y deshonraban dondequiera que fueran y «daban rienda suelta a su lujuria desenfrenada día y noche». En otras palabras, los invasores son descritos como terroristas traicioneros y opresores que abusan de las mujeres. Esto no responde a la imagen que nosotros deseamos que los afganos tengan de nosotros.

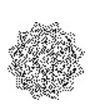
En el centro de toda la documentación afgana se encuentra la enigmática figura de Shah Shuja. En base a sus escritos y a los de sus partidarios, Shuja es considerado un hombre sofisticado y muy inteligente que toma como modelos a los monarcas timúridas de antaño. En el *Waqi'at* [Crónica…] se presenta a sí mismo como alguien decidido, valiente e indestructible, capaz de resistir todo lo que el destino le depara. Esta imagen, confirmada por los testimonios de otros escritores, contrasta de manera sorprendente con la figura corrupta e incompetente, desdeñada por los engreídos administradores británicos que primero reinstalaron en el trono al heredero del Imperio durrani, para luego intentar marginarlo. Tampoco se corresponde con la idea que se tiene de él en el Afganistán actual, donde, tras ciento setenta años de propaganda y demonización barakzai, es considerado un soberano colaboracionista y pusilánime. Shuja recreó a su alrededor un mundo con una fuerte influencia persa, en el que la cultura y la educación eran muy relevantes; no hay indicios de que el sha supiera pastún y, desde luego, no era esa la lengua en la que se expresaba por escrito. Su realeza, igual que la de los mogoles años antes, fue itinerante, y, en muchos aspectos, puede ser considerado el último timúrida: un soberano que gobernó un país que todavía era la encrucijada de Irán, Asia Central, China e Indostán, y no la periferia montañosa en la que más tarde se convertiría.

Visto con perspectiva, el reinado de Shah Shuja marcó el fin de una era y el comienzo de otra. A pesar de sus muchos y costosos fracasos, la Primera Guerra Anglo-Afgana tuvo consecuencias importantes y duraderas. Para los británicos, creó una frontera estable; en pocos años, se anexionaron el Punyab del Kalsa sij y las tierras del bajo Indo antes gobernadas por los emires de Sind. Pero aprendieron la lección de que Peshawar debía permanecer como la frontera noroccidental del Raj.

Para los afganos, la guerra cambió su país para siempre: a su regreso, Dost Mohammad heredó las reformas de los británicos, que le ayudaron a

consolidar un Afganistán mucho más definido que antes de la guerra. De hecho, Shuja y la mayoría de sus contemporáneos nunca usaron la palabra «Afganistán»: para el sha, existía un reino de Kabul, el último fragmento restante del Imperio durrani, situado en el límite de una región geográfica denominada Jorasán. Sin embargo, en tan solo una generación, el término «Afganistán» apareció en los mapas, tanto dentro como fuera del país, y las gentes que vivían en dicho territorio empezaron a llamarse a sí mismos afganos. El regreso de Shah Shuja y la fracasada expedición colonial que pretendía reinstalarlo en el trono terminaron por destruir el poder de la dinastía Sadozai y los últimos vestigios del Imperio durrani que esta había fundado. Como consecuencia, el conflicto contribuyó a definir los límites modernos del Estado afgano y consolidó, de una vez por todas, la idea de una nación llamada Afganistán.

Si la Primera Guerra Anglo-Afgana ayudó a la consolidación de un Estado afgano, la pregunta ahora es si la actual intervención occidental contribuirá a su desaparición. Mientras escribo, las tropas occidentales están de nuevo preparadas para abandonar el país y dejarlo en manos de un débil gobierno popalzai. Es imposible predecir el destino de dicho régimen o del estado fracturado y dividido de Afganistán. Pero, sin duda, lo que Mirza ‘Ata escribió tras lo sucedido en 1842 sigue teniendo validez en la actualidad: «No es fácil invadir o gobernar el reino de Jorasán».



Glosario

akali	seguidor estricto y militante del sijismo. En este periodo, el término fue principalmente utilizado para designar a los *nihangs*, los miembros de una orden militar sij que luchaba contra los enemigos de esta religión. La palabra deriva del término *akal*, el Eterno, el Ser Supremo de los sijs.
alam	estandarte de guerra, también usado por los chiíes como el objeto de las celebraciones del muharram. Por lo general, en forma de lágrima o de mano, son objetos de gran belleza y están ricamente decorados; a los mejores se los considera verdaderas obras maestras de metalistería islámica.
amir	versión abreviada de *amir al-muminin*, «líder de los creyentes».
beg	jefe, gobernante.
busa	heno, forraje.
chela	discípulo, alumno.
chiismo	una de las dos ramas principales del Islam; la división se produjo inmediatamente después de la muerte del Profeta entre los que reconocieron la autoridad de los califas de Medina y los que siguieron a Ali, el yerno del Profeta (en árabe *Shi'at Ali* significa «el partido de Ali»). Aunque la mayoría de los chiíes viven en Irán, siempre ha habido algunos en Afganistán y en la India.
cipayo	soldado indio al servicio de la Compañía de las Indias Orientales.
dak	correo, cartas (en los siglos XVIII y XIX a veces escrito *dawke*).
Dasht	literalmente «prado». La región que se extiende desde el Spin Boldak, al pie de las montañas al sur de Kandahar.
dharamasala	alojamiento para peregrinos.

diwan	oficina gubernamental.
dhoolie	litera cubierta.
durbar	corte real.
faquir	literalmente «pobre». Santón sufí, derviche o nómada asceta musulmán.
fatwa	decisión jurídica.
firangi	extranjero.
ghazal	poesía lírica amorosa urdu y persa.
ghazi	guerrero santo, persona que hace la yihad.
gholam khana	cuerpo de élite de la guardia real sadozai.
hamam	baño de vapor tradicional turco.
harkara	literalmente «factótum». Corredor, mensajero, escriba o incluso espía. En las fuentes de los siglos XVIII y XIX esta palabra se escribe a veces *hircarrah*.
haveli	casa con patio, mansión tradicional, palacete.
havildar	suboficial cipayo equivalente a sargento.
iftar	cena que rompe el ayuno durante el ramadán.
izzat	honor.
yezail	rifle de cañón largo de mecha, pesado, lento y poco práctico a la hora de cargarlo, pero de gran precisión para largas distancias en las manos de un tirador experimentado.
yezailchi	soldado de infantería afgano armado con un *yezail* de cañón largo.
jirga	asamblea tribal; consejo en el cual los ancianos pastunes resuelven las disputas según el *pashtunwali*, el código de leyes y ética pastún.
juwan	hombre joven.
kafila	caravana.
kafilabashi	caravanero.
kajawah	cesta de mimbre colgada del costado de un camello.
kalsa	literalmente «los puros», «los libres». En este periodo se utilizó para denominar al ejército sij de Ranjit Singh, aunque es un término más apropiado para referirse a toda la nación sij.

kan	jefe de una tribu pastún.
khel	término pastún para «linaje».
khutba	sermón pronunciado en la oración de los viernes.
kotwal	jefe de policía.
kumbukht	granuja; persona marginada, desesperada o desafortunada.
lakh	cien mil.
malang	faquir, derviche o *qalandar* nómada.
malik	jefe de una aldea o dirigente local.
masjid	mezquita.
mooli	rábano.
munshi	escritor indio, secretario personal o profesor de idiomas.
naib	asistente.
namak haram	literalmente «malo para tu sal», alguien ingrato o desleal.
Nauroz	fiesta del Año Nuevo persa, que se celebra el 20 de marzo.
palki	palanquín o litera cerrada para viajar en ella.
pastún	lengua del pueblo pastún hablada en la frontera noroeste de Pakistán y en el sur de Afganistán.
pir	maestro sufí o santón.
pirzada	oficial de un santuario sufí, a menudo un descendiente del santo fundador.
pishkhidmat	sirviente personal de un *sardar* o rey.
pustin	abrigo afgano de piel de oveja (del dari *post*, «piel»)
qalandar	mendigo o santón loco sufí.
qizilbash	literalmente «cabeza roja», nombre dado a los soldados safávidas (y posteriores comerciantes) debido al gorro alto de color rojo que llevaban debajo de sus turbantes. Estos colonos chiíes llegaron por primera vez a Afganistán desde Persia con los ejércitos de Nadir Sah y, más tarde, actuaron como la guardia real de los durranis. En la década de 1830, formaron su comunidad separada, con sus barrios propios, Chindawal y Murad Khani, y sus líderes

	propios; cualquier aspirante al trono debía comprar su lealtad.
rahdari	subsidio pagado a las tribus de montaña a cambio de la salvaguarda de los caminos y de la protección de los ejércitos y comerciantes que se trasladan por ellos.
rissalah	unidad de caballería.
rundi	bailarina o prostituta. Se ha sugerido que este término hindi podría ser la raíz de la palabra inglesa *randy*.
sangar	trinchera poco profunda protegida por un muro de barro bajo o parapeto tradicionalmente construida por los combatientes afganos para proteger a los *jechailzi*.
sardar	jefe, comandante o noble. Entre los sadozais, era el título militar ostentado por el jefe de los clanes durrani y por todos los miembros de la familia real. Entre los sijs, el título fue otorgado a todos los seguidores del Kalsa y en la India moderna este término se utiliza para referirse de manera respetuosa a cualquier sij.
sawar	soldado de caballería. En este periodo, también escrito *suwar* o *sowar*.
sayyed	(femenino *sayyida*) descendiente directo del profeta Mahoma. Generalmente poseen el título de *mir*.
shahzada	príncipe.
shamiana	tienda ceremonial india o paneles de tela alrededor del perímetro de un campamento.
shir maheh	pez de agua dulce afgano cuyo sabor es parecido al de la trucha.
sipahee	término persa para «soldado»; fue adaptado por los británicos a la palabra *sepoy* («cipayo» en castellano) para designar en concreto a un soldado indio al servicio de la Compañía de las Indias Orientales.
surwan	camellero.
syce	mozo de cuadra.
talib	estudiante religioso.

takht	asiento o trono.
thannah	puesto o estación de policía presidida por un *thanadar*.
tomán	unidad monetaria persa. En la época de la Primera Guerra Anglo-Afgana, cinco tomanes equivalían, aproximadamente, a una libra esterlina.
tykhana	cámara o conjunto de cámaras frigoríficas subterráneas.
ulema	en árabe, «los que poseen conocimiento», es decir, «la comunidad de los eruditos». De hecho, hace referencia al clero islámico, al cuerpo de hombres con conocimientos suficientes sobre el Corán, la sunna y la sharia para tomar decisiones sobre asuntos religiosos. La palabra *ulema* es un plural en árabe; el singular es *alim*, «erudito».
vakil	representante, jefe o embajador. En el uso moderno generalmente significa «abogado».
waqf	según la ley islámica, donación inalienable; generalmente hace referencia a un edificio religioso o una parcela de tierra reservada para fines religiosos o benéficos musulmanes.
wazir / visir	consejero de estado, ministro.
yaghistan	concepto propio de los pastunes por el cual consideraban sus territorios como «tierra de libertad y rebelión».
yhad	guerra santa.
yihadista	guerrero santo.
zenana	harén o dependencias para las mujeres.
zikr	trance o éxtasis alcanzado durante una ceremonia sufí.

Bibliografía

Abreviaturas bibliográficas

BL British Library
OIOC Oriental and India Office Collections
NAI National Archives of India
PRO Public Records Office
NAM National Army Museum

Fuentes manuscritas en lenguas europeas

Oriental and India Office Collections, British Librar y (antigua India Office Library), Londres.

Mss Eur A52: Major General Sir Herbert Edwardes Letter
Mss Eur A186: Lady Sale Letter
Mss Eur B14 y Mss Eur K115: *Forster Papers*
Mss Eur B191: Auckland Letters
Mss Eur B198: Viscount Howick Letter
Mss Eur B234: William Wilberforce Bird Letter
Mss Eur B330: Outram Journal
Mss Eur B415: Robert Sale Letter
Mss Eur C70: Beresford Journals
Mss Eur C181: Douglas Letters
Mss Eur C260: Captain Henry Fleming Letters
Mss Eur C529: General Sir Arthur Borton Letters
Mss Eur C573: Collister, *Hostage in Afghanistan*
Mss Eur C634: Herries Letters
Mss Eur C703: Anderson Captivity Diary
Mss Eur C814: Lieutenant George Mein Papers

Mss Eur D160: Webb, *Reminiscences of a Hostage at Cabul 1841-42* (del coronel E. A. H. Webb, recopilado por su hijo, el teniente coronel E. A. H. Webb)

Mss Eur D484: Anonymous Diary, *March from Quettah*

Mss Eur D552: Auckland Letters

Mss Eur D634: Hutchinson Family Papers, incluye Mss *Journal of the Campaign in Afghanistan, a manuscript account of the First Afghan War compiled from letters of Captain Codrington, Bengal Army, by his widow*

Mss Eur D645: Kabul Relief Fund, Bombay Committee

Mss Eur D649: Besant Letters

Mss Eur D649 y D1118: Jasper Nicholls Letters

Mss Eur D937: Thomas Nicholl Papers

Mss Eur E161-70, Mss Eur E195: Masson Correspondence

Mss Eur E262: Carter Journal

Mss Eur E342: Hogg Collection

Mss Eur E359: Colvin Collection, incluye *Diaries of John Russell Colvin*

Mss Eur F88-9: Elphinstone Papers, incluye *Blue Book on the Disaster in Afghanistan, 1843*

Mss EurF128/196: Edward Strachey papers

Mss Eur F171: Werge Thomas Collection, incluye las cartas entre Shakespear y Todd y *James Abbott's March from Candahar to Herat*

Mss Eur F213: Broughton Collection, incluye *Memorandum regarding the Treaty of Lahore between Ranjit Singh, Shah Shuja, and the British Govt*

Mss Eur F33: Macnaghten Papers

Mss Eur F439: Pollock Papers, incluye *Report on the Destruction of the Covered Bazaar, Cabul, 1842, Reports of Atrocities in Jelalabad, Vindication of the Conduct of Captain T. P. Walsh* y la correspondencia entre Mohan Lal y Shakespear

Mss Eur Photo Eur 057: Dennie Letters

Mss Eur Photo Eur 353: Nott Letters

Mss Eur Photo Eur 452: East India Company Letters

IOR, Secret and Political, L/PS/5: Correspondence Relating to Persia and Afghanistan, 1839-42

IOR, Secret and Political, L/PS/20: Correspondence Relating to Persia and Afghanistan, 1834-39

F/4/1466: Extract Fort William Political Consultations

F/4/1466: Boards Collections

IOR/P/BRN/SEC/372, IOR/P/BEN/SEC/380: Bengal Secret Consultations

IOR/HM/534-45 (en particular el vol. 39: Nicholls Papers y Nicholls' Journal): Papers Connected with Sale's Brigade in Afghanistan

IOR/H/546: Letter Book of Major General Sir Willoughby Cotton

British Library, Londres.

Add Mss 36456-83: Auckland Papers

Add Mss 37274-318: Wellesley Papers

Add Mss 37689-37718: Auckland Letter Books

Add Mss 40128: Broadfoot Papers

Add Mss 43144: Aberdeen Papers

Add Mss 43744: Broughton Diaries and Memorandum

Add Mss 46915: Broughton Papers

Add Mss 47662: Rawlinson Notebooks

Add Mss 48535: Palmerston Papers

Royal Geographical Society, Londres.

HC2-7: Rawlinson Papers

The National Archives, Public Record Office, Londres.

PRO 30/12: Ellenborough Papers

PRO FO/705/32: Pottinger Papers

FO 30/12/62: Rawlinson to Hammersley, 3 May 1842

FO 60/58: MacNeill's reports from the Tehran Embassy–MacNeill to Palmerston/de MacNeill a Palmerston

FO 65/233: Durham to Palmerston, 28 February 1837

FO 181/130: Palmerston to Durham, 16 January 1837

FO 705/32: Masson Papers

National Army Museum Library, Londres.

NAM 6807-224: Bruce Norton Letters
NAM 8301-60: Brydon Diary
NAM 2002-07-12-2-3: Clunie Letter
NAM 6508-50: Dawes Journal
NAM 2008-1839: Gaisford Letters
NAM 8109-63: Haslock Papers
NAM 1999-02-116-1: Magrath Letters
NAM 1968-07-207-1: Milne Diary
NAM 6308-44-30: Outram Papers
NAM 7604/9: Pennycuik Papers
NAM 7101-24-3: Roberts Letters
NAM 9109-45: Rose Correspondence
NAM 6807-48: Shelton Defence
NAM 6912-6: Souter Letter
NAM 9007-77: Stapylton's «Journal»
NAM 1968-07-128-1: Trower Journal
NAM 1965-03-65-2-6: Wade Correspondence

National Archives of India, Nueva Delhi.

Secret Consultations
Political Consultations
Foreign Consultations
Foreign Miscellaneous
Secret Letters to Court
Secret Letters from Court
Political Letters to Court
Political Letters from Court
Delhi Gazette
Punjab Archives, Lahore.
Delhi Residency Papers
Ludhiana Agency Papers

Private Collections.
The Fraser Papers, Inverness
Hugh Johnson Journal, Argyll
Walsh Papers, Abergavenny

Tesis doctorales inéditas

Hanifi, S. M., *Inter-regional Trade and Colonial State Formation in Nineteenth Century Afghanistan*, University of Michigan, 2001.

Kapadia, E. R., *The Diplomatic Career of Sir Claude Wade: A Study of British Relations with the Sikhs and Afghans, July 1823-March 1840*, SOAS.

Fuentes persas y urdus

Manuscritos

National Archives of India, Nueva Delhi.
Karim, M. A., *Muharaba Kabul wa Kandahar* [Guerra en Kabul y Kandahar], Kanpur, 1851.

Textos publicados

Amini, M. H., *Paadash-e-Khidmatguzaari-ye-Saadiqaane Ghazi Nayab Aminullah Khan Logari* (Las cartas del *ghazi* Aminullah Kan Logari), Kabul, 2010.

Azam, M., *Tarikh-Kashmir Azami*, Lahore, 1303/1885.

Busse, H. (trad.), *History of Persia under Qajar Rule Translated from the Persian of Hasan-e-Fasai's Farsnama-ye Naseri*, New York, 1972.

Durrani, S. M. K. ibn M. K., *Tarikh-i-Sultani* [Crónica de los Sultanes], se empezó a escribir el 1 de ramadán de 1281 AH/H (domingo 29 de enero 1865) y se publicó por primera vez el 14 de shawwal de 1298 AH/H (viernes 8 de septiembre de 1881), Mumbay, 1881.

Herawi, M. A. F. R., *Ayn al-Waqayi: Tarikh-i Afghanistan* [Guerra en Afganistán: hechos y fechas], escrito *ca*. 1845 y publicado en Teherán en 1369/1990.

Karim, M. A., *Muharaba Kabul wa Kandahar* [Guerra en Kabul y Kandahar], Kanpur, 1851.

Kashmiri, M. H., *Akbarnama. Asar-i manzum-i Hamid-i Kashmiri*, escrito *ca*. 1844 y publicado en Kabul en 1330 AH/H/1951, con un prefacio de Ahmad-Ali Kohzad.

Kohistani, M. M.-G. A.-zada, nacido como Mulla Timur-sah, *Mutakhallis ba* «Gulam» (o «Gulami» Mohammad Ghulam), *Jangnama. Dar wasfi-i mujahidat-i Mir Masjidi-khan Gazi wa sair-i mudjahidin rashid-i milli-i aliya-i mutajawizin-i ajnabi dar salha-yi 1839-1842 i. Asar: Maulina* [sic] *Muhammad-Gulam Kuhistani mutakhallis ba* «*Gulami*», Kabul 1336 AH/H/1957 (*Anjuman-i tarikh-i Afghanistan*, n.º 48) [prefacio de Ahmad-Ali Kohzad, sin índice]. *Ídem*: *Aryana*, XXI (1333-4 AH/H/1955), n.º 7, pp. 1-8, n.º 8, pp. 1-8, n.º 9, pp. 33-40, n.º 10, pp. 33-40; XIV (1334-5 AH/H/1956), n.º 1, pp. 29-32, n.º 3, pp. 33-40, n.º 4, pp. 37-40, n.º 5, pp. 41-48, n.º 6, pp. 17-24, n.º 9, pp. 41-48, n.º 10, pp. 41-48; XV (1335–6 AH/H/1957), n.º 1, pp. 41-48, n.º 2, pp. 33-40, n.º 3, pp. 45-48, n.º 5, pp. 49-56, n.º 6, pp. 17-24, n.º 7, pp. 49-56, n.º 8, pp. 41-48, n.º 9, pp. 41-48 (*vid.* Afshar, *MaQalat*, I, n.º 5861).

Mohammad, F., *Siraj ul-Tawarikh* [La lámpara de las historias], R. D. McChesney (trad.), (en prensa) (publicado por primera vez en Kabul, 1913).

Mohammad, M. A., *Naway Ma'arek* [El canto de las batallas], publicado como *Nawa-yi ma'arik. Nuskha-i khatt-i Muza-i Kabul mushtamal bar waqi'at-i 'asr-i Sadoza'i u Barakzai, ta lif-i Mirza Mirza 'Ata-Muhammad*, Kabul, 1331 AH/H/1952 (*Nashrat-i Anjuman-i tarikh*, n.º 22) [con un prefacio de Ahmad-Ali Kohzad, sin índice]. *Ídem*: *Aryana*, VIII (1328-9

AH/H/1950), n.os 7-10, pp. 41-48, n.º 11, pp. 46-48, n.º 12, pp. 49-56; IX (1329-30 AH/H/1951), n.os 1-12, pp. 41-48; X (1330-1 AH/H/1952), n.os 1-9, pp. 41-48, n.º 10, pp. 49-56.

Popalzai, A.-D., *Durrat uz-Zaman*, Kabul, 1959.

Priestly, H. (trad.), *Afghanistan and its Inhabitants, Translated from the Hayat-i-Afghani of Muhammad Hayat Khan*, Lahore, 1874.

Qalandar, T. A. S. T., *Tadhkira-i Sukhunwaran-Chashm-Didah*, sin fecha de publicación.

Shuja, S., *Waqiat-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], escrito en 1836, completado por Mohammad Husain Herati en 1861 y publicado como *Waqi'at-i Shah-Shuja. Daftar-i avval, duvvum: az Shah-Shuja. Daftar-i sivvum: az Muhammad-Husain Harati* en Kabul en 1333 AH/H/1954 (*Nashrat-i Anjuman-i tarikh-i Afganistan*, n.º 29) [publicado a partir del texto del manuscrito de Kabul, sin notas ni índice y con un prefacio de Ahmad-Ali Kohzad]. *Ídem*: *Aryana*, X (1330-1 AH/H/1952), n.º 11, pp. 33-40, n.º 12, pp. 33-40; XI (1331-2 AH/H/1953), n.os 1-4, pp. 49-56, n.º 5, pp. 49-51, n.os 6-11, pp. 49-56

Obras y artículos de la época escritos en lenguas europeas

Ali, S., *The Sikhs and Afghans in Connexion with India and Persia*, London, 1847.

Allen, Rev. I. N., *Diary of a March through Sindhe and Afghanistan*, London, 1843.

Archer, Major, *Tours in Upper India and in Parts of the Himalaya Mountains*, 2 vols., London, 1833.

Argyll, Duke of (George Douglas Campbell), *The Afghan Question from 1841 to 1878*, London, 1879.

Atkinson, J., *The Expedition into Afghanistan: Notes and Sketches Descriptive of the Country contained in a personal Narrative During the Campaign of 1839 and 1840 up to the Surrender of Dost Mohamed Khan*, London, 1842.

Barr, W., *Journal of a March from Delhi to Peshawar and thence to Cabul*, London, 1844.

Bengal Officer, A, *Recollections of the First Campaign West of the Indus and of the Subsequent Operations of the Candahar Force*, London, 1845.

Benson, A. C. and Viscount, E. (ed.), *The Letters of Queen Victoria: A Selection from Her Majesty's Correspondence between the Years 1837 and 1861*, 3 vols., vol. II: *1844-1853*, London, 1908.

Blaramberg, I. F., *Vospominania* [Memorias], Moskva, 1978.

Broadfoot, Major W., *The Career of Major George Broadfoot, CB*, London, 1888.

Buckle, Captain E., *Memoirs of the Services of the Bengal Artillery from the Formation of the Corps to the Present Time with Some Account of its Internal Organization*, London, 1852.

Buist, G., *Outline of the Operations of the British Troops in Scinde and Affghanistan, betwixt Nov. 1838 and Nov. 1841; with Remarks on the Policy of the War*, Mumbay, 1843.

Burnes, A., *Travels into Bokhara, Being the Account of a Journey from India to Cabool, Tartary and Persia, also a Narrative of a Voyage on the Indus from the Sea to Lahore*, 3 vols., London, 1834.

Burnes, A., *Reports and Papers, Political, Geographical and Commercial, Submitted to Government by Sir Alexander Burnes, Lt Leech, Dr Lord and Lt Wood, Employed on Missions in the Years 1835-36-37 in Scinde, Affghanistan and Adjacent Countries*, Calcatta, 1839.

Burnes, A., *Cabool: A Personal Narrative of a Journey to, and Residence in that City in the Years 1836, 7 and 8*, London, 1843.

Burnes, J., *Sketch of the History of the Knights Templars*, Edinburgh, 1837.

Calendar of Persian Correspondence of the Punjab Archives abstracted into English, 3 vols., Lahore, 1972-2004.

Conolly, A., *Journey to the North of India, 1829-31*, 2 vols., London, 1838.

Cumming, J. S., *A Six Year Diary*, London, 1847.

Darmesteter, J., *Chants Populaires des Afghans*, Paris, 1888-1890.

Dennie, Colonel W. H., *Personal Narrative of the Campaigns in Afghanistan* en W. E. Steele (ed.), Dublin, 1843.

Durand, H. M., *The First Afghan War and its Causes*, London, 1879.

Eastwick, E. B. (un antiguo político), *Dry Leaves from Young Egypt, being a Glance at Sindh before the Arrival of Sir Charles Napier*, London, 1851.

Eden, E., *Miss Eden's Letters*, editadas por su sobrina nieta Violet Dickinson, London, 1927.

Eden, E., *Up the Country: Letters written to her Sister from the Upper Provinces of India*, Oxford, 1930.

Eden, F., *Tigers, Durbars and Kings: Fanny Eden's Indian Journals, 1837-1838*, transcritas y editadas por Janet Dunbar, London, 1988.

Ellenborough, E. L., Count of, *A Political Diary*, Reginald Charles Edward (ed.), Abbot, London, 1881.

Elphinstone, M., *An Account of the kingdom of Caubul, and its dependencies in Persia, Tartary, and India; comprising a view of the Afghaun nation, and a history of the Dooraunee monarchy*, London, 1819.

Eyre, Captain V., *Journal of Imprisonment in Affghanistan*, London, 1843.

Eyre, Major-General Sir V., *The Kabul Insurrection of 1841-2*, London, 1879.

Fane, H., *Five Years in India, Comprising a Narrative of Travels in the Presidency of Bengal; a visit to the court of Runjeet Sing, etc.*, London, 1842.

Fane, I., *Miss Fane in India*, John Pemble (ed.), Gloucester, 1985.

Forbes, A., *The Afghan Wars–1839-42 and 1878-80*, London, 1892.

Forrest, G. W., *Life of Field Marshal Sir Neville Chamberlain, GCB, GCSI*, Edinburgh, 1909.

Forster, G., *A Journey from Bengal to England through the Northern Part of India, Kashmire, Afghanistan, and Persia, and into Russia, by the Caspian Sea*, 2 vols., London, 1798.

Fraser, J. B., *A Winter's Journey from Constantinople to Tehran with Travels through Various Parts of Persia*, 2 vols., London, 1838.

Frontier and Overseas Expeditions from India, Compiled in the Intelligence Branch Division of the Chief of Staff Army Headquarters, India, vol. I: *Tribes North of the Kabul River*, Simla, 1907.

Garrett, Lt-Col. H. L. O. and Chopra, G. L., *Events at the Court of Ranjit Singh 1810-1817, Translated from the Papers in the Alienation Office*, Poona, 1935.

Gleig, Rev. G. R., *Sale's Brigade in Afghanistan*, London, 1843.

Greenwood, Lieutenant J., *Narrative of the Late Victorious Campaign in Afghanistan under General Pollock*, London, 1844.

Griffin, L., *Ranjit Singh and the Sikh Barrier between our Growing Empire and Central Asia*, Oxford, 1892.

Harlan, J., *Central Asia: Personal Narrative of General Josiah Harlan, 1823-1841*, F. E. Ross (ed.), London, 1939.

Harlan, J., *A Memoir of India and Avghanistaun, with Observations on the Present Exciting and Critical State and Future Prospects of those Countries*, Philadelphia, 1842.

Haughton, Colonel J., *Char-ee-Kar and Service There with the 4th Goorkha Regiment, Shah Shooja's Force, in 1841*, London, 1878.

Havelock, H., *Narrative of the War in Affghanistan in 1838-9*, 2 vols., London, 1840.

Holdsworth, T. W. E., *The Campaign of the Indus: A Series of Letters from an Officer of the Bombay Division*, London, 1841.

Honigberger, J. M., *Thirty Five Years in the East: Adventures, Discoveries, Experiments and Historical Sketches Relating to the Punjab and Cashmere in Connection with Medicine, Botany, Pharmacy, etc.*, London, 1852.

Hough, Major W., *A Narrative of the March and Operations of the Army of the Indus 1838-1839, in the expedition to Affghanistan, in the years 1838-1839: comprising also the history of the Dooranee Empire*, London, 1841.

Jacquemont, V., *Letters From India (1829-32)*, Catherine Phillips (trad.), 2 vols., London, 1936.

Kashmiri, M. L., *Life of Amir Dost Mohammad of Kabul,* 2 vols., London, 1846.

Kashmiri, M. L., *Travels in the Panjab, Afghanistan and Turkistan to Balk, Bokhara, and Herat and a visit to Great Britain and Germany*, London, 1846.

Kaye, Sir J. W., *History of the War in Afghanistan: From the unpublished letters and journals of political and military officers employed in Afghanistan, etc.*, 3 vols., London, 1851.

Kaye, Sir J. W., *Lives of Indian Officers*, 3 vols., London, 1867.

Kennedy, R. H., *Narrative of the Campaign of the Army of the Indus in Sind and Kaubool in 1838-9*, 2 vols., London, 1840.

Khalfin, N. A., *Vozmezdie ozhidaet v Dzhagda* [Drama in a Boarding House], Moskva, 1973.

Khalfin, N. A., predislovie k sb. *Zapiski o Bukharskom Khanstve* [Prefacio de las notas sobre el kanato de Bujará] Moskva, 1983. Este volumen incluye *Zapiska, sostav-lennaia po rasskazam Orenburgskogo lineinogo bataliona No 10 praporshchika Vitkevicha otnositelno ego puti v Bukharu i obratno* [Anotaciones basadas en el relato de Vitkevich, portaestandarte del 10.º Batallón de Maniobras Tácticas de Oremburgo, de su viaje de ida y vuelta a Bujará].

Lawrence, Sir G., *Reminiscences of Forty Three Years in India*, London, 1875.

Lawrence, H. M. L., *Adventures of an Officer in the Service of Runjeet Singh*, London, 1975.

Low, Ch. R., *The Life and Correspondence of Field Marshal Sir George Pollock*, London, 1873.

Low, Ch. R., *The Journal and Correspondence of Augustus Abbott*, London, 1879.

Lushington, H., *A Great Country's Little Wars, or England, Affghanistan and Sinde, being a Sketch, with Reference to their Morality and Policy, of Recent Transactions on the North Western Frontier of India,* London, 1844.

Lutfullah, *Autobiography of Lutfullah: An Indian's Perception of the West*, S. A. I. Tirmizi (ed.), London, 1857.

MacAlister, F. (su nieta), *Sir John MacNeill, GCB and of his Second Wife Elizabeth Wilson*, London, 1910.

Mackenzie, D. N. (trad.), *Poems from the Divan of Khushal Khan Khattak*, London, 1965.

Mackenzie, H., *Storms and Sunshine of a Soldier's Life: Lt. General Colin Mackenzie CB 1825-1881*, 2 vols., Edinburgh, 1884.

MacNeill, Sir J., *The Progress and Present Position of Russia in the East*, London, 1836.

Malcolm, Sir J., *Political History of India*, 2 vols., London, 1826.

Malleson, G. B., *History of Afghanistan from the Earliest Period to the Outbreak of War 1878*, London, 1878.

Malmesbury, J. H. H., *Memoirs of an Ex-Minister: An Autobiography*, 2 vols., London, 2006.

Masson, Ch., *Narrative of Various Journeys in Baluchistan, Afghanistan and the Panjab, 1826 to 1838,* 3 vols., London, 1842.

Nash, Ch. (ed.), *History of the War in Affghanistan from its Commencement to its Close,* London, 1843.

Neill, J. M. B., *Recollections of Four Years' Service in the East with HM Fortieth Regiment under Major General Sir W. Nott GCB*, London, 1845.

Osborne, W. G., *The Court and Camp of Runjeet Sing*, London, 1840.

Outram, J., *Rough Notes of the Campaign in Sinde and Affghanistan in 1838-9, being extracts from a personal journal kept while serving on the staff of the Army of the Indus*, London, 1840.

Panday, S. R., *From Sepoy to Subedar: Being the Life and Adventures of Subedar Sita Ram, a Native Officer of the Bengal Army, Written and Related by Himself*, Lieutenant-Colonel J. T. Norgate (trad.), London, 1873.

Parkes, F., *Wanderings of a Pilgrim in Search of the Picturesque*, London, 1850.

Perovsky, V. A., *A Narrative of the Russian Military Expedition to Khiva under General Perofski in 1839*, traducido del ruso por el Foreign Department of the Government of India, Calcatta, 1867.

Polferov, I. A., «Predatel» [El traidor], *Istoricheskij Vestnik*, Sankt-Peterburg, vol. 100, 1905.

Prinsep, H. T., *History of the Punjab, and of the rise, progress, & present condition of the sect and nation of the Sikhs [Based in part on «The Origin of the Sikh power in the Punjab and political life of Muha-Raja Runjeet Singh»]*, London, 1846.

Rattray, J., *The Costumes of the Various Tribes, Portraits of Ladies of Rank, Celebrated Princes and Chiefs, Views of the Principal Fortresses and Cities, and Interior of the Cities and Temples of Afghaunistan from Original Drawings*, London, 1848.

Raverty, Major H. G., *Notes on Afghanistan and Baluchistan*, London, 1862.

Rawlinson, G., *A Memoir of Major-General Sir Henry Creswicke Rawlinson*, London, 1898.

Rawlinson, H. C., «Notes on a March from Zohab, at the Foot of Zagros, along the Mountains to Khuzistan (Susiana), and from Thence through the Province of Luristan to Kirmanshah, in the Year 1836», *Journal of the Royal Geographical Society of London*, vol. 9 (1839), pp. 26-116.

Rawlinson, H. C., «Notes on a Journey from Tabriz, through Persian Kurdistan, to the Ruins of Takhti-Soleiman, and from Thence by Zenjan and Tarom, to Gilan, in October and November, 1838; With a Memoir on the Site of the Atropatenian Ecbatana Author», *Journal of the Royal Geographical Society of London*, vol. 10 (1840), pp. 1-64.

Records of the Ludhiana Agency, Lahore, 1911.

Robinson, P., *Cabul–The Ameer, His Country and His People*, London, 1878.

Sale, Lady F., *A Journal of the Disasters in Affghanistan 1841-2*, London, 1843.

Seaton, Major-General Sir Th., *From Cadet to Colonel: The Record of a Life of Active Service*, London, 1873.

Simonitch, I. O., *Précis historique de l'avènement de Mahomed-Schah au trône de Perse par le Comte Simonich, ex-Ministre Plénipotentiaire de Russie à la cour de Téhéran*, Moskva, 1967.

Sinha, N. K. and Dasgupta, A. K., *Selections from the Ochterlony Papers,* Kolkata, 1964.

Sleeman, Major-General Sir W. H., *Rambles and Recollections of an Indian Official*, Oxford, 1915.

Stacy, Colonel L. R., *Narrative of Services in Beloochistan and Affghanistan in the Years 1840, 1841, & 1842*, London, 1848.

Stocqueler, J. H., *Memorials of Affghanistan: State Papers, Official Documents, Dispatches, Authentic Narratives etc Illustrative of the British Expedition to, and Occupation of, Affghanistan and Scinde, between the years 1838 and 1842*, Calcatta, 1843.

Stocqueler, J. H., *The Memoirs and Correspondence of Sir William Nott, GCB,* 2 vols., London, 1854.

Suri, V. S., *Umdat-ut-Tawarikh: An Original Source of Punjab History: Chronicles of the Reign of Maharaja Ranjit Singh 1831-1839 by Lala Sohan Lal Suri*, Delhi, 1961.

Taylor, W., *Scenes and Adventures in Afghanistan,* London, 1842.

Teer, E., *The Siege of Jellalabad 1841-42*, London, 1904.

Trotter, L. J., *The Life of John Nicholson, Soldier and Administrator*, London, 1898.

Urquhart, D., *Diplomatic Transactions in Central Asia from 1834-1839,* London, 1841.

Vigne, G., *A Personal Narrative of a Visit to Ghuzni, Kabul and Afghanistan and a Residence at the Court of Dost Mohamed with Notices of Runjit Singh, Khiva, and the Russian Expedition*, London, 1840.

Wade, Sir C. M., *A Narrative of the Services, Military and Political, of Lt. Col. Sir C. M. Wade,* Ryde, 1847.

Warburton, R., *Eighteen Years in the Khyber 1879-1898*, London, 1900.

Wellesley, A., Duke of Wellington, *Supplementary Despatches and Memoranda of Field Marshal Arthur Duke of Wellington,* editado por su hijo, el segundo duque de Wellington, 15 vols., London, 1858-1872.

Wellesley, R., marquess of Wellesley, *The Despatches, Minutes and Correspondence of the Marquess Wellesley KG during his*

Administration of India, Montgomery Martin (ed.), 5 vols., London, 1840.

Wellesley, R., marquess of Wellesley, *Two Views of British India: The Private Correspondence of Mr Dundas and Lord Wellesley: 1798-1801*, Edward Ingram (ed.), London, 1970.

Wilbraham, Captain R., *Travels in the Transcaucasian Provinces of Russia in the Autumn and Winter of 1837*, London, 1839.

Wilson, H. H., *Ariana Antiqua–A Descriptive Account of the Antiquities and Coins of Afghanistan: With a Memoir on the Buildings Called Topes by C. Masson Esq.*, London, 1841.

Wolff, J., *Researches and Missionary Labours among the Jews, Mohammedans and Other Sects*, London, 1835.

Wood, J., *A Personal Narrative of a Journey to the Source of the River Oxus by the Route of the Indus, Kabul and Badakshan, Performed under the Sanction of the Supreme Government of India, in the Years 1836, 1837, and 1838*, London, 1841.

Fuentes secundarias: Obras y artículos

Alder, G. J., «The 'Garbled' Blue Books of 1839–Myth or Reality?», *Historical Journal*, vol. 15, n.º 2 (June 1972), pp. 229-259.

Alder, G. J., «The Key to India?: Britain and the Herat Problem 1830-1863–Part 1», *Middle Eastern Studies*, vol. 10, n.º 2 (May 1974), pp. 186-209.

Allen, Ch., *Soldier Sahibs: The Men Who Made the North-West Frontier*, Abacus, London, 2000.

Amini, I., *The Koh-i-Noor Diamond*, Roli Books, Dilli, 1994.

Amini, I., *Napoleon and Persia*, Routledge, Washington, DC, 1999.

«Sobrannye Kavkazskoi arkheograficheskoi komissiei (AKAK): Instruktsia por. Vitkevichu ot 14 maya 1837, n.º 1218» [Actas reunidas por la Comisión Arqueológica del Caúcaso: Instrucción del teniente Vitkevich del 14 de mayo de 1837, n.º 1218], *Akty*, vol. 8, pp. 944-945

«Poslantsy iz Afganistana v Rossiu» [Embajadores de Afganistán en Rusia], Part II, *Russkaya Starina*, n.º 8 (1880), p. 789.

Archer, M. and Falk, T., *India Revealed: The Art and Adventures of James and William Fraser 1801-35*, Weidenfeld Nicolson Illustrated, London, 1989.

Atkin, Muriel, *Russia and Iran 1780-1828*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1980.

Avery, P., Hambly, G. and Melville, Ch., *The Cambridge History of Iran*, vol. VII: *From Nadir Shah to the Islamic Republic*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991.

Axworthy, M., *The Sword of Persia: Nader Shah from Tribal Warrior to Conquering Tyrant*, I B Tauris, New York, 2006.

Axworthy, M., *Iran: Empire of the Mind–A History from Zoroaster to the Present Day*, Penguin Books, London, 2007 [ed. en esp.: *Irán. Una historia desde Zoroastro hasta hoy*, Turner, Madrid, 2010].

Baddeley, J. F., *The Russian Conquest of the Caucasus*, Nabu Press, New York, 1908.

Banerjee, A. C., *Anglo-Sikh Relations: Chapters from J. D. Cunningham's History of the Sikhs*, A. Mukherjee, Calcatta, 1949.

Banerjee, A. C., *The Khalsa Raj*, Abhinav Publications, Dilli, 1985.

Banerjee, H., *The Sikh Khalsa and the Punjab: Studies in Sikh History, to the Nineteenth Century*, Tulika, Dilli, 2002.

Bansal, B. S., *The Lion's Firanghis: Europeans at the Court of Lahore*, Coronet House Publishing, London, 2010.

Barfield, Th. J., «Problems of Establishing Legitimacy in Afghanistan», *Iranian Studies*, vol. 37 (June 2004), n.º 2, pp. 263-293.

Barfield, Th., *Afghanistan: A Cultural and Political History*, Princeton University Press, Princeton, 2010.

Barthorp, M., *Afghan Wars and the North West Frontier 1839-1947*, Cassell, London, 1982.

Bayly, C. A., *Imperial Meridian: The British Empire and the World 1780-1830*, Routledge, London, 1989.

Bayly, C. A., *Empire and Information: Intelligence Gathering and Social Communication in India 1780-1870*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996.

Bell, H. C. F., *Lord Palmerston*, Longmans, Green & Co., Hamden, 1966.

Bence-Jones, M., *Palaces of the Raj*, Routledge, London, 1973.

Bence-Jones, M., *The Viceroys of India*, St Martin's Press, London, 1982.

Bilgrami, A. H., *Afghanistan and British India, 1793-1907*, Taylor & Francis, Dilli, 1974.

Blanch, L., *The Sabres of Paradise: Conquest and Vengeance in the Caucasus*, Bookblast, London, 2009.

Bosworth, E. and Hillenbrand, C., *Qajar Iran*, Edinburgh University Press, Edinburgh, 1983.

Bruce, G., *Retreat from Kabul*, Howard Baker Publishers, London, 1967.

Caroe, O., *The Pathans*, Oxford University Press, London, 1958.

Chambers, J., *Palmerston: The People's Darling*, Thistle Publishing, London, 2004.

Chopra, B. R., *Kingdom of the Punjab 1839-45*, Hoshiarpur, 1969.

Coates, T., *The British War in Afghanistan: The Dreadful Retreat from Kabul in 1842*, Tim Coates Books, London, 2002.

Colley, L., «Britain and Islam: Perspectives on Difference 1600-1800», *Yale Review*, vol. LXXXVIII (2000), pp. 1-20.

Colley, L., «Going Native, Telling Tales: Captivity, Collaborations and Empire», *Past & Present*, n.º 168 (August 2000), pp. 170-193.

Collister, Peter, *Hostage in Afghanistan*, The Pentland Press, Bishop Auckland, 1999.

Cowper-Coles, S., *Cables from Kabul: The Inside Story of the West's Afghanistan Campaign*, HaperCollins, London, 2011.

Cunningham, J. C., *The Last Man: The Life and Times of Surgeon Major William Brydon CB*, Oxford, 2003.

Dalrymple, W., *City of Djinns: A Year in Delhi*, Penguin Books, London, 1992 [ed. en esp.: *La ciudad de los Djinns. Un año en Delhi*, Ediciones B, Barcelona, 2001].

Dalrymple, W., *White Mughals: Love and Betrayal in Eighteenth-Century India*, Penguin Books, London, 2002.

Dalrymple, W., *The Last Mughal: The End of a Dynasty, Delhi 1857*, Penguin Books, London, 2006 [ed. en esp.: *El último mogol*, Belacqua, Barcelona, 2008].

Dalrymple, W. and Sharma, Y., *Princes and Poets in Mughal Delhi 1707-1857*, Yale University Press, New Haven and London, 2012.

David, S., *Victoria's Wars: The Rise of Empire*, Penguin Books, London, 2006.

Davis, Professor H. W. C., *The Great Game in Asia (1800-1844), Proceedings of the British Academy*, British Academy, London, 1926.

Diba, L. S. with Ekhtiar, M., *Royal Persian Paintings–The Qajar Epoch*, I B Tauris, New York, 1998.

Diver, M., *The Hero of Herat: A Frontier Biography in Romantic Form*, London, 1912.

Dunbar, J., *Golden Interlude: The Edens in India 1836-1842*, Ulan Press, London, 1955.

Dupree, L., «The First Anglo-Afghan War and the British Retreat of 1842: the Functions of History and Folklore», *East and West*, 26(3/4), pp. 503-529.

Dupree, Louis, *Afghanistan*, Oxford University Press, Oxford, 2007.

Dupree, N. H. W., *Herat: A Pictorial Guide*, The Afghan Tourist Organization, Kabul, 1966.

Dupree, N. H. W., «Jalalabad during the First Anglo-Afghan War», *Asian Affairs*, vol. 6, n.os 1 y 2 (marzo y junio 1975), pp. 177-189.

Dupree, N. H. with Kohzad, A. A., *An Historical Guide to Kabul*, The Afghan Tourist Organization, Kabul, 1972.

Edwards, D. B., *Heroes of the Age: Moral Fault Lines on the Afghan Frontier*, University of California Press, Berkeley, 1996.

Errington, E. and Curtis, V. S., *From Persepolis to the Punjab: Exploring Ancient Iran, Afghanistan and Pakistan*, British Museum Press, London, 2007.

Farmanfarmaian, R., *War and Peace in Qajar Persia: Implications Past and Present*, Routledge, Oxford, 2008.

Ferguson, Niall, *Empire: How Britain Made the Modern World*, Penguin Books, London, 2003 [ed. en esp.: *El Imperio británico. Cómo Gran Bretaña forjó el orden mundial*, Debate, Barcelona, 2016].

Ferrier, J. P., *A History of the Afghans*, London, 1858.

Figes, O., *Crimea: The Last Crusade*, Penguin Books, London, 2010 [ed. en esp.: *Crimea. La primera gran guerra*, Edhasa, Barcelona, 2014].

Fisher, M., *Counterflows to Colonialism*, Permanent Black, Dill, 2005.

Fisher, M. H., «An Initial Student of Delhi English College: Mohan Lal Kashmiri (1812-77)», en M. Pernau (ed.), *The Delhi College: Traditional Elites, the Colonial State and Education before 1857*, Dilli, 2006.

Fraser-Tytler, Sir K., *Afghanistan: A Study of Political Developments in Central Asia*, Oxford, 1950.

Fremont-Barnes, Gregory, *The Anglo-Afghan Wars 1838-1919*, Osprey Publishing, Oxford, 2009.

Gaury, G. de and Winstone, H. V. F., *The Road to Kabul: An Anthology*, Book Sales, New York, 1982.

Gillard, D., *The Struggle for Asia 1828-1914*, Holmes & Meier, London, 1977.

Gleave, R. (ed.), *Religion and Society in Qajar Iran*, London, 2005.

Goldsmid, Sir F. J., *James Outram: A Biography*, 2 vols., Ulan Press, London, 1880.

Gommans, J. J. L., *The Rise of the Indo-Afghan Empire c. 1710-1780*, Oxford University Press, Dilli, 1999.

Goswamy, B. N., *Piety and Splendour: Sikh Heritage in Art*, National Museum, Dilli, 2000.

Greaves, R., «Themes in British Policy towards Afghanistan in its Relation to Indian Frontier Defence, 1798-1947», *Asian Affairs,* vol. 24, issue 1 (1993), pp. 30-46.

Green, N., «Tribe, Diaspora and Sainthood in Afghan History», *Journal of Asian Studies*, vol. 67, n.º 1 (February 2008), pp. 171-

211.

Gregorian, V., *The Emergence of Modern Afghanistan–Politics of Reform and Modernization, 1880-1946*, Stanford University Press, Stanford, 1969.

Grey, C. y Garrett, H. L. O., *European Adventurers of Northern India 1785-1849*, Asian Educational Services, Lahore, 1929.

Gulzad, Z. A., *External Influences and the Development of the Afghan State in the Nineteenth Century*, Peter Lang, New York, 1994.

Gupta, H. R., *Panjab, Central Asia and the First Afghan War, Based on Mohan Lal's Observations*, Panjab University, Chandigarh, 1940.

Guy, Alan J. and Boyden, Peter B., *Soldiers of the Raj: The Indian Army 1600-1947*, National Army Museum, London, 1997.

Hanifi, S. M., «Impoverishing a Colonial Frontier: Cash, Credit, and Debt in Nineteenth-Century Afghanistan», *Iranian Studies*, vol. 37, n.º 2 (June 2004), pp. 199-218.

Hanifi, S. M., *Connecting Histories in Afghanistan: Market Relations and State Formation on a Colonial Frontier*, Stanford University Press, Stanford, 2011.

Hanifi, S. M., «Shah Shuja's "Hidden History" and its Implications for the Historiography of Afghanistan», *South Asia Multidisciplinary Academic Journal* (revista electrónica), artículos independientes, en la red desde el 14 de mayo de 2012, conexión el 21 de junio 2012 [**http://samaj.revues.org/3384**].

Hanifi, S. M., «Quandaries of the Afghan Nation», in Shahzad Bashir (ed.), *Under the Drones*, Cambridge, 2012.

Haroon, S., *Frontier of Faith: Islam in the Indo-Afghan Borderland*, Hurst & Co Publishers, London, 2007.

Heathcote, T. A., *The Afghan Wars 1839-1919*, Spellmount, Staplehurst, 2003.

Hopkins, B. D., *The Making of Modern Afghanistan*, Palgrave Macmillan, London, 2008.

Hopkins, H. E., *Sublime Vagabond: The Life of Joseph Wolff-Missionary Extraordinary*, Worthing, Churchman Publishing, 1984.

Hopkirk, P., *The Great Game*, Kodansha International, London, 1990.

Ingram, E., *The Beginning of the Great Game in Asia, 1828-1834*, Oxford University Press, Oxford, 1979.

Ingram, E., *In Defence of British India: Great Britain in the Middle East 1775-1842*, Frank Cass Publishing, London, 1984.

Iqbal, A., *Circumstances Leading to the First Afghan War*, Research Society of Pakistan, Lahore, 1975.

Jalal, A., *Partisans of Allah: Jihad in South Asia*, Harvard University Press, London, 2008.

Johnson, R., *Spying for Empire: The Great Game in Central and South Asia, 1757-1947*, Greenhill Books, London, 2006.

Johnson, R., *The Afghan Way of War–Culture and Pragmatism: A Critical History*, Oxford University Press, London, 2011.

Keddie, N. R., *Qajar Iran and the Rise of Reza Khan 1796-1925*, Mazda Pub., Costa Mesa, 1999.

Kelly, J. B., *Britain and the Persian Gulf, 1795-1880*, Oxford University Press, Oxford, 1968.

Kelly, L., *Diplomacy and Murder in Tehran: Alexander Griboyedov and Imperial Russia's Mission to the Shah of Persia*, Tauris Parke Paperbacks, London, 2002.

Kessler, M. M., *Ivan Viktorovich Vitkevich 1806-39: A Tsarist Agent in Central Asia*, *Central Asian Collectanea*, n.º 4, Washington, DC, 1960.

Khalfin, N. A., «Drama v nomerakh "Parizha"» [Drama in a Boarding House], *Voprosy Istorii*, n.º 10 (1966), p. 216.

Khalfin, N. A., Predislovie k sb. *Zapiski o Bukharskom Khanstve* [Prefacio de las notas sobre el kanato de Bujará], Moskva, 1983. Este volumen incluye *Zapiska, sostav-lennaia po rasskazam Orenburgskogo lineinogo bataliona No 10 praporshchika Vitkevicha otnositelno ego puti v Bukharu i obratno* [Anotaciones basadas en el relato de Vitkevich, portaestandarte del 10.º Batallón de Maniobras Tácticas de Oremburgo, de su viaje de ida y vuelta a Bujará].

Kohzad, A. A., *In the Highlight of Modern Afghanistan*, traducido del farsi por el profesor Iqbal Ali Shah, Kabul, 1952.

Lafont, J.-M., *La présence française dans le royaume sikh du Penjab 1822-1849*, Bulletin de l'Ecole française d'Extrême-Orient, Paris, 1992.

Lafont, J.-M., *Indika: Essays in Indo-French Relations 1630-1976*, Manohar Publishers and Distributors, Dilli, 2000.

Lafont, J.-M., *Fauj-i-Khas: Maharaja Ranjit Singh and his French Courtiers*, Guru Nanak Dev University, Amritsar, 2002.

Lafont, J.-M., *Maharaja Ranjit Singh: Lord of the Five Rivers*, Oxford University Press, Dilli, 2002.

Latif, S. M., *History of the Punjab*, Non Basic Stock Line, Dilli, 1964.

Lee, H., *Brothers in the Raj: The Lives of John and Henry Lawrence*, Oxford University Press, Oxford, 2002.

Lee, J. L., *The Ancient Supremacy: Bukhara, Afghanistan and the Battle for Balk 1731-1901*, Brill, Leiden, 1996.

Lieven, D., *Russia against Napoleon*, Penguin Books, London, 2009.

Lovell, J., *The Opium War: Drugs, Dreams and the Making of China*, The Ovelook Press, London, 2011.

Loyn, D., *Butcher and Bolt: Two Hundred Years of Foreign Engagement in Afghanistan*, Hutchinson, London, 2008.

Lunt, James, *Bokhara Burnes*, Faber & Faber, London, 1969.

Macintyre, B., *Josiah the Great: The True Story of the Man Who Would be King*, HarperCollins, London, 2004.

Macrory, Patrick, *Signal Catastrophe: The Retreat from Kabul, 1842*, London, 1966; reeditado como *Retreat from Kabul: The Incredible Story of How a Savage Afghan Force Massacred the World's Most Powerful Army*, Globe Pequoit Press, Guildford, 2002.

Martin, V., *Anglo-Iranian Relations since 1800*, Routledge, Oxford, 2005.

Meyer, K. and Brysac, Sh., *Tournament of Shadows: The Great Game and the Race for Empire in Europe*, Basic Books, London, 1999.

Miller, Ch., *Khyber–The Story of the North-West Frontier*, Macmillan, London, 1977.

Moon, Sir P., *The British Conquest and Dominion of India*, India Research Press, London, 1989.

Morgan, G., «Myth and Reality in the Great Game», *Asian Affairs*, vol. 60 (February 1973), pp. 55-65.

Morgan, G., *Anglo-Russian Rivalry in Central Asia, 1810-1895*, Routledge, London, 1981.

Morrison, A., *Russian Rule in Samarkand 1868-1910*, Oxford University Press, Oxford, 2008.

Morrison, A., *Twin Imperial Disasters: The Invasion of Khiva and Afghanistan in the Russian and British Official Mind, 1839-1842* (en prensa).

Mosely, P. E., «Russian Policy in Asia (1838-9)», *Slavonic and East European Review*, vol. 14, n.º 42 (April 1936), pp. 670-681.

Nichols, R., *Settling the Frontier: Land, Law and Society in the Peshawar Valley, 1500-1900*, Oxford University Press, Oxford, 2001.

Noelle, Christine, *State and Tribe in Nineteenth Century Afghanistan: The Reign of Amir Dost Muhammad Khan (1826-1863)*, Routledge, London, 1997.

Norris, J. A., *The First Afghan War 1838-1842*, Cambridge University Press, Cambridge, 1967.

Omrani, B. with Major-General Vyvyan, Ch., «Britain in the First Two Afghan Wars: What Can We Learn?», en Ceri Oeppen and Angela Schlenkhoff (eds.), *Beyond the Wild Tribes*, London, 2010.

Pottinger, G., *The Afghan Connection: The Extraordinary Adventures of Eldred Pottinger*, Scottish Academic Press, Edinburgh, 1983.

Pottinger, G. and Macrory, P., *The Ten-Rupee Jezail: Figures in the First Afghan War 1838-42*, Michael Russell Publishing, London, 1993.

Preston, D., *The Dark Defile: Britain's Catastrophic Invasion of Afghanistan 1838-42*, Walker Books, New York, 2012.

Ranayagam, A., *Afghanistan: A Modern History*, I B Tauris, London, 2009.

Reshtia, S. Q., *Between Two Giants: Political History of Afghanistan in the Nineteenth Century*, Afghan Jehad Works, Peshawar, 1990.

Richards, D. S., *The Savage Frontier: A History of the Anglo-Afghan Wars*, Macmillan, London, 1990.

Roy, O., *Islam and Resistance in Afghanistan*, Cambridge University Press, Cambridge, 1966.

Saddozai, Wing Commander S. A. S. J., *Saddozai: Saddozai Kings and Viziers of Afghanistan 1747-1842*, Austin Macauley Publishers, Peshawar, 2007.

Saksena, R. B., *European and Indo-European Poets of Urdu and Persian*, Newul Kishore Press, Lucknow, 1941.

Schinasi, M., *Kaboul 1773-1948*, Brill, Napoli, 2008.

Shah, A. S. J. U., *Khans of Paghman*, Quetta, 1997.

Shah, S. I. A. S., *Afghanistan of the Afghans*, Sang-e-Meel Publications, London, 1828.

Silverberg, R., *To the Rock of Darius: The Story of Henry Rawlinson*, Holt, Rinehart and Winston, New York, 1966.

Singer, A., *Lords of the Khyber–The Story of the North-West Frontier*, Faber & Faber-London, 1984.

Singh, K., *Ranjit Singh: Maharaja of the Punjab*, Penguin Books, London, 1962.

Singh, P., *Empire of the Sikhs: The Life and Times of Maharajah Ranjit Singh*, Peter Owen Publishers Dilli, 2008.

Sinha, N. K., *Ranjit Singh*, University of Calcutta, Calcatta, 1933.

Stewart, J., *Spying for the Raj: The Pundits and the Mapping of the Himalaya*, Sutton Publishing, Stroud, 2006.

Stewart, J., *Crimson Snow: Britain's First Disaster in Afghanistan*, The History Press, London, 2008.

Stewart, J., *On Afghanistan's Plains: The Story of Britain's Afghan Wars*, I B Tauris, London, 2011.

Stone, A. G., «The First Afghan War and its Medals», *Numismatic Circular* (March-June 1967), pp. 1-11.

Storey, C. A., *Persidskaya literatura: bio-bibliograficheskyi obzor* [Literatura persa: un estudio bio-biográfico], Yu. E. Breigel (trad. y ed.), Moskva 1976.

Strachey, B., *The Strachey Line: An English Family in America, India and at Home from 1570 to 1902*, London, 1985.

Stronge, S., *The Arts of the Sikh Kingdoms*, Prakash Books, London, 1999.

Sykes, Sir P. M., *A History of Persia*, 2 vol., Sagwan Press, London, 1963.

Tanner, S., *Afghanistan: A Military History from Alexander the Great to the Fall of the Taliban*, Da Capo Press, Cambridge, 2002.

Thapar, R., *Somanatha: The Many Voices of a History*, Verso, Dilli, 2004.

Thompson, Edward, *The Life of Charles Lord Metcalfe*, Faber & Faber, London, 1937.

Trotter, Captain L. J., *The Earl of Auckland*, Ulan Press, Oxford, 1893.

Ure, J., *Shooting Leave: Spying Out Central Asia in the Great Game*, Constable, London, 2009.

Volodarsky, M., «The Russians in Afghanistan in the 1830s», *Central Asian Survey*, vol. 3, n.º 1 (1984), pp. 63-86.

Varma, B., *English East India Company and the Afghans, 1757-1800*, Punthi Pustak, Calcatta, 1968.

Volodarsky, M., «Persian Foreign Policy between the Two Herat Crises 1831-56», *Middle Eastern Studies*, vol. 21, n.º 2 (April 1985), pp. 111-151.

Wade, S., *Spies in the Empire: Victorian Military Intelligence*, Anthem Press, London, 2007.

Waller, J. H., *Beyond the Khyber Pass: The Road to British Disaster in the First Afghan War*, Random House, New York, 1990.

Wallis Budge, Sir E. A., *The Rise and Progress of Assyriology*, Ams Pr, London, 1825.

Whitteridge, G., *Charles Masson of Afghanistan: Explorer, Archaeologist, Numismatist and Intelligence Agent*, Orchid Press, Bangkok, 1982.

Wright, D., *The English among the Persians during the Qajar Period 1787-1921*, Heinemann, London, 1977.

Yapp, M. E., «Disturbances in Eastern Afghanistan, 1839-42», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, vol. 25, n.º 1/3 (1962), pp. 499-523.

Yapp, M. E., «Disturbances in Western Afghanistan, 1839-41», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, vol. 26, n.º 2 (1963), pp. 288-313.

Yapp, M. E., «The Revolutions of 1841-2 in Afghanistan», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, vol. 27, n.º 2 (1964), pp. 333-381.

Yapp, M. E., *Strategies of British India: Britain, Iran and Afghanistan, 1798-1850*, Oxford, 1980.

Yapp, M. E., «The Legend of the Great Game», *Proceedings of the British Academy*, n.º 111 (2001), pp. 197-19.


© National Army Museum

Shah Shuja, nieto de Ahmad Shah Abdali y jefe del clan de los sadozais, gobernó lo que quedaba del imperio de su abuelo desde 1803: «Nuestra intención», escribió, «era que, desde que subiéramos al trono, gobernaríamos a nuestros súbditos con tanta justicia y clemencia que estos vivirían felices bajo la sombra de nuestras alas protectoras». Seis años más tarde, fue derrotado por sus enemigos barakzais y se vio forzado a exiliarse a la India.

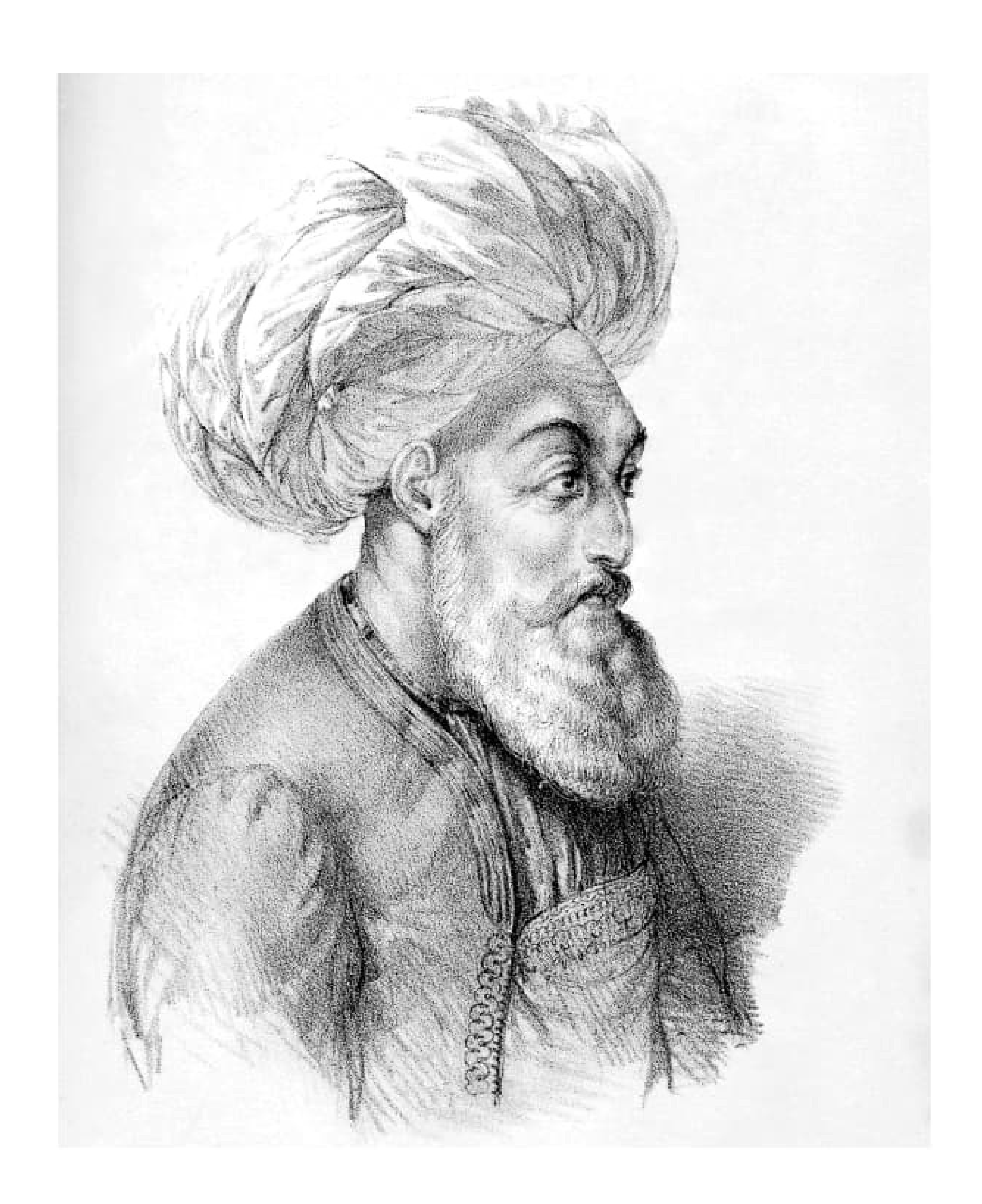
Los Barakzais



Dost Mohammad fue el decimoctavo hijo de Payindah Khan y de una mujer de estatus inferior. Ascendió al poder gracias a su crueldad, su eficiencia y su astucia. Dost Mohammad consolidó de manera progresiva su dominio hasta que, en 1835, declaró la yihad contra los sijs y se proclamó emir de manera oficial.

Los Barakzais — (cont.)


© Victoria and Albert Museum, Londres





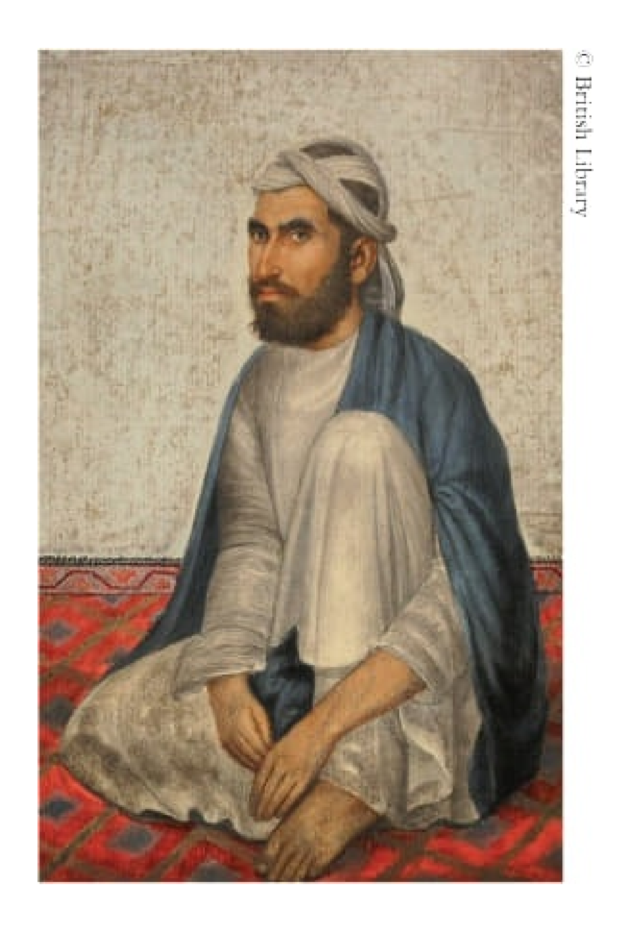
Akbar Khan (arriba y a la derecha), el más inteligente y capaz de los hijos de Dost Mohammad, representado en la imagen inferior.



Los pueblos afganos



© RMN (Musée Guimet, París) / Thierry Ollivier


© British Library

Una familia de Kafiristán (arriba a la izquierda), un kharoti ghilzai (arriba a la derecha) y (abajo) unos comerciantes de caballos pastunes. Afganistán era un país profundamente fracturado por cuestiones tribales, étnicas y lingüísticas.


© Colección privada, fotografía cortesía de Simon Ray, Londres

Tres distinguidos jinetes afganos dibujados por los artistas de la misión de Elphinstone en 1809.


© British Library

«El Chaous Baushee en su uniforme oficial»


© British Library

«El Umla Baushi en su uniforme oficial»


© British Library

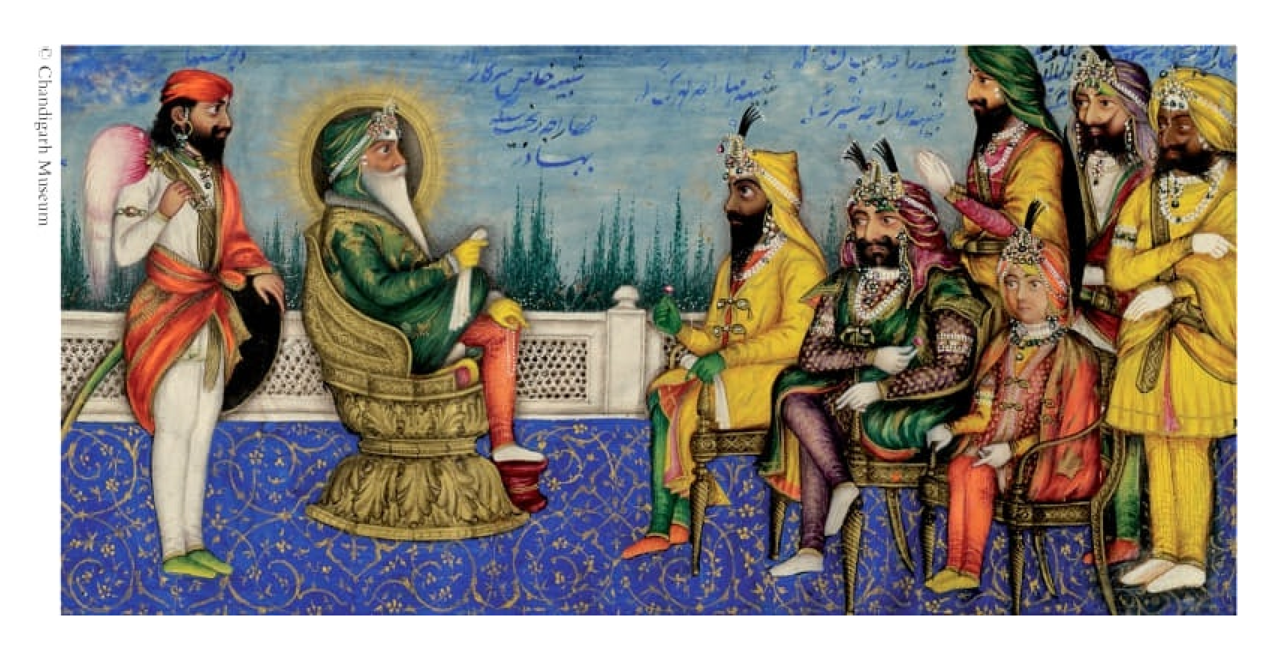
«Un noble durrani»



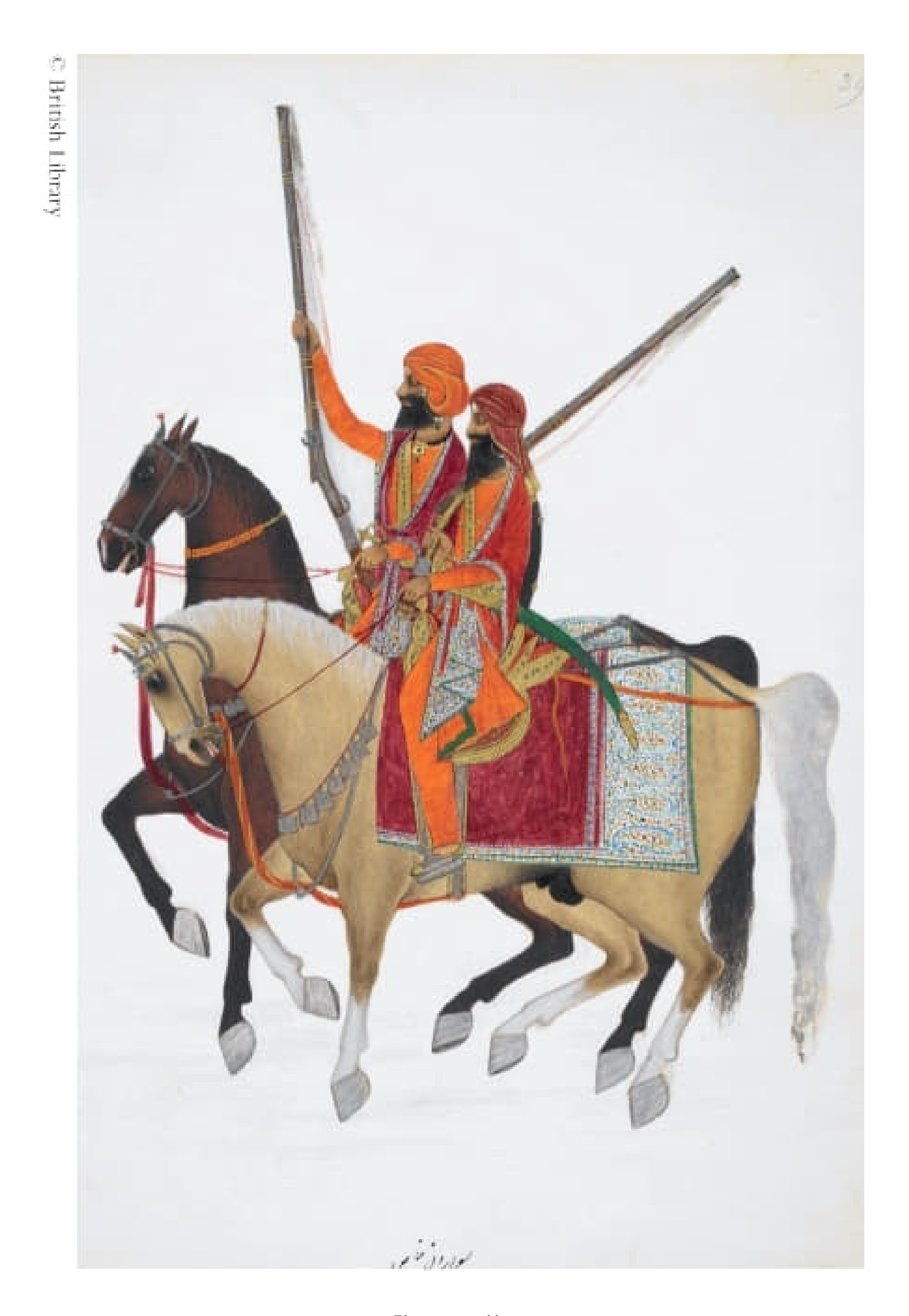
Maharaja Ranjit Singh in a Bazaar, LI118.110, Donación privada, Ashmolean Museum, University of Oxford

Ranjit Singh, el gobernante sij y gran enemigo de Dost Mohammad que creó un poderoso reino en el Punyab.

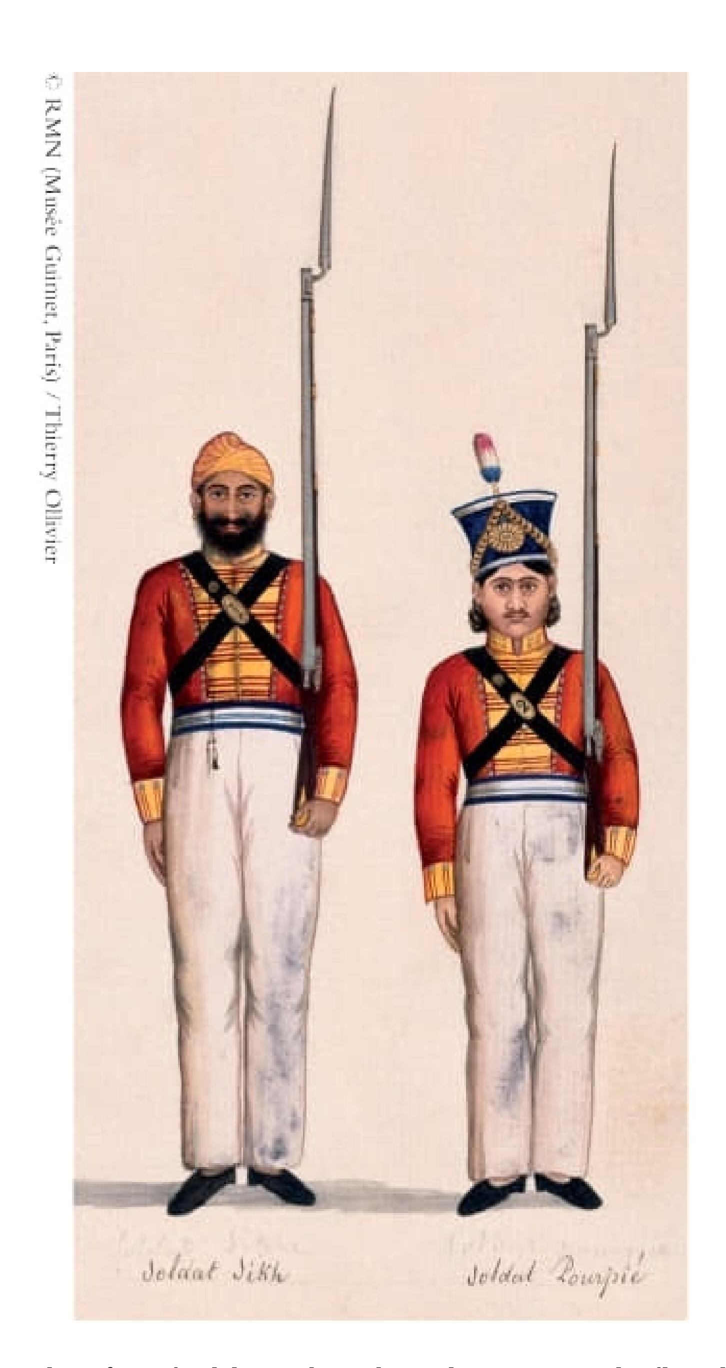
Los Sijs (cont.)


© Chandigarh Museum

Ranjit Singh, el León del Punjab, y sus nobles.



Jinetes sijs.



© RMN (Musée Guimet, Paris) / Thierry Ollivier

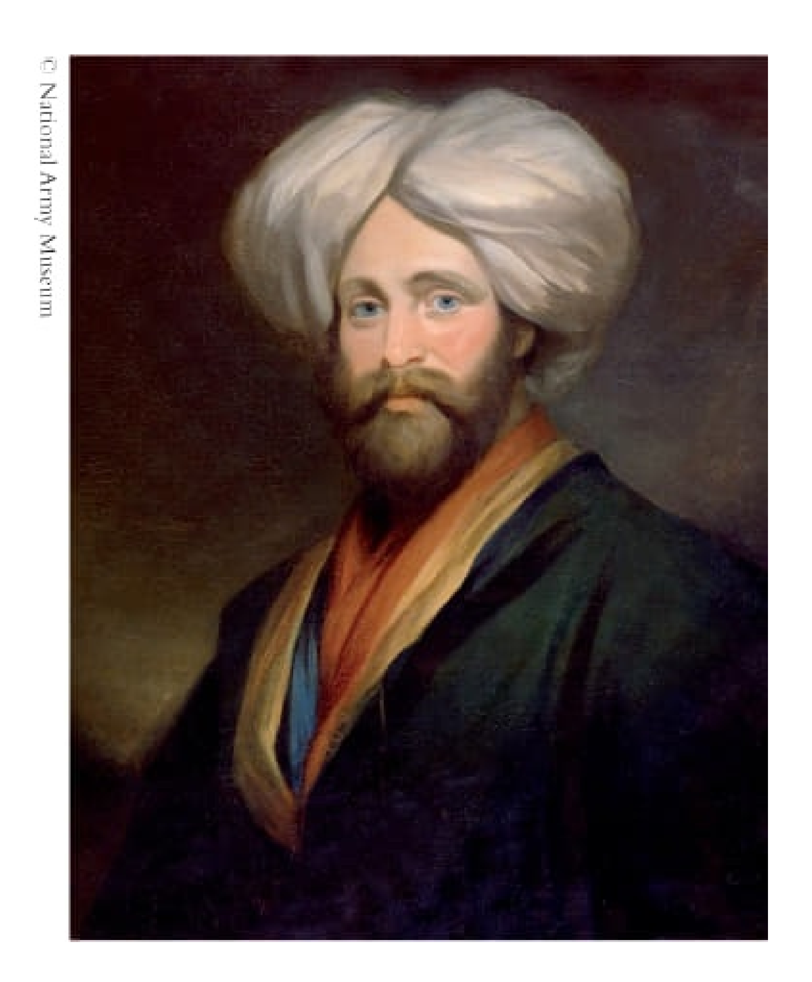
Dos soldados de infantería del Fauch-e-Khas, el regimiento de élite de Ranjit Singh entrenado por veteranos napoleónicos.

Los protagonistas del Gran Juego



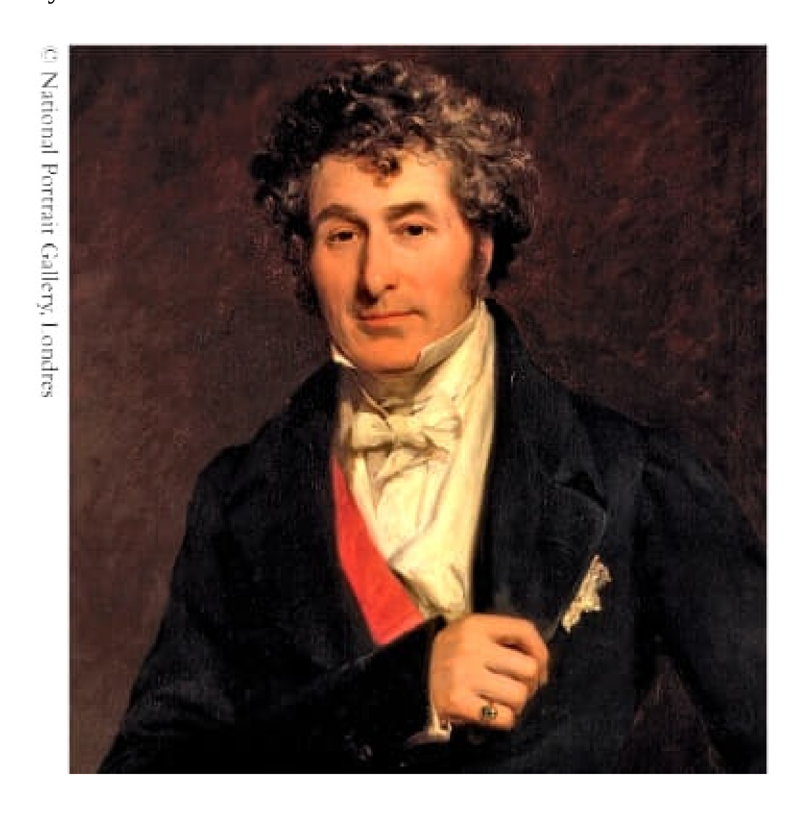
Sir Claude Wade, un estudiante de persa nacido en Bengala, fue uno de los primeros jefes de espías del Gran Juego, la ambiciosa competición entre los intereses imperiales, los servicios secretos y las aspiraciones coloniales de Gran Bretaña y Rusia que se extendió hasta el colapso de sus respectivos imperios asiáticos, y cuyos movimientos iniciales comenzaban a darse en estos momentos.

© National Army Museum



El comandante Eldred Pottinger, sobrino del gran rival de Wade, sir Henry Pottinger, se encontraba en Herat, haciéndose pasar por un comerciante de caballos musulmán, cuando el ejército persa kayar atacó la ciudad.

© National Portrait Gallery, Londres



Edward Law, primer conde de Ellenborough, fue el primero en ofrecer una respuesta política a la creciente preocupación por Rusia. «Nuestra política en Asia debe seguir un único rumbo», escribió en su diario, «limitar el poder de Rusia».



MacNeill, el rusófobo embajador británico de Teherán, gracias a una de sus comunicaciones —«Los rusos han iniciado formalmente relaciones diplomáticas con Kabul»— convenció a los británicos de que Dost Mohammad debía ser reemplazado. «Lord Auckland debe actuar de forma contundente», aconsejó, «y anunciar que el que no esté con nosotros está en nuestra contra […]. Debemos asegurarnos el control de Afganistán».


Mohan Lal por David Octavius Hill y Robert Adamson © Scottish National Portrait Gallery

Mohan Lal Kashmiri, el brillante asistente indio de Alexander Burnes y jefe de su red de inteligencia, conocía Afganistán mejor que cualquiera de los británicos. Mientras siguieron su consejo, todo fue bien.



Henry Rawlinson se tropezó con la escolta de cosacos de Vitkevitch por casualidad y en la penumbra, cuando se encontraba perdido en la frontera perso-afgana. Con su viaje, en tiempo récord, de Mashhad a Teherán, informó de la existencia de una misión rusa secreta en Afganistán. Más tarde, durante la ocupación británica, se convirtió en agente político en Kandahar.



El agente escocés del Gran Juego, Alexander Burnes, sobre el terreno y vestido con un traje afgano. Siempre se quejaba de que no se reconocía en absoluto en este célebre retrato.



Ivan Vitkevitch era un joven noble polaco que, durante su exilio en la estepa cosaca, desarrolló una fascinación por la cultura turca de los actuales Uzbekistán, Kazajistán y Tayikistán. Era el agente de inteligencia idóneo para competir con Burnes, con el que, tras

haberse pisado los talones en multitud ocasiones, por fin coincidió en Kabul en la cena de Navidad de 1838.


© Royal Geographic Society

Alexander Burnes, el apuesto agente escocés de los servicios de inteligencia enviado para recopilar informaciones sobre la inexistente amenaza rusa de los intereses británicos en

Oriente. Cuando el libro que escribió sobre sus viajes se convirtió en un gran éxito, los rusos, que leyeron su traducción al francés, se vieron obligados a poner en marcha su propio programa de espionaje y enviaron a Vitkevitch primero a Bujará, y luego a Kabul. En Londres, las paranoias de los poderosos terminaron por conjurar justo aquello que querían evitar: el Gran Juego había comenzado.



© National Portrait Gallery, Londres

Sir William Hay Macnaghten, representado aquí con sus famosas gafas azules, era un erudito y antiguo juez en un tribunal del Úlster, ascendido para dirigir la burocracia de la Compañía y que se convirtió en el secretario político —rusófobo y obsesionado con el protocolo— de lord Auckland. Sus celos por el rápido ascenso de Burnes lo llevaron a apoyar la idea de sustituir a Dost Mohammad Khan por Shah Shuja, algo a lo que Burnes se oponía de manera rotunda. Los dos hombres, que nunca se llevaron bien, se convirtieron en el centro de la disfuncional administración británica en Afganistán.



George Eden, lord Auckland, el gobernador general británico, un hombre inteligente pero vanidoso, con escaso conocimiento de la región.

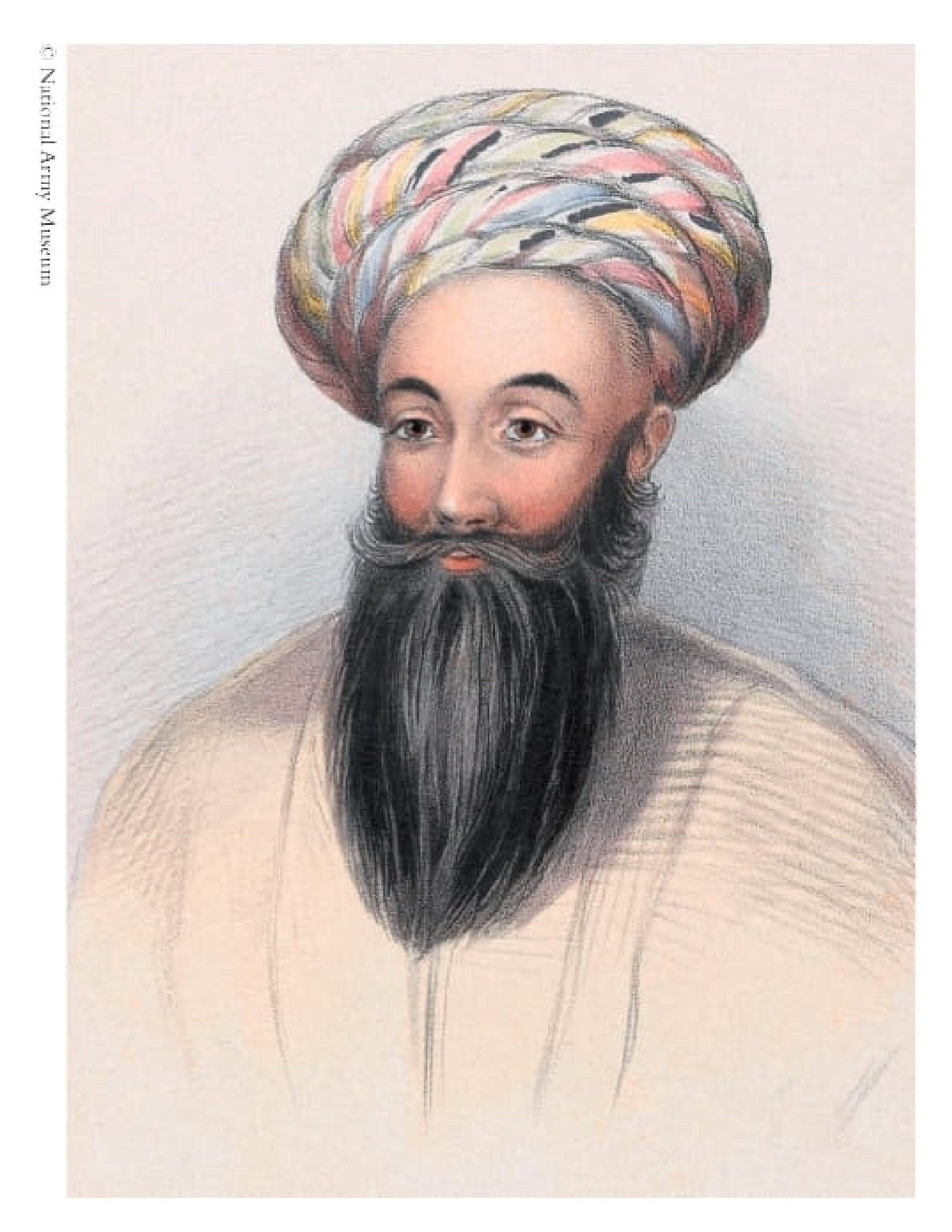

© National Portrait Gallery, Londres

Emily Eden, una de las hermanas solteras de lord Auckland y autora de algunas de las cartas más ingeniosas y mordaces del Raj.


© Chandigarh Museum

Condicionado por el filtro rusófobo aplicado por Wade y Macnaghten a las informaciones de los servicios de inteligencia, lord Auckland no tuvo en cuenta los mensajes más fidedignos, enviados por Burnes desde el terreno, y se convenció de la supuesta inclinación antibritánica de Dost Mohammad. «Mi pobre y querido George, tan pacífico, ha entrado en guerra», escribió su hermana Emily, «lo que supone una total contradicción con su carácter».

Los Sadozais



© National Army Museum

En julio de 1838, Macnaghten visitó a Shah Shuja y a su corte en Ludhiana, donde le informó brevemente de que, tras treinta años en el exilio, iba a ser reinstaurado en su trono de Kabul con la ayuda de los británicos.


© British Library

La corte en el exilio de Shah Shuja. De izquierda a derecha: príncipe Timur, Shah Shuja, príncipe Safdarjang y Mullah Shakur Ishaqzai.



© Colección privada

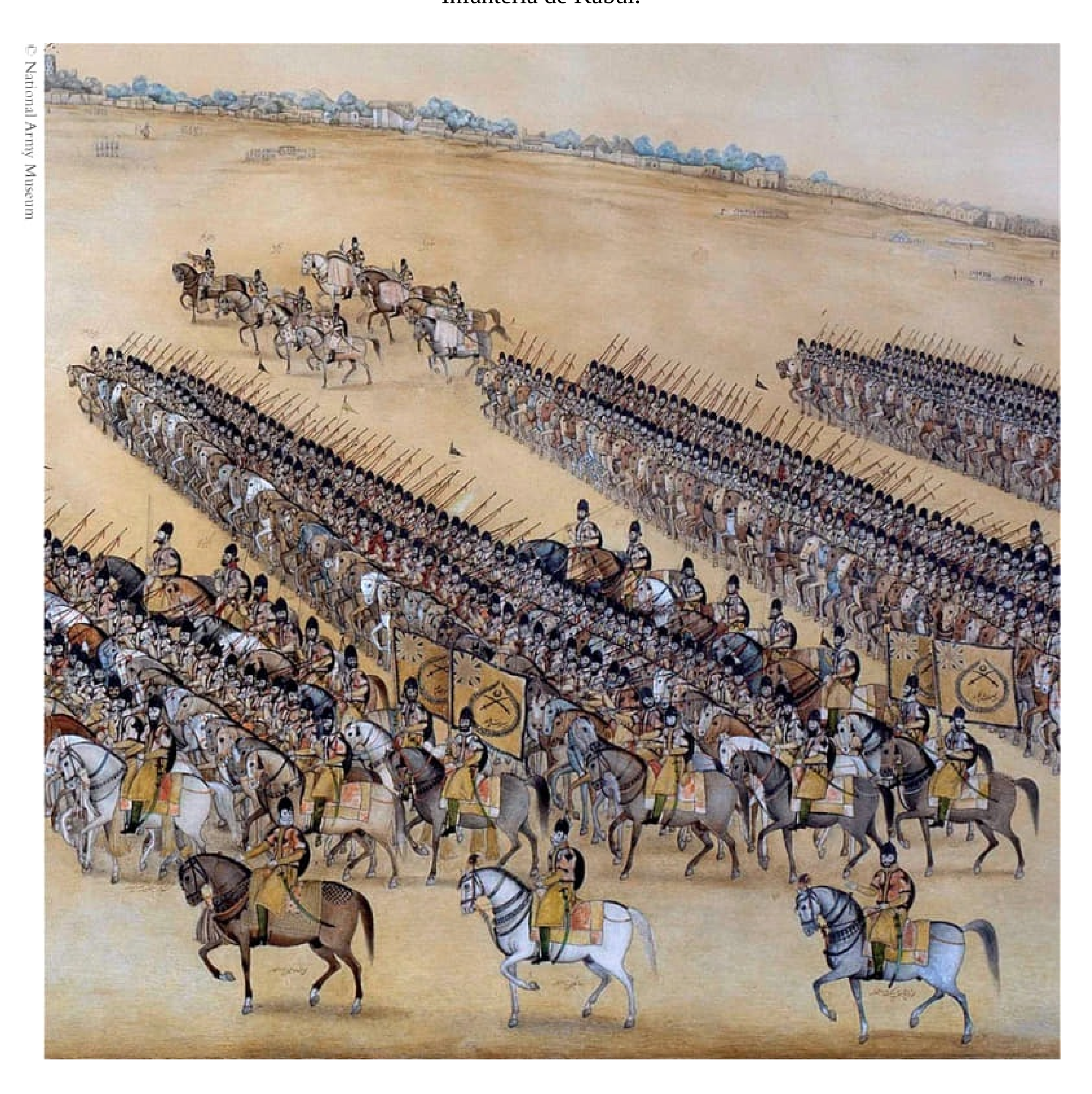
Dos cipayos de la Infantería Indígena de Bengala.



Un *yezailchi* bajaur.



Infantería de Kabul.



La Caballería de Skinner dirigiéndose al combate.

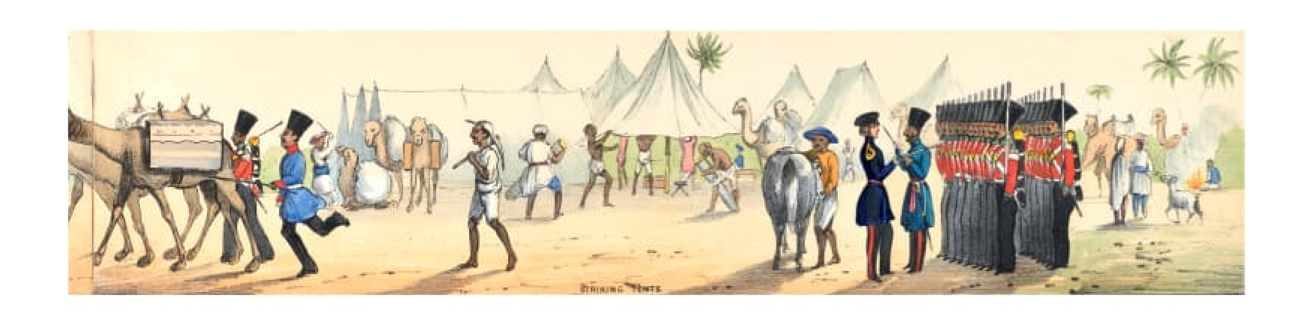

© National Army Museum

El Ejército del Indo, integrado por británicos y cipayos indios, en su marcha hacia el este.

Escenas de un regimiento de Bengala en marcha

© British Library



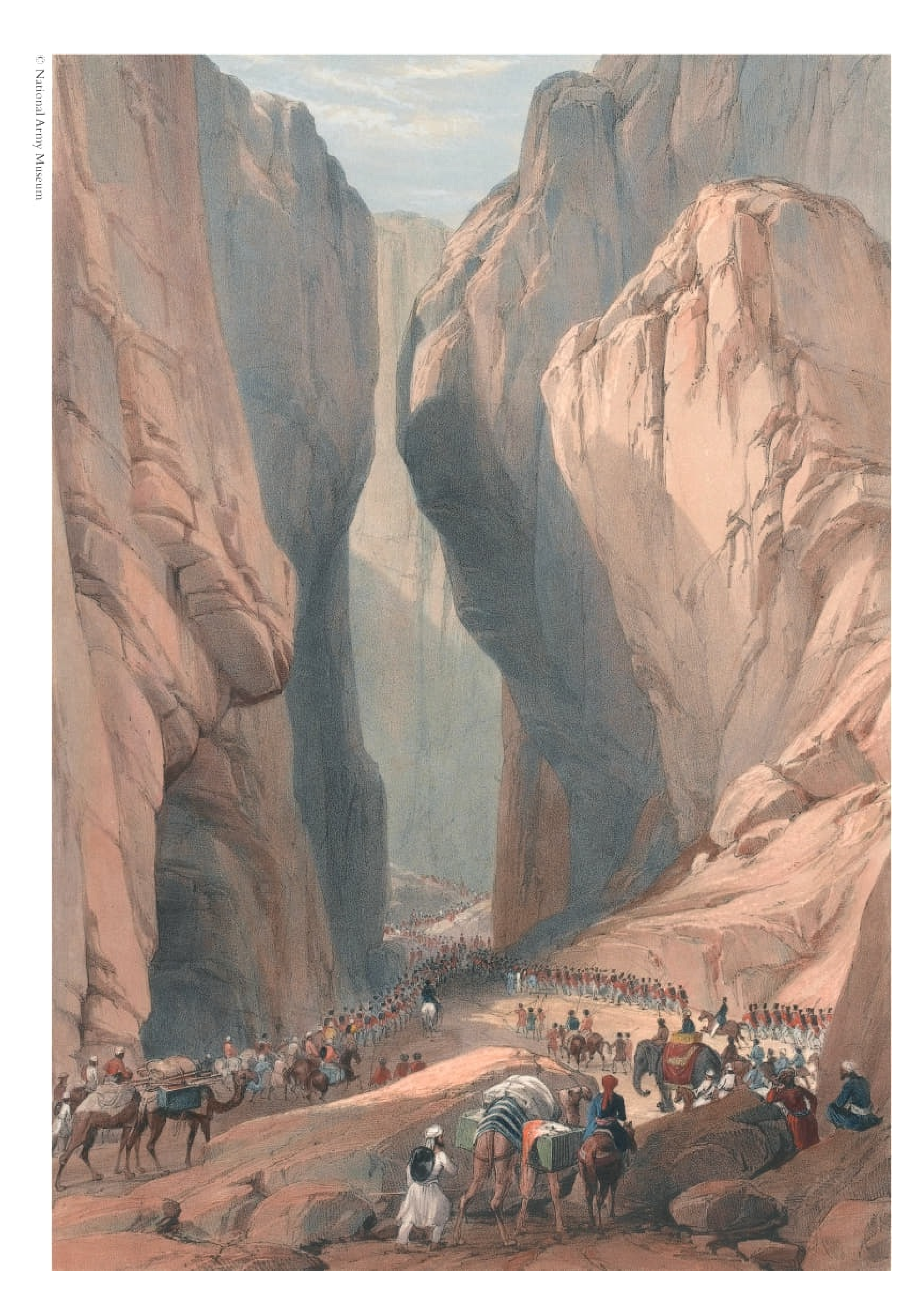








Es posible que este precursor victoriano del cómic muestre al Ejército del Indo en su travesía por Sind de camino a Afganistán.


© National Army Museum

Entrada al paso de Bolán desde Dadur. En la primavera de 1839, el denominado Ejército del Indo, un contingente angloíndio de doce mil hombres a las órdenes de sir John Keane,

atravesó el paso de Bolán y capturó Kandahar. La invasión tenía como objetivo sustituir a Dost Mohammad por Shah Shuja, considerado más probritánico.

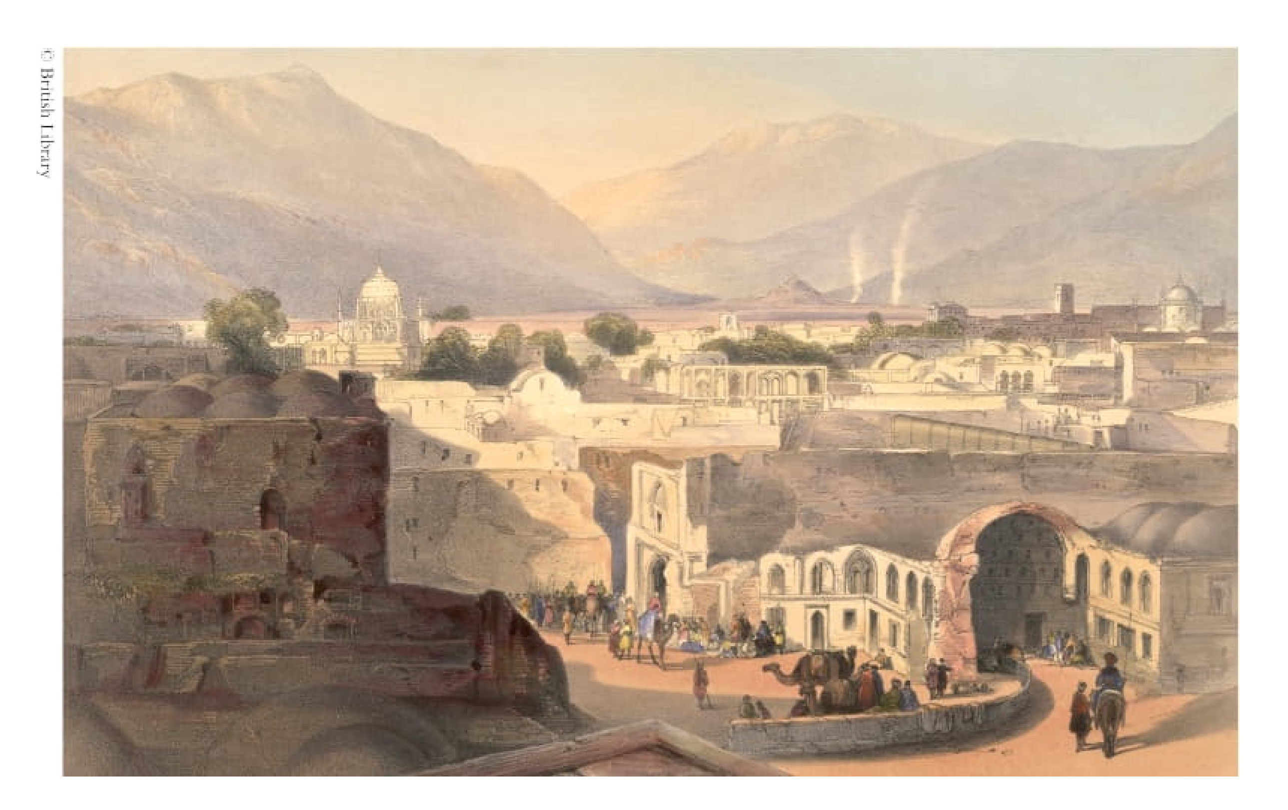




© National Army Museum

Mientras se abría camino entre los estrechos pasos de Baluchistán, el Ejército del Indo era vulnerable a las emboscadas de los baluchis que se escondían en los barrancos; las

escaramuzas y los ataques de los francotiradores eran frecuentes. «Era la boca del infierno», recordaba el cipayo Sita Ram. «Los baluchis empezaron entonces a atacarnos por la noche y a ahuyentar a nuestros camellos. Mataban siempre que tenían oportunidad y arrojaban grandes rocas montaña abajo».


© British Library

En abril de 1839, el Ejército del Indo capturó la ciudad de Kandahar sin tener que disparar un solo tiro. Shah Shuja organizó un *durbar* en la ciudad, a poca distancia de la cúpula del mausoleo de su abuelo, Ahmad Shah Abdali.

La toma de Gazni.


© National Army Museum

Después de atravesar el paso de Bolán y de capturar Kandahar, el Ejército del Indo se dirigió hacia la formidable ciudad fortificada de Gazni, protegida por unas potentes murallas de dieciocho metros de altura; un serio problema para los británicos, que habían dejado su artillería pesada en Kandahar. Mohan Lal Kashmiri, el inestimable jefe de inteligencia de Burnes, descubrió que una de las puertas no había sido tapiada y que esta podría ser expugnada si se atacaba por sorpresa.

El Durbar-Khaneh de Shah Shujah al-Mulk en Kabul.



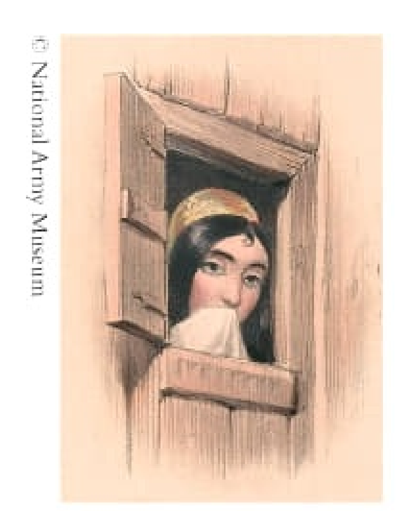

© National Army Museum

Después de la toma de Gazni, Dost Mohammad huyó de Kabul y Shuja fue reinstaurado como sha en agosto de 1839. Este celebraba sus *durbars* en la sala de audiencias de estilo mogol del Bala Hisar, donde también irritaba a sus nobles y oficiales británicos al hacerles permanecer en pie durante horas. Como señalaba el oficial británico Lockyer Willis Hart: «Este aparato ceremonial, tan odiado por los afganos, era una de las manías del sha y, en ocasiones, rozaba lo absurdo».

Los habitantes de Kabul


© National Army Museum

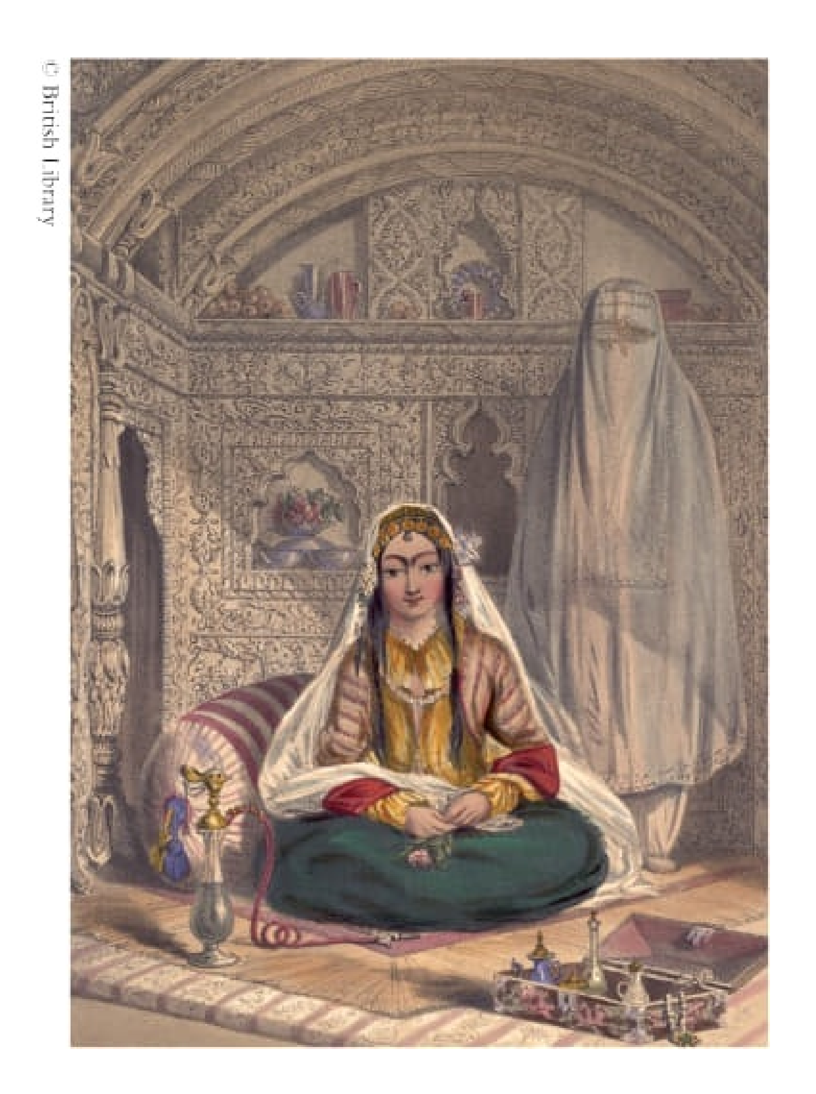
El bazar de Kabul durante la ocupación británica.


© National Army Museum









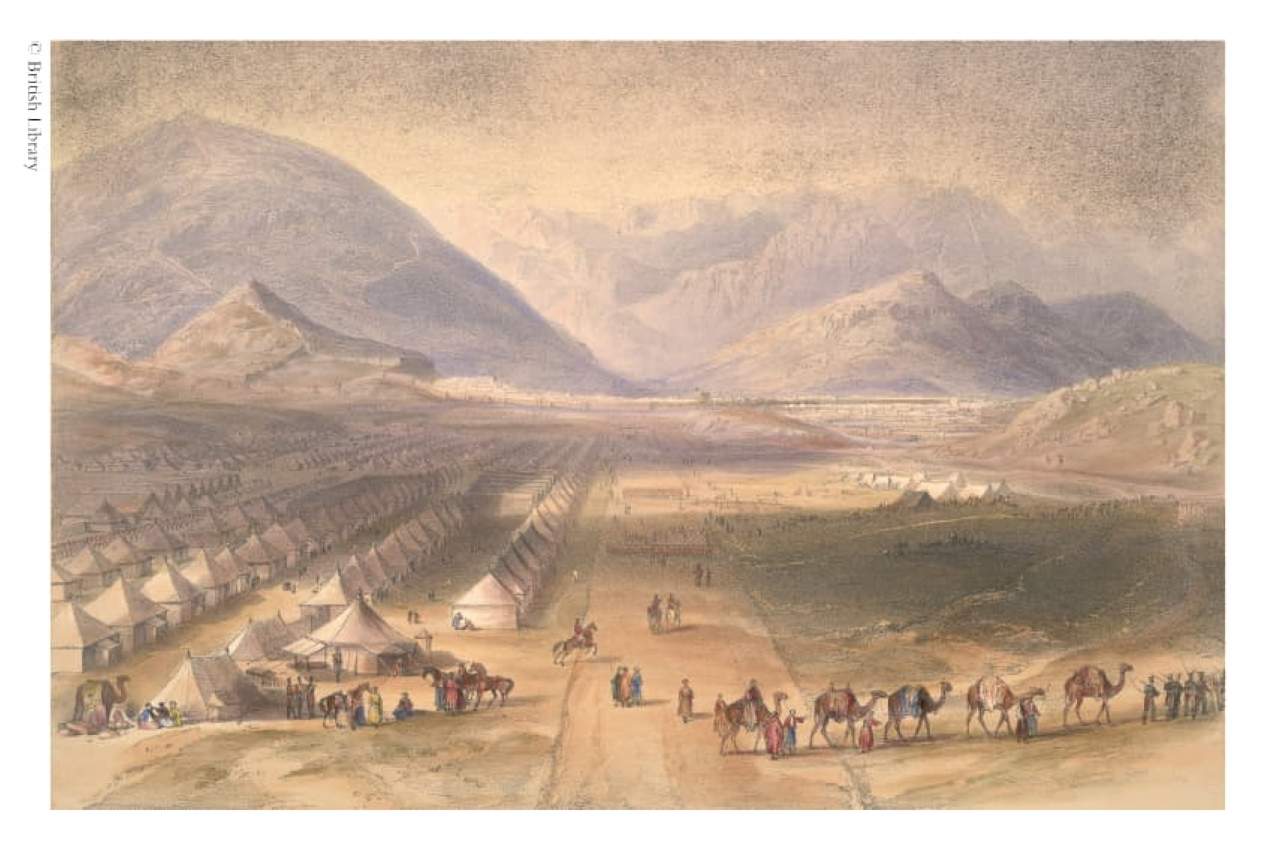
Las tropas británicas de ocupación encontraron irresistibles a las mujeres de Kabul, lo cual tuvo consecuencias desastrosas.

© British Library

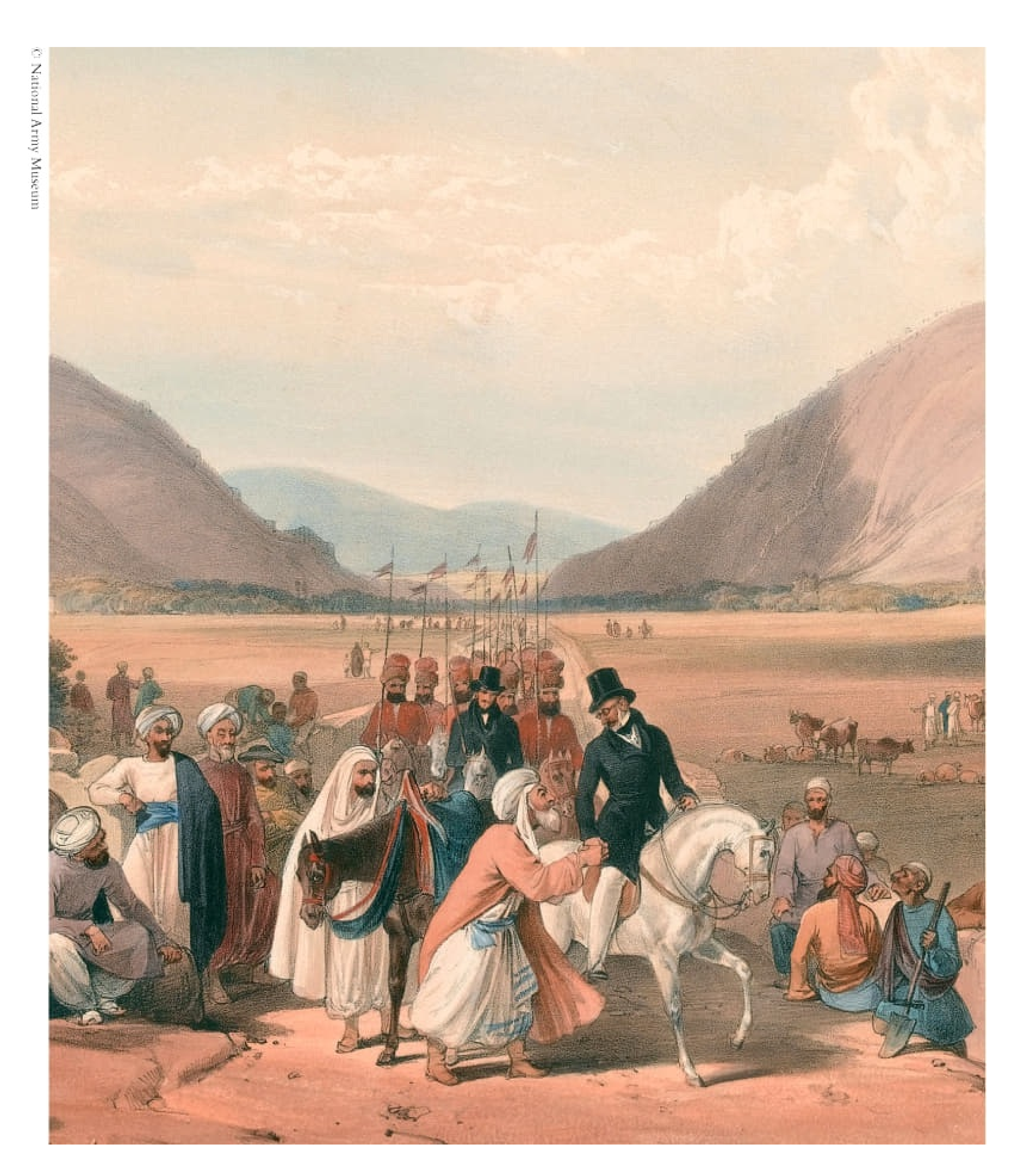


El séquito de Shah Shuja al-Mulk. Esta imagen incluye a Mohammad Shah Ghilzai, el suegro de Akbar Khan (a la izquierda), que, al unirse al régimen anglo-sadozai, recibió como recompensa el sobrecogedor título de «verdugo jefe». Más tarde, se convirtió en uno de los principales líderes rebeldes y fue el principal responsable de la masacre de la guarnición británica en las alturas de los pasos ghilzais durante la retirada de 1842.

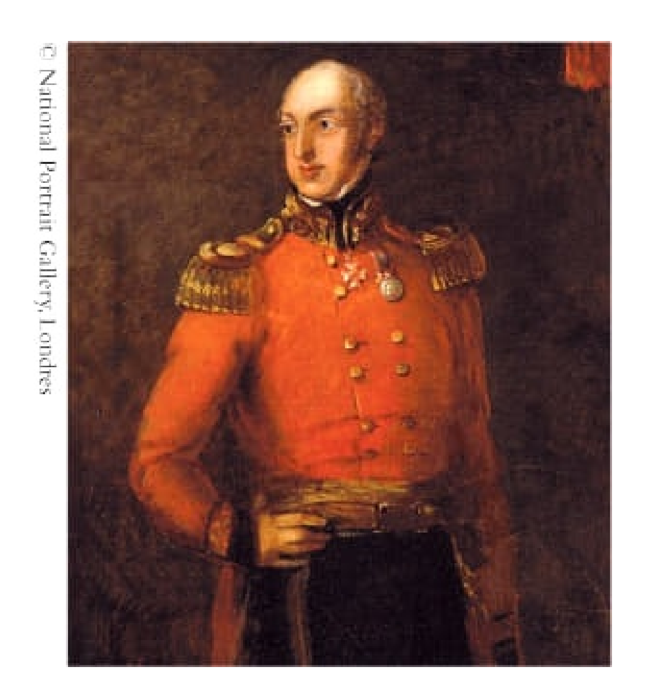
© British Library



Escena de Rattray de las filas de tiendas durante los primeros días de la ocupación británica, antes de la construcción de los acantonamientos. La peña del Bala Hisar se eleva al fondo de la imagen a la izquierda.


© National Army Museum

El emir Dost Mohammad se entrega al enviado británico sir William Hay Macnaghten en noviembre de 1840. La rendición se produjo cuando Macnaghten y sus ayudantes atravesaban a caballo el valle de Qila-Qazi, cerca de Kabul.


© National Portrait Gallery, Londres

El anciano e incompetente comandante militar británico en Afganistán, el general William Elphinstone, afectado de gota, sufrió una crisis nerviosa al estallar el levantamiento que lo dejó paralizado.


© British Library

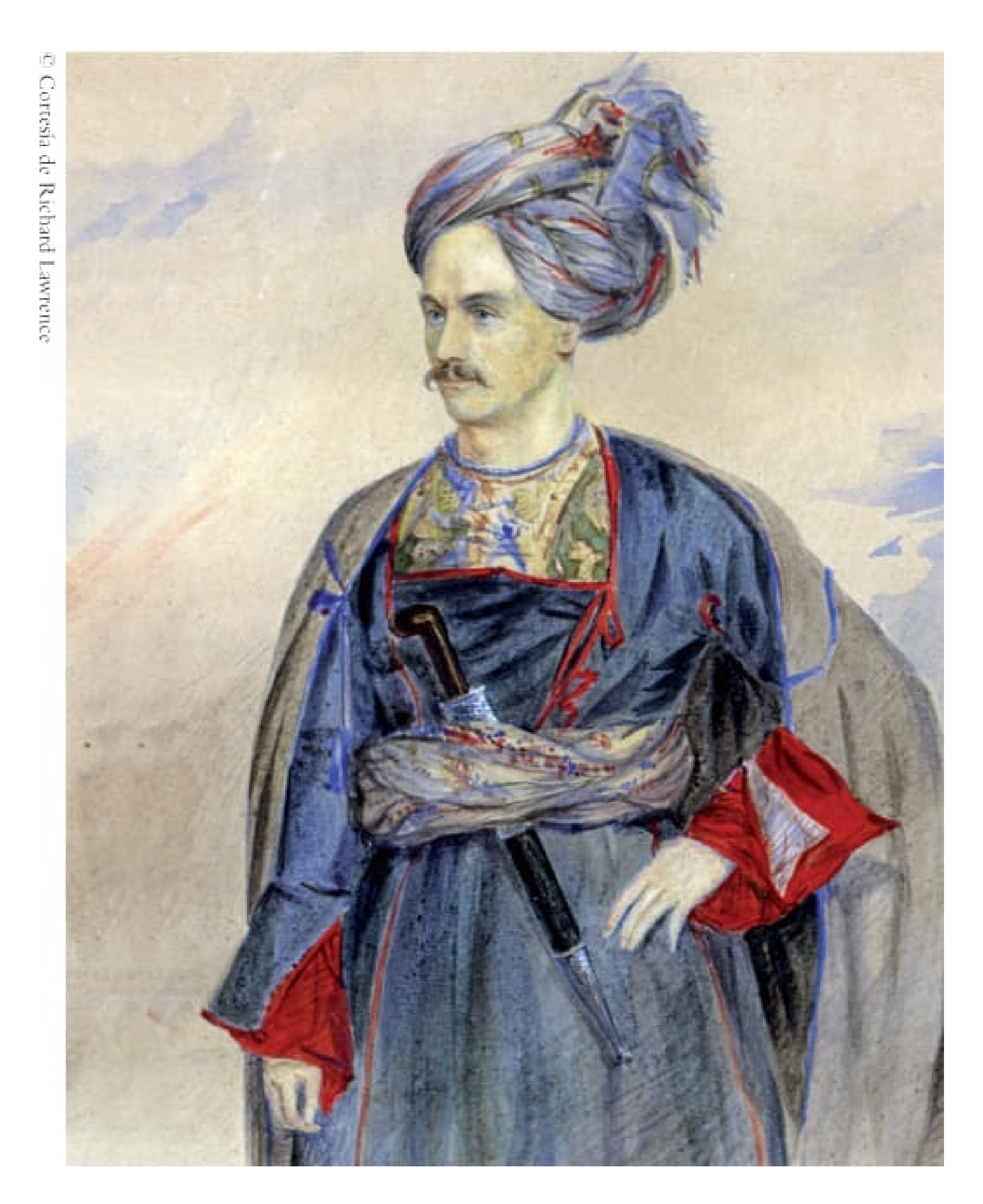
Soldados de infantería afganos, en armas contra la ocupación inglesa, disparan sobre la posición indefendible del acantonamiento británico con sus certeros *yezails*.


© British Library

Los insurgentes afganos preparan un ataque sobre los acantonamientos británicos en las afueras de Kabul. Esta imagen muestra cómo los elegantes cantones coloniales, con el complejo de la misión a la izquierda, estaban rodeados por colinas, por lo que eran casi imposibles de defender.



El capitán Colin Mackenzie comandó la defensa de la fortaleza de la intendencia contra los insurgentes afganos. Tanto él como Lawrence (abajo) se convirtieron en celebridades a su regreso y disfrutaron posando con trajes afganos.


© Cortesía de Richard Lawrence

George Lawrence.

Los Sale



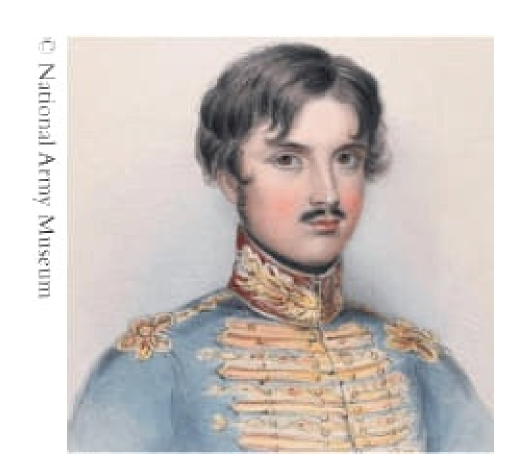
El general sir Robert Henry Sale, conocido por sus hombres como «Bob el combativo» porque siempre se lanzaba al encarnizado combate cuerpo a cuerpo.



Lady Sale, retratada con un turbante durante su cautiverio.



Alexandrina Sturt (nacida Sale), tomada como rehén por Akbar Khan tras la masacre en el paso Khord Kabul.



Autorretrato del artista Vincent Eyre.



El capitán Skinner, aquí retenido como rehén antes de la retirada británica, fue asesinado en combate en el paso Jagdalak durante la retirada de 1842.


© National Army Museum

El interior del fuerte donde fueron retenidos los rehenes británicos.


© Essex Regiment Museum

Los últimos supervivientes del 44.º de Infantería fueron descubiertos y rodeados al amanecer en la cima de la colina de Gandamak. Se encontraban en abrumadora desventaja numérica, pero decidieron librar su última batalla. Formaron un cuadrado y se defendieron, «haciendo que los afganos retrocedieran colina abajo en varias ocasiones», hasta que agotaron sus municiones y lucharon con sus bayonetas. En ese momento, fueron masacrados uno tras otro.



La guarnición británica en Jalalabad; desde el torreón de la fortaleza, un oficial del Estado Mayor con vista de lince avistó al doctor Brydon y envió a un grupo de rescate en su ayuda.

© Tate, Londres 2012



El célebre óleo de *lady* Butler, *Los restos de un ejército*, retrata al doctor Brydon en el momento en el que este llega a las murallas de Jalalabad a lomos de su caballo y al borde del colapso.



El meticuloso, pero despiadado, general George Pollock, comandante del Ejército de Castigo, que asoló el sudeste de Afganistán y redujo Kabul a cenizas.


© National Army Museum

El general William Nott, uno de los más veteranos de la Compañía en la India, fue un brillante estratega y siempre fiel a sus cipayos, «los varoniles y excelentes soldados» a los que estaba profundamente unido. Fue, sin duda, el más capaz de los comandantes militares británicos. En agosto de 1842, marchó a través de Afganistán, derrotó a todas las fuerzas enviadas contra él y llegó a Kabul el 17 de septiembre, dos días después de que Pollock tomara la ciudad.

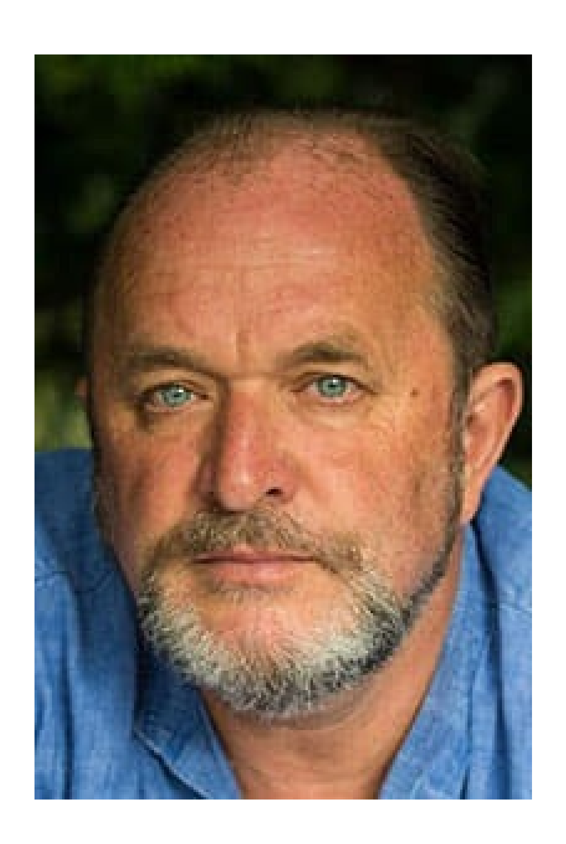


© National Army Museum

El Ejército de Castigo llegó a Kabul en septiembre de 1842. Después de liberar a los rehenes británicos, sus soldados destruyeron el gran bazar cubierto de Char Chatta. Una nueva mezquita construida en conmemoración de la derrota británica fue también reducida a escombros y los incendios se propagaron por toda la ciudad. «Se extendió la idea de que Kabul había de ser saqueada […]».


© Kapany Collection of Sikh Art

Dost Mohammad (sentado a la izquierda del círculo de bailarines) es recibido en Lahore, en su camino de regreso a Kabul. Fue reinstaurado al trono en 1842, tras la retirada definitiva de los británicos y la muerte de Shah Shuja, que había sido traicionado y asesinado por su propio ahijado. Reinó hasta su muerte en 1863.



WILLIAM DALRYMPLE nace el 20 de marzo de 1965, en Escocia, Reino Unido.

Reconocido historiador y escritor escocés, miembro de la Royal Society of Literature y de la Royal Asiatic Society y autor de obras tan relevantes como *El retorno de un rey, El último mogol, La ciudad de los djinns* o *White Mughals*. Sus libros han recibido numerosos premios y galardones, entre ellos el Duff Cooper Memorial Prize, el Thomas Cook Travel Book Award, el Sunday Times Young como escritor británico del año, el Hemingway, el Kapuściński y los Premios Wolfson. Ha sido cuatro veces candidato, y una preseleccionado, para el Premio Samuel Johnson de no ficción. También es uno de los cofundadores y codirectores del Festival Anual de Literatura de Jaipur.

Cónyuge: Olivia Fraser.

Hijos: Elizabeth Kashmir Dalrymple, Samuel Hew Tantallon Dalrymple, Adam Antioch Dalrymple.

Padres: Sir Hew Hamilton-Dalrymple, 10th Baronet, Lady Anne-Louise Keppel.

Hermanos: John Dalrymple.

notas

[1] Alexander Burnes, *Cabool: A Personal Narrative of a Journey to, and Residence in that City in the Years 1836, 7 and 8*, p. 273, para los detalles de la primavera de Kabul. <<

[2] Sultan Mohammad Khan ibn Musa Khan Durrani, *Tarikh-i-Sultani* [Crónica de los Sultanes], p. 219. <<

[3] La región histórica de Jorasán incluyó gran parte del este de Irán, pero normalmente no se consideraba que incluyera también el norte de Afganistán. <<

[4] *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja]. <<

[5] Sultan Mohammad Khan Durrani, *op. cit.*, p. 226. <<

[6] *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja]. <<

[7] Dominic Lieven, *Russia against Napoleon*, pp. 45-47. <<

[8] Citado en sir John Malcolm, *Political History of India*, vol. I, p. 310. <<

[9] Iradj Amini, *Napoleon and Persia,* p. 112; Muriel Atkin, *Russia and Iran 1780-1828*, p. 125. **<<**

[10] OIOC, Board’s Collections: Sec Desp to India, vol. III, Draft to Governor General-in-Council, 24 September 1807, n.º 31; J. B. Kelly, *Britain and the Persian Gulf, 1795-1880*, Oxford, 1968, pp. 82-83. Para el noble ruso escondido bajo la embarcación, *vid.* Peter Hopkirk, *The Great Game*, p. 33. <<

[11] Amini, *op. cit.*, p.129. <<

[12] Sir John William Kaye, *Lives of Indian Officers*, vol. I, p. 234. <<

[13] Hay un relato maravilloso del viaje de los dos muchachos escrito por Barbara Strachey, descendiente de Edward, en *The Strachey Line: An English Family in America, India and at Home from 1570 to 1902*, pp. 100-105. Los diarios de ambos se conservan en la India Office Library, aunque la escritura de Elphinstone es tan descuidada que resulta casi ilegible. El de Mountstuart Elphinstone está en BL, OIOC, Mss Eur F88 Box 13/16[b], y el de Edward Strachey en Mss Eur F128/196. <<

[14] Fayz Mohammad, *Siraj al-Tawarikh* [Historias de luz], vol. I, p. 40. La batalla de Panipat de 1761 fue la quinta en el lugar. <<

[15] Mirza ‘Ata, *Naway Ma’arek* [El canto de las batallas], introducción, pp. 1-9. <<

[16] Fayz Mohammad, *op. cit.*, vol. I, p. 63. <<

[17] Olaf Caroe, *The Pathans*, p. 262; Syad Muhammad Latif, *History of the Punjab*, p. 299; Robert Nichols, *Settling the Frontier: Land, Law and Society in the Peshawar Valley, 1500-1900*, p. 90. <<

[18] H. T. Prinsep, *History of the Punjab, and of the rise, progress, & present condition of the sect and nation of the Sikhs [Based in part on the ‘Origin of the Sikh Power in the Punjab and political life of Muha-Raja Runjeet Singh’]* , vol. I, p. 260; Fayz Mohammad, *op. cit.*, vol. I, p. 84; Mountstuart Elphinstone, *An Account of the Kingdom of Caubul, and its dependencies in Persia, Tartary, and India; comprising a view of the Afghaun nation, and a history of the Dooraunee monarchy*, vol. I, p. 317. <<

[19] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 57-75. <<

[20] *Ibid*. Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 57-75. TEXTO_ADICIONAL: *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], introducción. **<<**

[21] Sultan Mohammad Khan Durrani, *op. cit.*, p. 212. <<

[22] *Waqi'at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], introducción. <<

[23] *Íbid.*, séptimo evento. <<

[24] Fayz Mohammad, *op. cit.*, vol. I, p. 95. <<

[25] Sultan Mohammad Khan Durrani, *op. cit.*, p. 217. <<

[26] *Íbid.*, p. 215. <<

[27] *Íbid.*, pp. 244-269. Los afganos todavía tienden a hablar de los indios, e incluso de los paquistaníes, de esta manera. Al comer arroz y carne se consideran seres humanos infinitamente superiores. <<

[28] Robert Johnson, *The Afghan Way of War — Culture and Pragmatism: A Critical History*, p. 48. <<

[29] B. D. Hopkins, *The Making of Modern Afghanistan*, p. 129, 159; Noelle, *State and Tribe in Nineteenth-Century Afghanistan*, p. 281. <<

[30] Noelle, *op. cit.*, p. 288. <<

[31] Elphinstone, *Kingdom of Caubul*, vol. I, pp. 2-7. <<

[32] *Íbid*., p. 13. <<

[33] *Íbid.*, p. 21. <<

[34] *Íbid*., p. 52-4. <<

[35] BL, OIOC, Forster Papers, Mss Eur B 14/Mss Eur K 115, 12 July 1785. <<

[36] Adaptado por Caroe, *op. cit.*, p. 244. <<

[37] Aunque tradicionalmente atribuidos a Khushal, muchos estudiosos dudan de la autenticidad de estos célebres versos. <<

[38] *Ibid*. Aunque tradicionalmente atribuidos a Khushal, muchos estudiosos dudan de la autenticidad de estos célebres versos. TEXTO_ADICIONAL: Elphinstone, vol. I, pp. 67-68. <<

[39] Colección privada, Fraser Papers, Inverness, vol. 30, p. 171, W. F. a su padre, 6 de marzo de 1809. <<

[40] *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja]. <<

[41] Sayed Qassem Reshtia, *Between Two Giants: Political History of Afghanistan in the Nineteenth Century*, p. 18; Noelle, *State and Tribe in Nineteenth-Century Afghanistan*, p. 8. <<

[42] Fayz Mohammad, *op. cit.*, vol. I, p. 86. <<

[43] *Ibid*. Fayz Mohammad, *op. cit.*, vol. I, p. 86. TEXTO_ADICIONAL: Elphinstone, vol. I, pp. 82-83, 282. <<

[44] *Ibid*. Fayz Mohammad, *op. cit.*, vol. I, p. 86. TEXTO_ADICIONAL: pp. 80-81. <<

[45] *Íbid*., p. 399. <<

[46] *Ibid*. *Íbid*., p. 399. TEXTO_ADICIONAL: vol. II, p. 276. <<

[47] Colección privada, Fraser Papers, Inverness, vol. 30, p. 149, W. F. a su padre, 22 de abril de 1809. <<

[48] Johnson, *op. cit.*, p. 44. <<

[49] *Ibid*. Johnson, *op. cit.*, p. 44. TEXTO_ADICIONAL: p. 42. <<

[50] *Ibid*. Johnson, *op. cit.*, p. 44. TEXTO_ADICIONAL: Elphinstone, vol. II, p. 276. <<

[51] Hopkins, *op. cit.*, p. 1. <<

[52] Noelle, *op. cit.*, pp. 164-165. <<

[53] Johnson, *op. cit.*, p. 43. <<

[54] Colección privada, Fraser Papers, Inverness, vol. 30, p. 177, W. F. a su padre, 7 de mayo de 1809. <<

[55] *Ibid*. Colección privada, Fraser Papers, Inverness, vol. 30, p. 177, W. F. a su padre, 7 de mayo de 1809. TEXTO_ADICIONAL: Elphinstone, vol. I, p. 87. <<

[56] *Ibid*. Colección privada, Fraser Papers, Inverness, vol. 30, p. 177, W. F. a su padre, 7 de mayo de 1809. TEXTO_ADICIONAL: p. 89. <<

[57] Sultan Mohammad Khan Durrani, *op. cit.*, p. 223. <<

[58] Colección privada, Fraser Papers, Inverness, vol. 30, pp. 201-6, W. F. a su padre, 19 de junio y 6 de julio de 1809. <<

[59] Fayz Mohammad, *op. cit.*, vol. I, p. 115. <<

[60] Sultan Mohammad Khan Durrani, *op. cit.*, p. 229. <<

[61] *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja]. **<<**

[1] Mirza ‘Ata, *Naway Ma’arek* [El canto de las batallas], pp. 10-12. <<

[2] Khuswant Singh, *Ranjit Singh: Maharaja of the Punjab*, London, 1962. **<<**

[3] *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja]. <<

[4] *Ibid*. *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja]. TEXTO_ADICIONAL: Mirza ‘Ata, *op. Cit.*, pp. 13-15. Las fuentes sijs dan una explicación diferente de los hechos. <<

[5] Prinsep, *History of the Sikhs*, vol. II, pp. 14-15. <<

[6] *Waqi'at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja]. <<

[7] Turk Ali Shah Turk Qalandar, *Tadhkira-i Sukhunwaran-Chashm-Didah*, sin fecha. <<

[8] *Waqi'at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja]. <<

[9] Fayz Mohammad, *Siraj al-Tawarikh* [Historias de luz], vol. I, p. 135. <<

[10] *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja]. <<

[11] Colección privada, *Fraser Papers*, Inverness, vol. 30, pp. 171-172, W. F. a su padre, 9 de mayo de 1809. <<

[12] Fayz Mohammad, *op. cit.*, vol. I, p. 136. <<

[13] *Waqi'at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja]; Fayz Mohammad, *op. cit.*, vol. I, pp. 136-137; Prinsep, *op.cit.*, vol. II, p. 22. <<

[14] Arthur Conolly, *Journey to the North of India, 1829-31*, vol. II, pp. 272 y 301. <<

[15] *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja]. **<<**

[16] Eruch Rustom Kapadia, «The Diplomatic Career of Sir Claude Wade: A Study of British Relations with the Sikhs and Afghans, July 1823–March 1840», tesis doctoral sin publicar, SOAS, *ca.* 1930, p. 18. Wade hizo todo lo posible para erradicar este comercio: Sir C. M. Wade, *A Narrative of the Services, Military and Political, of Lt.-Col. Sir* C.M. Wade, *Ryde*, 1847, p. 33. <<

[17] Jean-Marie Lafont, *La présence française dans le royaume sikh du Penjab 1822-1849*, p. 107. <<

[18] *Ibid*. Jean-Marie Lafont, *La présence française dans le royaume sikh du Penjab 1822-1849*, p. 107. TEXTO_ADICIONAL: p. 110. <<

[19] Archivos del Punyab, Lahore, de Metcalfe, residente en Delhi, a Ochterlony, en Ludhiana, 6 de enero de 1813, libro 8, n.º 2, pp. 5-8. <<

[20] Lamentablemente, y a pesar de haber sido repetida tantas veces, puede que esta fascinante historia sea apócrifa: no he podido rastrearla más allá de la obra de Edward Thompson, *The Life of Charles Lord Metcalfe,* p. 101, donde se describe como: «tradición local […] que suena a folclore». Puede perfectamente haber estado inspirada por la famosa miniatura de Ochterlony visible en la India Office Library. En su testamento (BL, OIOC L/AG/34/29/37), Ochterlony menciona a una sola *bibi* (consorte india, tanto una esposa legal como una amante), «Mahruttun, denominada Moobaruck ul Nissa Begum, y a menudo llamada Begum Ochterlony», que fue la madre de sus dos hijas; aunque su hijo Roderick Peregrine Ochterlony nació claramente de una *bibi* diferente. Sin embargo, es muy posible que la historia sea verdadera: en diversas ocasiones me he encontrado con que tradiciones de la antigua Delhi acerca de tales asuntos han sido confirmadas por mis investigaciones y, en esta época, varios funcionarios de la Compañía tuvieron harenes de este tamaño. A juzgar por la maravillosa descripción que el obispo Heber hizo de él, Ochterlony estaba tan indianizado como para haber podido hacer una cosa semejante. <<

[21] Archivos del Punyab, Lahore, de Ochterlony, en Ludhiana, a John Adam, en Calcuta, 9 de julio de 1815, libro 14, n.º 226, pp. 5-8. <<

[22] Archivos del Punyab, Lahore, del capitán Birch a Adam, Ludhiana, 2 de diciembre de 1814, libro 15, n.º 6. <<

[23] Archivos del Punyab, Lahore, vol. 18, parte II, cartas 117 y 118, p. 535. En urdu, se dirige a: *Banam-i Farang Akhtar Looni Sahib*. El nombre de Ochterlony —o mejor dicho, la versión urdu de su nombre, *Akhtar Looni* — se traduce como «Estrella loca». <<

[24] Archivos del Punyab, Lahore, de Fraser, en Ramgarh, a Ochterlony, en Ludhiana, 3 de septiembre de 1816, vol. 18, parte II, caja 118, pp. 538-539. <<

[25] Archivos del Punyab, Lahore, del capitán Murray a sir D. Ochterlony Bart. K. C. B., vol. 18, parte I, caja 150, pp. 653-658. <<

[26] Mirza ‘Ata, *op. cit*, p. 39; *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], introducción. <<

[27] Archivos del Punyab, Lahore, de Adam a Ochterlony, 5 de octubre de 1816, libro 9, n.º 98, pp. 637-639. <<

[28] Archivos del Punyab, Lahore, Agencia de Ludhiana, de Murray a Ochterlony, 20 de enero 1817, libro 92, caja 17. <<

[29] Archivos del Punyab, Lahore, de Adam a Ochterlony, 5 de octubre 1816, libro 9, n.º 98, pp. 637–639. <<

[30] Mohan Lal Kashmiri, *Life of Amir Dost Mohammad of Kabul,* vol. I, pp. 104-105. Se trata posiblemente de un eufemismo utilizado para referirse a una violación. <<

[31] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 29–39. <<

[32] Patrick Macrory, *Signal Catastrophe: The Retreat from Kabul 1842*, p. 35.
<<

[33] Fayz Mohammad, *op. cit.*, vol. I, p. 140. <<

[34] Archivos del Punyab, Lahore, de R. Ross, en Subhatu, a sir D. Ochterlony, en Kurnal, 2 de septiembre de 1816, libro 18, n.º 116. Ross escribió: «Escribo llevando un *libas* gurka, el atuendo idóneo en el que, después de cerrar este sobre, saldré de mi casa por un sendero hacia el cauce del Ganges, desde donde procederé con un *subadar* y un cipayo (Nasiri), sin uniformes, vestidos de gurkas como yo, para vigilar el destacamento real». <<

[35] Charles Masson, *Narrative of Various Journeys in Baluchistan, Afghanistan and the Panjab, 1826 to 1838*, vol. III, p. 51. <<

[36] *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja]. <<

[37] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 39-56. <<

[38] Josiah Harlan, «Oriental Sketches», encarte p. 42a, original en los Archivos de Chester Country, Pennsylvania, citado en: Ben Macintyre, *Josiah the Great: The True Story of the Man Who Would be King*, p. 18. <<

[39] *Ibid*. Josiah Harlan, «Oriental Sketches», encarte p. 42a, original en los Archivos de Chester Country, Pennsylvania, citado en: Ben Macintyre, *Josiah the Great: The True Story of the Man Who Would be King*, p. 18. TEXTO_ADICIONAL: En Harlan, «Oriental Sketches», pp. 22-23. <<

[40] Godfrey Vigne, *A Personal Narrative of a Visit to Ghuzni, Kabul and Afghanistan and a Residence at the Court of Dost Mohamed with Notices of Runjit Singh, Khiva, and the Russian Expediti* on, p. 4. <<

[41] Archivos del Punyab, Lahore, documentos de la Agencia de Ludhiana, de Wade a Macnaghten, Press List VI, libro 142, n.º de serie 44, 9 de julio 1836. Shah Mahmood Hanifi, «Shah Shuja's "Hidden History" and its Implications for the Historiography of Afghanistan», en *South Asia Multidisciplinary Academic Journal* (revista electrónica), artículos independientes, en la red desde el 14 de mayo de 2012, conexión el 21 de junio 2012 [http://samaj.revues.org/3384]. <<

[42] Para un episodio de la saga de las chicas-esclavas, ver, por ejemplo: los Archivos del Punyab, Lahore, del capitán C. M. Wade, asistente político en Ludhiana, al *baronet* J. E. Colebrooke, residente en Delhi, 1 de junio de 1828, en los documentos de la Agencia de Ludhiana, libro 96, caja 67, pp. 92-94. Ver también Kapadia, «The Diplomatic Career of Sir Claude Wadev», p. 6. <<

[43] Victor Jacquemont, *Letters from India (1829-1832)*, p. 162. <<

[44] Jean-Marie Lafont, *Indika: Essays in Indo-French Relations 1630-1976*, p. 343. <<

[45] *Ibid*. Jean-Marie Lafont, *Indika: Essays in Indo-French Relations 1630-1976*, p. 343. <<

[46] Public Records Office (hoy los Archivos Nacionales, en Kew), PRO 30/12, Ellenborough, Diario Político, 3 de septiembre de 1829. <<

[47] M. E. Yapp, *Strategies of British India: Britain, Iran and Afghanistan, 1798-1850*, pp. 247, 111-112; Mark Bence-Jones, *The Viceroys of India*, p. 15. <<

[48] Macrory, *Signal Catastrophe*, p. 39. <<

[49] Norris, *The First Afghan War 1838-1842*, p. 15. <<

[50] Laurence Kelly, *Diplomacy and Murder in Tehran: Alexander Griboyedov and Imperial Russia's Mission to the Shah of Persia* , cap. XIX, pp. 153-161. <<

[51] Edward Ingram, *The Beginning of the Great Game in Asia, 1828-1834*, p. 49; de Wellington, en Aberdeen, el 11 de octubre de 1829, a Arthur Wellesley, el duque de Wellington, *Supplementary Despatches and Memoranda of Field Marshall Arthur Duke of Wellington*, editado por su hijo, el segundo duque de Wellington, vol. VI, pp. 212-219. <<

[52] Kelly, *Diplomacy and Murder*, p. 54. <<

[53] Orlando Figes, *Crimea: The Last Crusade*, p. 5. <<

[54] Peter Hopkirk, *The Great Game*, p. 117. <<

[55] *Íbid*., p. 117; PRO, Ellenborough, Diario Político, II, 122-123, 29 de octubre de 1829. <<

[56] BL, OIOC, Secret Committee to Governor General, 12 de enero de 1830, IOR/L/PS/5/543. <<

[57] Hopkirk, *The Great Game*, p. 119. <<

[58] Cobden, citado en Norris, *op. cit.*, p. 38. <<

[59] NAI, Foreign, Political, 5 de septiembre de 1836, n.os 9-19, minuta de Charles Trevelyan. <<

[60] Edward Ingram, *op. cit.*, p. 169. <<

[61] James Lunt, *Bokhara Burnes*, p. 39. <<

[62] Aunque escribían sus apellidos de manera diferente, los dos primos estaban estrechamente emparentados. <<

[63] Doy las gracias a Craig Murray por haberme indicado que Burnes no fue educado en Trades School, como mantiene Kaye. <<

[64] Burnes, *Travels into Bokhara, Being the Account of a Journey from India to Cabool, Tartary and Persia, also a Narrative of a Voyage on the Indus from the Sea to Lahore*, vol. I, p. 127. <<

[65] Hopkins, *The Making of Modern Afghanistan*, p. 51. <<

[66] Jacquemont, *Letters from India*, pp. 171-173. <<

[67] Burnes, *op. cit.*, vol. I, p. 132. **<<**

[68] *Ibid*. Burnes, *op. cit.*, vol. I, p. 132. TEXTO_ADICIONAL: p. 143. <<

[69] *Ibid*. Burnes, *op. cit.*, vol. I, p. 132. TEXTO_ADICIONAL: p. 144. <<

[70] Lunt, *op. cit.*, p. 49. En 1843, todos los caballos de tiro habían muerto. Según Norris, «murieron en el lujo, lejos de sus prados de Kent, por sobrealimentación»: *op. cit.*, p. 47. Véase también Yapp, *op. cit.*, pp. 247 y 208. <<

[71] Sir John William Kaye, *Lives of Indian Offi* cers, vol. II, pp. 231-233. <<

[72] Burnes, *op. cit.*, vol. II, p. 334. <<

[73] *Ibid*. Burnes, *op. cit.*, vol. II, p. 334. TEXTO_ADICIONAL: Lafont, p. 343. <<

[74] Burnes, *op. cit.* , vol. II, pp. 313, 341; vol. III, p. 185. <<

[75] *Ibid*. Burnes, *op. cit.* , vol. II, pp. 313, 341; vol. III, p. 185. TEXTO_ADICIONAL: vol. II, pp. 330-332. <<

[76] Citado en Norris, *op. cit.*, p. 57. <<

[77] BL, OIOC, Enclosures to Secret Letters (ESL) 3: n.º 69 del n.º 8 del 2 de julio de 1832 (IOR/L/PS/5/122), de Wade a Macnaghten, 11 de mayo de 1832. <<

[78] *Ibid*. BL, OIOC, Enclosures to Secret Letters (ESL) 3: n.º 69 del n.º 8 del 2 de julio de 1832 (IOR/L/PS/5/122), de Wade a Macnaghten, 11 de mayo de 1832. <<

[79] *Ibid*. BL, OIOC, Enclosures to Secret Letters (ESL) 3: n.º 69 del n.º 8 del 2 de julio de 1832 (IOR/L/PS/5/122), de Wade a Macnaghten, 11 de mayo de 1832. TEXTO_ADICIONAL: carta adjunta, «Translation of a note from Shah Shoojah ool Moolk to Hajee Moolah Mahomed Hussein, the Shah’s Agent with Capt. Wade». <<

[80] BL, OIOC, F/4/1466/5766, Extract Fort William Political Consultations del 12 de febrero de 1833: de Shah Shuja al secretario y al vicesecretario del gobierno, recibida el 18 de diciembre de 1833; y F/4/1466/57660, de Macnaghten a Fraser, el 8 de diciembre de 1832. <<

[81] BL, OIOC, Board’s Collections, F/4/1466/57660, n.º 52479. <<

[82] BL, OIOC, IOR/P/BRN/SEC/372, nota 34 del Bengal Secret Consultations, del 19 de marzo de 1833, del gobernador general a Dost Mohammad, escrita el 28 de febrero de 1833. <<

[83] *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja]. <<

[84] *Ibid*. *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja]. TEXTO_ADICIONAL: Lafont, p. 351. <<

[85] Citado en Kapadia, «The Diplomatic Career of Sir Claude Wade», pp. 178-179. <<

[86] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, p. 146. <<

[87] *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja]. **<<**

[88] NAI, Foreign, Secret Consultations, 10 de abril de 1834, n.º 20. <<

[89] *Ibid*. NAI, Foreign, Secret Consultations, 10 de abril de 1834, n.º 20. <<

[90] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, p. 148. <<

[91] *Ibid*. Mirza ‘Ata, *op. cit.*, p. 148. TEXTO_ADICIONAL: pp. 148-162. <<

[92] NAI, Foreign, Political Consultations, 5 de septiembre de 1836, n.os 9-19, minuta de Charles Trevelyan. Trevelyan y Arthur Conolly fueron los que dirigieron la política del Indo de lord Ellenborough y lord Auckland. <<

[93] Macintyre, *op. cit.*, p. 18. <<

[1] Elizabeth Errington and Vesta Sarkhosh Curtis, *From Persepolis to the Punjab: Exploring Ancient Iran, Afghanistan and Pakistan*, p. 5. <<

[2] George Rawlinson, *A Memoir of Major-General Sir Henry Creswicke Rawlinson*, p. 67. <<

[3] Royal Geographical Society, *Rawlinson Papers*, HC2, diario privado iniciado el 14 de junio 1834, entrada del 24 de octubre de 1834. <<

[4] Ivan Fedorovitch Blaramberg, *Vospominania* [Memorias], p. 64. <<

[5] Yapp, *Strategies*, pp. 138-139. **<<**

[6] I. O. Simonitch, *Précis historique de l'avènement de Mahomed-Schah au trône de Perse par le Comte Simonitch, ex-Ministre Plénipotentiaire de Russie á la Cour de Téhéran*, citada en: Alexander Morrison, *Twin Imperial Disasters: The Invasion of Khiva and Afghanistan in the Russian and British Official Mind, 1839-1842* (en prensa). <<

[7] Sir John MacNeill, *The Progress and Present Position of Russia in the East*, p. 151. <<

[8] Rawlinson, *op. cit.*, p. 67. <<

[9] *Ibid*. Rawlinson, *op. cit.*, p. 67. TEXTO_ADICIONAL: p. 68. <<

[10] NAI, *Foreign*, *Secret Consultations*, 17 de octubre de 1838, n.os 33-34. <<

[11] Rawlinson, *op. cit.*, p. 68. <<

[12] NAI, *Foreign, Secret Consultations*, 17 de octubre de 1838, n.os 33-34. <<

[13] Errington y Curtis, *op. cit.*, p. 5. <<

[14] NAI, *Foreign, Secret Consultations*, 17 de octubre de 1838, n.os 33-34. <<

[15] Blaramberg, *op. cit.*, p. 60; Melvin Kessler, *Ivan Viktorovitch Vitkevich 1806-39: A Tsarist Agent in Central Asia*, *Central Asia Collectanea*, n.º 4, pp. 5-8; V. A. Perovsky, *A Narrative of the Russian Military Expedition to Khiva under General Perofski in 1839*, traducción del ruso por el Foreign Department of the Government of India, Calcutta, 1867; Mikhail Volodarsky, «The Russians in Afghanistan in the 1830s», *Central Asian Survey*, vol. 3, n.º 1 (1984), p. 72. <<

[16] «Peslyak’s Notes», *Istorichesky Vestnik*, n.º 9, 1883, p. 584. <<

[17] Carta de V. A. Perovsky, gobernador militar de Oremburgo, a K. K. Rodofinikin, jefe del departamento de Asia del Ministerio de Asuntos Exteriores, del 14 de junio de 1836, citada en: N. A. Khalfin, *predislovie k sb. Zapiski o Bukharskom Khanstve* [prefacio a las notas sobre el kanato de Bujará]. <<

[18] Blaramberg, *op. cit.*, p. 60. <<

[19] Perovsky, *op. cit.*, pp. 73-75. Morrison, en *op. cit.*, indica que este pasaje fue en realidad escrito por Ivanin y no por Perovsky. <<

[20] Khalfin, *op. cit.*. <<

[21] Blaramberg, *op. cit.*, p. 60. <<

[22] Khalfin, *op. cit.* <<

[23] Volodarsky, *op. cit.* , p. 70. <<

[24] Khalfin, *op. cit.* <<

[25] Volodarsky, op. cit., pp. 73-74. <<

[26] *Íbid.*, p. 70; Morrison, *op. cit.*, pp. 16-17. <<

[27] Khalfin, *op. cit.* <<

[28] Citado en: Morrison, *op.cit.*, p. 16. <<

[29] Volodarsky, op. cit., p. 72. <<

[30] N. A. Khalfin, *Vozmezdie ozhidaet v Dzhagda* [*Drama in a Boarding House*], *Voprosy Istorii*, 1966, n.º 10; véase también Yapp, *op. cit.*, p. 234. La fuente original de esta noticia son las memorias de Duhamel. <<

[31] Kessler, *Ivan Viktorovitch Vitkevich*, p. 12. <<

[32] Volodarsky, op. cit., p. 74. <<

[33] *Ibid*. Volodarsky, op. cit., p. 74. <<

[34] Blaramberg, *op. cit.*, p. 60. <<

[35] *Ibid*. Blaramberg, *op. cit.*, p. 60. TEXTO_ADICIONAL: p. 64. <<

[36] Burnes, *Cabool*, p. 104. <<

[37] Volodarsky, *op. cit.*, p. 70. <<

[38] Véanse: Fayz Mohammad, *Siraj al-Tawarikh* [Historias de luz], vol. I, pp. 184-188; Masson, *Narrative of Various Journeys*, vol. III, pp. 307-309; Hopkins, *The Making of Modern Afghanistan*, pp. 101-107; Noelle, *State and Tribe in Nineteenth-Century Afghanistan*, pp. 15-17; Kapadia, «The Diplomatic Career of Sir Claude Wade», p. 203. <<

[39] NAI, *Foreign*, *Secret Consultations*, 15 de mayo de 1837, n.º 08, de Masson a Wade, 25 de febrero de 1837. <<

[40] *Ibid*. NAI, *Foreign, Secret Consultations*, 15 de mayo de 1837, n.º 08, de Masson a Wade, 25 de febrero de 1837. <<

[41] Fayz Mohammad, *op. cit.*, vol. I, p. 186. El emir que encargó el *Siraj* dejó una nota al margen del manuscrito original: «Algunos ancianos comentan que Hari Singh estaba a lomos de un elefante dirigiéndose a un combate cuando, de repente, una bala lo golpeó en un punto mortal y murió. No se sabe quién lo mató». Sea cual sea la verdad, la literatura afgana siempre ha asumido que fue Akbar Khan el que personalmente mató a Hari Singh, y se le atribuye este hecho en el *Akbarnama* [Libro de Akbar] cachemiro y en otros poemas épicos. <<

[42] Norris, *First Afghan War*, p. 114. <<

[43] Burnes, *op. cit.*, p. 139, y su carta a Calcuta del 9 de octubre de 1837, NAI, *Foreign, Political Consultations*, cartas del secretario de estado, 28 de septiembre de 1842, n.º 21. <<

[44] Masson, *op. cit.*, vol. III, p. 445. <<

[45] *Ibid*. Masson, *op. cit.*, vol. III, p. 445. TEXTO_ADICIONAL: pp. 447-449. <<

[46] Véase, por ejemplo: Maulana Hamid Kashmiri, *Akbarnama* [Libro de Akbar]. <<

[47] *Ibid*. Véase, por ejemplo: Maulana Hamid Kashmiri, *Akbarnama* [Libro de Akbar]. <<

[48] *Ibid*. Véase, por ejemplo: Maulana Hamid Kashmiri, *Akbarnama* [Libro de Akbar]. TEXTO_ADICIONAL: cap. 9. <<

[49] Masson, *op. cit.*, vol. III, p. 97. <<

[50] Vigne, *Visits to Afghanistan*, pp. 176-177. <<

[51] Burnes, *op. cit.*, p. 140. <<

[52] *Ibid*. Burnes, *op. cit.*, p. 140. <<

[53] *Ibid*. Burnes, *op. cit.*, p. 140. TEXTO_ADICIONAL: pp. 142-143. <<

[54] Mirza ‘Ata, *Naway Ma’arek* [El canto de las batallas], pp. 162-172. <<

[55] Kashmiri, *op. cit.*, cap. 10. <<

[56] Fayz Mohammad, *Siraj al-Tawarikh* [Historias de luz], vol. I, p. 192. <<

[57] Kashmiri, *op. cit.*, cap. 11. <<

[58] Masson, *op. cit.*, vol. III, pp. 452-453. <<

[59] *Ibid.* Masson, *op. cit.*, vol. III, pp. 452-453. TEXTO_ADICIONAL: Una traducción más exacta de *garib nawaz* sería: «el que ama a los pobres». **<<**

[60] NAI, *Foreign, Secret Consultations*, 19 de agosto de 1825, de Burnes a Holland, n.os 3-4. <<

[61] Sir Penderel Moon, *The British Conquest and Dominion of India*, p. 492.
<<

[62] Este es el mismo Macaulay que observaba en su *Minute on Education*, mostrando a las claras su ignorancia, que «una única estantería de una buena biblioteca europea valía más que toda la literatura nativa de la India y Arabia […]. La información histórica recogida en todos los libros escritos en sánscrito es menos valiosa que la que puede encontrarse en los más insignificantes resúmenes utilizados en las escuelas preparatorias de Inglaterra». En el debate «anglicista» y «orientalista» que siguió, Macaulay y Macnaghten defendieron posturas opuestas. Para la procesión, *vid.* Emily Eden, *Up the Country: Letters written to her Sister from the Upper Provinces of India*, p. 1. <<

[63] Emily Eden, *Miss Eden's Letters*, editadas por su sobrina nieta, Violet Dickinson, p. 293. <<

[64] W. G. Osborne, *The Court and Camp of Runjeet Sing*, pp. 209-210. Los venecianos, dueños de un imperio comercial más antiguo, tenían un enfoque similar. <<

[65] *Ibid*. W. G. Osborne, *The Court and Camp of Runjeet Sing*, pp. 209-210. Los venecianos, dueños de un imperio comercial más antiguo, tenían un enfoque similar. TEXTO_ADICIONAL: Eden, p. 263. <<

[66] *Ibid*. W. G. Osborne, *The Court and Camp of Runjeet Sing*, pp. 209-210. Los venecianos, dueños de un imperio comercial más antiguo, tenían un enfoque similar. <<

[67] Eden, *Up the Country*, p. 18. <<

[68] Fanny Eden, *Tigers, Durbars and Kings: Fanny Eden’s Indian journals, 1837-1838*, transcrito y editado por Janet Dunbar, p. 72. <<

[69] Eden, *Miss Eden's Letters*, p. 299; Eden, *Up the Country* , p. 3. <<

[70] Eden, *Up the Country*, p. 156. <<

[71] Eden, *Tigers, Durbars and Kings*, pp. 77-80. <<

[72] Eden, *Up the Country*, pp. 4 y 46. <<

[73] Eden, *Tigers, Durbars and Kings*, p. 124. <<

[74] *Ibid*. Eden, *Tigers, Durbars and Kings*, p. 124. TEXTO_ADICIONAL: p. 60. <<

[75] Mohan Lal, *Life of Amir Dost Mohammad*, vol. I, pp. 249-250. <<

[76] Yapp, *op. cit.*, p. 245; A. C. Banerjee, *Anglo-Sikh Relations: Chapters from J. D. Cunningham's History of the Sikhs*, p. 53. <<

[77] Mohan Lal, *Life of Amir Dost Mohammad*, vol. I, pp. 250-252. <<

[78] BL, OIOC, ESL 48: n.º 87 del n.º 1 del 8 de febrero de 1838 (IOR/L/PS/5/129), extracto de una carta de Wade a Macnaghten, 1 de enero de 1838. <<

[79] BL, OIOC, ESL 50: n.º 18; Kapadia, *op. cit.*, p. 385. <<

[80] BL, OIOC, ESL 48: n.º 87 del n.º 1 del 8 de febrero de 1838 (IOR/L/PS/5/129), extracto de una carta de Wade a Macnaghten, 1 de enero de 1838. <<

[81] NAI, *Foreign, Political Consultations*, 11 de septiembre de 1837, n.º 4. <<

[82] Volodarsky, *op. cit.*, p. 76. <<

[83] NAI, *Foreign*, *Political Consultations*, 6 de junio de 1838, n.os 21-22. <<

[84] BL, Broughton Papers, Add Mss 37692, fol. 71, de Auckland a Hobhouse, 6 de enero de 1838; Norris, *op. cit.*, p. 139. <<

[85] Johnson, *The Afghan Way of War*, p. 42. **<<**

[86] Herawi, *Ayn al-Waqayi* [Guerra en Afganistán: hechos y fechas], p. 29; Fayz Mohammad, *op. cit.*, vol. I, pp. 189-190. <<

[87] Norris, *op. cit.*, pp. 129-130. <<

[88] NAI, *Foreign, Secret Consultations*, 19 de agosto de 1825, n.os 3-4, 1, 11-14. Extractos de la correspondencia privada entre sir Alex Burnes y el comandante Holland, entre los años 1837 y 1841, en referencia a los asuntos afganos. <<

[89] Burnes, *op. cit.*, pp. 261-262. <<

[90] BL, OIOC, L/PS/5/130, de Burnes a Macnaghten, 18 de febrero de 1838.
<<

[91] BL, OIOC, ESL 48: n.º 100 del n.º 1 del 8 de febrero de 1838 (IOR/L/PS/5/129), de Burnes a Auckland, 23 de diciembre de 1837. <<

[92] NAI, *Foreign*, *Secret Consultations*, 19 de agosto de 1825, n.os 3-4, 1, 11-14. <<

[93] Norris, *op. cit.*, p. 141. <<

[94] Volodarsky, *op. cit.*, p. 76. <<

[95] Masson, *op. cit.* , vol. III, p. 465. <<

[96] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 162-172. <<

[97] Norris, *op. cit.*, p. 151. <<

[98] NAI, *Foreign*, *Secret Consultations*, del 22 de agosto al 3 de octubre de 1838, n.º 60, de Pottinger a Burnes. <<

[99] Mohan Lal, *Life of Amir Dost Mohammad*, vol. I, p. 281. <<

[100] Michael H. Fisher, «An Initial Student of Delhi English College: Mohan Lal Kashmiri (1812-77)», en Margrit Pernau (ed.), *The Delhi College: Traditional Elites, the Colonial State and Education before 1857*, p. 248. <<

[101] Mohan Lal, *op. cit.*, vol. I, pp. 307-309. <<

[102] De Burnes a Macnaghten, 24 de marzo de 1838, Parliamentary Papers [PP] 1839, Indian Papers 5. Para un texto más completo, *vid.* PP 1859. <<

[103] NAI, *Foreign*, *Secret Consultations*, del 22 de agosto al 3 de octubre de 1838, n.º 602, de Burnes a Macnaghten. <<

[104] Kashmiri, *op. cit.*, cap. 11. <<

[105] Volodarsky, *op. cit.*, p. 77. <<

[106] Morrison, *op. cit.*, p. 22. **<<**

[107] NAI, *Foreign*, *Secret Consultations*, 19 de agosto de 1825, n.os 3-4, n.º 04, de Burnes a Holland, Peshawar, 6 de mayo de 1838. <<

[108] BL, OIOC, ESL 49: n.º 12 del n.º 11 del 22 de mayo de 1838 (IOR/L/PS/5/130), informe de Auckland del 12 de mayo de 1838. <<

[109] Eden, *Up the Country*, p. 125. <<

[110] Norris, *op. cit.*, p. 161. <<

[111] Eden, *Miss Eden’s Letters*, p. 293. <<

[112] BL, OIOC, ESL 49: n.º 12 del n.º 11 del 22 de mayo de 1838 (IOR/L/PS/5/130), informe de Auckland del 12 de mayo de 1838. <<

[113] Eden, *Miss Eden’s Letters*, pp. 299-300. <<

[114] Eden, *Up the Country*, p. 186. <<

[115] Osborne, *The Court and Camp of Runjeet Sing*, pp. 70-89. <<

[116] *Ibid*. Osborne, *The Court and Camp of Runjeet Sing*, pp. 70-89. TEXTO_ADICIONAL: p. 90. <<

[117] *Ibid*. Osborne, *The Court and Camp of Runjeet Sing*, pp. 70-89. TEXTO_ADICIONAL: p. 190. <<

[118] Major W. Broadfoot, *The Career of Major George Broadfoot*, C.B., p. 121; también Henry Lawrence, en Yapp, *op. cit.*, p. 247. <<

[119] BL, OIOC, Mss Eur E359, diario de Colvin, entrada del 1 de junio de 1838. <<

[120] Norris, *op. cit.*, p. 182. <<

[121] *Calendar of Persian Correspondence of the Punjab Archives abstracted into English* , vol. 2, p. 158. De Mirza Haidar Ali, un asistente de Shah Shuja al-Mulk, al agente político, Ludhiana, 15 de septiembre de 1837. <<

[122] Maulana Mohammad-Ghulam Akhund-zada Kohistani, b. Mulla Timur-shah, *mutakhallis ba* ‘Gulam’(o Gulami Mohammad Ghulam), *Jangnama. Dar wasfi-i mujahidat-i Mir Masjidi-khan Gazi wa sair-i mudjahidin rashid-i milli-i aliya-i mutajawizin-i ajnabi dar salha-yi 1839-1842 i. Asar: Maulina* (sic) *Mohammad-Gulam Kuhistani mutakhallis ba ‘Gulami’*, Kabul 1336 AH/1957 (*Anjuman-i tarikh-i Afghanistan*, n.º 48) (prefacio de Ahmad-Ali Kohzad, sin índice), pp. 184-186. <<

[123] Osborne, *op. cit.*, pp. 207-208. <<

[124] *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja]. <<

[125] Eden, *Miss Eden’s Letters*, p. 290. <<

[126] *Ibid*. Eden, *Miss Eden’s Letters*, p. 290. TEXTO_ADICIONAL: p. 311. <<

[127] Moon, *op. cit.*, p. 505. <<

[128] NAI, *Foreign*, *Secret Consultations*, 21 November 1838, n.º 104, de Mackeson a Macnaghten, 16 de agosto de 1838. <<

[129] Masson, *op. cit.*, vol. III, p. 495. <<

[130] Yapp argumenta, de manera convincente, que Macnaghten fue el principal promotor de la invasión; *vid. op. cit.*, pp. 246-247. <<

[131] Colonel William H. Dennie, *Personal Narrative of the Campaigns in Afghanistan*, editado por W. E. Steele, p. 30. <<

[132] Sir John William Kaye, *Lives of Indian Officers*, vol. 2, p. 254. <<

[133] Yapp, *op. cit.*, p. 253. <<

[134] Sir John William Kaye, *History of the War in Afghanistan: From the unpublished letters and journals of political and military officers employed in Afghanistan*, vol. I, p. 375. <<

[135] Henry Marion Durand, *The First Afghan War and its Causes*, p. 81. <<

[1] BL, Broughton Papers, Add Mss 36474, de Wade a Auckland, 31 de enero de 1839. <<

[2] Yapp, *Strategies*, p. 263. <<

[3] Dennie, *Personal Narrative of the Campaigns in Afghanistan*, p. 51. <<

[4] Norris, *First Afghan War*, p. 254. <<

[5] *Ibid*. Norris, *First Afghan War*, p. 254. TEXTO_ADICIONAL: p. 248. <<

[6] Ibíd. <<

[7] *Calendar of Persian Correspondence*, vol. 2, p. 1119, 11 de diciembre de 1838, de Shah Shuja al-Mulk al agente político de Ludhiana. <<

[8] Eden, *Miss Eden's Letters*, p. 305. <<

[9] Eden, *Tigers, Durbars and Kings*, p. 162. **<<**

[10] *Ibid*. Eden, *Tigers, Durbars and Kings*, p. 162. TEXTO_ADICIONAL: p. 159. <<

[11] J. H. Stocqueler, *The Memoirs and Correspondence of Sir William Nott, GCB*, vol. I, p. 79. <<

[12] Osborne, *The Court and Camp of Runjeet Singh* pp. 213-214. <<

[13] Eden, *Up the Country*, pp. 205-206. <<

[14] Henry Havelock, *Narrative of the War in Affghanistan in 1838-9*, vol. I, p. 72; Kaye, *History of the War in Afghanistan*, vol. I, p. 392. <<

[15] Eden, *Tigers, Durbars and Kings* , p. 182. <<

[16] *Ibid*. Eden, *Tigers, Durbars and Kings* , p. 182. TEXTO_ADICIONAL: p. 175. <<

[17] *Ibid*. Eden, *Tigers, Durbars and Kings* , p. 182. TEXTO_ADICIONAL: Kaye, vol. I, p. 393. <<

[18] Saul David, *Victoria's Wars: The Rise of Empire*, p. 27. <<

[19] Stocqueler, *op. cit.*, vol. I, p. 91. <<

[20] Mirza ‘Ata, *Naway Ma’arek* [El canto de las batallas], p. 162, los ingleses en Sind y el paso de Bolán. <<

[21] *Ibid*. Mirza ‘Ata, *Naway Ma’arek* [El canto de las batallas], p. 162, los ingleses en Sind y el paso de Bolán. <<

[22] Kaye, *op. cit.*, vol. I, p. 419. <<

[23] *Ibid*. Kaye, *op. cit.*, vol. I, p. 419. TEXTO_ADICIONAL: p. 415. <<

[24] NAI, Foreign, Secret Consultations, de Burnes a Holland (privado), 21 de marzo de 1839, 8/43, 28 de septiembre de 1842. <<

[25] Kashmiri, *Akbarnama* [Libro de Akbar], cap. 11. <<

[26] Major-General Sir Thomas Seaton, *From Cadet to Colonel: The Record of a Life of Active Service*, p. 74. <<

[27] Broadfoot, *The Career of Major George Broadfoot*, p. 7. <<

[28] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, p. 162, los ingleses en Sind y el paso de Bolán. <<

[29] Seaton, *op. cit.*, p. 85. <<

[30] G. W. Forrest, *Life of Field Marshal Sir Neville Chamberlain GCB,* pp. 31-32. <<

[31] *Calendar of Persian Correspondence*, los volúmenes 2 y 3, contienen numerosas cartas enviadas por Shah Shuja y Wade con el fin de intentar conseguir el apoyo de las tribus de Afganistán para la restauración de los sadozais. Por ejemplo, vol. 3, n.º 206, 19 de febrero de 1839, p. 30. <<

[32] Kaye, *Lives of Indian Officers*, vol. I, pp. 262-263. <<

[33] Mohan Lal, *Life of Dost Mohammad*, vol. II, p. 198. <<

[34] Major William Hough, *A Narrative of the March and Operations of the Army of the Indo 1838-1839*, pp. 83-84. <<

[35] Seaton, *op. cit.*, p. 89. <<

[36] Stocqueler, *op. cit.*, vol. I, p. 122. **<<**

[37] Hough, *op. cit.*, p. 68. <<

[38] George Lawrence, *Reminiscences of Forty Three Years in India*, p. 7. <<

[39] Sita Ram Panday, *From Sepoy to Subedar*, traducido por el teniente coronel J. T. Norgate, pp. 88-89. Esta obra es tan interesante como problemática. El texto hindustaní original, supuestamente escrito en devanagari por un Sita Ram ya retirado, no se ha encontrado y la primera versión de la obra apareció en inglés en la década de 1870. Fue posteriormente traducido de nuevo al hindustaní y escrito en alfabeto árabe (con el título de *Khwab* o *Khiyal*) para ser usado como texto de examen para el funcionariado indio (Indian Civil Service o ICS). Es posible que no existiera un manuscrito original y que el texto fuera escrito en realidad por el autor británico que lo publicó por primera vez. Sin embargo, tras haber leído muchas otras cartas que, supuestamente, habían sido escritas por cipayos para la prensa de Delhi y resultaron, en realidad, haber sido redactadas por sus colegas británicos, me inclino por aceptar la autenticidad de este texto. <<

[40] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, p. 170, los ingleses en Sind y el paso de Bolán. <<

[41] *Calendar of Persian Correspondence*, vol. 3, p. 155, n.º 1000, 9 de junio de 1839, de Shah Shuja al coronel Wade. <<

[42] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, p. 171, los ingleses en Sind y el paso de Bolán. <<

[43] National Army Museum, NAM 2008-1839, Gaisford Letters p. 1, campamento de la brigada de artillería cerca de Kabul, 20 de agosto de 1839. <<

[44] Stocqueler, *op. cit.*, vol. I, p. 101. **<<**

[45] National Army Museum, NAM 1983-11-28-1, Gaisford Diary, p. 1. <<

[46] Lawrence, *op. cit.*, pp. 12-13. <<

[47] Stocqueler, *op. cit.*, vol. I, p. 115. <<

[48] National Army Museum, NAM 1983-11-28-1, Gaisford Diary, p. 1. <<

[49] Mohan Lal, *op. cit.*, vol. II, p. 206. <<

[50] Haji Khan Kakar ya había enviado un mensaje verbal a Shah Shuja, pero este fue el primer signo que sugería que estaba planeando cumplir con su palabra. *Vid.* NAI, Foreign, Secret Consultations, 16 de octubre de 1839, n.º 70, resumen de las cartas de los diferentes jefes al oeste del Indo a Shah Shuja en respuesta a las comunicaciones enviadas por su majestad; enviado para que el capitán Wade lo examinara con detenimiento. <<

[51] Kashmiri, *op. cit.* <<

[52] Carta de Alexander Burnes citada por Emily Eden, *Up the Country*, p. 291. <<

[53] National Army Museum, NAM 2008-1839, Gaisford Letters, p. 1, campamento de la brigada de artillería cerca de Kabul, 20 de agosto de 1839. <<

[54] BL, Broughton Papers, Add Mss 36474, de Macnaghten a Auckland, 6 de mayo de 1839. <<

[55] William Taylor, *Scenes and Adventures in Afghanistan*, London, 1842, p. 95. <<

[56] *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], p. 104. <<

[57] *Ibid*. *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], p. 104. <<

[58] Fayz Mohammad, *Siraj al-Tawarikh* [Historias de luz], vol. I, p. 225. <<

[59] Amini, *Paadash-e-Khidmatguzaari-ye-Saadiqaane Ghazi Nayab Aminullah Khan Logari*, p. 4. <<

[60] Rev. G. R. Gleig, *Sale's Brigade in Afghanistan*, p. 39. <<

[61] Sita Ram, *op. cit.*, pp. 91-92. <<

[62] Forrest, *op. cit.*, p. 35. <<

[63] BL, Broughton Papers, Add Mss 36474, fol. 63-68, de Auckland a Hobhouse, 18 de junio de 1839. <<

[64] *Calendar of Persian Correspondence*, vol. 3, p. 111, n.º 762, 16 de mayo de 1839, del agente político de Ludhiana a Shah Dad Khan; Noelle, *State and Tribe in Nineteenth-Century Afghanistan*, p. 169. <<

[65] Mohan Lal, *op. cit.*, vol. II, p. 259; Noelle, *op. cit.*, p. 43. <<

[66] NAI, Foreign, Secret Consultations, 16 de octubre de 1839, n.º 70, resumen de las cartas de los diferentes jefes al oeste del Indo a Shah Shuja en respuesta a las comunicaciones enviadas por su majestad; enviado para que el capitán Wade lo examinara con detenimiento. <<

[67] William Barr, *Journal of a March from Delhi to Peshawar and thence to Cabul*, pp. 134-135. <<

[68] *Calendar of Persian Correspondence*, vol. 3, p. 50, n.º 334, 19 de marzo de 1839, del agente político de Ludhiana al maharajá Ranjit Singh. <<

[69] *Ibid*. *Calendar of Persian Correspondence*, vol. 3, p. 50, n.º 334, 19 de marzo de 1839, del agente político de Ludhiana al maharajá Ranjit Singh. TEXTO_ADICIONAL: p. 52, n.º 356, 21 de marzo de 1839, del agente político de Ludhiana al maharajá Ranjit Singh. <<

[70] *Ibid*. *Calendar of Persian Correspondence*, vol. 3, p. 50, n.º 334, 19 de marzo de 1839, del agente político de Ludhiana al maharajá Ranjit Singh. TEXTO_ADICIONAL: p. 56, n.º 382, 27 de marzo de 1839; p. 58, n.º 399, 1 de abril de 1839; p. 60, n.º 410, 3 de abril de 1839; p. 64, n.os 443 y 444, 8 de abril de 1839; todos los agentes políticos de Ludhiana al maharajá Ranjit Singh. <<

[71] *Ibid*. *Calendar of Persian Correspondence*, vol. 3, p. 50, n.º 334, 19 de marzo de 1839, del agente político de Ludhiana al maharajá Ranjit Singh. TEXTO_ADICIONAL: p. 57, n.º 394, 31 de marzo de 1839, del *sarkar* Khalsa al general Avitabile. <<

[72] *Ibid*. *Calendar of Persian Correspondence*, vol. 3, p. 50, n.º 334, 19 de marzo de 1839, del agente político de Ludhiana al maharajá Ranjit Singh. TEXTO_ADICIONAL: p. 87, n.º 604, 1 de mayo de 1839, del agente político de Ludhiana al maharajá Ranjit Singh. <<

[73] *Ibid*. *Calendar of Persian Correspondence*, vol. 3, p. 50, n.º 334, 19 de marzo de 1839, del agente político de Ludhiana al maharajá Ranjit Singh. TEXTO_ADICIONAL: p. 29, n.º 200 y p. 104, n.º 716, 13 de mayo (a petición de los jefes del Jáiber) y p. 107, n.º 735, 15 y 21 de mayo de 1839, del maharajá Ranjit Singh al agente político de Ludhiana. <<

[74] Osborne, *op. cit.*, pp. 223-224. <<

[75] Eden, *Up the Country*, pp. 292 y 310. <<

[76] Yapp, *op. cit.*, pp. 363-365. <<

[77] Kaye, *Lives of Indian Officers*, vol. II, p. 264. <<

[78] BL, OIOC, ESL 79: n.º 5 del apéndice VI en el n.º 3 del n.º 71 del 20 de agosto de 1840 (IOR/L/PS/5/160), extracto de la carta semioficial de Todd a Macnaghten,15 de junio de 1840. <<

[79] BL, Broughton Papers, Add Mss 36474, de Wade al gobernador general, 31 de enero de 1839. <<

[80] NAI, Foreign, Secret Consultations, 12 de junio de 1839, n.º 75, de Wade a Maddock, 18 de julio de 1839. <<

[81] Taylor, *op. cit.*, pp. 101-102. <<

[82] Durand, *The First Afghan War and its Causes*, p. 171. <<

[83] BL, OIOC, Mss Eur D1 118, cartas de Nicholls, de Keane a Nicholls, agosto de 1839. <<

[84] Sita Ram, *op. cit.*, p. 97. <<

[85] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 39-56. <<

[86] Fayz Mohammad, *op. cit.*, vol. I, pp. 226-227. <<

[87] Mohan Lal, *op. cit.*, vol. II, pp. 238-242. <<

[88] Durand, *op. cit.*, p. 174. <<

[89] *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja]. **<<**

[90] Sita Ram, *op. cit.*, p. 98. <<

[91] Durand, *op. cit.*, pp. 178-179. <<

[92] *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja]. <<

[93] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 173-176. <<

[94] Lawrence, *op. cit.*, p. 17. <<

[95] Forrest, *op. cit.*, p. 46. <<

[96] National Army Museum, NAM 1983-11-28-1, Gaisford Diary, pp. 71 y sig. <<

[97] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 173-176. <<

[98] Johnson, *The Afghan Way of War*, p. 53. <<

[99] Durand, *op. cit.*, pp. 166-167. <<

[100] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 173-176. <<

[101] *Ibid*. Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 173-176. <<

[102] Fayz Mohammad, *op. cit.*, vol. I, p. 228. <<

[103] Mohan Lal, *op. cit.*, vol. II, p. 307. <<

[104] Havelock, *op. cit.*, vol. II, p. 97. <<

[105] Mohan Lal, *op. cit.*, vol. II, pp. 236-237. <<

[106] Johnson, *op. cit.*, p. 53. <<

[107] Kashmiri, *op. cit.*, cap. 14. <<

[108] Lawrence, *op. cit.*, p. 25. <<

[109] Kaye, *History of the War in Afghanistan*, vol. I, p. 461. <<

[110] Hough, *op. cit.*, pp. 251-252. **<<**

[1] Khalfin, *Vozmezdie ozhidaet v Dzhagda* [*Drama in a Boarding House*]. <<

[2] BL, Add Mss 48535, de Clanricarde a Palmerston, 25 de mayo de 1839. <<

[3] Kaye, *History of the War in Afghanistan*, vol. I, p. 209n. <<

[4] NAI, Foreign, Secret Consultations, 18 de diciembre de 1839, n.º 6, traducción de la carta de Nazir Khan Ullah, en Bujará, al enviado británico y ministro en Kabul fechada el 15 *rajab* /24 de septiembre 1839. <<

[5] Perovsky, *A Narrative of the Russian Military Expedition to Khiva*, pp. 73-75. También citado, pero con ligeras variaciones, en Morrison, *Twin Imperial Disasters*, pp. 22-24. Morrison dice que, en los archivos rusos, solo existen cuatro cartas enviadas por Vitkevitch desde Kabul. **<<**

[6] Khalfin, *op. cit.*; véase también Morrison, *op. cit.*, p. 23. <<

[7] Khalfin, *op. cit.*, pp. 194-206. <<

[8] Las notas de Sungurov fueron recopiladas en las memorias de su primo I. A. Polferov en «Predatel» [El traidor], *Istoricheskij vestnik*, [Diarios históricos], vol. 100 (1905), p. 498 y nota. Véase también: Kessler, *Ivan Viktorovitch Vitkevitch*, pp. 16-18. <<

[9] Blaramberg, *Vospominania* [Memorias], p. 64. <<

[10] Morrison, *op. cit.*, p. 32. <<

[11] George Pottinger and Patrick Macrory, *The Ten-Rupee Jezail: Figures in the First Afghan War 1838-42*, p. 7. <<

[12] Yapp, *Strategies*, p. 268; David, *Victoria's Wars*, p. 35. <<

[13] Eden, *Up the Country*, pp. 205-206. <<

[14] *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], p. 126. <<

[15] Gleig, *Sale’s Brigade in Afghanistan*, p. 69. <<

[16] Hopkins, *The Making of Modern Afghanistan*, pp. 144-148. <<

[17] James Rattray, *The Costumes of the Various Tribes, Portraits of Ladies of Rank, Celebrated Princes and Chiefs, Views of the Principal Fortresses and Cities, and Interior of the Cities and Temples of Afghaunistan*, p. 16. <<

[18] Mirza ‘Ata, *Naway Ma’arek* [El canto de las batallas], pp. 211-224. <<

[19] Gleig, *op. cit.*, pp. 69-70. <<

[20] *Ibid*. Gleig, *op. cit.*, pp. 69-70. TEXTO_ADICIONAL: pp. 71-72. <<

[21] Rattray, *op. cit.*, p. 16. <<

[22] Doy las gracias a Craig Murray por haberme proporcionado esta información. Tanto Alexander y James Burnes como Mohan Lal Kashmiri fueron masones entusiastas. <<

[23] Lawrence, *Reminiscences of Forty Three Years in India*, p. 27. <<

[24] Eden, *Miss Eden’s Letters*, p. 315. <<

[25] Fayz Mohammad, *op. cit.*, vol. I, p. 228. **<<**

[26] Mohammad Ghulam Kohistani, *Jangnama* [Historia de la guerra], p. 70. <<

[27] Lawrence, *op. cit.*, p. 20. <<

[28] J. H. Stocqueler, *Memorials of Affghanistan: State Papers, Official Documents, Dispatches, Authentic Narratives etc Illustrative of the British Expedition to, and Occupation of, Affghanistan and Scinde, between the years 1838 and 1842*, apéndice I, «The Pursuit of Dost Mohammad Khan by Major Outram of the Bombay Army», p. IV. <<

[29] *Ibid.* J. H. Stocqueler, *Memorials of Affghanistan: State Papers, Official Documents, Dispatches, Authentic Narratives etc Illustrative of the British Expedition to, and Occupation of, Affghanistan and Scinde, between the years 1838 and 1842*, apéndice I, «The Pursuit of Dost Mohammad Khan by Major Outram of the Bombay Army», p. IV. TEXTO_ADICIONAL: p. IX. <<

[30] *Ibid.* J. H. Stocqueler, *Memorials of Affghanistan: State Papers, Official Documents, Dispatches, Authentic Narratives etc Illustrative of the British Expedition to, and Occupation of, Affghanistan and Scinde, between the years 1838 and 1842*, apéndice I, «The Pursuit of Dost Mohammad Khan by Major Outram of the Bombay Army», p. IV. <<

[31] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 211-224. <<

[32] Fayz Mohammad, *op. cit.*, vol. I, pp. 228-231. <<

[33] BL, OIOC, Elphinstone Papers, Mss Eur F89/3/7; Yapp, *op. cit.*, p. 332. <<

[34] Forrest, *Life of Field Marshal Sir Neville Chamberlain*, pp. 54-55. <<

[35] Macintyre, *Josiah the Great*, pp. 264 y 308. <<

[36] Gleig, *op. cit.*, p. 71. <<

[37] Mohan Lal, *Life of Dost Mohammad*, vol. II, pp. 305-312; Noelle, *State and Tribe in Nineteenth-Century Afghanistan*, p. 226; Mirza ‘Ata, *op. cit.*, p. 197. <<

[38] Thomas J. Barfield, «Problems of Establishing Legitimacy in Afghanistan», *Iranian Studies*, vol. 37, n.º 2, junio 2004, p. 273. <<

[39] BL, Broughton Papers, Add Mss 36474, fol. 188, de Auckland a Hobhouse, 21 de diciembre de 1839. <<

[40] *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], p. 127. <<

[41] Lawrence, *op. cit.*, p. 32. <<

[42] Seaton, *From Cadet to Colonel*, p. 109. <<

[43] Sultan Mohammad Khan Durrani, *Tarikh-i-Sultani* [Crónica de los Sultanes], p. 258. <<

[44] NAI, Foreign, Secret Consultations, 18 de diciembre de 1839, n.º 6, traducción de la carta de Nazir Khan Ullah, en Bujará, al enviado británico y ministro en Kabul el 15 rajab/24 de septiembre 1839. <<

[45] *Ibid*. NAI, Foreign, Secret Consultations, 18 de diciembre de 1839, n.º 6, traducción de la carta de Nazir Khan Ullah, en Bujará, al enviado británico y ministro en Kabul el 15 rajab/24 de septiembre 1839. <<

[46] NAI, Foreign, Secret Consultations, 8 de septiembre de 1842, n.os 37-38, de sir A. Burnes, Kabul, al capitán G. L. Jacob, Rajcote, privado, Kabul, 19 de septiembre de 1839. <<

[47] Yapp, *op. cit.*, p. 339. <<

[48] Eden, *Miss Eden’s Letters*, p. 323. <<

[49] Citado en Yapp, *op. cit.*, p. 344. <<

[50] Gleig, *op. cit.*, pp. 49-50. <<

[51] *Ibid*. Gleig, *op. cit.*, pp. 49-50. TEXTO_ADICIONAL: p. 50. <<

[52] National Army Museum, NAM 7101-24-3, de Roberts a Sturt, 10 de mayo de 1840. <<

[53] Yapp, *op. cit.*, pp. 322-323. <<

[54] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 211-224. <<

[55] Kaye, *Lives of Indian Officers*, vol. II, pp. 282-283. <<

[56] Mohan Lal, *op. cit.*, vol. II, p. 399. <<

[57] National Army Museum, NAM 7101-24-3, de Roberts a Sturt, 10 de mayo de 1840. <<

[58] Jules Stewart, *Crimson Snow: Britain’s First Disaster in Afghanistan*, p. 64. <<

[59] *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], p. 124. <<

[60] Fayz Mohammad, *op. cit.*, vol. I, pp. 235-236. <<

[61] NAI, Foreign, Secret Consultations, 5 de octubre de 1840, n.º 66, de Macnaghten a Auckland. <<

[62] Mohan Lal, *op. cit.*, vol. II, pp. 314-315. <<

[63] BL, Broughton Papers, Add Mss 36474, fol. 188, de Auckland a Hobhouse, 21 de diciembre 1839. <<

[64] NAI, Foreign, Secret Consultations, 8 de junio de 1840, n.os 95-96, de Auckland a Shah Shuja. <<

[65] M. E. Yapp, «The Revolutions of 1841-2 in Afghanistan», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, vol. 27, n.º 2 (1964), p. 342. Ver también Thomas Barfield, *Afghanistan: A Cultural and Political History*, pp. 118-120. <<

[66] BL, OIOC, ESL, 88, n.º 24 del n.º 32 del 17 de agosto de 1842, Lal, memorándum, 29 de junio de 1842. <<

[67] Mohan Lal, *op. cit.*, vol. II, pp. 380-381. <<

[68] Noelle, *State and Tribe in Nineteenth-Century Afghanistan*, p. 50. <<

[69] NAI, Foreign, Secret Consultations, 15 de enero de 1840, n.º 75-77, de Shah Shuja a Auckland. <<

[70] Durand, *The First Afghan War and its Causes*, p. 245. <<

[71] NAI, Foreign, Secret Consultations, 24 de agosto de 1840, carta adjunta de Macnaghten del 22 de julio 1840. <<

[72] NAI, Foreign, Secret Consultations, 15 de enero de 1840, n.º 75-77, de Shah Shuja a Auckland. <<

[73] Mohan Lal, *op. cit.*, vol. II, pp. 314-315. <<

[74] *Waqi'at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], pp. 124-125. <<

[75] Rattray, *op. cit.*, p. 3, y Lockyer Willis Hart, *Character and Costumes of Afghanistan*, p. 1. <<

[76] Shahmat Ali, *The Sikhs and Afghans in Connexion with India and Persia*, London, 1847, p. 479. <<

[77] NAI, Foreign, Secret Consultations, 24 de agosto 1840, informe de sir A. Burnes de una entrevista con Shah Shuja (con algunas anotaciones de sir W. Macnaghten) a G. G. El capitán Lawrence acompañó a Burnes. <<

[78] NAI, Foreign, Secret Consultations, 5 de octubre de 1840, n.º 66, de Macnaghten a Auckland. <<

[79] Fayz Mohammad, *op. cit.*, vol. I, p. 245. <<

[80] BL, OIOC, IOR L/PS/5/162. <<

[81] BL, OIOC, ESL 74: n.º 5 del n.º 24 del n.º 13, 19 de febrero de 1841. <<

[82] BL, OIOC, ESL 70: n.º 35 del n.º 99 del 13 de septiembre de 1840, nota de Burnes sobre una conversación con Shah Shuja, 12 de julio de 1840. <<

[83] National Army Museum, NAM 7101-24-3, de Roberts a Osborne, 18 de febrero de 1840. <<

[84] Stocqueler, *The Memoirs and Correspondence of Sir William Nott*, vol. I, pp. 256-257. <<

[85] Kaye, *Lives of Indian Officers*, vol. I, p. 272. <<

[86] Kashmiri, *Akbarnama* [Libro de Akbar], cap. 17. <<

[87] Mohan Lal, *op. cit.*, vol. II, pp. 314-315. <<

[88] Fayz Mohammad, *op. cit.*, vol. I, p. 237. <<

[89] Kashmiri, *op. cit.*, cap. 17. <<

[90] *Ibid*. Kashmiri, *op. cit.*, cap. 17. <<

[91] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, p. 197; BL, OIOC, n.º 7 del n.º 122 del 16 de octubre de 1840 (L/PS/5/152), de Macnaghten a Torrens, 22 de agosto de 1840. <<

[92] Dennie, *Personal Narrative,* p. 126. <<

[93] Mohammad Ghulam Kohistani, *op. cit.*, pp. 184-186. <<

[94] *Ibid*. Mohammad Ghulam Kohistani, *op. cit.*, pp. 184-186. TEXTO_ADICIONAL: pp. 157-158. <<

[95] Mohan Lal, *op. cit.*, vol. II, pp. 349-350. <<

[96] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 205-210. <<

[97] Mohan Lal, *op. cit.*, vol. II, p. 360. <<

[98] Mohammad Ghulam Kohistani, *op. cit.*, pp. 193-195. <<

[99] Lawrence, *op. cit.*, pp. 49-52. <<

[100] *Ibid*. Lawrence, *op. cit.*, pp. 49-52. TEXTO_ADICIONAL: pp. 117-118. <<

[101] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, p. 209. <<

[102] Kaye, *History of the War in Afghanistan* , vol. II, p. 98. <<

[103] Kaye, *Lives of Indian Officers*, vol. II, pp. 280-281. <<

[104] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, p. 210. <<

[105] Fayz Mohammad, *op. cit.*, vol. I, p. 240. <<

[106] *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], pp. 126-127. <<

[107] Stewart, *Crimson Snow*, p. 71. <<

[108] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, p. 211. <<

[109] Lawrence, *op. cit.*, p. 53. <<

[1] Eden, *Up the Country*, p. 389. <<

[2] *Ibid*. Eden, *Up the Country*, p. 389. <<

[3] Eden, *Miss Eden’s Letters*, p. 334. <<

[4] Karl Meyer and Shareen Brysac, *Tournament of Shadows: The Great Game and the Race for Empire in Europe*, p. 93. <<

[5] Eden, *Up the Country*, p. 390. <<

[6] BL, Broughton Papers, Add Mss 37703, de Auckland a Elphinstone, 18 de diciembre de 1840. <<

[7] Helen Mackenzie, *Storms and Sunshine of a Soldier’s Life: Lt. General Colin Mackenzie CB 1825-1881*, vol. I, p. 65. <<

[8] *Ibid*. Helen Mackenzie, *Storms and Sunshine of a Soldier’s Life: Lt. General Colin Mackenzie CB 1825-1881*, vol. I, p. 65. TEXTO_ADICIONAL: p. 75. <<

[9] National Army Museum, NAM 1999-02-116-9-1, Magrath Letters, carta 9, acantonamiento de Kabul, 22 de junio de 1841. <<

[10] BL, OIOC, ESL 86: n.º 38 del n.º 14, 17 de mayo de 1842, memorándum de Elphinstone, diciembre de 1841. <<

[11] BL, OIOC, Mss Eur F89/54, del teniente general William Elphinstone a James D. Buller Elphinstone, 5 de abril de 1841. <<

[12] Eden, *Miss Eden’s Letters*, p. 343. <<

[13] BL, Broughton Papers, Add Mss 37705, de Auckland a George Clerk, 23 de mayo de 1841. Véase también Hopkins, *The Making of Modern Afghanistan*, p. 67. <<

[14] Fayz Mohammad, *Siraj al-Tawarikh* [Historias de luz], vol. I, p. 291; Mohan Lal, *Life of Dost Mohammad*, vol. II, p. 382; *vid.* Yapp, *Strategies*, p. 366. <<

[15] Véase, por ejemplo, la carta de Malik Mohamad Khan y Abdah Sultan, en Gazni, a Naib Aminullah Khan Logari, sin fecha, pero escrita en torno al 1841 y reproducida en: Amini, *Paadash-e-Khidmatguzaari-ye-Saadiqaane Ghazi Nayab Aminullah Khan Logari*, p. 167. El original estaba en una recopilación de cartas (que ahora parece haber desaparecido) en el museo de Kabul. <<

[16] M. E. Yapp, «Disturbances in Western Afghanistan, 1839-41», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, vol. 26, n.º 2 (1963), p. 310. <<

[17] BL, OIOC, ESL 75: n.º 37 del n.º 34 del 22 de abril de 1841 (IOR/L/PS/5/156), discurso de Aktar Khan a Naboo Khan Populzye, remitido por ese jefe a Ata Mahomed Khan (*sardar*), quien lo transmitió a Kandahar. Traducida por H. Rawlinson, febrero de 1841. <<

[18] Stocqueler, *The Memoirs and Correspondence of Sir William Nott*, vol. I, pp. 272-273. <<

[19] Rawlinson, *A Memoir of Major-General Sir Henry Creswicke Rawlinson*, p. 81. <<

[20] BL, OIOC, ESL 81: n.º 64a del n.º 109 (IOR/L/PS/5/162), fragmento de una carta de Macnaghten a Rawlinson del 2 de agosto de 1841. <<

[21] Colonel (John) Haughton, *Char-ee-Kar and Service There with the 4th Goorkha Regiment, Shah Shooja's Force, in 1841*, pp. 5-6; George Pottinger, *The Afghan Connection: The Extraordinary Adventures of Eldred Pottinger*, p. 117. <<

[22] BL, OIOC, ESL 88: n.º 47a del n.º 32 del 17 de agosto 1842 (IOR/L/PS/5/169), de Pottinger a Maddock, 1 de febrero de 1842. <<

[23] Kashmiri, *Akbarnama* [Libro de Akbar], cap. 21. <<

[24] BL, OIOC, Board’s Collections of Secret Letters to India, 13, del comité secreto al gobernador general del consejo, 694/31 de diciembre de 1840. <<

[25] De Burnes a Wood, febrero de 1841, en John Wood, *A Personal Narrative of a Journey to the Source of the River Oxus by the Route of the Indus, Kabul and Badakshan, Performed under the Sanction of the Supreme Government of India, in the Years 1836, 1837 and 1838*, pp. IX-Z. <<

[26] NAI, Foreign, Secret Consultations, 28 September 1842, n.º 43, de Burnes a Holland, 6 de septiembre de 1840. <<

[27] NAI, Foreign, Secret Consultations, 28 de septiembre de 1842, n.º 37-38, de A. Burnes a J. Burnes. <<

[28] Norris, *First Afghan War*, p. 317. Para el coste que tuvo la Primera Guerra Anglo-Afgana en la economía de la Compañía, véanse: Yapp, *op. cit.*, pp. 339-342; Shah Mahmood Hani, «Impoverishing a Colonial Frontier: Cash, Credit, and Debt in Nineteenth— Century Afghanistan», *Iranian Studies* , vol. 37, n.º 2 (junio 2004); y Shah Mahmood Hani, «*Connecting Histories in Afghanistan: Market Relations and State Formation on a Colonial Frontier*». Ver también: Hopkins, *op. cit.*, pp. 25-30. <<

[29] Yapp, *op. cit.*, p. 341. <<

[30] BL, OIOC, IOR/HM/534-45, Papers Connected to Sale’s Brigade, vol. 39, Nicholls’ Papers y Nicholls’ Journal, 26 de marzo de 1841. <<

[31] National Army Museum, NAM, 1999-02-116-9-1, Magrath Letters, cartas 8 y 9, acantonamiento de Kabul, 21 de mayo y 22 de junio de 1841. <<

[32] Lady Florentia Sale, *A Journal of the Disasters in Affghanistan 1841-2*, p. 29. <<

[33] Broadfoot, *The Career of Major George Broadfoot*, p. 14. <<

[34] *Ibid*. Broadfoot, *The Career of Major George Broadfoot*, p. 14. TEXTO_ADICIONAL: pp. 15-17. <<

[35] *Ibid*. Broadfoot, *The Career of Major George Broadfoot*, p. 14. TEXTO_ADICIONAL: p. 8. <<

[36] *Ibid*. Broadfoot, *The Career of Major George Broadfoot*, p. 14. TEXTO_ADICIONAL: p. 121. <<

[37] Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, p. 99. <<

[38] Broadfoot, *op. cit.*, p. 20. <<

[39] Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, p. 99. <<

[40] NAI, Foreign, Secret Consultations, 25 de enero de 1841, n.os 80-82, traducción de la carta de su majestad, Shah Shuja al-Mulk, a su majestad, la reina de Inglaterra. <<

[41] Lawrence, *Reminiscences of Forty Three Years in India*, p. 54. <<

[42] Yapp, *op. cit.*, p. 315. <<

[43] *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], pp. 124-125 <<

[44] Fayz Mohammad, *op. cit.*, vol. I, pp. 244-245. <<

[45] Mohan Lal, *op. cit.*, vol. II, p. 387. <<

[46] Kaye, *Lives of Indian Officers*, vol. II, p. 286. <<

[47] Para conocer hasta qué punto las deudas afganas pusieron en peligro los fundamentos financieros de la Compañía de las Indias Orientales, véanse: Hanifi, *Connecting Histories in Afghanistan*, y Shah Mahmoud Hanifi, «Inter-regional Trade and Colonial State Formation in Nineteenth Century Afghanistan» (tesis doctoral sin publicar, Universidad de Michigan, 2001). <<

[48] David, *Victoria’s Wars*, p. 45. <<

[49] Citado en Macrory, *Signal Catastrophe*, p. 138. <<

[50] BL, OIOC, ESL 81 (IOR/L/PS/5/162), fragmento de la carta de Macnaghten a Auckland, con fecha del 28 de agosto de 1841, en Kabul. <<

[51] Mackenzie, *op. cit.* , vol. I, p. 96. <<

[52] BL, OIOC, ESL 88: n.º 24 del n.º 32, con fecha del 17 de agosto de 1842 (IOR/L/PS/5/169), memorándum de Mohan Lal. <<

[53] Barfield, «Problems of Establishing Legitimacy in Afghanistan», p. 273; también Barfield, *Afghanistan: A Cultural and Political History*, p. 120; Hani, «Inter-Regional Trade and Colonial State Formation in Nineteenth Century Afghanistan», p. 58. <<

[54] Mohan Lal, *op. cit.*, vol. II, p. 319. <<

[55] *Ibid*. Mohan Lal, *op. cit.*, vol. II, p. 319. TEXTO_ADICIONAL: p. 381. <<

[56] *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja] pp. 131-132. **<<**

[57] Kashmiri, *op. cit.*, cap. 21. <<

[58] BL, OIOC, Mss Eur F89/54, fragmento de una carta del ayudante del cirujano Campbell, encargado del 54.º N.I., fechada el 26 de julio 1841, en Kabul. <<

[59] Pottinger, *The Afghan Connection*, p. 120. <<

[60] BL, OIOC, Mss Eur F89/3/7, de Broadfoot a W. Elphinstone. <<

[61] Broadfoot, *op. cit.*, pp. 26-28. <<

[62] BL, OIOC, Mss Eur F89/54, informe del capitán Broadfoot. **<<**

[63] Macrory, *op. cit.*, pp. 141-142. <<

[64] Seaton, *From Cadet to Colonel*, p. 138. <<

[65] Gleig, *Sale's Brigade in Afghanistan*, p. 80. <<

[66] BL, OIOC, ESL 81: n.º 10 del n.º 109 del 22 de diciembre de 1841 (IOR/L/PS/5/162), de Macnaghten a Maddock, 26 de octubre de 1841. <<

[67] Sale, *op. cit.*, p. 11. <<

[68] Citado en Macrory, *op. cit.*, p. 149. <<

[69] Seaton, *op. cit.*, p. 149. <<

[70] Sale, *op. cit.*, p. 15. <<

[71] Gleig, *op. cit.*, p. 93. <<

[72] Sale, *op. cit.*, p. 20. <<

[73] *Ibid*. Sale, *op. cit.*, p. 20. TEXTO_ADICIONAL: p. 24. <<

[74] Durand, *The First Afghan War and its Causes*, p. 338. <<

[75] National Army Museum, NAM 1999-02-116-10-4, Magrath Letters, campamento de Tezin, 25 de octubre de 1841. <<

[76] Sale, *op. cit.*, p. 25. <<

[77] Seaton, *op. cit.*, p. 157. <<

[78] *Ibid*. Seaton, *op. cit.*, p. 157. TEXTO_ADICIONAL: pp. 156-157. <<

[79] Gleig, *op. cit.*, p. 118. <<

[80] Seaton, *op. cit.*, p. 165. <<

[81] NAI, Foreign, Secret Consultations, 13 de diciembre de 1841, n.os 1-2, de Sale a Nicholls, 13 de noviembre de 1841. <<

[82] Citado en Hopkirk, *The Great Game*, p. 238. <<

[83] Stocqueler, *op. cit.*, vol. I, pp. 35-39. <<

[84] *Ibid*. Stocqueler, *op. cit.*, vol. I, pp. 35-39. TEXTO_ADICIONAL: vol. I, pp. 350, 360. <<

[85] Kaye, *History of the War in Afghanistan*, vol. II, p. 161. <<

[86] Sale, *op. cit.*, p. 22. <<

[87] BL, OIOC, ESL 81: n.º 64a del n.º 109 (IOR/L/PS/5/162), fragmento de una carta de Macnaghten a Auckland, fechada el 29 de septiembre de 1841, en Kabul. <<

[88] Kaye, *Lives of Indian Officers*, vol. II, p. 286. <<

[89] *Ibid*. Kaye, *Lives of Indian Officers*, vol. II, p. 286. TEXTO_ADICIONAL: p. 287. <<

[90] Kashmiri, *op. cit.*, cap. 22, el asesinato de Burnes. <<

[91] Mohan Lal, *op. cit.*, vol. II, pp. 390-391. <<

[92] Mirza ‘Ata, *Naway Ma’arek* [El canto de las batallas], pp. 215-220. <<

[93] Kaye, *Lives of Indian Officers*, vol. II, p. 289. <<

[94] BL, OIOC, ESL 88: n.º 24 del n.º 32, del 17 de agosto de 1842 (IOR/L/PS/5/169), memorándum de Mohan Lal. <<

[95] Mirza ‘Ata, *Naway Ma’arek* [El canto de las batallas], pp. 215-220. <<

[1] Colección Privada, The Mss Journal of Captain Hugh Johnson, Paymaster to Shah Soojah’s Force, p. 1, entrada del 2 de noviembre de 1841. <<

[2] *Ibid*. Colección Privada, The Mss Journal of Captain Hugh Johnson, Paymaster to Shah Soojah's Force, p. 1, entrada del 2 de noviembre de 1841. TEXTO_ADICIONAL: pp. 1-2. <<

[3] Pottinger, *The Afghan Connection*, p. 141. <<

[4] Lawrence, *Reminiscences of Forty Three Years in India*, p. 62. <<

[5] *Ibid*. Lawrence, *Reminiscences of Forty Three Years in India*, p. 62. TEXTO_ADICIONAL: pp. 63-64. <<

[6] *Ibid*. Lawrence, *Reminiscences of Forty Three Years in India*, p. 62. TEXTO_ADICIONAL: p. 65. <<

[7] Mohan Lal, *Life of Dost Mohammad*, vol. II, pp. 401-402. <<

[8] Mackenzie, *Storms and Sunshine*, vol. I, p. 105. <<

[9] Mohan Lal, *op. cit.*, vol. II, p. 407. <<

[10] Mirza ‘Ata, *Naway Ma’arek* [El canto de las batallas], pp. 211-224, acontecimientos que desencadenaron el asesinato de Burnes y el gran levantamiento. <<

[11] Karim, *Muharaba Kabul wa Kandahar* [Guerra en Kabul y Kandahar], pp. 54-57. <<

[12] Kaye, *History of the War in Afghanistan*, vol. II, pp. 163 y sig. <<

[13] Mohan Lal, *op. cit.*, vol. II, pp. 408-409. <<

[14] Kashmiri, *Akbarnama* [Libro de Akbar], cap. 22, el asesinato de Burnes. <<

[15] BL, Wellesley Papers, Add Mss 37313, de James Burnes a James Carnac, 1 de febrero 1842, fragmento de una carta en farsi de los kanes de Kabul exhortando a los jefes afridis; el capitán Mackinnon envió una copia de esta al señor Robertson, desde Agra, el 20 de diciembre. <<

[16] Macrory, *Signal Catastrophe*, p. 155. <<

[17] Fayz Mohammad, *Siraj al-Tawarikh* [Historias de luz], vol. I, p. 249. <<

[18] Sale, *A Journal of the Disasters in Afghanistan*, p. 29; Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 211-224, acontecimientos que desencadenaron el asesinato de Burnes y el gran levantamiento. <<

[19] Citado en Yapp, «The Revolutions of 1841-2 in Afghanistan», p. 380. <<

[20] *Waqi'at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], p. 132. <<

[21] *Ibid*. *Waqi'at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], p. 132. TEXTO_ADICIONAL: p. 137. <<

[22] *Ibid*. *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], p. 132. <<

[23] Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, pp. 106-107. <<

[24] Lawrence, *op. cit.*, p. 75. <<

[25] Sale, *op. cit.*, p. 39. <<

[26] Major-General Sir Vincent Eyre, *The Kabul Insurrection of 1841-2*, p. 87.
<<

[27] *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], p. 133. <<

[28] Sale, *op. cit.*, p. 39. <<

[29] *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], p. 133. <<

[30] Stocqueler, *The Memoirs and Correspondence of Sir William Nott*, vol. I, p. 369. <<

[31] *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], p. 133. <<

[32] Eyre, *op. cit.*, p. 89. <<

[33] Kaye, *op. cit.*, vol. II, p. 187. <<

[34] Sale, *op. cit.*, pp. 29-32. <<

[35] Lawrence, *op.cit.*, pp. 67-69. <<

[36] *Ibid*. Lawrence, *op.cit.*, pp. 67-69. TEXTO_ADICIONAL: p. 69. <<

[37] Sale, *op. cit.*, p. 35. <<

[38] «Personal Narrative of the Havildar Motee Ram of the Shah’s 4th or Ghoorkha Regiment of Light Infantry, Destroyed at Char-ee-Kar», apéndice de Haughton, *Char-ee-Kar and Service There with the 4th Goorkha Regiment*, pp. 47-48. <<

[39] BL, OIOC, ESL 88: n.º 47a del n.º 32 del 17 de agosto de 1842 (IOR/L/PS/5/169), de Pottinger a Maddock, 1 de febrero de 1842. <<

[40] «Personal Narrative of the Havildar Motee Ram of the Shah's 4th or Ghoorkha Regiment of Light Infantry, Destroyed at Char-ee-Kar», apéndice de Haughton, *op. cit.*, pp. 47-48, 51. <<

[41] *Ibid*. «Personal Narrative of the Havildar Motee Ram of the Shah's 4th or Ghoorkha Regiment of Light Infantry, Destroyed at Char-ee-Kar», apéndice de Haughton, *op. cit.*, pp. 47-48, 51. TEXTO_ADICIONAL: Haughton, p. 15. <<

[42] *Ibid*. «Personal Narrative of the Havildar Motee Ram of the Shah's 4th or Ghoorkha Regiment of Light Infantry, Destroyed at Char-ee-Kar», apéndice de Haughton, *op. cit.*, pp. 47-48, 51. TEXTO_ADICIONAL: pp. 21-24. <<

[43] Yapp, *Strategies*, p. 179. <<

[44] BL, OIOC, ESL 88: n.º 74 del n.º 32 del 17 de agosto de 1842 (IOR L/PS/5/169), tribunal militar de Himmat Bunneah, «An European Special Court of Inquiry held at Candahar by order of Major Genl. Nott commanding Lower Afghanistan for the purpose of enquiring into such matter as may be brought before it», Kandahar, 15 de junio de 1842. <<

[45] Stocqueler, *op. cit.*, vol. I, pp. 394-395. <<

[46] Sale, *op. cit.*, p. 38. <<

[47] Mohan Lal, *op. cit.*, vol. II, p. 413. <<

[48] Lawrence, *op. cit.*, pp. 74-75. <<

[49] Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, pp. 106-107. <<

[50] *Ibid*. Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, pp. 106-107. TEXTO_ADICIONAL: p. 107. <<

[51] *Ibid*. Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, pp. 106-107. TEXTO_ADICIONAL: pp. 108-110. <<

[52] Colección Privada, Journal of Captain Hugh Johnson, Paymaster to Shah Soojah's Force, p. 8, entrada del 3 de noviembre de 1841. <<

[53] Karim, *op. cit.* , pp. 57-58. <<

[54] Sale, *op. cit.*, p. 46. <<

[55] Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, p. 109. <<

[56] Colección Privada, Journal of Captain Hugh Johnson, Paymaster to Shah Soojah's Force, p. 15, entrada del 2 de diciembre de 1841. <<

[57] *Ibid*. Colección Privada, Journal of Captain Hugh Johnson, Paymaster to Shah Soojah’s Force, p. 15, entrada del 2 de diciembre de 1841. TEXTO_ADICIONAL: p. 16. <<

[58] *Ibid*. Colección Privada, Journal of Captain Hugh Johnson, Paymaster to Shah Soojah's Force, p. 15, entrada del 2 de diciembre de 1841. TEXTO_ADICIONAL: p. 15. <<

[59] Sale, *op. cit.*, p. 47. <<

[60] *Ibid*. Sale, *op. cit.*, p. 47. TEXTO_ADICIONAL: p. 82. <<

[61] Sita Ram, *From Sepoy to Subedar*, pp. 110-113. <<

[62] Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, pp. 108-110. <<

[63] Eyre, *op. cit.*, p. 116. <<

[64] Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, p. 133. <<

[65] Sale, *op. cit.*, p. 66. <<

[66] *Ibid*. Sale, *op. cit.*, p. 66. TEXTO_ADICIONAL: p. 47. <<

[67] *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], p. 137. <<

[68] Lawrence, *op. cit.*, p. 84. <<

[69] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 211-224, acontecimientos que desencadenaron el asesinato de Burnes y el gran levantamiento. <<

[70] Eyre, *op. cit.*, p. 124. <<

[71] BL, OIOC, ESL 88: n.º 47a del n.º 32 del 17 de agosto de 1842 (IOR/L/PS/5/169), de Pottinger a Maddock, 1 de febrero de 1842. <<

[72] Mohan Lal, *op. cit.*, vol. II, p. 416; «Personal Narrative of the Havildar Motee Ram of the Shah's 4th or Ghoorkha Regiment of Light Infantry, Destroyed at Char-ee-Kar», apéndice de Haughton, *op. cit.*, pp. 47-48, 54. <<

[73] «Personal Narrative of the Havildar Motee Ram of the Shah's 4th or Ghoorkha Regiment of Light Infantry, Destroyed at Char-ee-Kar», apéndice de Haughton, *op. cit.*, p. 55. <<

[74] *Ibid*. «Personal Narrative of the Havildar Motee Ram of the Shah's 4th or Ghoorkha Regiment of Light Infantry, Destroyed at Char-ee-Kar», apéndice de Haughton, *op. cit.*, p. 55. TEXTO_ADICIONAL: p. 56. <<

[75] Eyre, *op. cit.*, p. 176. <<

[76] *Ibid*. Eyre, *op. cit.*, p. 176. TEXTO_ADICIONAL: p. 162; Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, p. 121. <<

[77] Sale, *op. cit.*, p. 85. <<

[78] Sultan Mohammad Khan Durrani, *Tarikh-i-Sultani* [Crónica de los Sultanes], p. 271. <<

[79] Sale, *op. cit.*, p. 86. <<

[80] Sultan Mohammad Khan Durrani, *op. cit.*, p. 271. <<

[81] Lawrence, *op. cit.*, p. 93. <<

[82] *Ibid*. Lawrence, *op. cit.*, p. 93. <<

[83] Fayz Mohammad, *op. cit.* , vol. I, pp. 251-253. <<

[84] Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, p. 123. <<

[85] Eyre, *op. cit.*, p. 182. <<

[86] Kashmiri, *op. cit.*, cap. 25, Akbar Khan vuelve a Kabul. **<<**

[87] Sale, *op. cit.*, p. 120. <<

[88] Yapp, «The Revolutions of 1841-2 in Afghanistan», p. 347. <<

[89] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 224-229, el *sardar* Mohammad Akbar Khan vuelve a Kabul, tras haber estado prisionero en Bujará, y asesina a Macnaghten. <<

[90] Kashmiri, *op. cit.*, cap. 25, Akbar Khan vuelve a Kabul. <<

[91] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 224-229, el *sardar* Mohammad Akbar Khan vuelve a Kabul, tras haber estado prisionero en Bujará, y asesina a Macnaghten. <<

[92] BL, OIOC, ESL 88: n.º 47a del n.º 32 del 17 de agosto de 1842 (IOR/L/PS/5/169), documento adjunto AA: de Macnaghten a Maddock, sin fecha. <<

[93] Macrory, *op. cit.*, p. 178. <<

[94] BL, OIOC, ESL 88: n.º 47a del n.º 32 del 17 de agosto de 1842 (IOR/L/PS/5/169), documento adjunto AA: de Macnaghten a Maddock, sin fecha. <<

[95] Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, p. 123. <<

[96] Macrory, *op. cit.*, p. 180. <<

[97] Lawrence, *op. cit.*, pp. 100-101. <<

[98] BL, OIOC, ESL 88: n.º 47a del n.º 32 del 17 de agosto de 1842 (IOR/L/PS/5/169), documento adjunto AA: de Macnaghten a Maddock, sin fecha. <<

[99] Macrory, *op. cit.*, p. 188. <<

[100] BL, OIOC, ESL 88: n.º 47a del n.º 32 del 17 de agosto de 1842 (IOR/L/PS/5/169), documento adjunto AA: de Macnaghten a Maddock, sin fecha. <<

[101] *Ibid*. BL, OIOC, ESL 88: n.º 47a del n.º 32 del 17 de agosto de 1842 (IOR/L/PS/5/169), documento adjunto AA: de Macnaghten a Maddock, sin fecha. TEXTO_ADICIONAL: de Macnaghten a Auckland, con adjunto/documento adjunto de Lawrence a Pottinger, 10 de mayo de 1842. <<

[102] *Waqi'at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], pp. 138, la muerte de Macnaghten. <<

[103] Lawrence, *op. cit.*, p. 110. <<

[104] Eden, *Miss Eden’s Letters*, p. 323. <<

[105] *Ibid*. Eden, *Miss Eden’s Letters*, p. 323. TEXTO_ADICIONAL: p. 329. <<

[106] *Ibid*. Eden, *Miss Eden’s Letters*, p. 323. **<<**

[107] *Ibid*. Eden, *Miss Eden’s Letters*, p. 323. TEXTO_ADICIONAL: p. 355. <<

[108] BL, Broughton Papers, Add Mss 37706, fol. 197, de Auckland a Nicholls, 1 de diciembre de 1841. <<

[109] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 224-229, el *sardar* Mohammad Akbar Khan vuelve a Kabul, tras haber estado prisionero en Bujará, y asesina a Macnaghten. <<

[110] Lawrence, *op. cit.*, p. 111. <<

[111] Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, p. 124. <<

[112] Lawrence, *op. cit.*, p. 111. <<

[113] *Ibid*. Lawrence, *op. cit.*, p. 111. TEXTO_ADICIONAL: pp. 111-112. <<

[114] Fayz Mohammad, *op. cit.*, vol. I, pp. 253-257. <<

[115] Yapp, «The Revolutions of 1841-2 in Afghanistan», p. 349. <<

[116] NAI, Foreign, Secret Consultations, 28 de diciembre de 1842, n.os 480-482, citado en el memorándum de Mohan Lal. <<

[117] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 224-229, el *sardar* Mohammad Akbar Khan vuelve a Kabul, tras haber estado prisionero en Bujará, y asesina a Macnaghten. <<

[118] Hari Ram Gupta, *Panjab, Central Asia and the First Afghan War, Based on Mohan Lal’s Observations*, Chandigarh, 1940, p. 246. Mohan Lal parecía dudar de la veracidad de las afirmaciones de Abdul Aziz. <<

[119] Mohan Lal, *op. cit.*, vol. II, pp. 421-422. <<

[120] BL, OIOC, ESL 88: n.º 47a del n.º 32 del 17 de agosto de 1842 (IOR/L/PS/5/169), de Macnaghten a Auckland, con adjunto de Lawrence a Pottinger, 10 de mayo de 1842. <<

[121] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 224-229, el *sardar* Mohammad Akbar Khan vuelve a Kabul, tras haber estado prisionero en Bujará, y asesina a Macnaghten. <<

[122] NAI, Foreign, Secret Consultations, 28 de diciembre de 1842, n.º 480-482, memorándum de Mohan Lal. <<

[123] Eyre, *op. cit.* p. 216. <<

[124] Lawrence, *op. cit.*, p. 139. <<

[125] Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, p. 127. <<

[126] BL, OIOC, ESL 88: n.º 47a del n.º 32 del 17 de agosto de 1842 (IOR/L/PS/5/169), de Macnaghten a Auckland, con documento adjunto de Lawrence a Pottinger, 10 de mayo de 1842; Mackenzie, *op. cit.*, vol. II, p.32. <<

[127] Karim, *op. cit.*, pp. 66-72. <<

[128] BL, OIOC, ESL 82: carta a Agra, 22 de enero de 1842, (IOR/L/PS/5/163), de Pottinger a MacGregor (fecha incierta). <<

[129] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 224-229, el *sardar* Mohammad Akbar Khan vuelve a Kabul, tras haber estado prisionero en Bujará, y asesina a Macnaghten. <<

[1] Colección Privada, The Mss Journal of Captain Hugh Johnson, Paymaster to Shah Soojah's Force, p. 30, entrada del 6 de enero de 1842. <<

[2] Lawrence, *Reminiscences of Forty Three Years in India*, p. 143. <<

[3] Kashmiri, *Akbarnama* [Libro de Akbar], cap. 28. <<

[4] *Ibid*. Kashmiri, *Akbarnama* [Libro de Akbar], cap. 28. <<

[5] Sale, *A Journal of the Disasters in Afghanistan*, pp. 132-134. **<<**

[6] *Ibid*. Sale, *A Journal of the Disasters in Afghanistan*, pp. 132-134. TEXTO_ADICIONAL: p. 147. <<

[7] Lawrence, *op. cit.*, p. 96. <<

[8] Citado por Peter Hopkirk en *The Great Game*, p. 258. **<<**

[9] Eyre, *The Kabul Insurrection of 1841-2*, pp. 247-248. <<

[10] Colección Privada, The Mss Journal of Captain Hugh Johnson, Paymaster to Shah Soojah's Force, p. 30, entrada del 29 de diciembre de 1841. <<

[11] Gupta, *Panjab, Central Asia and the First Afghan War, Based on Mohan Lal's Observations*, pp. 176-178. <<

[12] Sale, *op. cit.*, p. 141. <<

[13] *Waqi'at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], p. 138, la muerte de Macnaghten. <<

[14] Mohan Lal, *Life of Dost Mohammad*, vol. II, pp. 428-429. <<

[15] NAI, Foreign, Secret Consultations, 1 de junio de 1842, n.º 19, la carta de Shuja al gobernador general sobre las causas que llevaron al asesinato de sir W. Macnaghten (traducción libre). <<

[16] *Ibid*. NAI, Foreign, Secret Consultations, 1 de junio de 1842, n.º 19, la carta de Shuja al gobernador general sobre las causas que llevaron al asesinato de sir W. Macnaghten (traducción libre). <<

[17] Lawrence, *op. cit.*, p. 142. <<

[18] Eyre, *op. cit.*, p. 249. <<

[19] Sale, *op. cit.*, p. 142. <<

[20] *Ibid*. Sale, *op. cit.*, p. 142. TEXTO_ADICIONAL: p. 143. <<

[21] Colección Privada, The Mss Journal of Captain Hugh Johnson, Paymaster to Shah Soojah’s Force, pp. 30-31, entrada del 6 de enero de 1842. <<

[22] Lawrence, *op. cit.*, p. 144. <<

[23] Eyre, *op. cit.*, p. 258. <<

[24] Mackenzie, *Storms and Sunshine*, vol. I, p. 135. <<

[25] *Ibid*. Mackenzie, *Storms and Sunshine*, vol. I, p. 135. <<

[26] Eyre, *op. cit.*, p. 259. <<

[27] Lawrence, *op. cit.*, pp. 145-146. <<

[28] *Ibid*. Lawrence, *op. cit.*, pp. 145-146. TEXTO_ADICIONAL: p. 146. <<

[29] Eyre, *op. cit.*, p. 261. <<

[30] *Ibid*. Eyre, *op. cit.*, p. 261. <<

[31] Diario de Brydon, citado en John C. Cunningham, *The Last Man: The Life and Times of Surgeon Major William Brydon CB*, p. 88. <<

[32] Eyre, *op. cit.*, pp. 261 y 265. <<

[33] Colección Privada, The Mss Journal of Captain Hugh Johnson, Paymaster to Shah Soojah’s Force, p. 31, entrada del 7 de enero de 1842. <<

[34] *Ibid*. Colección Privada, The Mss Journal of Captain Hugh Johnson, Paymaster to Shah Soojah's Force, p. 31, entrada del 7 de enero de 1842. <<

[35] Sale, *op. cit.*, p. 149. <<

[36] Eyre, *op. cit.*, p. 264. <<

[37] Seaton, *From Cadet to Colonel*, p. 138. <<

[38] Colección Privada, The Mss Journal of Captain Hugh Johnson, Paymaster to Shah Soojah’s Force, p. 33, entrada del 8 de enero de 1842. <<

[39] Eyre, *op. cit.*, p. 265. <<

[40] Lawrence, *op. cit.*, p. 151. <<

[41] Sale, *op. cit.*, p. 155. <<

[42] Colección Privada, The Mss Journal of Captain Hugh Johnson, Paymaster to Shah Soojah's Force, p. 34, entrada del 8 de enero de 1842. <<

[43] Lawrence, *op. cit.*, pp. 154-145. <<

[44] Sale, *op. cit.*, p. 155. <<

[45] Kashmiri, *op. cit.*, cap. 28. <<

[46] BL, OIOC, Mss Eur C703, Diary of Captain William Anderson, entrada del 9 de enero de 1842. <<

[47] Karim, *Muharaba Kabul wa Kandahar* [Guerra en Kabul y Kandahar], pp. 66-72. <<

[48] Sale, *op. cit.*, p. 158. <<

[49] Karim, *op. cit.*, pp. 66-72. <<

[50] Colección Privada, The Mss Journal of Captain Hugh Johnson, Paymaster to Shah Soojah’s Force, p. 41, entrada del 9 de enero de 1842. <<

[51] National Army Museum, Diary of Surgeon-Major William Brydon, NAM 8301/60, entrada del 10 de enero de 1842. <<

[52] BL, OIOC, Mss Eur F 89/54, memorándum de Elphinstone, sin fecha. <<

[53] Lawrence, *op. cit.*, p. 163. <<

[54] Colección Privada, The Mss Journal of Captain Hugh Johnson, Paymaster to Shah Soojah’s Force, p. 36, entrada del 10 de enero de 1842. <<

[55] *Ibid*. Colección Privada, The Mss Journal of Captain Hugh Johnson, Paymaster to Shah Soojah’s Force, p. 36, entrada del 10 de enero de 1842. <<

[56] Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, p. 142. <<

[57] Sita Ram, *From Sepoy to Subedar*, pp. 114-115. <<

[58] National Army Museum, Diary of Surgeon-Major William Brydon, NAM 8301/60, entrada del 13 de enero de 1842. <<

[59] «Personal Narrative of the Havildar Motee Ram of the Shah's 4th or Ghoorkha Regiment of Light Infantry, Destroyed at Char-ee-Kar», apéndice de Haughton, *Char-ee-Kar and Service There with the 4th Goorkha Regiment*, pp. 57-58. <<

[60] Seaton, *op. cit.*, p. 188; Pottinger and Macrory, *The Ten-Rupee Jezail*, p. 197. <<

[61] Sale, *op. cit.*, p. 160. <<

[62] National Army Museum, NAM 6912-6, carta del teniente Thomas Souter a su esposa. <<

[63] *Ibid*. National Army Museum, NAM 6912-6, carta del teniente Thomas Souter a su esposa. TEXTO_ADICIONAL: La bandera fue posteriormente devuelta, «aunque despojada de las borlas y adornos». <<

[64] National Army Museum, NAM 8301/60, Diary of Surgeon-Major William Brydon, entrada del 13 de enero de 1842. <<

[65] Seaton, *op. cit.*, p. 186. <<

[66] Mirza ‘Ata, *Naway Ma’arek* [El canto de las batallas], pp. 230-223, Pottinger sucedió a Macnaghten, abandonó Kabul y fue saqueado. <<

[1] *Delhi Gazette*, 2 de febrero de 1842. <<

[2] Por ejemplo, el *Muharaba Kabul wa Kandahar* [Guerra en Kabul y Kandahar] de Munshi Abdul Karim fue publicado en Lucknow en 1849 y en Kanpur en 1268/1851; y el *Zafar-nama-i Akbari* (como lo llama Spencer) o el *Akbar-nama* (como aparece mencionado en el catálogo de Peshawar, completado en 1260/1844), de Qasim-Ali-khan «Qasim» Akbarabadi, fue publicado en Agra en 1272/1855-1856. <<

[3] Charles Allen, *Soldier Sahibs: The Men Who Made the North-West Frontier*, p. 43. <<

[4] BL, Broughton Papers, Add Mss 37707, fol. 187-188, de Auckland a Hobhouse, 18 de febrero de 1842. <<

[5] Hopkirk, *The Great Game*, pp. 270-271. <<

[6] PRO, Ellenborough Papers, 30/12/89, de Ellenborough a Peel, 21 de febrero de 1842. <<

[7] Pottinger and Macrory, *The Ten-Rupee Jezail*, pp. 162-163. <<

[8] NAI, Foreign, Secret Consultations, 31 de enero de 1842, n.º 70a, de Clerk al capitán Nicholson, responsable de Dost Mohammad Khan, campamento de Saharanpur, 12 de enero de 1842. <<

[9] NAI, Foreign, Secret Consultations, 15 de junio de 1842, n.º 34, del capitán P. Nicholson, responsable de Dost Mohammad Khan, a Clerk, Mussoorie, 2 de mayo de 1842. <<

[10] Seaton, *From Cadet to Colonel*, p. 190. <<

[11] BL, Hobhouse Diary, Add Mss 43744, 26 de agosto de 1842. <<

[12] BL, Broughton Papers, Add Mss 37707, fol. 187-188, de Auckland a Hobhouse, 18 de febrero de 1842. <<

[13] Este aspecto se analiza de manera excelente en Yapp, «The Revolutions of 1841-2 in Afghanistan», pp. 350-351. Véase también Kaye, *History of the War in Afghanistan*, vol. III, p. 104. <<

[14] *Waqi'at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], p. 141, la muerte de Macnaghten. <<

[15] Kashmiri, *Akbarnama* [Libro de Akbar], cap. 29, Shuja al-Mulk parte hacia Jalalabad y es asesinado a manos de Shuja-ud-Daula. <<

[16] Mirza ‘Ata, *Naway Ma’arek* [El canto de las batallas], pp. 236-239, Mohammad Akbar Khan sitia Jalalabad, Shuja al-Mulk es asesinado en Kabul. <<

[17] Mohan Lal, *Life of Dost Mohammad*, vol. II, pp. 436-438. <<

[18] NAI, *Foreign*, *Secret Consultations*, 8 de abril de 1842, n.os 32 y 33, de MacGregor a Maddock, traducción de las cartas recibidas del capitán MacGregor, en Jalalabad el 22 de marzo de 1842. <<

[19] *Íbid.*: de Shah Shujah al capitán Macgregor, fechada el 8 de febrero y en apariencia escrita de puño y letra de su majestad. <<

[20] Lawrence, *Reminiscences of Forty Three Years in India*, pp. 168, 173-174. <<

[21] Sale, *A Journal of the Disasters in Afghanistan*, pp. 180-183. <<

[22] Lawrence, *op. cit.*, pp. 170, 173-174. <<

[23] Sale, *op. cit.*, pp. 180-183. <<

[24] Karim, *Muharaba Kabul wa Kandahar* [Guerra en Kabul y Kandahar], pp. 72-74. <<

[25] BL, OIOC, ESL 88: n.º 36 del n.º 32 del 17 de agosto de 1842 (IOR L/PS/5/169), de Eldred Pottinger a Pollock, 10 de julio de 1842. <<

[26] Lawrence, *op. cit.*, pp. 173-174, 191. <<

[27] Mackenzie, *Storms and Sunshine*, vol. I, pp. 146-147. <<

[28] Lawrence, *op. cit.*, p. 176. <<

[29] Sale, *op. cit.*, p. 237. <<

[30] Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, p. 149. <<

[31] Sale, *op. cit.* , pp. 190-191. <<

[32] Seaton, *op. cit.*, pp. 192-194. <<

[33] NAI, Foreign, Secret Consultations, 29 de junio de 1842, n.º 8, para el señor T. A. Maddock, secretario del Gobierno, departamento político, de R. Sale, general, datada en Jalalabad el 16 de abril de 1842. <<

[34] Seaton, *op. cit.*, p. 195. <<

[35] Broadfoot, *The Career of Major George Broadfoot*, p. 82. <<

[36] Seaton, *op. cit.*, pp. 195-196. <<

[37] *Ibid*. Seaton, *op. cit.*, pp. 195-196. TEXTO_ADICIONAL: pp. 197-198. <<

[38] Pottinger and Macrory, *op. cit.*, p. 167. <<

[39] BL, OIOC, ESL 85: n.º 20 del n.º 3 del 21 de abril de 1842, de MacGregor a Pollock, 14 de marzo de 1842. <<

[40] *Vid.* Hopkins, *The Making of Modern Afghanistan*, pp. 75-80, 98-102, 105-107. <<

[41] BL, OIOC, ESL 83: carta de Agra, 19 de febrero de 1842 (IOR/L/PS/5/164), de Mohammad Akbar Khan a Sayed Ahai-u-din. <<

[42] *Ibid*. BL, OIOC, ESL 83: carta de Agra, 19 de febrero de 1842 (IOR/L/PS/5/164), de Mohammad Akbar Khan a Sayed Ahai-u-din. TEXTO_ADICIONAL: traducción de una carta de Mohammad Akbar Khan a Turabaz Khan, antiguo jefe de Lalpur. <<

[43] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 236-239, el *sardar* Mohammad Akbar Khan sitia Jalalabad. <<

[44] Seaton, *op. cit.*, p. 198. <<

[45] *Ibid*. Seaton, *op. cit.*, p. 198. TEXTO_ADICIONAL: pp. 207-208. <<

[46] NAI, Foreign, Secret Consultations, 8 de abril de 1842, n.os 14-15, sin fecha, Pollock transmite una carta del capitán Mackeson sobre la herida de Mohammad Akbar Khan. <<

[47] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 236-239, el *sardar* Mohammad Akbar Khan sitia Jalalabad. <<

[48] Fayz Mohammad, *Siraj al-Tawarikh* [Historias de luz], vol. I, p. 272. <<

[49] Lawrence, *op. cit.*, p. 183. <<

[50] Para la complicada política de Kabul en este periodo, *vid.* Yapp, *op. cit.*, pp. 350-351. <<

[51] Fayz Mohammad, *op. cit.*, vol. I, p. 273. <<

[52] BL, OIOC, ESL, 86: n.º 30 del n.º 14 del 17 de mayo de 1842, de Lal a Macgregor, 30 de enero de 1842. <<

[53] *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], p. 141, el asesinato del sha. <<

[54] Fayz Mohammad, *op. cit.*, vol. I, p. 274 **<<**

[55] BL, OIOC, ESL, 86: n.º 30a del n.º 14 del 17 de mayo de 1842, de Lal a Colvin, 29 de enero de 1842; también ESL, 84: n.º 27 del n.º 25 del 22 de marzo de 1842, de Conolly a Clerk, 26 de enero de 1842. <<

[56] BL, OIOC, ESL, 85: n.º 24 del n.º 3 del 21 de marzo de 1842, de Shuja a MacGregor, recibida el 7 de marzo de 1842. <<

[57] BL, OIOC, ESL, 86: n.º 30 de n.º 14 del 17 de mayo de 1842 (IOR/L/PS/5/167), de Lal a MacGregor, 18 de marzo de 1842. <<

[58] Kashmiri, *op. cit.*, cap. 29, Shuja al-Mulk parte hacia Jalalabad y es asesinado a manos de Shuja-ud-Daula. <<

[59] NAI, Foreign, Secret Consultations, diciembre de 1842, n.os 480-482, memorándum de Mohan Lal del 29 de junio adjunto a una carta del general Pollock, comandante en Afganistán, a Maddock, secretario del gobernador general, fechada en Jalalabad el 10 de julio de 1842. <<

[60] *Waqi'at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], p. 141, el asesinato del sha. <<

[61] NAI, Foreign, Secret Consultations, diciembre de 1842, n.os 480-482, memorándum de Mohan Lal del 29 de junio adjunto a una carta del general Pollock, comandante en Afganistán, a Maddock, secretario del gobernador general, fechada en Jalalabad el 10 de julio de 1842. <<

[62] Kaye, *op. cit.*, vol. III, p. 109n. <<

[63] NAI, Foreign, Secret Consultations, 8 de abril de 1842, n.º 31, traducción de una carta de su majestad, Shah Shuja al-Mulk, al capitán MacGregor, escrita por el sha en persona. <<

[64] Pottinger and Macrory, *op. cit.*, p. 165. <<

[65] *Ibid*. Pottinger and Macrory, *op. cit.*, p. 165. TEXTO_ADICIONAL: pp. 166-167. <<

[66] *Ibid*. Pottinger and Macrory, *op. cit.*, p. 165. TEXTO_ADICIONAL: pp. 169-170. <<

[67] *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], p. 149, el asesinato del sha. <<

[68] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 237-239, Shuja al-Mulk es asesinado en Kabul. <<

[69] *Ibid*. Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 237-239, Shuja al-Mulk es asesinado en Kabul. <<

[70] *Waqi'at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], p. 149, el asesinato del sha. <<

[71] *Ibid*. *Waqi'at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], p. 149, el asesinato del sha. <<

[72] Gleig, *Sale’s Brigade in Afghanistan*, pp. 303, 309. <<

[73] Kashmiri, *op. cit.*, cap. 29, Shuja al-Mulk parte hacia Jalalabad y es asesinado a manos de Shuja-ud-Daula. <<

[74] Archivos de Punyab, Lahore, de Fraser, en Ramgarh, a Ochterlony, en Ludhiana, 3 de septiembre de 1816, vol. 18, parte 2, caja 118, pp. 538-539. <<

[75] NAI, Foreign, Secret Consultations, 10 de abril de 1834, n.º 20, de Wade a Bentinck, traducción de una carta de Shah Shuja, 12 de marzo de 1834. <<

[76] Sultan Mohammad Khan Durrani, *Tarikh-i-Sultani* [Crónica de los Sultanes], p. 212. <<

[77] Estas fueron las palabras de Josiah Harlan cuando se reunió por primera vez con Shuja en Ludhiana. Josiah Harlan, «Oriental Sketches», encarte en la p. 42a; el original se encuentra en Chester Country Archives, Pennsylvania, citado en Macintyre, *Josiah the Great*, p. 24. <<

[78] Masson, *Narrative of Various Journeys*, vol. I, p. IX. <<

[79] *Waqi’at-i-Shah Shuja* [Crónica de Shah Shuja], p. 149, el asesinato del sha. <<

[80] Sale, *op. cit.*, p. 200. <<

[1] Gleig, *Sale's Brigade in Afghanistan*, pp. 158-159. <<

[2] Seaton, *From Cadet to Colonel*, p. 209. <<

[3] *Ibid*. Seaton, *From Cadet to Colonel*, p. 209. TEXTO_ADICIONAL: p. 210. <<

[4] Citado en Stewart, *Crimson Snow*, p. 179. <<

[5] Seaton, *op. cit.*, pp. 210-211. **<<**

[6] Gleig, *op. cit.*, p. 162. <<

[7] Charles Rathbone Low, *The Life and Correspondence of Field Marshal Sir George Pollock*, p. 276. <<

[8] Lieutenant John Greenwood, *Narrative of the Late Victorious Campaign in Afghanistan under General Pollock*, p. 169. <<

[9] Charles Rathbone Low, *op. cit.*, London, 1879, p. 315. <<

[10] *Ibid*. Charles Rathbone Low, *op. cit.*, London, 1879, p. 315. TEXTO_ADICIONAL: p. 306. <<

[11] BL, OIOC, Mss Eur F89/54, de Broadfoot a lord Elphinstone, 26 de abril de 1842. <<

[12] Stocqueler, *The Memoirs and Correspondence of Sir William Nott*, vol. II, p. 35. <<

[13] Citado en Hopkirk, *The Great Game*, p. 273. **<<**

[14] Stocqueler, *op. cit.*, vol. II, p. 57. <<

[15] Low, *op. cit.*, p. 320. <<

[16] *Ibid*. Low, *op. cit.*, p. 320. TEXTO_ADICIONAL: p. 317. <<

[17] *Ibid*. Low, *op. cit.*, p. 320. TEXTO_ADICIONAL: pp. 318-319. <<

[18] Greenwood, *op. cit.*, pp. 173-174. <<

[19] Seaton, *op. cit.*, p. 215. <<

[20] Lawrence, *Reminiscences of Forty Three Years in India*, p. 185. <<

[21] Sale, *A Journal of the Disasters in Afghanistan*, p. 203. <<

[22] Lawrence, *op. cit.*, p. 187. <<

[23] *Ibid*. Lawrence, *op. cit.*, p. 187. TEXTO_ADICIONAL: p. 197. <<

[24] Sale, *op. cit.*, p. 211. <<

[25] BL, OIOC, Mss Eur F89/54, de Broadfoot a lord Elphinstone, 26 de abril de 1842. <<

[26] Lawrence, *op. cit.*, p. 190. <<

[27] *Ibid*. Lawrence, *op. cit.*, p. 190. TEXTO_ADICIONAL: p. 194. <<

[28] Gupta, *Panjab, Central Asia and the First Afghan War*, pp. 198-199. <<

[29] BL, OIOC, ESL 86: n.º 30 del n.º 14 del 17 de mayo de 1842 (IOR/L/PS/5/167), de Lal a MacGregor, 10 de abril de 1842. <<

[30] Sale, *op. cit.*, pp. 217 y 254. **<<**

[31] Kaye, *History of the War in Afghanistan*, vol. III, pp. 453-455. <<

[32] Noelle, *State and Tribe in Nineteenth-Century Afghanistan*, p. 53. <<

[33] NAI, Foreign, Secret Consultations, diciembre de 1842, n.os 480-482, memorándum de Mohan Lal del 29 de junio adjunto a una carta del general Pollock, comandante en Afganistán, a Maddock, secretario del gobernador general, fechada en Jalalabad el 10 de julio de 1842. <<

[34] *Ibid*. NAI, Foreign, Secret Consultations, diciembre de 1842, n.os 480-482, memorándum de Mohan Lal del 29 de junio adjunto a una carta del general Pollock, comandante en Afganistán, a Maddock, secretario del gobernador general, fechada en Jalalabad el 10 de julio de 1842. <<

[35] Barfield, *Afghanistan: A Cultural and Political History*, pp. 125-126. <<

[36] Fayz Mohammad, *Siraj al-Tawarikh* [Historias de luz], vol. I, p. 284. <<

[37] Citado en Allen, *Soldier Sahibs*, p. 47. <<

[38] Stocqueler, *op. cit.*, vol. II, pp. 316-317. <<

[39] Gupta, *op. cit.*, p. 186. <<

[40] *Ibid*. Gupta, *op. cit.*, p. 186. TEXTO_ADICIONAL: p. 187. <<

[41] Fisher, «Mohan Lal Kashmiri (1812-77)», p. 249. <<

[42] Gupta, *op. cit.*, p. 189. La conversión de Mohan Lal al islam se registra en el *Siraj al-Tawarikh* [Historias de luz], vol. I, p. 282: «Un *munshi* indio desobedeció esta orden enviando pequeñas cantidades de pólvora al Bala Hisar. Cuando fue descubierto, el *sardar* Mohammad Akbar Khan lo mandó arrestar. Durante su encarcelamiento, el indio se convirtió al islam y fue liberado de inmediato». Mohan Lal utilizó durante mucho tiempo un alias chií y su conversión pudo formar parte de esta estrategia de doble identidad que llevaba manteniendo durante varios años. <<

[43] BL, OIOC, ESL 88: n.º 28 del n.º 32 del 17 de agosto de 1842 (IOR L/PS/5/169), de Pollock a Maddock, 11 de julio de 1842. <<

[44] Stocqueler, *op. cit.*, vol. II, pp. 79-84 y 109-110. <<

[45] *Ibid*. Stocqueler, *op. cit.*, vol. II, pp. 79-84 y 109-110. TEXTO_ADICIONAL: p. 43. <<

[46] Rev. I. N. Allen, *Diary of a March through Sindhe and Afghanistan*, London, 1843, p. 216. <<

[47] *Ibid*. Rev. I. N. Allen, *Diary of a March through Sindhe and Afghanistan*, London, 1843, p. 216. TEXTO_ADICIONAL: p. 217. <<

[48] Seaton, *op. cit.*, p. 209. <<

[49] Greenwood, *op. cit.*, pp. 191-192. <<

[50] Seaton, *op. cit.*, p. 221. <<

[51] Gleig, *op. cit.*, p. 169. <<

[52] Forrest, *Life of Field Marshal Sir Neville Chamberlain*, p. 136. <<

[53] *Ibid*. Forrest, *Life of Field Marshal Sir Neville Chamberlain*, p. 136. TEXTO_ADICIONAL: Allen, pp. 241-242. <<

[54] BL, OIOC, Mss Eur 9057.aaa.14, «Nott’s Brigade in Afghanistan», p. 81.
<<

[55] Stocqueler, *op. cit.*, vol. II, p. 126. <<

[56] Romila Thapar, *Somanatha: The Many Voices of a History*, pp. 174-175. <<

[57] Yapp, *Strategies*, p. 443. <<

[58] Rawlinson, *A Memoir of Major-General Sir Henry Creswicke Rawlinson*, p. 132. <<

[59] Mirza ‘Ata, *Naway Ma’arek* [El canto de las batallas], pp. 244-269, la vuelta de los ingleses a Kabul y Gazni. <<

[60] BL, OIOC, ESL 88: n.º 36 del n.º 32 del 17 de agosto de 1842 (L/PS/5/169), de Pollock a Maddock, 14 de julio de 1842. <<

[61] Josiah Harlan, *Central Asia: Personal Narrative of General Josiah Harlan, 1823-41*, Frank E. Ross (ed.), p. 228. <<

[62] Lawrence, *op. cit.*, p. 210. <<

[63] Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, p. 187. <<

[64] Sale, *op. cit.*, p. 260. <<

[65] Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, p. 189. <<

[66] Colección Privada, The Mss Journal of Captain Hugh Johnson, Paymaster to Shah Soojah’s Force, p. 98, entrada del 29 de agosto de 1842. <<

[67] Lawrence, *op. cit.*, p. 220. <<

[68] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 348-354, la marcha hacia Bamiyán para liberar a los prisioneros. <<

[69] Sale, *op. cit.*, p. 272. <<

[70] Colección Privada, The Mss Journal of Captain Hugh Johnson, Paymaster to Shah Soojah's Force, p. 111, entrada del 14 de septiembre de 1842. <<

[71] *Waqi'at-i-Shah Shuja* [Crónica de Sha Shuja], p. 141, p. 147, el destino de los príncipes Shahpur y Timur. <<

[72] Fayz Mohammad, *op. cit.*, vol. I, p. 284. <<

[73] Low, *op. cit.*, p. 349. Para la supuesta afición de Fatteh Jang por las violaciones homosexuales, *vid.* Yapp, *Strategies*, p. 318. **<<**

[74] BL, OIOC, ESL 90: n.º 30 del n.º 52 del 19 de noviembre de 1842 (IOR/L/PS/5/171), de Pollock a Maddock, 21 de octubre de 1842. <<

[75] Greenwood, *op. cit.*, p. 212. **<<**

[76] *Ibid*. Greenwood, *op. cit.*, p. 212. TEXTO_ADICIONAL: p. 213. <<

[77] *Ibid*. Greenwood, *op. cit.*, p. 212. TEXTO_ADICIONAL: p. 222. <<

[78] *Ibid*. Greenwood, *op. cit.*, p. 212. TEXTO_ADICIONAL: pp. 213-214. <<

[79] *Ibid*. Greenwood, *op. cit.*, p. 212. TEXTO_ADICIONAL: p. 223. <<

[80] Sale, *op. cit.*, p. 273. <<

[81] Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, p. 190. <<

[82] Sale, *op. cit.*, pp. 275-276. <<

[83] Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, p. 191. <<

[84] National Army Museum, NAM 9007-77, diario del alférez Greville G. Chetwynd Stapylton, entrada del 21 de septiembre de 1842. <<

[85] Rattray, *The Costumes of the Various Tribes*, p. 16. <<

[86] Forrest, *op. cit.*, pp. 142 y 152. <<

[87] Colección Privada, The Mss Journal of Captain Hugh Johnson, Paymaster to Shah Soojah’s Force, p. 116, entrada del 21 de septiembre de 1842. <<

[88] Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, p. 194. <<

[89] Mohan Lal, *Life of Dost Mohammad*, vol. II, p. 88. <<

[90] Joseph Pierre Ferrier, *A History of the Afghans*, p. 376. **<<**

[91] Forrest, *op. cit.*, pp. 143-149. <<

[92] Sultan Mohammad Khan Durrani, *Tarikh-i-Sultani* [Crónica de los Sultanes], p. 280. <<

[93] Mirza ‘Ata, *op. cit.* , pp. 244-269, la vuelta de los ingleses a Kabul y Gazni. <<

[94] Hopkins, *The Making of Modern Afghanistan*, p. 69. <<

[95] Forrest, *op. cit.*, p. 151. <<

[96] Greenwood, *op. cit.*, p. 243. <<

[97] NAI, Foreign, Secret Consultations, 3 de mayo de 1843, n.º 20, de A. Abbott a Ellenborough, 29 de marzo de 1843. <<

[98] Low, *op. cit.*, p. 415. <<

[99] Stocqueler, *op. cit.*, vol. II, p. 163. **<<**

[100] Mohan Lal, *op. cit.*, vol. II, p. 490. <<

[101] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 254-269, la vuelta del emir Dost Mohammad Khan a Kabul. <<

[102] Yapp, «The Revolutions of 1841-2 in Afghanistan», p. 483. <<

[103] Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, p. 194. <<

[104] *Ibid*. Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, p. 194. TEXTO_ADICIONAL: vol. II, p. 30. <<

[105] *Ibid*. Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, p. 194. TEXTO_ADICIONAL: Allen, pp. 321 y 325. <<

[106] Karim, *Muharaba Kabul wa Kandahar* [Guerra en Kabul y Kandahar], pp. 82-84; Forrest, *op. cit.*, p. 152. <<

[107] *Waqi'at-i-Shah Shuja* [Crónica de Sha Shuja], p. 149, el asesinato del sha. <<

[108] *Ibid*. *Waqi'at-i-Shah Shuja* [Crónica de Sha Shuja], p. 149, el asesinato del sha. TEXTO_ADICIONAL: Allen, p. 326. <<

[109] El texto del tratado de Simla está reproducido en su totalidad en Norris, *First Afghan War*, pp. 451-452. <<

[110] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 254-269, la vuelta del emir Dost Mohammad Khan a Kabul. <<

[111] Forrest, *op. cit.*, p. 154. <<

[112] *Ibid*. Forrest, *op. cit.*, p. 154. TEXTO_ADICIONAL: p. 155. <<

[113] *Ibid*. Forrest, *op. cit.*, p. 154. TEXTO_ADICIONAL: Allen, p. 344. <<

[114] BL, OIOC, BSL (1) 27,873, del gobernador general al comité secreto 48/, 19 de octubre de 1842. <<

[115] *Ibid*. BL, OIOC, BSL (1) 27,873, del gobernador general al comité secreto 48/, 19 de octubre de 1842. TEXTO_ADICIONAL: Allen, p. 352. <<

[116] Allen, *Soldier Sahibs*, pp. 53-55. <<

[117] He escrito largo y tendido sobre el comportamiento psicopático de John Nicholson en 1857 en mi obra *The Last Mughal: The End of a Dynasty, Delhi 1857* [ed. en esp: *El último Mogol*]. <<

[118] Forrest, *op. cit.*, p. 158. <<

[119] *Ibid*. Forrest, *op. cit.*, p. 158. TEXTO_ADICIONAL: Allen, p. 359. <<

[120] Forrest, *op. cit.*, p. 158. <<

[121] Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, p. 198. <<

[122] *Ibid*. Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, p. 198. <<

[123] *Ibid*. Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, p. 198. TEXTO_ADICIONAL: p. 194.
<<

[124] BL, OIOC, HM/434, Nicholls Papers, Nicholls’s Journal, vol. 40, 7 de enero de 1843. Véase también Pottinger, *The Afghan Connection*, pp. xi-xii. <<

[125] Mirza ‘Ata, *op. cit.*, pp. 244-269, la vuelta de los ingleses a Kabul. <<

[126] Lawrence, *op. cit.*, p. 12. <<

[127] Royal Geographical Society, Rawlinson Papers, HC4, diario de Masson, entrada del 1 de diciembre de 1839. <<

[128] BL, OIOC, Mss Eur E162, carta 4. <<

[129] Mackenzie, *op. cit.*, vol. I, p. 199. <<

[130] Pottinger and Macrory, *The Ten-Rupee Jezail*, p. 167. <<

[131] Eden, *Up the Country*, p. xix. **<<**

[132] *The Times*, 25 de octubre de 1844. <<

[133] Véase el excelente ensayo de Michael Fisher, *op. cit.*, en Margrit Pernau (ed.), *The Delhi College*, pp. 231-266. Véase también Gupta, *op. cit.* El libro tiene una introducción digna de admiración escrita por el joven Jawaharlal Nehru. <<

[134] NAI, Foreign, Secret Consultations, 29 de marzo de 1843, n.º 91, del enviado a la corte de Lahore, Ambala, 4 de marzo de 1843. <<

[135] NAI, Foreign, Secret Consultations, 23 de marzo de 1843, n.º 539, del coronel Richmond, Camp Rooper, 18 de diciembre de 1843. <<

[136] Mackenzie, *op. cit.*, vol. II, pp. 27 y 29. <<

[137] NAI, Foreign, Secret Consultations, 23 de marzo de 1843, n.º 539, del coronel Richmond, Camp Rooper, 18 de diciembre de 1843. <<

[138] Aziz ud-Din Popalzai, *Durrat uz-Zaman*, Kabul, 1959, cap. «La vida privada de Zaman Shah desde que este fuera depuesto hasta su muerte». <<

[139] Robert Warburton, *Eighteen Years in the Khyber 1879-1898*, p. 8. <<

[140] Noelle, *op. cit.*, p. 57. <<

[141] Fayz Mohammad, *op. cit.*, vol. I, p. 198. Véase también NAI, Foreign, Secret Consultations, 23 de marzo de 1843, n.º 531, del coronel Richmond, agente del gobernador general en la frontera noroeste, Ludhiana, 27 de noviembre de 1843. <<

[142] Mackenzie, *op. cit.*, vol. II, p. 33. <<

[143] BL, OIOC, ESL n.º 20 del 3 de marzo de 1847 (IOR L/PS/5/190), de Lawrence a Curvie, 29 de febrero de 1847. <<

[144] Mackenzie, *op. cit.*, vol. II, p. 23. <<

[145] *Ibid*. Mackenzie, *op. cit.*, vol. II, p. 23. TEXTO_ADICIONAL: p. 32. <<

[146] Fayz Mohammad, *op. cit.* , vol. I, p. 297. <<

[147] NAI, Foreign, Secret Consultations, 23 de marzo de 1844, n.º 531, del coronel Richmond, agente del gobernador general en la frontera noroeste, Ludhiana, 27 de noviembre de 1843. <<

[148] Barfield, *op. cit.*, p. 127. <<

[149] *The Letters of Queen Victoria: A Selection from Her Majesty’s Correspondence between the Years 1837 and 1861*, Arthur C. Benson y Viscount Esher (eds.), vol. II, *1844-1853*. <<

[150] James Howard Harris Malmesbury, *Memoirs of an Ex-Minister: An Autobiography*, vol. I, entrada del 6 de junio de 1844, pp. 289-290. <<

[151] Citado en Figes, *Crimea*, p. 68. <<

[152] *Ibid*. Citado en Figes, *Crimea*, p. 68. TEXTO_ADICIONAL: pp. 61-70. <<

[153] Querría dar las gracias a Michael Semple por hacerme notar esta cuestión. <<

[1] Gleig, *Sale’s Brigade in Afghanistan*, p. 182. <<

[2] J. A. Norris, *The First Afghan War 1838-1842*, Cambridge, 1967, p. 161. <<

[3] Sherard Cowper-Coles, *Cables from Kabul: The Inside Story of the West's Afghanistan Campaign*, p. 289-290. <<

[4] BL, Broughton Papers, Add Mss 36474, de Wade al gobernador general, 31 de enero de 1839. <<

[5] David Loyn, *Butcher and Bolt: Two Hundred Years of Foreign Involvement in Afghanistan*, p. 259. <<

[6] La única excepción que destacar es la notable obra de Christine Noelle, *State and Tribe in Nineteenth-Century Afghanistan: The Reign of Amir Dost Muhammad Khan (1826-1863)*, donde se trata, de manera muy breve, la Primera Guerra Anglo-Afgana y para la que la autora tuvo solo acceso a un limitado número de fuentes en dari para el periodo. <<

[7] Munshi Abdul Karim, *Muharaba Kabul wa Kandahar*, [Guerra en Kabul y Kandahar], introducción. **<<**

[8] En sus *Chants Populaires des Afghans*, p. 201, James Darmesteter menciona un corpus entero de canciones y poesías sobre la guerra y añade que Mohammad Hayat le envió una recopilación de ellas, pero que no la recibió a tiempo para usarla en su publicación. <<

[9] Maulana Hamid Kashmiri, *Akbarnama. Asar-i man um-i Hamid-i Kashmiri* [Libro de Akbar], escrito *ca*. 1844 y publicado en Kabul en 1330 AH/H/1951, prefacio de Ahmad-Ali Kohzad, cap. 34. <<

[10] Mohammad Asef Fekrat Riyazi Herawi, *Ayn al-Waqayi: Tarikh-i Afghanistan* [Guerra en Afganistán: hechos y fechas], escrito *ca*. 1845 y publicado en Teherán en 1369/1990; Sultan Mohammad Khan ibn Musa Khan Durrani, *Tarikh-i-Sultani* [Crónica de los sultanes], se empezó a escribir el 1 de ramadán de 1281 AH/H (domingo 29 de enero 1865) y se publicó por primera vez el 14 de shawwal de 1298 AH/H (viernes 8 de septiembre de 1881) en Bombay; Fayz Mohammad, *Siraj ul-Tawarikh* [Historias de luz], publicado en Kabul en 1913 y traducido por R. D. McChesney (en prensa). <<

[11] Muhammad Hasan Amini, *Paadash-e-Khidmatguzaari-ye-Saadiqaane Ghazi Nayab Aminullah Khan Logari* [Las cartas del *ghazi* Aminullah Khan Logari]. <<

[12] Mirza ‘Ata Mohammad, *Naway Ma’arek* [El canto de las batallas], publicado como *Nawa-yi ma’arik. Nuskha-i khatt-i Muza-i Kabul mushtamal bar waqi‘at-i ‘asr-i Sadoza’i u Barakza’i, ta’lif-i Mirza Mirza ‘Ata’-Muhammad*, Kabul, 1331 AH/H/1952. <<

[13] Shah Shuja al-Mulk, *Waqi'at-i-Shah Shuja* [Crónicas de Shah Shuja], escrito en 1836, completado por Mohammad Husain Herati en 1861 y publicado como *Waqi'at-i Shah-Shuja. Daftar-i avval, duvvum: az Shah-Shuja*. *Daftar-i sivvum: az Muhammad-Husain Harati* en Kabul en 1333 AH/H/1954 (Nashrat-i Anjuman-i tarikh-i *Afganistan*, n.º 29) (publicado a partir del texto del manuscrito de Kabul, sin notas ni índice, y con un prefacio de Ahmad-Ali Kohzad). **<<**

[14] Robert Burns, «To a Louse», *The Collected Poems*, London, 1994. <<

[15] Kashmiri, *op. cit.*, cap. 10. <<

[16] *Ibid*. Kashmiri, *op. cit.*, cap. 10. TEXTO_ADICIONAL: cap. 32. <<

notas-alfa

[at1] En el equipaje de Napoleón, capturado en la retirada de Moscú, se encontró un portafolio que contenía «los informes, mapas y rutas elaborados por el general Gardane a petición del emperador» para la invasión de la India, que aún formaba parte de sus planes tras someter a Rusia. *NAI, Foreign, Secret Consultations*, 19 de agosto de 1825, n.os 3-4. <<

[at2] Lo que queda del botín mogol de Nadir Shah se conserva en las cámaras del Bank Melli en Teherán e incluye a la «hermana» del Koh-i-Nur, Dariya Nur u «Océano de Luz». <<

[at3] N. del E.: Podría traducirse como «el país de los ingleses». <<

[at4] Esto era a menudo cierto en India: las victorias de Clive en Plassey y Buxar fueron, en realidad, más bien negociaciones que llegaron a buen puerto entre los banqueros británicos y los poderosos indios y no fruto del triunfo de las armas y el valor que la propaganda imperial quiso aducir. <<

[at5] Los británicos aprendieron más tarde a seguir el ejemplo mogol. Según un fragmento de un verso popular de época imperial, la política británica se convirtió en: «machacar a los habitantes de Sind, hacerse amigos de los de Baluchistán, pero pagar a los pastunes». <<

[at1] La *haveli* Mubarak se encuentra aún en el casco antiguo de Lahore, en Anarkali, a cinco minutos a pie de los Archivos del Punyab, donde se realizó gran parte de la investigación para este libro. La *haveli* (casa con patio) sigue en pie, tal y como era en la época de Shah Shuja, con una sucesión de patios por los que se accede a las habitaciones a través de celosías con grecas de madera y balcones repujados. Después de la Primera Guerra Anglo-Afgana, los británicos se la cedieron a los líderes exiliados qizilbash de Kabul y, hoy en día, continúa siendo un centro de actividad chií, con su propio *ashurkhana* («la casa del duelo» para los chiíes durante el mes de muharram) en el patio más interior. La última vez que estuve allí, una bomba estalló en el exterior de la *haveli* cuando una procesión chií del muharram abandonaba el edificio; la zona se encuentra ahora fuertemente custodiada por la policía. <<

[at2] La *haveli* Mubarak tiene un gran sótano con la función de enfriar un poco la vivienda, llamado *tykhana*, que aparentemente data de este periodo. Su existencia facilitó enormemente el que la fuga fuera mucho más fácil de lo que parece a simple vista. <<

[at3] El artista de la Primera Guerra Anglo-Afgana James Rattray afirma en las notas de sus célebres litografías que fue Wa'fa Begum, y no Shuja, quien organizó las huidas de ambos, y denomina la conducta de esta como «un ejemplo de serenidad e intrepidez». Parece improbable que Wa'fa Begum pudiera haber organizado la escapada a través de los túneles y contratado a los barqueros desde los territorios de la Compañía en Ludhiana; sin embargo, el hecho de que Rattray recibiera estas noticias treinta años más tarde de los sucesos, mucho después de la muerte de Wa'fa, es una muestra de lo mucho que trascendió la leyenda de sus habilidades. *Vid.* James Rattray, *The costumes of the Various Tribes, Portraits of Ladies of Rank, Celebrated Princes and Chiefs, Views of the Principal Fortresses and Cities, and Interior of the Cities and Temples of Afghaunistaun*, p. 29. <<

[at4] La comunidad sindi de prestamistas de Shikarpur se había especializado durante mucho tiempo en la financiación de guerras y en el tráfico de armas, tradición que continúa hoy en día: los shikarpuris más destacados en este negocio son los hermanos Hinduja, quienes, entre otros muchos, estuvieron involucrados en la controvertida venta de cañones Bofors al gobierno de Rajiv Gandhi en la década de 1980. <<

[at5] En la década de 1820, la Compañía de las Indias Orientales gastó la importante suma de 5000 rupias en comprar el diario de uno de estos oficiales, el general Claude August Court, en el que este describía su viaje por tierra por Afganistán. <<

[at6] Es en un libro escrito por James Burnes, *A Sketch of the History of the Knight’s Templars* (1840), donde se asocian por primera vez los masones con los templarios y la capilla de Roslyn, cerca de Edimburgo. Esta obra es la gran precursora de una ola de despropósitos muy populares tales como El enigma sagrado y El código Da Vinci. <<

[at7] Para más información sobre Henry Russell, consultar mi obra *White Mughals*. <<

[at1] El talibán Mullah Omar adoptó este mismo título en 1996, ya que tomó como referente explícito para la fundación del Emirato Islámico de Afganistán a Dost Mohammad. <<

[at2] N. del E.: la tragedia de Rostam y Sohrab constituye el argumento central del poema épico persa *Shahnameh*, escrito por Ferdousí. <<

[at3] Los *boys* de dieciocho años del cielo islámico, homólogos de las supermodelos huríes. <<

[at4] N. del E.: en el subcontinente indio, graderío o escalinata que da acceso a un estanque, piscina o río. <<

[at5] N. del E.: título honorífico con el que se conoce a los brahmanes de Cachemira y también a los eruditos en cualquiera de los ámbitos del hinduismo. <<

[at6] N. del E.: movimiento inscrito en el sijismo y que también se manifestaba, ya desde 1620, en forma de escuadrones suicidas en los ejércitos sijs de la India. <<

[at7] La edición deliberada de los despachos de Burnes para publicarlos luego en el libro blanco y así obtener la aprobación parlamentaria de la guerra se convirtió, más tarde, en un escándalo mayúsculo, en el *Dodgy Dossier* de su época. *Vid.* G. R. Alder, «The Garbled Blue Books of 1839», *Historical Journal*, vol. XV, n.º 2 (1972), pp. 229-259. <<

[at1] Ciudad de origen de la futura dinastía Bhutto. <<

[at2] Al menos esto es lo que le dijo Nesselrode a Palmerston. En realidad, parece evidente que Simonitch estaba dispuesto a volver a Tiflis con la hermosa princesa Orbeliani y sus diez hijos. Desde el asesinato de Griboyedov —anterior enviado ruso en Irán— la legación de Teherán no se consideraba un lugar seguro para esposas e hijos, al igual que sucede hoy en día en las embajadas británicas y americanas en Pakistán. Tras el regreso de Simonitch a Georgia, su sucesor, Duhamel, adoptó una línea diplomática similar a la de Simonitch. <<

[at3] Esta se ha convertido en una cita famosa y es ampliamente utilizada incluso hoy en día. En 2003 me la repitió Javed Paracha, un astuto abogado pastún que ha defendido con éxito a algunos sospechosos de Al Qaeda en el Tribunal Superior de Peshawar. En su bastión de Kohat, una verdadera fortaleza en el corazón del cinturón tribal que actúa como colchón entre Pakistán y Afganistán, Paracha ha dado asilo a guerreros talibanes heridos —y a sus mujeres e hijos ateridos de frío— que huían a través de las montañas de las bombas rasantes (*daisy cutters*) americanas de Tora Bora. Estuvo encarcelado en dos ocasiones en la famosa prisión de Dera Ismail Khan, donde permaneció en aislamiento mientras fue interrogado —y, según él, torturado— por la CIA. A pesar de haber visto de cerca de lo que era capaz el armamento occidental moderno, conocía la historia de su país y nunca creyó que la OTAN pudiera tener éxito en la ocupación de Afganistán. Cuando fui a entrevistarlo en Kohat, poco después de la instauración del presidente Karzai, citó la expresión de Mehrab Khan como prueba de lo inútil que era intentar instalar a otro popalzai en el poder. <<

[at4] El terreno parece más seco a día de hoy; el *dasht* (llanura) que se extiende desde el Spin Boldak, al pie de las montañas al sur de Kandahar, es ahora un desierto con algo de pasto en primavera y chaparros solo en las laderas de las montañas. Sin embargo, las descripciones de los miembros del Ejército del Indo revelan un paisaje más verde y en la misma dirección parecen apuntar los topónimos de la zona: Chaman, el puesto fronterizo actual entre Pakistán y Afganistán en esta área, significa «prado» en farsi. <<

[at1] El *haji*, de hecho, tenía sus razones. El paso Hajigak es extremadamente duro, incluso de día y en verano. Además, estaba controlado por los hazaras, a los que Haji Khan había reprimido con dureza algunos años antes, y que, sin duda, habrían aprovechado la oportunidad para vengarse. <<

[at2] Este comentario de Dost Mohammad es bastante llamativo puesto que, en varias ocasiones, él mismo mandó asesinar a alguno de sus enemigos después de haberles prometido protección, como fue el caso de los *mirs* de Tagab, Kohistán o Deh Kundi. <<

[at3] El ataque ruso a Jiva terminó tan desastrosamente como lo haría la retirada británica de Kabul, con Perovsky perdiendo la mitad de sus camellos y casi la mitad de sus hombres a causa de las tormentas invernales de Asia Central. Este revés postergará las ambiciones rusas sobre la estepa durante una generación: los rusos no conquistarán Jiva hasta 1872, al igual que el ejército británico no regresaría a Afganistán hasta casi cuarenta años después. *Vid.* Alexander Morrison, *Twin Imperial Disasters: The Invasion of Khiva and Afghanistan in the Russian and British Official Mind, 1839-1842,* (de próxima aparición). **<<**

[at4] El hijo nacido de dicho enlace se convertiría más tarde en el coronel sir Robert Warburton, cuya ascendencia mixta, además de su bilingüismo, le fueron de gran utilidad para dirigir los regimientos fronterizos del Jáiber entre 1879 y 1898, donde fundó el cuerpo de fusileros del Jáiber. *Vid.* Robert Warburton, *Eighteen Years in the Khyber*, 1879-1898. <<

[at5] Wade había incitado a los kohistaníes a la rebelión y había prometido a los *pirs*, a Mir Masjidi y a su hermano Mir Haji quinientos tomanes al año como incentivo. Pero el dinero nunca llegó, por lo que la rebelión tayika sería finalmente liderada por los mismos ulemas que acababan de eliminar las menciones a Shah Shuja en las oraciones del viernes en Kabul. <<

[at1] La llegada de la coalición encabezada por Estados Unidos a Kabul en 2002 tuvo un efecto similar: en tan solo unos meses el precio de la vivienda se había multiplicado por diez. <<

[at1] Existían dos precedentes recientes del uso del lenguaje de la yihad en la región: el abuelo de Shuja, Ahmad Shah Durrani, esgrimió el argumento de la yihad como justificación para su invasión del Punyab, al igual que hizo Dost Mohammad cuando intentó recapturar Peshawar de las manos de Ranjit Singh. <<

[at2] Charles Rattray era el hermano del artista James Rattray, recordado por producir algunas de las litografías más famosas de la guerra. <<

[at3] Hoy en día este cuartel sigue aún en pie y se encuentra a poca distancia de la base aérea estadounidense de Bagram. <<

[at4] Una de las tareas de los ghilzais era suministrar grano y forraje al acantonamiento. Cuando Macnaghten suprimió sus subsidios, estos tomaron represalias y se negaron a seguir suministrando dichas provisiones. <<

[at5] Hoy en día, tanto el pueblo como su santuario siguen en el mismo sitio, dominando la carretera del aeropuerto y con vistas a la gran base de la ISAF (International Security Assistance Force de Kabul y al altamente protegido complejo de la embajada de los Estados Unidos. <<

[at1] Habría sido mucho mejor para el ejército en retirada haber viajado por la noche, cuando la nieve se congelaba y los ghilzais no eran capaces de disparar con tanta precisión: en la década de 1980, los muyahidines afganos, que atravesaban estas mismas tierras, viajaban siempre por la noche por esta misma razón. Pero este ejército no estaba ni entrenado ni bien equipado para una guerra en las montañas o durante el invierno. <<

[at2] El ejército podría haber tomado una ruta mucho menos peligrosa a través del paso de Lautaband. El porqué no lo hicieron sigue siendo un misterio. Durante la Segunda Guerra Anglo-Afgana, el ejército británico eligió esta ruta y evitó así los terribles pasos montañosos de Khord Kabul y Tezin, donde tuvieron lugar la mayoría de las masacres anteriores. <<

[at3] En realidad, las tribus ghilzais que controlaban los pasos, los jabbar khel y los kharoti, no habrían tenido ningún tipo de reparo en desobedecer a los jefes barakzais, a quienes despreciaban casi tanto como a los sadozais. Pero Macnaghten había eliminado sus subsidios y ahora querían recuperarlos. <<

[at4] Las de clases inferiores fueron abandonadas a su suerte. Según los miembros de las tribus con los que hablé en estos desfiladeros, un gran número de ellas terminó en harenes locales, mientras que las menos deseadas fueron vendidas como esclavas. <<

[at5] Los comerciantes chatrias de Multán y Shikarpur dominaban el comercio en Asia Central entre Bujará y Sind. *Vid.* Arup Banerji, *Old Routes: North Indian Nomads and Bankers in Afghan, Uzbek and Russian Lands*, p. 2. <<

[at6] Cuando los escritores Nancy y Louis Dupree visitaron Gandamak en la década de 1970, encontraron huesos y fragmentos de armamento y equipos militares victorianos en el pedregal que domina el pueblo. <<

[at1] No debemos sorprendernos demasiado por estas opiniones ni tomarlas como ejemplos del síndrome de Estocolmo. La actitud británica hacia los afganos ha sido tradicionalmente positiva y de admiración: Mountstuart Elphinstone pensaba que se parecían a los escoceses de las Highlands (véase el excelente análisis sobre esta cuestión en Ben Hopkins, *The Making of Modern Afghanistan*) y, a finales del siglo XIX y principios del XX, los oficiales británicos se identificaban con los afganos y consideraban su lucha fronteriza como si de una competición deportiva, propia de las universidades, se tratase, opiniones que también se dejan ver en las obras de Kipling. Esta idea del «noble pastún» continúa todavía vigente entre las fuerzas británicas enviadas a Afganistán en la ocupación más reciente del país; se tiende a considerar a los afganos como «luchadores natos». Un ejemplo especialmente *kitsch* de este imaginario puede verse en la película *Rambo III* (1988), protagonizada por Sylvester Stallone. <<

[at1] Estas mujeres pudieron haber sido aguadoras (*saqau*) durante la batalla, un rol tradicional de las mujeres pastunes. <<

[at2] Los talibanes emplearon las mismas tácticas contra los huertos y viñedos de la llanura de Shomali en los años noventa del siglo XX, cuando finalmente perdieron la paciencia con los pueblos de Parwan, en esencia tayikos. <<

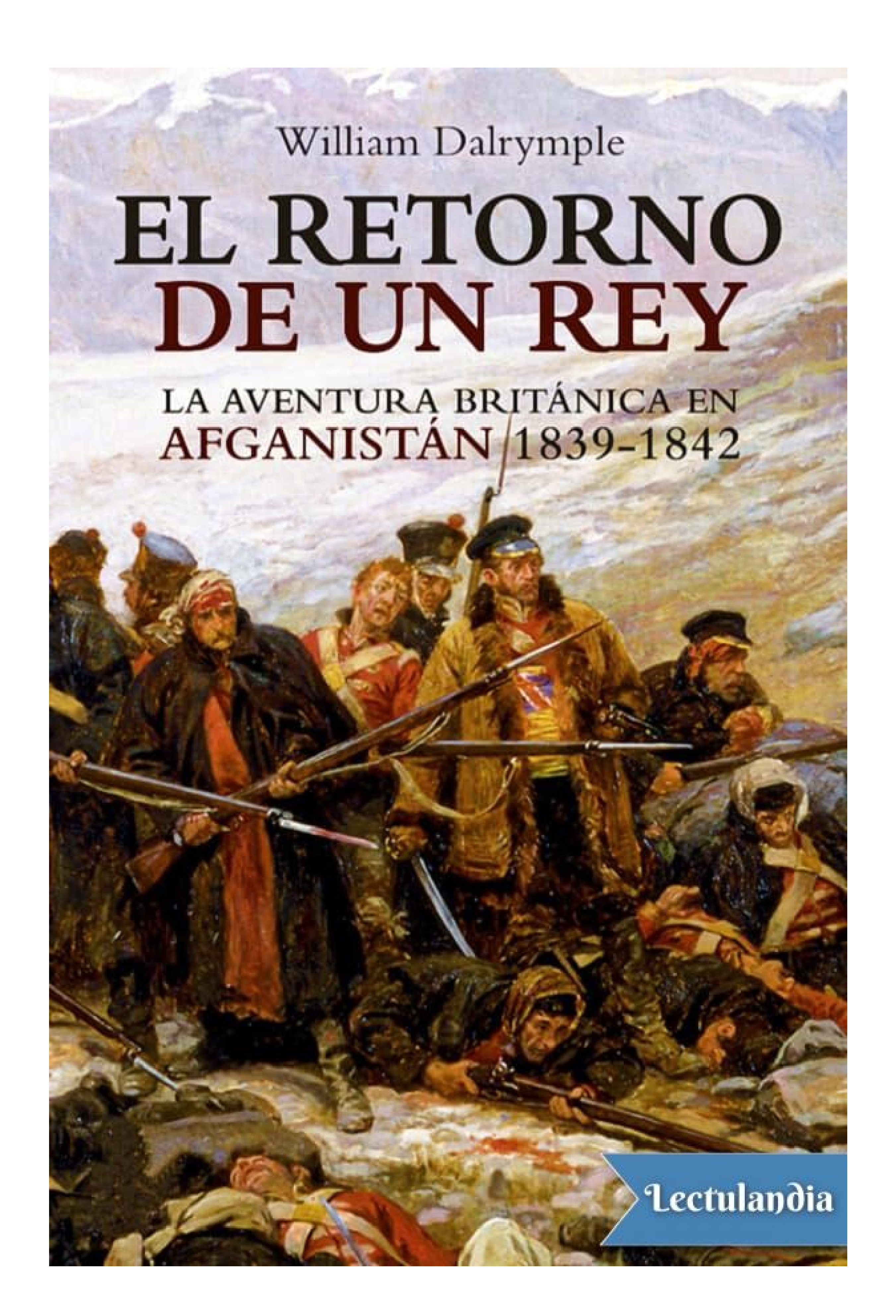
[at3] Más adelante, Pollock recuperó su cuerpo y lo enterró de nuevo en Calcuta, en el cementerio de Park Street, no muy lejos de la tumba erigida para los restos que *lady* Macnaghten logró recobrar de su marido. <<

[at4] Los qizilbash tuvieron un papel determinante en las negociaciones para liberar a los rehenes y fueron los que proporcionaron el soborno necesario que aseguró su liberación. <<

[at5] Sin embargo, los Eden se hicieron con una reputación duradera en Nueva Zelanda, cuya capital de entonces fue bautizada en honor a George, mientras que el estadio de críquet actual se llama Eden Park. Asimismo, lord Melbourne —el primer ministro de la época— dejó su nombre en el mapa de Australia. <<

[at6] Mullah Omar es descendiente lejano del primer gobernante afgano del sur de Afganistán, Mir Waiz Hotaki. <<

[at7] La Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad fue establecida por las Naciones Unidas en 2001 y en 2003 pasó a estar bajo la autoridad de la OTAN. <<


William Dalrymple
EL RETORNO
DE UN REY
LA AVENTURA BRITÁNICA EN
AFGANISTÁN 1839-1842
Lectulandia